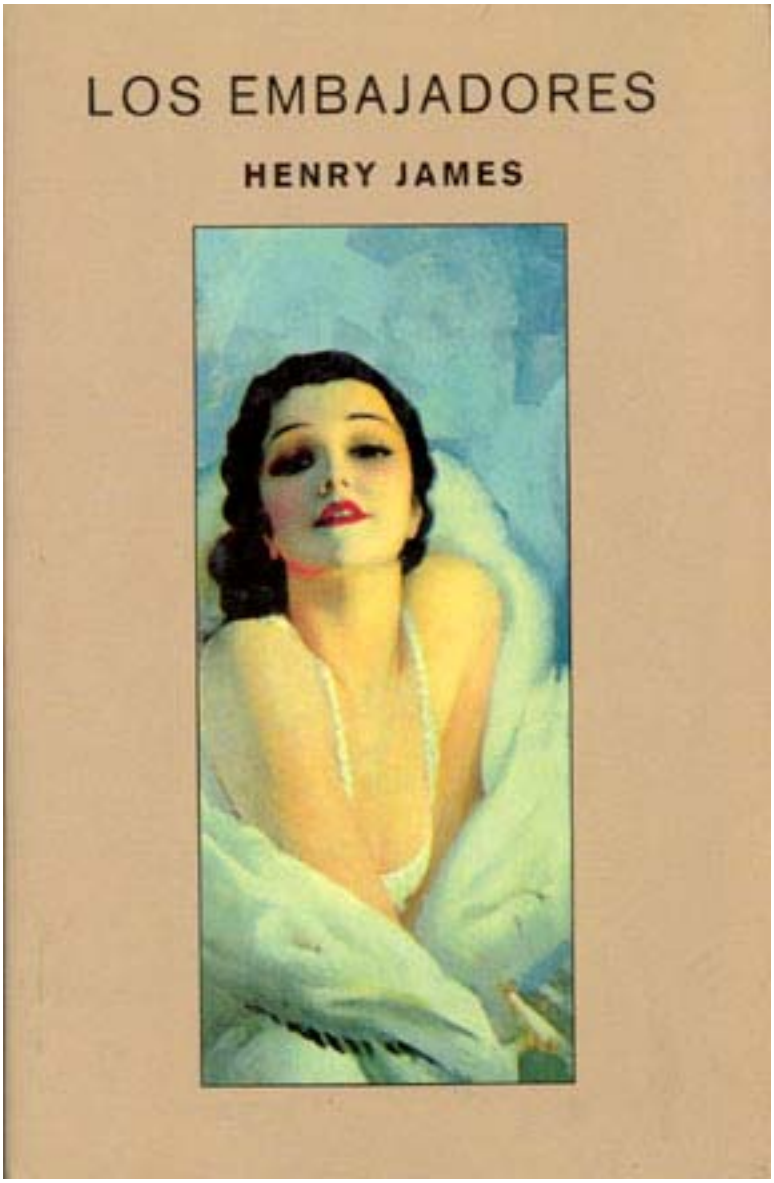
LIBRO dot.com



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

HENRY JAMES

LOS EMBAJADORES

Libro primero

I

Cuando Strether llegó al hotel, su primera pregunta fue acerca de su amigo; no obstante, al enterarse de que Waymarsh no iba a llegar, al parecer, hasta la noche, no se desconcertó del todo. En recepción entregaron al perquiridor un telegrama, con respuesta pagada, en que aquél le encargaba una habitación «siempre que no fuera ruidosa»; de modo que el acuerdo de que se encontrarían en Chester y no en Liverpool seguía teniendo validez hasta el momento. El oculto prurito, empero., que había impelido a Strether a no desear bajo ningún concepto la presencia de Waymarsh en el muelle y que en consecuencia le había llevado a posponer dicha alegría durante unas horas era el mismo que a la sazón le hacía comprender que aún podía esperar sin más contratiempos. En el peor de los casos cenarían juntos y, con todos sus respetos para el querido Waymarsh —ya que no para sí mismo, dadas las circunstancias—, había poco temor de que en lo sucesivo no se vieran con suficiencia. El prurito en activo a que acabo de referirme había sido, por lo que toca al hombre que había desembarcado primero, enteramente instintivo: resultado del insistente presentimiento de que, por agradable que fuese encontrarse, tras separación tan larga, ante su compañero, su tarea consistía sencillamente en preparar un pequeño ardid para que su propia imagen apareciese ante el próximo vapor como la primera «nota», según él, europea. A esto había que añadir ya su certeza de que demostraría, como mucho y de todas todas, dicha nota europea en medida más que suficiente.

Esta nota, mientras tanto —desde la tarde anterior, gracias a este felicísimo dispositivo— le había provocado un sentimiento de libertad personal como no lo había experimentado durante años; un arregostamiento al cambio y a no tener, ante todo y por el momento, nada ni nadie por quien preocuparse, que ya se prometía, si la precipitada esperanza no pecaba de imprudente, solapar su aventura con triunfo imperturbable. Personas hubo en el barco con las que había congeniado fácilmente —en la medida en que podía atribuírsele desenvoltura hasta el momento— y que en su mayor parte se habían perdido en el torrente que fluía desde el desembarcadero hasta Londres; otras le habían pedido que fuera al hotel y hasta habían solicitado su ayuda para visitar las bellezas de Liverpool; pero había declinado todas las ofertas sin excepciones; no había acudido a ninguna cita ni persistido en ninguna relación; había reparado con indiferencia en la cantidad de personas que se consideraban afortunadas, al contrario que él, por el hecho de ser «presentadas»; incluso había dedicado la tarde y la noche a lo inmediato y lo sensitivo, sin incidentes ni reincidencias y por simple y sosegada evasión, solo, con independencia e insociabilidad. Una tarde y una noche en los bancos del Mersey representaban una limitada dosis de Europa, pero por lo menos había aceptado su ración según se había presentado, sin edulcorantes. Había hecho una leve mueca, es cierto, al

pensar que Waymarsh podía estar ya en Chester; había considerado que, de tener que dar cuenta de una llegada prematura a Chester, habría sido difícil hacer que el intervalo de espera tuviese un aire particularmente impaciente; pero era como el hombre que, descubriendo con alegría que tiene en el bolsillo más dinero de lo normal, lo manosea un rato y con despreocupación y complacencia lo hace tintinear antes de acometer la empresa de gastarlo. Que estuviera preparado para andarse por las ramas con Waymarsh a propósito de la hora de atracada y que deseara verle con tanta avidez como le regocijaba la dilatación de la demora es probable que fuesen síntomas tempranos de que su relación con su verdadera misión no iba a ser nada sencilla. Tenía que cargar, pobre Strether —mejor habría sido confesarlo al principio—, con la singularidad de una doble conciencia. Había desapego en su celo y curiosidad en su indiferencia.

En cuanto la joven de la ventanilla le hubo entregado por encima del mostrador el papelito rosáceo con el nombre de su amigo, que pronunció la muchacha, se dio la vuelta para encontrarse en el vestíbulo con una dama que le miró a los ojos como con determinación espontánea y cuyos rasgos—no lozanamente jóvenes, no especialmente delicados, pero expresivos y gratos— recordó como de una visión reciente. Quedaron frente a frente durante un momento; el momento concretó la ocasión en que la viera: le había llamado la atención el día anterior en su hotel precedente, donde —también en el vestíbulo— se encontraba ella charlando con algunos pasajeros de su barco. Entre ambos no había ocurrido nada y, ciertamente, apenas habría sabido especificar la particularidad del rostro femenino que había determinado el presente reconocimiento. Reconocimiento, en cualquier caso, que pareció darse por igual en la mujer y que no hizo sino aumentar el misterio. Sin embargo, lo primero que ella le dijo fue que, habiendo oído su pregunta por casualidad, no había podido menos de inquirir, con su permiso, si podía preguntarle acerca del señor Waymarsh de Milrose, Connecticut; el señor Waymarsh, el abogado norteamericano.

—Ah, sí —repuso él—, mi entrañable amigo. Ha de reunirse conmigo en este lugar, viene de Malvern y yo creía que había llegado ya. Me consuela saber que no le he hecho esperar porque llegará más tarde. ¿Lo conoce usted? —Strether estaba muy nervioso.

No advirtió cuánto habría tenido que atribuir a su reacción hasta después de haber hablado; cuando pareció notificárselo el tono de la réplica femenina, así como el retozo de algo más en su rostro —es decir, de algo más que su incansable perspicacia, al parecer habitual.

—Lo conocí en Milrose, que solía frecuentar hace mucho; teníamos amigos comunes y de hecho estuve en su casa. No sé si me reconocería —prosiguió la interlocutora de Strether—, pero me encantaría verle. —Y añadió—: Tal vez lo haga porque voy a pasar aquí la noche.

Guardó silencio un instante mientras nuestro amigo asimilaba aquellas cosas; fue como si hubiera transcurrido ya un buen rato de conversación. Incluso se sonrieron levemente y Strether acabó por observar que no le cabía ninguna duda de que al señor Waymarsh se le podía ver con toda facilidad. Aquello, sin embargo, pareció afectar a la dama en el sentido de que tal vez pudiera ella haber ido demasiado lejos. Era mujer de una franqueza absoluta.

—¡Oh! —exclamó—. Espero que a él no le importe. —Y en consecuencia observó acto seguido que le parecía que Strether conocía a los Munster; los Munster eran aquellos con quienes él la había visto en Liverpool.

Pero resultó que él no conocía a los Munster lo bastante para que le echaran una mano en aquel caso; así que se los despachó al instante como si en el repertorio de temas prefiriese lo sencillo. La apostilla femenina a la relación mencionada más había suprimido que aportado un tema y al parecer no había nada más a lo que recurrir. La actitud de ambos siguió siendo, pese a todo, la del que no quiere abandonar el repaso del índice; y la consecuencia de esto, a su vez, fue la sensación de que se habían aceptado recíprocamente con una ausencia prácticamente total de preliminares. Recorrieron juntos el vestíbulo y la compañera de Strether observó que el hotel contaba con los encantos de un jardín. Por entonces ya se había dado cuenta él de su extraña inconsecuencia: había eludido las intimaciones del vapor y amortiguado las emociones relativas a Waymarsh para descuidar, en aquel súbito acontecimiento, tanto el retiro como la cautela. Sin subir siquiera a su habitación entró con su nueva amiga en el jardín del hotel y al cabo de diez minutos había convenido en verle otra vez en aquel lugar tan pronto se hubiera arreglado. Quería echar un vistazo a la ciudad y lo harían juntos sin dilación. Se hubiera dicho que la mujer estaba en sus reales y que había recibido al hombre en calidad de huésped. Su conocimiento del lugar la revestía de los atributos de la anfitriona y Strether dirigió una mirada de pesadumbre a la damisela de la ventanilla. Era como si este personaje hubiera sido sustituido de repente.

Cuando bajó al cabo de un cuarto de hora, lo que vio la anfitriona, lo que acaso captara con una óptica bondadosamente compuesta, fue la magra figura, un tanto desenvuelta, de un hombre de mediana estatura y posiblemente rebasando la madurez: un hombre que frisaba la cincuentena y cuyos rasgos más evidentes eran lo atezado y exangüe del rostro, el poblado y oscuro bigote de corte típicamente norteamericano, recio y largo, una cabeza de cabello aún abundante aunque generosamente veteado de gris, y una nariz de insolente y atrevida eminencia, cuyo perfil homogéneo y remate respingón, como podría decirse, producía cierto efecto apaciguador. Unos lentes perennes montados en el fino puente y una hendidura, insólitamente profunda, pertinaz plumazo del tiempo, que seguía la curva del bigote desde la aleta de la nariz hasta la barbilla, tenían un no sé qué que completaba el aparejo facial que un observador atento habría visto catalogado en el acto en la panorámica visual de las personas que complementaba la cita de Strether. Esperábale en el jardín esta persona complementaria, manoseando un par de guantes claros, suaves, elásticos, de singular frescura, y dando muestras de una predisposición aparente mientras él se acercaba por el pequeño cuadro de terso césped y en medio de la húmeda solana inglesa que, tal vez, dada su preparación, más tosca, hubiera señalado él como telón de fondo de una ocasión semejante. Tenía ella, la dama digo, una corrección del todo natural y una idoneidad templadamente expansiva que su acompañante no pudo analizar, antes bien le chocó de. tal modo que su sensibilidad ante el hecho aumentó sobremanera, como si se tratase de una cualidad totalmente nueva para él. El hombre se detuvo en la hierba antes de llegar hasta la mujer e hizo como que buscaba algo, posiblemente olvidado, en el ligero sobretodo que llevaba en el brazo; sin embargo, lo fundamental del ademán consistía en el deseo de ganar tiempo. Nada más extraño en aquel momento que los sentimientos de Strether, abocado como estaba a algo cuyo sentido casaba mal con la esencia de su pasado y que comenzaba literalmente en aquel momento y lugar. De hecho había empezado ya arriba, delante del espejo que le había reflejado al tiempo que amortiguado, tan peregrinamente, la escasa luz de la ventana de su insípido dormitorio; había comenzado con un repaso de los elementos de la Aparien-

cia, un repaso más minucioso de lo que se sintiera movido a efectuar durante mucho tiempo. En tales circunstancias había creído siempre que dichos elementos no estaban tan de su mano como le hubiera gustado, pero entonces había caído en la cuenta de que se trataba ni más ni menos que de cosas cuya componenda se cifraba presuntivamente en lo que estaba a punto de hacer. Y estaba a punto de ir a Londres, de modo que el sombrero y el lazo podían esperar. Lo que le había venido de lleno como una pelota en una bonita y limpia jugada—y que le había alcanzado, por lo demás, no menos limpiamente— no era otra cosa que el aire, en la persona de su amiga, como de quien ve y selecciona, un aire de poseer sin tapujos todas esas vagas cualidades y cantidades que se le representaban, en conjunto, como el ventajoso anticipo de la oportunidad afortunada. Así como la primera vez que ella le hablara y él respondiera no había habido, pues hay que confesarlo, ni pompa ni ceremonia, Strether habría resumido la impresión que tenía de la mujer diciendo: «Bueno, está educada con más refinamiento». Y si una réplica como «¿Más refinamiento que *quién?»* no aparecía como resultado de su observación, era sólo porque sabía en el fondo a quién se refería el segundo término de la comparación.

En cualquier caso, lo que ella parecía prometer —compatriota y conocida como era, con ese generoso diapasón del compatriota y la relación apresurada, no respecto de ningún misterio, sino tan sólo del querido y dispéptico Waymarshera el entretenimiento que proporcionaba esa educación más refinada. Su detenimiento para el tanteo del sobretodo fue seguramente el detenimiento de la confianza y ello posibilitó que su mirada averiguase tanto, en proporción, como ella había averiguado de él. Parecíale la mujer de una juventud casi insolente; pero unos treinta y cinco bien llevados aún habrían podido dar tal impresión. Ella era, sin embargo, al igual que él, una mujer llamativa y pálida; claro que él no podía saber cuántas cosas en común habría advertido un espectador que los mirase alternativamente. Y no habría sido imposible que un espectador tal supusiese que, siendo ambos de un moreno tan distinguido y de una delgadez tan acusada, manifestando los dos muescas de superficie y defectos en la vista, una nariz desproporcionada y una cabeza discreta o clamorosamente cana, se trataba de hermano y hermana. Admitido esto, habría habido no obstante un resto diferenciador; una hermana de aquel talante habría conocido, sin duda, los extremos de la desemejanza respecto de un hermano de tal suerte, al igual que un hermano de tal enjundia habría experimentado ya, respecto de tal hermana, los extremos de la sorpresa. Por otro lado, no era sorpresa, ciertamente, lo que los ojos de la amiga de Strether manifestaban con mayor ahínco mientras acariciaba sus guantes y concedía al hombre el tiempo que él estimaba oportuno. Aquellos ojos lo habían enfocado directamente, calibrándolo de arriba abajo, como si supieran cómo hacerlo; como si el hombre fuera un material humano que aquellos ojos hubieran manipulado ya. En realidad, hay que decirlo, su propietaria era el ama de llaves de una centena de cubículos o categorías, receptáculos del intelecto, subdivisiones de la conveniencia en que, a tenor de una experiencia pletórica, archivaba a sus congéneres de la especie humana con mano tan resuelta como la del impresor que ordena los tipos. Estaba tan guarnecida en este menester como Strether en el opuesto, por lo que entre ambos se establecía una competencia a la que él habría podido sustraerse de haberla sospechado. Pero se lo recelaba en tan menguada medida que, tras una ofuscación momentánea, guardó la máxima pasividad complacida. A decir verdad intuía bastante lo que ella sabía. Presentía no poco que ella sabía cosas que él ignoraba y, aunque esto era una concesión que, en líneas generales, no solía hacer a las mujeres, la hizo en aquel

momento con tan buen humor como si se hubiera quitado un peso de encima. Sus ojos estaban tan tranquilos tras los eternos lentes que habrían podido estar en otra parte sin que se alterase la faz, cuya variabilidad expresiva, así como el sello de su sensibilidad, acostumbraba abrevar en otras fuentes la superficie, la esencia y la forma. Se reunió con su cicerone en un instante y entonces le pareció que ella había aprovechado mejor los momentos recién descritos por haber quedado él tan a merced de la inteligencia femenina. Sabía ella incluso detalles íntimos suyos que el hombre no le había revelado y que tal vez nunca le revelaría. No ignoraba él que le había contado buena cantidad en tan breve tiempo, pero no se trataba de auténticas intimidades. Algunas de éstas, precisamente, eran las que ella sabía ya.

Volvieron a recorrer el vestíbulo del hotel para salir a la calle y fue allí donde en aquel preciso momento la mujer le inspeccionó con una pregunta:

—¿Se ha preocupado de saber mi nombre?

No pudo él reprimir una carcajada.

—¿Se ha preocupado usted de saber el mío?

—Claro que sí, querido amigo: en cuanto usted se marchó. Fui a recepción y lo pregunté. ¿No habría sido mejor que hubiera hecho usted lo mismo?

—¿Averiguar su nombre, cuando la edificante jovencita de allí nos ha visto intercambiar confidencias? —preguntó él.

La mujer echóse a reír al ver el retazo de alarma que cruzaba la despreocupación masculina.

—Razón de más, ¿no le parece? Si teme usted que me perjudique el que me hayan visto pasear con un caballero que aún no sabe quién soy... le aseguro a usted que a mí me preocupa bien poco. No obstante —prosiguió—, aquí tiene mi tarjeta; y como acabo de recordar que aún he de hacer algo en recepción, puede usted examinarla mientras vuelvo.

Una vez tuvo en la mano la pequeña cartulina que la mujer había sacado del monedero, alejóse ésta mientras el hombre sacaba otra semejante para entregarla a su amiga cuando volviera. Leyó pues el sencillo nombre de «María Gostrey» al que se adjuntaba, en un ángulo, un número y el nombre de una calle, de París seguramente, sin otra identificación apreciable que su cualidad extranjera. Guardó la tarjeta en el bolsillo del chaleco, manteniendo la suya a la vista mientras tanto; y al tiempo que se apoyaba en la jamba de la puerta, acogió con la sonrisa del pensamiento errabundo lo que la zona que se extendía ante el hotel ofrecía a sus ojos. Sin duda le hacía mucha gracia que tuviera ya a María Gostrey, fuera ella quien fuese —y, a decir verdad, no tenía la menor idea—, a buen recaudo. Sin saber cómo, estaba seguro de que guardaría con sumo cuidado la pequeña presa que acababa de embolsarse. Miraba con ojos invidentes y cansinos mientras seguía algunas de las implicaciones de su acto, preguntándose si realmente estaba autorizado a calificarlo de desleal. Era precipitado, posiblemente incluso prematuro, y pocas dudas había acerca de la expresión facial que habría provocado en cierta persona la contemplación de aquello. Claro que si se trataba de algo «malo»... bueno, en tal caso mejor habría sido no estrenarse siquiera. A esto, vaya por Dios, había llegado ya, antes incluso de conocer a Waymarsh. Había creído tener un limite, pero el limite había sido rebasado en el curso de treinta y seis horas. Además, una vez que María Gostrey se hubo reunido con él y con un alegre y decisivo «¡Bueno!» le hubo lanzado al mundo, sintió se aún más discutible en un buen trecho del terreno de las costumbres y hasta de la moral. Admitido esto, se sintió afectado por ello mientras paseaba junto a la

mujer con el sobretodo de un brazo, la sombrilla bajo el otro, y la tarjeta, un tanto tiesa, sostenida entre índice y pulgar: le afectaba como le afectaba, real y comparativamente, su inserción en la historia. No había habido «Europa» en Liverpool, no —ni siquiera en las deliciosas, impresionantes y terribles calles de la noche anterior— en la medida en que su actual compañera se lo hacía sentir. Y cuando más se lo hizo sentir fue en el momento en que, tras unos minutos de paseo y con tiempo de sobra para preguntarse si un par de miradas femeninas de reojo significaban que sería mejor se calzase los guantes, casi lo hizo detenerse con un divertido desafío:

—Pero ¿por qué no se la guarda? Sin malicia ninguna le digo que cuesta imaginárselo a usted con ella pegada a los dedos. Claro que si le resulta una molestia tenerla consigo, a veces se agradecen las devoluciones. ¡Lo que gasta una en tales adminículos!

Comprendió él entonces que su forma de conducirse con aquel tributo premeditado la había afectado como si se tratase de una desviación en una de esas direcciones que aún no podía calcular, así como entendió que ella creía que aquel emblema era aún el que había recibido de ella. Le tendió la tarjeta en consecuencia, como si se la devolviera, pero tan pronto como la hubo cogido la mujer advirtió la confusión y, con los ojos fijos en ella, se detuvo brevemente para excusarse:

—Me gusta su nombre —apuntó.

—Oh —dijo él—, dudo que le suene de algo. —No obstante, tenía sus motivos para estar seguro de que tal vez sí.

¡Ah, era todo tan evidente! La mujer volvió a leer el nombre como si no lo hubiese hecho hasta entonces.

—Señor Lewis Lambert Strether —deletreó casi con la misma desenvoltura que si se hubiese tratado de un desconocido. Repitió, sin embargo, que le gustaba—; sobre todo el Lewis Lambert. Es el título de una novela de Balzac.

—Ya lo sé —dijo Strether.

—Pero la novela es rematadamente mala.

—También me consta —dijo Strether con una sonrisa. A lo que adjuntó un despropósito que sólo lo fue superficialmente—: Yo soy de Woollett, Massachusetts. —Cosa que, por lo inesperado o por lo que fuese, hizo reír a la mujer. Balzac había descrito muchas ciudades, pero no Woollett, Massachusetts.

—Y lo dice —repuso ella— como si deseara usted que inmediatamente se supiese lo peor.

—Oh, pienso —dijo él— que usted debe haberlo descubierto ya. Lo llevo tan dentro que tiene que notárseme en el acento y, como se dice allá, incluso en la «positura». No me puedo desprender de ello y estoy seguro de que usted lo supo en cuanto me vio.

—¿Lo peor, dice usted?

—Bueno, el sitio de donde soy. En cualquier caso, ya está dicho; así no podrá aducir, ocurra lo que ocurra, que no he sido franco con usted.

—Comprendo... —la señorita Gostrey parecía seriamente interesada en el detalle que el hombre había destacado—. Pero ¿qué cree usted que va a ocurrir?

Aunque no era tímido —cosa más bien anómala—, Strether apartó la mirada; un gesto que, en las conversaciones, era frecuente en él, a pesar de que sus palabras no solían acusar el efecto.

—Vaya, que usted me encuentre demasiado desesperado.

Tras lo cual siguieron paseando mientras ella respondía que los más «desesperados»

de sus paisanos eran precisamente los que más apreciaba. Toda suerte de menudencias —menudencias que a él se le antojaron no obstante mayúsculas— afloró en el aroma de la ocasión; pero nos afecta tanto el vínculo de este momento con asuntos todavía lejanos que se nos permitirá ofrecer más ejemplos. A decir verdad, tal vez lamentáramos descuidar un par de ellos. El muro tortuoso —el cinturón, quebrado de mucho atrás, de la pequeña ciudad hinchada, medio mantenido en su sitio gracias a las meticulosas manos cívicas— discurría, en apretada hilera, entre parapetos desbastados por pacíficas generaciones, deteniéndose aquí y allá en virtud de una puerta desvencijada o un socavón relleno, cuestas y declives, parajes escalonados, giros excéntricos, enlaces sospechosos, atisbos de calles ordinarias y de las cejas de los gabletes, vistas del campanario de la catedral y de los campos ribereños, de la apiñada ciudad inglesa y del ordenado campo de Inglaterra. Tal vez fuese demasiado profundo para expresarlo con palabras el deleite que sentía Strether ante aquellas cosas; y, no obstante, había ciertas imágenes de su retrato interior que se combinaban intensamente con dicho deleite. Había hollado ya aquel camino hacía mucho tiempo, a los veinticinco años; pero semejante circunstancia, en lugar de arruinarlo no hacía sino enriquecerlo en la perspectiva presente y señalar la reafirmación del hombre como evento de sustancialidad suficiente para ser compartida. Con Waymarsh era con quien la habría compartido y, en consecuencia, le dedicó algo que le debía. Miró varias veces el reloj y al llegar a la quinta la señorita Gostrey lo interpeló.

—Está haciendo algo que usted mismo estima incorrecto.

Había dado de tal forma en el clavo que el hombre mudó de color notablemente y lanzó una carcajada casi desagradable.

—¿Hasta ese punto estoy contento?

—En mi opinión, no está contento usted cuanto debiera.

—Comprendo —pareció convenir él pensativamente—. Mi prerrogativa es grande.

—Oh, no es prerrogativa suya. No tiene nada que ver *conmigo.* Sino con usted. Su fracaso es total.

—Ah, vamos, acabáramos —dijo él riendo—. El fracaso de Woollett. *Ese* sí es total.

—A lo que me refiero —se explicó la señorita Gostrey— es a su fracaso en lo que toca a la diversión.

—Precisamente. No es seguro que Woollett contenga probabilidades de diversión. Si las tuviera las acometería. Pero no tiene, pobrecilla —prosiguió Strether—, a nadie que le enseñe cómo obtenerlas. Al contrario que yo. Yo sí tengo a alguien.

Habíanse detenido a la luz del atardecer —haciendo pausas constantes, en su vagabundeo, para mejor aprecio de cuanto veían— y Strether se apoyaba en una de las vetustas y pétreas acanaladuras de la pequeña muralla. Se reclinó en aquel apoyo de cara a la torre de la catedral, dominada en aquel momento a la perfección gracias a la parada de ambos, elevada masa de un rojo parduzco, cuadrada y con adornos secundarios de espirales y crochetes, retocada y restaurada, no obstante encantadora a los ojos masculinos, largo tiempo cerrados, y con las primeras golondrinas del año revoloteando a su alrededor. La señorita Gostrey se apoyó a su lado, inundada de un aura de comprensión del efecto de las cosas, aura cuyo derecho de pertenencia justificaba ella en medida creciente. En esto la mujer estaba bastante de acuerdo.

—Es cierto que tiene usted a alguien—dijo, para añadir—: Quisiera que me hiciera saber usted cómo.

—Oh, le temo a usted —dijo el hombre.

Durante un momento la mujer sondeó al hombre, por entre sus gafas y a través del hombre mismo, con cierta intencionalidad amable.

—¡Ah, vamos, de ningún modo! No me teme usted ni por asomo, a Dios gracias. De ser así no habríamos venido aquí tan pronto, digo yo. —Y añadió con severidad—: Usted confía en mí.

—Creo que tiene usted razón... pero es que es eso precisamente lo que temo. No me importaría si no fuera como digo. Es haber quedado así, en veinte minutos, tan de sopetón en manos de usted. Me atrevería a decir —prosiguió Strether— que es algo a lo que usted está bastante acostumbrada; pero es que nunca me había ocurrido nada tan extraordinario.

Observó al hombre con toda amabilidad.

—Eso significa sencillamente que usted me ha reconocido, lo que es más bien hermoso y singular. Usted ve lo que yo soy. —Como él protestara ante esto, sin embargo, con campechano manoteo, rechazo de cualquier afirmación de aquel tenor, la mujer se explicó con largueza—: Si se limita a seguir el camino emprendido, no tardará en darse cuenta. Mi destino me ha sobrepasado, he sucumbido ante él. Yo soy una guía general... de «Europa», ¿sabe usted? Espero a las personas; las hago circular. Las reúno; las instalo. Soy una especie de agente superior de turismo. Compañera en sentido global. Como le he dicho, distribuyo a las personas. Es algo que no procuro, pero que siempre me sucede. Este ha sido mi destino y el destino propio hay que aceptarlo. Es espantoso tener que decirlo en un mundo tan corrompido, pero creo sinceramente que, tal como usted me ve, no hay nada que yo no sepa. Conozco todas las tiendas, todos los precios... pero conozco cosas todavía peores. Llevo a las espaldas la pesada carga de nuestra conciencia nacional o, en otras palabras, pues de esto se trata, de nuestra misma nación. ¿De qué se compone nuestra nación si no de los hombres y mujeres que pesan sobre mis hombros? Y no lo hago, usted lo sabe bien, por ningún lucro personal. No lo hago, por ejemplo, aunque ciertas personas sí, y esto también lo sabe usted, por dinero.

Lo único que pudo hacer Strether fue escuchar, asombrarse y calibrar sus posibilidades.

—Y sin embargo, relacionada como está con tantos parroquianos, apenas puede decirse que lo hace por amor. —El hombre hizo una pausa—: ¿Cómo la recompensamos?

Sufrió la mujer cierta vacilación, pero acabó por exclamar «¡Usted no tendrá que hacerlo!», por poner al hombre otra vez en movimiento. Aunque durante escasos minutos, siguieron andando y, no obstante abstraído en lo que ella le había dicho, el hombre sacó una vez más el reloj; pero mecánica e inconscientemente y como nervioso por el sólo optimismo producido por lo que a él se le antojaba extraño y cínico ingenio de aquella mujer. Miró la hora sin verla y entonces, a propósito otra vez de algo dicho por su compañera, volvió a detenerse.

—Le tiene usted un miedo atroz.

Sonrió el hombre con una mueca que a él mismo le pareció casi enfermiza.

—¿Entiende ahora por qué le temo a usted?

—¿A causa de esta suerte de clarividencia? Pero, ¡bueno!, si lo hago todo por usted. Es —añadió— lo que le he dicho hace un momento. Y usted se comporta como si esto estuviera mal.

Volvió él a apoyarse y acomodarse, como para oír algo más, en la muralla.

—¡Entonces, libéreme!

El rostro femenino se iluminó a causa de la alegría producida por aquella invocación,

pero, como si se tratase de un caso de intervención inmediata, lo consideró abiertamente.

—¿De esperarle? ¿De verle en lo sucesivo?

—Oh, no, eso no —dijo el pobre Strether con aire apesadumbrado—. Tengo que esperarle... y tengo muchas ganas de verle. Me refiero al miedo atroz. Hace unos minutos puso usted el dedo en la llaga. Es una sensación abstracta, pero surte efecto en determinadas ocasiones. Es precisamente lo que me ocurre ahora. Yo siempre estoy pensando en otras cosas; es decir, en cosas distintas al momento presente. La obsesión por lo otro es aterradora. En este momento, por ejemplo, pienso en algo más que en usted.

La mujer escuchaba con encantadora solicitud.

—Oh, no debiera usted hacerlo.

—Estamos de acuerdo, pues. Haga que ello sea imposible.

La mujer recapacitó.

—¿Es de veras una «orden» suya? ¿El que deba hacerme cargo del asunto? ¿Se *rendirá* usted?

El pobre Strether lanzó un suspiro.

—¡Si pudiera! Pero ahí está el meollo... que nunca puedo. No... no puedo.

A pesar de todo, la mujer no se había desanimado.

—Pero, cuando menos, usted lo desea.

—¡Oh, de manera inefable!

—Bueno, entonces, con tal de proponérselo... —Y la mujer se hizo cargo del asunto, según sus propias palabras, en el acto—. Confíe en mí —dijo; y su acción correspondiente fue, mientras desandaban el camino, hacer que el hombre la cogiera del brazo, como una anciana bonachona, subordinada y maternal que desea ser «simpática» con una persona más joven. Si el hombre retiró la mano, como ocurrió, al aproximarse al hotel, ello fue sin duda porque, después de haber hablado un poco más, la diferencia de edad o, cuando menos de experiencia —que, para el caso, ya había hecho intranquilo acto de presencia con alguna libertad— le sentaba como si allí se estuviese dando un reajuste. Tal vez fue, bajo todos los conceptos, una suerte que llegasen a la puerta con suficiente distancia entre ambos. La joven que habían dejado en la ventanilla escrutaba el horizonte como si hubiera ido a esperarles a la entrada. A su lado había una persona igualmente interesada, habida cuenta de su actitud, en el regreso de ambos, el efecto de cuya identificación vino a determinar instantáneamente en Strether otra de esas parades emocionales que ya hemos tenido ocasión de advertir. Dejó que fuera la señorita Gostrey quien pronunciara el nombre, con el delicado, pletórico envalentonamiento, que casi le aturdió, de su «¡Señor Waymarsh!», de lo que tenía que haber sido —sentía como nunca que su vaga mirada de suspensa bienvenida asimilaba los hechos—, de lo que habría tenido que ser, aunque no para ella, la perdición de Strether. Saltaba ya a la vista, a pesar de la distancia, que el señor Waymarsh, por su parte, no manifestaba la menor alegría.

II

De ningún modo iba a confesar al amigo aquella noche que apenas si sabía nada de ella, deficiencia que Waymarsh, a pesar de los recuerdos espoleados por el contacto, por las insinuaciones, preguntas y alusiones preclaras de la mujer, por la cena compartida a trío en el comedor del hotel y por otro paseo, al que tampoco faltó ella, por la ciudad para

admirar la catedral a la luz de la luna; deficiencia, digo, o vacío que el ciudadano de Milrose, no obstante admitir que conocía a los Munster, se sintió incapaz de llenar. No recordaba absolutamente nada a la señorita Gostrey y dos o tres preguntas que ella le formuló acerca de determinados miembros de su círculo tuvieron, según observó Strether, el mismo efecto que él ya experimentara de manera más directa: el de parecer, en primera instancia, que todo conocimiento se ubicaba a la vera de aquella mujer tan original. A él le interesaba, es verdad, determinar los límites de la relación concebible que existía entre su amigo y ella, y lo que particularmente le sorprendió fue que dichos límites se juntaban en el lugar de procedencia de Waymarsh. Añadido esto a su sensación de haber ido un poco lejos con ella, concibió una imagen precoz de un itinerario más reducido. Se había apoderado de él una especie de certidumbre: la convicción de que Waymarsh fracasaría de plano, fuera cual fuese el nivel de intimidad alcanzado, en el intento de sacar partido de ella.

Habían entablado, tras los primeros plácemes cruzados entre los tres, una conversación de unos cinco minutos en el vestíbulo y luego, mientras la señorita Gostrey se alejaba, los dos hombres se habían trasladado al jardín. A su debido momento, Strether acompañó a su amigo a la habitación que le había encargado y que, antes de salir, había revisado con escrupulosidad; lugar donde, al cabo de otra media hora, hubo de dejarlo no menos discretamente. Al dejar su compañia fue derecho a su cuarto, pero con la particularidad, casi inmediata, de intuir que el ámbito de aquel aposento se resentía de su situación. Allí mismo tenía, ante sus propias narices, el primer resultado de sus relaciones. Un lugar que antes le había parecido generosamente grande ahora se le figuraba demasiado pequeño. Lo había esperado con algo que se habría entristecido, casi avergonzado, de no reconocer como emotividad, y no obstante con la suposición tácita, al propio tiempo, de que dicha emoción encontraría remedio en el acontecimiento mismo. Lo verdaderamente extraño era que su sentimiento había crecido; y fue este desasosiego ––al que sin duda habría definido al instante con dificultad— el que lo condujo una vez más escaleras abajo para pasear sin rumbo durante unos minutos. Volvió a visitar el jardín; miró en el comedor, vio a la señorita Gostrey escribiendo unas cartas, salió, vagó de aquí para allá, se puso nervioso y se ocupó en matar el tiempo; pero antes de que acabara la noche iba a tener el más íntimo encuentro con su amigo.

Era ya tarde —no lo fue hasta que Strether hubo pasado una hora arriba con él— cuando el hilo discursivo de aquel asunto le permitió arribar a un dudoso descanso. La cena y el subsiguiente paseo a la luz de la luna —un sueño, por lo que a Strether respectaba, de efectos románticos más bien prosaicamente trocado en vulgar extravío de levitas— habían contribuido perceptiblemente y aquella conferencia de medianoche era el resultado de que Waymarsh hubiera encontrado—cuando estuvieron libres, según dijo, de la elegante amiga— el salón de fumadores no del todo de su gusto, pese a desear la cama todavía menos. Su expresión más frecuente era que se conocía a sí mismo y en la presente ocasión la aplicó a la certeza de no conciliar el sueño. Se conocía lo bastante bien para saber que se regalaría con una noche animada a menos que llegase, a modo de preámbulo, a sentirse tan cansado como quería. Si el esfuerzo encaminado a este fin implicaba, hasta una hora avanzada, la compañía de Strether —es decir, si consistía en la disposición de éste a una buena charla—, el caso es que flotaba una sensación de disciplina menor, por lo que respectaba a nuestro amigo, en la imagen que le ofrecía Waymarsh mientras permanecía sentado, en camisa y pantalón, en el borde de la cama.

Con las largas piernas estiradas y las anchas espaldas excesivamente combadas, manoseándose alternativamente y durante un espacio de tiempo ya increíblemente duradero, los codos y la barba. Hacía que el visitante se sintiera tan extremada como casi deliberadamente incómodo; sin embargo, ¿qué había sido esto para Strether, desde que vislumbrara al desconcertado amigo en la entrada del hotel, sino la tónica dominante? Se trataba de una incomodidad en cierto modo contagiosa, así como, igualmente en cierto modo, inconsecuente y carente de fundamento; el visitante intuía que si no se hacía a ello —o él o Waymarsh—, representaría una amenaza para su preparada y ya confirmada conciencia de lo agradable. Cuando subieron juntos la primera vez a la habitación que Strether había elegido para Waymarsh, éste la había revisado en silencio con un suspiro que significaba para el amigo, si no el hábito de la desaprobación, sí al menos la desesperación de la frase oportuna; aquella mirada había sido para Strether como la clave de gran parte de lo que había observado desde entonces. «Europa», se había puesto a conjeturar a partir de tales cosas; había, pues, como si dijéramos fracasado en la entrega de sus mensajes; no había sintonizado el otro con éstos y, al cabo de tres meses, casi había renunciado ya a toda esperanza.

En realidad daba la sensación de insistir en ello con sólo permanecer allí apoltronado con la luz de gas en los ojos. Esto por sí solo conducía la futilidad de la simple rectificación a un fracaso multiforme. Por sí solo y sin saber cómo. Tenía una cabeza grande y hermosa y un semblante ancho, cetrino y arrugado: un conjunto fisonómico chocante, significativo, cuya parte superior, la frente despejada y elegante, el cabello espeso y suelto, los ojos oscuros y fuliginosos, llegaba a recordar una generación cuyo corte se había apartado enormemente de la impresionante imagen, conocida gracias a grabados y bustos, de ciertos eminentes héroes nacionales de la primera mitad del siglo XX. Pertenecía al tipo de personalidad —y esto formaba parte de la energía y esperanzas que Strether había encontrado en él en los viejos tiempos— de los políticos norteamericanos, esos políticos propios de las «salas de Congreso» de antaño. En los últimos tiempos había corrido la especie de que, como la parte inferior de su rostro, que era endeble y un tanto torcida, afeaba la homogeneidad, se había dejado crecer la barba para ocultarla, tal vez afeando más las cosas para los que estaban en el secreto. Gustaba de sacudir la melena; hipnotizaba, con sus ojos admirables, al que le escuchaba u observaba; no usaba gafas y tenía una forma, en parte magnífica, sin embargo también en parte irritante, como de representante a elector, muy intensa de mirar a cuantos se le aproximaban. Saludaba como si el otro hubiera llamado a la puerta y él dispusiera de todos los movimientos. Strether, que no lo había visto durante una temporada, lo apreciaba en aquel momento con cierta virginidad de tacto, y es posible que no le hubiera hecho tanta justicia ideal como en aquella ocasión. La cabeza era mayor, los ojos más nobles de lo preciso en su profesión; aunque aquello, a fin de cuentas, sólo venía a significar que la profesión era expresiva por sí misma. Y lo que expresaba en aquel dormitorio con luz de gas de Chester, a medianoche, era que su objetivo, al cabo de los años, apenas había escapado, mediante una fuga oportuna, al derrumbe general. No obstante, tamaña prueba evidente de su vida intensa, según se entendía en Milrose la vida intensa, habría configurado, en la imaginación de Strether, una especie de elemento en que Waymarsh, con sólo proponérselo, habría flotado con facilidad. Pero, ahí, nada recordaba menos la flotación que la rigidez con que, en el borde de la cama, afirmaba su postura de prolongado deseo de permanencia. Sugería a su camarada algo que siempre, cuando lo afrontaba, llegaba a

irritarle: la imagen de una persona acomodada en un vagón de tren e inclinada hacia delante. Representaba la óptica desde la que el pobre Waymarsh iba a sufrir la ordalia de Europa.

Gracias a las tensiones laborales, los compromisos de la profesión, la absorción y las preocupaciones de ambos, ni siquiera habían gozado de un día libre para hablar con intimidad durante los cinco años aproximadamente que habían transcurrido antes de la repentina ruptura de relaciones que casi podía considerarse desconcertante intervalo de comparativo sosiego; hecho que, en cierta medida, explicaba el hincapié con que Strether realzaba casi todas las facciones de su amigo. Las que había perdido de vista desde el primer momento las había recuperado; aquellas otras que no había podido olvidar le chocaban ahora como si conformaran, recompuestas y expectantes, una especie de altanero retrato de familia en la puerta de su casa. La habitación era estrecha a pesar de su longitud y el amigo de Strether tenía tan estirados los pies con calcetines que casi se veía obligado a sortearlos en los constantes movimientos nerviosos que hacía sin despegarse de la silla. Había denotaciones compartidas a propósito de temas de los que hablar y temas de los que no, y uno del segundo grupo, en particular, resaltaba como trazo de tiza en una pizarra. Casado a los treinta años, Waymarsh no vivía con su mujer desde hacía quince y, al resplandor de la luz de gas que mediaba entre ambos, estaba claro como el agua que Strether no iba a preguntar por ella. Sabía que seguían separados y que ella vivía en hoteles, viajaba por Europa, se maquillaba y escribía al marido insultantes epístolas, de ninguna de las cuales, por cierto, privábase la víctima de una atenta lectura; no obstante, respetaba sin dificultades el frío crepúsculo que se había cernido sobre aquella faceta de la vida de su compañero. Era una provincia existencial en donde imperaba el misterio y respecto de la cual Waymarsh aún no había enunciado la menor palabra informativa. Strether, que deseaba para su amigo cumplida justicia doquiera que pudiese, admirábale sobremanera a causa de la dignidad de su reserva y hasta calificaba ésta como una de las bases —bases comprobadas y numeradas todas— para catalogarlo, en el escalafón de la amistad, como un triunfador. Waymarsh era un triunfador a pesar del exceso de trabajo, del abatimiento, del apocamiento manifiesto, de las cartas de su mujer y de su nula afición por Europa. Strether habría estimado menos inútil su propio trabajo si hubiera podido convertirlo en algo tan hermoso como un silencio de tamaña elegancia. Separarse de la señora Waymarsh, era, qué cabe duda, empresa fácil; y, ciertamente, valía la pena pagar con la propia intimidad el estipendio del ideal para ocultar, con semejante actitud, la mofa de haber sido abandonado por ella. El marido había contenido la lengua y obtenido sobrado beneficio; felices resultados por los que Strether le envidiaba en particular. También nuestro amigo había vivido una circunstancia que callar y que valoraba en mucho; pero se trataba de un asunto de estofa distinta y la cifra del beneficio que había alcanzado no había sido suficientemente elevada para mirar a nadie a la cara.

—Por lo que se me alcanza, no sé para qué lo necesitas. No pareces morirte de ganas por hablar de ello. —Era de Europa de lo que Waymarsh se había decidido a hablar por fin.

—Bueno —dijo Strether, procurando llevar la delantera al máximo—. Me parece que no me muero de ganas ahora que he empezado. Pero tuve que soltar bastante el freno antes de comenzar.

Waymarsh le dedicó una de sus miradas tristes.

—¿No has recuperado aún la normalidad habitual?

Aquello no fue expresamente escéptico, pero en cierto modo era como una súplica que pedía la veracidad más absoluta y que, en proporción, se le antojó a nuestro amigo, con la mismísima voz de Milrose. Hacía tiempo que había establecido una distinción imaginaria —aunque nunca, a decir verdad, hablase atrevido a revelarla— entre la voz de Milrose y la voz de Woollett. Era la primera, según creía, la que estaba más en la verdadera tradición. Había habido ocasiones en su vida en que el sonido de dicha voz lo había sumido en momentánea confusión y, sin saber cómo, por lo que fuese, las presentes circunstancias adoptaron esas mismas características. Y no era cuestión, ni mucho menos, de que aquella precisa confusión le obligase otra vez a buscar evasivas.

—Esas palabras hacen poca justicia a un hombre que tanto se ha beneficiado de verte.

Waymarsh clavó en el trípode y la jofaina la muda e indiferente mirada con que una Milrose personificada, por así decir, habría acusado lo inesperado de un cumplido de Woollett; y Strether, por su lado, se sintió una vez más como un Woollett personificado.

—Quiero decir —prosiguió entonces su amigo— que tu aspecto no es tan malo como otras veces; puede compararse ventajosamente con lo que era la última vez que lo apreció.

Los ojos de Waymarsh, sin embargo, se negaban a enfocar el aspecto mencionado; era como si obedecieran a un instinto de apropiación; por ello, se produjo un efecto más sensible cuando, sin abandonar la contemplación de la palangana y el jarro, añadió:

—Has engordado un poco desde entonces.

—Me temo que sí —dijo Strether riendo—; se engorda con todo lo que se ingiere y yo he ingerido, me atrevería a decir, más de lo que permite mi capacidad natural. Estaba agotado cuando embarqué.

Aquello sonó con rara nota de buen humor.

—Yo quedé agotado —replicó el compañero— al llegar; ha sido esta persecución del descanso lo que me ha dejado sin fuerzas. La cuestión, Strether, y es un alivio tenerte aquí para que lo oigas, aunque no sé, a fin de cuentas, qué es lo que realmente esperaba, tal y como dije a cuantos me encontraba en el viaje... la cuestión, digo, es que un país como éste no es en modo alguno mi *estilo* de país. No hay un solo país de cuantos he visto hasta el momento que encaje en mi estilo. Bueno, no niego que no haya muchos lugares preciosos y con notables antigüedades; pero el problema radica en que yo no parezco estar a tono con ninguno. Esta es una de las razones, digo yo, por las que he sacado tan poco provecho. No he sentido el menor rastro de la exaltación que era propenso a esperar. —Con aquellas palabras no hizo sino aumentar la seriedad—. ¿Sabes? Tengo ganas de marcharme.

Sus ojos estaban ya totalmente fijos en los de Strether, pues se trataba de uno de esos hombres que miran cara a cara a los demás cuando hablan de sí mismos. Aquel detalle facultó al amigo para mirarle con intensidad y aparecer inmediatamente ante sí mismo, al hacer aquello, en una posición eminentemente ventajosa.

—Un comentario muy ocurrente para espetarlo a un paisano que se ha desplazado con el fin de reunirse contigo.

Nada más elegante en aquel momento que el aire sombrío de Waymarsh.

—¿Has venido adrede?

—En buena medida sí.

—Por tu forma de decírmelo por carta, pensaba que había algo más.

Strether vaciló.

—¿Algo más que mi deseo de reunirme contigo?

—Algo más que tu abatimiento.

Strether, con sonrisa amortiguada por cierto reconocimiento, cabeceó.

—Hay mil motivos para ello.

—¿Ninguno en especial que haya sido tu principal motor?

Nuestro amigo pudo responder por fin concienzudamente.

—Sí. Uno. Hay un asunto que tiene mucho que ver con mi venida.

Waymarsh esperó un poco.

—¿Es demasiado íntimo para revelarlo?

—No, no es demasiado íntimo... para ti. Sólo que es bastante complicado.

—Pues muy bien —dijo Waymarsh, que había estado aguardando nuevamente—. Es posible que este lugar me haga perder los estribos, pero no sé que me haya ocurrido todavía.

—Oh, acabaré contándotelo todo. Pero no esta noche.

Waymarsh pareció ponerse más rígido y hundir más los codos.

—¿Por qué no... ya que no puedo dormir?

—Mi querido amigo, porque yo *sí* puedo.

—¿Dónde está tu abatimiento, entonces?

—Precisamente en eso: en que puedo interponer ocho horas —a lo que añadió que si Waymarsh no se lo «ganaba» era porque no se iba a la cama; resultado de lo cual fue, según el orden de las cosas, que, para no resultar injusto, el segundo dejó que su amigo insistiera en que debía meterse en el lecho. Strether, con un poco de mano coercitiva, le ayudó en la consumación de los procedimientos y volvió a encontrar el papel que le correspondía en aquella relación, propiciamente prolongado por las intrascendentes minucias de reducir el gas de la lámpara y comprobar el suministro de mantas. En cierto sentido le proporcionó la satisfacción de que Waymarsh, que parecía anormalmente grande y negro en la cama, se sintiera tan cuidado como el paciente de un hospital y, con las frazadas hasta la barbilla, igual de simplificado por ello. Se quedó un rato por vaga caridad, en resumidas cuentas, mientras el amigo le provocaba desde el lecho.

—¿De veras está loca por ti? ¿Es eso lo que hay detrás?

Strether sintió un dejo de desasosiego en el sentido tomado de la imaginación del compañero, pero optó por jugar un tanto al desconcierto.

—¿Detrás de mi venida?

—Detrás de tu abatimiento o lo que sea. Ya sabes que es un secreto a voces que va detrás de ti.

El candor de Strether nunca había tenido largo alcance.

—Oh, no me digas que se te ha ocurrido pensar que huyo materialmente de la señora Newsome.

—Bueno, yo sólo parto de lo que eres. Y eres un hombre muy atractivo, Strether. Ya has visto por ti mismo —dijo Waymarsh— el impacto que has causado a la señora de ahí abajo. A menos, claro está—se detuvo como para producir un efecto entre lo irónico y lo nervioso— que seas tú el que anda tras *ella.* ¿Está *aquí* la señora Newsome? —Hablaba de ella con una especie de pavor cómico.

Aquello, aunque más bien brevemente, hizo sonreír a su amigo.

—No, muchacho; está a salvo, gracias a Dios, y esto lo siento cada vez con mayor

sinceridad, en su casa. Pensaba venir, pero se echó atrás. En cierto modo, yo he venido en su lugar; y vine, ya que tocamos este asunto, pues no anda desencaminada tu inferencia, por negocios de ella. De modo que, como puedes ver, hay muchos puntos de contacto.

Waymarsh prosiguió para averiguar todo lo que hubiera.

—¿Incluidos los que atañen a la conexión especial a que me he referido?

Strether dio otro paseo por la habitación, dio un toque a la manta de su compañero y acabó por llegarse a la puerta. Sus emociones eran las de la enfermera que se ha ganado un descanso tras haberlo hecho todo ordenadamente.

—Incluidas más cosas de las que puedo pensar en este momento tan poco sólido. Pero no temas: te daré cumplida cuenta de ellas; seguramente te encontrarás con más de las que puedes admitir. Si seguimos viéndonos, te agradeceré infinitamente la opinión que me des respecto de unas cuantas.

La apercepción de Waymarsh del tributo ofrecido fue notoriamente indirecta:

—¿Quieres decir que no crees que vayamos a seguir viéndonos?

—Me limito a no descuidar el peligro —dijo Strether con paternalismo—, porque cuando oí las ganas que tenías de volver me pareció verte abierto a tal posibilidad de locura.

Waymarsh encajó aquello —mudo durante unos instantes— como un niño crecido al que se desaira.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

Era la misma pregunta que Strether había formulado a la señorita Gostrey y se preguntó si habría producido la misma impresión en ella. Pero *él,* por lo menos, podía ser más concreto.

—Voy a llevarte a Londres.

—Vamos, si ya he estado en Londres —se quejó Waymarsh con dulzura—. Strether, allí no hago ninguna falta.

—Bueno —dijo Strether de buen humor—, me parece que puedes hacerme falta a mí.

—O sea que tengo que ir.

—Oh, aún tendrás que ir a más sitios.

—Bueno —suspiró Waymarsh—, haz lo que te plazca. Aunque ¿te importaría decirme antes de llevarme donde sea...?

Nuestro amigo había vuelto a quedar abstraído, tanto por diversión como por arrepentimiento, en la pesquisa de si se habría conducido de aquella manera en su sesión vespertina de atrevimiento; hasta tal punto que por un instante hubo de perder el hilo de la conversación.

—¿Decirte...?

—Vaya, pues lo que te traes entre manos. Strether vaciló.

—Bueno, se trata de un asunto tal que, por más que yo quisiera, no podría ocultarte.

Waymarsh lo escrutó sombríamente.

—¿Y qué significa eso, pues, sino que tu viaje es a causa de ella?

—¿A causa de la señora Newsome? Oh, ya te he dicho que sí. En gran medida.

—Entonces, ¿por qué dices además que es a causa mía? Strether, lleno de impaciencia, trasteó bruscamente la cerradura.

—Es muy sencillo. Es a causa de ambos.

Waymarsh se volvió al cabo con un quejido.

—Bueno, no seré yo quien te case.

—Ni yo a tí tampoco, llegado el caso.

Pero Strether ya se había alejado con una carcajada.

III

Había dicho a la señorita Gostrey que seguramente tomaría, para irse con Waymarsh, un tren de la tarde y, en consecuencia, ya por la mañana parecía que la dama había forjado su propio plan para tomar uno que saliera antes. Había desayunado ya cuando Strether entró en el comedor; pero, como Waymarsh aún no había hecho acto de presencia, tuvo tiempo de recordar a la mujer los términos de su acuerdo y de pedirle que fuera sumamente discreta. Sin duda no iba a desaparecer ella en el preciso momento en que había inspirado un deseo. La había visto cuando ya se levantaba de la pequeña mesa del mirador, lugar donde, con los periódicos de la mañana a su lado, recordó al hombre, según éste hizo saber a la mujer, al Mayor Pendennis cuando desayunaba en el club; cumplido ante el que manifestó ella un profundo agradecimiento; y la retuvo tan implorantemente como si ya hubiese aprendido —sobre todo bajo el influjo de las visiones nocturnas— a no saber hacer nada sin ella. Antes de que se marchara debía ella enseñarle a llevar todo tipo de gestiones, a pedir el desayuno tal y como se pide el desayuno en Europa, y debía asesorarle especialmente en el problema de pedirlo, para Waymarsh. Éste había cargado a su amigo, mediante golpes desesperados en la puerta de su cuarto, con temibles y presumidas responsabilidades relativas a chuletas y naranjas; responsabilidades que la señorita Gostrey hizo suyas con una prontitud de acción que compaginaba con su rápida inteligencia. Antes hubo de desaficionar al expatriado de esas tradiciones comparadas con las cuales las chuletas matutinas no eran sino engendro de una hora, y no se debieron a ella, que echaba mano de algunos recuerdos, los titubeos en la andadura; aunque afirmó con suficiente liberalidad, tras pensarlo un buen rato, que siempre había en tales casos una alternativa entre dos etiquetas opuestas.

—Hay veces en que se tiene que claudicar, compréndame usted.

Habían ido juntos al jardín a esperar el aliño de la carne y Strether la encontraba más sugestiva que nunca.

—Bueno. ¿Qué hay?

—Ha estado a punto de representarles tal complejidad de relaciones, a no ser que estimemos se trata de una simpleza, naturalmente, que la situación *tiene que* llegar a su término por sí misma. Quieren volver.

—Y usted quiere que se vayan —concluyó Strether con alegría.

—Yo siempre quiero que se vayan y me deshago de ellos tan rápidamente como puedo.

—Oh, entiendo: usted los lleva a Liverpool.

—Cualquier puerto es útil en una tormenta. Soy, junto con mis otras funciones, un agente de repatriación. Quiero repoblar nuestro abandonado país. ¿Qué será de él, de lo contrario? Quiero desanimar a los demás.

El cuidado jardincito inglés, en medio de la frescura del día, agradaba a un Strether que gustaba de oír bajo sus pies el crujir de la grava dura y menuda, cohesionada mediante riesgos periódicos, y que poseía un ojo muy perezoso para la intensa blandura del césped y las límpidas curvas de los senderos.

—¿A las demás personas?

—A los demás países. Sí, a las demás personas. Quiero desalentar a los nuestros.

. Strether se quedó asombrado.

—¿Para que no vengan? Entonces, ¿por qué les sale usted al encuentro? De ese modo no parece que vaya a detenerlos.

—Oh, por el momento sería demasiado pedirles que no vengan. Lo que pretendo es que vengan aprisa y se marchen más aprisa aún. Les salgo al encuentro para ayudarles a terminar el viaje cuanto antes y, aunque no les paro los pies, me las ingenio para que lo finiquiten. Este es mi breve sistema; y, por si quiere saberlo —dijo María Gostrey—, mi auténtico secreto, mi misión y utilidad más recónditas. Como habrá comprobado, yo sólo entretengo y apruebo, al parecer; pero lo tengo todo bien calculado y no dejo de mover hilos a escondidas mientras tanto. Probablemente no pueda darle cumplida cuenta de mi fórmula, pero me parece que en la práctica me salgo con la mía. Yo lo devuelvo a usted agotado y usted no puede por menos de quedarse. Después de pasar por mis manos...

—¿Y no volvemos a encontrarnos? —Cuanto más lejos iba ella, más lejos se sentía él capaz de ir—. No es que quiera su fórmula... Ya he intuido su abismo con suficiencia, según le di a entender ayer. ¡Agotado! —repitió el hombre—. Si es así como prepara usted sutilmente mi devolución, le agradezco la advertencia.

Durante un minuto y en medio de tanta amenidad—poesía de artículos arancelarios, pero ante todo, visitantes ya condenados, un rato al consumo— se sonrieron con camaradería confirmada.

—¿Dice usted que es sutil? Yo creo que es una trama bien sencilla. Además, usted es un caso especial.

—Oh, los casos especiales... ¡Qué debilidad! —Cedían progresivamente las resistencias de la mujer a aplazar su viaje y a convenir en acompañar a ambos caballeros en el curso del suyo, si un compartimento propio hacía constar su independencia; no obstante y a pesar de esto, hubo de acontecer que después de la comida ella fuese sola y, tras haber concertado una cita para pasar el día con ella en Londres, los dos amigos demoraron su viaje otra noche. Durante la mañana —transcurrida de una manera que él recordaría en lo sucesivo como verdadera culminación de su goce anticipado, caldeada gracias a los presentimientos y a lo que él habría denominado colapsos— la mujer había arreglado toda suerte de cosas con Strether; y entre ellas que aun cuando no existiera un solo momento de su vida en que ella no fuera «oportuna» en alguna parte, pocas perfidias para con el prójimo había, no obstante, de que ella no se sintiera capaz por el bien de Strether. Le explicó, además, que doquiera que estuviese se encontraba con un cabo suelto del que tirar, un parco entuerto que deshacer, apetitos conocidos al acecho y que se dejaban ver cuando ella pasaba, no obstante susceptibles de ser satisfechos con naderías ocasionales. Una vez aceptó ella el riesgo de la desviación a él impuesta en virtud del insidioso apaño femenino de la comida masculina de la mañana, se convirtió para ella en una cuestión de honor no fracasar, respecto de Waymarsh, en un empresa de mayor relevancia; y su ulterior jactancia ante Strether consistió en que había conseguido que el común amigo lo pasara tan bien —y ello casi sin que Strether supiera por dónde iban los tiros— como el Mayor Pendennis en el Megaterio. Había hecho que desayunara como un caballero y esto no era nada, según aseguraba con energía, ante lo que aún le haría hacer. Le hizo participar en el pausado vagabundeo reiterativo con que, según Strether, el nuevo día se cumplimentaba generosamente; y fue gracias a las artes femeninas por lo que, sin

saber cómo, se le ocurrió creer, en las murallas y en los Rows, que se estaba saliendo con la suya.

Los tres pasearon, admiraron el paisaje y cotillearon; por lo menos lo hicieron dos; las circunstancias no produjeron en el tercero, si se miraba bien, más que el elemento del notorio silencio. Dicho elemento, la verdad sea dicha, antojábasele a Strether como atiborrado de audibles rumores, aunque era consciente de la necesidad de tomarlo explícitamente como un signo de grata paz. No habría aspavientos pues esto provocaría rigideces; y sin embargo, no se mostraría excesivamente tácito, ya que esto sugeriría renuncia. El mismo Waymarsh se hizo partícipe de cierto entumecimiento ambiguo que lo mismo habría representado el despuntar de cierta percepción que el desespero de dicha cualidad; y en determinadas ocasiones y en determinados lugares —en que las cejijuntas galerías eran más oscuras, los enfrentados frontones más singulares, las solicitaciones de toda índole más intensas— sorprendíanle los otros dos fijándose atentamente en ciertos objetos de menor interés, fijándose eventualmente incluso en nada discernible, como si condescendiera a una tregua. Cuando tropezaba con la mirada de Strether en tales ocasiones parecía culpable y huidizo, para adoptar inmediatamente un aire de retractación. Nuestro amigo no podía enseñarie las cosas oportunas por miedo de provocar un abandono absoluto y hasta se sintió tentado de enseñarle las inconvenientes para obligarle a disentir con sentido de la victoria. Momentos hubo en que se encontró apocado ante la idea de ejercitarse en la plena dulzura de la gustación del ocio, y otros aún en que se sorprendió como si sus intercambios con la dama que iba a su costado pudieran sentar al tercer miembro del grupo con la misma contundencia que el señor Burchell, en el hogar del Dr. Primrose, se dejaba influir por los altos vuelos de los visitantes de Londres. Las minucias le llamaban la atención y le divertían tanto que casi se disculpaba a cada momento y, a modo de explicación, volvía a pedir perdón por una sonrisa recién emitida. Al mismo tiempo sabía perfectamente que su sonrisa había valido tanto como nada ante la de Waymarsh y confesaba una y otra vez que, para compensar su frivolidad, hacía lo que podía por sus anteriores virtudes.

Como fuera, sin embargo, las precitadas virtudes estaban todavía allí y parecía poco menos que magnífico observar a aquel hombre desde los escaparates de tiendas que no eran como las tiendas de Woollett, poco menos que magnífico hacer que deseara cosas con las que no sabía qué hacer. Precisamente aquello, merced a la más singular y menos admisible de las leyes, le desanimaba en aquel momento; y el cariz atrevido que tomaba hacía que aumentase el número de sus deseos. Se trataba de esos primeros paseos por Europa que de hecho consistían en una especie de insinuación delicadamente extraña de lo que uno podía encontrarse al final del proceso. ¿Habría vuelto, al cabo de muchos años, en lo que pudiera calificarse de otoño de la vida, sólo para enfrentarse a ello? De cualquier modo, lo que le hizo sentirse más libre con Waymarsh estaba más allá de los escaparates de las tiendas; aunque habría sido más cómodo que este último no se rindiese con tanta notoriedad al atractivo de los trueques meramente útiles. Escrutaba con su sombría imparcialidad el vidrio cilindrado de las quincallerías y los talabarteros, mientras Strether se pavoneaba de su afinidad con los tratantes en papel de cartas timbrado y en corbatas. En realidad, Strether se comportaba siempre como un desvergonzado ante los sastres, aunque era precisamente con el sastre agachado junto a él cuando su paisano manifestaba más altanería. Circunstancia que dio a la señorita Gostrey una oportunidad a contrapelo de respaldar a Waymarsh a su costa. El abatido abogado —se trataba de algo

inconfundible— tenía su concepción del vestir, pero esto, a la luz de algunas características del efecto producido, era ni más ni menos lo que volvía peligrosa la insistencia al respecto. Strether se preguntó si el otro consideraría a la sazón menos elegante a la señorita Gostrey o más de buen tono a Lambert Strether; pues era probable que la mayor parte de las observaciones intercambiadas por los dos últimos a propósito de viandantes, rostros y tipos humanos ejemplificase, en su rango, la disposición a hablar según hablaba la «sociedad».

¿De veras le ocurría aquello en aquel momento? ¿De veras había sucedido? ¿Era cierto que una mujer de buen tono lo introducía en volandas en la sociedad mientras un viejo amigo, abandonado en el umbral, se quedaba observando el ímpetu de la corriente? Cuando la mujer de buen tono dejó que Strether —como mucho, mientras se lo permitió– – comprase un par de guantes, los argumentos esgrimidos por ella, la prohibición de las corbatas hasta que ella pudiese conducirle por la Burlington Arcade, fueron tales que habríanse colado en un oído sensible como provocaciones a las imputaciones injustas. La señorita Gostrey era mujer de tono tan excelente que podía concertar una cita en la Burlington Arcade sin necesidad del vulgar recurso de un guiño. De este modo, las sencillas disposiciones a propósito de un par de guantes pudieron representar, en todo caso —mientras no se abandonase la hipótesis de los oídos sensibles—, posibilidades de algo que Strether sólo podía barruntar como peligro de aparente licencia. Consideraba a su nueva amiga, por lo que se refería a su compañia compartida, casi casi como habría considerado a un jesuita con faldas: un representante de los intereses proselitistas de la Iglesia Católica. La Iglesia Católica —es decir, el enemigo, el monstruo de ojos saltones y omnipresentes, inquietos y tanteadores tentáculos— era para Waymarsh ni más ni menos que la sociedad, ni más ni menos que la multiplicación de consignas bíblicas, ni más ni menos que la discriminación de tipos y tonos, ni más ni menos que los inicuos y viejos Rows de Chester, a tono con el feudalismo; ni más ni menos, en suma, que Europa.

No faltó luz aclaradora, sin embargo, en un incidente que ocurrió poco antes de que volvieran para comer. Waymarsh se había mantenido durante un cuarto de hora excepcionalmente callado y distante y algo —Strether no pudo saber nunca de qué se trataba— tal vez excesivo, para el caso, vino a sucederle cuando sus acompañantes llevaban ya tres minutos de confusión apoyados en el viejo pretil que protegía el borde del Row, vista callejera singularmente tortuosa y apiñada. Pensó Strether: «nos considera sofisticados, nos toma por mundanos, nos tiene por perversos, piensa de nosotros las cosas más extrañas»; pues eran asombrosas las inconcretas cantidades que nuestro amigo, en el curso de un par de breves días, había adquirido el hábito de agrupar concluyentemente y con sentido de la conveniencia. Pareció darse, además, una relación directa entre una inferencia de este tenor y la repentina y porfiada carrera que emprendió Waymarsh en sentido opuesto. El movimiento fue sorprendentemente brusco y sus compañeros supusieron al principio que había visto y seguido a continuación a un conocido. Pero no tardaron en descubrir que una puerta abierta le había recibido al instante y comprobaron que lo había engullido el establecimiento de un joyero, tras cuya vistosa fachada se había perdido de vista. Como fuera, el gesto tuvo la connotación de una evidencia y permitió que los otros dos pusieran una cara muy próxima al miedo. La señorita Gostrey, sin embargo rompió a reír.

—¿Qué le habrá ocurrido?

—Pues que no puede soportarlo —dijo Strether.

—¿Qué es lo que no puede soportar?

—Nada. Europa.

—Entonces, ¿de qué manera le ayudará el joyero?

A Strether le pareció descubrirlo, desde su posición, entre los intersticios de relojes alineados, de baratijas que colgaban libremente.

—Ya lo verá.

—Oh, eso es precisamente lo que me temo, si es que compra algo; que pueda ver algo más bien espantoso.

Strether analizó las probabilidades más sutiles.

—Es posible que lo compre todo.

—¿No le parece que en ese caso debemos ir tras él?

—Por nada en el mundo. Además, no podemos. Estamos paralizados. Nos miramos largamente con ojos asustados; temblamos visiblemente. La cosa es, y comprenda lo que le digo, que nosotros «comprendemos». Y él ha ido en busca de libertad.

La mujer se asombró, pero lanzó una carcajada.

—¡Pues a qué precio! Y yo que le preparaba algo barato.

—No, no —prosiguió Strether, sinceramente divertido a la sazón—, no diga eso: el tipo de libertad con que usted negocia es muy caro. —Luego, como para justificarse—: ¿Acaso no lo estoy sufriendo a mi modo? Se trata de esto.

—¿Se refiere usted a estar aquí conmigo?

—Sí, y a hablarle como lo hago. A usted la conozco desde hace unas pocas horas y a él le conozco de toda la vida; así que si la soltura con que trato con usted a propósito de él no es extraordinaria —retuvo y acarició la idea unos instantes—, vaya, entonces es más bien infame.

—¡Es extraordinaria! —dijo la señorita Gostrey para poner punto final a aquello—. Y usted debería saber—añadióla soltura con que yo trato, y que ante todo pretendo tratar, al señor Waymarsh.

Strether caviló.

—¿A propósito de mí? Ah, pero no es lo mismo. La equivalencia se daría si Waymarsh pusiera a mi servicio el implacable análisis que pudiera hacer de mí. Y nunca hará una cosa así —lo veía con triste claridad—. Nunca me analizará sin remordimientos. —Casi contuvo a la mujer con el peso de lo que acababa de decir—. Nunca le dirá una sola palabra de mí.

La mujer lo comprendió; fue ecuánime en esto; pero al cabo de un instante, su intelecto, su inagotable ironía, se sirvió del dato.

—Claro que no. ¿Para qué va a relacionarse una con personas capaces de hablar de lo que sea, capaces de hacer análisis sin remordimientos? No hay muchos como usted y yo. Será que él es demasiado estúpido.

Aquellas palabras agitaron en el amigo una reacción escéptica que fue al mismo tiempo la protesta de una fe de años.

—¿Waymarsh estúpido?

—En comparación con usted.

Strether seguía mirando la fachada de la joyera y aguardó un momento antes de contestar.

—Ha triunfado de un modo que yo no podría ni soñar.

—¿Se refiere usted a que ha hecho dinero?

—Lo hace, según creo. En cuanto a mí —dijo Strether—, aunque con una espalda tan curvada, jamás he hecho nada. Soy un fracaso total con piernas.

Temió durante un instante que ella le preguntase si quería decir que era pobre; y se alegró de que la mujer no lo hiciera porque, en realidad, ignoraba a qué la habría impelido la verdad sobre punto tan desagradable. Lo único que hizo, sin embargo, fue confirmar su aseveración.

—Gracias a Dios que es usted un fracaso. ¡Por eso me he fijado en usted! Las demás cosas de actualidad son demasiado innobles. Mire a su alrededor, fíjese en los triunfadores. ¿Me juraría por su honor que le gustaría ser uno? Es más, fíjese —prosiguió ella— en mí.

En consecuencia, se miraron a los ojos durante unos instantes.

—Entiendo —replicó Strether—. Usted es uno de ellos.

—La superioridad que usted distingue en mí —dijo la mujer— revela mi inutilidad. Si usted conociera —suspiró— los sueños de mi juventud. Pero son nuestras realidades las que nos han reunido. Somos compañeros de armas derrotados.

El hombre le dedicó una sonrisa de afecto no pequeño, pero cabeceó.

—Ello no altera el hecho de que sea usted muy cara. Me ha costado ya...

Pero se había quedado sin habla.

—¿Qué le he costado?

—Bueno, mi pasado... en inmenso amasijo. Pero no importa —se echó a reír—; pagará hasta el último céntimo.

La atención de la mujer se había fijado, no obstante, en el regreso del compañero, ya que Waymarsh se hizo visible al salir de la tienda.

—Espero que él no haya pagado —dijo ella— con su último céntimo; aunque estoy convencida de que habrá sido generoso y ello por usted.

—Ah, no, ¡eso no! —¿Por mí entonces?

—Tampoco. —Waymarsh estaba ya lo bastante cerca para emitir signos legibles por su amigo, aunque, deliberadamente, parecía no fijarse en nada en particular.

—¿Por él mismo, pues?

—Por nadie. Por nada. Por la libertad.

—Pero ¿qué tiene que ver con esto la libertad?

La respuesta de Strether fue indirecta.

—Que es tan bueno como usted y como yo. Pero de otro modo.

La mujer había tenido tiempo de escrutar el rostro del amigo que se acercaba; y al hacerlo, como aquellas cosas eran fáciles para ella, lo comprendió todo.

—Sí, de otro modo. Pero mejor.

Si Waymarsh estaba taciturno también estaba, a decir verdad, más o menos abstraído. No les dijo una sola palabra, no explicó su ausencia, y aunque los otros dos estaban convencidos de que había hecho una adquisición extraordinaria jamás llegaron a saber su naturaleza. Se limitó a mirar con ceño olímpico la cúspide de los envejecidos gabletes.

—Es la ira de los justos —había tenido tiempo de decir Strether; y esta ira de los justos fue a convertirse entre ambos, de común acuerdo, en la descripción de una de sus periódicas necesidades. Fue Strether quien con el tiempo sostuvo que esto le hacía mejor que ellos. Pero por entonces la señorita Gostrey estaba convencida de que no quería ser mejor que Strether.

Libro segundo

I

Las ocasiones que tendría Strether de ver relumbrar la ira de los justos en relación con el exilio de Milrose habían de tener, sin lugar a dudas, su oportuna periodicidad; pero mientras tanto nuestro amigo tendría que dedicarse a otros menesteres. En ningún atardecer de su existencia, quizá, según meditaba, había tenido que dar tanto de sí como en el tercero de su corta estancia londinense; un atardecer pasado junto a la señorita Gostrey en un teatro al que habíase sentido transportado sin alzar siquiera la mano y en virtud de la simple manifestación de un meticuloso prodigio. Conocía ella su propio teatro, conocía su propia obra al igual que había conocido triunfalmente y durante tres días todo lo demás, y el momento saturó a su compañero de esa aprensión de lo interesante que, fuera o no interesante, daba la casualidad de que se filtraba a través del cicerone con faldas, y a la sazón tensábase hasta el limite de la párvula oportunidad masculina. Waymarsh no había ido con ellos; había visto piezas teatrales c'e sobra, dio a entender, antes de que Strether se reuniera con él: afirmación que hubo de pesar lo suyo cuando el amigo descubrió mediante preguntas que había visto dos y un espectáculo circense. Preguntas respecto de lo que había visto que despertaron en él, ni que decir tiene, un efecto menos favorable en realidad que las concernientes a lo que no había visto. Quería que se pusiera de manifiesto lo primero; pero ¿cómo hacerlo, quiso saber Strether de su habitual consejera, sin poner de manifiesto lo segundo?

La señorita Gostrey había cenado con él en el hotel, frente a frente en una mesa de reducidas dimensiones en que los iluminados candelabros arrojaban matices rosáceos; y los matices rosáceos, la mesa de reducidas dimensiones y el suave perfume de la dama —¿habría habido alguna vez algo tan suave a su sencilla percepción sensorial?— constaban de tantas pinceladas que el hombre apenas si se percataba de lo sublime del retrato. El había ido al teatro en Boston, incluso a la ópera, con la señora Newsome, y había sido más que mera escolta para aquella mujer; pero no se había dado ninguna breve cena cara a cara, ninguna luz color de rosa, ningún soplo de vaga dulzura a modo de prolegómenos: una de las consecuencias de este hecho era que, en el momento presente, apaciblemente pesaroso, aunque con tacto aguzado, se preguntaba a sí mismo el *porqué* de aquellas aúsencias. Era más o menos la misma diferencia que apreciaba en la notable condición de la compañera, cuyo vestido estaba «cortado», pues tal se le figuraba el término preciso, con relación a la espalda y la pechera, de una manera muy distinta que el de la señora Newsome, y que lucía alrededor del cuello una ancha cinta de terciopelo rojo, con un broche antiguo —estaba casi complacidamente seguro de que era antiguo— prendido de la parte delantera. El vestido de la señora Newsome nunca había sido «cortado» de ninguna manera y jamás había llevado en torno del cuello una cinta de terciopelo rojo; además, de haberse dado estas cosas, ¿habrían servido alguna vez para forjar y complicar tanto su visión, según parecíale sentir en aquellos instantes?

Habría sido absurdo de su parte rastrear las ramificaciones del efecto de la cinta que sustentaba el dije de la señorita Gostrey si, dadas las circunstancias, no hubiera sido el hombre tan dado a las percepciones ingobernadas. ¿Qué era esto, si no una percepción ingobernada, que la cinta de terciopelo de la amiga añadía, sin saber cómo, a su fisonomía y al valor individual de cada uno de los restantes detalles, el de la sonrisa y la

forma de mantener la cabeza, el del porte, el de los labios, los dientes, los ojos, el cabello? Pues a decir verdad, ¿qué tenía que ver un hombre consciente de la labor masculina en el mundo con las cintas de terciopelo rojo? Por nada en el mundo se habría descubierto él diciendo a la señorita Gostrey lo mucho que le gustaba la suya; y, sin embargo, no sólo se había sorprendido a sí mismo en el acto —frívolo, sin lugar a dudas, ridículo, y ante todo inesperado— de la gustación, sino que, además, había tomado a éste como punto de partida de jugosas visiones retrospectivas, avanzadillas no menos jugosas y fugas laterales. La forma en que el cuello de la señora Newsome estuviera abrazado representósele de pronto, dentro de un orden extraño, casi coincidente en muchas zonas de su amplio espectro con la forma en que lo estaba el de la señorita Gostrey. La señora Newsome llevaba en sus horas operísticas un vestido negro de seda —muy bonito, el hombre sabía que era «bonito»— y un ornato que su memoria pudo identificar como una lechuguilla. Había establecido una asociación con la lechuguilla, ciertamente, por más que fuese casi imperfectamente romántico. Había dicho en cierta ocasión a quien la vestía —y fue una observación tan «libre» como las que siempre le había hecho— que se asemejaba, con aquella golilla y otras prendas, a la reina Isabel; y a decir verdad había sido una posterior fantasía suya el que, a modo de consecuencia de semejante ternura y de tamaña asunción de la imagen, la forma de su especial homenaje a los «arrequives» se fuese hinchando poco a poco hasta volverse notoria. La hilación, sentado allí con la imaginación vagabunda, vino a representársele como levemente conmovedora; pero, con todo, pues conmovedora era sin duda, dadas las circunstancias, era lo mejor que podía haber sido. Había existido con toda seguridad y a pesar de los pesares; pues antojábasele en aquel momento que ningún caballero de Woollett de su edad se habría atrevido a establecer una similitud de aquel tenor respecto de una dama de la edad de la señora Newsome, que no estaba muy por debajo de la suya.

De hecho se le ocurrió toda clase de cosas, al parecer, en aquel momento, comparativamente pocas de las cuales puede su cronista aspirar a mencionar a causa del espacio. Se le ocurrió, por ejemplo, que la señorita Gostrey semejábase tal vez a María Estúardo; Lambert Strether poseía tal franqueza de fantasía que podía detenerse un gratificado momento en una antítesis como ésta. Se le ocurrió que en ninguna ocasión anterior —literalmente nunca— había cenado con él una dama en un lugar público antes de ir al teatro. Lo público del sitio era, precisamente, en aquel asunto y según Strether, lo raro y lo extraño; le afectaba casi como la obtención de la intimidad acaso hubiera afectado a un hombre de otras experiencias. Se había casado, allá en años lejanos, _tan jóvenes como para haber descuidado llevar a las muchachas al Museo, en Boston; y era completamente cierto en su caso que —aun después de cerrarse el período de consciente despreocupación que copaba el ámbito de su vida, el grisáceo páramo de las dos muertes, la de su mujer y la de su hijo, diez años después— nunca había llevado a nadie a sitio alguno. Y se le ocurrió particularmente —aunque la amonestación ya había sonado, chisporroteando a intervalos, bajo otras formas— que el negocio que había emprendido no le había devuelto al hogar, pese a todo, sino por la presencia de las personas que le rodeaban. La mujer, su amiga, dábale una impresión, al principio, más pura de lo que él captara por su cuenta—y se la daba sencillamente, diciendo con inspiración informal: «Oh, sí, son prototipos»—, pero una vez que la hubo asimilado procuró servirse de ella al máximo tanto mientras guardaba silencio durante los cuatro actos como cuando hablaba en los intervalos. Se trataba de una noche, un mundo de prototipos y de una sarta de

hilaciones, en primer lugar, en que los cuerpos y las caras de las butacas podían cambiarse por los del escenario.

Le parecía que la obra que se representaba se introducía en él con el codo desnudo de su vecina de asiento, una dama hermosa, pelirroja y casi desnuda que conversaba con un caballero, sentado a su otro lado, sirviéndose de bisílabos aislados que, por el fenómeno más extraño del mundo, tenían tanto significado a sus oídos que se preguntó si no lo habrían agotado por completo, y se percató, merced a la misma ley, más allá de las candilejas, de lo que tomó con gusto por la verdadera plenitud de la vida inglesa. Sufría palpitaciones repentinas en que no habría asegurado si eran los actores o el público los más sinceros, y cuya consecuencia era, cada vez, la apercepción de nuevos contactos. No obstante, enfocado su cometido, se trataba de «prototipos» a los que tendría que abordar. Los que tenía ante sí y a su alrededor no eran como los tipos humanos de Woollett, donde, para el caso, comenzaba a creer que no había más que el masculino y el femenino. Y éstos no sumaban allí más que dos, para ser exactos, aun contando con las variaciones individuales. En el lugar en que se encontraba, por otro lado, aparte de la escala —que sería mayor o menorpersonal y sexual, se había dado, como fuera, desde el exterior, toda una serie de sobresalientes características; características con que jugaba su observación lo mismo que, ante una vitrina, habría pasado de medalla en medalla y del cobre al oro. Precisamente acontecía en la obra teatral que una mujer perversa con vestido amarillo hacía sufrir los más espantosos trabajos a un joven apacible, enfermizo y guapo que vestía perenne traje de etiqueta. Strether, en términos generales, no sentía miedo del vestido amarillo, pero sí se sintió vagamente nervioso a causa de la inasible compasión que descubrió volcaba sobre la víctima de aquél. No había sido, según recordaba, demasiado amable, o, mejor aún, no había sido de ningún modo amable con Chadwick Newsome. ¿También Chad vestiría constantemente de etiqueta? De algún modo lo esperaba, y esto pareció sumarse a la docilidad general de aquel joven; aunque también se preguntó si, para combatirle con armas propias, él (pensamiento casi estremecedor) tendría que ser igual. Además, el joven habría sido mucho más fácil de manejar —al menos para *él*— de lo que parecía probable respecto de Chad.

Se le ocurrió charlando con la señorita Gostrey que había cosas de las que tal vez hubiese oído hablar, a fin de cuentas; y ella admitió, bajo una leve presión, que nunca estaba del todo segura, a propósito de cosas oídas, de distinguirlas de las que, en ocasiones como la presente, no eran sino extravagantes fantasías.

—Pues me parece, dada la libertad ambiente, compréndame, haber fantaseado con el señor Chad. Es un joven sobre el que se han depositado en Woollett grandes esperanzas, a quien vino a atenazar una mujer malvada y a quien su familia de ultramar ha enviado a usted para que lo libere. Y usted ha aceptado la misión de apartarlo de la mujer malvada. ¿Está usted totalmente seguro de que es muy mala con él?

Algo en los modales masculinos lo reveló con una especie de contención.

—Naturalmente que lo estamos. ¿No lo estaría *usted?*

—Oh, lo ignoro. Nunca se sabe. ¿no cree?, de antemano. Sólo se puede juzgar sobre los hechos. Los de ustedes me son totalmente desconocidos; en última instancia, como usted comprenderá, no dispongo de ellos; por tanto tiene que ser tremendamente interesante saberlos por mediación de usted. Si no le molesta, es cuanto se le pide. Claro está, si usted está seguro de estar seguro: seguro que no es así.

—¿Que él llevara una vida así? ¡Por supuesto!

—Oh, entiéndame, yo no sé nada de su vida; usted no me ha contado su vida. Puede que ella sea encantadora... ¡la vida del hombre!

—¿Encantadora? —Strether miró frente a sí—. Es una mujer vil, venal, de la calle.

—Entiendo. ¿Y *él?*

—¿Chad? Un muchacho infeliz.

—¿De qué tipo es y cuál es su carácter? —prosiguió ella, como Strether vacilara.

—Bueno... es obstinado. —Por un momento fue como si hubiera estado dispuesto a decir más y acto seguido se hubiera controlado. No era esto todo lo que ella deseaba.

—¿Le es simpático?

Aquella vez no hubo demoras.

—No. ¿Por qué?

—¿Lo dice porque está a su cargo?

—Pienso en su madre —dijo Strether pasado un momento—. El chico ha ensombrecido la admirable vida de esta mujer. —Lo decía con severidad—. La tiene medio muerta de dolor.

—Oh, eso es odioso, naturalmente —dijo ella e hizo una pausa como para acentuar más aún esta verdad, pero prosiguió con tono distinto—: ¿Es muy admirable la vida de esa mujer?

—Extraordinariamente.

Lo dijo con acento tan sobrecargado que la señorita Gostrey tuvo que dedicar otra pausa a su apreciación.

—¿Y él solamente la tiene a *ella?* No digo la mala mujer de París —añadió rápidamente—, porque le aseguro a usted que ni siquiera en el mejor de los casos estaría yo dispuesta a concederle más de una. Lo que le pregunto es si tiene sólo a su madre.

—Tiene también una hermana, mayor que él y ya casada; las dos son mujeres notablemente delicadas.

—¿Muy hermosas, dice usted?

Esta urgencia o, casi como él habría dicho, esta precipitación, le indujo a un breve tropiezo, pero se recuperó al instante.

—Me parece que la señora Newsome es una mujer hermosa, aunque, por supuesto, no se encuentra con un hijo de veintiocho años y una hija de treinta, en la flor de la vida. Y eso que se casó muy joven.

—¿Y es maravillosa —preguntó la señorita Gostrey— a pesar de su edad?

A Strether le pareció que se sentía un tanto inquieto ante aquel acoso.

—Yo no digo que sea maravillosa. Mejor aún —añadió inmediatamente—, digo que sí. Porque eso es lo que es ella: maravillosa. Pero no pensaba en su aspecto —se explicó—, por más que sea sorprendente, sin lugar a dudas. Pensaba... bueno, en muchas otras cosas. —Pareció concentrarse en ellas como si fuera a citar alguna; luego, conteniéndose, abordó otro tema—. Puede que no se piense lo mismo de la señora Pocock.

—¿Es así como se llama la hija? ¿Pocock?

—Así es como se llama la hija —confesó Strether con energía.

—¿Y dice usted que tal vez no se piense lo mismo de su belleza?

—De todo.

—Pero ¿la admira usted?

Dedicó a su amiga una mirada como diciéndole que no podía soportar aquello.

—Me temo que le tengo un poco de miedo.

—Oh —exclamó la señorita Gostrey—, puedo verla desde aquí. Es posible que usted diga luego que la veo con precipitación y en la distancia, pero ya le he demostrado que sé hacerlo. De todos modos —prosiguió—, ¿constituyen toda la familia el joven y las dos damas?

—Totalmente. El padre murió hace diez años y no hay ningún hermano ni más hermanas. Son, en efecto —dijo Strether—, lo único que él tiene en el mundo.

—¿Harta usted cualquier cosa por *ellas?*

El hombre volvió a removerse; la mujer había hecho un hincapié afirmativo tal vez excesivo para los nervios del hombre.

—Oh, no lo sé.

—Lo haría sin lugar a dudas y el «cualquier cosa» que harían ellas se encuentra en su *posibilitación* de que lo haga usted.

—Vamos, ellas no habrían podido venir: ninguna de las dos. Son personas muy atareadas y la señora Newsome, particularmente, lleva una vida muy intensa. Además, es muy nerviosa, no resiste mucho.

—¿Quiere usted decir que es una pobre inválida?

El hombre precisó con meticulosidad:

—Lo que menos le gusta es que la llamen de ese modo. Lo que ocurre es que está delicada, es sensible, muy excitable. Pone tanto de sí misma en todas las cosas...

Ah, María no ignoraba aquello.

—¿Que ya no le queda nada para ninguna otra? Naturalmente que no. A quién se lo dice usted. ¿Excitable? ¿Acaso no me paso la existencia poniendo en movimiento a todo el mundo? Además, creo entender cómo se ha hablado de usted.

Strether hizo caso omiso de aquello.

—Oh, yo también contribuyo al movimiento.

—Muy bien —replicó ella con lucidez—, a partir de este momento debemos afrontarlo juntos con todas nuestras fuerzas. —Y dio un paso más sin abandonar el tema––: ¿Tienen dinero?

Pero fue como si, al tiempo que la férrea imagen femenina seguía acorralándolo, la pregunta hubiera quedado demasiado corta.

—La señora Newsome —explicó él por propio deseo— carece, por otro lado, de la valentía de usted en cuestiones de contactos personales. Si hubiera venido habría sido para entrevistarse con la encausada.

—¿Con la mujer? Oh, no es pequeña valentía.

—No... es exaltación, que es bien distinto. La valentía —deslizó, empero, de muy buena gana— es lo que *usted* posee.

La mujer cabeceó.

—Según usted sólo para sostenerme... para cubrir la desnudez de mi carencia de exaltación. No tengo ni la una ni la otra. Me limito a vapulear la indiferencia. Comprendo lo que quiere usted decir —prosiguió la señorita Gostrey—: que si su amiga hubiera venido habría adoptado grandes miras y que las grandes miras, por decirlo llana y simplemente, la habrían sobrepasado.

Strether meditó divertido la idea que tenía la mujer de lo llano y lo simple, pero siguió el sistema femenino:

—Todo es excesivo para ella.

—Ah, entonces un servicio como el de usted...

—¿Es más por ella que por los demás? Sí... mucho más. Pero mientras no me sobrepase a mí...

—¿No importa su situación? Claro que no. Dejemos estar su situación; es decir, démosla por supuesta. Creo hacerme cargo de ella si la sitúo, la situación digo, por detrás y por debajo de usted; y no obstante la entiendo al mismo tiempo como puntal del estímulo de usted.

—Oh, claro que me estimula —dijo Strether riendo.

—Entonces, como su estímulo me estimula *a mí,* no se necesita nada más. —Con lo que volvió a formular la misma pregunta de antes—: ¿Tiene dinero la señora Newsome?

El hombre prestó atención aquella vez.

—Sí, mucho. Ahí se encuentra la raíz del mal. Hay mucho dinero en este asunto. Chad ha gozado de la libertad de servirse de él a manos llenas. Pero si se modera y vuelve a casa, con todo, dispondrá de cierta participación.

La mujer había escuchado con sumo interés.

—Y yo espero que por su bien disponga usted de la suya.

—Se hará cargo de su concreta recompensa material —dijo Strether sin apercibirse—. Se encuentra en un momento decisivo. Ahora puede entrar en el negocio... no puede demorarse.

—¿Hay un negocio?

—Santo Dios, sí lo hay: un negocio enorme, jugoso y seguro. Un buen negocio.

—¿Un establecimiento importante?

—Sí, una fábrica; una gran industria, de mucha producción. Se trata de una empresa manufacturera, con una producción que, con que sólo reciba una atención adecuada, puede convertirse perfectamente en monopolio. Es un poco que lo hacen mejor, según parece, de lo que otros pueden o de lo que otros, en cualquier caso, hacen. El señor Newsome, hombre de ideas, al menos en este sentido particular —se explicó Strether—, las puso en práctica con gran acierto y dio a la zona, en su momento, un empuje considerable.

—¿Abarca entonces un buen territorio?

—Comprende un vasto número de edificios; casi casi una pequeña barriada industrial. Pero ante todo hay que tener en cuenta el *quid.* El artículo que producen.

—¿Y cuál es el artículo que producen?

Strether miró a su alrededor como con cierta resistencia a decirlo; en aquel momento, el telón, que estaba a punto de alzarse, acudió en su ayuda.

—Se lo diré en el próximo entreacto. —Pero cuando llegó el siguiente entreacto sólo dijo que se lo comunicaría después, después que hubieran salido del teatro; pues ella había vuelto inmediatamente a su tema y a los ojos masculinos la imagen del escenario había sufrido la superposición de otra. Las posposiciones del hombre, sin embargo, hicieron que la mujer preguntase si el producto en cuestión era de índole inconfesable. Y ella misma matizó su calificación diciendo que quería decir inadecuado, ridículo o equívoco. Pero Strether, llegados a este punto, pudo dar satisfacción a la mujer.

—¿Inconfesable? De ningún modo, no paramos de hablar de él; lo conocemos a la perfección y hasta con cínica franqueza. Sólo que, como utensilio doméstico trivial, pequeño, hasta ridículo y de lo más común, está un poco falto de... ¿cómo le diría? Bueno, de dignidad, o, si no, de cierta distinción. Claro que, aquí, con toda la magnificencia que nos rodea... —por decirlo en pocas palabras, Strether se acobardó.

—¿Es de falso prestigio?

—Lamentablemente. Es vulgar.

—Pero seguro que no es más vulgar que esto. —Y a continuación, tras preguntar él como ella misma había hecho—: Que todo lo que nos rodea. —La mujer pareció un tanto irritada—. ¿Cómo considera usted todo esto?

—Vaya, pues en comparación... ¡divino!

—¿Este horroroso teatro de Londres? Imposible, si es que de veras quiere saberlo.

—Oh, en ese caso —dijo Strether riendo—, no quiero saberlo de veras.

Hubo una pausa que la mujer, aún hechizada por el misterio de lo que se producía en Woollett, no tardó en romper:

—¿Digamos ridículo? ¿Pinzas? ¿Bicarbonato? ¿Crema de zapatos?

Aquellas palabras hicieron que el hombre se volviera. —No... ni siquiera está caliente. Mire, no creo que llegue a adivinarlo.

—Entonces ¿cómo podré juzgar su vulgaridad?

—Ya la juzgará cuando se lo diga —y la convenció de que tuviera paciencia. Pero en este momento puede decirse con toda franqueza que el hombre, en consecuencia, no pensaba revelárselo. Porque realmente jamás se lo dijo; y además, ocurrió de manera singular que, por ley femenina de lo incalculable, el deseo de información que sentía la mujer acabó por declinar y su actitud ante la cuestión se trocó en provechoso cultivo de ignorancia. En la ignorancia podía ella alimentar su fantasía y esto demostró ser una libertad útil. Podía tratar las menudencias sin nombre como abiertamente inmencionables y podía hacer la común abstención terriblemente definida. A decir verdad, Strether pudo haberlo presagiado en lo que la mujer dijo a continuación.

—¿Se debe quizá a que sea tan malo, a que su industria, como usted dice, sea tan vulgar... el que el señor Chad no haya regresado? ¿Intuye este hombre la mácula? ¿Se mantiene lejos para no mezclarse en ello?

—Oh —exclamó Strether riendo—, no parece, ¿verdad?, que él esté para intuir «máculas». A él le complace sobradamente el dinero que obtiene gracias a ello y el dinero es todo su apoyo. Hay cierto tacto en esto... me refiero a la pensión que hasta el momento le tiene asignada su madre. Ella dispone, obviamente, de la facultad de cortar esta pensión; pero aunque así fuera, el joven tiene, por desgracia, y en cantidad no despreciable, su sostén independiente gracias al dinero que le dejó su abuelo, el padre de ella.

—¿No se le facilita, entonces, la independencia —preguntó la señorita Gostrey— justamente por el detalle que acaba de mencionar? ¿No se muestra acaso molesto respecto de su fuente, fuente aparente y pública, de ingresos?

Strether pudo sopesar la insinuación con bastante buen humor.

—El origen de la riqueza del abuelo, y por tanto de la participación de nuestro hombre en ella, no fue precisamente noble.

—¿Qué origen fue ése?

Strether titubeó.

—Bueno... asuntos.

—¿Negocios? ¿Infamias? ¿Tal vez fue un estafador a la antigua?

—Vamos —dijo Strether con más hincapié que convencimiento—, no pienso hacer su retrato ni contar sus proezas.

—¡Señor, cuánto abismo insondable! ¿Y qué me dice del finado señor Newsome?

—¿Qué ocurre con él?

—¿Fue igual que el abuelo?

—No... él estaba más allá de lo que pasaba en la casa. Y era distinto.

La señorita Gostrey insistió:

—¿Mejor?

Su amigo demoró unos instantes la respuesta:

—No.

El comentario femenino al titubeo del hombre no fue menos notorio por inexpresado.

—Gracias. ¿No se da cuenta ahora —prosiguió— del motivo por el que el muchacho no vuelve a casa? Está purgando su vergüenza.

—¿Su vergüenza? ¿Qué vergüenza?

—¿Que qué vergüenza? *Comment donc? La* vergüenza.

—Pero ¿dónde y cuándo —preguntó Strether— se dá *«la* vergüenza», la vergüenza que sea, en la actualidad? Los hombres de que he hablado... hicieron lo que hicieron; y, aparte de que es agua pasada, todo es cuestión de opiniones.

La mujer dio a entender su manera de comprender las cosas:

—¿Ha opinado ya la señora Newsome?

—Oh, yo no puedo hablar por *ella.*

—En el meollo de tales sucesos y, si no le he comprendido mal, beneficiada por ellos, ¿ha conservado por lo menos la exquisitez?

—Oh, no puedo hablar de ella —dijo Strether.

—Yo pensaba que ella era precisamente de quien usted *podía* hablar. *No* confía usted en mí —afirmó la señorita Gostrey al cabo de un momento.

Aquello surtió efecto.

—Bueno, su dinero se gasta, su vida está formada y se ha realizado con mucho sentido de la caridad...

—¿Es ésa una forma de expiar los errores? Es gracioso —añadió antes de que el hombre tomara la palabra— lo intensamente que me hace usted comprenderla.

—Que usted la comprenda —repuso Strether—, he aquí lo único que hace falta.

Ella, sin embargo, no pareció abandonar su punto de vista.

—Lo sé. Ella, a pesar de todo, es distinguida.

Por lo menos, aquello animó al hombre.

—¿Qué quiere decir con «todo»?

—Bueno, me refiero *a usted.* —Con lo que la mujer dio un brusco cambio de conversación—. Dice usted que el negocio necesita atención; ¿no lo cuida, quizá, la señora Newsome?

—Lo atiende lo que puede. Es maravillosamente hábil, pero no es asunto que case con ella y está muy atareada. Tiene muchas, muchas cosas que hacer.

—¿Usted también?

—Oh, sí, yo también tengo muchas, si lo desea.

—Entiendo. Pero a lo que me refiero es —rectificó la señorita Gostrey— a si usted también atiende el negocio.

—Oh, no, yo no toco el negocio.

—¿Pero sí todo lo demás?

—Bueno, sí... alguna que otra cosilla.

—¿Como por ejemplo...?

Strether recapacitó con meticulosidad.

—Bueno, la Gaceta.

—¿La Gaceta? ¿Tienen ustedes una Gaceta?

—Naturalmente, Woollett tiene una Gaceta, que la señora Newsome, mayoritariamente, financia con magnificencia y que yo, con no tanta magnificencia, dirijo. Mi nombre aparece en la portada —prosiguió Strether— y me siento de veras disgustado y herido de que usted, por lo que parece, no haya oído hablar de ella.

La mujer se desentendió durante un momento de aquel motivo de queja.

—¿Y qué clase de. Gaceta es?

La serenidad del hombre no quedó del todo restaurada.

—Bueno, es verde.

—¿Se refiere usted a su color político, como dicen aquí, a sus ideas?

—No; quiero decir que la portada es verde... del matiz verde más adorable que hay.

—¿Y figura también el nombre de la señora Newsome? El hombre vaciló.

—Oh, en cuanto a eso, sin duda cree usted que ella está siempre vigilando. Se encuentra detrás de todo, pero tiene una delicadeza y una discreción...

La señorita Gostrey lo comprendió todo.

—No me cabe la menor duda. *Tiene* que poseer esas cualidades. No la subestimo. Debe de ser un pez gordo.

—Oh, sí, es más bien un pez gordo.

—Un pez gordo de Woollett... *bon!* Me gusta la idea de un pez gordo de Woollett. Y usted debe de serlo también, ya que anda en tantos tratos con ella.

—Eso no —dijo Strether—, no es así como funciona. Pero la mujer ya lo tenía cercado.

—Su modalidad de funcionamiento... ¡no me lo diga!, es, naturalmente, que usted se oculta con discreción tras ella.

—¿Con mi nombre en la portada? —replicó él, certero.

—Vamos, usted no lo ha puesto ahí por voluntad propia.

—Le ruego me excuse, pero eso es exactamente lo que hago. Es, con toda precisión, lo único que hago por mí mismo. ¿Sabe?, parece que rescata un tanto del naufragio de esperanzas y ambiciones, del vertedero de las desilusiones y los fracasos, mi único pedacito presentable de identidad.

Al oír aquello, la mujer lo miró como si fuera a decirle muchas cosas; pero lo que dijo al cabo fue:

—A ella le gusta verlo. Usted es el pez gordo de los dos —añadió en seguida— porque piensa que no lo es. Ella cree que ella sí lo es. No obstante, ella piensa que usted lo es también. Y usted es, en todo caso, el mayor que ella puede retener. —La mujer florecía, rebosaba—. No lo digo para entrometerme entre ustedes, pero el día que ella atrape a uno mayor... —Strether había echado atrás la cabeza como con silenciosa alegría a raíz de algo que le había impresionado en la audacia o la felicidad de las palabras femeninas; mientras tanto, el vuelo de la mujer había ascendido considerablementeEn consecuencia, enfréntese con ella.

—¿Que me enfrente con ella? —preguntó él, sin que ella perdiera la serenidad.

—Antes de perder su oportunidad.

Dicho aquello, los ojos de ambos se encontraron un instante.

—¿Qué entiende usted por enfrentamiento?

—¿Y qué entiendo yo por oportunidad suya? Se lo diré cuando usted me cuente todo lo que se ha callado. ¿Es éste el *mayor* capricho de esta mujer? —añadió repentinamente.

—¿La Gaceta? —Pareció preguntarse cómo la describiría mejor. Pero de las cavilaciones no surgió, sin embargo, más que un croquis—. Es su tributo a lo ideal.

—Entiendo. Están ustedes embarcados en aventuras asombrosas.

—Estamos embarcados en la vertiente impopular... es decir, en la medida en que nos atrevemos.

—¿Y hasta dónde se han atrevido ustedes?

—Bueno, ella hasta muy lejos. Por lo que a mí respecta, bastante menos. Empiezo a no tener su fe. Ella aporta —dijo Strether— las tres cuartas partes. Y, según le he confiado, aporta también *todo* el dinero.

Aquello evocó una imagen relativa al oro que permaneció durante unos segundos en los ojos de la señorita Gostrey, que daba la sensación de estar oyendo algún amontonamiento de coruscantes dólares.

—Espero entonces que haga usted algo bueno...

—¡Nunca he hecho nada bueno! —respondió el hombre con prontitud.

La mujer se limitó a esperar.

—¿No cree que es buena cosa ser amado?

—Oh, no se nos ama. Ni siquiera se nos odia. Sencillamente se nos ignora con toda amabilidad. La mujer hizo otra pausa.

—No confía usted en mí —repitió.

—¿No se revela el verdadero secreto de la prisión cuando se alza el último velo?

Sus miradas volvieron a encontrarse, pero con el resultado de que, transcurrido un instante, la de la mujer se apartó con impaciencia.

—¿No claudica usted? Oh, me alegro de *ello*. —Luego de lo cual, sin embargo, y antes de que él pudiera despegar los labios, añadió—: Ella no es más que un pez gordo *moral*.

El hombre aceptó la definición con regocijo.

—Sí... me parece que esa expresión le hace justicia.

Pero había despertado en su amiga una relación de lo más curioso.

—¿Cómo se acicala el cabello?

El hombre lanzó una carcajada.

—¡Soberbiamente!

—Ay, qué poco informativo es eso. Pero no importa, lo sé. Es limpio hasta lo imponente, un verdadero reproche; notablemente espeso y todavía sin el menor rastro de plata. ¡Ya está!

El hombre se ruborizó a causa del realismo de la mujer, pero se quedó boquiabierto ante su exactitud.

—Es usted el mismo demonio.

—¿Y qué otra cosa *debiera* ser? Cuando lo asalté a usted lo hice como el mismo demonio. Pero no se deje atribular por ello, ya que todo salvo el demonio, a nuestra edad, es aburrimiento y engaño, y ni siquiera él, al fin y al cabo, conserva sino una alegría a medias. —Dicho esto, con un único movimiento rítmico, añadió—: Usted la ayuda en su expiación... lo que tiene que ser violento, porque usted no ha pecado.

—Es ella la que no ha pecado —replicó Strether—. Yo soy el que ha pecado más.

—Ah —exclamó la señorita Gostrey riendo con sarcasmo—, ¡qué imagen me da de

ella! ¿Ha robado usted a la viuda y a la huérfana?

—He pecado con suficiencia —dijo Strether.

—¿Para quién esa suficiencia? ¿Y para qué?

—Bueno, para estar donde estoy.

—Gracias. —Fueron interrumpidos en aquel momento porque un caballero que había estado ausente durante parte de la representación volvía para ver el final y se deslizaba entre las rodillas de los dos amigos y el respaldo de los asientos de delante; pero la interrupción dio a la señorita Gostrey, antes del subsiguiente silencio, la oportunidad de manifestar, a modo de repentina conclusión, su opinión moral de toda la charla—. Ya sabía yo que se guardaba usted algo. —Esta conclusión, sin embargo, los dejó a su vez, al final de la representación, tan dispuestos a no moverse como si aún tuvieran muchas cosas que decirse; en consecuencia no tuvieron inconveniente en permitir que los demás les adelantaran, ya que habían depositado ciertos intereses en la espera. En el vestíbulo descubrieron que la noche se había vuelto lluviosa; sin embargo, la señorita Gostrey hizo saber a su amigo que éste no conocería la casa de la mujer. Iba a limitarse a dejarla en un coche; le gustaba tanto, en las húmedas noches londinenses y tras una velada de excitantes satisfacciones, ir pensando en las cosas mientras regresaba en la soledad de un coche. Era ésta su gran oportunidad, le dijo con confianza, para reflexionar. Los retrasos causados por el temporal y las pugnas por conseguir coche en la puerta les dio ocasión de apoltronarse en un diván situado al fondo del vestíbulo y al abrigo del viento racheado, húmedo y fresco, de la calle. En aquel lugar, la compañera de Strether reanudó el espontáneo enfoque del tema al que tanto debía ya la imaginación masculina.

—¿Hace en París lo que usted su joven amigo?

Después del largo intervalo, aquello estuvo a punto de sobresaltarle.

—Oh, espero que no. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Y por qué no? —replicó la señorita Gostrey—. El que usted haya venido por su causa no exige que tenga que haber relación ninguna con ello.

—Usted comprende estas cosas —dijo él a la sazón— mejor que yo.

—Pues claro que lo comprendo *a usted* en ello.

—En consecuencia, penetra usted más en mí...

—¿Que usted mismo? Es muy probable. Eso es siempre prerrogativa de uno. De lo que yo hablo —se explicó la mujer— es del posible y especial efecto de su *milieu* sobre él.

—Ah, su *milieu.* —Strether acabó por darse cuenta de que a la sazón podía representarse las cosas mejor que tres horas antes.

—¿Ha querido decir usted que no puede ser otra cosa que amenazador?

—Ese es justamente mi punto de vista.

—Sí, pero usted parte de muy atrás. ¿Qué dicen sus cartas?

—Nada. Nos ignora... o prescinde de nosotros. No escribe.

—Entiendo. Pero, de todos modos —prosiguió la mujer—, hay dos cosas bien precisas que, dado el maravilloso lugar en que se encuentra, pueden haberle ocurrido. Una es la perversión. La otra, el refinamiento.

Strether se quedó de una pieza: aquello era una novedad.

—¿Refinamiento?

—Oh —dijo ella sin perder la calma—, hay más de un refinamiento.

Aquello hizo que, tras dedicarle una mirada, prorrumpiera

en carcajadas.

—¡*Usted* los conoce!

—Si lo consideramos uno de los síntomas —continuó la mujer en el mismo tono—, constituyen tal vez lo peor.

Meditó el hombre aquello y volvió a adoptar un aspecto grave.

—¿Es propio del refinamiento no contestar a las cartas de su madre?

La mujer titubeó.

—Oh, me atrevería a decir que el mayor de todos.

—Bueno —dijo Strether—, *me* alegro muchísimo de que, en tanto que uno de los síntomas, pase por lo peor el que, según tengo entendido, crea que puede hacer conmigo lo que le venga en gana.

Aquello pareció sorprenderla.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Oh, lo sé y basta. Lo siento en las entrañas.

—¿Que él *puede* hacerlo?

—Que cree que puede. Las cosas podrían confundirse —dijo Strether riendo.

Ella, a pesar de todo, no estuvo de acuerdo.

—Respecto de usted, nada podrá confundirse con nada. —Y entendió que podía ir derecha al grano—. ¿Quiere decir usted que si él empeorase volvería para hacerse cargo de los asuntos de su casa?

—Estoy convencido. Volverá porque dispone de una oportunidad muy especial: una oportunidad ante la que cualquier joven educado con propiedad saltaría de gozo. El negocio se ha desarrollado de tal modo que una iniciativa que apenas si existía hace tres años, pero que su padre se encargó de posibilitar con ciertas condiciones, a lo que hay que añadir que Chad dispone por su lado de grandes beneficios contingentes... esta iniciativa, digo, dadas ya las condiciones, sencillamente le espeta con los brazos abiertos. Es su madre quien se la ha guardado, defendiéndola contra viento y marea hasta el último momento. Es necesario, claro está, ya que conlleva un sustancioso «lote», una estupenda participación en los beneficios, que se encuentre al pie del cañón y se dedique al máximo. A eso me refiero cuando hablo de su oportunidad. Si hace caso omiso de esta cuestión, como usted ya sabe, su venida no servirá para nada. Y, para decirlo pronto y bien, voy en su busca para cuidar de que no olvide dicho detalle.

La mujer esperó a que aquellas palabras hubieran surtido su efecto.

—O sea que usted va en su busca para prestarle un inmenso servicio.

El pobre Strether estaba deseando que se enfocara de aquella manera.

—Bueno, si quiere verlo así...

—Si obtiene un resultado favorable, nuestro joven tendrá, como suele decirse, mucho que ganar...

—Oh, en efecto, mucho que ganar —dijo Strether, que había tenido la frase en la punta de la lengua.

—Cosa por la que usted entiende, es obvio, mucho dinero.

—Bueno, no sólo eso. También tengo echado el ojo a otros asuntos. Reputación, tranquilidad, seguridad... el sosiego de encontrarse anclado por una férrea cadena. Él quiere protección, según mi modo de ver. Protección respecto de la vida, quiero decir.

—¡Ah, *voilà!* —su expresión se acompañó de un chasquido de la lengua—. Respecto de la vida. Lo que usted quiere *realmente* es que vuelva a casa para concertarle un

matrimonio.

—Bueno, así es.

—Naturalmente —dijo ella—, es rudimentario. Pero ¿con alguien en particular?

El hombre sonrió al oír aquello y pareció concentrarse más en la conversación.

—Usted acaba por saberlo todo.

Sus miradas volvieron a encontrarse durante un segundo.

—¡Pero si es usted quien me lo cuenta todo!

Admitió él el homenaje, diciéndole:

—Con Mamie Pocock.

La mujer quedó pasmada; luego, con toda serenidad, incluso con exquisitez, como si estuvieran previstas todas las extrañezas:

—¿Su propia sobrina?

—Oh, no debe usted simplificar el parentesco. Es la hermana de su cuñado. La cuñada de la señora Jim.

Aquello pareció surtir en la señorita Gostrey un efecto ligeramente endurecedor.

—¿Y quién narices es la señora Jim?

—La hermana de Chad, de soltera Sarah Newsome. Está casada, ¿no se lo he dicho?, con Jim Pocock.

—Ah, sí —respondió ella reservadamente; ¡es que había dicho él unas cosas... ! Luego, pese a todo, con la mayor lógica del mundo—: ¿Quién narices es Jim Pocock? —preguntó.

—Bueno, pues el marido de Sally. Es la única forma que tenemos en Woollett para distinguir a las personas —explicó él de buen humor.

—¿Y es una gran distinción... ser el marido de Sally?

El hombre meditó.

—Creo que no cabe otra mayor... a menos que nos fijemos en la que, en el futuro, quepa a la mujer de Chad.

—¿Y cómo le distinguen a *usted?*

—No lo hacen... salvo, tal y como le he dicho, por la portada verde.

Sus miradas volvieron a encontrarse y la mujer se la sostuvo durante unos momentos.

—Ni la portada verde ni ninguna otra van a servirle conmigo. ¡Está usted ahíto de duplicidades! —No obstante, y como tenía por el mango la sartén de la verdad, perdonó aquello—. ¿Mamie es un gran *parti?*

—Oh, el mejor que tenemos: es nuestra chica más guapa e ingeniosa.

La señorita Gostrey pareció conjurar a la pobre criatura.

—Conozco al dedillo lo que *pueden* ser. ¿Con dinero?

—Tal vez no mucho, pero con tanta abundancia en otras cosas que no paramos mientes en ello. No nos fijamos excesivamente en el dinero, ¿sabe usted? —añadió Strether—, por regla general, de las muchachas norteamericanas.

—No —admitió ella—; pero si sé lo que a veces se tiene en cuenta. ¿También usted la admira? —preguntó.

Fue una pregunta, según señaló él, que podía enfocarse desde varios puntos de vista; al cabo de unos instantes, empero, el hombre optó por la vertiente desenfadada.

—¿Acaso no le he demostrado con suficiencia de qué forma admiro yo *a todas* las chicas guapas?

El interés femenino en el problema del hombre era tal, sin embargo, en aquel

momento, que apenas si podía librarse de él; de modo que se ciñó a los hechos.

—Supongo que en Woollett querría usted que se mantuvieran, ¿cómo le diría?... intachables. Hablo de los jóvenes respecto de las chicas guapas.

—No había entendido otra cosa —confesó Strether—. Pero parece usted descuidar un dato curioso: Woollett se ha acomodado excesivamente al espíritu de la época y a la creciente blandura de modales. Todo cambia, pero yo sostengo que nuestra situación se ha convertido precisamente en un hito. *Querríamos* que fueran intachables, pero tenemos que contentarnos con lo que son. Puesto que el espíritu de los tiempos y la creciente tibieza de modalas los conduce tantas veces a París...

—Ha de aceptarlos tal como vienen. Cuando vengan. *Bon!* —Nuevamente se hizo cargo de todo la mujer, pero se mantuvo meditabunda durante unos instantes—. ¡Pobre Chad!

—Vamos —dijo Strether cariñosamente—, ¡Mamie lo salvará!

Miraba ella a otra parte, sumida aún en sus visiones, y replicó con impaciencia y casi como si él no la hubiera entendido.

—Usted lo salvará. Nadie más lo salvará.

—Oh, pero con la ayuda de Mamie. A menos que usted quiera decir —añadió el hombre— que conseguirá mucho más con la ayuda de usted.

Por lo menos consiguió con aquello que la mujer volviera a mirarle.

—Usted hará muchas más cosas, pues es usted mucho mejor, que todos nosotros juntos.

—Creo que soy mejor desde el preciso momento en que la he conocido a usted —replicó Strether con valentía.

La soledad del lugar, la reducción del gentío y la retirada ya comparativamente tranquila de sus últimos componentes los habían acercado a la puerta y puéstolos en relación con un mozo al que el hombre pidió un coche para la señorita Gostrey. Aquello, no obstante, les llevó otros pocos minutos que a las claras no iba a desaprovechar ella en modo alguno.

—Me ha hablado usted de lo que, por medio del feliz término de su misión, puede ganar el señor Chad. Pero no me ha hablado de los beneficios que obtendrá usted.

—Oh, yo ya no tengo nada que ganar —dijo Strether con extrema sencillez.

Y ella consideró que la sencillez era excesiva.

—¿Quiere decir que ya lo ha conseguido todo? ¿Que se le ha pagado por anticipado?

—Por favor, no hablemos de pagos —murmuró él.

Hubo algo en el tono de aquellas palabras que contuvo a la mujer, pero como el mozo no había vuelto aún, disponía de otra oportunidad, de modo que formuló la pregunta de otra manera.

—Y si fracasa, ¿qué perderá usted?

No obstante, el hombre no estaba dispuesto a aquello.

—¡Nada! —exclamó y, como apareciera el mozo en aquel momento, pudo ahogar el tema en el movimiento que emprendieron a modo de respuesta. Cuando hubieron dado unos cuantos pasos por la calzada y, bajo una farola, la hubo acomodado en el coche y ella le preguntó si no había pedido para sí ningún otro vehículo, el hombre respondió antes de que ella cerrase la puerta—: ¿Me permitiría ir con usted?

—De ningún modo.

—Entonces iré andando.

—¿Bajo la lluvia?

—Me gusta la lluvia —dijo Strether—. ¡Buenas noches!

Lo retuvo unos instantes, la mano del hombre aún en la portezuela, pero sin responderle nada; pasado ese instante, la mujer contestó repitiendo una pregunta anterior:

—¿Qué tiene usted que perder?

Por qué le afectó la pregunta en aquel momento es algo que él no habría sabido decir; lo único que pudo hacer fue afrontarla de otra manera:

—Todo.

—Es lo que yo pensaba. No le quepa duda de que tendrá éxito. Y mientras llega ese resultado, yo estaré a su disposición...

—¡Ah, mi querida señora! —suspiró el hombre con ternura.

—¡Hasta la muerte! —dijo María Gostrey—. Buenas noches.

II

En su segunda mañana parisina, Strether visitó a los banqueros de la Rue Scribe, a quienes iba dirigida su carta de crédito, e hizo esta visita acompañado de Waymarsh, en cuya compañía había llegado de Londres dos días antes. Se habían dirigido sin dilación a la Rue Scribe al día siguiente de su llegada, pero en aquel momento aún no disponía de las cartas cuya esperanza espoleaba la misión. De hecho no había recibido ninguna; no las había esperado en Londres, pero había contado con algunas en París y, a la sazón, desconcertado, había vuelto al Boulevard con una desazón que, en el momento presente, juzgaba tan buen principio como cualquier otro. Aquella espuela del espíritu le sería útil, se dijo mientras, detenido al final de la calle, recorría con la mirada la gran avenida extranjera; le sería útil para comenzar las negociaciones. Se proponía iniciar éstas inmediatamente, y pasó el resto del día considerando que dicho comienzo le esperaba. Fue poco lo que hizo hasta la noche, salvo preguntarse lo que haría si, por fortuna, no hubiera tenido tanto que hacer; pero se planteó la pregunta relacionándola con situaciones y contactos diferentes. Lo que lo condujo allá y acullá fue la admirable teoría de que nada de cuanto pudiera hacer dejaría de estar de alguna manera relacionado con lo que, fundamentalmente, se llevaba entre manos o sería —en caso de sentir algún escrúpulo— malgastado en el esfuerzo. De hecho tenía escrúpulos: escrúpulos relativos a no dar ningún paso definido hasta hacerse, con las cartas; pero este razonamiento acabó con ellos. Un solo día para recorrer las calles —cosas que solamente había podido hacer en Chester y en Londres— no era demasiado, según estimaba; y teniendo, como a menudo había manifestado íntimamente, todo París por delante, ocupó aquellas horas de lozana lucidez en hacer planes. El tiempo se fue dilatando progresivamente, aunque esto fue lo mejor que pudo haber ocurrido, de haber tenido que ocurrir alguna cosa, en definitiva, y no se abandonó a sí mismo sino hasta la caída de la noche, en el teatro, y, ya de regreso, después de la función, a lo largo del Boulevard, atestado de gente y bien iluminado, para experimentar el auge de aquella dilatación. Waymarsh le había acompañado esta vez a ver la obra y los dos hombres habían paseado juntos, como en una primera etapa, desde el Gimnasio hasta el Café Riche, en cuya congestionada «terraza» habían buscado acomodo apretado —ya que la noche, o más bien la madrugada, porque había pasado la medianoche, era apacible y nada desierta— en procura de solaz. Waymarsh, a

consecuencia de una discusión con su amigo, había convertido su necesidad de irse sin demora en una virtud nada despreciable; y en la media hora transcurrida ante las aguadas cervezas habían flotado elementos sensibles que habíanle dado ocasión de comunicar que mantendría su compromiso con su yo inflexible hasta las últimas consecuencias. Y lo dio a entender —pues era, a fin de cuentas, su yo inflexible lo que se nublaba bajo las luces de la terraza— con imperturbable silencio: hubo, ciertamente, grandes dosis de silencio crítico, en todos los sentidos, entre ambos compañeros, incluso cuando llegaron a la Place de l'Opéra, en lo tocante al carácter de aquel peregrinaje nocturno.

Tuvo correspondencia por la mañana: las cartas habían llegado a Londres, todas juntas al parecer, el día en que Strether estaba de viaje, y habían necesitado su tiempo para seguirle; así que, tras un domeñado impulso de llevarlas a la sala de recepción del banco, que le recordaba la estafeta de Correos de Woollett y se le antojaba el muro botarel de algún puente transatlántico, las deslizó en el bolsillo de su ancho sobretodo gris con cierta felicidad por llevarlas encima. Waymarsh, que había recibido correspondencia el día anterior, había vuelto a tener aquel día, sin sugerir por ello en este particular ningún tipo de impulso gobernado. En cualquier caso, con el que más probabilidades tenía de forcejear era con el de llegar a una resolución prematura consistente en visitar otra vez la Rue Scribe. Strether lo había dejado allí el día anterior; quería hojear los. periódicos y había pasado, por lo que el amigo logró descubrir, una serie de horas con ellos. Hablaba de la entidad con gran aparato, como de un lugar de observación superior; tal y como hablaba, por regla general, de su detestable destino visto en tanto que mecanismo para ocultarle lo que iba a pasar. Europa se describía de manera óptima, en su sentir, como un elaborado mecanismo tendiente a disociar al norteamericano aislado de este conocimiento indispensable, sólo soportable, en consecuencia, gracias a las ocasionales estaciones de reposo, trampas para detener los errabundos aires occidentales. Strether, por su parte, se puso otra vez en movimiento, pues tenía el susodicho reposo en el bolsillo; y, a decir verdad, por mucho que hubiera deseado su ración informativa, el aumento del desasosiego habríase cebado en él desde el momento en que se hubiera asegurado del sobrescrito de la mayor parte de las misivas que el referido bolsillo contenía. Este desasosiego se convirtió, por consiguiente, en una ley temporal suya; sabía que reconocería en cuanto lo viera el más apropiado de los lugares para ponerse a tono con su principal corresponsal. Durante los sesenta minutos que transcurrieron a continuación le invadió el aura circunstancial de parecer que lo buscaba en los escaparates de las tiendas; bajó por la Rue de la Paix, inundada de sol, tras cruzar las Tullerías y el río, se permitió más de una vez —como si se hubiera decidido por fin— una repentina pausa ante los quioscos de libros de la orilla opuesta. En los jardines de las Tullerías se detuvo a mirar en un par de sitios; era como si la maravillosa primavera de París le hubiera echado el freno a medida que avanzaba. La acuciante mañana parisina irradiaba sus amables notas en una brisa apacible, en un retazo de aromas, el revoloteo ligero, en la zona ajardinada, de muchachas sin sombrero y con las abrochadas correas de cajas oblongas, en las frugales figuras de los ancianos que iban a tomar el sol muy temprano en los caldeados pretiles, en la azulenca y broncínea oficialidad de los humildes manipuladores de palas y rastrillos, en los profundos matices de un sacerdote de paso homogéneo o los contundentes de un militar de polainas blancas y pantalón rojo. Strether contemplaba aquellas pacientes figuras, figuras cuyo movimiento era como el andar del gran reloj de París, abarcando su plácida diagonal de un extremo a otro; el aire sabía a

una sustancia mezclada con el arte, una sustancia que presentaba a la naturaleza como un jefe de cocina de gorro blanco. El palacio había desaparecido; Strether recordaba el palacio; y cuando escrutó el irremediable vacío de su ubicación, es posible que su sentido histórico hubiera estado jugando: ese juego con el que, en París, hace guiños frecuentes como un nervio alcanzado. Llenó los espacios con oscuros símbolos de paisaje; y entrevió el perfil de blancas estatuas en cuya basa, con las cartas en la mano, acomodaba una silla de asiento de paja. Pero su paseo se encaminaba, por ciertas razones, hacia el punto contrario, y lo condujo en volandas, sin apercibirse, hasta la Rue de Seine y hasta el Luxemburgo.

Se detuvo en los jardines del Luxemburgo; cuando menos dio allí con su rincón y allí, en una silla por la que pagó unos céntimos y desde la que los arriates, los parterres, las vistas panorámicas, las fuentes, arbolitos en cubetas verdes, mujercitas de cofia blanca y estrepitosas niñas que jugaban se «componían» de consuno bajo el sol, dejó transcurrir una hora en que el cáliz de sus impresiones pareció ciertamente desbordarse. Pero había pasado una semana desde que bajara del barco y había en su espíritu muchas más cosas de las que podía dar cuenta un escaso cúmulo de jornadas. Más de una vez, en todo este tiempo, hablase observado con ojo del que aconseja; pero la admonición fue aquella mañana formidablemente punzante. Pues pareció que aún no había tomado la forma de pregunta: una pregunta tocante a lo que estaba haciendo con aquella sensación de fuga tan extraordinaria. Esta sensación fue mucho más aguijoneante después que hubo leído las cartas, pero fue también una de las causas de que la pregunta se precipitase. Cuatro epístolas eran de la señora Newsome y ninguna de ellas breve; no había perdido el tiempo la buena mujer, se había lanzado tras los pasos del hombre mientras éste se desplazaba, poniéndose así tan de manifiesto que el hombre, a la sazón, podía calcular la frecuencia probable con que tenía que escuchar. Según parecía, le llegarían noticias de la mujer a una velocidad de varias por semana; tenía que hacerse a la idea de que podía recibir, y esto parecía confirmado, incluso más de una en cada correo. Si hubiera comenzado el día anterior con una leve queja, habría tenido, en consecuencia, la oportunidad de comenzar el día presente con la nota contraria. Leyó las cartas una tras otra y muy despacio, dejando las restantes en el bolsillo, pero manteniendo las leídas después, durante un buen rato, en el regazo. Y allí las retuvo, sumido en meditaciones, como para prolongar la presencia de lo que le ofrecían; o, cuando menos, como para asegurarles su participación en la componenda de algún tipo de dilucidación. Su amiga escribía admirablemente y su tono se localizaba más en su estilo que en su voz: casi como si, dado el momento, el hombre hubiera llegado a aquel punto para beber sus plenas cualidades; no obstante, la enormidad de su apercepción de la diferencia concordaba totalmente con la abismada intensidad de la relación. Era la diferencia de estar precisamente donde estaba *y según* estaba lo que conformaba la fuga, una diferencia que había resultado mucho mayor de lo que imaginara; y lo que por último acabó por tantear fue la extraña lógica de saberse tan libre. En cierto modo intuía que era un deber pensar en su situación, aprobar el proceso, y cuando de hecho se puso a recorrer la andadura y sumar los capítulos, los sumandos dieron cumplida cuenta de la suma total. Nunca había esperado —esta era la verdad— sentirse joven otra vez y todos los años y demás asuntillos de que se había servido para que así fuera eran, en conjunto y con exactitud, su presente aritmética. Tenía que estar seguro de este utillaje para poner los escrúpulos en remojo.

Del fondo del hermoso deseo de la señora Newsome se deducía que no debía

preocuparse por nada que no fuera el meollo de su misión; al insistir en que debía descansar y tomarse períodos de asueto, la mujer había contribuido tanto a la libertad del hombre que a ella sola habría que agradecérsela. Strether, sin embargo, no habría podido, ciertamente, completar su pensamiento en aquel instante en virtud de la imagen de la función de ese agradecimiento que ella destinaba a sí misma: la imagen del preciso retrato del hombre... el pobre Lambert Strether derrotado en la soleada ribera, agradecido por el aire que respiraba, tenso mientras boqueaba, arrojado por el oleaje de un solo día. Helo allí sin que en su aspecto y postura hubiera nada que despertara el escándalo: pero era muy cierto que si hubiera visto acercarse a la señora Newsome habría dado un bote instintivo y habríase alejado un tanto. Habría dado la vuelta para encararse con ella valientemente; pero habría tenido que contenerse. La mujer le informaba copiosamente de cuanto ocurría en Woollett, le demostraba la galanura con que se las ingeniaba en su ausencia, le contaba quién reanudaría esto y quién reanudaba aquello exactamente donde él lo había dejado, y explicábale con pelos y señales los pormenores de una moral que no estaba dispuesta a sufrir el menor daño. Le parecía al hombre que aquel tono femenino llenaba el ambiente; sin embargo, le afectó al mismo tiempo como el tufillo de las cosas vanas. Este último fenómeno fue el que trató de justificar, y con tanto éxito que, por sobria que fuera la apariencia, dio por lo menos con una forma que rezumaba felicidad. Llegó a esta forma gracias a la inevitable aceptación de haber sido una quincena antes uno de los hombres más débiles. Si alguna vez había habido un hombre totalmente cansado, Strether era ese hombre; ¿y no había sido manifiestamente sobre la base de que *estaba* cansado el que su maravillosa amiga de Woollett se hubiera preocupado tanto por él y se hubiera mostrado tan ingeniosa? En aquellos momentos le parecía que, sin saber cómo, con que pudiera mantener con suficiente firmeza el asimiento de esa verdad, ella se trocaría en cierto modo en su brújula y su timón. Lo que más deseaba era una idea simplificadora y ninguna mejor que considerar el hecho que iba a concluir. Si éste se había encontrado bajo un enfoque tal que él acabara de detectar en su cáliz las heces de su juventud, no por ello dejó de ser esto una simple desportilladura de la superficie del plan. Estaba tan palmariamente rendido que esto tenía que ser útil a su propia hacienda, y si pudiera no ser sino coherentemente honrado con la mínima suficiencia necesaria, haría cuanto deseaba.

Además, cuanto deseaba se comprendía en una única habilidad: el común e inasequible arte de tomar las cosas como llegaban. Le pareció que había entregado sus años mejores a una incesante apreciación de la forma en que no llegaban; pero tal vez —como al parecer serían ya cosas muy diferentes— tan largo quebradero de cabeza pudiera por fin encontrar un alivio. Comprendía con toda facilidad que desde el momento en que aceptara la idea de su sentenciado colapso lo último de que carecería sería de motivos y recuerdos. ¡Oh, si se decidiera a hacer la suma, ninguna pizarra sustentaría las cifras! El hecho de que hubiera fracasado, según reflexionaba, en todo, en cada una de sus relaciones, en media docena de contratos, como lujosamente le gustaba plantearlo, había podido propiciar, aún podía propiciar un presente vacío; pero se afirmaba sólidamente en un pasado concurrido. La abundancia de los objetivos incumplidos no había constituido ni un yugo ligero ni un corto camino. Era como si a la sazón la imagen retrospectiva siguiera todavía allí, el largo sendero lleno de recovecos, gris bajo la sombra de su soledad. Había sido una soledad odiosa y amable, una soledad sociable, una soledad de vida, de opciones, de comunidad; pero por más que hubiera habido gente suficiente

alrededor, no había habido en el seno de la misma sino tres o cuatro personas. Era Waymarsh una de ellas y la circunstancia le impresionó en aquel momento como digna de tenerse en cuenta. Otra era la señora Newsome y la señorita Gostrey había dado muestras repentinas de convertirse en la tercera. Más allá, allende estas personas se alzaba la pálida figura de su verdadera juventud, apretando contra el pecho a las dos presencias más vagas aún que la suya propia: la joven esposa que perdiera demasiado pronto y el hijo al que había sacrificado estúpidamente. Una y otra vez había averiguado por su cuenta que habría podido conservar al chicuelo, aquel muchachito torpe que había muerto en la escuela de una súbita difteria, si no se hubiera dedicado durante todos aquellos años, tan enfermizamente, a añorar a la madre. Lo que aguijoneó dolorosamente su remordimiento fue que, con toda probabilidad, el niño no habría sido realmente torpe y taciturno, que lo había sido como había sido desterrado y descuidado, sobre todo porque el padre se había conducido como un egoísta irresponsable. No era éste, sin duda, sino el secreto acostumbramiento a la tristeza, que poco a poco había sentido la mano blanda del tiempo; sin embargo quedaba aún un rescoldo con el fuego necesario para que el espíritu, con efecto espontáneo y repetido, de un elegante joven que acababa de madurar hiciera una mueca ante el pensamiento de la oportunidad perdida. ¿Ha existido alguna vez un hombre, había terminado por preguntarse, que haya perdido tanto y hecho también tanto para tan poco? Habíanse dado motivos particulares por los que, durante el día anterior, por no mencionar los precedentes, debiera haber sonado esta pregunta en su oído. Su nombre en la portada verde, donde lo había puesto por la señora Newsome, le ponía sin duda de manifiesto lo suficiente para que el mundo —el mundo en tanto que entidad diferenciada, para bien y para mal, de Woollett— preguntase quién era. Y había caído en el ridículo de tener que explicar aquella suerte de explicación. El era Lambert Strether porque figuraba en la cubierta, mientras que, en virtud de algo semejante a la gloria, debiera de haber figurado en la portada porque era Lambert Strether. Habría hecho cualquier cosa por la señora Newsome, habría sido incluso más ridículo —como, para el caso, tenía aún ocasión de ser—, y esto venía a decir que tamaña aceptación del destino era cuanto podía ofrecer a los cincuenta y cinco años.

Juzgaba lo cuantitativo con tanta magrura porque era magro y tanto más distinguidamente cuanto que no podía, en su sentir, haber sido concebiblemente más pingüe. Si no hubiera poseído el don de llevar a cabo la mayor parte de cuanto acometía y si hubiera intentado este acometimiento una y otra vez —y nadie que no fuera él conocía la frecuencia— habríase dicho que podía demostrar qué otras cosas, en defecto de lo precedente, podían realizarse. Recordaba antiguos fantasmas de experiencias, viejos trabajos, viejos desengaños e insatisfacciones viejas, viejas recuperaciones con las correspondientes reincidencias, viejas calenturas con los correspondientes escalofríos, interrumpidos momentos de buena fe y otros de duda empero saludable; aventuras, en su mayor parte, de la calaña calificada de aleccionadora. El resorte particular que no había dejado de moverse en su interior durante la víspera había sido la apercepción —demasiado frecuente para sorprenderle— de las promesas hechas a sí mismo que, luego de su otra visita, jamás cumpliera. La reminiscencia que revivía con mayor insistencia en la actualidad era la del juramento prestado en el curso del peregrinaje que, recién casado, con la guerra recién acabada, y desvalidamente inmaduro a pesar de esto, había hecho temerariamente con la criatura aún más joven que él. Había sido un rasgo para el que habían recurrido al dinero reservado para las necesidades, pero consagrado a ellos, por el

momento, en cientos de formas, especialmente en virtud de ese privado juramento suyo de enfocar la ocasión en tanto que relación moldeada por la cultura superior, a fin de comprobar que, según se decía en Woollett, daba una excelente cosecha. Había creído, ya de vuelta al hogar, que había conquistado algo grandioso y su concepción al respecto —con un plan elaborado e inocente en lo tocante a lecturas, meditaciones y regresos incluso cada tantos años— había tenido por objeto, en aquellos días, la conservación, cuidado y extensión de lo adquirido. Como aquellos planes, sin embargo, habíanse reducido al absurdo respecto de adquisiciones aún más apetitosas, fue sin duda bien poco asombroso que acabara por perder de vista aquel puñado de semillas. Enterradas durante largos años en oscuros rincones, el caso era que aquellas escasas simientes habían vuelto a germinar al cabo de cuarenta y ocho horas en París. El discurrir del día anterior había sido en realidad el proceso de ir experimentando una conmoción general en la vida de relación, largo tiempo anulada individualmente. Strether había llegado a familiarizarse, en este sentido, incluso con prontas ráfagas de especulación, repentinos arrebatos de la fantasía en las galerías del Louvre, sedientas miradas a los diáfanos paneles tras los que los volúmenes coloreados de amarillo limón mostrábanse tan frescos como la fruta de los árboles.

Eran instantes en que podía preguntar si, dado que, fundamentalmente, no había ni que plantearse un compromiso con nada, su destino no habría sido, a fin de cuentas, el de convertirse en objeto de los cuidados ajenos. Una custodia, en tal caso, cuya finalidad no pretendía ni se atrevía siquiera a adivinar; finalidad, en definitiva, que le hizo quedarse inmóvil, maravillarse, reír y suspirar, que le provocó avances y retrocesos, mientras se sentía medio avergonzado de su anhelo de precipitarse y algo más que medio temeroso de su anhelo de esperar. Pues recordaba, por ejemplo, que había vuelto en los años sesenta obsesionado por los volúmenes coloreados de amarillo limón y también con una docena ––seleccionados para su esposa— en el equipaje; y nada había manifestado más confianza en aquellos momentos que su apelación al más refinado de los gustos. Aún se encontraban en su casa los doce volúmenes, viejos ya y estropeados, sin que nunca los enviara al encuadernador; pero ¿qué había sido de la insurgente iniciación que representaran? A la sazón representaban la vulgar pintura cetrina que cubriera la puerta del templo del gusto que había soñado construir, un edificio que, prácticamente, no había pasado de mero proyecto. Las más elevadas inspiraciones del presente de Strether eran quizás aquellas en que este lapso particular se le representaba como un símbolo de su inacabable rutina y su carencia de momentos dotados, su carencia de dinero, de oportunidades, de dignidad afirmativa. Que el recuerdo de la promesa juvenil hubiera tenido, a fin de palpitar otra vez, que esperar al último, en su sentir, de todos sus accidentes, alzábase sin duda como prueba más que suficiente de las trabas que había sufrido su conciencia. En cualquier caso, de necesitarse pruebas, éstas habrían podido localizarse en el hecho de que, según comprendía en aquel momento con toda claridad, hubiera dejado de calibrar incluso su escasez, una escasez que se extendía, en aquella retrospección, de manera vaga y general, hasta perderse al fondo como un traspaís no consignado y contemplado desde un puesto costero. Su conciencia se había estado divirtiendo, durante aquellas cuarenta y ocho horas, al prohibirle que comprara ningún libro; y él defendíase de aquello, defendíase de todo; pues, habida cuenta de que aún no había visitado a Chad, por nada en el mundo daría ningún otro paso. Con esta prueba, sin embargo, de la forma en que le afectaban realmente, repasaba con la mirada las portadas

coloreadas de amarillo limón con el fantaseo subconsciente de que, en cualquier caso, en el gran desierto de los años, debía de haber poseído algunas. Las portadas verdes de Woollett no comprendían, en virtud de su finalidad, ningún homenaje a las letras; a base de un selecto surtido de economía, política y ética, debidamente embalado y, como sostenía la señora Newsome bastante en contra del punto de vista del hombre, preeminentemente agradable al tacto, daban forma a la especiosa cáscara. En consecuencia, sin ninguna necesidad de conocimiento instintivo de lo que iba a ocurrir, allí, en la luminosa avenida parisina le parecía en aquel momento que más de una vez había experimentado los asaltos de la sospecha; de lo contrario era imposible que sintiera tantos temores confirmados en la actualidad. Había «movimientos» para los que era demasiado tarde —¿acaso no se habían consumido ya con el gozo de los mismos?—. Había series que había olvidado y considerables vacíos en las secuencias; habría podido muy bien contemplar toda aquella retrospección en una dorada nube de polvo. Si el teatro no estaba cerrado su asiento por lo menos habría correspondido a algún otro. La noche pasada había experimentado la inquietante sensación de que, ya que se encontraba en el teatro —aunque, ciertamente, justificaba el teatro, en su sentido concreto, y con una extravagancia a la que su imaginación rendía todos los honores, como algo que adeudara al pobre Waymarsh—, habría tenido que ser con Chad y, cosa bien probable, para Chad asimismo.

Así pues, con las cartas en el regazo —cartas sujetas con intensidad nerviosa e inconsciente—, pensaba, en aquel rinconcito del Luxemburgo, con orden extraño y acaparador, en cosas que se alejaban por momentos en el espacio, en el pasado y en el futuro, para volver precipitadamente, con cierta sensación de haber perdido el aliento, pero con chasquido suave y tranquilizador, al día precedente y al actual. Fue así como volvió al rompecabezas relativo a la noche, a la cuestión de si habría podido llevar a Chad a ver la obra y qué efecto —fue ésta una consideración repentina— habría podido causar su responsabilidad para con Chad en la elección del entretenimiento. Prácticamente no dejó de pensar en el Gimnasio —donde además se estaba comparativamente a salvo— que tener a su lado al joven amigo habría constituido un extraño rasgo de la obra redentora; y ello muy a despecho de que la imagen, comparada con el panorama privado de Chad, podría haber semejado perfectamente el modelo de lo apropiado. Pero, a todas luces, no había emprendido el viaje en nombre de lo apropiado sólo para asistir a desaliñadas actuaciones equívocas; y, no obstante, menos aún lo había emprendido para socavar su autoridad compartiéndola con la grosera juventud. ¿Iba a renunciar a todo esparcimiento en nombre de los plácemes de dicha autoridad? ¿Daríale tamaña renuncia delante de Chad un encanto moral? Este pequeño problema erizábase al máximo en razón del franco sentido de la ironía que poseía el pobre Strether. ¿Es que había facetas, en tal caso, en que su ascendiente corría el peligro de volverse divertido? ¿Habría tenido que fingir que creía —en cuanto a sí mismo o en cuanto al jovencito descarriado— que había algo que podía empeorar esto último? ¿No implicaba tamaña pretensión la hipótesis de que había cosas que podían mejorarlo? Su incontenible desasosiego parecía insinuarle la probable sensación de que la asunción de París, por mínima que fuera, llevaríase consigo la autoridad de cualquiera. Pues aquella vasta y resplandeciente Babilonia manteníase ante él aquella mañana como un objeto inmenso e iridiscente, una gema dura y brillante donde las partes no se discriminarían ni las diferencias se señalarían cómodamente. Parpadeba, tremolaba y se derretía; y lo que un

segundo antes pareciera superficie, a la sazón parecía todo profundidad. Era un lugar al que, sin posibilidad de confusiones, Chad hablase aficionado; por lo tanto, si a él, Strether, le encantaba sobremanera, ¿quién sabía lo que sería de ellos? Todo dependía, naturalmente —lo que era un rayo de esperanza—, de la medida concreta con que se interpretase el «sobremanera»; aunque, a decir verdad, nuestro amigo sabía con toda sinceridad que, por lo que a él respectaba, y esto mientras prolongaba las meditaciones que describo, incluso en aquel preciso momento había colmado cierta medida. Se habrá comprendido con suficiencia que no era hombre que desdeñase ninguna buena ocasión para reflexionar. ¿Era posible, de algún modo, por ejemplo, aficionarse a París con suficiencia sin aficionarse demasiado? El, por fortuna, no había prometido a la señora Newsome que no le gustara en modo alguno. Estaba pronto a advertir en esta fase que un compromiso de este tenor le habría atado las manos. Los jardines del Luxemburgo eran tan incuestionablemente adorables en aquel momento porque —aparte el encanto intrínseco del lugar— no se había prestado a ello. El único compromiso que había aceptado era, cuando encaraba la cuestión, el de hacer lo que buenamente pudiera.

Sin embargo, le produjo cierta alteración, al cabo de un rato, sorprenderse en el recuerdo del flujo de asociaciones en que había flotado hasta tan lejos. Las antiguas imágenes del Barrio Latino habían tenido su peso y había recordado puntualmente que Chad había comenzado sus correrías en relación con aquel escenario de leyenda más bien ominosa, al igual que tantos otros jóvenes de la ficción y de la realidad. Ahora tenía su «casa», como Strether se representaba el lugar, bastante lejos de allí, en el Boulevard Malesherbes; y ésta era quizá la razón por la que, al pensar, para hacerle justicia, con profundidad en el antiguo barrio, nuestro amigo había intuido que podía hacerse cargo de lo usual y lo inmemorial sin necesidad de buscarse contratiempos. No corría, dicho de otro modo, peligro alguno de que se viera al joven y a Cierta Persona pavoneándose en compañía mutua; y sin embargo seguía sin resolver precisamente aquello —sólo para saber cuál tenía que haber sido la primera nota, la natural— a propósito de lo cual necesitaba consejo al máximo. De pronto comprendió con toda claridad que al principio y durante unos cuantos días había fantaseado casi envidiosamente con los privilegios románticos del muchacho. Melancolía Murger, junto con Francine, Musette y Rodolphe, era, en compañía de las desgarradas del otro lado del charco, una de la docena errabunda, si es que él mismo no albergaba dos o tres en su interior; y cuando Chad había escrito, cinco o seis años atrás, después de una temporada que ya se prolongaba en varios meses, que había decidido preocuparse por la economía y las cosas de verdad, la fantasía de Strether habíale acompañado con mucho gusto en aquella migración que había de conducirle, como más bien confusamente supieron en Woollett, al otro lado de los puentes y hasta la Montagne Sainte—Geneviève. Era ésta la zona —Chad no se había llamado a engaño a este respecto— en que el mejor francés y muchas otras cosas podían aprenderse por poco precio y en que un enjambre de astutos individuos, compatriotas allí con premeditación, formaban un plantel siniestramente acogedor. Los astutos individuos, los amistosos paisanos eran en su mayor parte pintores, escultores, arquitectos, estudiantes de música y de medicina; pero constituían, según opinaba Chad con toda sabiduría, un conjunto mucho más provechoso con el que estar —aun sobre la base de no ser en modo alguno uno de ellos— que el de los «insoportables gorilas» (Strether recordaba aquella edificante puntualización) de los bares y bancos americanos que se alzaban en los alrededores de la Opera. Chad había anunciado, en las misivas que

siguieron a la mencionada —pues en aquella época las mandaba de tarde en tarde—, que lo habían aceptado en un grupo de inquietos trabajadores a las órdenes de uno de los grandes artistas, que le daba de cenar en sus reales casi por una miseria y que incluso le forzaba a que no olvidase el presupuesto de que había tanto «en él» como en cualquiera de los demás. Había habido un momento en que habría dicho que de verdad podía haber algo en él; como fuera, el caso es que había habido un momento en que había escrito que lo único que sabía era que al cabo de un par de meses tal vez estuviera contratado en un *atelier*. Fue el momento en que la señora Newsome se sintió movida a agradecer aquella bendición; habíaseles ocurrido a todos, como milagro llovido del cielo, que a lo mejor el ausente sabía lo que hacía, que, en pocas palabras, se había saciado de tanta holgazanería y deseo de variedad. Las pruebas no fueron, ni que decir tiene, tan brillantes, pero el mismo Strether, aunque muy atareado y absorto por entonces, había dado lugar, por lo que tocaba a las dos damas, a una templada aprobación y, de hecho, según iba recordando, a cierto austero entusiasmo.

Lo que había ocurrido a continuación, sin embargo, hubo de quedar sumido en la oscuridad. El hijo y hermano no había abrevado mucho tiempo en la Montagne Sainte— Geneviève: 1 de hecho, el reducido uso de este nombre, al igual que las alusiones al mejor francés, no pareció sino uno de tantos detalles de su ingenio grosero. El ligero descanso de tan vanas apariencias, por consiguiente, no habían llevado demasiado lejos ni una cosa ni otra. Por otro lado, esto le había dado una oportunidad, sin restricciones, de desarraigarse; le había preparado el camino para iniciativas más directas y más profundas. Strether creía que, en comparación, había sido más bien inocente antes de su primera migración, e incluso que los primeros efectos del viaje no habrían tenido que ser deplorados de no darse ninguna desventurada circunstancia. Durante tres meses —proyectados con perseverancia— Chad había procurado serlo. Lo había intentado, aunque no con el ahínco necesario; había tenido su breve hora de buena fe. La flaqueza de este principio consistía en que casi cualquier accidente de índole perversa podía ser de fuerza superior. Su carácter impetuoso, tempranamente admitido, y no obstante tan difícil de predecir, había hecho acto de presencia irreversiblemente para convertirse en afección crónica. Como fuera, aquí radicaba palmariamente la causa del desencadenamiento de una serie particular de impresiones. Una vez tras otra habíanse manifestado dichas impresiones —todas las de Musette y de Francine, aunque una Musette y una Francine vulgarizadas a consecuencia de la prolongada evolución del tipo— arrolladoramente intensas; el desdichado joven había «alternado», según lo poco que en aquel momento pudo conjeturarse y cuya mención apenas si podía permitirse, con una personita vorazmente «interesada» tras otra. Strether había leído en alguna página de Théophile Gautier un lema latino, una descripción de las horas cuando el viajero, que se encuentra en España, observa un reloj[*]; y se había sentido inducido a aplicarlo mentalmente a la una de Chad, las dos de Chad, las tres de Chad, por más que los números, a este respecto, podían plantear la cuestión, ciertamente, de si los que figuraban en la modesta esfera del reloj no serían sobrepasados. *Omnes vulnerant, ultima necat:* todas habían herido mortalmente, la última había moralmente matado. La última había sido la más duradera en lo tocante a

[*] «Pasamos por Urruña, en cuya iglesia hay un reloj en la fachada, que tiene a su alrededor, escrita con letras negras, esta fúnebre inscripción: *Vulnerant omnes, ultima necat.* Es verdad, melancólica leyenda: todas las horas nos hieren con la punta de una aguja parecida a la tuya y cada vuelta en la esfera nos lleva a lo desconocido», Teófilo Gautier, *Viaje por España,* cap. II *(N. del T.)*

posesión: posesión, claro está, de lo que quedaba de la refinada moralidad del infeliz muchacho. Y de no haber sido ella habría sido cualquiera de sus predecesoras la determinadora de la segunda migración, de la desandadura del camino, o sea, en el sentido de camino de la desmoralización, costoso regreso y recaída, nuevo intercambio, como era de esperar, del ostentoso mejor francés por algo que, en cierto modo, podía ser parte de ese ambiguo ideal, aunque no, ciertamente, la parte que permitía publicidad, de la apreciación o del análisis de las variedades de la cualidad. Lo único que la señora Newsome había sabido de su hijo en los últimos dilatados tiempos era que había reanudado sus trabajos en el barrio caro —así era como ella lo llamaba para su capote— y que aún no se había forjado una reputación sin visos de intimidad. Había viajado en la dirección soñada casi como un rajá, con la excepción de que sus palanquines habían carecido de cortinas y sus ocupantes de velo; en pocas palabras, había tenido compañía ––escandalosa, indiscreta compañía— en lugares públicos, una compañía que compartía con él, durante el cínico viaje, de escala en escala y de día en día, avances cada vez más osados y se tomaba libertades cada vez mayores: rastros, ecos, leyendas casi, en conjunto, que la pareja dejaba a su paso.

Por fin decidióse Strether, en aquel momento, a emprender el camino de vuelta; y no con la sensación de haber hecho su paseo en vano. Lo prolongó un poco por los alrededores, tras haberse levantado de la silla; el resultado obtenido de aquella mañana era, en su sentir, que había comenzado la campaña. Había querido entablar relaciones y sufriría peligrosas consecuencias si no lo hacía. Y en ningún momento lo hizo más que cuando, bajo las antiguas arcadas del Odeón, se entretuvo ante el encantador muestrario al aire libre de literatura clásica y de circunstancias. Estimó que el efecto de tonos y matices era delicado y apetitoso en aquellas mesas y estantes sobrecargados; la impresión —si se sustituía un tipo de *consommation* barata por otro— habría podido ser acaso la producida por uno de los agradables cafés que, bajo un toldo, se extendían hasta la calle; el caso es que fue paseándose lentamente, rozando las mesas, con las manos cogidas detrás. No estaba allí para hojear libros, para consumir: estaba allí para reconstruir. No estaba allí en provecho propio, es decir, no en provecho directo; se encontraba allí para tener la oportunidad de sentir el roce del ala del perdido espíritu de la juventud. De hecho lo sentía, lo tenía a su costado; ciertamente, la antigua arcada, según percibía su sexto sentido, emitía el leve murmullo, como procedente de la lejanía, de un alocado batir de alas. Abrazaban a la sazón los bustos de generaciones enterradas; no obstante, permanecía vivo un par de revoloteos en la página vuelta de los holgazanes de pelo largo y sombrero caído cuya jovial intensidad de aspecto, en el sentido de clara agudeza, profundizaba su visión, incluso su apreciación de las diferencias raciales, y cuya manipulación de intensos volúmenes no era, con demasiada frecuencia, más que un escuchar detrás de puertas cerradas. Imaginaba a un posible Chad desorientado cuatro o cinco años antes, un Chad que, a fin de cuentas, había sido sencillamente —pues no podía juzgarse de otra manera— demasiado vulgar para sus propios privilegios. No había duda de que gozar de la juventud y la felicidad en aquellos parajes era un privilegio. Bueno, el caso era que lo mejor que Strether sabía de él era que había tenido tales sueños.

Media hora más tarde, sin embargo, su atención se centraba en un tercer piso del Boulevard Malesherbes, siempre que esto fuera algo concreto; y el hecho de que contemplara gozosamente las ventanas de un mirador del tercer piso, detalle que le fue de gran ayuda, quizá tuviera algo que ver con su demora de cinco minutos en la acera de

enfrente. Puntos había respecto de los que tenía que recomponer las ideas y uno de ellos tenía que ver, precisamente, con la prudencia de la brusquedad con que los sucesos habían acabado por comprometerle, una política que le complacía descubrir no afectada en modo alguno mientras consultaba el reloj y se sorprendía. Se había anunciado hacía seis meses; había escrito, por lo menos, que no se sorprendiera si le veía aparecer algún día. Chad, en consecuencia, con breves palabras que componían una respuesta más bien intencionadamente anodina, le dio una vaga bienvenida; y Strether, reflexionando pesarosamente que el otro habría podido entender el aviso como una alusión a la hospitalidad, una insinuación de la oferta invitadora, había replicado con un silencio a modo de censura de su propio tacto. Además, había pedido a la señora Newsome que no volviera a anunciar su llegada; tenía una noción tan particular de su empresa que, de abocarse a ella, había de hacerlo a su modo. No fue el menor de los elevados méritos de la dama que el hombre pudiera confiar totalmente en la palabra de la mujer. Era la única mujer que conocía, incluso en Woollett, de la que estaba totalmente convencido de que la mentira estaba más allá de sus artes. Sarah Pocock, por ejemplo, la propia hija de la anterior, aunque con ideales sociales, como se decía, diferentes en algunos aspectos, Sarah, que era, a su modo, una esteta, nunca había desdeñado en el trasiego humano tamaña mitigación del rigor; ocasiones había habido en que el hombre la había visto aplicarla sin posibilidad de error. En cualquier caso, como había obtenido de la señora Newsome que, fuera cual fuese el precio que costase a sus enérgicos puntos de vista, la mujer se conformara, en lo tocante a la preparación de Chad, enteramente a las restricciones del hombre, éste alzó la mirada hasta el bien delineado mirador con la seguridad de que si el caso naufragaba, él por lo menos sería el único responsable. ¿Surgió tal vez alguna sospecha de lo referido en su pausa al filo del Boulevard y bien a la vista?

Muchas fueron las cosas que se le ocurrieron en aquel lugar y una de ellas era que tenía que saber en aquel instante y sin que hubiera lugar a dudas si había sido superficial o descomedido. Otra fue que el mirador de marras no manifestaba de ninguna de las maneras ser un útil arquitectónico de fácil rendición. El pobre Strether tuvo que admitir en aquel momento una gran verdad: que, siempre que uno paraba en París, la imaginación reaccionaba antes de que se le pudiera echar el freno. Esta reacción continua ponía precio, de desearlo, a las pausas; pero acumulaba las consecuencias hasta el punto de no quedar espacio para seleccionar los propios pasos de entre las mismas. ¿Cómo llamaría, en tal coyuntura, por ejemplo, de modo que la llamada se ajustase ni más ni menos que a la casa de Chad? Elevada, amplia, despejada —tenía suficiente experiencia para saber en un momento que estaba admirablemente construida—, no hay duda de que atribulaba a nuestro amigo en virtud de un prurito que, según habría dicho él mismo, le «asaltó». Había rechazado la fantasía de que, a modo de preliminares, pudiera serle útil que le vieran, gracias a una feliz coincidencia, desde las ventanas de aquel tercer piso, que recibía de pleno el sol de marzo; pero ¿qué utilidad iba a reportarle si al cabo de un rato descubrió que el prurito «asaltante», la cualidad producida por la mesura y el equilibrio, la delicada relación de una parte con otra, de un espacio con otro, era probablemente —sumada la presencia de unos ornatos tan positivos como discretos y la naturaleza de la piedra—, ni más ni menos que un caso de distinción, un caso tal que él no podía por menos de sentir sino, inesperadamente, como una especie de provocación que se le lanzaba? Mientras tanto, sin embargo, la oportunidad con que había contado —la oportu-

nidad de que lo vieran a tiempo desde el mirador— se había convertido en realidad. Dos o tres ventanas se habían abierto al aire violeta; y antes de que Strether hubiera cortado el nudo gordiano cruzando la calle, un joven había aparecido, le había mirado, había encendido un cigarrillo y arrojado la cerilla, y luego, tras apoyarse en el antepecho, habíase puesto, mientras fumaba, a contemplar la vida que corría a sus pies. Su llegada contribuyó, desde el primer momento, a que Strether mantuviera sus posiciones; resultado de lo cual fue, a su vez, que Strether no tardara en advertir que se percataban de su presencia. El joven se puso a mirarle como si se diera cuenta de que le observaban.

Fue cosa interesante de ver mientras duró, pero el interés estaba influido por el hecho de no ser Chad aquel joven. Strether se preguntó al principio si se trataba tal vez de un Chad cambiado; vio entonces que aquello era pedir demasiado cambio. El joven era rubio, despierto y alegre, con un aire demasiado complacido para haberlo tenido a fuerza de concesiones. Strether había pensado en Chad como en un sujeto cicatrizado, pero no tanto que escapara a la identificación. Pero intuyó que tenía que vérselas con no pocas rectificaciones, a decir verdad; enmienda suficiente era que el joven de allí arriba tuviera que ser amigo de Chad. Era joven también, el joven de allí arriba: era muy joven; lo bastante joven, al parecer, para divertirse ante un observador de más edad, para sentir curiosidad incluso por ver lo que el observador de más edad haría al darse cuenta de que era observado. Había juventud en aquello, había juventud en la entrega al mirador, había juventud, para Strether y en aquel momento, en todo salvo en sus propios menesteres; la relación de aquel modo proclamada entre Chad y la juventud había dado, segundos después, un extraordinario y rápido empuje al asunto. El mirador, la distinguida fachada dio muestras repentinas, en la imaginación de Strether, de que algo subía sin cesar; ambos fijaban el conjunto del caso en su materialidad precisa y, como en una imagen admirable, a tal nivel que se sorprendió al filo de otro momento regocijándose de pensar en lo que acaso alcanzara. El joven seguía mirándole; él miraba al joven; el caso fue que, en virtud de un rápido proceso, aquel conocimiento de intimidad inestable parecióle el supremo lujo. También habíase abierto para él la intimidad inestable y a la sazón no la veía sino bajo una sola luz: la del único domicilio, el único hogar de la gran ciudad irónica sobre el que podía verter un atisbo de imperativo. La señorita Gostrey tenía una casa; ella le había hablado al respecto y se trataba de algo que sin duda le aguardaba; pero la señorita Gostrey no había llegado aún, ni llegaría durante unos días; de modo que el único atenuante de su condición excluida era la configuración imaginaria del pequeño hotel, de admitida categoría secundaria, en una bocacalle de la Rue de la Paix, en que le había situado la solicitación femenina del premio masculino, que le afectaba sin saber cómo igual que todo frío de puertas adentro, los patios con techumbre de cristal y las escaleras resbaladizas y que, en razón de lo mismo, Waymarsh difundía incluso en ocasiones en que Waymarsh habría podido estar seguro de encontrarse en el banco. Ocurriósele de pasada antes de emprender un solo movimiento que Waymarsh y sólo Waymarsh, un Waymarsh sin diluir y además eficazmente fortalecido, se le manifestaba como la actual alternativa al joven del balcón. Cuando echó a andar fue para huir abiertamente de aquella alternativa. Cruzar la calle por fin y pasar por la *porte-cochère* de la casa fue como anular a Waymarsh conscientemente. Sin embargo, se lo contaría todo al respecto.

Libro tercero

I

Strether se lo contó todo al respecto aquella misma noche mientras cenaban juntos en el hotel; cosa que no habría tenido necesidad de suceder, según supo durante toda la velada, si no hubiera optado por sacrificar a tamaña ocasión una oportunidad más extraña. La mención que hizo a Waymarsh de este sacrificio fue, además, precisamente lo que propició su relato, o, como habría dicho de tener más confianza en su interlocutor, su confesión. Su confesión era que había sido capturado y que uno de los rasgos del asunto había consistido justamente en declinar una invitación a cenar en el lugar de los hechos. Como en virtud de semejante libertad Waymarsh se habría quedado solo, había obedecido a su propio escrúpulo; al igual que había obedecido a otro escrúpulo aún, en relación con su propia aportación de un huésped.

Waymarsh parecía severamente entusiasmado, delante de la sopa terminada, ante aquel despliegue de escrúpulos; Strether aún no se había acostumbrado del todo a mantenerse tan inerme ante las consecuencias de la impresión que causaba. Era bastante fácil de explicar, sin embargo, que no hubiera estado seguro de que su huésped fuera bien acogido. El individuo en cuestión era un joven con el que había trabado conocimiento aquella misma tarde en el curso de una pesquisa más bien interrumpida a propósito de otra persona: pesquisa, de hecho, que el nuevo amigo había evitado fuera vana.

—Oh —exclamó Strether—, tengo infinidad de cosas que contarte —diciéndolo de un modo que, prácticamente, fue una insinuación a Waymarsh para que le ayudase a hacer amena la historia. Esperó su pescado, sorbió un poco de vino, se enjugó el largo mostacho, se repantigó en la silla y siguió con los ojos a las dos damas inglesas que acababan de pasar entre murmullos y a quienes habría incluso saludado manifiestamente de no haber congelado el impulso ellas mismas; de modo que lo único que pudo hacer fue, por hacer algo, decir—: *Merci, François!* —en voz bastante alta cuando le sirvieron el pescado. Tenía allí todo lo que quería, todo lo que podía convertir el momento en una ocasión excepcional: todo menos lo que Waymarsh podía dar. La pequeña y encerada *salle—àmanger* era amarilla y se prestaba a la sociabilidad; François, que danzaba por ella deshecho en sonrisas, era todo un caballero; la *patronne* de hombros subidos, con sus alzadas y callosas manos, parecía asentir siempre, y de modo exagerado, a cuanto no se decía; la nocha parisina, en pocas palabras, estaba para Strether en el mismo sabor de la sopa, en la excelencia, como inocentemente le gustaba pensar, del vino, en la satisfactoria aspereza del mantel y en el crujir del pan de gruesa corteza. Eran cosas, todas ellas, que casaban con su confesión y la confesión consistía en que había —habría sugerido con propiedad sólo con que Waymarsh lo hubiera aceptado apropiadamente— convenido en desayunar fuera, a las doce en punto, al día siguiente. No sabía muy bien dónde; la delicadeza de la situación brotó derechamente del recuerdo del «Ya veremos, lo llevaré a alguna parte» de su nuevo amigo, pues había precisado poco más que esto, a fin de cuentas, aceptarlo sin ambages. Se sintió presa, pasado un instante, frente por frente con su amigo, del impulso de exagerar las tintas. Ya había habido cosas respecto de las cuales se había sentido tentado por esta perversidad. Si Waymarsh las estimaba perjudiciales, tendría por lo menos sus motivos para estar molesto; de modo que Strether las presentaba como si fueran peores. No obstante, a la sazón encontrábase a su manera sinceramente

perplejo.

Chad había estado ausente del Boulevard Malesherbes, lo estaba de París en realidad; lo había sabido por el portero, pero a pesar de todo había subido, y subido —pues no había dos maneras de hacerlo— con una curiosidad realmente incontrolable y, si se quería, depravada. El portero le había dicho que, mientras tanto, el *trosième lo* ocupaba un amigo del inquilino; y éste había sido el pretexto de Strether para emprender una pesquisa de mayores alcances, una experiencia llevada a cabo bajo el techo de Chad y sin su conocimiento.

—En efecto, allí encontré a su amigo, calentando el lugar por él, como él mismo dijo; Chad está, al parecer, en el sur. Se fue a Cannes hace un mes y aunque se desea ya su regreso, aún transcurrirán unos días. Como verás, yo habría podido esperari muy bien una semana; habría podido batirme en retirada tan pronto como obtuve esta información básica. Pero no me batí en retirada; hice todo lo contrario; me quedé, maté el tiempo, tonteé; ante todo observé cuanto me rodeaba. Vi, en conclusión; y, no sé cómo decirlo, olisqueé. Es un detalle, pero es como si allí hubiera algo, algo muy bueno, que olisquear.

El rostro de Waymarsh había manifestado a su amigo una atención al parecer tan escasa que este último quedó un tanto sorprendido de ver que en este punto estaban a la par.

—¿Quieres decir un olor? ¿A qué?

—Un aroma encantador. Pero no sé a qué.

Waymarsh emitió un gruñido de deducción.

—¿Vive allí con una mujer?

Pero Strether había respondido ya:

—No lo sé.

Waymarsh esperó unos instantes un poco más de información, y al cabo concluyó:

—¿Se la ha llevado consigo?

—¿Y se la traerá? —no pudo por menos de preguntar Strether. Pero terminó por decir lo mismo que antes—: No lo sé.

La forma de terminar la cuestión, seguida por otra pausa, otra gustación del Léoville, otra enjugación de bigotes y otra satisfecha interjección a François, pareció originar en el compañero una leve irritación.

—Entonces ¿qué demonios sabes?

—Bueno —dijo Strether, casi contento—, presumo que no sé nada. —Es posible que su alegría fuese un tributo rendido al hecho de que la situación a que se había visto reducido volvía a producirle lo que le había producido su conversación con la señorita Gostrey en el teatro londinense. Era, sin saber cómo, dilatador; y el aire de esta amplitud se contuvo sin duda, de un modo u otro (y todo para que Waymarsh lo advirtiera) en la continuación de su respuesta—: Esto es lo que averigüé gracias al joven.

—Pero me pareció que decías que no habías averiguado nada.

—Nada salvo esto: que no sé nada.

—¿Y en qué sentido te beneficia lo que dices?

—He venido precisamente —dijo Strether— para que me ayudes a descubrirlo. Me refiero a todo, sobre todo lo que hay aquí. Es algo que *siento,* incluso allí. Por lo general se alza ante mí con toda su fuerza. Además, el joven, el amigo de Chad, también me lo dijo.

—¿También te dijo que no sabes nada acerca de nada? —Waymarsh pareció buscar

con la mirada a alguien que también se lo hubiera dicho—. ¿Qué edad tiene?

—Bueno, creo que no rebasa la treintena.

—¿Y a pesar de todo aceptaste tantas cosas suyas?

—Oh, acepté muchas más... porque, sí, como te lo digo, acepté una invitación para *déjeuner* juntos.

—¿Y piensas *ir* a esa comida atroz?

—Si vienes conmigo, sí. Ya sabes, él quiere que tú también acudas. Le estuve hablando de ti. Y me dio su tarjeta —prosiguió Strether—, tiene un nombre muy gracioso. Se llama John Little Bilham y dice que como tiene los dos apellidos tan breves siempre los utiliza juntos.

—Bien —preguntó Waymarsh con procedente hincapié a raíz de aquellos detalles—, ¿qué hace allí?

—Él dice de sí mismo que es «únicamente un pequeño artista». Lo que me parece perfecto para describirlo. Pero se encuentra todavía en fase de preparación; ya sabes en qué consiste el gran aprendizaje del arte: dejar transcurrir determinada cantidad de años en cuyo curso uno se supera. Además es un gran amigo de Chad y está instalado en su casa porque se llevan bien. Es un hombre muy agradable y también curioso —añadió Strether—... aunque no es de Boston.

Waymarsh parecía ya harto de él.

—¿Y de dónde es?

Strether se quedó meditando.

—Tampoco lo sé. Pero es «notorio», según él mismo dice, que no es de Boston.

—Bueno —sentenció Waymarsh con singular profundidad—, es notorio que no todo el mundo ha de ser de Boston. ¿Y por qué —añadió— es curioso?

—Tal vez por *eso* sólo... ¡por una cosa nada más! Aunque en realidad —prosiguió Strether— por todo. Cuando lo conozcas te darás cuenta.

—Oh, pero si yo no quiero conocerlo —gruñó Waymarsh con impaciencia—. ¿Por qué no vuelve a su tierra?

Strether vaciló.

—Bueno, porque le gusta estar aquí.

Aquello concretamente pareció sobrepasar el límite de lo que Waymarsh podía soportar.

—Entonces debiera avergonzarse de sí mismo, y ya que admites que tú opinas igual, no sé por qué le haces el juego.

La respuesta de Strether volvió a tomarse su tiempo.

—Es posible que yo piense así... aunque no esté dispuesto a admitirlo. No estoy muy seguro: es otra de las cosas que quiero saber. El hombre me es simpático, y tú podrías simpatizar con los demás... Pero no importa. —Strether había contenido su ímpetu—. No hay duda de que lo que quiero es que te me eches encima y me endereces una reprimenda.

Waymarsh se sirvió del siguiente plato que, no obstante no coincidir con el que acababan de servir a las damas inglesas, tuvo la virtud de provocar un efecto momentáneamente errabundo en su imaginación. Al cabo hubo de llevarle a un tema más apacible.

—¿Es lugar agradable el de estos dos hombres?

—Oh, un lugar encantador; lleno de bellos y valiosos objetos. Jamás vi un sitio igual

—y el pensamiento de Strether fluyó hasta el espacio evocado—. ¡Para un pequeño artista... ! —Verdaderamente, apenas si podía decirlo con palabras.

Pero su compañero, que a la sazón parecía haber captado algún concepto, insistió:

—¿Sí?

—Bueno, la vida no puede proporcionar nada mejor. Además, está a cargo de ciertas cosas.

—O sea que hace de portero de tu maravillosa pareja. ¿Puede la vida —preguntó Waymarsh— proporcionar nada mejor que *esto?* —Y como Strether, silencioso, pareciera asombrado pese a todo, añadió—: ¿Acaso no sabe cómo es ella?

—No lo sé. No se lo he preguntado. No habría podido hacerlo. Habría sido imposible. Y tú tampoco habrías podido. Además, no quise. No más que tú. —Strether se explicó en pocas palabras—. No se puede averiguar aquí lo que las personas saben.

—Entonces ¿para qué fuiste?

—Bueno, supongo que para ver las cosas por mí mismo... sin ayuda ajena.

—¿Para qué quieres la mía, entonces?

—Oh —Strether se echó a reír—, ¡tú no eres uno de ellos! Yo sé lo que *tú* sabes.

Como, a pesar de todo, la última afirmación moviera a Waymarsh a dirigirle una mirada severa —pues tales eran las dudas de éste respecto de las implicaciones de dicha afirmación—, le pareció que su justificación se había quedado corta.

Sensación que se acentuó cuando Waymarsh dijo:

—Préstame atención, Strether. Esto se ha terminado.

Nuestro amigo sonrió con vacilación.

—¿Te refieres a mi tono?

—No... y maldito sea tu tono. Me refiero a ese curiosear tuyo. Se ha terminado todo el asunto. Deja que se cuezan en su propia salsa. Te están utilizando para un trabajo para el que no sirves. Nadie almohaza un caballo con un peine de púas delicadas.

—¿Soy un peine de púas delicadas? —Strether se echó a reír—. Jamás se me habría ocurrido calificarme con esa expresión.

—De cualquier modo, no eres otra cosa. Ya no eres tan joven, pero aún conservas la dentadura[*].

Apreció el humor de su amigo.

—¡Pues cuida que no te los clave! Waymarsh, creo que mis amigos te gustarían —manifestó—; creo que de veras te gustarían. Y sé —era ligeramente irrelevante, pero hizo repentino y particular hincapié en ello—, sé que simpatizarían contigo.

—¡Por favor, no me los eches encima! —gruñó Waymarsh.

Sin embargo, Strether seguía sin enseñar sus cartas.

—A decir verdad, es poco menos que necesario decir que Chad debiera volver.

—¿Necesario para quién? ¿Para ti?

—Sí —dijo Strether.

—¿Porque si te haces con él te haces también con la señora Newsome?

Strether enfocó de cara la cuestión.

—Sí.

—¿Y si él se te escapa se te escapa ella?

Es posible que aquello fuera demasiado crudo, pero no se arredró.

—Pienso que podría afectar de algún modo a nuestra relación personal. Chad es

[*] Juego de palabras: *tooth* significa tanto púa como diente. (Nota del Traductor.)

realmente importante, o puede serlo con facilidad si se lo propone, para el negocio.

—¿Y el negocio tiene importancia para el marido de su madre?

—Bueno, yo, como es natural, quiero lo que mi futura es posa quiera. Y las cosas irán mucho mejor si tenemos con nosotros a un hombre de confianza.

—En otras palabras —dijo Waymarsh—, si tenéis en el negocio a un hombre de confianza, te casarás, tú personalmente, con una mujer de fortuna. Ella ya es rica, según has dicho tú mismo, pero será más rica todavía si el negocio marcha por cauces que ya te has encargado de abrir.

—Yo no he abierto nada —replicó Strether al instante—. El señor Newsome, que sabía extraordinariamente bien lo que hacía, los abrió hace diez años.

¡Vamos! Waymarsh pareció indicar con un movimiento de cabellera que aquello no tenía importancia.

—De cualquier modo, tú eres el motor del nuevo florecimiento.

Su amigo sopesó durante unos instantes silenciosos la verdad de lo que se le imputaba.

—Creo que apenas soy mercader de ese calificativo, sobre todo porque he aceptado libremente la posibilidad, el riesgo de ser influido en sentido contrario a los sentimientos de la señora Newsome.

Waymarsh concedió a aquella afirmación una atención prolongada.

—Entiendo. Tienes miedo de ser sobornado. De cualquier modo —añadió—, eres un cínico.

—¡Oh! —se quejó Strether sin perder un segundo.

—Sí, me pides protección... cosa que te convierte en persona interesante; pero luego no la aceptas. Y dices que quieres ser reprendido...

—Ah, pero no de manera tan sencilla. ¿Acaso no te percatas —preguntó Strether— de dónde se encuentra mi interés, según te he manifestado ya? Precisamente en no ser víctima de arreglos. Si lo soy, ¿qué ocurriría con mi matrimonio? Si no cumplo mi misión, me quedo sin matrimonio, y si pierdo esto lo pierdo todo... no estaré en ninguna parte.

Waymarsh —aunque totalmente inexorable— meditó aquellas cosas.

—¿Qué se me da a mí dónde estés si estarás arruinado?

Se miraron fijamente durante unos momentos.

—Muchísimas gracias —dijo por fin Strether—. ¿No piensas que el punto de vista de *ella* en este sentido...?

—¿Debiera bastarme? No.

Aquello hizo que volvieran a mirarse a los ojos, hecho lo cual Strether se echó a reír otra vez.

—La tratas injustamente. Realmente *tendrías* que conocerla. Buenas noches.

Desayunó por la mañana con el señor Bilham y, como insustancialmente era de esperar, con Waymarsh alegrando la reunión. Este dijo, a eso de las once y para gran sorpresa de su amigo, que, maldita sea, estaba dispuesto a unirse a él para hacer lo que fuera; con lo que fueron paseando, con una sensación de imparcialidad prácticamente de lujo, hasta el Boulevard Malesherbes, pareja seducida aquel día por el vivo encanto de París tan manifiestamente, y no había más que verlo, como cualquier otro par de amigos de los miles que diariamente se sentían seducidos. Pasearon, vagaron, se pasmaron y hasta medio se perdieron; Strether no había disfrutado durante años de tan nutrida

conciencia del tiempo: un saquito de oro en que continuamente metía la mano para coger un puñado. Tenía muy claro que cuando terminara el asuntillo del señor Bilham aún le quedarían unas cuantas horas maravillosas para disponer de ellas a su antojo. No palpitaba la premura con exceso, sin embargo, en lo tocante a la salvación de Chad; ni hubo de acelerarse el pulso referido ni un ápice cuando, media hora más tarde, se encontró sentado con las piernas bajo la mesa de caoba de Chad, el señor Bilham a un lado, una amiga del señor Bilham al otro, el estupendo Waymarsh enfrente y el colosal rumor de París colándose con suavidad, con vaguedad —para Strether sin embargo ya resuelta dulzura— por las soleadas ventanas hacia las que, el día anterior, desde la calle, había dirigido las alas su curiosidad. El sentimiento que le había acompañado en aquel momento había fructificado casi con celeridad superior al tiempo para saborearlo, por lo que, en los restantes instantes, Strether intuía literalmente que había una suerte de precipitación en su destino. Mientras estuvo en la calle no había sabido nada ni conocido a nadie; ¿no había dado un salto su concepción de las cosas, sin embargo, en dirección a todos y todo?

«¿Qué hace aquí? ¿Qué hace aquí?» Algo parecido a esto sentía en la nuca todo el rato en relación con el menudo Bilham; pero mientras, hasta que lo descubriese, todos y todo estarían representados para él por el conjunto formado por su anfitrión y la dama de su izquierda. La dama de su izquierda, la dama tan urgente e ingeniosamente invitada a «conocer» al señor Strether y al señor Waymarsh —era la forma en que ella dio a entender su situación— era una notable personita, una persona que tenía mucho que ver con las preguntas que nuestro amigo se formulaba relativas a si la ocasión no sería en sustancia la más cebada, la más adornada de las trampas. Cebada podía con razón llamarse desde el momento en que la comida tenía un sabor tan acertado, y adornada, en relación con los objetos, imponíase por necesidad, sobre todo cuando la señorita Barrace —que éste era el nombre de la dama— les miraba con sus convexos ojos parisinos, a través de unos impertinentes de mango de carey notablemente largo. Por qué la señorita Barrace, madura, delgada, de buena complexión, muy alegre, muy adornada y de talante confianzudo, voluntariamente inconsistente y que le recordaba uno de esos retratos del siglo pasado en que aparecía una astuta cabeza libre de maquillaje; por qué la señorita Barrace tenía que aparecer particularmente revestida de los rasgos de una «trampa» era cosa que Strether no habría sabido explicar en aquel instante; vacilaba ya a la luz de una convicción que había de apoderarse de él más tarde y sabía a la perfección, impregnado de ello, para el caso, con rotundidad, que dicha convicción le era necesaria. Se preguntaba qué tenía que pensar con exactitud de sus nuevos amigos; puesto que el joven, íntimo de Chad y embajador suyo, había, constituyendo así el conjunto de la escena, practicado con tanta mayor sutileza cuanto que rebasaba el límite de su predisposición, y dado asimismo que, en particular, la señorita Barrace, a las claras rodeada de todo tipo de consideración, no había tenido el menor escrúpulo en representar un papel. Le resultaba interesante advertir que se encontraba ante nuevas medidas, pautas distintas, una diferente escala de relaciones y que, a todas luces, había allí una feliz pareja que no pensaba en modo alguno como él y Waymarsh pensaban. Y eso que nada había sido menos calculado en aquel asunto que el hecho de que a la sazón le pareciese que él y Waymarsh estaban, en comparación, totalmente de acuerdo.

Este estaba radiante: afirmación por lo menos que le había formulado a él en particular la señorita Barrace.

—Oh, su amigo es un verdadero prototipo, el norteamericano colosal... no sé cómo definirlo. El profeta hebreo, Ezequiel, Jeremías, que cuando yo vivía de pequeña en la Rue Montaigne, solía ir a ver a mi padre y que por lo general era el Pastor Norteamericano de las Tullerías u otro sitio. Hace muchos años que no veo a uno de éstos; su sola presencia acariciaba mi triste corazón estremecido; es un espécimen maravilloso; en el lugar oportuno tendría un *succès fou.*

Strether no dejó de preguntar cuál era el lugar oportuno, tanto más cuanto que requería de toda su presencia de ánimo para encarar semejante mutación de esquemas.

—Oh, el barrio de los artistas y cosas así; vaya, *aquí,* por ejemplo, como usted mismo puede ver.

La voz de Strether se había levantado como un eco:

—«¿Aquí?» ¿Estamos en el barrio de los artistas? —Pero la mujer había resuelto ya el problema agitando los impertinentes y con un resuelto «¡que me lo pregunten a mí!» Supo en aquel preciso instante que no estaba en buena disposición de preguntar nada, pues la misma atmósfera se había vuelto por entonces densa y cargada, a juicio del pobre Waymarsh. Había caído en la trampa aún más que su compañero y, a diferencia de su compañero, sin sacar el mejor partido de la circunstancia; lo que precisamente le daba aquel talante sombrío suyo. Poco sospechaba la señorita Barrace que lo que se ocultaba tras ello era una severa apreciación de la ligereza femenina. La presunción con que nuestros dos amigos habían llegado allí había sido la de encontrar al señor Bilham dispuesto a llevarles hasta uno cualquiera de los resortes de la seriedad, la fraternidad estética que se contaba entre los espectáculos de París. En este sentido habrían tenido derecho a una conveniente insistencia tendente a descartar este objetivo. La única condición de Waymarsh, al cabo, había sido que nadie pagara por él; pero acabó encontrándose, según manifestaron los hechos, puntualmente pagado en una medida respecto de la que Strether, por su cuenta, descubrió que ya se había curado en salud. Strether, al otro lado de la mesa, era consciente de lo que ocurría en el interior de su amigo, consciente asimismo cuando pasaron a la salita a la que la noche anterior había aludido con tanto lujo de detalles; y más consciente que nunca cuando salieron al mirador respecto del que habría sido necesario ser un patán para no advertir que se trataba del lugar perfecto para gratas sobremesas. Sensación que se realzaba, en el caso de la señorita Barrace, gracias a una serie de excelentes cigarrillos —reconocidos y aclamados como parte del maravilloso bagaje dejado a su cuidado por Chad—, con una absorción casi igual a la que Strether se vio ciega y casi irracionalmente empujado. Podía perecer por la espada lo mismo que por hambre y sabía que su incitación de la dama mediante un exceso raro en él contaría bien poco en el conjunto —como Waymarsh habría podido añadir fácilmente— de la licenciosidad femenina. Waymarsh había fumado antiguamente y en buenas cantidades, pero a la sazón no lo hacía y esto le proporcionaba ciertas ventajas sobre las personas que se tomaban las cosas a la ligera precisamente cuando los demás las enfocaban con conocimiento de causa. Strether no había probado nunca el tabaco y se sentía como si alardease ante su amigo de que aquello había sido sólo a causa de un motivo. El motivo, ahora comenzaba a verlo claro, era que nunca había contado con ninguna dama con quien fumar.

Era sin embargo la presencia de la dama en aquel lugar lo que concentraba toda extrañeza, toda libertad; tal vez y puesto que ella se encontraba allí, el acto de fumar fuera la menor de sus libertades. Si Strether hubiera estado seguro en cada coyuntura de

lo que —respecto de Bilham especialmente— ella enfocaba en su charla, sin duda habría seguido la pista de los demás temas y hecho una mueca de temor ante ellos, y sentido la mueca de Waymarsh; pero en realidad se encontraba tan a menudo en el mar que su sentido de la jerarquización referencial no pasaba de lo general y su arrostramiento de las distintas ocasiones la conjetura y la interpretación no rebasaban la duda. Se preguntaba lo que significarían ciertas cosas, aunque cosas había de las que nunca había pensado que pudieran remitirse a otras, y «¡Oh, no... *eso* no!» era a la postre el más lucrativo resultado de sus sondeos. Fue éste el verdadero comienzo de una situación respecto de la que, tiempo después, como habrá de verse, encontraría un motivo para sobreponerse; y hubo de recordar el anodino instante como primer paso de un proceso. El dato fundamental del lugar no era ni más ni menos, si se analizaba —y bastaba un esfuerzo superficialque la básica impropiedad de la situación de Chad, alrededor de la cual parecían estar ellos cínicamente arracimados. En consecuencia, puesto que la daban por supuesta, daban por sentado todo lo que, en relación con aquélla, se daba por sentado en Woollett, asuntos respecto de los que, a decir verdad, había llegado Strether al último estadio del silencio con la señora Newsome. Así, se encontraba el resultado de una improbidad demasiado elevada para hablar de ella, y al mismo tiempo era el correlato de una profunda concepción de dicha improbidad. Vino a suceder, por consiguiente, que cuando el pobre Strether se planteó que la maldad referida era, en última instancia, o tal vez incluso en última insolencia, lo que una escena como la que tenía ante sus propias barbas había, por así decir, construido, apenas si pudo soslayar el dilema de auscultar un eco indirecto de aquellas presencias plurales en casi todo cuanto acontecía. Esto, y no le cabía la menor duda, era una espantosa necesidad; pero tal era la lógica inflexible, y esto apenas si alcanzaba a conjeturarlo, de una relación con la vida irregular.

Era la modalidad de la irregularidad de la vida que pesaba sobre Bilham y la señorita Barrace lo que constituía la clandestina y delicada maravilla. Estaba pronto a admitir que la relación de éstos con aquélla era por completo indirecta, pues de ser de otro modo, en el hombre, habría manifestado la grosería de los malos modales; no obstante, la cualidad indirecta no estaba en modo alguno en consonancia —y *esto* era evidentecon el gozoso disfrute de todas las cosas que se daba en Chad. Ambos hablaban de él repetidamente, invocando su buen nombre y su buen natural, y la peor de las confusiones de Strether consistió en creer que toda la serie de menciones suyas estaba encaminada a rendirle honores. Elogiaban su munificencia y aprobaban su gusto, y al hacer esto se colocaban, según pareció a Strether, en el auténtico suelo en que tales cosas florecían. El apuro final de nuestro amigo consistió en que poco a poco fue situándose junto a ellos y hubo un supremo instante en que, en relación con su traumático sentimiento, la rigidez de Waymarsh se le antojó verdaderamente impresionante. Una cosa estaba clara: comprendía que debía organizar sus ideas. Tenía que acercarse a Chad, tenía que esperarle, relacionarse con él, sobreponerse a él, aunque no debía despojarle de la facultad de ver las cosas como eran. Debía atraérselo y no recorrer por su cuenta el camino. En cualquier caso, debía aclararse respecto de lo que —de continuar haciendo aquello por conveniencia— todavía condonaba. Era sobre el detalle de esta cantidad —¿y qué podía ser el hecho sino mixtificador?— sobre el que Bilham y la señorita Barrace arrojaban tan escasa luz. Así estaban los cuatro.

II

Cuando llegó la señorita Gostrey un fin de semana, ella se lo hizo saber; fue a verla inmediatamente y sólo entonces pudo reforzar su cerco en torno de la idea de un castigo. Esta idea, sin embargo, estuvo por fortuna presente en él desde el momento en que cruzó el umbral del pequeño entresuelo del Quartier Marboeuf en que la mujer había reunido, según ella misma aseguró, recogiéndolos en un millar de vuelos y alegres caídas en picado, los adminículos del nido definitivo. El hombre se percató al instante de que allí y sólo allí encontraría el benéfico apoyo con cuya visión había subido por las escaleras de Chad. Tal vez se hubiera asustado un tanto ante la imagen de cuánto más habría de saber de sí mismo en aquel lugar si su amigo no se hubiera encontrado allí mismo para medir la longitud de su apetito. Los sólidos, atestados y pequeños aposentos de la mujer, casi en penumbras, según hubo de parecerle al principio, representaban con sus acumulaciones un supremo ajuste general a la oportunidad y las condiciones dadas. Doquiera que mirase veía un marfil antiguo, un antiguo brocado, y apenas sabía dónde situarse por miedo de cometer un error espacial. La vida de la inquilina se le antojó, en un pronto, más atribulada por la propiedad incluso que la de Chad o la señorita Barrace; minuciosas como se habían vuelto sus ojeadas al imperio de los «objetos», el que tenía delante le obligaba a dilatarlas; la voluptuosidad de la mirada y el orgullo de la vida tenían allí su templo, ciertamente. Era la profundidad más recóndita del santuario: tan oscura como la cueva de un pirata. En la oscuridad había reflejos de oro; sombras moradas en el núcleo del resplandor; objetos, todos ellos, que recibían a través de la muselina, con su enorme rareza, la luz de las bajas ventanas. No había claridad en su entorno salvo la de tratarse de objetos valiosos, y borraban la ignorancia masculina con su desprecio como una flor, en un gesto de libertad para con él, que le hubieran agitado bajo la nariz. Pero después de abarcar a su anfitriona con una intensa mirada supo, sin embargo, qué era lo que más le interesaba. El círculo en que se encontraban palpitaba de vida y cualquier pregunta formulada entre ambos gozaría allí de una energía más floreciente que en cualquier otra parte. Una pregunta, en efecto, vino a formularse en cuanto trabaron los rudimentos de la primera conversación, ya que la respuesta masculina, acompañada de una leve risa, no tardó en surgir:

—Bueno, se han apoderado de mí.

Gran parte de la charla, en esta primera ocasión, consistió en el desarrollo de esta verdad. El hombre estaba muy contento de verla y le manifestó con toda franqueza de qué modo se le había revelado, que se puede vivir durante años sin una bendición insospechada, pero que para conocerla por fin bastan tres días o perderla para siempre. Ella era la bendición que se había convertido en necesidad masculina, ¿y qué mejor para probarlo que el hecho de que sin ella él se encontrase perdido?

—¿A qué se refiere? —preguntó ella con una ausencia de alarma que, rectificándole como si hubiera confundido la «época» de una de sus alhajas, le permitió entrever otra vez la cualidad de la desenvoltura femenina en medio del laberinto que él no había sino comenzado a recorrer—. ¿Qué es lo que, en nombre de todos los Pocock, ha hecho usted?

—Pues exactamente lo contrario de lo que tenía que hacer. Me he hecho un furibundo amigo del pequeño Bilham.

—Ah, ese tipo de cosas constituía la esencia de su caso y habría que haberlo tenido en cuenta desde el principio. —Fue sólo después de haber dicho esto cuando, en buena medida como si de un detalle se tratara, preguntó quién demonios era el pequeño Bilham.

Cuando supo que era un amigo de Chad y que vivía provisionalmente en los aposentos de Chad en ausencia de éste, casi casi como si estuviera en función de Chad y al servicio de la causa de Chad, la mujer manifestó, empero, mayor interés—. ¿Le importaría que le echara un vistazo? Sólo una vez, ya me comprende —añadió.

—Oh, cuantas más veces mejor; es tan divertido... tan original.

—¿Y no le fastidia? —le espetó la señorita Gostrey.

—¡De ningún modo! Somos tan inmunes a eso de un modo tan absoluto... Se trata de algo que intuyo en buena medida, claro, porque la mitad de las veces no le entiendo; pero nuestro *modus vivendi* no se resiente por ello. Debe usted cenar conmigo a fin de conocerlo—prosiguió Strether—. Entonces comprenderá.

—¿Da usted cenas?

—Sí, en ello estoy. A eso es a lo que me refería.

Hasta la amabilidad de la mujer quedó asombrada.

—¿A que gasta usted demasiado dinero?

—No, mi querida señora, porque al parecer gastan muy poco. Pero sí a que lo hago para *ellos*. Tengo que mantenerme a distancia.

La mujer meditó unos instantes... y se echó a reír.

—¡El dinero que debe de estar gastándose usted... para tenerlo en poco! Pero debo mantenerme al margen, ser objetiva.

Por la expresión del hombre parecía que la mujer le estuviera fallando.

—¿No quiere conocerlos entonces? —Era casi como si la mujer hubiera desplegado una inesperada prudencia individual.

Ella vaciló.

—En primer lugar... ¿quiénes son ellos?

—Bueno, el pequeño Bilham, por empezar por él. —Pospuso por el momento a la señorita Barrace—. Y Chad, cuando venga, al que debe usted conocer sin que valgan las excusas.

—¿Cuándo vendrá?

—Cuando Bilham haya tenido ocasión de escribirle y de saber de mí, acerca de mí. Bilham, sin embargo —prosiguió—, informará favorablemente... favorablemente de cara a Chad. Esto hará que no tenga miedo de venir. Por consiguiente la necesito a usted más que nunca, ya sabe, a causa de mi talante brusco.

—Oh, ya se apañará usted muy bien respecto de su talante brusco. —La mujer era enteramente natural—. Sea cual fuere la velocidad a que usted corra, yo no digo nada.

—Pero —dijo Strether— si no me he quejado.

La mujer trastocó aquellas palabras.

—¿No se ha estado fijando en cosas de las que quejarse?

No obstante con pesar, el hombre le concedió en aquello toda la razón.

—Sin embargo, aún no he encontrado nada. —¿Acaso no hay nadie *con* él?

—¿Que me hayan presentado? —Strether se detuvo un momento—. ¿Cómo voy a saberlo? ¿Y qué me importa a mí?

—Oh, oh —fue un gorgoteo de risas femeninas. El hombre estaba realmente impresionado por el efecto que su broma había causado en ella. Ahora comprendía en qué medida quería que fuera una broma. *Ella,* sin embargo, comprendía más cosas. Pero quiso ocultarlas de momento—. ¿No ha obtenido más datos?

El hombre se esforzó por recordarlos.

—Bueno, tiene una casa encantadora.

—Ah, eso, en París —replicó ella en seguida— no demuestra nada. Mejor dicho, no niega ninguna demostración. Ellos, es decir, las personas afectadas por su misión, pueden muy bien haberla arreglado en lugar de él.

—Exactamente. Y fue en el preciso escenario de los arreglos donde Waymarsh y yo nos pusimos las botas comiendo.

—Oh, si se contiene usted para ponerse las botas comiendo en escenarios arreglados ––replicó ella— es muy probable que se muera de hambre. —Con lo que le dedicó una sonrisa—. Tiene antee usted lo peor.

—Ah, tengo *de todo* ante mí. Pero según nuestra hipótesis, deberían ser sorprendentes.

—¡Y lo *son!* —dijo la señorita Gostrey—. Por lo tanto, como comprenderá —añadió––, no se encuentra usted totalmente desprovisto de datos. Han *sido,* en efecto, sorprendentes.

Para alcanzar algo comparativamente definido apareció por fin un parco auxilio, una breve ola por la que, por lo demás, un instante después, fue arrastrado el recuerdo.

—Mi joven admite, además, que constituyen la gran preocupación de nuestro amigo.

—¿Es esa la expresión que utiliza?

Strether se esforzó por recordar con mayor exactitud.

—No... no precisamente.

—¿Algo más vívido quizá? ¿Menos?

El hombre se había inclinado, tras ajustarse los lentes, sobre una serie de menudos objetos en una pequeña vitrina; al oír aquello se incorporó.

—Fue una simple alusión, pero a la expectativa como yo estaba, no dejó de chocarme. «Tremendo como es él, ya me comprendéis...»: tales fueron las palabras de Bilham.

—¿«Tremendo, ya me comprendéis...»? ¡Oh! —Con lo que la señorita Gostrey cambió de conversación. Parecía, no obstante, satisfecha—. Bueno, ¿qué más quiere usted?

El hombre echó una nueva ojeada a un par de *bibelots,* pero todo le hacía retroceder.

—Con todo, *es* como si desearan que yo lo tuviera siempre presente.

La mujer quedó intrigada.

—*Quoi donc?*

—Bueno, aquello de que hablo. La amenidad. Pueden aturdirle a uno con esto lo mismo que con cualquier otra cosa.

—Oh —respondió ella—, tendrá usted que visitarles. Quiero verles personalmente —añadió—. Me refiero al señor Bilham y al señor Newsome: primero el señor Bilham, naturalmente. Una sola vez: una vez cada uno; esto bastará. Pero cara a cara... durante media hora. ¿Qué hace el señor Chad —dijo acto seguido— en Cannes? Los hombres íntegros no van a Cannes con... bueno, con lo que usted sabe.

—¿De veras? —preguntó Strether con un interés por los hombres íntegros que divirtió a la mujer.

—No; a otros lugares sí, pero no a Cannes. Cannes es diferente. Cannes es mejor. Cannes es lo mejor. Quiero decir que constituye el contingente humano que se conoce... cuando se conoce. Y si *él* ha hecho esto, bueno, esto también representa una diferencia. Tiene que haber ido solo. Ella no puede estar con él.

—No tengo —admitió Strether en su debilidad— la menor idea. —Parecía muy probable lo que ella había dicho; pero, al cabo de un tiempo, el hombre estuvo en situación de contribuir a que la mujer recibiera una impresión más directa.

El encuentro con el pequeño Bilham tuvo lugar gracias a un diligente acuerdo establecido en la gran galería del Louvre; y cuando, encontrándose con su amiga y visitante ante uno de los magníficos Tizianos —el impresionante retrato de un joven de ojos grisazulados con un guante de singular dibujo—, se volvió y vio que el tercer miembro del grupo avanzaba desde el fondo de la cerúlea y dorada panorámica, tuvo la sensación de haber tomado las riendas. Había convenido con la señorita Gostrey —databa el acuerdo incluso de Chester— en visitar el Louvre una mañana y había aceptado la misma propuesta, independientemente, emitida por el pequeño Bilham, con quien ya había visitado el museo del Luxemburgo. La fusión de ambos planes no presentó ninguna dificultad y hubo de chocarle que, en compañía del pequeño Bilham, las dificultades, en general, desapareciesen.

—Oh, está muy bien... ¡es uno de *los nuestros!* —tuvo ocasión de murmurar la señorita Gostrey a su compañero al poco de las primeras formalidades; y Strether, mientras avanzaban y se detenían, cuando entre ambos parecía haberse materializado ya una inmediata homogeneidad en media docena de observaciones, Strether supo que se había percatado, casi con inmediatez, de lo que ella quería decir y lo tomó como otra señal de que tenía la sartén por el mango. Fue esto lo más placentero que pudo pensar de la inteligencia que a la sazón utilizaba como una adquisición propiciamente nueva. No habría sabido ni siquiera el día anterior lo que ella quería decir, esto es, si ciertamente quería decir, cosa que él suponía, que todos eran unos norteamericanos sentimentales. No sin esfuerzo hubo de encarar —y rizando el rizo al máximo— el concepto del norteamericano sentimental en la medida en que el pequeño Bilham era sentimental. El joven era su primer espécimen; el espécimen le había confundido profundamente; ahora, sin embargo, hablase hecho algo de luz. Lo que le había afectado al principio había sido la chocante serenidad del pequeño Bilham, pero de manera inevitable, en su circunspección, la había enfocado como el rastro de una serpiente, la corrupción, como habría podido decir oportunamente, de Europa; dado que la rapidez con que ello se manifestó a la señorita Gostrey únicamente en calidad de pequeña forma particular de lo más antiguo que ellos conocían lo justificaba en el acto ante la óptica masculina también. Quería simpatizar con su espécimen con neta buena conciencia y esto lo permitía plenamente. Lo que había dejado perplejo a Strether era ni más ni menos que la forma —una forma tan absoluta— que el pequeño artista tenía de ser más norteamericano que nadie; pero a la sazón y por el momento, Strether hacía lo posible por acostumbrarse al hecho para enfocarlo desde una nueva perspectiva.

El amable joven, pues, se desenvolvía, según la primera impresión de Strether, en un mundo respecto del que no tenía prejuicios. Lo único que nuestro amigo echó en falta al instante era lo acostumbrado en el sentido de una ocupación aceptable. El pequeño Bilham tenía una ocupación, pero se trataba sólo de una ocupación en decadencia; era su falta de desasosiego, alarma y remordimiento en este sentido lo que facultaba su sensación de serenidad. Había ido a París para pintar: esto es, para sondear en profundidad este misterio; pero el estudio había sido para él tan fatal como podía concebirse y su capacidad productiva había disminuido en proporción con el incremento de su conocimiento. Strether había sabido por él que en el momento de conocerlo en los

aposentos de Chad no había salvado de su naufragio más que su elegante inteligencia y su consolidado acostumbramiento a París. Hablaba de estas cosas con la misma cariñosa confianza y estaba suficientemente claro que, en conjunto, estaban a su disposición todavía. No dejaron de encantar a Strether durante la hora que pasaron en el Louvre, donde, a decir verdad, se le representaron como parte inseparable del aire denso e iridiscente, el hechizo del nombre, el esplendor del espacio, el color de los maestros. Sin embargo, estaban presentes doquiera que el joven se dirigiera y el día siguiente a la visita del Louvre se hicieron sentir, en el curso de otro paseo, en el itinerario de nuestros amigos. Había invitado a sus compañeros a cruzar el río con él, ofreciéndose a enseñarles su pobre morada; y esta pobre morada suya, que era muy pobre, confirió a su idiosincrasia, según Strether —las pequeñas indiferencias e independencias sublimes que habían chocado a éste como cosa original— una extraña y simpática dignidad. Vivía al final de un callejón al que se accedía por una calle antigua, pequeña y adoquinada, calle que, a su vez, desembocaba en una avenida nueva, larga y llana: tanto callejón como calle y avenida con una especie de pobreza social en común; y les hizo pasar al más bien frío, desnudo y pequeño estudio que había prestado a un compañero durante lo que durase su elegante ausencia. El compañero en cuestión era otro candoroso compatriota al que había puesto un telegrama diciendo que el té les estuviera esperando, «a toda costa»; y esta irreflexiva comida, el otro candoroso compatriota y la exótica vida improvisada, con sus bromas y sus vacíos, sus delicadas manchas de pintura y sus tres o cuatro sillas, su sobreabundancia de gusto y convicciones y su carencia de casi todo lo demás, fueron urdiendo de consuno la ocasión a cuyo hechizo parcial se rindió incondicionalmente nuestro héroe.

Le gustaron los candorosos compatriotas, de los que no tardaron en comparecer dos o tres más; le gustaron las delicadas manchas de pintura y la libre sindéresis, que implicaban referencias, naturalmente, implicaban entusiasmos y execraciones que le dejaron, como suele decirse, de una pieza; y le gustó, por encima de todo, la leyenda de la pobreza alegre y campechana, del acomodo mutuo, noblemente ensalzado hasta lo romántico, que pronto tuvo ocasión de presenciar. Los candorosos compatriotas manifestaban una ingenuidad, pensaba, que sobrepasaba incluso la ingenuidad de Woollett; eran pelirrojos y de piernas largas, eran pintorescos y excéntricos, divertidos y simpáticos; y llenaban el antro de su lenguaje vulgar, que nunca había percibido de manera tan notable como cuando sustituía la selecta jerga, tal se le antojaba, del arte contemporáneo. Pulsaban a fondo la lira estética: de ella sacaban melodías maravillosas. El cariz de su vida tenía una admirable inocencia; y observaba de vez en cuando a María Gostrey para ver en qué medida le había afectado el fenómeno. No le dio la mujer, sin embargo, por el momento, y como ya había ocurrido el día anterior, más muestras que las que manifestaban de qué manera trataba a los jóvenes; comportándose ante ellos con el aire de experimentado avezamiento parisino que mantenía ante todos y ante todo. Estupenda respecto de las manchas delicadas, autoritaria respecto de la manera de hacer té, confiada en relación con las patas de las sillas y cordial rememoradora de aquellos que, en otra época comentada, realzada o caricaturizada, habían florecido o fracasado, desaparecido o surgido, la mujer había aceptado con su mejor disposición el segundo examen del pequeño Bilham y había dicho a Strether durante la tarde anterior, cuando éste se separó de ellos, que puesto que sus impresiones iban a sufrir una revisión, se reservaba el veredicto hasta la consulta de la nueva prueba.

La nueva prueba se presentó al cabo de un par de días, al parecer. No tardó en recibir de María un mensaje notificándole que le habían cedido un magnífico palco en el «Français» para la noche siguiente; pareciendo en tales ocasiones que ser objeto de tales atenciones no era el menor de los méritos de la mujer. La sensación de que ella anticipaba siempre los favores sólo se compensaba, respecto de Strether, por la sensación de ver de qué manera salía siempre retribuida; todo lo cual antojábasele a su conciencia, en un sentido lato, como un tráfico bullicioso y animado, el manejo de cuyo intercambio de valores no le había sido dado. Sabía que ella, respecto de las representaciones teatrales francesas, lo detestaba todo salvo los palcos, del mismo modo que, respecto de las inglesas, todo lo detestaba salvo las butacas, y un palco era precisamente lo que él se maliciaba ya para influir cerca de la mujer. Pero el caso era que ésta presentaba cierta semejanza con el pequeño Bilham; también era ella de los que manifestaban un conocimiento previo respecto de los temas importantes. Cosa que constantemente le otorgaba ventaja sobre él y daba al hombre ocasión de preguntarse cómo estarían las cuentas de ambos en el día de la liquidación. No escatimó esfuerzos por simplificar las cosas un poco conviniendo con ella en que si él aceptaba la invitación femenina ella tendría que cenar con él antes; pero el resultado de tanto escrúpulo fue que a las ocho en punto del día siguiente estaba esperándola con Waymarsh bajo la columnata del pórtico. Ella no había cenado con él y era característico de su relación que le obligara a aceptar las negativas femeninas sin comprender una palabra el final. Siempre se las ingeniaba ella para que sus ulteriores reestructuraciones de las cosas ya convenidas pareciesen al hombre tiernos detalles para con él. Fue basándose en este principio por lo que, verbigracia, para dar al hombre la oportunidad de volver a mostrarse cordial con el pequeño Bilham, le había sugerido que ofreciera al joven un asiento del palco. Strether había despachado, a este fin, un breve recado azul al Boulevard Malesherbes, pero en el momento de entrar en el teatro aún no había recibido respuesta. Sostenía, sin embargo, incluso después de llevar un buen rato convenientemente instalados, que el amigo común, puesto que conocía su ubicación, aparecería en el momento preciso. Su ausencia temporal, por lo demás, parecía, con mayor fuerza si cabe, respecto de la señorita Gostrey, pautar dicho momento preciso. Strether había esperado hasta aquella noche para obtener de ella, de modo acaso especular, impresiones y conclusiones. La mujer había querido, como suele decirse, dar una ojeada al pequeño Bilham, pero a la sazón resultaba que las ojeadas habían sido dos y que, pese a todo, aún no había abierto la boca.

Waymarsh estaba sentado al otro lado, la anfitriona en el centro, y la señorita Gostrey se describía a sí misma como instructora de la juventud, deslizando sus pequeños ataques a una obra que era una de las glorias de la literatura. La gloria era, felizmente, incuestionable, y los pequeños ataques sobresalían por su candidez. Por lo que a ella respectaba, había recorrido ya sus buenos trechos y se limitaba a confiar en la inocencia del prójimo. Pero vino a referirse a su debido tiempo al amigo ausente, al que estaba claro que tendrían que renunciar.

—O no ha recibido su billete o usted no ha recibido el suyo. Tiene que haberle surgido alguna dificultad, aunque, naturalmente, como comprenderán, un hombre no va a escribir una nota diciendo que va a acudir a un palco —y lo dijo como si, a juzgar por su aspecto, pudiera haber sido Waymarsh el que había escrito al joven, por lo que el rostro del hombre manifestaba una combinación de sobriedad y angustia. La mujer prosiguió, sin embargo, como si quisiera justificar la situación—. Es con mucho, ya lo sabe usted, el

mejor de todos.

—¿Quiénes son todos, señora?

—Bueno, todo ese largo cortejo de chicos y muchachos, o de ancianos y ancianas como a veces son en el fondo; la esperanza, que podría decirse, de nuestra patria. Año tras año han estado viniendo, pero no ha habido ninguno en particular a quien yo haya tenido deseos de detener. Creo que tengo deseos de detener al pequeño Bilham: *¿usted* no? Está tan en su sitio... —La mujer seguía dirigiéndose a Waymarsh—. Es muy agradable. ¡Si al menos no lo echara a perder! Pero siempre *quieren* hacerlo; siempre lo hacen; siempre tienen que hacerlo.

—No creo que Waymarsh esté muy al tanto —dijo Strether al cabo de un momento— de lo que es dado echar a perder a Bilham.

—No puede tratarse del buen norteamericano—respondió Waymarsh con cierta lucidez—, pues no me consta que el joven haya avanzado mucho en *ese* sentido.

—Ah —exclamó la señorita Gostrey— el calificativo de buen norteamericano se otorga con tanta facilidad como se quita. ¿En qué consiste, en primer lugar, *ser* un buen norteamericano y a qué se debe esta prisa tan extraordinaria? Sin lugar a dudas, nada tan apremiante estuvo nunca tan poco definido. Es un encargo de tal índole, a decir verdad, que para preparar un plato hay que tener cuando menos la receta del destinatario. Además, los pobres polluelos tienen tiempo. Lo que tan a menudo he visto que se echaba a perder —continuó— era la actitud de felicidad en sí misma, el estado de fe... ¿cómo decirlo?, el sentido de la belleza. Tiene usted razón respecto de él —la mujer se dirigía ahora a Strether—, el pequeño Bilham los tiene encandilados; tenemos que conservar al pequeño Bilham. —Acto seguido se dirigió otra vez a Waymarsh—: Los demás han querido desesperadamente hacer algo y en muchos casos, en excesivos casos, se han puesto y lo han hecho, ciertamente. Esto hace que después nunca sean los mismos; sin saber por qué, el encanto acaba perdiéndose siempre. Ahora bien: *a él,* me parece a mí, no le ocurrirá esto. No se propone hacer nada del otro mundo. Siempre disfrutaremos de su compañía tal como es ahora. Es francamente extraordinario. Lo comprende todo. No siente ni una pizca de vergüenza. Está pertrechado con todo el valor que podría exigírsele. Sólo piensa en lo que *tal vez* haga. Se querría tener siempre a la vista por miedo de algún accidente. ¿En qué brete podría encontrarse, quizá, en este momento? Ya he tenido mis desilusiones: hay cosas que nunca están a salvo; o sólo lo están cuando se vigilan. Nunca se puede confiar en ellas del todo. Una es nerviosa y creo que ése es el motivo por el que le echamos tanto de menos en este instante.

La mujer había rematado con una carcajada de alegría la trama de lo que pensaba, una alegría que su rostro comunicó a Strether, que sin embargo habría deseado en aquel momento que la mujer se desentendiera del pobre Waymarsh. *El* sabía más o menos lo que ella quería decir, pero la vacilación no justificaba el femenino fingimiento ante Waymarsh de que el hombre nada sabía. Acaso fuera una muestra de cobardía, pero le habría gustado, en nombre de la elevada amenidad de la presente circunstancia, que Waymarsh no estuviera tan seguro de su ingenio. La apercepción femenina del mismo ponía al hombre en evidencia y, sin que ella hubiera de tener nada con él ni con aquel detalle, las cosas empeorarían. De todos modos, ¿qué pretendía? Miró a su amigo, al otro lado del palco; se encontró la mirada de ambos; un no sé qué misterioso y frío, un algo que pesaba sobre la situación, pero que era mejor no sacar a relucir, pasó en silencio entre ellos. Bueno, el resultado final fue que Strether tuvo una reacción brusca, un estallido de

impaciencia de su propia tendencia a contemporizar. ¿A dónde le estaba llevando aquello? Era uno de esos calmos instantes que a veces plantean más cuestiones que esas rupturas de hostilidades, tan queridas de la musa de la historia. La única cualificación de aquel sosiego era el sinóptico «¡Oh, demonios!» en que germinaba sigilosamente la porción de silencio de Strether. Representaba, esta muda exclamación, un impulso final de quemar sus naves. Es posible que estas naves parecieran simples cascarones de nuez a la musa de la historia, pero cuando se dirigió a la señorita Gostrey fue con la sensación de aproximar por fin la antorcha.

—¿Se trata entonces de una conspiración?

—¿Entre los dos jóvenes? Bueno, no me las doy de vidente ni de profetisa —respondió ella—; pero o yo soy mujer de juicio o él le está haciendo a usted un favor esta noche. No sé exactamente cómo... pero lo presiento. —Y se le quedó mirando como si, por poco que fuera el material que le entregaba, el hombre hubiera de comprender—. Por lo menos es *lo* que yo pienso. Él le entiende a usted demasiado bien para no hacerlo.

—¿Para no hacerme un favor esta noche? —preguntó Strether—. Entonces espero que no le salga mal.

—Ha caído usted en sus manos muy aprisa —replicó ella con mal presagio.

—¿Quiere usted decir que él...?

—Está usted en manos de ellos —se limitó a repetir la mujer. Aunque ésta hubiese renunciado a la visión profética, era en aquel instante lo más parecido a la sacerdotisa del oráculo que el hombre había tenido delante en toda su vida. Los ojos femeninos irradiaban luz—. Debe usted darse cuenta de la situación sin tardanza.

La captó en aquel preciso momento.

—¿Es que ellos *habían* preparado...?

—Todos y cada uno de los movimientos del juego. Y lo han venido haciendo desde entonces. Todos los días recibe su escueto telegrama desde Cannes.

Aquello hizo que se dilataran los ojos de Strether.

—¿*Sabe* usted eso?

—Y mucho más. Lo comprendo. Por eso me preguntaba yo, antes de conocerle, si podría comprender. Pero nada más conocerle dejé de lado las preguntas y durante el segundo encuentro se confirmaron mis sospechas. Entendí su actitud totalmente. Ha estado siguiendo, todavía sigue, las instrucciones diarias de él.

—¿De modo que es Chad quien lo ha organizado todo?

—Oh, no, todo no. *Nosotros* hemos aportado un poco. Usted, yo y Europa.

—Europa... sí —murmuró Strether meditabundo.

—El querido y viejo París —dijo ella a modo de explicación, al parecer. Pero aún había más y, en uno de sus giros, lo aventuró—. Y el querido y viejo Waymarsh. Usted ––afirmó— ha puesto su buena parte de ello.

El aludido estaba impresionante.

—¿Una buena parte en qué, señora?

—Bueno, en la maravillosa conciencia de aquí, nuestro amigo. También usted ha contribuido, a su modo, a llevarlo por los aires adonde está ahora.

—¿Y dónde demonios está ahora?

La mujer acogió aquello con una carcajada.

—¿Dónde demonios estás, Strether?

El hombre lo dijo como si hubiera puesto en palabras su pensamiento.

—Bueno, exactamente, ya en manos de Chad, por lo que parece. —Con lo que se le ocurrió algo más—. ¿Será así, por mediación de Bilham, como lo habrá planeado? Esto vendría a ser tanto como una ocurrencia. Y, ya me entiende, Chad con ocurrencias...

—¿Sí? —preguntó la mujer mientras él seguía cavilando en aquella representación.

—Bueno, ¿es Chad... lo que podríamos llamar un monstruo?

—Oh, todo lo que usted quiera. Pero la ocurrencia de que usted habla —dijo ella— no le habrá dejado vacío. Aún tendrá ideas mejores. Y no las llevará todas a cabo por mediación del pequeño Bilham.

Aquello le sonó ya casi como una esperanza destruida. —¿Mediante quién más entonces?

—Eso es lo que habrá que ver. —Pero al tiempo que decía esto, la mujer volvió la cabeza y Strether hizo lo propio; pues la puerta del palco se había abierto, con el taconeo de la *ouvreuse* en el pasillo, y un caballero, desconocido para todos, había entrado con paso rápido. La puerta se cerró a sus espaldas y, aunque el rostro de los tres evidenció al recién llegado su propia confusión, su aspecto, que era chocante, respiraba absoluta confianza. El telón acababa de levantarse otra vez y, en medio del siseo que llamaba a la atención general, el desafío de Strether fue tácito, como también lo fue su recibimiento, con mano y sonrisa rápidas y desaprobadoras, del inesperado visitante. Este indicó por señas, muy discretamente, que esperaría, que se quedaría de pie, y estas cosas más su rostro, un vislumbre del cual había captado ella, habían bastado a la señorita Gostrey. La mujer se las ingenió para responder a la última pregunta de Strether. La respuesta era, sencillamente, el formal recién llegado, según indicó en aquel momento, volviéndose a su amigo. Se lo dijo sin ambages y esto presentó al intruso—. Bueno, por mediación de este caballero. —El caballero, a decir verdad, al mismo tiempo que pronunciaba ante Strether un nombre muy breve, hacía otro tanto por explicarse. Strether balbució aquel nombre: sólo entonces comprendió. La señorita Gostrey había dicho más de lo que sabía. Estaban en presencia del mismísimo Chad.

Nuestro amigo recordaría continuamente aquella circunstancia tiempo después: recordaría en realidad gran parte del tiempo que pasaron juntos, y pasaron juntos, sin separarse un instante, tres o cuatro días: le había afectado con tanta intensidad durante aquella primera media hora que todo lo que ocurrió después fue, en comparación, una secuela menor. El caso fue que su apercepción de la identidad del joven —tan minuciosamente comprobada durante un minuto— había sido ni más ni menos que una de esas sensaciones que marcan una vida; a decir verdad no había conocido ninguna que hubiese funcionado, según él mismo habría dicho, con más concurrido bullicio. Y el bullicio, aunque al tiempo difuso y multitudinario, había durado mucho tiempo, protegido como estuvo y a la vez agravado por la circunstancia de coincidir con un período de decoroso silencio. No podían hablar sin molestar a los espectadores de la parte del paraíso que tenían debajo; con lo que, si a ello vamos, ocurriósele a Strether —pues ésta era la clase de cosas que se le ocurría— que aquellos eran los accidentes de una alta civilización; el tributo necesario a la propiedad, la frecuente sujeción a condiciones, normalmente brillante, en que la exención tiene que esperar su tiempo. La exención nunca estaba al alcance de los reyes, las reinas, los actores y gentes parecidas, y aunque uno no resultara ser uno de éstos, podía adivinarse, a poco que se llevase una vida llena de tensiones, lo que de vez en cuando sentían. Era ciertamente una vida llena de tensiones lo que Strether había creído llevar mientras se encontraba en aquel palco, muy cerca de Chad, durante la

prolongada emoción del acto. Estaba en presencia de un hecho que ocupaba la totalidad de su intelecto, que precisó durante media hora la absoluta atención de todos sus sentidos a la vez; pero no podía manifestar nada sin caer en la inconveniencia, cosa que, por otro lado, podía considerarse en realidad una suerte. Lo que hubiera manifestado de haber manifestado algo era exactamente la clase de emoción —la emoción del aturdimiento— que desde el principio se había propuesto manifestar menos, ocurriera lo que ocurriese. El fenómeno que repentinamente había caído sobre él era un fenómeno de transformación tan absoluta que su imaginación, puesta en funcionamiento con notable anticipación, se sintió, en el contacto, sin margen ni concesiones. Había afrontado toda contingencia, salvo que Chad no fuera Chad, y era esto lo que a la sazón tenía que arrostrar con una simple sonrisa tirante y un rubor molesto.

Se preguntó si, por casualidad, antes de que tuviera que comprometerse de algún modo, podría ajustar sus facultades intelectuales a la nueva imagen, si podría habituarse, por así decir, a la extraordinaria verdad. Oh, pero era tan extraordinaria esta verdad; pues ¿qué podía ser más extraordinario que aquella brusca ruptura de identidad? A un hombre se le trataba en tanto que era él mismo: no se le podía tratar como si fuera otro. Constituía un pequeño remanso de paz, por otro lado, verse obligado a preguntarse por lo poco que el otro podría saber de un acontecimiento tal que la suma final estuviera representada por ese otro. No podía no saber nada en absoluto pues no se podía ocultar absolutamente todo. Era pues un caso, así de sencillo, un caso dramático, como en la actualidad suele llamarse a tales hechos, un caso de transformación sin igual y cuya esperanza no radicaba, por regla general, sino en que los casos dramáticos son propensos al gobierno exterior. Es posible que él, Strether, fuera la única persona, al fin y al cabo, consciente del hecho. Ni siquiera la señorita Gostrey, con toda su ciencia, se había percatado —¿se habría percatado?— y, en cuanto a Waymarsh, jamás había visto a nadie menos consciente de nada, mientras observaba a Chad con el ceño fruncido. La ceguera social del meticuloso repaso que llevaba a cabo el viejo amigo volvió a señalarle, y casi de modo humillante, los inevitables límites de la ayuda directa de aquel lado. No estaba seguro, sin embargo, de no obtener una brizna de compensación del privilegio, no obstante sin paladear todavía, de saber más a propósito de algo en particular que la señorita Gostrey. Su situación se parecía demasiado a un caso, si a ello vamos, y a la sazón estaba interesado, sentía tan intensa curiosidad íntima al respecto que ya tenía un ojo puesto en el regocijo que se daría cuando después se lo revelara a la mujer. No recibió, durante aquella media hora, ningún auxilio de ella y este solo hecho femenino de rehuir la mirada masculina jugó un pequeño papel, necesario es confesarlo, en los apuros del hombre.

Había presentado a Chad, durante los primeros minutos, en voz baja y en ningún momento advirtió en la mujer la gazmoñería de la persona que ignora; pero también es verdad que durante un buen rato no tuvo ella ojos más que para el escenario, donde de vez en cuando encontraba un pretexto para una apreciación que invitaba a Waymarsh a compartir. La capacidad participadora de éste jamás había afrontado, en modo alguno, un asalto de aquella índole; siendo este cercamiento del hombre lo más acusado de aquella premeditada actitud, de parte de la mujer, según calculaba Strether, tendente a apartar del natural trato compartido a Chad y a él mismo. Dicho trato, mientras tanto, se veía reducido a las francas y amistosas expresiones del joven, notablemente parecidas a la sonrisa, pero sin caer en la gesticulación abierta, y a la animosidad de la especulación

interior de Strether respecto de si se estaba comportando como un idiota. No veía exactamente cómo se podía sentir de aquella manera sin manifestarse como tal de alguna manera. Lo peor de la cuestión, además, era que consideraba ya un síntoma la intuición de lo que le turbaba. «Si voy a mantenerme odiosamente atento a mi posibilidad de llamar la atención de este sujeto —se decía—, será tan poco lo que exteriorice que muy bien podré detenerlo antes de que surja». Esta sabia consideración, por otro lado, parecía manifiestamente no tener en cuenta el hecho de que iba a estar atento. En realidad prestaba atención a todo menos a lo que le hubiera servido de algo.

Habría de enterarse después, durante las vigilias de la noche, de que nada había tenido más a mano, tras un par de minutos, que proponer a Chad que saliera con él al pasillo. No sólo no se lo había propuesto, sino que además había carecido incluso de presencia de ánimo para estimar posible la circunstancia. Se había quedado clavado allí como un colegial, ansioso de no perderse ni un minuto de la función; aunque para el fragmento de función hasta entonces ofrecido no había tenido en realidad ni un instante de atención. Cuando cayó el telón no habría podido dar ni el menor dato de lo ocurrido. Además y por consiguiente, no se había dado cuenta en aquel momento del toque de amenidad proporcionado por la aceptación de su incomodidad ante la paciencia general de Chad. ¿No había sabido pese a todo, al mismo tiempo —estúpidamente y sin reacciones—, que el joven estaba transigiendo con algo? Era amable con modestia, el joven: por lo menos había sido capaz de ello, de la superioridad de descubrir su oportunidad de serlo; y nadie que estuviera en sus cabales tendría, literalmente, el sentido común de tomarle la delantera. Si tuviéramos que adentrarnos en todo lo que ocupaba a nuestro amigo durante las vigilias nocturnas acabaría estropeándosenos la pluma; pero un par de ejemplos bastarán para representarnos con qué viveza llegaba a recordar. Recordaba dos sinsentidos que, si bien su presencia de ánimo le había fallado, eran las cosas que más habían tenido que ver con ello. Jamás había visto a un joven entrar en un palco a las diez de la noche y si se le hubiera planteado la cuestión de antemano apenas si se habría sentido dispuesto a pronunciarse por distintos modos de hacerlo; pero resultaba, a pesar de esto, definitivo para él que Chad hubiera optado por una modalidad que había sido maravillosa: un hecho que conllevaba la implicación de que, como era de esperar, él sabía, había aprendido, cómo.

Por entonces había ya abundantes resultados; el joven, en aquel mismo instante y sin la menor problemática intencional, había enseñado a Strether que, aun tratándose de una menudencia como aquella, había diferentes modalidades. Había hecho, sin abandonar esta tendencia, algo más que esto; mediante un par de movimientos de cabeza había hecho que su viejo amigo observara que quizá lo más perceptible en él fuera el cambio, los acusados mechones grises, sorprendentes a su edad, en medio de la espesa madeja de pelo negro; así como que este nuevo rasgo le sentaba curiosamente bien, le añadía un no sé qué, como una caracterización, también incluso como —de todo lo del mundo— un refinamiento, que se hubiera buscado con pertinacia. Stréther intuía, sin embargo, que habría tenido que confesar que no habría sido fácil en aquel preciso momento, a propósito de esta y otras apreciaciones, y en vista de lo que se había aportado, tener las ideas claras respecto de lo que se había descuidado. Una reflexión que un crítico inocente habría podido hacer de antiguo, por ejemplo, era que habría sido más afortunado para el hijo parecerse más a la madre; pero era ésta una reflexión que en el presente no se habría dado. La ocasión había desaparecido, no obstante no haber acaecido ningún tipo de

parecido con la madre. Difícil habría sido para el rostro y el aspecto de un joven disociarse con mayor entereza que los de Chad en esta coyuntura de cualquier diferenciable, de cualquier imaginable rasgo de una madre neoinglesa. Esto, naturalmente, no era más de lo que se había dado en las tarjetas postales; pero provocó en Strether, a pesar de todo, uno de esos frecuentes fenómenos de referencia mental de que todo criterio suyo estaba realmente plagado.

Una y otra vez, a medida que pasaban los días, le asaltaba la sensación de que se volvía pertinente comunicarse rápidamente con Woollett: comunicarse con una rapidez con que sólo el telégrafo podía casar; fruto, a decir verdad, de una delicada fantasía suya, tendente a mantener las cosas derechas para la feliz prevención del error. Nadie sabría explicarse mejor cuando fuese necesario ni poner más gramos de conciencia en un inventario o un informe; cuya carga de conciencia quizá fuera, precisamente, la razón por la que su corazón se hundía cada vez que las nubes de la explicación se concentraban. Su mayor ingenuidad consistía en mantener el cielo de la vida despejado de nubes. Si su concepción de las luces era grandiosa o no, el caso es que sostenía que nada podía explicarse jamás, y sin ninguna excepción. Uno avanzaba mediante vanos movimientos, pero esto era, en términos generales, un derroche de vida. Una relación personal era una relación sólo mientras las personas se comprendían a la perfección o, lo que era todavía mejor, no se preocupaban por ello. Desde el momento en que se preocupaban es que comenzaba a vivirse con el sudor de la propia frente; y el sudor de la propia frente no era más que lo que uno podía sobornar de sí mismo manteniendo el terreno limpio de la cizaña del engaño. Ésta no tardaba en crecer fácilmente y únicamente un cable transatlántico era lo que podía competir con ella en velocidad. Este mecanismo le habría dado fe cotidiana de algo que no sería lo que Woollett habría argüido. No estaba totalmente seguro de que el efecto de la apreciación de la crisis, formulada al día siguiente —o más bien durante la noche—, no hubiera de determinar una breve misiva. «Por fin lo has visto, pero ¡oh, querido!»: consuelos pasajeros de este tenor parecían flotar ante él. Flotaban de algún modo para prepararlos a todos, aunque ¿prepararlos para qué? De poder ganar en claridad y terrenalidad, lo habría expresado con cuatro palabras: «asombrosamente viejo —pelo gris». A este detalle particular del aspecto de Chad se había remitido constantemente durante su media hora de mutismo; como si en ello hubiera habido más cosas de las que habría podido decir. Lo máximo que habría podido decir habría sido: «¡Si hasta va a hacer que me sienta joven...!», lo que, ciertamente, no era poco. Es decir, que si Strether iba a sentirse joven ello sería porque Chad iba a sentirse viejo; y un pecador viejo y avezado no coincidía con ninguna de las premisas.

La cuestión del verdadero tiempo vital de Chadwick fue sin duda lo que con mayor rapidez se planteó tras el intervalo compartido, cuando terminó la representación, hasta cierto café de la Avenue de l'Opéra. La señorita Gostrey se había comportado estupendamente en aquel trance; se había dado cuenta exacta de lo que ambos querían: ir derechos a algún sitio y hablar; y Strether había intuido incluso que la mujer había compredido lo que él quería decir y que se estaba preparando para comenzar sin más dilaciones. No se trataba de una simulación de la mujer, como sí *había* simulado, por otra parte, que adivinaba el deseo de Waymarsh de prodigarle una independiente protección hasta su casa; Strether, pese a todo, se dio cuenta, una vez que Chad se hubo sentado ante él a una pequeña mesa de los brillantes salones que su compañero había elegido sin vacilar, tajante y desembarazadamente diferenciados de los demás, de que era

exactamente, para su imaginación, como si la mujer le oyera hablar; como si, encontrándose a más de un kilómetro de distancia, en el pisito que ya conocía el hombre, pudiera escuchar ella con atención suficiente para captarlo todo. Se percató asimismo de que le gustaba aquella idea y deseó que, en virtud de un idéntico dispositivo, la señora Newsome se enterase de todo también. Pues lo que en primer lugar había acabado por configurarse en él como una necesidad de primer orden no era perder otra hora, ni siquiera una fracción de la misma; era avanzar arrolladoramente y con ímpetu. Era esta la manera como se anticiparía —por medio de un ataque nocturno, tal vez—, a cualquier forzada madurez que una precipitada conciencia de París tuviese la previsible osadía de atribuir a la conducta del joven. Conocía plenamente, por lo que había oído decir a la señorita Gostrey, las señales de alerta de Chad; pero éstas constituían el mejor motivo para no perder el tiempo. Si, además, se le iba a tratar como a un joven, él no lo sería en modo alguno, cuando menos, antes de ponerse de una vez a repartir los golpes. Podían detenerle los brazos, pero ya se ha hecho constar que tenía cincuenta años. La importancia de esto, a decir verdad, había comenzado a experimentarla antes de que abandonaran el teatro; se había convertido en un hostigante desasosiego que le impelía a aprovechar la ocasión. Apenas si había podido contenerse al salir; estaba al borde de la indecencia de abordar la cuestión en plena calle; se vio obligado pues a proseguir en nombre de la honradez —así lo expresaría después con envidia— como si no fuera a haber otra oportunidad si la presente se le escapaba. Hasta que no sacó a relucir las palabras precisas, sentado en el diván morado y ante el *bock* baladí, no estuvo seguro, si bien se mire, de que con la presente bastaría.

Libro cuarto

I

—He venido, bien lo sabes, para que rompas con todo, ni más ni menos y vuelvas derecho a casa; de modo que harás bien en considerarlo inmediata y favorablemente. —Strether, frente por frente de Chad, luego de la representación, había pronunciado estas palabras casi sin aliento y con un efecto que al principio sólo desconcertó francamente a él mismo. Pues la actitud pasiva de Chad era la de la persona que ha permanecido generosamente inmóvil mientras el mensajero que al fin le alcanza ha estado corriendo un kilómetro por el polvo. Segundos después de haber hablado, Strether se sentía como si hubiera sido *él* quien había hecho un prolongado esfuerzo; ni siquiera estaba seguro de que el sudor no le cubriera la frente. Se trataba de esa clase de conciencia a cuyo tenor tenía que agradecer la mirada que, mientras durase la tensión, los ojos del joven le dirigían. Reflejaban éstos, y lo grande del caso era que lo hacían con una especie de bondad tímida, su estado transitoriamente agitado; hecho que provocó a su vez, en nuestro amigo, el despunte de un temor a que Chad, sencillamente, «dedujera» —lo dedujera todo— mostrándose apenado por él. Un miedo de aquella índole —el miedo que fuera— resultaba desagradable. Pero todo era desagradable; era extraño comprobar el repentino vuelco de las cosas. Esto, sin embargo, no era razón para permitir que las cosas siguieran. Un minuto después se conducía Strether tan resueltamente como si tuviera algo

que sacar de aquello.

—Por supuesto, soy un entrometido, si es que quieres llevar el caso hasta ese extremo; pero, al fin y al cabo, lo soy en el sentido de que te he conocido y te presté toda la atención que amablemente me permitiste cuando andabas con pantalón corto. Sí, en pantalón corto, soy lo suficientemente entrometido para acordarme de ello y también de que, para tu edad, y hablo de tiempos ya lejanos, tenías unas piernas enormemente fuertes. Bueno, el caso es que queremos que dejes esto. Tu madre lo desea de todo corazón, aunque por encima de todo esto, ella tenga más y mejores argumentos y motivos. Y no por mi culpa: no necesito recordarte que es persona que no necesita influencias externas. Pero también los hay por lo que a mí respecta, con lo que aprovecho para decirte que debes considerarme tanto amigo de tu madre como tuyo. Ni me los he inventado ni los maquiné al principio; pero los comprendo, creo que hasta podría explicarlos: y me gustaría inducirte con todas mis fuerzas a que les hicieras justicia; ya ves, por eso estoy aquí. Era mejor que supieras lo peor en seguida. Es cuestión de ruptura inmediata e inmediato regreso. Se me agasajó lo suficiente para creer que podía dorar la píldora. De cualquier modo, tengo sumo interés en este asunto. Ya lo tenía antes de salir de casa; y no me importa decirte que, cambiado como estás, lo tengo aún más ahora que te he visto. Estás más viejo y, no sé cómo decirlo, más de una pieza; pero, si no me equivoco, también más capacitado para lo que nos proponemos.

—¿Te parece que he mejorado? —había de recordar Strether que Chad, en aquel punto, había preguntado.

Había de recordar asimismo —y hubo de transcurrir un tiempo para tranquilidad suya— que le había sido «dado», como decían en Woollett, responder con cierta presencia de ánimo:

—No tengo la menor idea. —A decir verdad, se sintió complacido de considerar durante un rato que se había comportado con franca dureza. En lo tocante a admitir que Chad había mejorado de aspecto, pero que en lo relativo a aspectos las observaciones debían ser limitadas, comprobó que comprometía y dejaba al descubierto sus reservas. No sólo su sentido moral, sino también, si a ello vamos, su sentido estético tuvieron que transigir un tanto en esta cuestión, pues Chad, sin que cupiera la menor duda —¿y no se trataba otra vez del condenado pelo gris?— estaba más guapo de lo que habría podido esperarse en él. Esto, sin embargo, cuadraba a la perfección con lo que Strether había dicho. No tenían ellos el menor deseo de restringir su debida expansión y no iba a convenir él menos a los fines de ellos por no parecer, como a menudo había sido el caso desde mucho tiempo atrás, únicamente temerario y salvaje. Había, no obstante, una señal particular por la que él se aproximaría a las claras a la anterior prospección. Strether, mientras hablaba, no comprendía muy bien sus propios términos; sólo sabía que se había aferrado a su hilo discursivo y que cada momento que pasaba lo sujetaba con mayor firmeza; su sencilla ausencia de interrupciones, durante cinco minutos, le ayudó a hacer esto. Desde hacía un mes repasaba con frecuencia lo que había de decir en la presente circunstancia y al cabo le parecía que no decía nada de cuanto había pensado: tan absolutamente diferente era todo.

A pesar de esto había hecho tremolar sus pendones. No había dejado de hacerlo y hubo un minuto en que se sintió como si los hubiera agitado con energía, como si los hubiera sacudido con un zarandeo supremo en las mismísimas barbas de su compañero. Cosa que, en realidad, casi le dio la sensación de haber cumplido ya su cometido. El

alivio momentáneo —como surgido de la convicción de que nada de *aquello* podía dar marcha atrás— brotó de una causa específica, la causa que se había puesto en vertiginoso movimiento, en el palco de la señorita Gostrey, con percepción directa, con apercepción sorprendente, y que había estado vinculada, desde el comienzo, con cada una de las palpitaciones de su conciencia. Cuya finalidad expresa era algo que, en una cantidad del todo *nueva* que afrontar, no se podía saber, sencillamente. Dicha nueva cantidad estaba representada por el hecho de que Chad hubiera sufrido el proceso de una reelaboración. Esto era todo: fuera lo que fuese, era cuanto había. Strether nunca había visto las cosas hechas de aquel modo; tal vez fuera una especialidad de París. Si se ha estado presente en el proceso, poco a poco se puede domeñar el resultado; pero, tal y como estaban las cosas, se encontraba cara a cara con un asunto ya concluido. Se había percatado manifiestamente de que podían recibirle como a un perro en un juego de bolos; aunque esto se daba sobre la base de la cantidad antigua. Al principio había pensado en las lineas y los tonos como en cosas que asumir, pero a la sazón dichas posibilidades se habían fundido del todo. No había forma de calcular lo que el joven que tenía delante pensaría, sentiría o diría sobre el tema que fuese. Este conocimiento había de reconstruirlo Strether más tarde, a fin de dar cuenta de su nerviosismo, del mejor modo que supo, al igual que había de reconstruir, asimismo, la prontitud con que Chad había corregido su desconcierto. Se había necesitado un tiempo extraordinariamente breve para dicha corrección y, en el momento de estatuirse ésta, todo lo negativo hubo de desaparecer del porte de su compañero.

—Su compromiso con mi madre se ha convertido pues en lo que aquí llaman un *fait accompli* —el detalle decisivo no había consistido en nada más que esto.

Bueno, era suficiente, había pensado Strether mientras se dilataba en la réplica. Sin embargo, había pensado al mismo tiempo que nada le convenía menos que demorar excesivamente la respuesta.

—Sí —dijo radiante—, tomé cartas en el asunto precisamente por el feliz arreglo de la cuestión. Puedes ver, en consecuencia, en qué sentido pertenezco a tu familia. Es más –añadió—, barruntaba que tú lo sospechabas ya.

—Oh, lo he sospechado durante mucho tiempo; y lo que usted me dice me ayuda a entender que usted quisiera hacer algo. Hacer algo en el sentido —dijo Chad— de conmemorar un suceso tan... ¿cómo decirlo?, tan favorable. Me explico que usted entienda, y no sin lógica natural —prosiguió—, que mi devolución triunfal a casa como una especie de regalo de bodas para mi madre lo conmemoraría mejor que ninguna otra cosa. En realidad quiere encender usted una hoguera —dijo riendo— y arrojarme a ella. ¡Gracias, muchas gracias! —añadió con otra carcajada.

Afrontaba aquello con suma liberalidad y esto hizo que Strether viese en aquel momento que, en el fondo y a despecho del ribete de reserva que en realidad nada le costaba, había afrontado todo con liberalidad desde el principio. El ribete de reserva no era sino buen gusto. Las personas de modales formados podían tener al parecer, como una de sus mejores cartas, un ribete de reserva asimismo. Se había echado un tanto adelante para hablar; tenía los codos sobre la mesa; y el inescrutable y nuevo rostro que había adquirido en alguna parte y sin saber muy bien cómo se dejaba llevar por el movimiento próximo al de su compañero. Había cierta fascinación para el susodicho compañero por el hecho de no ser, aquella madura fisonomía, el rostro que, tras una atenta observación, había salido de Woollett. Strether experimentó cierta libertad de su

parte al definirlo como el de un hombre de mundo: expediente que, a decir verdad, pareció acudir en cierto modo en su ayuda en aquel momento; el de un hombre que había atravesado experiencias que conocía en variada gama. Mediante vislumbres y miradas fortuitas es posible que el pasado acechase desde él; pero estas iluminaciones eran débiles y se apagaban al instante. Chad era moreno, robusto y fuerte; además, de antiguo, Chad había sido brusco. ¿Era por consiguiente la única diferencia su actual refinamiento? Posiblemente; pues que *había* refinamiento se notaba tanto como se habría notado en el sabor de una salsa o en el roce de una mano. El efecto era global: había retocado sus facciones, redibujándolas con una linea más limpia. Había despejado sus ojos, afirmado el color y abrillantado la elegante dentadura: el supremo ornato de su rostro; y al mismo tiempo que le había dotado de una forma y una superficie, como si dijéramos, un diseño, le había modulado la voz, fijado el acento y estimulado la sonrisa a un mayor protagonismo y los restantes movimientos a una mejor participación. Anteriormente, con no poca acción, había expresado muy poco; ahora expresaba lo que hiciera falta con casi nada. Era como si, en pocas palabras, se le hubiera, en realidad, en abundancia tal vez, pero sin forma definida, introducido en un férreo molde y sacado con feliz resultado. El fenómeno —Strether seguía teniéndolo por un fenómeno, un caso notable— era lo bastante manifiesto para palparse con la mano. Alargó la mano por fin y la puso en el brazo de Chad:

—Si me prometieras, en este mismo lugar y bajo palabra de honor, que vas a romper definitivamente, harías que el futuro estuviese lleno de bendiciones para todos. Liberarías la tensión de esta honrada, aunque en modo alguno alarmante, suspensión de ánimo en que durante tantos días me he mantenido aguardándote y me permitirías entregarme al reposo. Te daré mi bendición y me iré a la cama en paz.

Chad volvió a echarse hacia atrás ante aquello y, con las manos en los bolsillos, se removió ligeramente en la silla; postura en la que parecía, no obstante sonreír con nervio-sismo, de lo más educado. Creyó entender Strether entonces que estaba realmente nervioso y enfocó esto como lo que habría calificado de síntoma saludable. La única señal al respecto hasta el momento había sido su repetido quitarse y ponerse el sombrero de ala ancha. Había hecho ademán en aquel instante de quitárselo otra vez, pero se había limitado a echarlo hacia atrás, de modo que quedó cabalgando informalmente sobre el cabello fuerte, juvenil, grisáceo y cortado a lo garçon. Se trató de un detalle que marcaba la pauta de lo familiar —lo privado y lo tardío— de su tranquila charla; y fue, a decir verdad, gracias a un hecho trivial de este tenor por lo que Strether tomó conciencia de otra cosa en aquel preciso momento. La observación estuvo determinada, por lo que a él respectaba, por una iluminación demasiado delicada para distinguirla de las demás, pero se trató, a pesar de ello, de una determinación taxativa. Le pareció que Chad, sin que cupiera la menor duda, era, en aquellos momentos... bueno, según el mismo Strether se dijo, lo único que tenía sentido para él. Nuestro amigo sufrió la súbita percepción de lo que, en determinados aspectos, era esto. Se le presentó, en pocas palabras, en un pronto, como el joven señalado por las mujeres; y durante un concentrado minuto, la dignidad, la comparativa austeridad, según se la imaginaba en broma, del personaje en cuestión, le afectó casi con temor respetuoso. Había una experiencia en su interlocutor que le observaba por debajo del ladeado sombrero y que además le observaba en virtud de una fuerza propia, por el hecho profundo de su cantidad y su calidad y no por gentileza de su presunta fanfarronería y pavoneo. Se trataba pues de la forma de ser de los hombres

señalados por las mujeres, y también de los hombres por los que las mujeres eran, sin lugar a dudas y a su vez, distinguidas con suficiencia. Aquello afectó a Strether durante treinta segundos como una verdad importante; una verdad que, sin embargo, al minuto siguiente había caído ya en su hilo discursivo.

—¿No le parece que puede haber determinadas preguntas —inquirió Chad— que a un individuo, por muy impresionado que esté por su encantadora forma de plantear las cosas, le gustaría formular primero?

—Oh, sí, naturalmente. Estoy aquí para responder a lo que sea. Creo que puedo incluso decirte cosas, de sumo interés para ti, respecto de las que no sabes lo suficiente para preguntarme por ellas. Nos tomaremos tantos días como tú quieras. Pero ahora —concluyó Strether— me gustaría irme a la cama.

—¿En serio?

Chad había hablado con tanta sorpresa que estaba francamente divertido.

—¿No te lo crees... con lo que me has hecho pasar? El joven pareció meditar.

—Oh, yo no le he hecho pasar mucho... todavía.

—¿Quieres decir que habrán de suceder más? —Strether se echó a reír—. Razón de más, pues, para que yo afile las uñas.

Y, como para dar a entender aquello con lo que intuía podía contar en aquel momento, se puso de pie. Sabía que de aquel modo manifestaba que estaba contento de poner fin a su esfuerzo.

Chad, todavía sentado, lo contuvo, poniéndole una mano delante, cuando el otro pasó entre la mesa de ambos y la contigua.

—¡Oh, continuemos!

El tono fue, bien mirado, cuanto había deseado Strether; y totalmente propicia la expresión facial con que el que había dicho aquello le había mirado y retenido amablemente. El único defecto de aquellas cosas era quizá que ya no demostraban tanto ser fruto de la experiencia. Sí, pues experiencia era lo que Chad desplegaba ante él, ya que no grosería ni desafío. Por supuesto, la experiencia era, en cierto modo, desafío; pero no era, de ninguna de las maneras —más bien, a decir verdad, totalmente lo contrario—, grosería: tanto más que se había ganado. Envejecía a ojos vista, pensó Strether, mientras razonaba de esta suerte. Y entonces, con maduro palmoteo en el brazo del visitante, acabó por levantarse también; con lo que puede decirse que se habían dado ya hechos suficientes, en aquel momento, para que el visitante creyera que se había llegado *a un* acuerdo. ¿No se había llegado por lo menos al testimonio de la buena fe de Chad respecto de una solución? Strether se sorprendió enfocando la manifestación de Chad relativa a que continuasen como base suficiente para irse a dormir. Sin embargo, luego de los hechos referidos, no se había ido a dormir directamente; pues, una vez que se hubieron adentrado juntos en la noche suave y brillante, vino a surgir un contratiempo prácticamente de ningún otro sitio que una breve circunstancia, que habría podido actuar sólo en calidad de quietud confirmadora. Había gente, rumores expresivos, luz proyectada, todavía en la calle, y luego que hubieron deambulado un momento, entre aquellas cosas, por la gran calle de diáfana arquitectura, torcieron, con tácito acuerdo, al barrio en donde estaba el hotel de Strether.

—Naturalmente —dijo allí Chad, abrupto—, naturalmente, que mi madre elucubre con usted a propósito de mí es algo normal: claro que no les faltó sitio donde hincar el diente. Tuvieron que ponerse muy gordos.

Se había detenido y dejado que el amigo se plantease la posibilidad de alguna puntualización; fue esto lo que facultó a Strether a hacer una mientras tanto:

—Oh, nunca tuvimos interés en entrar en detalle. No estábamos de ningún modo obligados a tanto. Bastó con «engordar» para echarte de menos como lo hicimos.

Pero Chad, dato extraño, insistió, aunque, bajo la elevada farola de la esquina, donde se habían detenido, había parecido al principio como afectado por la alusión de Strether al amplio sentimiento, en casa, respecto de su ausencia.

—Lo que quiero decir es que tienen que habérselo imaginado.

—¿El qué?

—Bueno... horrores.

Aquello chocó a Strether: los horrores eran tan escasos, tan superficiales, al cabo, en aquella imagen férrea y lógica. Pero él se encontraba allí para rendir absoluto tributo a la verdad.

—Sí, puedo decir que imaginamos horrores. Pero ¿dónde está nuestro perjuicio, ya que no nos equivocábamos?

Chad alzó el rostro hacia la luz y fue aquel uno de los momentos en que, a su extraordinaria manera, pareció más dotado que nunca de aquel aire de exhibirse adrede. Fue como si en aquellos instantes acabara de presentarse, tan cabal su identidad, su palpable presencia y su maciza y joven virilidad, tan propio de un eslabón que pertenece a una cadena que prácticamente podía alcanzar el rango de demostración. Fue como si —¿y de qué modo, sino anómalamente?— no pudiera, a fin de cuentas, por menos de pensar lo bastante bien de estas cosas para cederlas por lo que valían. ¿Y qué podía tener ello para Strether sino la sugestión de un autorrespeto, cierto sentido de fuerza raramente pervertido, algo latente y más allá de todo alcance, lleno de presagios y tal vez envidiable? La indirecta, acto seguido, había adoptado un nombre en un pronto: un nombre al que se aferró nuestro amigo mientras se preguntaba si no estaría tratando realmente con un irreductible y joven pagano. Tamaña descripción—y no dejó de sobresaltarse por ella— poseía un sonido que gratificaba el oído interior, de modo que al segundo siguiente ya lo había dado por bueno. Pagano: sí, esto era, ¿acaso se equivocaba?, lo que Chad *tenía* lógicamente que ser. Lo que sin duda era. Lo que en realidad era. La idea era un indicio y, lejos de oscurecer las perspectivas, arrojó cierta claridad. Strether desentrañó en esta rápida iluminación que un pagano era tal vez, en el trance en que había acabado por sumirse, lo que más se deseaba en Woollett. Allí sabrían entendérselas con uno, con uno bueno; encontraría una circunstancia favorable, naturalmente; y la imaginación de Strether fantaseó por anticipado y presenció la primera aparición del eminente personaje. No tuvo más que el ligero malestar consistente, mientras el joven se apartaba de la luz, en intuir que, en aquel momentáneo silencio, le habían medio adivinado el pensamiento.

—Bien, no me cabe la menor duda —dijo Chad— de que se acercaron bastante. Como usted dice, los detalles no importan. Por lo general se ha tratado de casos en que yo mismo me he dejado llevar. Pero me estoy recuperando: ya no soy tan malo. —Con lo que reanudaron el camino del hotel de Strether.

—¿Quieres decir —preguntó el segundo mientras se acercaban a la entrada— que en este momento no estás con ninguna mujer?

—Pero, caramba, ¿qué tendrá que ver eso?

—Bueno, ¿sabes?, es el meollo del asunto.

—¿De mi vuelta a casa? —Chad estaba manifiestamente sorprendido—. ¡Oh, es demasiado! ¿Piensa acaso que cada vez que quiero irme cualquiera tiene el poder...?

—¿ ... de evitar —continuó Strether por él— que lleves a cabo tus deseos? Bueno, ya nos figuramos desde el principio que alguien, o quizá un ameno grupo, te alejaba con toda destreza de tales deseos. Que es lo que, si estás en manos de alguien, puede volver a ocurrir. No hace falta que respondas —insistió—, pero si no estás en manos de nadie, mucho mejor. Porque en tal caso nada importa salvo lo que toca a tu partida.

Chad trabucó el hilo discursivo:

—¿Que no hace falta que responda? —dijo sin ningún resentimiento—. Bueno, ese tipo de preguntas tienen siempre un lado más bien exagerado. No se sabe muy bien lo que quiere decir usted con estar en «manos» de las mujeres. Es todo tan impreciso. Se está cuando no se está. No se está cuando se está. Y en tal caso no se puede despedir a la gente por las buenas. —Parecía explicarse con toda amabilidad—. *Nunca* me han atrapado... con toda fuerza; y en cuanto a cualquier otra cosa verdaderamente mejor, no creo que haya temido en ningún momento una situación así. —Algo había en aquello que contenía las preguntas de Strether y tamaña circunstancia le daba ocasión de proseguir. Salió entonces con lo que podía ser un pensamiento más útil—. ¿Sabe usted cuánto me gusta París?

Cuyo resultado fue que nuestro amigo se maravillase.

—¡Oh, si es ése el único asunto con usted... ! —Era *él* quien casi manifestaba resentimiento.

La sonrisa de Chad, sin embargo, hizo algo más que salirle al encuentro.

—¿Y no es suficiente?

Strether vaciló, pero las palabras acabaron por brotar.

—No para tu madre.

Dicho, sin embargo, sonaba un tanto extraño, efecto de lo cual fue que Chad rompiera a reír. Strether sucumbió ante aquello, aunque con extrema brevedad.

—Permítenos mantener todavía nuestra hipótesis. Aunque si eres tan libre y tan fuerte, entonces no tienes excusa. Escribiré mañana por la mañana —añadió con decisión—; diré que te he convencido.

Aquello pareció despertar en Chad un nuevo interés.

—¿Con qué frecuencia escribe usted?

—Oh, continuamente.

—¿Y se explaya mucho?

Strether se había puesto un poco impaciente.

—Espero que no me encuentren demasiado prolijo.

—Oh, estoy seguro de que no. ¿Y recibe usted noticias tan a menudo?

Strether volvió a detenerse.

—Tan a menudo como merezco.

—Mi madre escribe —dijo Chad— unas cartas muy cariñosas.

Strether, delante de la cerrada *porte—cochère,* miró fijamente al joven durante un momento.

—¡Es más, muchacho, de cuanto haces *tú!* Pero nuestras suposiciones carecen de importancia —añadió—, si es que realmente no estás atrapado.

El orgullo de Chad, sin embargo, pareció levemente afectado.

—No lo he estado nunca: permítame insistir al respecto. Siempre he hecho mi

voluntad. —Con lo que añadió—: Y la sigo haciendo en este momento.

—Entonces ¿por qué estás aquí? ¿Qué te retiene —preguntó Strether— si has sabido mantenerte libre?

Aquello hizo que Chad, tras un cruce de miradas, se echase hacia atrás.

—¿Piensa acaso que sólo pueden retenerle a uno las mujeres? —Su sorpresa y su hincapié verbal vibraron de manera tan nítida en la calle silenciosa que Strether parpadeó hasta que recordó la seguridad de la prosodia inglesa—. ¿Es eso —inquirió el joven— lo que se cree en Woollett? —Ante la buena fe de la pregunta, Strether había mudado de color, con la impresión de que, como él mismo habría dicho, había metido la pata. Al parecer, estúpidamente, se había representado en términos equivocados lo que se pensaba en Woollett; pero antes de tener tiempo para rectificar ya estaba Chad sobre él—. ¡En tal caso debo decirle que manifiestan ustedes un espíritu vil!

Vino a juntarse aquello, por desdicha para Strether, con el reflejo de sí propio espoleado en su interior por el aire agradable del Boulevard Malesherbes, de tal suerte que su ímpetu desconcertante fue desacostumbradamente grande. Era una indirecta que, de haberla enderezado él —y haberla enderezado incluso a la pobre señora Newsome—, no habría pasado de ser saludable; pero enderezada por Chad —y con absoluta lógica— poco faltaba para cortar el resuello. Ellos *no* tenían un espíritu vil ni nada que se le pareciese; sin embargo, incontestablemente, habían levantado castillos, y no sin cierta complacencia, sobre un cimiento que podía volverse sobre ellos. En cualquier caso, Chad había puesto a punto a su visitante; incluso había puesto a punto a su admirable madre; había, de manera absoluta, mediante un giro de muñeca y un tirón de su generoso lazo, puesto a punto, en un montón, al Woollett dormido en sus laureles. No había duda de que Woollett *había* insistido en la ordinariez del joven; y aquello por lo que en aquel momento estaba allí, en la calle dormida, estaba, a juzgar por su forma de pulsar la siguiente cuerda, a punto de hacer de tal insistencia una preocupación comprometedora para los empecinados. Era ni más ni menos como si le hubieran imputado una vulgaridad cuya desaparición hubiera de provocar con un simple gesto. Y lo inefable del caso era que a Strether le parecía que, en la misma jugada, aquello caía sobre su propia cabeza. Se había preguntado un minuto antes si el muchacho era un pagano y a la sazón se sorprendía preguntándose si por casualidad no sería un caballero. No se le ocurrió, por lo menos en el acto, por suerte para él, que una persona no podía ser al mismo tiempo ambas cosas. En aquel momento nada había en el ambiente que pusiera en peligro la combinación; y lo había todo, por el contrario, para proporcionar su poco de brillantez. Se le ocurrió, por añadidura, que no hacía sino salir al encuentro de las más arduas cuestiones; aunque acaso, a decir verdad, únicamente para sustituir a otra. ¿No sería precisamente por haber aprendido a ser un caballero por lo que había domeñado la consiguiente artimaña de parecerlo tan a la perfección que apenas si se le podía hablar directamente? Aunque, ¿cuál era la pista de causa tan fértil? Había demasiados indicios, pues, de que Strether carecía aún, y entre ellos se encontraban los indicios de los indicios. Lo que en consecuencia importaba para él era que tenía que encarar de lleno una nueva asunción de ignorancias. Había acabado por acostumbrarse, en aquella época, a claves memorísticas, especialmente procedentes de sus propios labios, de lo que no conocía; pero las había mantenido porque, en primer lugar, eran privadas, y porque, en segundo, prácticamente conllevaban un tributo. No sabía lo que estaba mal y —mientras los demás no supieran lo poco que él sabía— se alzaría con su condición. Pero si no sabía, en

particular tan relevante, lo que estaba bien, Chad por lo menos era consciente ya de que no lo sabía; y esto, por determinados motivos, afectaba a nuestro amigo como hecho curiosamente público. Fue, a decir verdad, una situación desenmascaradora que el joven le hubiera dejado lo bastante a sus anchas para experimentar su escalofrío: hasta que comprendió su idoneidad, en una palabra, para justificarle generosamente otra vez. En realidad esto último era lo que Chad había hecho con dadivosidad total. Pero fue con un sencillo pensamiento con lo que enfocó la totalidad del caso. «¡Oh, me siento estupendamente!» Esto había sido lo que, con notorio aturdimiento, le había hecho desear la cama.

II

Pareció realmente cierto, además, a juzgar por la conducta que Chad llevó después de aquello. Rebosaba de atenciones para con el embajador de su madre; a despecho de lo cual, y es sobremanera notable, los restantes contactos del segundo acabaron por hacer valer sus derechos. Las veladas de Strether, pluma en mano, con la señora Newsome, sostenidas en los aposentos del hombre, se interrumpieron, a la vez que experimentaron un enriquecimiento; y se vieron más entreveradas que nunca de horas en que daba cuenta cabal de sí, de manera diferente, pero casi con la misma educación y dedicación, a María Gostrey. Ahora que, como él mismo habría dicho, tenía algo de que hablar, se encontraba, respecto de cualquier extrañeza que pudiera albergarse para él en la doble relación, a la vez más alerta y más indiferente. Había sido delicado ante la señora Newsome a propósito de su útil amigo, pero había empezado a rondarle la imaginàción que Chad, al recoger para beneficio materno una pluma no utilizada de antiguo, acaso fuera más delicado. Esto haría, en definitiva, según creía entender, que nada redundase en beneficio suyo en manos de Chad, salvo lo que específicamente *hubiera* de caerle en suerte; la mayor divergencia de lo cual consistiría ni más ni menos que en el elemento fundamental de cualquier lubricación, mediante ligerezas, de la relación que mantenían. Había que prevenir en consecuencia una circunstancia de tal índole que él, con toda franqueza, pudiese desplegar ante el joven los diversos acontecimientos, tal y como se habían dado, de su graciosa alianza. Hablaba él de estos hechos, con toda amabilidad y atención, como de «toda la historia», y antojábasele que podía calificar la alianza de graciosa siempre que él mantuviese la suficiente gravedad al respecto. Se felicitaba incluso por exagerar la libertad sin ambages de su primer encuentro con la maravillosa dama; era puntillosamente categórico en cuanto a las absurdas condiciones en que habían trabado conocimiento —el casi casi haberse recogido el uno al otro en la calle— y concebía —¡la suprema inspiración!— el traslado de la guerra al país enemigo mediante la manifestación de sorpresa ante la ignorancia del enemigo.

Siempre le había parecido que esto último era el gran estilo de las contiendas, tanto mayor, por consiguiente, su motivación, en la medida en que no podía recordar que hubiese peleado nunca al gran estilo. Todos, según esto, conocían a la señorita Gostrey: ¿cómo es que Chad no la conocía? La dificultad, la imposibilidad era, en realidad, huir de ello; Strether aceptó, por lo que dio por hecho, la carga de la prueba del contrario. Esta tonalidad era feliz en la medida que Chad parecía reconocerla en absoluto como a persona cuya fama le ha alcanzado, pero contra cuyo conocimiento se habían desatado no pocas condiciones adversas. Señalaba él, al mismo tiempo, que sus relaciones sociales, tal

y como se habían planteado, tal vez no tenían el alcance supuesto por Strether con la efervescencia de sus compatriotas. Insinuaba su posesión de una modalidad cada vez más establecida en cuanto a un principio selectivo heterodoxo; de modo que la moraleja parecía ser que había medrado poco en la «colonia». Por el momento, estaba claro, tenía un interés muy otro. Profundo, según entrevió; y Strether, por lo que a él respectaba, no podía sino observarlo. No podía ver hasta dónde llegaba la profundidad. ¡Ojalá no conociera el limite demasiado pronto! Pues había abundante porción del asunto compartido con que Chad ya había comenzado a aficionarse. Le gustaba a éste, para empezar, su proyectado padre adoptivo; que era, claramente, lo que no se había contenido en las postales. Que le detestase era la adversidad para la que mejor se había preparado Strether; no había esperado que la verdadera forma de ser del muchacho hubiera de darle más trabajo queda supuesta. Y lo hacía sugiriendo que debía camuflarse de algún modo para no andar convencido de que era suficientemente desagradable. Esto lo había tenido presente como si fuera la única forma de andar convencido de que era suficientemente minucioso. La cuestión era que si bien la tolerancia de Chad respecto de su minuciosidad era insincera y no era sino el mejor de los artilugios para ganar tiempo, lo enfocaba todo, sin embargo, como tácitamente concertado.

Tal pareció, al cabo de diez días, el fruto de la abundante y frecuente conversación mediante la que Strether vertía en él todo cuanto le importaba saber, poniéndolo en posesión cabal de hechos y cifras. Sin interrumpir dichos coloquios durante más de un minuto, Chad se comportaba, adoptaba una actitud y hablaba como si fuera más bien grave, incluso un poco melancólico, aunque fundamental y holgadamente libre. No hizo ninguna clara profesión de urgencia productora, pero hizo las preguntas más inteligentes, se manifestó, por momentos, incluso más profundo que la fuente de información de su amigo, justificó gracias a dichos detalles la nativa estimación de su latente meollo y tuvo en todos los aspectos el aire de quien hace por vivir, reflexivamente, en el interior de la imagen formal y lúcida. Se paseaba arriba y abajo a la vista de la producción, tomaba a Strether por el brazo amablemente en los puntos en que éste se detenía, revisaba las cosas repetidamente desde uno y otro ángulo, inclinaba una cabeza crítica ante cada dirección y, mientras fumaba un todavía más crítico cigarrillo, censuraba a su compañero a propósito de este o aquel paso. Strether buscaba consuelo —momentos había en que lo necesitaba— repitiéndose a sí mismo; a decir verdad era incuestionable que Chad tenía un sistema. La cuestión principal, sin embargo, era adónde conducía dicho sistema. No facilitó esto las cuestiones secundarias; pero ello careció de importancia cuando se hubieron satisfecho todas las preguntas salvo las propias. Que era un hombre libre constituía respuesta suficiente y no era del todo ridículo que esta libertad debiera probarse a sí misma lo que era difícil mover. Su transformada condición, su amable casa, sus hermosos objetos, su fácil charla, su misma voracidad respecto de Strether, insaciable y, cuando todo se hubo dicho, propicia... ¿qué eran estas notables particularidades sino elementos de su libertad? Tenía la cualidad de hacer de ellas un regalo, en tan bellas formas, para su visitante; lo que constituía principalmente el motivo de que dicho visitante estuviera en su interín, por entonces, un poco desconcertado. Strether se sentía en este período cada vez más tentado por la comprobada necesidad de remodelar de algún modo su plan. Se sorprendía, francamente, lanzando tristones vistazos, tímidas miradas de acecho a la influencia personificada, la decidida adversaria que le había fallado en virtud de un toque propio y basado en la cariñosa hipótesis de cuya palpable presencia

había, con la inspiración de la señora Newsome, actuado en términos absolutos. En secreto, durante un par de veces, había manifestado literalmente el irritado deseo de que *ella* acudiera y se la encontrase.

En modo alguno podía forzar, sin embargo, respecto de Woollett, que un itinerario de aquella suerte, una vida joven y tan corrompida, manifestara a la postre un aspecto admisible e hiciese gala ante la ciudadanía, por ejemplo, de algo parecido a la impunidad del hombre de mundo; pero sí podía, por lo menos, instarse a sí mismo a afirmar que prepararía al joven para el eco más peligroso. Este eco—tan audible allá, en el aire seco y enrarecido, como el estridente titular de una gacetillapareció llegar a él mientras escribía. «Dice que no hay ninguna mujer», podía oír el informe de la señora Newsome, en mayúsculas del tamaño de un periódico, a la señora Pocock; y alcanzó a oír de la señora Pocock la respuesta del lector del diario. Podía ver en la cara de la dama más joven la seriedad de su atención y captar el pleno escepticismo de su apenas demorado «¿Qué es lo que *hay,* entonces?», mecanismo por el que captó con mínimo margen de error la clara y decisiva respuesta de la madre: «Mucha disposición es lo que hay, sin lugar a dudas, a *fingir* que no hay nada». Strether, una vez que hubo echado la carta, había imaginado toda aquella escena; y se trató de una escena en que, en su trajín, según acontecía, no tenía menos fija la mirada en la hija. Percibía intuitivamente la convicción que la señora Pocock aprovecharía la ocasión para reafirmar: convicción basada, según había adivinado él desde el principio que se basaría, en la esencial ineptitud del señor Strether. Ella le había escrutado con profunda mirada incluso antes de que el hombre embarcara y no creía que *él* encontrase a la mujer grabada en la escrutadora mirada femenina. ¿Acaso no tenía ella, en el mejor de los casos, sino una pequeñísima fe en la capacidad masculina para encontrar mujeres? No iba a ser ni siquiera como cuando él había encontrado a la madre de la mujer, tanto más, según su arrojada intuición, cuanto que era su madre quien había arreglado el encuentro. Había sido su madre quien había encontrado al hombre y, en cierto modo, la opinión particular de la señora Pocock al respecto seguía educando el sentido crítico de esta misma mujer. El hombre debía su segura situación en general al hecho de que los descubrimientos de la señora Newsome se aceptaban en Woollett; pero el hombre sabía en su interín, y nos referimos a nuestro amigo, que la señora Pocock se sentiría movida a la sazón y de manera irresistible a manifestar lo que pensaba de él. Que le dieran carta blanca a ella, sería la moraleja, que pronto encontraría a la mujer.

La impresión que tuvo de la señorita Gostrey después de haberla presentado a Chad fue la de una persona casi anormalmente en guardia. Se le ocurrió que al principio había sido incapaz de sacar de ella lo que quería; aunque, a decir verdad, *de lo* que él quería en aquella especial coyuntura no habría podido hacer, sin duda, sino una desnuda afirmación. El dato se le escurrió y en nada contribuyó a plantear a la mujer, *tout bêtement,* según ella misma decía a menudo: «¿Verdad que le resulta simpático?», gracias a que estimaba que acumular evidencias en favor del joven era en realidad la menor de sus necesidades. Y llamaba repetidas veces a la puerta femenina para hacerle saber que el caso de Chad —por escaso que fuera el interés que despertase— era, en principio y primer lugar, un milagro casi monstruoso. Se trataba de la transformación total de un hombre y un caso tan notable que nada más, para el observador inteligente, podía significar.

—Es una intriga —afirmó el hombre—, hay más de cuanto alcanza a ver la mirada. ––Y dio rienda suelta a su fantasía—. ¡Aquí hay gato encerrado!

Aquella muestra de su fantasía pareció complacer a la dama.

—¿Y quién es el responsable?

—Bueno, el factor responsable es, me parece, el destino que aguarda al individuo, el oscuro hado que acecha. Lo que quiero decir es que no se puede contar con tales elementos. Yo no tengo sino mis particulares, mis modestos medios humanos. Dar paso a lo anormal es desobedecer las reglas del juego. Toda la energía individual ha de concentrarse para arrostrarlo, para seguirle la pista. Diablos, lo que se quiere, ¿no cree? ––confesó con cara extraña—, lo que uno quiere es gozar de una cosa tan singular. Llámelo vida, si quiere —descifró—, diga que es la pobre, querida y vieja vida que, con toda sencillez, nos aturde con sus sorpresas. Nada cambia el hecho de que la sorpresa paralice o, en cualquier caso, absorba... prácticamente todo, maldita sea, lo que uno ve, lo que uno *puede* ver.

Los silencios de la mujer nunca eran torpes.

—¿Es eso lo que ha escrito usted a casa?

El hombre respondió sin dilación:

—¡Oh, sí, querida!

La mujer hizo otra pausa mientras el hombre repetía su breve paseo por las alfombras.

—Si no tiene cuidado se le echarán encima.

—Oh, pero también he dicho que volverá.

—¿Y *va* a volver? —preguntó la señorita Gostrey.

El tono particular con que dijo aquello hizo que el hombre, enderezándose, la mirase largamente.

—¿Qué es eso sino la pregunta en que he gastado tesoros de paciencia e ingenio en hacerle *a usted,* en vista de que él... después que todo ha aminorado la facilidad de respuesta? ¿Qué es eso sino lo que he venido hoy a obtener de usted? ¿Quiere irse nuestro hombre?

—No, no quiere —dijo ella al cabo—. No es hombre libre.

El talante de la respuesta le afectó.

—Entonces ¿lo ha sabido usted desde el principio?

—Yo no he sabido sino lo que he visto; y me asombra —aseguró la mujer con cierta impaciencia— que usted no haya visto tanto. Bastó estar allí con él...

—¿En el palco? ¿Qué más? —urgió el hombre sin comprender del todo.

—Bueno... para estar segura.

—¿Segura de qué?

Al oír aquello se levantó la mujer de la silla, más proclive de lo que nunca había manifestado a derrumbarse ante la poquedad masculina. Incluso, tras una sincera y breve pausa, se dirigió al hombre con un retazo de piedad.

—¡Adivínelo!

Fue una mancha, a decir verdad, lo que esbozó el rubor del rostro del hombre; de modo que, durante unos momentos, lo que les diferenciaba se interpuso entre ellos.

—¿Quiere usted decir que la sola hora que pasó con él le informó tantas cosas de su vida? Muy bien; por lo que a mí respecta, no estoy tan loco que no pueda comprenderla a usted ni comprenderle a *él* en cierta medida. Que ha hecho lo que más le apetecía no es, entre nosotros, asunto merecedor de la menor disputa. Tampoco merece mayor atención a estas alturas qué es lo que más le apetece. Pero yo no hablo —explicó con toda lógica— de ningún torpe animal que él pueda seguir frecuentando. Hablo de una persona que, en

la situación actual, pueda haber influido, pueda haber tenido un peso real.

—¡Eso es exactamente lo que yo hablo! —dijo la señorita Gostrey. Pero al instante expuso sus concreciones—: Yo creía que usted pensaba, o que se pensaba en Woollett, que era eso lo que los torpes animales hacían necesariamente. ¡Los torpes animales no lo hacen necesariamente! —afirmó con energía—. Detrás de todas las apariencias que indiquen lo contrario tiene que haber alguien, alguien que no sea un animal, puesto que aceptamos el milagro. ¿Quién, si no una persona así, puede explicar un milagro de esta suerte?

El hombre aceptó aquello.

—Porque el hecho en sí es la mujer.

—Una mujer. Una mujer cualquiera. Esta es una de las cosas que tienen que haber necesariamente.

—Pero usted dio a entender que era como mínimo una buena mujer.

—¿Una buena mujer? —la mujer agitó los brazos cuando soltó la carcajada—. ¡Yo diría que excelente!

—Entonces, ¿por qué la niega él?

La señorita Gostrey recapacitó durante un momento.

—Porque es demasiado buena para entrar en esto. ¿No ha visto usted —prosiguió— hasta qué punto cuenta para él?

Strether iba comprendiendo la situación paulatinamente; sin embargo, las últimas palabras le hicieron comprender además otras cosas.

—Pero ¿no queremos que sea él quien influya en *ella?*

—Bueno, se da el caso. Lo que tiene usted ante los ojos es su conducta. Debe usted perdonarle si no habla demasiado claro. En París son tácitos estos menesteres.

Strether alcanzaba a imaginárselo; pero ¡ojo!

—¿Aunque la mujer sea buena?

La mujer volvió a soltar la carcajada.

—Sí y aunque el hombre también lo sea. Siempre hay cierta prudencia en tales casos —explicó la mujer con mayor seriedad— respecto de lo que merece ser visto. Y nada hay que merezca tanto ser visto como la espontánea e insólita bondad.

—Ah, usted habla, pues, ahora —dijo Strether— de personas no refinadas.

—Me encantan —replicó ella— sus clasificaciones. Pero ¿quiere usted que le dé —preguntó—, respecto de nuestro asunto, el más sabio consejo de que soy capaz? No la considere, no la juzgue en modo alguno por ella misma. Considérela y júzguela únicamente por *él.*

El hombre tuvo por lo menos el valor de la lógica de su compañera.

—¿Porque en tal caso me resultará simpática? —Daba la impresión, con aquella imaginación tan desatada, de que ya se había dado la mentada simpatía, aunque sin perder de vista, por otro lado, el pleno alcance de lo poco que aquello convendría a su talonario— –. Pero ¿es esto lo que yo buscaba?

La mujer hubo de confesarle ciertamente que no. Pero había algo más.

—No lo piense demasiado. Hay multitud de cosas. Puede ser realmente extraordinario. No ha captado usted a nuestro hombre del todo.

Esto lo aceptó Strether por su lado; pero su agudeza, sin embargo, vino a mostrarle el peligro.

—Sí, pero ¿y si cuanto más comprendo mejor me parece él?

Bueno, ella tenía algo a mano.

—Es una posibilidad... pero que él la rechace no quiere decir, en cualquier caso, que sea por simple consideración. Hay una dificultad —dijo ella—. Es el esfuerzo por romper con ella.

Strether parpadeó ante la idea.

—¿«Romper»...?

—Bueno, quiero decir que hay cierta pugna y una parte de ésta es lo que él oculta. Tómese su tiempo: es la única forma de no cometer errores que lamentaría; entonces lo entenderá. Él quiere deshacerse de ella muy en serio.

Nuestro amigo estaba ya tan absorto por la imagen que aquello le había provocado que casi jadeaba.

—¿Después de todo lo que ella ha hecho por él?

La señorita Gostrey le dedicó una mirada que un segundo después se transformaba en una sonrisa maravillosa.

—¡No es tan bueno como usted piensa!

No le abandonaron, las palabras, digo, prometiéndole, dado su carácter de advertencia, considerable ayuda; pero el apoyo que esperaba sacar de las mismas se veía, durante cada nuevo contacto con Chad, neutralizado por otra cosa. ¿Qué podía ser esta fuerza desconcertante, se preguntaba, sino la sensación, constantemente reiterada, de que Chad *era* —insistía, de hecho, en ser— tan bueno como él pensaba? Sin saber por qué, parecía que él no podía *sino* ser tan bueno desde el momento en que no era tan malo. Hubo una serie de días, en cualquier caso, en que la relación con el joven —y su efecto inmediato, como si no pudiera surtir ningún otro— apartaba de la conciencia de Strether todo menos aquello. El pequeño Bilham llenó la escena una vez más, pero el pequeño Bilham se convirtió, incluso en medida mayor de lo que en principio había ocurrido, en una de las muchas formas de la relación total; una consecuencia acicateada, en el sentir de nuestro amigo, por un par de incidentes con los que aún hemos de tomar contacto. El mismo Waymarsh fue arrastrado al remolino para aquella ocasión; ésta lo absorbió por completo, aunque sólo temporalmente, y hubo días en que Strether parecía chocar con él como el nadador que se sumerge puede rozar un objeto submarino. El medio insondable les sostenía: los modales de Chad eran el medio insondable; y nuestro amigo se sentía como si se hubieran cruzado, en la profunda zambullida, con el ojo redondo e impersonal del silencioso pez. Ocurrió prácticamente entre ambos que Waymarsh le diera entonces su oportunidad; y el dejo de disgusto que Strether obtuvo de la concesión se le antojó no poco parecido a la turbación que había experimentado en la escuela, de niño, cuando la familia acudía a presenciar las exhibiciones. Podía actuar delante de extraños, pero los parientes eran mortales, y en aquel momento era como si, en comparación, Waymarsh fuera un pariente. Le parecía oírle decir: «¡Empieza, pues!» y saborear una premonición de concienzuda crítica doméstica. El *había* empezado en la medida en que había podido; Chad sabía ya y profusamente lo que quería; ¿y qué violencia vulgar esperaba de él su compañero de peregrinaje cuando realmente había vaciado su espíritu? Y parecía que, entre unas cosas y otras, lo que el pobre Waymarsh quería decir era: «Ya te lo dije, te dije que perderías tu alma inmortal». Pero no era menos manifiesto que además Strether tenía sus propios problemas y que, puesto que debían ir al fondo de las cosas, no derrochaba más virtud en observar a Chad que Chad en observarle a él. ¿En qué punto era peor que el de Waymarsh su chapuzón en nombre del deber? Pues *él* no necesitaba detenerse para

resistir y rechazar, no necesitaba parlamentar, en cualquier caso, con el enemigo.

Los paseos, en París, para ver lo que fuera o ir de visita a cualquier parte, eran, por consiguiente, inevitables y normales, y las últimas sesiones en el maravilloso *troisième,* el hogar encantador, cuando los hombres se apoltronaban y la imagen aumentaba su sugestión entre las brumas del tabaco, la música más o menos buena y la conversación más o menos políglota, no había que distinguirlas por principios de las de las mañanas y las tardes. Nada, hubo de reconocer Strether mientras se repantigaba y fumaba, podía parecerse menos a una escena de violencia que la más animada de tales ocasiones. Eran ocasiones de discusión, sin embargo, y Strether no había oído en su vida tantas opiniones ni tantos temas. En Woollett había opiniones, pero sólo a propósito de tres o cuatro asuntillos. Las diferencias había que armonizarlas allí; si bien eran indudablemente profundas, no obstante escasas, eran serenas: eran, como quien dice, casi tan tímidas como si la gente estuviera avergonzada de ellas. La gente mostraba poca desconfianza hacia tales cosas, por otro lado, en el Boulevard Malesherbes, y estaba tan lejos de sentir vergüenza por ellas—como, a decir verdad, por cualquier otra cosa— que a menudo parecía haberlas inventado para prevenir las convenciones que destruyen el gusto por la conversación. Nadie había hecho jamás una cosa semejante en Woollett, aunque Strether recordaba veces en que él mismo se había sentido tentado a ello sin saber del todo por qué. A la sazón comprendía por qué: no había querido sino estimular las relaciones.

No eran estos, empero, sino recuerdos entre paréntesis; y el giro que su aventura había dado en conjunto consistía, sin que cupiera la menor duda, en que si sus nervios trepidaban al máximo ello se debía a que echaba de menos la violencia. Cuando se preguntaba si nadie, en relación con esto, iba a saltar de una vez, casi habría podido creerse que se preguntaba sobre la manera de provocarla. Sería demasiado absurdo que una escena semejante se evocara en busca de alivio; ya se ha calificado suficientemente de absurdo que hubiera comenzado con conmociones y altos vuelos para obtener una sola comida aceptada. ¿Qué clase de desgraciado había esperado que fuera Chad, en cualquier caso? Strether tuvo ocasión de hacer esta pregunta, pero tuvo la precaución de formularla en privado. Podía, comparativamente reciente como era —no era sino un hecho de hacía pocos días—, mirar de frente su primitiva crudeza; pero, por lo que tocaba a la aproximación del observador, como si se tratase de una posesión ilícita, habría apartado el recuerdo de su cabeza. Había ecos de esto mismo, sin embargo, en las cartas de la señora Newsome, y también momentos en que tales ecos le hacían exclamar a propósito del deseo femenino de que tuviera tacto. Se ruborizaba, claro está, en el acto, más por la explicación que por el fondo del asunto: y se le ocurrió a tiempo de salvar sus modales que ella no habría sido, con mucho, tan delicada como él. El tacto de aquella mujer estaba en relación directa con el Océano Atlántico, la Administración General de Correos y la extravagante curvatura del globo.

Chad, cierto día, había invitado a un té, en el Boulevard Malesherbes, a unos cuantos escogidos, un grupo que de nuevo incluía a la diáfana señorita Barrace; y Strether, al salir, había dado un paseo con el conocido de quien, en sus cartas a la señora Newsome, hablaba como del pequeño artista. Había tenido multitud de ocasiones para mencionarlo como el compañero, valga la extrañeza, de la única estrecha relación personal que la observación había detectado en la existencia de Chad. El camino del pequeño Bilham de aquella tarde no era el de Strether, pero le había acompañado amablemente, pese a todo, y fue una porción de su amabilidad el que, mientras, lamentablemente, se ponía a llover, se

encontraran de pronto sentados y charlando en un café en que se habían refugiado. La intensa hora que había pasado en compañía de Chad ni siquiera se había completado; había charlado con la señorita Barrace, que le había reprochado que no hubiera ido a verla, y, por encima de todo, se le había ocurrido una feliz idea para tranquilizar la tensión nerviosa de Waymarsh. Posiblemente se podía hacer algo por este último con la idea de la conquista de dicha dama, cuya rápida detección de lo que podía entretenerla había dado cierta libertad a Strether. ¿Qué había querido decir ella sino preguntar si podía ayudar al hombre en lo tocante a su magnífico gravamen y si no podía, en cualquier caso, mantener en suspenso su santa ira, para crear así en el espíritu del amigo, incluso en un mundo de irrelevancia, la posibilidad de una relación? ¿De qué se trataba, sino de una relación que había que juzgar por lo decorativo y, en particular, dada su firmeza, que había que pasear entre volantes y flores, en un cupé forrado, por lo que Strether alcanzaba a descifrar, de brocado azul marino? A él nunca lo habían paseado, nunca, por lo menos, en un cupé y tras un lacayo. Había ido con la señorita Gostrey en cabriolé, unas cuantas veces con la señora Pocock en una calesa abierta, con la señora Newsome en un coche de cuatro asientos y, de vez en cuando, en las montañas, en un tosco carruaje; pero la verdadera aventura de su amigo trascendía su experiencia personal. Enseñaba a la sazón a su compañero con prontitud suficiente, la verdad sea dicha, lo incómoda, en calidad de monitor general, que esta curiosa cantidad última podía sentirse una vez más.

—¿A qué juego está jugando? —Un instante después señalaba que no había aludido al caballero gordo sumergido en el dominó, en el que había comenzado por posar la mirada, sino al común anfitrión de la hora anterior, respecto del que, en aquel banco de terciopelo, con un derrumbamiento final de toda coherencia, se invitó a sí mismo al sosiego de la indiscreción—. ¿Cuándo podré hacerme con él en serio?

El pequeño Bilham, que meditaba, le observó con bondad casi paternal.

—¿No le gusta esto?

Strether se echó a reír, pues el tono había sido ciertamente gracioso. Acto seguido se lanzó:

—¿Qué tiene que ver eso? Lo único que tengo derecho a enfocar con placer es la sensación de contribuir a que cambie de opinión. Por este motivo le he preguntado si cree usted que de veras lo estoy consiguiendo. ¿Es una persona —y aquí hizo lo posible por manifestar que no quería más que certezahonrada?

El compañero parecía de confianza, pero lo parecía a través de una breve, leve sonrisa.

—¿A qué persona se refiere?

Fue tras la enunciación de lo anterior cuando hicieron una muda pausa durante unos momentos.

—¿Es falso que sea hombre libre? ¿Cómo, en tal caso —preguntó Strether con perplejidad—, dispone su vida?

—¿Es Chad la persona de que usted habla? —dijo el pequeño Bilham.

Strether, con creciente esperanza, procuró reflexionar.

—Tenemos que considerarlos uno por uno. —Pero su coherencia se desvaneció—. ¿*Hay* alguna mujer de la que, claro está, tenga miedo o que lo maneje a su antojo?

—Muy encantador de su parte —observó Bilham en aquel momento—: no habérmelo preguntado antes.

—¡Oh, no estoy hecho para mi trabajo!

La exclamación se le había escapado a nuestro amigo, pero contribuyó poco a que Bilham fuera más prudente.

—Chad es un caso raro —observó con inspiración—. Ha cambiado una barbaridad —añadió.

—¿También usted lo ha notado?

—¿La forma en que ha mejorado? Oh, sí, yo creo que todos tienen que haberse dado cuenta. Pero no estoy seguro —dijo el pequeño Bilham— de que no me gustase también en su anterior circunstancia.

—¿Se trata entonces de una circunstancia realmente nueva?

—Bueno —repuso el joven tras un momento—, no creo que haya querido mejorar tanto por propia naturaleza. Es como la nueva edición de un libro antiguo al que hemos tenido cariño, corregida y aumentada, puesta al día, aunque no exactamente como la conocíamos y queríamos. En cualquier caso y sea como fuere—prosiguió—, ¿sabe?, yo no creo que esté jugando, como usted dice, a ningún juego. Creo que quiere muy en serio volver y hacerse una profesión. Y es capaz de hacerse una, ¿sabe?, que termine de mejorarlo y dilatarlo más aún. Ya no será, de ninguna de las maneras —observó el pequeño Bilham—, mi agradable, gastado y anticuado volumen. Claro que yo soy inveteradamente inmoral. Me temo que sería, todo entero, un mundo divertido: un mundo con las cosas como a mí me gustan. Presumo que debiera irme a casa y ocuparme de mis asuntos. Sólo que, más bien, sencillamente, moriría: así de sencillo. Y no tengo la menor dificultad en predisponerme a que no ocurra, en saber exactamente por qué y en defender mi terreno de todos los contendientes. Del mismo modo —resumió—, le aseguro a usted que yo no digo nada en contra, a él personalmente, es decir, a Chad. No le miento si le digo que me parece lo mejor para él. ¿Sabe usted?, no es un hombre feliz.

—¿De veras? —Strether le miraba con atención—. Me daba la sensación de que se trataba de todo lo contrario: de un caso extraordinario de equilibrio consumado y mantenido.

—Oh, hay mucha cosa oculta.

—Ah, ahí es donde está usted —exclamó Strether—. Es exactamente lo que quería saber. Usted habla del conocido volumen que se ha alterado hasta volverse irreconocible. Pues bien, ¿quién es el editor?

El pequeño Bilham le estuvo observando durante un minuto de silencio.

—Debería casarse. Sería muy oportuno. Además, quiere hacerlo.

—¿Quiere casarse con ella?

Nuevamente, durante un momento, Bilham hizo una pausa e, intuyendo que iba a recibir más información, Strether apenas sabía lo que iba a oír.

—Quiere ser libre. No está acostumbrado, ya sabe —el joven se explicaba•a su lúcida manera—, a ser tan bueno.

Strether vaciló.

—Entonces, ¿he de deducir de lo que usted me dice que es bueno?

Bilham hizo, por su lado, una nueva pausa; pero hubo una serena plenitud en su forma de componerla.

—Ha de deducirlo.

—Bueno, en tal caso, ¿por qué no es libre? Él me jura que lo es, aunque no hay nada, excepción hecha de su amabilidad para conmigo, que lo demuestre; y no podría comportarse muy de otro modo si no lo fuera. Mi pregunta se refiere precisamente a esta

extraña sensación de diplomacia; como si, en vez de estar cediendo terreno, en realidad su objetivo fuera retenerme aquí para darme un mal ejemplo.

Mientras se cumplía la media hora de estancia, Strether pagaba la cuenta y el camarero contaba el cambio. Nuestro amigo dejó una parte del mismo y, tras un ampuloso agradecimiento, el personaje en cuestión se retiró.

—Es usted demasiado generoso —se permitió observar con amabilidad el pequeño Bilham.

—Oh, siempre soy demasiado generoso —dijo Strether con un suspiro de desamparo––. Pero —prosiguió, como para apartar de sí rápidamente aquella imagen amenazadora— no ha respondido usted a mi pregunta. ¿Por qué no es libre?

El pequeño Bilham se había levantado como si la transacción con el camarero hubiera sido una señal y se había situado ya entre la mesa y el diván. El resultado de esta operación fue que un minuto más tarde abandonaban el lugar, el recompensado camarero, otra vez alerta, situado ya en la puerta. Strether se había sorprendido cediendo ante la brusquedad del compañero consistente en la alusión de que sería satisfecho en su pregunta en cuanto se encontrasen menos acompañados. Y esto ocurrió cuando, tras unos cuantos pasos por el exterior, doblaron la esquina más cercana. Nuestro amigo volvió a exponerla allí.

—¿Por qué no es libre, si es bueno?

El pequeño Bilham le miró de hito en hito.

—Porque se trata de un vínculo virtuoso.

Había satisfecho esto la pregunta con tanta eficacia por entonces —es decir, durante los días que siguieron— que casi había devuelto la vitalidad a Strether. Hay que añadir, sin embargo, que, gracias a su frecuente hábito de agitar la botella en que la vida le ofrecía el vino de la experiencia, que a la sazón se encontraba, como de costumbre, con que saboreaba hasta las heces. Su imaginación, en otras palabras, se había puesto a funcionar ya con la afirmación del joven amigo; de donde surgió algo que hubo de brotar en la precisa ocasión siguiente de ver a María Gostrey. Esta ocasión, además, había estado determinada por una nueva circunstancia: una circunstancia respecto de la que él era el último hombre en dejar a la mujer en la ignorancia durante un solo día.

—Cuando le dije anoche —dijo inmediatamente— que sin una palabra suya, concreta e inmediata, que me capacitase para hablar a los de allá acerca de nuestra partida, o por lo menos de la mía, para notificarles alguna fecha, mi responsabilidad se tornaba molesta y mi situación incómoda; cuando le dije esto, ¿qué cree usted que me respondió? —Y acto seguido, cuando, esta vez, se abstuvo la mujer de hablar—: Bueno, pues que tiene dos amigas especiales, dos señoras, madre e hija, a punto de llegar a París tras cierta ausencia; y que quiere tan enérgicamente presentármelas, que las conozca y que me sean simpáticas que debo complacerle no poniendo en crisis, con toda amabilidad, nuestro asunto hasta que haya tenido oportunidad de verlas otra vez. ¿Es así —preguntó Strether como prepara su marcha? Son las personas —manifestó— que sin duda fue a ver antes de que yo llegara. Las mejores amigas que tiene en el mundo y las que más se interesan por cuanto le afecta a él. Y como yo soy el mejor amigo que les sigue en la escala, ve mil razones por las que debemos conocernos con complacencia. No abordó antes el tema porque su llegada era insegura y, de hecho, parecía imposible incluso en este momento. Pero no ha hecho más que insinuar que, créalo, su deseo de ampliar mi círculo de amistades está en relación con los irresueltos problemas de ellas.

—¿Y se mueren de ganas de verle? —preguntó la señorita Gostrey.

—Se mueren. Naturalmente —dijo Strether—, ellas son el vínculo virtuoso. —Él ya le había contado aquello: la había visto durante el día siguiente al que hablara con el pequeño Bilham; y se habían puesto a discutir entonces las implicaciones de la revelación. Ella le había ayudado a poner en buena lógica lo que el pequeño Bilham le había entregado con ciertas deficiencias. Strether no había presionado al joven respecto del objeto de la preferencia tan inesperadamente descrita; porque experimentaba, en presencia de aquello, con uno de sus irreprimibles escrúpulos, una delicadeza a partir de la cual, en la búsqueda del muy otro elemento, había conseguido liberarse con suficiencia. Se había cuidado, como por un menudo principio de orgullo, de permitir que su joven amigo mencionara un nombre; pues deseaba hacer ver, con esto, que los virtuosos vínculos de Chad no eran asunto suyo. No había querido, desde el principio, pensar demasiado en su dignidad; pero esto no era motivo para no permitir que se diera algún pequeño beneficio. A menudo se había preguntado en qué medida pasaría por interesada su interferencia; de manera que no había carencia de lujo en permitir que se viese, siempre que pudiera, que él no cometía injerencias. Que, por supuesto, no le había privado, paralelamente, del lujo complementario de muy íntimo aturdimiento; el cual, sin embargo, había sometido a cierto orden antes de comunicar lo que sabía. Cuando hubo hecho esto, por fin, no fue sin la observación de que, por muy sorprendida que ella, al igual que él, pudiera haber estado al principio, la mujer había de convenir probablemente con él en que tal estado de cosas, a fin de cuentas, encajaba con las confirmadas apariencias. Nada, a decir verdad, en todas aquellas indicaciones, habría podido significar un cambio mayor que un vínculo virtuoso, y puesto que habían andado en busca de la «palabra», como decían los franceses, de aquel cambio, la revelación del pequeño Bilham —aunque tan prolongada y extrañamente diferida— serviría tan a la perfección como cualquier otra. La mujer había asegurado a Strether, luego de una pausa, que cuanto más reflexionaba sobre dicha revelación tanto más útil se le antojaba; pese a todo, aquella muestra de seguridad femenina no importó tanto al hombre como el hecho de que, antes de separarse, no se hubiera atrevido el hombre a tantear la sinceridad de la mujer. ¿No creía ella que el vínculo en cuestión era virtuoso?: con la ayuda de esta pregunta había de asegurarse el hombre de la opinión de la mujer en otra ocasión. Las noticias que dio a la susodicha en el curso de esta segunda ocasión fueron, por si fuera poco, de tal índole que habrían de contribuir a asegurarse más aún. Ella pareció al principio, sin embargo, únicamente divertida.

—¿Dice usted que son dos? Una relación con ambas tiene que ser, me parece a mí, necesariamente inocente.

Nuestro amigo consideró la opinión, pero tenía ya un hilo cogido.

—¿No puede encontrarse todavía en la etapa de no saber con seguridad cuál de las dos, madre o hija, le gusta más?

La mujer seguía reflexionando.

—Oh, sin duda la hija... por la edad.

—Es posible. Sin embargo, ¿qué sabemos —preguntó Strether— acerca de ella? Tal vez sea lo bastante mayor.

—¿Bastante para qué?

—Bueno, para casarse con Chad. ¿Sabe?, es posible que sea eso lo que quieran. Y si Chad lo desea también y asimismo el pequeño Bilham, e incluso *nosotros,* en caso de

necesidad, aportáramos lo nuestro, es decir, si ella no impide la repatriación, bueno, puede ser que aún nos embarquemos.

Ocurríale siempre en tales conversaciones que las observaciones femeninas[*], según iban surgiendo, parecían caer en un profundo pozo. En cualquier caso tuvo que esperar un momento para sentir la ligera salpicadura de la siguiente:

—Si el señor Newsome quiere casarse con la joven no entiendo por qué no lo ha hecho ya o no se ha preparado sin que se le notificase a usted. Y si lo que quiere es casarse con ella y estar en buenas relaciones con las dos, ¿por qué no es «libre»?

Strether, muy interesado, se preguntó aquello también.

—A lo mejor no le gusta a la muchacha.

—Entonces ¿por qué habla de ellas como lo hace?

El cerebro de Strether repitió la pregunta, pero procuró salirle al encuentro.

—Es posible que las buenas relaciones las mantenga con la madre.

—¿A diferencia de la hija?

—Bueno, si lo que hace ella es convencer a la hija para que acepte al joven, ¿qué otra cosa podría hacer la madre en favor suyo? Claro que —dijo Strether—, ¿por qué no iba la hija a aceptarle?

—Oh —dijo la señorita Gostrey—, ¿es que no puede haber nadie menos impresionado por él que usted?

—¿Quiere usted decir que no le considera un joven «de partido»? ¿A esto es a lo que he venido? —preguntó audible y más bien seriamente—. Sin embargo —prosiguió— lo que más desea la madre de Chad es el matrimonio de éste, es decir, si nos sirve de algo. Aunque, ¿acaso no nos ayudaría *cualquier* matrimonio? Deben querer —ya había cavilado él al respecto— lo mejor para él. Casi todas las mujeres con que podría casarse tendrían un interés directo en hacerse cargo de sus posibilidades. No convendría *a ella* que él las desperdiciase.

La señorita Gostrey discutió aquello.

—No: usted se desenvuelve la mar de bien. Pero, claro, por otro lado está siempre el entrañable y viejo Woollett.

—Oh, claro —meditó el hombre—, siempre está el entrañable y viejo Woollett.

La mujer hizo una breve pausa.

—Es posible que la damisela no se vea capaz de engullir *tanto.* Tal vez piense que es un precio demasiado alto. Acaso compare las opciones detenidamente.

Strether, inagotable en estas conversaciones, tomó la palabra a su vez.

—Todo dependerá de quién sea ella. Esto, naturalmente, la probada capacidad para entendérselas con el entrañable y viejo Woollett, ya que estoy seguro de que ella tiene relaciones con éste, es lo que más cuenta para Mamie.

—¿Mamie?

El hombre se detuvo durante un instante, al percatarse del tono femenino, delante de la mujer; luego, no obstante percibir que aquello no representaba vaguedad, sino absoluta confusión momentánea, permitió el estallido de su propia exclamación:

---

[*] La edición que seguimos en esta traducción, preparada por R. W. Stallman, sitúa una nota a pie de página en este pasaje, informando que otras ediciones dicen *his remarks* en lugar de *her remarks,* esto es, «observaciones del hombre» en lugar de «observaciones de la mujer». La edición Penguin, que cotejamos en los fragmentos de sintaxis confusa (y no son escasos), dice asimismo *her.* Juzgue el lector la conveniencia de uno u otro posesivo. *(N. del T.)*

—¡No habrá olvidado usted lo de Mamie!

—No, no me he olvidado de lo de Mamie —dijo ella con una sonrisa—. No hay duda de que, sea lo que fuere, hay mucho que decir en favor de ella. ¡Mamie es *mi* personaje clave! —afirmó llanamente.

Strether reanudó su paseo durante unos instantes.

—Es sumamente encantadora, ya sabe; mucho más guapa que las chicas que llevo vistas aquí.

—Eso es justamente sobre lo que quizá más me he apoyado. —Y meditó durante un momento a la manera de su amigo—: Decididamente, me gustaría hacerme con ella.

El hombre acogió de buen humor la fantasía, aunque, ciertamente, acabó desaprobándola.

—Oh, no se pase usted al bando de ella, llevada de su celo. Yo la necesito al máximo y no puedo, ya sabe, sufrir el abandono. Pero ella persistía.

—Si en virtud del excelente uso que yo podría hacer de ella me la mandasen tan sólo.

—Si la conocieran a usted —replicó él— se la enviarían.

—Ah, pero ¿es que no me conocen? ¿Después de que, si no le he entendido mal, usted les ha hablado de mí?

Él se había detenido otra vez delante de ella, pero continuó su itinerario.

—*Quieren,* en vista, según dice usted, de mis actos. —Con lo que abordó el detalle que, a fin de cuentas, más le interesaba—. Al parecer se descubre ya el juego de nuestro, joven. No ha estado haciendo otra cosa: retenerme desde el principio. Las estaba esperando a ellas.

La señorita Gostrey frunció los labios.

—¡Y usted ve en ello un buen entendimiento!

—Dudo que sepa ver tanto como usted. ¿Quiere hacerme creer acaso —prosiguió— que usted no ve...?

—Bueno, ¿qué? —presionó ella cuando el hombre se detuvo.

—Bueno, que tiene que haber muchas cosas entre ellas... y que ha sido así desde el principio, incluso desde antes de que yo apareciese.

La mujer se tomó un minuto para responder.

—¿Quiénes son ellas... ya que la cosa es tan seria?

—Es posible que no sea seria: a lo mejor es graciosa. Pero en cualquier caso es notable. Sólo que yo no sé —hubo de admitir Strether— nada de ellas. Su nombre, por ejemplo, era algo que, luego de la información del pequeño Bilham, me revitalizaba no sentirme obligado a indagar.

—Oh —replicó ella—, si piensa usted que va a escaparse...

La carcajada femenina provocó en él un momentáneo malhumor.

—No pienso que vaya a escapar. Lo único que pienso es que tengo un respiro durante cinco minutos. Me atrevo a decir que, en el mejor de los casos, *tendré* que continuar. —Cruzaron una detenida mirada y al cabo de un instante el hombre recuperaba el buen humor—. No tengo, sin embargo, el menor interés por saber su nombre.

—¿Ni siquiera su nacionalidad? ¿Norteamericana, francesa, inglesa, polaca?

—Me importa un comino —dijo sonriendo— su nacionalidad. Sería estupendo que fueran polacas —añadió casi inmediatamente.

—Estupendo, sin duda. —La transición espoleó su ingenio—. De modo que sí le importa.

El hombre rindió al argumento una modificada justicia.

—Creo que me importaría si *fueran* polacas. Sí —recapacitó—, puede que sea divertido.

—Esperémoslo, pues. —Pero tras esto se acercó un poco más al punto decisivo—. Si la chica está en edad adecuada, está claro que la madre no puede estarlo. Lo digo por el vínculo virtuoso. Si la muchacha tiene veinte años, y no puede tener menos, la madre ha de tener cuarenta como mínimo. Esto descarta a la madre. Es demasiado mayor para él.

Strether, detenido otra vez, consideró aquello y expuso sus peros.

—¿Lo cree usted así? ¿Piensa que hay *alguien* que sea demasiado mayor para él? Yo tengo ochenta y soy demasiado joven. Aunque tal vez la muchacha —continuó— no tenga veinte. Es posible que sólo tenga diez, pero con tanto encanto que Chad encuentre atractivo su trato. Acaso sólo cinco. A lo mejor la madre no tiene sino veinticinco y sea una viuda joven y agradable.

La señorita Gostrey acarició la sugerencia.

—¿Es viuda, entonces?

—No tengo la menor idea. —Nuevamente, a despecho de aquella vaguedad, intercambiaron una mirada: una mirada que fue, acaso, la más prolongada. De hecho, lo siguiente que arguyeron, pareció necesitar una explicación; cosa que ocurrió del mejor modo posible—. Yo sólo creo lo que ya le he dicho: que él tiene sus motivos.

La imaginación de la señorita Gostrey había emprendido su propio vuelo.

—A lo mejor *no* es viuda.

Strether pareció aceptar la posibilidad con reservas. Sin embargo lo aceptó.

—Ahí tenemos por qué la relación, si lo es con ella, es virtuosa.

Pero la mujer apenas si pareció escucharle.

—¿Por qué ha de ser virtuosa si, dado que ella es libre, nada hay que imponga tal condición?

El hombre se rió de aquella pregunta.

—Oh, quizá haya exagerado yo en cuanto a la virtud. ¿Cree usted que sólo puede ser virtuosa la relación, cualquiera que sea el valor que demos al término, si ella *no* es libre? ¿Qué es, entonces, lo que corresponde —preguntó— a esta mujer?

—Ah, ésa es cuestión aparte. —El hombre nada dijo por el momento y la mujer no tardó en continuar—. Me atrevería a decir que tiene usted razón, en cualquier caso, respecto del pequeño plan del señor Newsome. Le *ha* estado probando: ha estado informando de usted a sus amigas.

Strether, mientras tanto, había tenido tiempo de pensar un poco.

—¿Dónde está, pues, su rectitud?

—Bueno, como decimos nosotros, lucha, se esfuerza, se afirma en la medida en que puede. Nosotros podemos estar de parte, ya ve, de su rectitud. Podemos ayudarle. Pero él ha descubierto ya —dijo la señorita Gostrey— que usted va a hacerlo.

—¿Hacerlo por qué?

—Caramba, por *ellas,* por *ces dames.* El le ha observado, analizado, usted le ha gustado... y ha admitido que *deben.* Es un gran elogio para usted, querido; pues estoy segura de que son personas especiales. Le espera a usted el éxito. Caramba —afirmó la mujer con alegría—, ¡como que ya lo tiene!

El hombre asimiló aquellas cosas con paciencia momentánea y acto seguido se volvió con brusquedad. Siempre le convenía que hubiera muchas cosas bellas que mirar en el

aposento femenino. Pero el examen de un par de ellas pronto pareció haber determinado una conversación que poco tenía que ver con las mismas.

—¡Usted no se lo cree!

—¿El qué?

—El carácter de la relación. Su inocencia. La mujer se defendió.

—No pretendo conocer nada al respecto. Todo es posible. Debemos ver antes.

—¿Ver? —repitió él con un gemido—. ¿No hemos visto bastante?

—Yo no —dijo ella con una sonrisa.

—¿Supone usted que el pequeño Bilham ha mentido?

—Debe usted averiguarlo.

Aquello casi hizo palidecer al hombre.

—¿Averiguar más?

El hombre se había dejado caer en su sofá, desfallecido; pero pareció que era la mujer, que estaba muy cerca de él, la que iba a decir la última palabra.

—¿Acaso no ha venido usted para averiguarlo *todo?*

Libro quinto

I

El domingo de la semana siguiente fue un día maravilloso y Chad Newsome hizo que su amigo supiera por anticipado que ya se había asegurado al respecto. Se había planteado ya la cuestión de que lo llevase a ver al gran Gloriani, que estaba en casa los domingos por la tarde y en cuya casa, por regla general, había menos previsible aburrimiento que en otra parte; pero el proyecto, en virtud de no sé qué accidente, no había tenido aplicación instantánea. A la sazón, sin embargo, hubo de resucitarse en más felices circunstancias. Chad había señalado que el celebrado escultor poseía un jardín tan antiguo como singular, respecto del cual —primavera al cabo, plena y radiante— el tiempo era favorable; y dos o tres subsiguientes alusiones vinieron a confirmar a Strether la expectativa de algo especial. Por entonces, él se había dejado llevar temerariamente, a pesar de todas las presentaciones y aventuras, y acariciaba la idea de que, le enseñase el joven lo que le enseñara, era él quien, a fin de cuentas, se enseñaba a sí mismo. A decir verdad, habría podido desear, mientras sucedían estas cosas, que Chad fuera menos un simple cicerone, pues no estaba privado de la sensación, ahora que la imagen de su juego, su plan, su docta diplomacia, se había afirmado, de que buscaba refugio ante las realidades de su vida social en el fácil chantaje, como nuestro amigo decía para sí, del *panem et circenses.* Nuestro amigo seguía sintiéndose bastante contenido en cuanto a emociones[*], aunque hacía en sus restantes momentos la irritada inferencia de que aquello se debía únicamente a su innata y odiosa suspicacia respecto de cualquier forma de

[*] *Sensations;* pero *flowers* en la ed. Penguin. Aceptada la inexistencia de errata, la elección de Penguin permite suponer, en virtud de acepciones ya desusadas o simplemente familiares, que las *sensations* en cuestión se refieren a las mujeres. *(N. del T.)*

belleza. Periódicamente se decía a sí mismo —pues sus reacciones eran bruscas— que no debía conocer la verdad de nada mientras no se desembarazase primero de aquello.

Había sabido de antemano que Mme. de Vionnet y su hija estarían visibles probablemente, intimación que había constituido la única referencia de Chad respecto de sus buenas amigas del sur. El efecto surtido por la conversación sobre ellas sostenida por Strether y la señorita Gostrey había bastado para consagrar su pusilanimidad al espionaje; algo contenido en el mismo aire del silencio de Chad —juzgado a la luz de la conversación antedicha— le ofrecía como una reserva con que podía compaginar a las claras. Esto las envolvía con lo que él apenas sabía: una consideración, una distinción; estaría delante, de todos modos —mientras la circunstancia mencionada lo situase allí—, de dos señoras, y lo único que estaba claro para él era que ellas, a su vez, en la medida de la responsabilidad masculina, estarían en presencia de un caballero. ¿Era porque ambas eran muy hermosas, muy inteligentes, incluso muy buenas? ¿Era por uno de estos motivos por lo que Chad estaba, por así decir, acicateando su impresión? ¿Quería catapultarlas, según frase de Woollett, con la máxima fuerza—para confundir su espíritu crítico, por insignificante que fuera éste—, con alguna forma de mérito exquisitamente incalculable? En última instancia, lo más que había preguntado a su compañero era si las personas en cuestión eran francesas, inquisición que no había sido sino apropiado comentario al sonido de su nombre.

—Sí. ¡Es decir, no! —había sido la respuesta de Chad, aunque había añadido a continuación que el inglés de las dos mujeres era el más encantador del mundo, de modo que si lo que Strether andaba buscando era un pretexto para no hacer buenas migas con ellas no encontraría ninguno. A decir verdad, nunca —con el humor en que el lugar le había sumido rápidamente— había sentido Strether menos necesidad de un pretexto. Los que habría podido encontrar habrían sido, en el peor de los casos, pretextos para con los demás, para con las personas que estaban ante él, en cuya libertad para ser como eran sabía él que se regocijaba sin vacilaciones. Los huéspedes de su compañero se multiplicaban y aquellas cosas, su libertad, su intensidad, su variedad, su dilatada situación se fundían en el admirable medio del escenario.

El lugar mismo causaba una gran impresión: un pabellón pequeño, de fachada despejada y apartado, un efecto de *parquet* pulimentado, de paneles blancos y delicados, y dorados amarillentos y superfluos, decoración refinada y rara en el centro del Faubourg St.-Germain y en la periferia de un apiñamiento de jardines adjuntos a nobles y antiguas casas. Alejado de las calles e insospechado por la multitud, alcanzable por mediación de un largo pasaje y un patio tranquilo, sorprendía tanto a la atención no preparada, cuando en el acto se veía, como un tesoro que se desentierra; produciendo en dicho ánimo, además, la nota, principalmente, de la categoría de la ciudad inconmensurable y barriendo de un golpe los habituales mojones y fronteras. Fue en el jardín, un anexo espacioso y cuidado al que ya se había trasladado una docena de personas, donde el huésped de Chad las conoció; mientras los altos árboles, asediados por los pájaros y agitados a causa del tiempo y la primavera, y los elevados muros, al otro lado de los cuales se alzaban severos *hôtels* en su intimidad, hablaban de supervivencia, transmisión, asociación, un orden notable, indiferente, persistente. El día era tan apacible que el pequeño grupo se había trasladado al aire libre; pero el aire libre, dadas las circunstancias, era todo un consejo de estado. Strether tenía en aquel momento la sensación de estar en un gran convento, un convento misional, célebre por lo poco que

sabía, un plantel de jóvenes sacerdotes, de sombras dispersas de callejones rectos y campanas de iglesia que arrojaban su masa en una dirección; intuía nombres en el aire, fantasmas en las ventanas, señales e indicios, toda una gama de expresiones a su alrededor, demasiado densa para la rápida distinción.

Aquel asalto de imágenes se convirtió por un momento, en el domicilio del distinguido escultor, casi en esplendoroso. Gloriani le mostró, con absoluta confianza, cuando Chad se lo presentó, una cara desmejorada, bella y de rasgos delicados, una cara que era como una carta abierta y escrita en idioma extraño. Con el genio en los ojos, los modales en los labios, su prolongada experiencia profesional a sus espaldas y sus medallas y recompensas alrededor, el gran artista, en el decurso de una sola y sostenida mirada y unas pocas palabras de aprecio en la presentación, impresionó a nuestro amigo como un deslumbrante prodigio de persona. Strether había visto en los museos —en el Luxemburgo, así como, con mayor reverencia, en días pasados, en el Nueva York de los multimillonarios las obras de aquellas manos; sin desconocer asimismo que, tras una primera época en su Roma natal, había emigrado, en plena actividad profesional, a París, donde, con lustre personal casi violento, brillaba en medio de una constelación; todo lo cual era más que suficiente para coronarlo, según el invitado, con la luz, con el poema de la gloria. Strether, en contacto con ese elemento con que nunca había intimado tanto, tenía plena conciencia de estar abriéndole, durante el feliz instante, todas las ventanas de su intelecto, de dejar que su interioridad más bien mediocre se embriagase por una vez con el sol de un clima no advertido en su vieja geografía. Iba a ver más de una vez, en el recuerdo, el rostro redondo del italiano, en que cada rasgo era el rasgo propio de un artista, en que el tiempo hablaba sólo en calidad de buen tono y consagración; y había de recordar en especial, como la penetrante radiación, acto comunicativo del ilustre espíritu, la manera en que, mientras estaban brevemente, para la recepción y las presentaciones, cara a cara, le habían mirado ininterrumpidamente los ojos del escultor. No los olvidaría demasiado pronto, antes bien pensaría en ellos, por inconscientes, carentes de intención y preocupados que fueran, como la matriz del más profundo sondeo intelectual a que había sido sometido en su vida. Iba, en efecto, a fomentar generosamente su perspectiva del hecho, a jugar con ésta en el curso de las horas ociosas; no hablando del acontecimiento con nadie y firme sabedor de que no podría hablar sin parecer que decía insensateces. ¿Le había contado dicho acontecimiento o le había pedido el mayor de los misterios? ¿Se trataba del más especial de los destellos, sin igual, supremo, de la antorcha estética, que iluminaba aquel maravilloso mundo para siempre, o se trataba, ante todo, del largo y derecho dardo que se clava gracias a la agudeza personal que la vida ha asegurado al acero? Nada habría resultado más extraño y nadie, sin duda, se habría sorprendido más que el artista mismo, pero fue, ni que decir tiene, para Strether, en aquellos instantes, como si en relación con su aceptada misión hubiera sido sometido a juicio. La intensa experiencia humana de la encantadora sonrisa de Gloriani —¡oh, cuánta vida ocultaba!— había caído sobre él como prueba de su temple.

Chad, mientras tanto, tras haber mencionado su nombre con desenvoltura, se había alejado con desenvoltura no menor y saludaba ya a otras personas. Era Chad tan desenvuelto y artero con el gran artista como con su oscuro compatriota, y tan desenvuelto con todos los demás como con ellos. Esto ocupó su lugar en las consideraciones de Strether y arrojó casi una nueva luz, proporcionándole, como por concatenación, algo más de que gozar. Simpatizaba con Gloriani, pero no habría de

volver a verle; de esto estaba del todo seguro. Chad, en consecuencia, que tan estupendo era con ambos, era una especie de vínculo para la desesperanzada fantasía, una implicación de posibilidades... ¡oh, si todo hubiera sido diferente! Strether observó, de todos modos, que estaba así en consonancia con los espíritus ilustres y también que —sí, distintamente— al final no se había jactado de ello. Nuestro amigo no había ido allí sólo por aquella figura del hijo de Abel Newsome, pero ésta amenazaba afectar al observador como factor incuestionablemente central. Gloriani, en efecto, tras recordar no sé qué y musitar una disculpa, fue en busca de Chad para hablar con él y Strether se quedó meditando multitud de cosas. Una de éstas era la cuestión de si, puesto que lo habían probado, había pasado la prueba. ¿Le había abandonado el artista tras descubrir que no? Intuía que en aquella precisa jornada podía desenvolverse mejor que de costumbre. ¿No se había conducido suficientemente bien, en este sentido, al sentirse tan deslumbrado y al no haber, asimismo, según a medias creía, ocultado enteramente a su anfitrión que intuía la indagación[*] del segundo? De pronto, por la otra parte del jardín, vio que se acercaba el pequeño Bilham y una parte del impulso que le dominaba consistió en que, cuando los ojos de ambos se encontraron, adivinase lo que *él* sabía. Si le hubiera dicho al instante lo que predominaba, habría manifestado: *«¿He* pasado la prueba? Pues, naturalmente, sé que hay que pasar una». El pequeño Bilham le habría tranquilizado, le habría dicho que exageraba y habría alegado felizmente el argumento de la propia presencia del pequeño Bilham, que, a decir verdad, según podía ver, se comportaba tan desenvueltamente como el propio Gloriani o Chad. Al cabo de un rato tal vez dejaría de estar asustado, buscaría el punto de vista adecuado para algunas de las caras —tipos enormemente extraños, extraños para Woollett— que ya había empezado a tener en cuenta. ¿Quiénes eran todos aquellos, los grupos y parejas repartidos, las damas, más chocantes incluso para Woollett que los caballeros?: no otra fue la pregunta que, una vez que le hubo saludado el joven amigo, se sorprendió formulándose a sí mismo.

—Oh, ellos son todos: de todas las clases y tamaños; quiero decir, claro está, dentro de un limite, aunque los limites se rompen quizá con mayor frecuencia que se establecen. Siempre hay artistas: él es estupendo e inimitable con el *cher confrère; y* también *gros bonnets* de todas las especies: embajadores, ministros, banqueros, generales, ¿qué sé yo?, incluso judíos. En primer lugar, siempre, algunas mujeres extraordinariamente agradables, aunque nunca demasiado; a veces una actriz, un artista, un intérprete, pero sólo si no eran monstruos; y, especialmente, las apropiadas *femmes du monde.* Puede usted imaginarse su historia en este sentido: para mí es fabulosa; *nunca* le contrarían. Y sin embargo los tiene en un puño: nadie sabe cómo se las ingenia; es demasiado hermoso y apacible. Nunca demasiado, pero al mismo tiempo lo superior; un surtido sencillamente perfecto. Aunque nunca se aburre nadie; siempre ha sido así; él tiene un secreto. Es extraordinario. Y uno no llega a descubrirlo. Es igual para todos. No hace preguntas.

—Ah, ¿no? —Strether se echó a reír.

Bilham interpretó aquello con la mayor inocencia.

—¿Cómo, si no, estaría yo aquí?

—Oh, a causa de lo que usted me ha dicho. Forma usted parte del surtido perfecto.

Bueno, el joven se hizo cargo del conjunto:

---

[*] *Plummet* en la Ed. Penguin, esto es, «plomada». Adviértase que, al igual que en la variante observada más arriba, James corrigió las galeradas de 1903 con tendencia a eliminar las alusiones a objetos concretos. *(N. del T.)*

—Parece que hoy es bastante bueno.

Strether siguió la dirección de su mirada.

—¿Son todas, esta vez, *femmes du monde?*

El pequeño Bilham puso de manifiesto su competencia.

—Medianamente.

Era aquella una categoría para la que nuestro amigo tenía sus sentimientos particulares; una luz, romántica y misteriosa, sobre el elemento femenino, en que se gozó contemplarlo durante unos momentos.

—¿Hay alguna polaca?

El compañero lo comprobó.

—Me parece distinguir a una portuguesa[*]. Pero he visto turcas.

Strether se quedó cavilando, deseoso de justicia.

—Parecen, las mujeres digo, muy armoniosas.

—Oh, de cerca es innegable. —Y a continuación, mientras Strether recelaba su temor de tales proximidades, aunque concediéndose otra vez el detalle de las armonías—: Bueno—prosiguió el pequeño Bilham—, esto es, en el peor de los casos, ya sabe, algo que está muy bien. Si le prueba y piensa de esta manera, ello pone de relieve que uno no está desplazado. Pero siempre se sabe todo —añadió con elegancia— inmediatamente.

A Strether le probaba y pensaba de aquella manera sencillamente en demasía; de modo que:

—Por favor, conmigo nada de trampas —murmuró con notable desamparo.

—Bueno —replicó el joven—, es que es un hombre maravillosamente amable con *nosotros*.

—¿Con nosotros los norteamericanos, dice usted?

—Oh, no: él no sabe nada de *eso*. Buena parte del problema consiste en que aquí nunca se oye hablar de política. Olvidémosla. A lo que yo me refiero es a los jóvenes desgraciados de todos los colores. Y, sin embargo, siempre resulta tan encantador como lo que usted ve ahora; es como si, por algo que hubiera en el ambiente, no se nos notara la miseria. Esto nos hace retroceder al siglo pasado.

—Me temo —dijo Strether, divertido—, que a mí me hace más bien avanzar; oh, y muy lejos.

—¿Al próximo? ¿No será sólo —preguntó el pequeño Bilham— porque pertenece usted al siglo anterior?

—¿Al siglo anterior al pasado? ¡Gracias! —dijo Strether riendo—. Si le preguntase por alguna de esas señoras, difícil me sería, espécimen del rococó como soy, complacerla.

—Oh, todo lo contrario; ellos adoran, todos los de aquí adoramos el rococó; ¿y qué mejor lugar para esta adoración que el sitio en que estamos, con el pabellón y el jardín? Hay muchos aquí —el pequeño Bilham sonrió mientras miraba a su alrededor— que tienen colecciones. ¡Está usted a salvo!

Aquello hizo que, durante un momento, se entregara de nuevo a la observación. Había rostros de los que apenas si sabía decir nada. ¿Eran encantadores o únicamente extraños?

---

[*] *Portuguese* en la ed. que seguimos; la ed. Penguin, que reproduce un texto con ligeras variantes, dice *Portugee.* Según el *Dictionary of historical slang,* de Eric Partridge, este segundo vocablo alude, en la jerga marinera, a cualquier extranjero que no sea francés. *(N. del T.)*

No podía hablar de política y sin embargo sospechaba la presencia de más de un polaco. Consecuencia de lo cual fue la pregunta que formuló volviendo la cabeza cuando el amigo se hubo reunido con él.

—¿Han llegado ya Mme. de Vionnet y su hija?

—Aún no las he visto, pero quien ha llegado es la señorita Gostrey. Está en el pabellón admirando los objetos. Salta a la legua que es una coleccionista —añadió el pequeño Bilham sin ánimo de ofender.

—Oh, sí, es coleccionista y sabía que iba a venir. ¿Es también coleccionista Mme. de Vionnet? —agregó Strether.

—Un poco, según creo; casi celebrada. —El joven, tras aquello, miró a su amigo directamente a los ojos, pero no fue sino un instante—. Ya sé, gracias a Chad, a quien vi anoche, que ellas iban a volver; pero ayer. No estaba seguro hasta que ocurriese. Esta será, por consiguiente —añadió el pequeño Bilham—, si es que ya están aquí, su primera aparición tras su regreso.

Strether, sin dilación, se cogió a una de las cosas que había oído.

—¿Se lo dijo Chad anoche? A mí, mientras veníamos, no me dijo nada al respecto.

—¿Se lo preguntó usted?

Strether justipreció la situación.

—Me temo que no.

—Bueno —dijo el pequeño Bilham—, no es usted persona a quien se pueda decir fácilmente nada que usted no quiera saber. Aunque no es tan difícil, lo admito, sino más bien hermoso —añadió con amabilidad— cuando usted quiere.

Strether le miró con una satisfacción adecuada a su inteligencia.

—¿Es ésa la profunda meditación por la que, en relación con esas señoras, ha estado usted tan callado?

El pequeño Bilham sopesó la profundidad de la meditación.

—No he estado callado. Le hablé a usted de ellas el otro día, el día que paseamos juntos tras tomar el té con Chad.

Strether volvió en sí al oír aquello.

—¿Son ellas, pues, el vínculo virtuoso?

—Lo único que puedo decirle es que ellas han pasado por ahí. Pero ¿no es suficiente? ¿Qué más que una vana apariencia conoce el más sabio de nosotros? Le recomiendo —afirmó el joven con placentero hincapié— la vana apariencia.

Strether miró ampliamente a su alrededor y lo que vio, cara tras cara, intensificó el efecto de las palabras del joven amigo.

—¿Es tan buena?

—Magnífica.

Strether hizo una pausa.

—¿Ha muerto el marido?

—No, querido. Vive.

—¡ Oh! —exclamó Strether. Tras lo cual, en tanto su compañero reía—: ¿Cómo es posible, entonces, que sea tan buena?

—Ya lo sabrá. Es algo que siempre se ve.

—¿Está enamorado Chad de la hija?

—Eso es lo que he querido decir.

Strether estaba asombrado.

—¿Dónde está la dificultad, entonces?

—Caramba, ¿no lo somos usted y yo... con nuestras más grandes y atrevidas ideas?

—¡Las mías! —exclamó Strether con cierta extrañeza. Pero como si quisiera atenuar lo dicho—: ¿Quiere usted decir que no sabrán nada de Woollett?

El pequeño Bilham sonrió.

—¿No es eso lo que ha de averiguar usted?

Esto hubo de ponerles, pues la mujer captó las últimas palabras, en contacto con la señorita Barrace, a quien ya había divisado Strether —ya que él nunca había visto a una dama en una reunión— paseando sola. Al acercarse a los hombres, la mujer había comenzado a hablar y hechóse cargo de todo, mediante sus impertinentes de largo mango, con su gracioso y congraciante porte.

—¡Cuánto, mi pobre señor Strether, parece haber visto usted! Pero no podrá decir —afirmó la mujer alegrementeque no hago lo que puedo por ayudarle. El señor Waymarsh ya está instalado. Lo he dejado en la casa con la señorita Gostrey.

—¡Vaya forma —exclamó el pequeño Bilham— que tiene el señor Strether de convencer a las mujeres para que se pongan a su servicio! Ahora se prepara para meterse en el bolsillo a otra; le ha echado el ojo, ¿se da cuenta?, a Mme. de Vionnet.

—¿A Mme. de Vionnet? ¡Oh, oh, oh! —exclamó la señorita Barrace en maravilloso crescendo. Pero nuestro amigo sabía que había más cosas de las que captaba el oído. ¿Era una broma, a fin de cuentas, que debiera comportarse con seriedad en todo? Como fuera, envidiaba a la señorita Barrace, envidiaba su capacidad para no tener que hacerlo. Parecía la mujer, con sus gritos y protestas, sus rápidas percataciones, sus movimientos semejantes a bruscos ademanes de pájaro que picotea con alegría, estar ante la vida como ante algún escaparate atiborrado. Podía oírse con toda claridad, mientras elegía y señalaba, el leve golpeteo del carey contra el cristal—. Está claro que necesitamos abrir el ojo; pero me alegro de que no sea yo quien tiene que hacerlo. Así se empieza, no hay duda; hasta que, de pronto, se encuentra uno con que ha de renunciar. Es demasiado, demasiado dificil. Son ustedes maravillosos —prosiguió, dirigiéndose a Strether— por no parar mientes en esas cosas, ésas que para mí son las imposibilidades. No las adviertan nunca. Afróntenlas con tal entereza que convierta la observación de usted en una lección.

—Ah, pero —dijo el pequeño Bilham con desánimo¿qué conseguiríamos entonces? Nosotros la tenemos en cuenta a usted y tomamos nota... siempre que haya que llegar al extremo de tomar nota. Pero nada se hace.

—Oh, vamos, señor Bilham —replicó la mujer como con un seco golpe de impaciencia en el cristal—, ¡no vale usted ni un ochavo! Vino a convertir a los salvajes, porque sé que ésa era su idea, lo recuerdo muy bien, y resulta que los salvajes le han convertido a usted.

—¡De ningún modo! —exclamó el joven con voz lastimera—; no han procedido de tal suerte. Lo que han hecho, ¡los muy caníbales!, es comerme; me han convertido, si usted quiere, pero convertido en comida. No soy sino el mondo esqueleto de un cristiano.

—Bueno, pues así somos. Sólo que —y la señorita Barrace se dirigió otra vez a Strether— no dejen que esto les desanime. Caerán ustedes muy pronto, pero mientras tanto gozarán de sus momentos. *Il faut en avoir.* Tendré mucho gusto en verles mientras duren. Y les diré quién resistirá.

—¿Waymarsh? —la había atajado él.

La mujer se echó a reír como alarmada ante aquello.

—Él resistirá incluso ante la señorita Gostrey; tanta grandeza no puede comprenderse. Es maravilloso.

—Lo es, ciertamente —admitió Strether—. Ni siquiera me hablaría de ese asunto... sólo me dijo que tenía un compromiso; pero con tal malhumor, permítame insistir, que más parecía un compromiso con el patíbulo. Luego, en silencio y en secreto, aparece aquí con usted. ¿Llama usted a *eso* «resistir»?

—Oh, espero que sea resistir—dijo la señorita Barrace—. Pero, como mucho, lo único que hace es tener paciencia conmigo. No comprende ni jota. Es agradabilísimo. Es maravilloso —repitió.

—¡Miguelangelesco! —dijo el pequeño Bilham, completando la idea femenina—. Es un triunfo. Moisés, en el techo, cayó fulminado al suelo; sobrecogedor, colosal, pero en cierto modo llevadero.

—Cierto, si por llevadero quiere decir usted —replicó ella— tener tan buen aspecto en el coche de una. Es muy divertido cuando se pone en su rincón, a mi lado; da la sensación de ser alguien... un extranjero famoso, *en exil;* así que la gente se pregunta, ¡es tan divertido!, de quién hablo. Le enseño París, se lo enseño todo, y él ni pestañea. Parece ese gran jefe indio de quien hablan, que, cuando llega a Washington para ver al Gran Padre, se queda inmóvil envuelto en su manta y sin abrir la boca. Tal como lo toma todo, yo podría ser el Gran Padre. —Estaba complacida por haberse identificado con este personaje: casaba con su carácter; afirmó que era el nombre que a partir de entonces pretendía adoptar—. Y se sienta de una forma, además, en un rincón de mi cuarto, no mirando a quienes me visitan más que con insistencia y como queriendo hacer algo. Ellos se preguntan entonces qué es lo que quiere hacer. Pero es maravilloso —volvió a insistir la señorita Barrace—. Aún no ha hecho nada.

Esto presentaba al hombre, sin embargo, la verdad sea dicha, ante los compañeros de la mujer, que miraba a uno y otro con inteligencia, con franca diversión de parte de Bilham y con un retazo de tristeza por lo que a Strether respectaba. La tristeza de Strether surgió —pues la imagen tenía su grandeza— al pensar lo poco que él, por su parte, se había envuelto en su manta, lo poco que, en los pasillos de mármol, inconscientemente vividos por el Gran Padre, se parecía a un aborigen realmente majestuoso. Pero hizo también otra reflexión.

—Todos los que están aquí gozan de tanto sentido visual que en cierto modo lo han «corrido» ustedes todo. Hay momentos en que se le ocurre a uno que no tienen ustedes nada más.

—Nada de moral —explicó el pequeño Bilham, contemplando con serenidad, al otro lado del jardín, a las diversas *femmes du monde*—. Pero la señorita Barrace tiene una moral sobresaliente —prosiguió con amabilidad; hablando no menos por interés de Strether que por el femenino.

—¿De veras? —preguntó Strether a la casi ilusionada mujer, aun sin saber apenas de qué hablaba el hombre.

—Oh, no sobresaliente —dijo ella, enormemente divertida ante el tono del hombre—, el señor Bilham es demasiado generoso. Pero creo que podría hablar de suficiencia. Sí, suficiencia. ¿Acaso ha pensado usted algo raro de mí? —y volvió a mirarle con fijeza con los impertinentes, con el gracioso interés que esto le confería—. Es usted del todo maravilloso. Le decepcionaría terriblemente. Yo me aferro a mi suficiencia. Pero conozco, lo confieso —prosiguió—, a gente extraña. No sé cómo ocurre; no lo hago

adrede; parece que es mi sino... como si yo fuera una de sus costumbres; es maravilloso, me atrevería a decir, además —continuó con interesada gravedad—, que yo, que todos los que aquí estamos, recurramos tanto a la simple mirada. Pero ¿qué le vamos a hacer? Todos nos miramos: y a la luz de París se ve a las cosas como las cosas parecen. Esto es lo que la luz de París suele enseñar siempre. Es culpa de la luz de París... ¡querida luz!

—¡Querido París! —repitió el pequeño Bilham.

—Todo, todos quedan al descubierto —prosiguió la señorita Barrace.

—¿Pero en lo que realmente son? —preguntó Strether.

—Oh, me gusta esos «realmente» bostonianos. Pero a veces... sí.

—¡Querido París, en tal caso! —suspiró Strether con resignación, mientras durante un momento se miraban todos. Entonces dijo—: ¿Le ocurre lo mismo a Mme. de Vionnet? Quiero decir, ¿se muestra según lo que es?

La respuesta de ella fue inmediata:

—Es encantadora. Es perfecta.

—Entonces, ¿por qué hace un minuto exclamó usted «¡Oh, oh, oh!» al oír su nombre?

La mujer lo recordaba.

—Vaya, pues porque... Porque es maravillosa.

—Ah, ¿ella también? —Strether casi emitió un gemido.

Pero la señorita Barrace se había dado cuenta del alivio.

—¿Por qué no se lo pregunta directamente a la persona que mejor puede responderle?

—No —dijo el pequeño Bilham—; no haga ninguna pregunta; mejor espere y juzgue usted mismo: será más divertido. El ha venido para llevarle hasta ella.

II

Con lo que Strether vio que Chad estaba otra vez allí, aunque después apenas sabría, por absurdo que pueda parecer, lo que tan rápidamente había ocurrido. La ocasión le afectaba, sin duda, más intensamente de lo que habría sabido explicar y sufrió en consecuencia un desfile de especulaciones respecto de si, al alejarse con Chad, no se había puesto pálido o rojo. Lo único que tenía claro al respecto era que, por fortuna, no se había dicho nada indiscreto, y que el mismo Chad era, más que nunca, según el buen juicio de la señorita Barrace, maravilloso. Fue uno de los nexos —aunque el porqué de ello, en realidad, no fue tan evidente— en que el entero cambio del hombre afloró del modo más sorprendente. Strether recordó, al ir hacia la casa, que le había impresionado aquella primera noche el que supiera cómo introducirse en un palco. Bueno, el caso es que a la sazón apenas si le impresionaba menos que supiera cómo hacer una presentación. Afectó aquello a la propia cualidad de Strether: lo señaló con el cuño de lo estimable; tanto que nuestro pobre amigo, consciente y pasivo, pareció sentirse realmente entregado y liberado; convertido totalmente, según él mismo habría dicho, en regalo. Al llegar a la casa, una joven, con aire de ir a adelantarse, apareció sola en la escalera; durante cuyo intercambio de palabras con Chad dedujo Strether que, obsequiosamente, con amabilidad, estaba allí para salirles al encuentro. Chad la había dejado en la casa, pero ella se había anticipado medio trayecto y, segundos después, se reunía con ellos en el jardín. El aspecto juvenil de la mujer, para Strether, fue al principio desconcertante, aunque su segunda impresión fue, con no menor contundencia, cierta dosis de alivio por no haberse dado, mientras estuviera con los otros, ningún tipo de libertad respecto de ella. Se le

ocurrió de pronto que no era ella tema de tales materias y, en el interregno, mientras Chad le presentaba, ella le había hablado, con gran sencillez y elegancia, en un inglés en que a las claras se veía que se desenvolvía perfectamente, y no obstante distinto de cuantos otros había oído. No parecía ella haber ensayado; nada, según pudo ver tras pasar juntos unos minutos, parecía ensayado en ella; pero su forma de hablar, encantadora, correcta y extraña, era como una precaución para no pasar por polaca. Y las precauciones existían, le pareció entender, sólo cuando había verdadero peligro.

Más tarde recibiría más impresiones al respecto; pero por entonces experimentaría además otras cosas. La mujer vestía de negro, pero de una negrura que se le antojaba luminosa y transparente; era muy rubia y, aunque era notablemente delgada, el rostro poseía cierta redondez, con los ojos separados y un tanto extraños. Su sonrisa era breve y natural; el sombrero, sin extravagancias; tenía, acaso, un aire sonoro, bajo las elegantes mangas negras, procedente del mayor número de pulseras y brazaletes de oro que había visto lucir a una señora. Chad se comportaba con naturalidad y alegría respecto de aquel encuentro; era una de las ocasiones en que más deseaba Strether contar con tales desenvoltura y buen humor:

—Aquí están, pues, frente a frente por fin; están ustedes hechos el uno para el otro: *vous allez voir;* yo bendigo esta unión.

Fue, a decir verdad, una vez se hubo marchado, como si en parte hubiera hablado en serio. Este último movimiento había estado determinado por una pregunta que él había hecho acerca de «Jeanne»; a lo que la madre había replicado que sin duda estaría en la casa con la señorita Gostrey, a quien hacía poco la había encomendado.

—Ah, pero usted sabe —había respondido el joven con alegría— que él tiene que verla —con lo que, mientras Strether aguzaba el oído, el joven se había alejado como si fuese en busca de ella. Strether se asombró de que la señorita Gostrey estuviese ya metida en aquel asunto, y no sin la sensación de que le faltaba un nexo por establecer; pero supo asimismo, pocos segundos después, que le encantaría hablar con ella de Mme. de Vionnet sobre la base de las evidencias presentes.

La evidencia, pese a todo, era ciertamente pequeña; lo cual, si a ello vamos, era quizá un poco el motivo de que sus expectativas hubieran sufrido un descenso. En cierto modo no había abundancia en ella; y abundancia era lo único que, con su simplicidad, habíase imaginado el hombre. Sin embargo, pecaba de excesivo afirmar sin más que no había sino escasez. Se alejaron de la casa y, posando los ojos en un banco lejano, el hombre propuso que tomaran asiento.

—He oído hablar mucho de usted —dijo ella mientras seguían andando; pero el hombre dio una respuesta que hizo detener el paso femenino.

—Pues acerca de *usted,* Mme. de Vionnet, no he oído, me atrevo a decir, casi nada —palabras que se le ocurrieron al hombre como si fueran las únicas que podía pronunciar con alguna lucidez; por consciente que fuera, y con tanta mayor razón, de la determinación de conducirse, respecto de lo restante de sus asuntos, con absoluta llaneza y sin devaneos. No había sido, en cualquier caso y última instancia, su intención espiar la intachable libertad de Chad. Era posible, sin embargo, en aquel preciso instante y bajo el efecto de la pausa de Mme. de Vionnet, que conducirse sin devaneos comenzara a despuntar sus ribetes preocupantes. A fin de cuentas ella tenía que sonreírle siempre con tanta amabilidad para obligarle a preguntarse si no se estaría adentrando ya en camino tortuoso. Tal vez fuera tortuoso que lo único que él vio de pronto con claridad fue que

ella quería ser sin ambages lo que él habría calificado de simpática con él. Esto fue lo que ocurrió entre ellos mientras, en el curso de otro momento, se quedaban inmóviles; no pudo recordar después qué más habría podido ser. Lo único en realidad inconfundible fue que le asaltó como una ola la seguridad de que había sido, en situaciones indescifrables e inimaginables, tema de conversación. Él había estado en un terreno que afectaba a la mujer, que entraba en el ámbito de las responsabilidades; cosa que daba a ésta una ventaja que el hombre nunca podría compensar.

—¿No le ha dicho la señorita Gostrey —preguntó la mujer— ni una palabra de mí?

Lo que primero le llamó la atención fue la forma en que se encontraba en un mismo grupo con aquella dama; y se preguntó qué datos habría proporcionado Chad de sus relaciones. Algo a duras penas identificable todavía, en cualquier caso, había tenido lugar.

—Yo ni siquiera sabía que ella la conocía a usted.

—Bueno, luego se lo contaré todo. Me alegro de que tenga usted trato con ella.

Fue aquélla —ese «todo» que la señorita Gostrey había de contarle luego— una de las cosas que, con todos los respetos hacia las actuales preocupaciones, más pesaron en Strether una vez que ambos hubieron tomado asiento. Una de las restantes fue, al cabo de cinco minutos, que ella —oh, sí, de manera incontestable— *discrepaba* menos; es decir que apenas discrepaba, superficialmente hablando, claro, de la señora Newsome y hasta de la señora Pocock. Era mucho más joven que una y no tan joven como la otra; pero ¿qué había en ella, de haber algo, que habría vuelto imposible que él la conociera en Woollett? ¿Y en qué no fue su charla, durante los momentos compartidos en el banco, la misma que se habría estimado conveniente en una reunión en Woollett —salvo, claro está, acaso, en que era totalmente brillante? Hízole notar la mujer que el señor Newsome, según ella sabía, se había sentido muy contento por la visita de Strether; pero no había ninguna buena señora de Woollett que no estuviera, como mínimo, a la altura de tamaña circunstancia. ¿Había en Chad, por casualidad, a fin de cuentas, soterradamente, algún principio de lealtad a sus orígenes que le llevaba, para fines sentimentales, a vincularse a elementos, felizmente encontrados, que le recordaran al máximo las características del terruño? ¿Por qué, en consecuencia, andarse frívolamente —Strether podía decirlo de esta manera— respecto del singular fenómeno de la *femme du monde?* En este sentido, hasta la misma señora Newsome tenía mucho adjudicable a esta categoría. El pequeño Bilham, sin ir más lejos, había testificado que mejoraban, las señoras de dicha categoría, vistas de cerca; pero era precisamente a dicha distancia —a la sazón comparativamente cercana— como él intuía la común humanidad de Mme. de Vionnet. La mujer mejoraba, y ciertamente para consuelo del hombre, pero mejoraba como algo natural. Posiblemente hubiera motivos detrás, pero también habrían podido darse en Woollett. Sólo que si ella le manifestaba que quería simpatizar con él —según los motivos ocultos podrían alentar, plausiblemente—, sin duda habría sido más apasionante para él que ella se le hubiera revelado con extrañeza más acusada. ¡Ah, pues no era ni turca ni polaca! Lo que habría sido, ciertamente, categórico, una vez más, en el caso de la señora Newsome y de la señora Pocock. Mientras tanto, una señora y dos caballeros se habían acercado al banco y este incidente tuvo ulteriores consecuencias.

Los brillantes extraños se dirigieron entonces a su compañera; ésta se levantó para hablar con ellos y Strether advirtió que la escoltada dama, aunque madura y en modo alguno hermosa, tenía más arrogancia, elevado porte y amplias miras de lo que él, por

decirlo de alguna manera, había planeado. Mme. de Vionnet la saludó llamándola «duquesa» y, a su vez, fue saludada, mientras la charla comenzaba en francés, con el apelativo de *«Ma toute-belle»;* pequeños detalles que tenían su oportuno y manifiesto interés para Strether. Mme. de Vionnet, sin embargo, no presentó al hombre, hecho que Strether interpretó como falso en la escala de Woollett y la humanidad de Woollett; aunque esto no evitó que la duquesa, que le pareció persona confianzuda y liberal, casi todo lo que él había supuesto, oscuramente, en una duquesa, le mirase tan directa y firmemente —pues firmeza *había*— como si le hubiera gustado, con todo, conocerle. «Oh, sí, querido, no hay duda, soy *yo;* ¿y quién eres *tú,* con esas arrugas tan interesantes y tus eficacísimas (¿las más bellas, las más feas?) narices?» —un suelto puñado de flores semejantes parecía ella, con no poca dulzura, arrojarle. Strether se preguntó —a tanta velocidad iba— si lo que determinaba la abstención de Mme. de Vionnet sería alguna premonición de la influencia de cualquiera de los dos grupos. Como fuera, uno de los caballeros consiguió situarse en estrecha relación con la compañera de nuestro amigo; un caballero más bien robusto y no muy alto, con un sombrero de magnífica ala ancha y curvada, y una levita abotonada con efecto de superior decisión. Su francés había cambiado rápidamente a un inglés equitativo y se le ocurrió a Strether que podía tratarse muy bien de uno de los embajadores. Su designio era, a las claras, hacer valer una demanda al indiviso semblante de Mme. de Vionnet, objeto que logró en el transcurso de un minuto: se la llevó' con una triquiñuela de tres palabras; una triquiñuela jugada con un arte social de la que Strether, que miraba a los cuatro, cuyas espaldas se habían vuelto, alejarse, no se sentía dueño.

Volvió a hundirse en el banco y, mientras su mirada seguía al grupo, reflexionó, como había hecho antes, sobre las extrañas comunidades de Chad. Estuvo allí solo durante cinco minutos, totalmente pensativo; sobre todo con la sensación de haber sido repentinamente abandonado por una mujer encantadora y ocupada en aquel momento en otras sensaciones, y, por lo demás, del todo sabedora de sus actos e indiferente. Su capitulación, sin embargo, no había sido tan sosegada; no le importaba en absoluto que nadie más le dirigiese la palabra. Dada su actitud habría podido encontrarse en algo parecido a un desfile tan grande que la falta de ceremonia con que lo habían tratado habría podido ser casi un incidente menor de la procesión. Además, habría incidentes de sobra, según se dijo cuando su momento de contemplación fue interrumpido por la reaparición del pequeño Bilham, que de pronto se alzó ante él con un sugestivo. «¿Y bien?» en que se vio reflejado a sí mismo, confuso y posiblemente abatido. Replicó con un «¡Bien!» que quería dar a entender que no estaba abatido de ninguna de las maneras. Claro que no; dedujo, mientras el joven se sentaba a su lado, que si, en el peor de los casos, le habían hecho zozobrar en definitiva, le habían hecho zozobrar en el aire superior, el más sublime elemento con que tenía afinidad y en que confiaba flotar algún tiempo. No fue un descenso a la tierra decir, al cabo de un instante, a modo de continuada respuesta a la alusión:

—¿Está usted totalmente seguro de que su marido vive?

—Oh, sí, querido.

—¡Ah, entonces... !

—Ah, entonces, ¿qué?

Strether tenía, a fin de cuentas, que pensar.

—Bueno, lo siento por ellos.

Pero aquello, por el momento, no tenía mayor importancia. Aseguró al joven amigo que estaba muy contento. No habría alteración; estaban muy bien como estaban. No quería ser presentado; ya lo habían presentado más o menos cuanto quería. Había visto, además, una enormidad; le agradaba Gloriani, que, como la señorita Barrace seguía diciendo, era maravilloso; había descubierto, estaba seguro, a la otra media docena de hombres distinguidos, los artistas, los críticos y, oh, el gran dramaturgo: *éste* era fácil de reconocer; pero no quería —no, gracias, de veras— hablar con ninguno de ellos; pues no tenía nada en absoluto que decir y lo encontraba todo muy hermoso tal como estaba; muy hermoso porque lo que era... bueno, era sencillamente demasiado tarde. Y cuando, después de esto, el pequeño Bilham, sumiso y atento, aunque con el ojo puesto en los consuelos más a mano, emitió un desenvuelto «¡Más vale tarde que nunca!», lo único que obtuvo a cambio fue un brusco «¡Mejor a tiempo que a destiempo!» Este espíritu, ciertamente, acto seguido, fluyó para Strether en un calmo torrente demostrativo que, nada más emprender el vuelo, sintió era el verdadero consuelo. Había formado una fuente con plena conciencia, aunque el pantano se había llenado antes de lo previsto, y el detalle del compañero vino a desviar las aguas. Cosas había que tenían que suceder a tiempo si es que habían de suceder en definitiva. Pues si no se daban a tiempo se perdían para siempre. La sensación que le embargaba era que le habían arrastrado con su empuje largo y lento.

—No es demasiado tarde para *usted,* se mire por donde se mire, y no me parece que esté en peligro de perder el tren; aparte de que las personas suelen ser normalmente confiadas, por supuesto, con el reloj de su libertad marchando con tanto ruido que parece estar allí mismo, en no perder de vista el momento de subir. De todos modos no olvide que es usted joven, benditamente joven; regocíjese de ello, por el contrario, y viva con intensidad. Viva al máximo; es un error no hacerlo. No importa tanto lo que se haga en particular mientras se disponga de la propia vida. Si no se tiene esto, ¿qué se tiene entonces? Este lugar y las impresiones que suscita, por apacibles que pueda usted encontrarlas para agitar tanto a un hombre; todas mis impresiones acerca de Chad y de la gente que he visto en *su* casa... bueno, han tenido su pletórico mensaje para mí, sólo me han convencido de *eso.* Ahora lo veo claro. Apenas he hecho nada y ahora ya soy viejo; demasiado viejo, en cualquier caso, para lo que comprendo. Oh, sí, comprendo por fin; y más de lo que usted creería o pudiera expresar. Es demasiado tarde. Y es como si el tren me hubiera esperado pacientemente en la estación sin que yo haya tenido el sentido común de saber si estaba allí. Ahora oigo su silbido lejano y apagado a muchos kilómetros de distancia. Lo que se pierde se pierde; no se confunda respecto de esto. El negocio, quiero decir el negocio de la vida, no habría podido ser, sin duda, diferente para mí; porque es, en el mejor de los casos, un molde de hojalata, o estriado y con relieves, con resaltos ornamentales, o bien liso y espantosamente plano, en que se vierte una masa desamparada, la propia conciencia, para que uno «coja» la forma, como dicen los cocineros, y quede más o menos compacta gracias a él: se vive, en fin, como se puede. Sin embargo, se tiene la ilusión de la libertad; en consecuencia, no se ha de vivir, me parece a mí, sin el recuerdo de esa ilusión. Yo he sido, en el momento preciso, o demasiado idiota o demasiado inteligente para tenerla; no sé muy bien qué. Naturalmente, en la actualidad, soy un caso de reacción contra el error; y la voz de la reacción no siempre debería escucharse. Lo que no afecta para nada al hecho de que tenga usted ahora la ocasión al alcance de la mano. El momento oportuno es cualquier momento que la

suerte depare al hombre lo suficientemente afortunado para disponer de él. Y usted lo es mucho; he aquí lo extraordinario; es usted, me atrevería a decir, condenado sea, tan hermosa y detestablemente joven. En cualquier caso, no menosprecie a la estupidez. Por supuesto, no le tengo por un insensato, pues de lo contrario no me habría dirigido a usted con tanta solemnidad. Haga lo que le plazca mientras no cometa *mi* equivocación. Pues fue una equivocación. ¡Viva, viva usted!

...Así, con lentitud y amabilidad, entre pausas y parrafadas ininterrumpidas, Strether había acabado por confesarse; manteniendo al pequeño Bilham, frase tras frase, profunda y gravemente atento. Consecuencia de ello fue que el joven había puesto cara de circunstancias y que esto era precisamente lo contrario de la inocente alegría que el hombre que había hablado había querido estimular. Consideró un instante el resultado de sus palabras y entonces, posando la mano en la rodilla del hombre que escuchaba y como si fuera a poner punto final ni más ni menos que con una broma, dijo:

—De manera que le tendré bien vigilado.

—Oh, pero cuando yo tenga su edad no estoy seguro de que quiera ser muy distinto de usted.

—Ah —replicó Strether—, dispóngase mientras tanto a ser más divertido.

El pequeño Bilham reflexionó sobre aquello; finalmente, esbozó una sonrisa.

—Bueno, usted es divertido... para *mí.*

—*Impayable,* como dicen ustedes, sin duda. Pero ¿qué soy yo para mí mismo? —Strether se había levantado al decir esto y prestado atención a un encuentro que, en mitad del jardín, tenía lugar en aquel momento entre el anfitrión y la dama con quien Mme. de Vionnet le había abandonado. La dama en cuestión, que aparecía al poco de haber dejado a sus amigos, acogió la rápida llegada de Gloriani con unas palabras que Strether no alcanzó a oír, pero de las que su inteligente e interesante rostro parecieron darle un indicio. Estaba seguro de que se trataba de una mujer puntual y elegante, pero también de que había encontrado a su pareja, y no pudo por menos de complacerle —a la luz de lo que él creía que era la latente insolencia de la duquesa— el buen humor con que el gran artista hacía valer sus equivalentes recursos. ¿Pertenecerían los dos al «gran mundo»? ¿Y estaba él, por el momento, en virtud de esta observación que le vinculaba a la pareja, *en* dicho mundo? En tal caso había en el gran mundo un algo solapadamente selvático, un algo que percibióó en medio del césped, en aquel aire embriagador, como un soplo procedente de la jungla. Esto, sin embargo, hizo que sintiese la máxima admiración por los dos y una notable envidia por el elegante salvaje. Estas veleidades de un sentido común aturdido, frutos de la sugestión, maduradas sobre el terreno, quedaron reflejadas en las palabras que dirigió a continuación al pequeño Bilham:

—Ya que hablamos de ello, yo sé a quién me gustaría parecerme.

El pequeño Bilham siguió la mirada de Strether; pero hecho esto, como asaltado por un retazo de maliciosa sorpresa, dijo:

—¿A Gloriani?

A decir verdad, nuestro amigo ya había vacilado, aunque no respecto de la indicación de la duda del compañero, sí a propósito de lo que allí eran los penetrales del distingo crítico. Acababa de descubrir, en la ya saturada imagen, algo nuevo y a alguien más; otra impresión habíase superpuesto. Una joven con un vestido blanco y un sombrero claro de muelle plumaje había entrado de súbito en su campo visual y no tardó en estar claro que su trayectoria se dirigía hacia ellos. Lo que estuvo aún más claro fue que el agradable

joven que estaba a su lado era Chad Newsome y lo que ya ribeteó la diafanidad fue que la joven era, por consiguiente, Mlle. de Vionnet, que era inconfundiblemente bonita —inteligente, educada, prudente, radiante, maravillosa— y que Chad, en aquel momento, con un avezado sentido del cálculo de los efectos, iba a presentarla al objeto visual de su viejo amigo. Lo que ribeteaba la diafanidad, la verdad sea dicha, era otra cosa bien distinta, algo ante cuya levísima insinuación —¿y no era por ventura una sencilla yuxtaposición?— toda vaguedad desaparecía. Fue el leve chasquido de un muelle: la comprensión de la verdad. Por entonces, su mirada también se había cruzado con la de Chad; ello no hizo sino corroborar lo anterior; y la verdad, en consecuencia, por lo que afectaba a la pregunta de Bilham, quedó patente en la respuesta.

—¡Oh, Chad! —pues era a aquel raro mozo a quien le habría gustado «parecerse». El virtuoso vínculo estaba pues, al parecer, cabalmente, ante sus ojos; el virtuoso vínculo estaba, en tal caso, en trance de suplicar su bendición; Jeanne de Vionnet, aquella criatura encantadora, era por tanto —y ya con exquisitez e intensidad— el objeto de la misma. Chad la conducía derechamente hacia él y Chad era, oh naturalmente, en aquel momento —para gloria de Woollett o lo que fueremejor aún que Gloriani. Había arrancado aquella flor; la había tenido toda la noche en agua; y por último, al alzarla para comprobar los resultados, se regocijaba de su efecto. Por este motivo había intuido Strether al principio la presencia del cálculo: y el motivo, además, según supo entonces, por el que su forma de mirar a la joven sería, por lo que a Chad respectaba, una muestra del triunfo ulterior. ¿Qué joven habría exhibido de aquella manera, sin un motivo, a una doncella en flor? Y nada había de oscuro en sus motivos en la situación presente. La clase de la muchacha hablaba con suficiencia al respecto: no querían que fuera a Woollett. ¿Pobre Woollett y lo que podía perder? ¡Aunque extraordinario Chad, ciertamente, por otro lado, y lo que aquél podía ganar! El extraordinario Chad, sin embargo, se dirigía ya a él con toda magnificencia:

—Le presento a una buena amiga mía que lo sabe todo de usted y que además tiene un mensaje que entregarle. Querida, he aquí —ahora se había vuelto a la criatura— al mejor hombre del mundo, que puede hacer mucho por nosotros y al que quisiera que apreciases y respetases tanto como yo.

Allí estaba ella, más bien arrebolada, con un poco de miedo, bonita como ella sola y en modo alguno parecida a su madre. Respecto de esto último no había más semejanza que la que se da entre dos jóvenes; aquí radicó, a decir verdad, la más fuerte y súbita impresión de Strether. Aturdido, confuso, intrigado, evocó a la mujer con que había hablado hacía nada; fue una revelación a cuya luz vino a entender que la dama no haría sino aumentar su faceta interesante. Tan hermosa, tan lozana, tan esbelta, había hecho mucho por esta perfección; de modo que, pues creía tales cosas de ella, pues la veía en tan elevado estado maternal, la comparación se había espoleado a sí propia. ¿Qué había quedado sino aceptarla con toda naturalidad?

—Mamá quiere que le diga antes de que nos vayamos —dijo la joven— que espera muy gustosa su pronta visita. Tiene algo especial que decirle.

—Se siente culpable —explicó Chad con toda solicitudde haberle interrumpido accidentalmente cuando tanto gozaba de su compañía de usted.

—Oh, por favor —murmuró Strether, mirando con amabilidad a uno y otro, asombrado de todo.

—Por mi parte quiero preguntarle —continuó Jeanne con las manos unidas, como en

una breve oración aprendida—, quiero preguntarle si va a venir de veras.

—Permíteme, querida... ¡Yo me ocuparé de ello! —afirmó Chad genialmente en respuesta a aquello, mientras Strether casi contenía la respiración. La muchacha tenía un no sé qué de excesivamente suave, un algo demasiado desconocido para el trato directo; no quedaba más remedio que mirar esto como se mira un cuadro, con el ánimo en suspenso. Pero con Chad estaba en su propio terreno: con Chad podía tratar; tan complaciente confianza en aquello y en todo irradiaba el joven. Había todo un mundo en el tono que empleaba con su compañera, pues hablaba, efectivamente, como si ya fuera de la familia. Esto hizo que Strether se pusiese a conjeturar qué sería aquello tan «especial» de Mme. de Vionnet. En su encuentro de minutos atrás ella le había encontrado franco y sencillo y sin duda quería discutir con él la manera de enfocar el asunto de los jóvenes, una manera que no estableciese como condición la emigración de su hija. Ya se imaginaba hablando con la dama de los atractivos de Woollett como domicilio de la amiga de Chad. ¿Iría ahora el joven a confiarle aquello a la mujer, de tal modo que, a fin de cuentas, no resultara ser sino una de aquellas «amigas» que el embajador de su madre había de verse obligado a tratar? Fue como si durante un instante los dos hombres se observasen a propósito de este punto. Pero no había ninguna equivocación en el postrer orgullo de Chad al hacer alarde de la relación. Era esto lo que le había hecho enderezarse cuando, tres minutos antes, había aparecido ante sus ojos; lo que había hecho que su amigo, nada más verle, hubiera adoptado un aire tan chocante. En una palabra, había sido al advertir que Chad le estaba ahorrando el esfuerzo directo cuando más le había envidiado, según había dicho al pequeño Bilham. Todo el espectáculo, sin embargo, no había durado más de tres o cuatro minutos y el responsable del mismo no tardó en explicar que, como Mme. de Vionnet seguiría «adelante» sin demora, ello no podía por menos de significar el secuestro de Jeanne. Pronto volverían a verse todos y Strether había de quedarse mientras tanto—y distraerse solo:

—Ya hablaremos detenidamente del asunto.

Se llevó a la joven como la había traído y Strether, con la ligera y dulce cualidad extranjera del *«Au revoir monsieur!»* femenino en el oído como un elemento inaudito, los vio alejarse hombro con hombro e intuyó que, una vez más, la relación que el joven tenía con ella adquiría un asomo del mismo. Desaparecieron entre los demás y, al parecer, dentro de la casa; con lo que nuestro amigo se volvió para expresar al pequeño Bilham las convicciones de que estaba saturado. Pero no había ni rastro del aludido; el pequeño Bilham, en un abrir y cerrar de ojos y por razones que él sabría, se había alejado: circunstancia por la que, en su relatividad, Strether se sintió vivamente afectado.

III

Chad no iba, en aquella ocasión, a cumplir su promesa de volver; pero la señorita Gostrey no había tardado en presentarse con una explicación de la incorrección masculina. Al final, había habido ciertos motivos para haberse marchado con *ces dames;* y el joven le había pedido que, con mucha diligencia, fuera a atender al amigo común. Cosa que la mujer había hecho, según comprobó Strether mientras ella se ponía a su lado, de una manera que no dejaba nada que desear. Strether se había sentado en el banco, otra vez solo durante un rato, y sumamente consciente, a pesar de la deserción del pequeño Bilham, de sus pensamientos mudos, a propósito de los cuales, sin embargo, la nueva

interlocutra fue un recipiente aún más capacitado.

—¡Es la hija! —había exclamado casi en el momento de aparecer ella; y aunque la respuesta directa de la mujer se retrasó un tanto, el hombre pudo advertir en la demora femenina el efecto de tamaña verdad. Tal vez fuera, sencillamente, mientras ella esperaba, que ambos estuvieran ya en presencia de una verdad que se dilataba como una riada, inapta, por el momento, para serle ofrecida a la mujer en una simple copa; pues ¿quién se atrevía a demostrar que *ces dames* no eran sino personas acerca de las cuales —una vez que se las había tenido delante— ella podía haberle dicho al hombre casi todo desde el principio? Detalle que habría salido a la luz libremente si él hubiera tomado la simple precaución de decir sus nombres a la mujer. No habría habido mejor ejemplo —y ella pareció notarlo con gran diversión de su parte— que la forma en que el hombre, por fin, al revelar las cosas por su cuenta y riesgo, arrojaba las precauciones por la borda. Pues ellas eran ni más ni menos, ella y la madre de la joven, que viejas compañeras de estudios, compañeras que apenas si se habían visto en el transcurso de los años, pero a quienes un azar inesperado había reunido de pronto. Era un consuelo, insinuó la señorita Gostrey, comprobar que ya no tendría que andarse con tiento: no estaba acostumbrada al tanteo y él, en términos generales, no había carecido de datos para dar con el sentido de las indirectas femeninas. Con la que en aquel momento tenía ella en las manos no había necesidad, por fin, de perderse en cavilaciones.

—Va a venir a verme... a propósito de usted—prosiguió la interlocutora de Strether—; pero no necesito saber dónde estoy.

No había necesidad de perderse en cavilaciones, pero Strether, cosa muy suya, estaba todavía indeciso.

—¿Quiere decir con eso que usted sabe dónde está *ella?* La mujer apenas vaciló.

—Quiero decir que si ella viene a verme, ahora que ya me he repuesto un poco de la conmoción, yo no estaré en casa. Strether no recuperó la serenidad.

—¿Le conmocionó el reconocerla?

La mujer dio una de sus raras muestras de impaciencia.

—Fue una sorpresa... el hecho me emocionó. No sea tan literal. Pero me lavo las manos respecto de ella.

La cara del pobre Strether se ensombreció.

—¿Es una mujer imposible...?

—Es más encantadora si cabe de lo que recordaba.

—¿Dónde está el meollo entonces?

La mujer tuvo que pensar la manera de decirlo.

—Bueno, *yo soy* la imposible. Porque es imposible. Todo es imposible.

El hombre la miró durante unos momentos.

—Ya veo adónde quiere ir a parar. Todo es posible. —La mirada de ambos se encontró entonces y así se mantuvo unos instantes, tras los que el hombre prosiguió—: ¿No lo es la hermosa hija? —Luego, como ella no dijera nada—: ¿Por qué no quiere recibirla?

La respuesta femenina sonó con claridad inmediatamente:

—Porque quiero mantenerme al margen de esto.

Cosa que despertó en el hombre una breve queja.

—¿Va usted a abandonarme *ahora?*

—No, sólo voy a abandonarla a ella. Ella querrá que yo la ayude respecto de usted. Y

yo no quiero.

—¿Sólo me ayudaría a mí respecto de ella? ¡Pero, entonces... !

Casi todos los reunidos habían, atraídos por el té, pasado al interior de la casa y los dos amigos tenían el jardín casi a su entera disposición. Las sombras se habían alargado, el último piar de los pájaros que habían anidado en el noble barrio, pródigo en espacios libres, sonaba en los elevados árboles de los demás jardines también, en el del antiguo convento y en los de los viejos *hôtels;* era como si nuestros amigos hubieran esperado aquella manifestación del asombro absoluto. Las impresiones de Strether estaban todavía presentes; era como si hubiera ocurrido algo que les había «clavado», vuéltoles más profundos; el hombre no tardaría en preguntarse poco después, aquella misma noche, qué había ocurrido en realidad, consciente hasta donde sabía de que, al fin y al cabo, para un caballero que entra por vez primera en el «gran» mundo, el mundo de los embajadores y las duquesas, los sumandos arrojaban una magra suma. No le venía de nuevas, sin embargo, como ya sabemos, que un hombre —en última instancia, un hombre como *él*— puede tener un volumen de experiencia en proporción con sus aventuras; de modo que, aunque era indudable que no era ninguna gran aventura estar allí con la señorita Gostrey y oyendo hablar de Mme. de Vionnet, la hora, el paisaje, lo inmediato, lo reciente, lo posible —así como la comunicación misma, ninguna de cuyas facetas estaba falta de consecuencias— no hacían sino dar a aquellos momentos un poco más de sabor histórico.

Histórico y conocido era, para empezar, que la madre de Jeanne había sido, veintitrés años antes y en Ginebra, compañera de estudios y buena amiga de María Gostrey, quien, además, desde entonces, aunque intermitentemente, había gozado de su compañía, intermitencia a la que había que añadir la prolongada y reciente dosis. Veintitrés años pesaban sobre ambas, sin duda; y Mme. de Vionnet, aunque se había casado nada más dejar los estudios, no podía tener en la actualidad menos de treinta y ocho. Esto la hacía diez años mayor que Chad, aunque diez años más, por otro lado, si Strether convenía en ello, de lo que la mujer aparentaba; lo último, en cualquier caso, que se habría esperado de una suegra en ciernes. Sería la más encantadora de todas las suegras; a menos, naturalmente, en virtud de una perversidad por el momento insospechable, que la mujer rehusase el parentesco. Nada había, ni que decir tiene, en que, por lo que María recordaba de ella, no tuviera que ser una dama encantadora; y esto, francamente, a pesar del estigma del fracaso en el parentesco en que más suele darse dicho fracaso. No había habido el menor indicio —¿cómo, a decir verdad, habría podido haberlo?— de que M. de Vionnet hubiera sido un patán. La mujer llevaba años separada de él, lo que, naturalmente, siempre era una situación incómoda; pero la impresión de la señorita Gostrey al respecto era que difícilmente habría obtenido la mujer mejores resultados de haber manifestado a propósito que era persona simpática. Pues era tan cordial que nadie había tenido nada que decir, lo que, por fortuna, no podía aplicarse al marido. Este era tan imposible que ella le llevaba la ventaja de todos sus méritos.

No menos historia fue para Strether que el conde de Vionnet —ya que también era historia que la dama en cuestión era condesa— viniera a representarse ante sus ojos, de la inclemente mano de la señorita Gostrey, como un réprobo superior, distinguido, educado e impertinente, producto de un orden misterioso; además, era historia conocida que la encantadora muchacha, caracterizada con tanta franqueza por su compañera, se había visto casada, de manera inoportuna, por una madre, personaje perfilado con no menor delicadeza, atribulada por sombríos motivos personales; quizá lo más histórico de todo

aquello fuera que el grupo, de hecho, estaba bajo el influjo de tales consideraciones que ni siquiera se había planteado el divorcio.

—*Ces gens-là* no se divorcian, bien lo sabe usted, del mismo modo que no emigran ni renuncian: estiman estas cosas impías y vulgares.

Detalle a cuya luz parecía tratarse de una gente enjundiosamente especial. Todo era especial; todo era, en la imaginación de Strether, más o menos enjundioso. La muchacha de la escuela ginebrina, criatura solitaria, interesante, atractiva, tanto sensible, pues, como violenta, audaz aunque siempre perdonada, era hija de padre francés y una madre inglesa que, prematuramente viuda, había vuelto a casarse, había vuelto a probar fortuna con un extranjero; en cuya vida con el cual no había dado, al parecer, a su hija ningún ejemplo de comodidad. Se trataba de individuos —los de la parte de la madre inglesa— de condición más o menos descollante; y sin embargo con unas rarezas y disparidades que a menudo habían hecho que María, cuando pensaba en ellos de tarde en tarde, se preguntase dónde encajaban. Era su opinión, en cualquier caso, que la madre, interesada e inclinada a la aventura, había actuado sin miramiento, pensando sólo en deshacerse cuanto antes de un estorbo posible, de un estorbo real. El padre, según sus impresiones, francés, un nombre que «imponía», había sido un caso distinto, pues había dejado a su hija, ella lo recordaba con toda claridad, un recuerdo lleno de ternura, así como una pequeña pero respetable fortuna que, por desgracia, había de convertirla más tarde en una presa más o menos codiciada. En el colegio había descollado por su sorprendente inteligencia, aunque ésta no había sido en modo alguno libresca; políglota como una chica judía (cosa que no era, ¡de ningún modo!), chapurreaba el francés, el inglés, el alemán, el italiano y cuanto se le antojara, de una forma que la hacía merecedora, si no de premios y diplomas, por lo menos sí de todos los «papeles», memorizados o improvisados, del encortinado y disfrazado teatro del colegio, y, en especial, de todos los misterios de la raza y la imprecisión ancestral, de toda jactancia acerca de «casa», entre sus variopintas compañeras.

Sin duda sería difícil en la actualidad, como ocurría entre franceses e ingleses, etiquetarla y situarla; seguramente se mostraría ella, respecto del conocimiento, al sentir de la señorita Gostrey, como uno de esos especímenes prácticos que no se andan con explicaciones: intelectos con puertas tan numerosas como la poliglota red de confesionarios de San Pedro. Con ella podía uno confesarse con toda confianza en rumeliota, incluso pecados rumeliotas. ¡Por lo tanto... ! Pero la narradora de Strether ahogó las implicaciones de esto último con una carcajada; una carcajada con que el descubrimiento masculino de un elemento fuerte en el cuadro de los hechos quedó además, acaso, suficientemente protegido. Strether reflexionó un momento, mientras su amiga proseguía, sobre los pecados que podían ser particularmente rumeliotas. La mujer prosiguió, en cualquier caso, para mencionar su encuentro con la joven personita —otra vez junto a un lago suizo— durante su primera etapa marital, que durante los pocos años intermedios no había sido al parecer perturbada por ninguna violencia. Había estado encantada en aquella ocasión, muy complaciente con *ella,* pletórica de emociones abnegadas, de reconocimientos divertidos y de divertidos recuerdos; y luego otra vez, mucho después, tras un largo intervalo, con el mismo pero diferente encanto, conmovedor y más bien desconcertante para los cinco minutos de un encuentro en una estación de ferrocarril *en province,* en cuyo curso había salido a relucir que su vida había cambiado del todo. La señorita Gostrey había comprendido lo suficiente para saber, en

esencia, lo que había ocurrido y sin embargo había fantaseado bonitamente que estaba impecable. Sin duda había honduras en ella, pero estaba muy bien; ya vería Strether si no era cierto. Era una persona diferente, sin embargo —y prematuramente marcada— de la pequeña criatura natural del colegio de Ginebra; una personita rehecha —como ocurría con las extranjeras, a diferencia de las norteamericanas— por el matrimonio. Su situación, además, saltaba a la vista, se había aclarado del todo; sin duda había habido —estaba dentro de lo posible— una separación judicial. Se había instalado en París, había llevado consigo a su hija y gobernaba sola el bajel de su vida. No era un bajel muy agradable, sobre todo allí, para estar en él; pero Marie de Vionnet salió adelante. Hizo amigos, naturalmente, y muy buenos. En cualquier caso, allí estaba ella, dato muy interesante. Su conocimiento del señor Chad en modo alguno demostraba que no los tenía; venía a demostrar en cambio qué buenos amigos tenía *él.*

—Me di cuenta —dijo la señorita Gostrey— aquella noche en el Français; lo comprendí en menos de tres minutos. Advertí su presencia... o de alguien parecido a ella. Y lo mismo —añadió la mujer en el acto— le ocurrió a usted.

—Oh, no; de nadie parecido a ella—dijo Strether riendoPero, ¿se refiere usted —dijo a continuación— a la influencia que ha tenido sobre él?

La señorita Gostrey se había puesto en pie; era hora de irse.

—Ella lo ha traído por su hija.

Sus ojos, como ya había ocurrido a menudo a lo largo de la inocente conferencia, se encontraron durante un buen rato a través de los lentes respectivos; momento tras el que Strether volvió a pasear la mirada por el lugar en que se encontraban. Estaban completamente solos.

—¿No debió ella, entonces, haber ido un poco más aprisa?

—Ah, esté seguro de que no perdió ni un momento. Pero allí estaba la buena madre: la buena francesa. Debe usted recordar esto de dicha mujer: que, en tanto que madre, es francesa; y eso, para ellos, es una bendición especial. Lo que ocurrió, sin duda, es que no pudo comenzar tan pronto como habría querido: esto hace que sea agradecida con las ayudas prestadas.

Strether meditó aquello mientras se dirigían hacia la casa, en trance ya de partir.

—En tal caso, ¿ella cuenta conmigo para solucionar las cosas?

—Sí, cuenta con usted. Oh, y en primerísimo lugar, por supuesto —añadió la señorita Gostrey—, consigo misma... bueno, para convencerle a usted.

—Ah —replicó su amigo—, ¡ha cazado joven a Chad!

—Sí, pero hay mujeres que sirven para todas las edades. Es la especie más maravillosa.

La mujer se había echado a reír mientras pronunciaba aquellas palabras, pero éstas hicieron detenerse al compañero en el acto.

—¿Quiere usted decir que intentará embaucarme?

—Bueno, el caso es que me pregunto, en cuanto tenga una oportunidad, qué es lo que *hará.*

—¿Qué es —preguntó Strether— para usted una oportunidad? ¿Una visita mía?

—Ah, debe usted ir a verla. —La señorita Gostrey estaba un poquitín evasiva—. No debe usted soslayarlo. Usted habría ido a ver a la otra mujer. Quiero decir, en caso de que hubiera habido una... de especie diferente. Para eso vino usted.

Era una posibilidad; pero Strether quiso hacer distinciones.

—Yo no vine a ver a *esta* especie.

La mujer ya había depositado sobre él una mirada maravillosa.

—¿Le desilusiona que no sea peor?

El hombre acarició largamente la pregunta y, acto seguido, procuró dar la respuesta más honrada.

—Sí. Si fuera peor las cosas serían más fáciles para nuestros fines. Todo sería más sencillo.

—Es posible —admitió ella—. Pero ¿no hace esto las cosas más agradables?

—Ah, usted sabe —replicó el hombre inmediatamente— que yo no vine... por lo agradable: ¿acaso no era esto lo que usted me reprochaba al principio?

—Ni más ni menos. En consecuencia, vuelvo a decirle lo que le dije al comienzo. Debe usted tomar las cosas como vengan. Además —añadió la señorita Gostrey—, no temo por mí.

—¿Por usted...?

—De que usted la vea. Confío en ella. No le dirá nada de mí. De hecho no hay nada que *pueda* decir.

Strether quedó asombrado... pero sólo durante el breve momento en que pensó en aquello. Acto seguido, exclamó:

—¡Oh, mujeres!

Hubo algo en estas palabras que hicieron ruborizar a la mujer.

—Sí, es la verdad. Somos abismos. —Pero acabó por sonreír—. Pero me atrevo con ella.

El hombre sufrió una sacudida.

—Bueno, en tal caso, ¡yo también! —Aunque añadió, en el momento de entrar en la casa, que lo primero que haría por la mañana sería ver a Chad.

Fue esto, al día siguiente, lo más sencillo que ocurrió al joven, incluso antes de que bajara, en su propio hotel. Strether tomaba el café, por costumbre, en el salón; pero al bajar para este fin, Chad propuso en el acto un aplazamiento en beneficio de lo que él llamó mayor intimidad. Tampoco él, todavía, había tomado nada: se sentarían juntos en cualquier parte; y cuando, tras un corto paseo por la avenida, tomaron asiento, para una mayor intimidad, entre otras veinte personas, nuestro amigo vio en el gesto del compañero cierto miedo a la aparición de Waymarsh. Era la primera vez que Chad eludía a este personaje de aquella manera; y Strether se preguntó de qué sería síntoma. Descubrió en seguida que el joven se tomaba muy en serio que el hombre aún no le hubiera visto; lo que, a su vez, arrojó brevísima luz, tal vez un tanto sorprendente, sobre lo que ambos, hasta el momento presente, habían considerado seriedad. Era sobradamente halagüeño, sin embargo, que el meollo de la cuestión —si es que en *aquello* consistía el meollo de la cuestión— estuviera determinado, según parecía, por el incremento de la importancia de Strether. Pues esto fue lo que, con notable rapidez, acabó por plantearse: que Chad, tras levantarse con las gallinas, hubiera corrido para hacerle saber, mientras su conciencia matutina estaba fresca todavía, que había sufrido, al pie de la letra, durante la tarde precedente, una impresión tremenda. Mme. de Vionnet no descansaría, no podría descansar mientras él no le asegurase que *consentía* en verla otra vez. La proposición se hizo, por encima de la mesa de tablero de mármol, mientras la espuma de la leche caliente se formaba en la taza respectiva y acababa por congelarse en el aire, y con la sonrisa de la más pulcra urbanidad de Chad; fue la expresión del rostro de éste lo que

hizo que las dudas de su amigo confluyesen, en el acto, en un estímulo verbal.

—Escucha —y nada más; fue lo único que, por el momento, alcanzó a decir—: Escucha.

Chad escuchaba con toda su inteligencia despierta, mientras Strether volvía a recordar la imagen que le había producido su primera impresión de él: el joven pagano feliz, hermoso y difícil, pero comprensivo, cuya misteriosa medida, bajo el farol callejero, había querido calcular mentalmente. El joven pagano, tras un prolongado cruce de miradas, comprendía con suficiencia. Strether apenas tenía necesidad de decir el resto:

—Quiero saber cuál es mi lugar. —Pero no sólo lo dijo, sino que añadió algo más antes de recibir ninguna respuesta—: ¿Te has comprometido a casarte con la damita? ¿Es ése tu secreto?

Chad negó con la cabeza con la parsimoniosa amenidad que constituía una de sus formas de decir que había tiempo para todo.

—No tengo ningún secreto... ¡aunque podría tenerlos! Ese, por lo menos, no lo tengo. No estamos comprometidos. No.

—¿Cuál es, entonces, el problema?

—¿Se refiere usted al motivo por el que todavía no me he ido con usted? —Chad, que comenzaba el desayuno poniendo mantequilla al suizo estaba completamente preparado para explicarse—. Nada me habría inducido, y nada me inducirá, a no retenerle mientras usted se quedase con gusto. Salta a la vista que le sienta extraordinariamente. —Strether tenía muchas cosas que decir al respecto, pero por otro lado era divertido mensurar el paso del tono de Chad. Nunca había estado tan mundano y en su compañía nuestro amigo tenía siempre presente que estaba viendo, a lo largo de las sucesivas relaciones, cómo se comportaba un hombre de mundo. Chad lo hacía con gran belleza—. Mi idea, *voyons!,* es sencillamente que usted deje que Mme. de Vionnet le conozca, sencillamente que usted consienta en conocerla. No me importa decirle que, en última instancia, siendo como es mujer inteligente y encantadora, tengo más confianza con ella. Lo único que pido a usted es que permita que ella le hable. Me ha preguntado hace nada por lo que usted llama mi problema y, en la medida en que éste existe, no le quepa duda de que ella se lo explicará. Sólo ella es mi problema, diablo, si es que en realidad se puede tener alguno. Pero hasta cierto punto —se apresuró a añadir de la manera más maravillosa—, eso tendrá que descubrirlo usted por sí solo. Es muy buena amiga, maldita sea. Demasiado buena para que yo la deje sin... sin... —Esta fue su primera vacilación.

—¿Sin qué?

—Bueno, sin reparar de un modo u otro los perjudiciales efectos de mi sacrificio.

—¿Sería pues un sacrificio?

—Sería la mayor pérdida que yo podría sufrir. Le debo tanto.

Era muy hermosa la forma en que Chad decía aquellas cosas y su súplica era ya manifiestamente —oh, y de manera totalmente inmediata y pública— interesante. A decir verdad, el momento se intensificaba para Strether. ¿Tanto debía Chad a Mme. de Vionnet? ¿Qué hacía esto, pues, sino aclarar todo el misterio? Chad tenía deudas a causa de sus desajustes y la mujer estaba en situación de extenderle la factura de los gastos invertidos en la restauración. ¿A qué otra conclusión, en el fondo, se habría podido llegar? A ella había llegado Strether, allí sentado, mientras comía la tostada y daba cuenta de su segunda taza. Hacer aquello, con la ayuda de la expresión seria y agradable de Chad, era hacer algo más, asimismo. En efecto, nunca había estado tan dispuesto a

aceptarle tal como era. ¿Era esto lo que con tanta prontitud se había aclarado? Era cuestión de carácter, sin duda, esto es, del carácter de todos, salvo, en cierto modo, del suyo. A Strether le pareció que su carácter recibía, en aquel momento, la lacra de todos los errores que había sospechado o creído. La persona a quien Chad decía que pudiera sin ambages aturdir el sosiego de otros quedaba muy por encima de toda sospecha en virtud de la naturaleza de su obra y la tranquila lucidez del joven. Todo lo cual era tan patente que se podía meditar con rapidez; aunque, la verdad sea dicha, Strether, en plena meditación, alcanzó a formular una pregunta.

—¿Me das tu palabra de que si yo capitulo ante Mme. de Vionnet tú capitularás ante *mí?*

Chad puso la mano con firmeza sobre la de su amigo.

—Querido amigo, se la doy a usted.

Al final hubo algo en su felicidad que se le antojó un tanto embarazoso y opresivo; Strether comenzaba ya, bajo sus efectos, a suspirar por el aire libre y la posición erguida. Había hecho un gesto al camarero, indicando que solicitaba la nota y la transacción necesitó unos momentos, en cuyo curso intuyó de manera absoluta, mientras sacaba el dinero y fingía —con notoria superficialidad— calcular el cambio, que el espíritu superior de Chad, su juventud, su experiencia, su paganismo, su felicidad, su seguridad, su imprudencia, lo que fuese, se habían marcado un tanto a su favor conscientemente. Bueno, su utilidad tuvo aquello; por lo pronto ocultaron[*] a nuestro amigo como si se tratase de un velo por el que —como si estuviera embozado— oía que su interlocutor le preguntaba si no podría llevarle al otro lado alrededor de las cinco. «Al otro lado» era al otro lado del río, y al otro lado del río era donde vivía Mme. de Vionnet, y las cinco en cuestión eran las cinco de aquella misma tarde. Por último salieron del local, es decir, salieron antes de que él respondiese. En la calle encendió un cigarrillo, que le dio un poco más de tiempo. Pero sabía ya con precisión que toda demora era inútil.

—¿Qué tiene pensado ella respecto a mí? —vino a preguntar entonces.

Chad no recurrió a dilación alguna.

—¿Le tiene usted miedo?

—Oh, de qué manera. ¿Acaso no se nota?

—Bueno —dijo Chad—, no le hará nada peor de lo que usted le haga a ella.

—Eso es precisamente lo que me atemoriza.

—Pero esa actitud no es honrada respecto de mí.

Strether vaciló.

—Es honrada respecto de tu madre.

—Oh —dijo Chad—, ¿también a *ella* le tiene miedo?

—Poco menos. Quizá incluso más. No obstante —añadió Strether—, ¿se opone esta dama a tus intereses patrios?

—Está claro que no directamente; pero está muy a favor de los de aquí.

—¿Y cuáles estima que son «aquí»?

—Vaya, ¡las buenas relaciones![*]

---

[*] «They covered our friend...» en la ed. de Stallman; *«his sense of the thing in question covered our friend...»* en la ed. Penguin. Es evidente que se refiere a los atributos de Chad recién mencionados. *(N. del T.)*

[*] * La ed. Penguin añade:

«—¿Con ella?

—¿Y cuáles son tus buenas relaciones?

—Eso es ni más ni menos lo que descubrirá usted si acude, tal como le estoy pidiendo, a verla.

Strether le miró con un poco de la parquedad, sin duda, que la perspectiva de haber algo más que «descubrir» apenas contribuía a promover.

—¿Tan buenas son?

—Oh, apabullantemente buenas.

Strether había vuelto a titubear, pero no duró mucho. Todo estaba muy bien, pero ya no había nada que arriesgar.

—Disculpa, pero en realidad debo, como te dije al principio, saber en qué lugar estoy. ¿Es una mala mujer?

—¿Mala? —repitió Chad, aunque sin impresionarse¿Es eso lo que se piensa?

—¿Cuando las relaciones son buenas? —Strether se sentía un tanto estúpido, incluso le pareció que lanzaba una risa insensata, por haberse impuesto aquella conducta. A decir verdad, ¿de qué estaba hablando? Su mirada se había tranquilizado; en aquel momento se posaba en todas partes. Pero había algo sobre lo que quería volver, aunque no sabía cómo hacerlo. Los dos o tres expedientes en que pensaba, y uno de ellos en particular, eran, incluso escrúpulos aparte, demasiado desagradables. Por fin, sin embargo, dio con algo:

—¿Hay alguna cosa en su pasado que pueda reprochársele?

Lo que se le antojó, con la inmediatez con que lo había pensado, tan grandilocuente como gazmoño; tanto que dio las gracias a Chad por tomarlo con el humor preciso. El joven se puso a hablar con tanta generosidad que el efecto fue prácticamente de una limpidez intachable.

—Nada en absoluto. Es un pasado lleno de belleza. *Allez donc voir!* —Estas últimas palabras fueron, con la liberalidad de la confianza que irradiaban, tan imperiosas que Strether ni siquiera tuvo que aprobarlas; pero antes de que ambos hombres se separasen quedó confirmado que se recogería al último a las cinco menos cuarto.

Libro sexto

I

Eran las cinco y media pasadas —los dos hombres no llevaban más de quince minutos en el salón de Mme. de Vionnet— cuando Chad, con una mirada al reloj y otra a su anfitriona, dijo con gran ocurrencia y alegría:

—Tengo un compromiso y sé que no le disgustará que le deje con usted. No tardará en despertarle un gran interés; y en cuanto a ella—dijo, dirigiéndose a Strether—, le aseguro, por si está intranquilo, que está totalmente a salvo.

Les había dejado, turbados o no por aquella última advertencia, según el buen hacer de cada cual, aunque la turbación era algo de lo que Strether no estuvo seguro al principio que Mme. de Vionnet estuviese libre. Para su sorpresa, él sí se había liberado de ella;

«—Con ella.

«—¿Y qué es lo que las hace tan buenas?» *(N. del T.)*

pero por entonces ya se había acostumbrado a considerarse un cínico. Ocupaba ella, la anfitriona, en la Rue de Bellechasse, el primer piso de una casa antigua a la que nuestros visitantes habían tenido acceso por un patio viejo y limpio. El patio era amplio y despejado, lleno de revelaciones, para nuestro amigo, de la costumbre de la intimidad, la paz de los intervalos, la dignidad de las distancias y las entradas; la casa, para sus inquietos sentidos, pertenecía al muy doméstico estilo de los antiguos días y el viejo París que siempre buscaba —unas veces intensamente sentido, otras más profundamente añorado— estaba en el barniz inmemorial de la ancha escalera encerada y en las elegantes *boiseries, los* medallones, las molduras, los espejos, los grandes espacios despejados del salón blanco y grisáceo en que había sido presentado. Le pareció verla al principio en medio de propiedades no ordinariamente numerosas, sino con el matiz de lo heredado, tratadas con esmero, encantadoras. Mientras sus ojos, al cabo de un rato, se apartaban de los de su anfitriona y Chad hablaba con soltura —no en última instancia de *él,* sino de otras personas, personas que no conocía, pero que mencionaba como si las conociera— se sorprendió descubriendo, a modo de paisaje de la mujer, cierta gloria, cierta prosperidad propia del primer imperio, cierto hechizo napoleónico, cierto esplendor ya amortiguado de la gran leyenda; elementos identificables todavía en las sillas consulares, en los engastes mitológicos, las cabezas de esfinge y las gastadas superficies del raso que alternaba con la seda.

El lugar en sí mismo iba más allá, según conjeturó, y de qué manera continuaba allí el viejo París, hasta el punto de reproducirse; pero el período postrevolucionario, el mundo que vagamente consideraba mundo de Chateaubriand, de Mme. de Staël, del joven Lamartine, había dejado su huella de arpas, urnas y lámparas, una huella impresa en los diversos objetos, ornamentos y reliquias pequeñas. Por lo que sabía, nunca había estado en presencia de reliquias, de ninguna dignidad especial, de un orden privado: miniaturas, medallones, pinturas, libros viejos; libros encuadernados en piel, rosados y verdosos, con guirnaldas doradas en el lomo, alineados, junto con otras ambiguas pertenencias, tras el cristal de los plúteos ribeteados de latón. Su atención se posó en ellos con toda ternura. Estaban entre los artículos que diferenciaban con gran notoriedad el piso de Mme. de Vionnet del pequeño museo de gangas de la señorita Gostrey y de la encantadora casa de Chad; le pareció que se basaba más en antiguas acumulaciones reducidas, posiblemente, de vez en vez, que en cualquier método de adquisición o forma de curiosidad contemporáneos. Chad y la señorita Gostrey habían revuelto, comprado, cogido y cambiado examinando, seleccionando, comparando; mientras que la dama del escenario que se abría ante él, venustamente pasiva bajo el sortilegio de la transmisión —transmisión por lado paterno, añadió con la más absoluta de las invenciones—, se había limitado a recibir, a aceptar y a mantenerse impávida. Y cuando no se había mantenido impávida era, en el mejor de los casos, porque se había sentido movida a alguna oscura caridad por una fortuna en quiebra. Habría habido objetos que ella o sus antepasados tal vez, presumiblemente, en alguna ocasión, habrían cedido por necesidad; pues Strether no podía ni sospechar que hubieran vendido las piezas antiguas para comprar otras «mejores». No habrían experimentado ninguna diferencia en cuanto a lo mejor o lo peor. El hombre sólo alcanzaba a imaginar que habían estado sometidos —tal vez en la emigración o en el exilio, pues el bosquejo masculino era esquemático y confuso— al apremio de la necesidad o la obligación del sacrificio.

El apremio de la necesidad —fuera cual fuese el papel del otro imperativo— no

estaba, sin embargo, actualmente en activo, por lo que podía deducirse, ya que los indicios de una holgura escarmentada, a fin de cuentas, abundaban todavía, señales múltiples de un gusto cuyo criterio tal vez habría podido llamarse excéntrico. Adivinaba preferencias escuetas e intensas y escasas exclusiones tajantes, una profunda suspicacia respecto de lo vulgar y un punto de vista muy personal respecto de lo apropiado. El resultado global de aquel proceso era algo para lo que no tenía un nombre, en aquel momento, que encajase bien, pero se habría acercado mucho a la denominación si hubiera aludido a ello alegando se trataba del aire de la respetabilidad suprema, la conciencia, parca, tranquila, reservada, y sin embargo distinta y difusa, del honor privado. El aire de la respetabilidad suprema: extraña pared en blanco contra la que su aventura le había llevado a romperse las narices. A decir verdad, según lo iba pensando en aquel momento, había estado en todas las entradas, cernídose sobre el patio mientras él lo cruzaba, campado por las escaleras mientras subía, sonado en el austero vibrar de la vieja campanilla de cuya antigua pero impecable borla había tirado Chad en la puerta; conformaba, en pocas palabras, el más clárido medio de su particular naturaleza que había aspirado nunca. Habría respondido al respecto al cabo de un cuarto de hora que algunas de las vitrinas contenían espadas y charreteras de coroneles y generales de antaño; medallas e insignias prendidas otrora de corazones que hacía mucho que habían dejado de latir; tabaqueras donadas a ministros y enviados; ejemplares de obras, con dedicatoria, regaladas por autores ya clásicos. Y en el fondo de todo, a su juicio, el sentido de su rara desemejanza con las mujeres que había conocido. Este sentido había fomentado, desde la víspera, lo que más recordaba de ella y se había visto, por encima de todo, singularmente alimentado por su conversación con Chad en el curso de aquella misma mañana. Todo, en resumidas cuentas, la hacía inconmensurablemente nueva y nada tan nuevo como la vieja casa y los objetos viejos. Había libros, dos o tres, en la mesita que había junto a la silla del hombre, pero no ostentaban las tapas de color limón con que sus ojos se habían entretenido desde su llegada y hasta la oportunidad de un mayor conocimiento de lo que, desde hacía una quincena, había enterrado por completo. En otra mesa, al fondo de la habitación, descubrió la gran *Revue;* pero aquella portada familiar, distinguida en los salones de la señora Newsome, apenas si prestaba allí una nota de modernidad. Estaba seguro —y más tarde habría de saber que estaba en lo cierto— de que aquel detalle se debía a la mano de Chad. ¿Qué habría dicho la señora Newsome ante la circunstancia de que la interesada «influencia» de Chad hubiera introducido el abrecartas femenino en la *Revue?* La interesada influencia, en cualquier caso, había ido, como decimos, derecha al asunto: y, a decir verdad, pronto lo había rebasado.

La dama estaba sentada junto al hogar en una silla pequeña, tapizada y con orlas, uno de los pocos artículos modernos de la sala; y estaba echada hacia atrás con las manos unidas en el regazo y sin el menor movimiento en toda su persona salvo la elegante y solícita gesticulación de su cara asombrosamente juvenil. El fuego del hogar, bajo el mármol blanco, desnudo y académico, había reducido la leña a cenizas plateadas; una de las ventanas, a cierta distancia, estaba abierta a la dulzura y tranquilidad de las que, en las breves pausas, llegaba el ruido débil, agradable y doméstico, casi rústico, del chapoteo y la trápala de *sabots* de alguna cochera situada al otro lado del patio. Mme. de Vionnet, en el rato que Strether llevaba allí, no había cambiado de postura ni un centímetro.

—No me parece que crea usted con seriedad en lo que hace —dijo la mujer—; pero, de todos modos, entiéndame, le trataré como si así fuera.

—Con lo que me da a entender —replicó Strether directamente— que usted no cree. Le aseguro a usted que no tendrá la menor importancia la forma en que me trate.

—Bueno —dijo ella, tomando aquella amenaza con valentía y filosofía sobradas—, lo único que de veras importa es que usted se lleve bien conmigo.

—¡Ah, pues ése no es mi caso! —replicó el hombre al instante.

Aquello permitió otra pausa a la mujer; pausa que la mujer cortó, sin embargo, con alegría.

—¿Se avendría a continuar conmigo un poco, como si, provisionalmente, fuera su caso?

Fue entonces cuando comprendió el hombre la decidida andadura de la mujer; acompañada en aquel momento por el extraordinario efecto resultante de haber alzado, tras haberlos tenido por debajo del hombre, sus hermosos ojos suplicantes. El hombre podía haber'estado en el umbral de su propia puerta o en su ventana, y la mujer de pie en el camino. Durante un momento la dejaría donde estaba; además, él no habría podido hablar. La tristeza había hecho aparición, de súbito, una tristeza* que fue como una bocanada de aire frío en el rostro masculino.

—¿Qué puedo hacer —dijo Strether por fin—, sino escucharla como prometí a Chadwick?

—Ah, pero lo que yo le pido —dijo la mujer al instante— no es lo que el señor Newsome pensaba. —Hablaba, según entendió el hombre, como quien afronta con valentía *todos* los peligros—. Lo que le he dicho es idea mía y algo bien distinto.

Lo que, a decir verdad, permitió al pobre Strether —intranquilo como estaba ya, además— sentir un poco la emoción de una justificada percepción temeraria.

—Bueno —respondió con notoria amabilidad—, hace un instante estaba seguro de que alguna idea propia se le habría ocurrido.

La mujer parecía mirarle otra vez desde abajo, pero ya con mayor serenidad.

—Me di cuenta de ello... y esta circunstancia contribuyó a la ocurrencia. De modo que, ya ve —prosiguió—: nos llevamos bien.

—Oh, pero se me antoja que no he atendido en modo alguno a su petición. ¿Cómo voy a hacerlo si no la entiendo?

—No es necesario que usted deba, por fuerza, entenderla; bastará con que la recuerde. Limítese a creer que confío en usted... y por nada tremendo en definitiva. Únicamente —dijo ella con maravillosa sonrisa— por educación normal y corriente.

Strether hizo una larga pausa mientras volvían a estar frente por frente, tal como habían estado, apenas menos percatados, antes de que la pobre dama hubiera cruzado el Rubicón. Y era la pobre dama para Strether porque, saltaba a la vista, tenía algún problema y su apelación al hombre sólo podía significar que la tribulación era profunda. Él no podía resolverla; no era asunto suyo; nada había hecho; pero en virtud de un juego de manos la mujer, sin saber cómo, había hecho de aquel encuentro una relación. Y la relación era provechosa por multitud de cosas que no estaban, estrictamente hablando, en la relación ni a la relación pertenecían; por el mismo aire que los dos adoptaban, por la distinguida, fresca, delicada sala, por el mundo exterior y la lejana trápala del patio, por el primer imperio y las reliquias de los plúteos atestados, por adminículos tan extemporáneos como aquellos y por otros tan próximos como las manos femeninas juntas

* Tanto esta frase como la anterior tienen en el original una sintaxis extraña que aquí se adapta a la legibilidad. *(N. del T.)*

en el regazo y el talante que su expresión había de hacer más natural cuando sus ojos más fijos estuviesen.

—Usted cuenta conmigo, naturalmente, para algo mucho mayor de lo que parece.

—Oh, es que ya parece muy grande —respondió la mujer echándose a reír.

El hombre habría de encontrarse en el brete de decirle que era, como la señorita Barrace había dicho, una mujer maravillosa; pero, conteniéndose, dijo otra cosa en su lugar.

—¿Qué pensaba Chad que usted debía decirme?

—Ah, lo que él pensaba era, sencillamente, lo que siempre piensa un hombre: ahorrar a la mujer todo esfuerzo.

—¿La mujer...? —repitió Strether muy despacio.

—La mujer que a él le gusta... y sólo en la medida en que le gusta. En la medida, además, por dar la vuelta al problema, en que a ella le gusta *él.*

Strether comprendió; entonces, con una brusquedad muy suya:

—¿Cuánto le gusta Chad?

—Tanto como *eso:* cargarlo todo, incluido usted, sobre mis hombros. —Pero la mujer cambió de tema en el acto—. He estado hablando como si mi equilibrio dependiera de lo que usted pudiera pensar de mí; todavía —añadió maravillosamente— estoy tragando el aire a bocanadas y, sí, lo reconozco, haciendo de tripas corazón, con la esperanza de que no me vea usted como mujer imposible.

—Salta a la vista —observó el hombre tras unos segundos— que así es como no me ve *usted.*

—Bueno —admitió ella a su manera—, como usted no ha dicho aún que *no* va a tener conmigo la poca paciencia que le solicito...

—¿Saca usted conclusiones espléndidas? Perfectamente. Pero el caso es que no comprendo éstas —continuó Strether—. Usted parece pedirme mucho más de lo que necesita. En perjuicio o beneficio de ambos, ¿qué puedo hacer yo, a fin de cuentas? No puedo hacer uso de ninguna coacción que no haya utilizado ya. En realidad, viene usted tarde con su petición. Ya he hecho, por mi cuenta, todo lo que el caso admite. He dado mi opinión y aquí me tiene.

—¡Sí, aquí le tengo, por fortuna! —Mme. de Vionnet se echó a reír—. La señora Newsome —añadió en otro tono— no piensa que usted pueda hacer tan poco.

El hombre vaciló, pero se las arregló para pronunciar las palabras.

—Bueno, así piensa ahora.

—¿Con eso quiere decir...? —Pero también ella quedó en suspenso.

—¿Qué quiero decir?

La mujer seguía dudando.

—Dispense si lo saco a relucir, pero si le hablo de cosas extraordinarias, ¿por qué no voy a poder? Además, ¿no es justo que nos preocupemos de saberlo?

—Saber ¿qué? —insistió el hombre cuando, después de andarse por las ramas de aquella manera, la mujer había dejado las cosas otra vez a medias.

Pero hizo un esfuerzo.

—¿Ha roto ella con usted?

El hombre se sorprendería después de la sencillez y calma con que había oído aquello.

—Todavía no. —Era como si se sintiera un poco desilusionado: había esperado

todavía más de la libertad femenina. Pero continuó de todas formas—: ¿Es eso lo que Chad le ha dicho que va a ocurrirme?

Evidentemente, la mujer estaba encantada con la forma en que se lo tomaba Strether.

—Si con ello pregunta usted si hemos hablado al respecto... desde luego que sí. Y no es lo último que tiene que ver con mi deseo de hablar con usted.

—Juzgar si soy la clase de hombre que una mujer *puede...?*

—¡Ni más ni menos —exclamó ella—, caballero maravilloso! Yo juzgo: *ya* he juzgado. Una mujer no puede. Está usted a salvo: con todo el derecho a estarlo. Y sería mucho más fácil si lo creyese.

Strether guardó un momento de silencio; luego se encontró hablando con un cinismo confidencial cuyas fuentes, incluso en aquel momento, le eran extrañas.

—Hago lo posible por creer. Pero es asombroso —exclamó— que *usted lo* haya descubierto.

—Oh —alcanzó a decir la mujer—, recuerde cuánto tuvo que costarme, por mediación del señor Newsome, antes de que nos viéramos, llegar a ello. Él confía plenamente en su fortaleza.

—Bueno, puedo soportarlo casi todo —nuestro amigo se interrumpió con brusquedad. Intensa y hermosa, en aquel momento, la sonrisa femenina volvió a aparecer y con el resultado de hacer que el hombre oyera lo que había dicho ni más ni menos que como ella lo había oído. No le costó mucho deducir que aquello le traicionaba, pero, a decir verdad, ¿no había conducido todo a tal circunstancia? Había sido muy bonito pensar por un momento que tenía a la mujer en un puño y que la había forzado; ¿y qué es lo que había hecho sino dejar que viera, prácticamente, que él aceptaba la relación? ¿Cuál era su relación, además —aunque intangible y formalmente breve todavía—, sino lo que ella tuviera a bien disponer? Nada podía impedir —él no, ciertamente— que ella la hiciera agradable. En el fondo de su cabeza, detrás de todo, palpitaba la convicción de que se trataba —allí mismo, ante él, junto a él, de una forma vívida e imperativa— de una de esas raras mujeres de las que tan a menudo había oído y leído cosas, en las que tanto había pensado, pero con las que nunca había tropezado y cuya sola presencia, aspecto, voz, cuya sola contemporaneidad fáctica, desde el momento de su presencia cabal, bastaba para trocar el reconocimiento en relación. No era aquella la clase de mujer que había visto en la señora Newsome, una contemporaneidad fáctica que había sido manifiestamente parsimoniosa en el propio establecimiento; y, en aquel momento, delante de Mme. de Vionnet, experimentaba la simplicidad de su impresión primera de la señorita Gostrey. Esta, a decir verdad, había sido una facticidad de rápido desarrollo; pero el mundo era inmenso y cada día se volvía una lección con mayor celeridad. Había, en cualquier caso, incluso entre los desconocidos, relaciones y relaciones. Acepto, naturalmente, el gran estilo de Chad —a lo que añadió en seguida—: No le ha costado mucho convencerme.

La mujer pareció negar brevemente, por lo que al joven respectaba, mediante un alzamiento de cejas, esbozo de un gesto en modo alguno desconsiderado.

—Sin duda sabe usted la tristeza que representaría para él que usted sufriera alguna pérdida. Confía en que usted sabrá tener paciente a su madre.

Strether meditó aquello sin dejar de mirarla.

—Entiendo. Así pues, es *eso* lo que usted quiere realmente de mí. Pero ¿cómo voy a hacerlo? Tal vez me lo aclare usted.

—Sencillamente, dígale la verdad a ella.

—¿Y qué es la verdad para usted?

—Bueno, *cualquier* verdad, acerca de nosotros, que vea usted por sí mismo. Lo dejo a su elección.

—Muchas gracias. Me gusta —dijo Strether riendo con cierta severidad— la forma como deja usted las cosas.

No obstante, la mujer insistió con amabilidad y dulzura, como si restara malicia al negocio.

—Sea totalmente honrado. Dígaselo todo.

—¿Todo? —repitió el hombre con extrañeza.

—Cuéntele la verdad desnuda. —Mme. de Vionnet seguía desenvolviéndose en el mismo tono.

—Sí, pero ¿cuál es la verdad desnuda? Porque es eso precisamente lo que quiero averiguar.

Mme. de Vionnet paseó la mirada a su alrededor durante un momento, pero no tardó en posarla otra vez en el hombre.

—Háblele, con amplitud y claridad, de *nosotras.*

Strether, mientras tanto, había mantenido fija la mirada.

—¿De usted y de su hija?

—Sí: de la pequeña Jeanne y de mí. Dígale —la mujer se estremeció ligeramente— que simpatiza usted con nosotras.

—¿Y qué provecho sacaré yo de eso? Mejor aún —rectificó—, ¿qué provecho sacarán *ustedes?*

La mujer adoptó una actitud más seria.

—Ninguna, según usted, ¿no es cierto?

Strether vaciló.

—Ella no me envió para que yo «simpatizara» con ustedes.

—Oh —protestó encantadoramente la mujer—, ella le envió para arrostrar los hechos.

El hombre admitió segundos después que algo de aquello había.

—Pero ¿cómo voy a arrostrarlos mientras no sepa cuáles son? ¿Quiere usted —añadió, preparándose para la pregunta— que él se case con su hija?

La mujer imprimió a la cabeza una sacudida tan noble como impremeditada.

—No. No se trata de eso.

—Pero ¿no es cierto que él lo desea?

La mujer repitió el movimiento, pero con una extraña expresión esta vez.

—Ella le gusta demasiado.

Strether quedó sorprendido.

—¿Hasta el punto de considerar, dice usted, la cuestión de llevársela a América?

—Hasta el punto de no ser con ella sino tremendamente amable y educado: muy tierno, a decir verdad. Nosotros velamos por ella y usted debe ayudarnos. Debe usted verla otra vez.

Strether se sintió incómodo.

—Ah, con mucho gusto... es tan notablemente atractiva.

La vehemencia maternal con que Mme. de Vionnet respondió a esto habría de recordarla Strether después como un hermoso gesto lleno de gracia.

—¿Le gusta a *usted* la dulce criatura? —Y como el hombre respondiera con un

«¡Oh!» prolongado de entusiasmo—: Es perfecta. Es mi alegría.

—Bueno, no me cabe la menor duda... si estuviera cerca de ella y la viera más a menudo... de que también sería la mía.

—Entonces —dijo Mme. de Vionnet—, dígale eso a la señora Newsome.

El hombre se sorprendió al máximo.

—¿Qué provecho sacará usted de eso? —Y como la mujer se limitara a dudar, el hombre añadió—: ¿Esta su hija enamorada de nuestro amigo?

—Ah —respondió la mujer más bien sorprendida—, ¡preferiría que lo descubriera!

El hombre manifestó a su vez su sorpresa.

—¿Yo? ¿Un extraño?

—Oh, no tardará usted en dejar de serlo... dentro de poco. Podrá usted verla, se lo aseguro, como si no lo fuera en modo alguno.

Aquello se le antojó, sin embargo, una idea extraordinaria.

—Me parece, evidentemente, que si la madre de ella no puede...

—Ah, las jóvenes y sus madres modernas —exclamó la mujer de manera más bien inconsecuente. Pero se detuvo en algo que le pareció más a propósito—. Dígale a ella que he sido buena con él. ¿No opina usted lo mismo?

Aquello afectaría al hombre, en su momento, bastante más de lo que pensaba. Se sentía, no obstante, conscientemente picado con suficiencia.

—Oh, si fueran todos *ustedes...*

—Bueno, puede que «todos» no —le interrumpió la mujer—, pero sí una proporción respetable. De veras —añadió en un tono que había de ocupar un lugar entre las cosas que el hombre recordaría.

—En tal caso es maravilloso.. —El hombre dedicó una sonrisa a la mujer en un rostro que él advertía tirante y fue la cara femenina quien durante un momento le mantuvo en aquel estado.

Por fin también ella se levantó.

—Bueno, ¿no lo cree usted así para que...?

—¿Para que yo deba salvarla a usted? —Fue por esto por lo que la idea de entrevistarse con ella (y la idea también, en cierto modo, de marcharse) se le había ocurrido. Se oyó a sí mismo utilizar aquella palabra exagerada, cuyo solo sonido contribuyó a determinar su partida—. La salvaré si está en mi mano.

II

En la encantadora casa de Chad, sin embargo, diez días después, en el curso de una tarde, intuyó que estaba a las puertas del desenlace del tímido secreto de Jeanne de Vionnet. Había cenado allí mismo en compañía de la damisela y de su madre, así como de otras personas, y había pasado al *petit salon,* a petición de Chad, con el objeto de hablar con ella. El joven se lo había propuesto como un favor.

—Me gustaría tanto saber lo que piensa usted de ella. Tendrá ocasión —había dicho– – de ver a la *jeune fille,* quiero decir el carácter, tal como es en realidad, y no me parece que sea algo que usted, como observador de la conducta, deba descuidar. Será una impresión que, junto con otras cosas, se llevará usted consigo a la patria, donde encontrará tanto con que compararla.

Strether sabía muy bien con qué quería Chad que la comparase y aunque estaba totalmente de acuerdo todavía no había reflexionado con tanta profundidad que se hubiera acostumbrado, por más que continuamente, aunque para su sayo, así lo manifestase. Estaba muy lejos de saber con precisión hasta qué extremo; pero se sentía, pese a todo, acompañado siempre de un sentido del servicio que prestaba. No alcanzaba a concebir sino que tal servicio era sumamente agradable a quienes beneficiaba; y, a decir verdad, aún esperaba el momento de sorprenderlo en el acto de revelarse desagradable, de revelarse en cierta medida intolerable para él. No comprendía de qué modo se aclararía del todo su situación, lógicamente, como no fuera en virtud de un giro de los acontecimientos que le diera el pretexto del malestar. Partía todos los días de la posibilidad del malestar, pero cada día que pasaba descubría en el intervalo un nuevo y más atractivo recodo en el camino. La posibilidad antedicha se encontraba en aquel momento más lejos que en la víspera de su llegada y el hombre estaba totalmente seguro de que, de presentarse de pronto, habría de ser, cuando menos, inconsecuente y violenta. Sólo le pareció estar un poco más cerca de ella cuando se preguntó qué servicio, en aquella vida tan útil, estaba, a fin de cuentas, prestando a la señora Newsome. Cuando deseaba creer que él era todavía intachable reflexionaba —y, a decir verdad, con sobresalto— sobre la indemne frecuencia de la correspondencia de ambos; en relación con la cual, ¿no era, al fin y al cabo, lo más lógico que fuera más frecuente, ni más ni menos que en proporción con la complicación gradual del problema?

Cierto que, en cualquier caso, el problema tenía ya sus puntos consoladores, sobre todo con la abundosa conciencia de la carta de la víspera: «Bueno, ¿qué otra cosa puedo hacer? ¿Qué puedo hacer sino contárselo a ella todo?» Para convencerse de que, en efecto, se lo contaba, de que se lo había contado a ella todo, solía pensar en detalles secundarios que no le había explicado. Cuando, en momentos singulares y en la vigilia de la noche, se centraba en uno, por lo general se revelaba al cabo —y tras un análisis más profundo— como bastante alejado del meollo de la cuestión. Cuando se le ocurría algo nuevo o algo ya advertido reaparecía, siempre lo escribía en el acto, como con miedo de que, si no lo hiciera, fuera a olvidarlo; y también de que pudiera decirse de vez en vez: «Ella lo sabe *ya,* es inútil preocuparse». Por regla general, le tranquilizaba considerablemente no haber pasado por alto las cosas que precisaban claridad y explicación; no haber llegado a aquellas alturas a un punto muerto en que no ocurría nada o en que las cosas quedaban veladas y atenuadas. Ella lo sabía ya; esto era lo que se decía en la presente noche en relación con la reciente amistad de Chad con las dos damas... por no hablar de la más reciente y propia. En otras palabras, la señora Newsome sabía aquella misma noche y en Woollett que él conocía a Mme. de Vionnet y que había ido a verla con conocimiento de causa; sabía, además, que la encontraba notablemente atractiva y que sin duda habría mucho más que contar al respecto. Pero también sabía —o sabría muy prontoque, con no menor conocimiento de causa, él no había de repetir la visita; y que cuando Chad hubiera de preguntarle, de parte de la condesa —Strether intuía el condado con viveza, con una imagen en lo más profundo de su intelecto— qué día le parecía mejor para cenar con ella, él había respondido con lucidez: «Muchas gracias, pero... no es posible». Había rogado al joven que presentara sus excusas y había esperado que entendiera que no era lo correcto. No había informado a la señora Newsome que había prometido «salvar» a Mme. de Vionnet; pero, en la medida en que le afectaba este hecho, no había, en cualquier caso, prometido merodear la casa de la mujer. Lo que Chad

había comprendido sólo podía inferirse, a decir verdad, de la conducta de Chad, que había sido tan liberal, en este sentido, como en cualquier otro. Era liberal siempre que entendía; era más liberal aún, si cabe, cuando no comprendía; había replicado que no se preocupara y había procedido a sustituir la ocasión presente —como dispuesto estaba a sustituir otras— por cualquiera, por cualquier ocasión respecto de la que su viejo amigo fuera a sentir graciosos escrúpulos.

—Oh, pero yo no soy extranjera; soy tan inglesa como la que más —le había dicho Jeanne de Vionnet en cuanto él tomó asiento, en el *petit salon* y con timidez más que suficiente, en el lugar que junto a la joven había dejado vacío Mme. Gloriani al acercarse el hombre. Mme. Gloriani, que vestía de terciopelo negro y encajes blancos, y llevaba el cabello empolvado, y cuya en cierto modo maciza majestad se derretía al menor contacto en la gracia de cualquier idioma incomprensible, se había alejado para dejar el sitio al ambiguo caballero, tras un amable saludo que, en el sentir masculino, entrañaba, entre misteriosos acentos, una especie de reconocimiento facial de hacía dos domingos. Entonces había observado el hombre —aprovechándose al máximo de su edad— que le asustaba no poco descubrirse dedicado al entretenimiento de una joven extranjera. Había chicas de las que no tenía miedo: era bastante atrevido con las jóvenes norteamericanas. De modo que ella había tenido que defenderse al final.

—Oh, pero también soy casi norteamericana. Es lo que mamá quena que yo fuese, quiero decir más o menos así, ya que no desea sino que goce de mucha libertad. Ella conoce las ventajas de esta circunstancia.

Le parecía innegablemente hermosa: un vago retrato al pastel encerrado en un marco ovalado; pensaba ya en ella como en una imagen indefinible sita en una larga galería, retrato de una princesita antigua de la que no se sabía sino que había muerto joven. La pequeña Jeanne no iba, qué duda cabía, a morir joven, pero, de todos modos, no se podía tratar con ella con suficiente lucidez. Era notorio; era notorio que *él,* en cualquier caso, no soportaría responsabilizarse, en relación con ella, de los problemas de un joven. Odiosos eran, a decir verdad, los problemas de un joven; a ella no se la podía tratar como a una criada sospechosa de tener un «tórtolo». Y en cuanto a los jóvenes, en cuanto a los jóvenes... bueno, era asunto de ellos o, en cualquier caso, de ella. Ella estaba agitada, hermosamente entusiasmada —hasta el punto de provocar la lucecita que aparecía y desaparecía en sus ojos y el par de manchas rosadas que coloreaban sus mejillas— con la gran aventura de cenar fuera y la aventura mayor, si cabe, de estar con un caballero al que sin duda estimaba muy, muy viejo, un caballero con lentes, arrugas y un bigote largo y grisáceo. Hablaba el inglés más bonito, pensaba nuestro amigo, que había oído en la vida, al igual que había creído, minutos antes, que hablaba el más bello francés. Se preguntaba casi con melancolía si un diapasón de aquel estilo no revertiría sobre el espíritu; de hecho, antes de saberlo, su fantasía había comenzado a vagabundear y maquinar hasta tal extremo que acabó por descubrirse a sí mismo, ausente y extravagante, al lado de la joven en amistoso silencio. Sólo entonces advirtió que la agitación femenina había desaparecido, afortunadamente, y que la muchacha estaba más tranquila. De hecho, confiaba en él, simpatizaba con él y él había de recordar después que la joven le había contado ciertas cosas. Había recurrido ella al expediente de la espera, por fin, sin oleadas ni escalofríos: nada sino el leve rocío que podía provocar en aquella agradable calidez, nada sino la saludable y continua inmersión en la espera antedicha. Al cabo de diez minutos de compañía, la impresión del hombre —con todo lo que se había despejado y

añadido— era completa. La joven había sido libre, según entendía ella la libertad, parcialmente para darle a conocer que, a diferencia de otras personitas que conocía, ella se había embebido en aquel ideal. Era deliciosamente rebuscada consigo misma, pero lo que más interesaba al hombre era la imagen del embebecimiento. El hombre no tardaría en advertir que éste consistía en realidad en algo pequeño y grandioso a la vez, en que, fuera cual fuese la naturaleza de la joven, estaba ya totalmente —el hombre hubo de tantear en busca de la palabra, pero ésta se le ocurrió por fin— educada. No podía, naturalmente, dada la breve relación que les unía, decir nada de su naturaleza, pero era la idea de la educación lo que la oven había despertado en el intelecto masculino. Jamás la había visto con tan patente manifestación. Su madre la evidenciaba, sin lugar a dudas; pero la madre, para hacer el hecho menos notorio, evidenciaba además otras cosas y en ninguna de las dos ocasiones anteriores, mujer extraordinaria, intuía Strether, nada que se pareciera a lo que ella evidenciaba aquella noche. La pequeña Jeanne era un caso, un caso exquisito de educación, mientras que la condesa, en quien tanto le divertía pensar con este apelativo, era un caso, asimismo exquisito, de... bueno, no sabía qué.

—Nuestro joven amigo tiene un gusto maravilloso —fue lo que Gloriani le dijo al terminar la observación de un pequeño cuadro colgado junto a la puerta de la estancia. La celebridad en cuestión acababa de entrar, al parecer en busca de Mlle. de Vionnet, pero mientras Strether se levantaba, el invitado, con la mirada atenta, se había detenido para una prolongada observación. El objeto era un paisaje de tamaño reducido, de la escuela francesa, como nuestro amigo se alegraba de creer que sabía, y también de una calidad... que le gustaba pensar que habría tenido que calcular también; el marco excedía el tamaño del lienzo; nunca había visto a nadie mirar nada, estimó, como Gloriani miraba, con la nariz muy próxima y con rápidos movimientos de cabeza de lado a lado y de arriba abajo, aquella pieza de la colección de Chad. El artista se sirvió de este término segundos después, mientras sonreía con cortesía, limpiaba sus quevedos y acto seguido miraba a su alrededor: mientras, en una palabra, rendía al lugar, por el solo hecho de su presencia y por algo que Strether imaginó que podía descifrar en su singular mirada, un tributo tal que, al sentir de este último, situaba las cosas de una vez por todas. Strether se dio cuenta en aquel instante, ya que hablamos de ello, y con una intensidad no conocida hasta entonces, de qué modo, a su alrededor y a despecho de sí, estaban coherentemente situadas. La sonrisa de Gloriani, muy italiana e inescrutable sin perder la elegancia, según consideró, había representado para él durante la cena, en la que no se habían sentado juntos, un vago sentido de bienvenida, pero la cualidad ya desvanecida había aparecido en aquella ocasión para revelar su interioridad; como si el vínculo momentáneo proporcionado por la compartida incertidumbre se hubiera roto. Sabía en aquel momento cuál era la verdad última, una verdad consistente en que no había habido tanto incertidumbre como diferencia; tanto más cuanto que, por encima de la diferencia, el célebre escultor parecía dedicarle una gesticulación casi de condolencia, ¡oh, cuán vacía, sin embargo!, como del otro lado de una inmensa superficie de agua. Tendía el puente de una civilización encantadora y hueca al que Strether no habría confiado todo su peso ni un instante. La idea, aunque fugaz y acaso tardía solamente, había llevado a cabo la tarea de tranquilizar a Strether y la imagen borrosa había desaparecido ya: había desaparecido en virtud de algo que se decía y en virtud de su reparo, con otro rápido vuelco, de que Gloriani estaba ahora en el sofá y hablaba con Jeanne, mientras él volvía a oír la conocida familiaridad y el evasivo significado del «¡Oh, oh, oh!» que le había llevado, quince días

atrás, a provocar a la señorita Barrace en vano. Tenía ella siempre el aire, esta dama pintoresca y original, que se le antojaba, con singular extrañeza, lo mismo antiguo que moderno: el aire de contar una broma que ya se hubiera disfrutado con ella. El detalle, sin duda, era lo antiguo, pero era el uso que de él hacía lo que era moderno. Le daba en la nariz en aquel momento que la bien intencionada ironía femenina estaba en relación con alguna cosa y le molestaba un tanto que la mujer no fuera más explicita y se limitase a asegurarle, con ese placer de la observación tan evidente en ella, que no le iba a decir ni una palabra más.

Sólo pudo recurrir a preguntarle qué había hecho ella con Waymarsh, aunque debiera añadirse que le pareció descubrir un indicio una vez que la mujer le hubo respondido que el personaje en cuestión estaba, en la otra sala, enfrascado en una charla con Mme. de Vionnet. Observó durante un instante la imagen de esta yuxtaposición; entonces, en pro de la señorita Barrace, preguntó:

—¿Está ella también, en tal caso, bajo el influjo...?

—No, ni pizca —respondió con prontitud la señorita Barrace—. El no le importa nada; está aburrida; no le será de mucha ayuda respecto de este hombre.

—Oh —exclamó Strether riendo—, ella no puede hacerlo todo.

—Claro que no... aunque es maravillosa. Además, a él tampoco le importa *ella.* De mí no obtendrá nada... aunque no me cabe duda de que no se complicaría en más asuntos, por más que pudiera. Nunca —añadió la señorita Barrace— la he visto fracasar con nadie. Y esta noche, que está tan magnífica, se le antojaría extraño... si reparase en ello. De modo que, sea como fuere, es todo mío. *Je suis tranquile!*

Strether comprendió en la medida en que podía comprender; pero le interesaba más el indicio aludido.

—¿Le parece ella esta noche particular magnífica?

—Por supuesto. Como nunca, diría yo. ¿No lo cree usted así? Vaya, es *por* usted.

El hombre insistió en su inocencia.

—¿«Por» mí...?

—¡Oh, oh, oh! —exclamó la señorita Barrace, que insistía en la cualidad opuesta.

—Bueno —admitió el hombre con sensibilidad—, es diferente. Es una mujer alegre.

—¡Alegre! —dijo la señorita Barrace riendo—. Y tiene una espalda preciosa... aunque esto no tiene nada de particular.

—No —dijo Strether—, se podía estar seguro de su espalda. No se trata de su espalda, sin embargo.

Su compañera, con renovado regocijo y el tacto más delicado, entre bocanadas de humo del cigarrillo y la alegría de los objetos, parecía encontrar la conversación sumamente deliciosa.

—Sí, no se trata de su espalda.

—¿De qué, entonces? —preguntó Strether con avidez.

—Bueno, de *ella...* sencillamente. De su porte. De su encanto.

—Claro que se trata de su encanto, pero estamos hablando de su particularidad.

—Bueno —explicó la señorita Barrace—, es simplemente brillante, como suele decirse. Nada más. Es versátil. Equivalente a cincuenta mujeres.

—Ah, pero es sólo una —quiso aclarar Strether— de una vez.

—Puede. ¡Pero cincuenta veces... !

—Oh, no caigamos en eso —dijo nuestro amigo, no tardó en apuntar en otro sentido–

–. ¿Me respondería usted a una pregunta sencilla? ¿Se divorciará alguna vez?

La señorita Barrace le miró fijamente a través de sus impertinentes.

—¿Por qué había de hacerlo?

Strether se dio cuenta de que no era aquello lo que él había preguntado; pero lo aceptó de todos modos.

—Para casarse con Chad.

—¿Por qué tendría ella que casarse con Chad?

—Porque estoy convencido de que le tiene mucho afecto. Ha hecho maravillas con él.

—¿De qué otro modo podría hacer más? Casarse con un hombre, o con una mujer —prosiguió sabiamente la señorita Barrace—, no es nunca una maravilla, ya que cualquier fulano y cualquier mengana pueden hacerlo. Lo pasmoso es hacer cosas así sin casarse.

Strether consideró durante unos momentos aquel planteamiento.

—¿Quiere usted decir que es tan hermoso para nuestros amigos que han de seguir así?

Contuviera lo que contuviese la frase masculina, la mujer se echó a reír.

—Muy hermoso.

El, sin embargo, insistió.

—¿Porque es desinteresado?

La mujer, pese a todo, se cansó de repente de aquel tema.

—Sí, digamos que es así. Además, no se divorciará nunca. Por otro lado —añadió—, no se crea todo lo que se dice del marido.

—¿No es entonces —preguntó Strether— un infeliz?

—Oh, sí. Pero encantador.

—¿Lo conoce usted?

—Nos han presentado. Es *bien amiable.*

—¿Con todos, salvo con su mujer?

—Oh, por lo que sé, también lo es con ella... con cualquiera, con todas las mujeres. Espero que, de todos modos —añadió la mujer con brusco giro—, sepa apreciar usted la atención que dedico al señor Waymarsh.

—Oh, infinitamente. —Pero Strether no iba en aquel sentido—. Así pues —sentenció de plano—, se trata de un vínculo inocente.

—¿El mío y el suyo? Ah —exclamó riendo—, no le dé a todo un tinte sentimental.

—Quiero decir que nuestro amigo está aquí... por la dama de quien hemos hablado. ––Era esto lo que Strether había deducido como consecuencia indirecta, aunque no menos pertinente, de la impresión que le había causado Jeanne. Tal era la postura que quería adoptar—. Es inocente —repitió—, puedo verlo con claridad.

Confundida por la rotunda afirmación masculina, la mujer había echado un vistazo a Gloriani como si fuese éste el objeto innominado de la alusión del hombre, pero no tardó en comprender inmediatamente; aunque, a decir verdad, no antes de que Strether hubiera advertido la confusión momentánea y preguntándose qué habría detrás de esto. Sabía ya que el escultor admiraba a Mme. de Vionnet; pero ¿indicaba además esta admiración un tipo de vínculo en que la inocencia era discutible? A las claras se estaba introduciendo en una atmósfera extraña y pisando un terreno que no era de los más firmes. Miró con severidad durante un momento a la señorita Barrace, pero ésta ya había vuelto a tomar la palabra.

—¿Está bien la señora Newsome? Bueno, por supuesto que tiene que estarlo —con lo que volvió alegremente al tema de su buen amigo—. Tal vez se sorprenda usted de no

verme cansada de tanto Toro Sentado como tengo que tratar... ¡y no son pocos! Pero no, ¿sabe usted?, no me importa; lo soporto y nos llevamos admirablemente. Soy muy extraña; me gusta serlo; y no siempre sé explicarme. Hay personas que se estiman interesantes o notables o lo que sea, y que me aburren hasta la muerte; y hay otras de las que nadie sabe qué se puede ver en ellas: en las que yo, en pocas palabras, lo veo todo. —Luego, tras una bocanada de humo—: Sepa usted que es un hombre conmovedor —dijo.

—¿Saber? —dijo Strether—. ¿Acaso no lo sé ya? Sin duda la conmovemos hasta el punto de hacerla llorar.

—Oh, pero si no hablo de *usted—dijo* ella riendo.

—Debiera hacerlo, en tal caso, pues el peor síntoma de todos, como debe de ser mi caso respecto de usted, es que usted no pueda ayudarme. Ello se da cuando una mujer se compadece.

—¡Ah, pero si yo puedo ayudarle! —insistió la mujer con delicadeza.

Volvió a mirarla con severidad, y luego, tras una pausa:

—¡No, no puede usted!

Los lentes femeninos, con su larga cadenita, dejaron de tintinear.

—Ya le ayudo con Toro Sentado. Y no está mal.

—Ah, sí, eso. —Pero Strether dudaba—. ¿Quiere usted decir que él habla de mí?

—¿De modo que tengo que defenderle a usted? Nunca, jamás.

—Comprendo —dijo Strether con buen humor—. Es demasiado profundo.

—Su único defecto —replicó ella— es que todo resulta demasiado profundo cuando se está con él. Tiene abismos de silencio... que sólo quebranta tras larguísimos intervalos para hacer una observación. Y cuando ésta se da, es siempre por algo que ha visto o experimentado por sí mismo: jamás hay nada *banal.* Es esto lo que habría podido temerse y lo que me mataría. Pero ni por esas. —La mujer aspiró otra bocanada de humo mientras, con divertida complacencia, apreciaba su adquisición—. Y nunca respecto de usted. Respecto de usted tenemos claras las cosas. Somos extraordinarios. Pero le diré lo que sí hace —continuó—: quiere hacerme regalos.

—¿Regalos? —repitió el pobre Strether, consciente con una súbita punzada, de que *él* aún no había probado aquello en ningún terreno.

—Bueno, sí —se explicó la mujer—, y tiene un aspecto elegantísimo en la victoria[*]; de modo que cuando le dejo, como hago a menudo casi durante horas (a él le gusta), ante las tiendas, el verle allí me ayuda, cuando salgo, a reconocer mi coche de lejos. Pero a veces, en cambio, entra conmigo y entonces he de hacer cuanto está en mi mano para evitar que me compre cosas.

—¿Acaso quiere «entretenerla»? —Strether casi se ahogó al considerar todo lo que no había pensado por su cuenta. Le asaltó un sentido de la admiración—. Oh, está en la auténtica tradición mucho más que yo. Sí —murmuró—, es la ira de los justos.

—¡La ira de los justos, precisamente! —y la señorita Barrace, que jamás había oído aquella expresión, reconoció su pertinencia con una palmada de sus manos enjoyadas—. Ahora sé por qué no es un hombre *banal.* Pero, de todas formas, evito que compre nada. Si usted viera lo que a veces elige. Así le ahorro una respetable cantidad de dinero. No acepto más que las flores.

—¡Flores! —repitió otra vez Strether, con un brote de resentimiento. ¿Cuántos ramos

[*] *Victoria* en el original; se refiere al coche de caballos de dos asientos que puso de moda la reina inglesa del mismo nombre. *(N. del T.)*

había regalado el actual interlocutor de la mujer?

—Flores inocentes —continuó ella—, todas las que quiere. Y me rodea de lujo; conoce los sitios mejores: él solo los encuentra; es maravilloso.

—*A mí* no me ha hablado de ellos —dijo sonriendo el amigo de la mujer—; tiene vida propia. —Pero Strether recapacitó en el hecho preclaro de que, por su cuenta, al fin y al cabo, jamás se le habría ocurrido a él. Waymarsh no tenía que tener en cuenta a la señora Waymarsh, mientras que Lambert Strether, en el lugar más honorable de sus pensamientos, tenía que pensar siempre en la señora Newsome. Además, le encantaba saber la medida en que su amigo estaba en la auténtica tradición. No obstante, había sacado sus propias conclusiones—. ¡Pues *vaya* ira! —Y añadió con mayor concreción—: Es una contrariedad.

La mujer comprendió; pero a cierta distancia.

—Eso me parece a mí. Pero ¿en qué sentido?

—Bueno, él piensa que yo tengo mi propia vida. ¡Y no es así!

—¿Que no la tiene? —La mujer tenía sus dudas y su carcajada vino a confirmarlo—. ¡Oh, oh, oh!

—No, no la tengo. Me da la sensación de que mi vida sólo existe para los demás.

—Ah, para los demás *y con* los demás. En la situación actual, por ejemplo, con...

—¿Con quién? —preguntó el hombre antes de que ella tuviera tiempo de decirlo.

El tono masculino la hizo vacilar y, mientras el hombre hacía cábalas, dijo la mujer de manera particular:

—Digamos con la señorita Gostrey. ¿Qué hace usted por *ella?*

Aquello sorprendió vivamente al hombre.

—¡Nada en absoluto!

III

Mme. de Vionnet, que había hecho acto de presencia mientras tanto, estaba ya muy cerca de ellos y la señorita Barrace, en consecuencia, en vez de arriesgar una réplica, volvió a convertirse, con una mirada que midió a la recién llegada de los pies a la cabeza, en unos sencillos y apreciadores impertinentes de mango largo. Había parecido a nuestro amigo, desde su primera aparición, que estaba vestida para una gran ocasión y seguía respondiendo más que nadie a la concepción reavivada en él durante la fiesta del jardín, la idea de la *femme du monde* en su hábito, que ella vivía. Su espalda, sus hombros, sus brazos desnudos eran blancos y hermosos; la textura de su vestido, mezcla, suponía, de seda y crespón, era de un gris plateado tramado con tanta habilidad que daba la sensación de una cálida magnificencia; alrededor del cuello llevaba un collar de esmeraldas grandes, cuyo verde espectro se repetía, con menor intensidad, en otros puntos de la ropa, los bordados, el esmalte, el raso, en materias y detalles de vago deslumbre. La cabeza, increíblemente rubia y festiva hasta lo exquisito, era como una fantasía feliz, un rescate de lo antiguo en una arcaica y preciosa medalla, una moneda de plata del Renacimiento; mientras que sus delicados luminosidad y brillo, su alegría, su expresión, su decisión contribuían a producir un efecto que un poeta habría sentido entre mitológico y consuetudinario. La habría comparado con una diosa todavía medio ocupada con una nube matutina o con una ninfa del mar inmersa hasta la cintura en las ondas estivales. Por encima de todo, sugeríale la consideración de que la *femme du monde* —en tan elegantes

estadios del prototipo— era, como la Cleopatra de la pieza teatral, variada y ciertamente polifacética. Tenía aspectos, caracteres, días, noches... o por lo menos hacía que apareciesen por misteriosa ley propia, cuando sucedía por añadidura que era también una mujer de genio. Unas veces era persona oscura y apagada, y otras ostentosa y extrovertida. Aquella noche se le antojaba ostentosa y extrovertida, aunque intuía el hombre la brusquedad desnuda de la fórmula, ya que, en virtud de uno de los atajos del genio, había tomado por sorpresa todas las clasificaciones masculinas. Por dos veces durante la cena había sostenido el hombre la prolongada mirada de Chad; pero estos detalles comunicativos no habían servido, a decir verdad, sino para remover viejas ambigüedades: tan poco aclaraban si se trataba de una llamada o una admonición. «Ya ve usted lo decidido que estoy», parecían insinuar; sin embargo era esta decisión lo que Strether no veía. No obstante, tal la viera en la presente ocasión.

—¿Me haría usted el inmenso favor de ir a relevar a Newsome, durante unos minutos, de la más bien acuciante responsabilidad de Mme. Gloriani, mientras tengo unas palabras, si A él me lo permite, con el señor Strether, a quien tengo algo que preguntar? Nuestro anfitrión quisiera hablar con otras damas y yo no tardaré en volver a rescatarla.

Había hecho esta oferta a la señorita Barrace como si se le hubiera despertado la conciencia de un deber especial, pero la percatación del ligero sobresalto de Strether al escucharla —como si hubiese asistido a una traición de parte del presidente de un país sometido— fue tan silenciosa como el propio comentario del hombre; momentos después, cuando la común amiga hubo aceptado de buen talante y se hubo alejado, tenía algo más en que pensar.

—¿Por qué se ha ido María tan de repente? ¿Lo sabe usted? —Era esto lo que Mme. de Vionnet tenía que preguntar.

—Me temo que no puedo darle sino la sencilla explicación que me dio ella en una nota: la súbita necesidad de reunirse, en el sur, con una amiga enferma que había empeorado.

—Ah, ¿entonces le ha escrito a usted?

—No desde que partió; y no fue sino una breve explicación antes de que se marchara. Fui a verla —dijo Strether— veinticuatro horas después de visitarla a usted, pero ya había salido y el portero me dijo que tenía orden de decirme, si aparecía, que ella me había escrito. En efecto, encontré el billete cuando llegué a casa.

Mme. de Vionnet escuchaba con interés y con los ojos fijos en la faz de Strether; entonces, su cabeza delicadamente ornada, hizo un leve ademán melancólico.

—A *mí* no me escribió. Fui a verla —añadió— casi inmediatamente después de hablar con usted, como le prometí que haría cuando la vi en casa de Gloriani. No me había dicho entonces que fuera a ausentarse y me pareció, ya en su puerta, comprender. Se ha ido, con todos mis respetos por su amiga enferma, aunque sé de cierto que tiene muchos, así que no puedo verla. No quiere que nos volvamos a ver. Bueno —continuó con hermosa dulzura premeditada—, me gustaba y la admiraba más que a nadie antiguamente, y ella lo sabía; quizá se ha marchado precisamente por esto; aunque es posible que tampoco la haya perdido para siempre. —Strether seguía sin decir nada; sintió pánico, mientras pensaba en sí mismo en aquel momento, a verse envuelto en problemas de mujeres, aunque, la verdad sea dicha, llevaba ya mucho trecho recorrido en ese sentido; además, vino a ocurrírsele, había algo, era patente, detrás de aquellas

alusiones y declaraciones que, de encararlo, le habría puesto enfermo con su afán de simplificar. Era como si, pese a todo, la dulzura y la tristeza femeninas fueran sinceras para él. No dejó de experimentarlo cuando la mujer reanudó lo comenzado—: Me alegro infinitamente de su felicidad. —Aunque también esto le mantuvo en silencio, por más que de tales palabras se dedujera una imputación sutil y mordaz. Lo que se deducía era que *él* era la felicidad de Maria Gostrey y durante la última fracción de segundo había sentido el impulso de recusar la idea. Habría podido hacerlo, sin embargo, diciendo tan sólo: «¿Qué cree usted que hay entre nosotros?», pero un momento después se alegró sorprendentemente de no haber abierto la boca. Algún día se le motejaría más de estúpido que de fatuo y se negó asimismo, con ligero encogimiento interior, a considerar lo que las mujeres —en particular las de los estadios superiores del prototipo— pudieran pensar las unas de las otras. Buscara lo que buscase, no se trataba precisamente de aquello; de modo que no tomó en cuenta lo que su interlocutora había dejado caer. Sin embargo, aunque se había alejado de ella durante unos días y colocado sobre los hombros femeninos el peso de un futuro encuentro, no evidenciaba la mujer el menor signo de irritación.

—Bueno, ¿qué hay de Jeanne? —dijo ella sonriendo, con la alegría con que había hecho acto de presencia. Y el hombre intuyó, en aquel preciso momento, que había sido el auténtico mensajero de la mujer. Pero él la había enseñado, a propósito de una verdad, a decir mucho a cambio del poco masculino—. ¿Ha averiguado ya si se ha formado una opinión? Me refiero a la señora Newsome.

Casi resentido, Strether no pudo por menos de replicar al instante.

—¿Cómo voy a averiguar esas cosas?

La mujer no perdió por ello la buena disposición.

—Ah, pues son detallitos preciosos y usted, no finja, sabe enterarse de todo. ¿No ha hablado —preguntó— usted con ella?

—Sí, pero no a propósito de Chad. Por lo menos no mucho.

—Oh, usted no necesita «mucho» —afirmó la mujer con decisión. Pero cambió de tercio en el acto—. Espero recuerde su promesa del otro día.

—¿«Salvarla» a usted, según dijo usted misma?

—Y lo sigo diciendo. ¿Lo hará? —insistió—. ¿No se ha arrepentido?

El hombre titubeó.

—No... pero he estado pensando en lo que yo quiero.

La mujer se sorprendió.

—¿Y no, ni siquiera un poco, en lo que quiero *yo?*

—No... eso no es necesario. Basta con que sepa lo que me interesa a mí.

—¿Y no lo sabe —preguntó ella— todavía?

El hombre hizo una pausa.

—Pienso que debe dejarlo en mis manos. Aunque, ¿cuánto tiempo —añadió— me concede usted?

—Me parece más que es cuestión de cuánto tiempo me concede usted *a mí.* ¿No me tiene nuestro amigo, en cualquier caso —prosiguió—, siempre presente ante usted?

—No —respondió Strether— en el sentido de que me hable siempre de usted.

—¿No lo hace nunca?

—Nunca.

La mujer caviló y, si de verdad le había desconcertado el hecho, se guardó de revelarlo. Un segundo después, la verdad sea dicha, se había recuperado ya.

—No, no lo haría. Pero *¿lo* necesita usted?

El hincapié femenino fue asombroso y si bien los ojos del hombre se habían mantenido errabundos, en aquel momento se posaron largamente en la mujer.

—Comprendo por dónde va usted[*].

La exclamación de triunfo de la mujer fue moderada, y, a decir verdad, tenía matices que arrancaban lágrimas a la justicia.

—Tengo ante mis propios ojos lo que él debe a usted.

—Admita, pues, que ya es algo —dijo ella, siempre, no obstante, con el mismo orgullo sometido a la discreción.

El hombre asimiló el detalle, pero prosiguió de todas formas.

—Sé lo que piensa usted de él, pero lo que no sé es cómo diablos se las ha apañado.

—¡Ah, esa es otra cuestión! —dijo ella sonriendo—. Lo importante es de qué sirve que usted se niegue a conocerme cuando conocer al señor Newsome, ya que me concede usted el honor de haberle descubierto, no es ni más ni menos que conocerme a mí.

—Entiendo —murmuró él, sin apartar los ojos de la mujer—. No debería haberla visto a usted esta noche.

La mujer alzó y dejó caer las manos juntas.

—No tiene importancia. Si yo confío en usted, ¿por qué no puede confiar usted en mí un poco? ¿Y por qué no puede confiar usted además —preguntó en otro tono— en usted mismo? —Pero no dio tiempo al hombre para replicar—. ¡Oh, no seré dura con usted! De todos modos, me alegro de que haya hablado con mi hija.

—Yo también —dijo el hombre—; pero ella no le es de ninguna utilidad.

—¿De ninguna utilidad? —Mme. de Vionnet le miró con despejo—. Bueno, pero si es un ángel del cielo.

—Por eso precisamente. Déjela sola. No haga nada por averiguarlo. Me refiero —se explicó— a lo que usted me dijo a propósito de... sus sentimientos.

Su compañera estaba sorprendida.

—¿Porque no se puede, en realidad?

—Bueno, porque yo le pido a usted, como un favor personal, que no lo haga. Es la joven más encantadora que he visto en mi vida. Por lo tanto, no influya en ella. No sepa nada, no quiera saber. Además... sí, además no lo hará usted.

Se trataba de una apelación repentina y ella la tomó como tal.

—¿Como un favor personal?

—Bueno... usted me lo pidió.

—Todo, todo lo que usted quiera —dijo la mujer sonriendo—. Nunca sabré nada. Gracias —añadió con amabilidad característica mientras se despedía.

El eco de aquellas palabras le acompañó durante un rato, dándole la diáfana sensación de haber sufrido una caída tras haber estado volando. Con el solo hecho de preparar con ella la independencia masculina el hombre, bajo el peso de una percepción particular, sin consistencia, con estupidez supina, se había comprometido, y la mujer, con su sensible sutileza, allí mismo, para tomar ventaja, había incrustado, mediante una sola palabra, un

---

[*] En la edición de Stallman falta, después de esta frase, la presumible réplica de Mme. de Vionnet. La ed. Penguin añade, en efecto:

«—Y tanto que lo comprende.»

La «exclamación de triunfo» se convertiría, en tal caso, sencillamente en su «triunfo» a secas. *(N. del T.)*

alfiler de oro, cuya aguda finalidad intuía significativamente el hombre. No se había puesto a divagar, antes bien permanecía muy alerta, y sus ojos, mientras consideraba, con intensidad relativa, la antedicha circunstancia, tropezaron con otro par que se habían situado en su radio de acción y que le pareció reflejaban su opinión de lo que había hecho. Los reconoció al instante como los del pequeño Bilham, que, según parecía, se le había acercado con el fin de hablar con él, aunque el pequeño Bilham no era, dadas las circunstancias, la persona a quien más habría abierto su corazón. Un minuto después estaban sentados en un rincón de la sala, opuesto en diagonal al rincón en que Gloriani charlaba todavía con Jeanne de Vionnet, a la que se había prestado, al principio y en silencio, una benévola atención.

—No alcanzo a comprender —había observado Strether entonces— cómo un joven de cierta vitalidad, usted, por ejemplo, puede tolerar la presencia de esa damisela sin sentirse tocado en lo más profundo. ¿Por qué no se decide usted, querido Bilham? —Recordaba el tono que le había traicionado en el banco del jardín, durante la recepción del escultor, y se le antojaba que lo dicho tal vez fuera lo más apropiado que podía decirse a un joven de valía y cierta experiencia—. Más de un motivo habrá.

—¿Para qué?

—Bueno, para estar aquí.

—¿Ofrecer mi mano y mi fortuna a Mlle. de Vionnet?

—Bueno —preguntó Strether—, ¿qué motivo más encantador podría usted ofrecerles? Es la personita más adorable que he visto en mi vida.

—Cierto, lo es y mucho. Quiero decir que es auténtica. Creo que los rosados pétalos están cerrados en espera de abrirse maravillosamente a su tiempo, es decir, para abrirse en presencia de un gran sol dorado. Por desdicha, yo no soy más que una bujía de a real. ¿Qué oportunidad tendría un pobre artista en medio de tal pradera?

—Oh, es usted bastante bueno —dijo Strether.

—Cierto, soy bastante bueno. Todos somos bastante buenos, me parece, *nous autres,* para todo. Pero ella es *demasiado* buena. He aquí la diferencia. Ni siquiera me tendrían en cuenta.

Strether, repantigado en el diván y todavía encandilado por la joven, cuyos ojos habían vagado en su busca, se puso a fantasear con una vaga sonrisa... Strether, tras haber gozado de la situación presente, como si dijéramos con el ritmo de lo latente, despertó por fin y, a despecho del nuevo material adquirido, meditó las palabras de su compañero.

—¿A quién se refiere usted? ¿A ella y su madre?

—A ella y a su madre. Además, ella tiene un padre, que, aparte de lo que pueda ser, no ha de ser, lo sé con seguridad, indiferente ante las posibilidades de la joven. Por otro lado, está Chad.

Strether se mantuvo en silencio durante unos instantes.

—Ah, pero a él no le interesa ella... quiero decir que no, según parece, a fin de cuentas, en el sentido en que yo hablo. *No* está enamorado de ella.

—No... pero es su mejor amigo; después de su madre. Le tiene un gran cariño. Y tiene una opinión formada acerca de su porvenir.

—¡Bueno, es muy extraño! —observó Strether con un suspiro de propiedad

—Muy extraño, a decir verdad. En ello radica su belleza. ¿No se acerca mucho a la clase de belleza en que usted pensaba —prosiguió el pequeño Bilham— cuando se mostró tan maravilloso e inspirado conmigo el otro día? ¿No me ordenó acaso, con un

acento que jamás olvidaré, que, mientras tuviera ocasión para ello, viviera cuanto pudiese? Y que viviera *realmente,* pues a eso sin duda se refería. Bueno, me hizo usted un favor inapreciable y yo hago lo que puedo. Lo interpreto como una coyuntura.

—¡Yo también! —dijo Strether al cabo de un momento. Pero un instante después hacía una pregunta inconsecuente—: ¿Cómo es que Chad está tan confundido?

—¡Ja, ja, ja! —el pequeño Bilham se dejó caer en los cojines.

Nuestro amigo recordó a la señorita Barrace y volvió a experimentar la sensación de moverse en una neblina de alusiones misteriosas y herméticas. No perdió el hilo, sin embargo.

—Naturalmente, lo comprendo; sólo que la mutación general me corta el respiro de vez en cuando. Chad con voz y voto en el establecimiento del futuro de una condesita... no —afirmó—, ¡hace falta más tiempo! Además, dice usted—prosiguió— que los individuos como usted y yo, de manera inevitable, no tienen la menor posibilidad de ganar. Lo curioso es que Chad no entre en esta clasificación. La situación no lo permite, pero en otra distinta podría quedarse con ella si quisiera.

—Sí, pero sólo porque es rico y porque existe la posibilidad de que sea más rico aún. Lo único en que pensarán es en el renombre o en la fortuna.

—Bueno —dijo Strether—, no tendrá ninguna gran fortuna si sigue como hasta ahora. Tiene que espabilarse.

—¿Es eso —preguntó el pequeño Bilham— lo que le ha contado usted a Mme. de Vionnet?

—No... no le he contado gran cosa. Sin embargo, naturalmente —continuó Strether—, puede sacrificarse si lo prefiere.

El pequeño Bilham hizo una pausa.

—Oh, no es hombre entusiasta de los sacrificios; es decir, tal vez piense que ya ha hecho bastantes.

—Bueno, eso tiene su virtud —dijo su compañero con firmeza.

—Es exactamente —deslizó el joven al cabo de un momento— lo que yo quería decir.

Aquello mantuvo a Strether un rato silencioso.

—Lo he descubierto por mí mismo —dijo entonces—; me he dado cuenta, en realidad, durante la última media hora. En pocas palabras, lo he comprendido por fin; no ocurrió así al principio, cuando usted me habló de ello por vez primera. Ni tampoco cuando me habló Chad por primera vez.

—Oh —dijo el pequeño Bilham—, no me parece que usted me creyera en aquella ocasión.

—Pues sí... lo hice; y también creí a Chad. Habría sido odioso y falto de educación, así como totalmente perverso, no hacerlo. ¿Qué interés tendría usted en engañarme?

El joven vaciló.

—¿Qué interés puedo tener?

—Precisamente. Es *posible* que Chad lo tenga. Pero ¿usted?

—¡Ja, ja, ja! —exclamó el pequeño Bilham.

Aquello, repetición al cabo, es posible que, en tanto que amaneramiento, hubiera irritado un tanto a nuestro amigo; pero sabía, como ya hemos visto, cuál era su lugar y estar a prueba de todo no era sino otra forma de afirmar que quería mantenerse en dicho lugar.

—No podía hacerlo sin tener conocimiento directo de las cosas. Es una mujer considerablemente astuta, brillante y eficaz y, por si esto fuera poco, con un encanto indiscutible: el encanto del que nosotros, sin duda, los que estamos aquí esta noche, sabemos qué pensar. No todas las mujeres astutas, brillantes y eficaces lo tienen. A decir verdad, no es muy frecuente en las mujeres. De modo que aquí estamos. —Strether hablaba como si no se dirigiese exclusivamente al pequeño Bilham—. Entiendo lo que puede ser una relación con una mujer así, lo que puede ser una amistad tan elevada y elegante. Como sea, no puede ser violenta ni vulgar: ésta es la cuestión.

—Sí, ésa es la cuestión —dijo al pequeño Bilham—. No puede ser violenta ni vulgar. Y, alabado sea el cielo, *¡no* lo es! Es, le doy mi palabra, lo más delicado que he visto en mi vida, y también lo más distinguido.

Strether, que estaba a su lado y se echaba hacia atrás cuando el otro se inclinaba, le dirigió una mirada momentánea que llenó un breve intervalo y que le pasó desapercibida. No miraba sino al frente, con absorta dedicación.

—Naturalmente, lo que le ha ayudado —dijo Strether al cabo, pese a todo—, lo que le ha ayudado, naturalmente, es decir, por lo que respecta *a cómo* ha resultado tan fantástico... es cosa que no pretendo entender. He tenido que tomarlo como ha venido. Y ahí es donde lo tenemos.

—¡Ahí es donde lo tenemos! —repitió el pequeño Bilham—. Y es también donde, la verdad sea dicha, la tenemos a ella. Tampoco yo lo comprendo, ni siquiera con mi más vasta y próxima oportunidad. Pero soy como usted —añadió—; soy capaz de admirar y regocijarme aunque esté un tanto en la oscuridad. Sabe usted que he estado al tanto durante unos tres años y sobre todo durante el pasado. No era antes tan malo como me parece, haber descubierto que usted piensa...

—¡Pero si yo ya no pienso nada! —le interrumpió Strether con impaciencia—. Es decir, nada salvo lo que sí pienso. Y quiero decir que, al principio, para que ella se fijase en él...

—Tenía que tener mucho atractivo. Oh, sí, tenía mucho atractivo, mucho más, acaso, del que mostraba en su casa. Ya sabe usted, sin embargo —prosiguió el joven con toda desenvoltura—, que había sitio para ella y en él fue donde se colocó. La mujer vio la oportunidad y no la desaprovechó. Por eso me choca tanta delicadeza. Pero, claro, a él le gustó ella primero.

—Naturalmente —dijo Strether.

—Quiero decir que primero se vieron como fuera y en alguna parte, creo que en su casa, allá en Norteamérica, y que ella, sin proponérselo entonces, sacó sus conclusiones. Luego, con tiempo y ocasión, él sacó las suyas; y después de *esto,* ella fue tan mala como él.

Strether comprendió aquello a medias.

—¿Tan «mala»?

—Sí, comenzó a preocuparse... a preocuparse mucho. Sola, en su deplorable situación, una vez que hubo comenzado, se fijó unos intereses. Unos intereses que continúan y que le ayudaron y le siguen ayudando no poco. De modo que todavía se preocupa. De hecho, se preocupa —dijo el pequeño Bilham con gran seriedad— más.

El criterio de Strether de que aquello no era asunto suyo no quedó malparado por la forma en que tomó lo dicho.

—¿Más que él, dice usted? —Con lo que su compañero miró a su alrededor y

entonces, durante unos instantes, se miraron a los ojos—. ¿Más que él? —repitió.

El pequeñó Bilham suspendió el habla durante otro espacio de tiempo.

—¿No se lo dirá a nadie?

Strether meditó.

—¿A quién iba a decírselo?

—Bueno, yo suponía que usted informaba regularmente...

—¿A las personas de allá? —le atajó Strether—. Bueno, no les contaré esto.

El joven desvió la mirada por fin.

—En tal caso, ella se preocupa ahora más que él.

—Oh —exclamó Strether de manera extraña.

Pero su compañero añadió en el acto.

—¿No se le había ocurrido, después de todo? Ahí es donde tiene usted que vigilarle.

—Ah, pero yo no tengo que vigilarle.

—¡Oh, caramba! —El pequeño Bilham no dijo nada más. —En cualquier caso no es asunto mío. Quiero decir —explicó Strether— que sólo lo es tenerlo bajo vigilancia. Pareció, sin embargo, que sí era asunto suyo añadir—: Lo que no se puede negar, pese a todo, es que ella le ha salvado.

El pequeño Bilham apenas esperó.

—Pensaba que era eso lo que *usted* tenía que hacer.

Pero Strether tenía preparada la respuesta.

—Hablo, en relación con ella, de los modales y la ética de Chad, de su carácter y su vida. Hablo de él como de una persona con la que tratar, con la que hablar y con la que vivir... como de un animal social.

—¿Y no es así, como un animal social, como usted le quiere?

—Ciertamente; tanto que es como si ella le hubiera salvado *para* nosotros.

—¿Le interesa, en consecuencia —replicó el joven—, salvarla *a ella* para todos ustedes?

—¡Oh, para «todos» nosotros...! —Strether no pudo por menos de reírse de aquello. Cosa que le hizo retroceder, sin embargo, al punto que de veras había querido tocar—. Han aceptado su situación, por difícil que sea. No son libres, ella, por lo menos, no lo es; pero aceptan lo que tienen. Hay amistad, de una especie muy bella, y esto es lo que les fortalece. Son honrados, sensibles y se sostienen el uno al otro. Es ella, sin duda, quien, como usted ha insinuado ya, posee mayor sensibilidad.

El pequeño Bilham pareció preguntarse qué habría insinuado.

—¿Mayor sensibilidad respecto de que son honrados?

—Bueno, respecto de que *ella* lo es y de la fortaleza que de ello brota. Ella le sostiene a *él*... ella lo sostiene todo. Cuando se puede hacer es extraordinario. Es una mujer maravillosa, maravillosa, como dice la señorita Barrace; y él, a su modo, también lo es; sin embargo, en tanto que hombre, a veces puede rebelarse y no advertir que bebe ahí su importancia. Ella se ha limitado a darle un tremendo impulso moral y lo que esto llega a explicar es prodigioso. Por eso hablaba yo antes de coyuntura. Lo es como ninguna otra. —Y Strether, con la cabeza hacia atrás y los ojos en el techo, pareció perderse en la imagen.

Su compañero escuchaba con atención.

—Usted ha sabido decirlo mejor que yo.

—Oh, vamos, es que a usted no le afecta.

El pequeño Biham consideró aquello.

—Me pareció oírle decir que tampoco a usted le afecta.

—Bueno, no me afecta en absoluto en cuanto asunto de Mme. de Vionnet. Pero, como acabamos de ver, ¿para qué he venido, sino para salvarle?

—Sí... para llevárselo.

—Para salvarlo llevándomelo; para ganarlo para *sí mismo,* porque creo que lo mejor es que se haga cargo del negocio... porque pienso que debe hacer inmediatamente, en consecuencia, lo que sea necesario a este fin.

—Bueno —dijo el pequeño Bilham al cabo de un momento—, ya lo ha ganado usted. Piensa, en efecto, que eso es lo mejor. Me lo ha dicho más o menos así hace un par de días.

—¿Y por eso —preguntó Strether— considera usted que está menos preocupado por ella?

—¿Menos por ella que ella por él? Sí, ése es uno de los motivos. Pero han contribuido también otras cosas. ¿No cree usted que un hombre —continuó el pequeño Bilham— *no puede,* dadas las circunstancias, preocuparse tanto como una mujer? Si estuviera en circunstancias distintas, es posible que se preocupase más. Chad —concluyó— tiene un futuro abierto al alcance de la mano.

—¿Habla usted de su futuro financiero?

—No... todo lo contrario; hablo del otro, del futuro de lo que usted con tanta propiedad llama su coyuntura. M. de Vionnet puede vivir eternamente.

—Entonces no pueden casarse.

El joven apenas dudó.

—No poder casarse es lo único seguro que tienen ante sí. Una mujer, una mujer especial, tal vez pueda soportar esa situación; pero ¿podría un hombre?

La respuesta de Strether fue tan rápida que se habría dicho que ya la tenía preparada.

—No sin un elevado ideal de conducta. Pero es que es eso lo que precisamente atribuimos a Chad. Por cierto —murmuró—, ¿disminuiría la tensión del caso si fuera a Norteamérica? ¿No diríamos mejor que la aumentará?

—¡Ojos que no ven, corazón que no siente! —exclamó su compañero riendo. Luego, con mayor ímpetu—: ¿Amortiguaría la tortura la distancia? —Y antes de que Strether pudiera replicar—: La cuestión es que Chad debe casarse —exclamó.

Strether pareció pensar un rato en aquello.

—¡Usted habla de tortura, pero no mengua la mía! —dijo. Un segundo después se había incorporado con una pregunta—. ¿Con quién debe casarse?

El pequeño Bilham se puso en pie más despacio.

—Bueno, con alguien con quien *pueda...* con chica del todo irreprochable.

Ambos estaban de pie y juntos, y los ojos de Strether se volvieron otra vez a Jeanne.

—¿Se refiere usted *a ella?*

Su amigo puso de pronto una cara extraña.

—¿Estando enamorado de la madre? No.

—Pero ¿no pensaba usted que no está enamorado de la madre?

Su amigo hizo una nueva pausa.

—Bueno, en cualquier caso no lo está de Jeanne.

—Es posible que no. ¿Cómo *puede* estar enamorado de otra mujer?

—Oh, eso sí lo admito. Pero estar enamorado, ¿sabe?, no se considera aquí —le

recordó con amabilidad el pequeño Bilham— condición necesaria, estrictamente hablando, para casarse.

—¿Y qué tortura, por llamarlo de algún modo, puede darse en una mujer así? —Como llevado del interés de sus propios asuntos, Strether había proseguido sin oír las palabras del otro—. ¿Ha transformado a un hombre de manera tan maravillosa para dárselo a otra? —Pareció detenerse en este punto y entonces el pequeño Bilham le miró fijamente—. Cuando las personas intercambian regalos no los echan de menos. —Entonces exclamó como una extravagancia de la que tuviera plena conciencia—: Afrontemos juntos el futuro!

—¿Quiere usted decir que, a fin de cuentas, no tendrá que irse?

—Quiero decir que si él renuncia a ella...

—¿Sí?

—Bueno, que tendría que avergonzarse de sí mismo. —Pero Strether había hablado en un tono que habría podido pasar por carcajada.

Libro séptimo

I

No era la primera vez que había estado solo en la gran iglesia poblada de sombras, como tampoco era la primera de sus entregas, siempre que la situación lo permitía, al benéfico afecto que aquello tenía sobre sus nervios. Había ido a Notre Dame con Waymarsh, había estado allí con la señorita Gostrey, había estado allí con Chad Newsome y había encontrado en el lugar, incluso en compañía, un refugio de tal índole ante la obsesión de su problema que, nuevamente obligado y con mayor fuerza por lo mismo, no había recurrido anormalmente a un expediente que parecía, por el momento, salir al paso de las circunstancias[*]. Sabía bien que era sólo por el momento, pero los buenos momentos —si buenos podía llamárseles— todavía tenían su valor para un hombre que, por entonces, casi casi por desgracia, tenía que vivir al día. Tras haber aprendido tan bien el medio, últimamente había hecho solo el peregrinaje más de una vez, escabulléndose las más de las veces, aprovechando una ocasión inadvertida y sabiendo que no necesitaba hablar de su aventura cuando volviese a reunirse con sus amigos.

Su gran amiga, por cierto, aún estaba fuera y seguía guardando un notable silencio; habían pasado tres semanas y la señorita Gostrey no había vuelto. La mujer le había escrito desde Mentone, admitiendo que el hombre tenía todo el derecho para juzgarla groseramente inconsecuente, y quizá, dada la ocasión, odiosamente desleal; pero pidiéndole paciencia, pidiéndole la postposición de la sentencia y confiando, en pocas palabras, en la generosidad masculina. También para ella, podía asegurárselo, era complicada la vida: más complicada de lo que el hombre habría supuesto; además, le había asegurado, antes de partir, que no se olvidaría totalmente de él cuando volviese. Si, por otro lado, no abrumaba al hombre con cartas, era, sinceramente, porque tenía conciencia del otro gran intercambio a que él tenía que hacer frente. Por su parte, al cabo de una quincena había escrito dos veces para dar a entender que se podía confiar en su

[*] Añade la ed. Penguin: «de manera indirecta, sin duda, pero no menos tranquilizadora» (N. *del T.)*

generosidad; pero se acordó en ambos casos de los modales epistolarios de la señora Newsome en los momentos en que la señora Newsome eludía el terreno delicado. Había echado tierra a su problema, había hablado de Waymarsh y de la señorita Barrace, del pequeño Bilham y del grupo del otro lado del río, con quienes había vuelto a tomar el té, y había sido sincero, por conveniencia, a propósito de Chad, de Mme. de Vionnet y de Jeanne. Había admitido que seguía viéndoles, que era, decididamente, un impenitente albacea de las premisas de Chad y que la intimidad del joven con ellas era indiscutiblemente grande; pero había tenido sus razones para no describir a la señorita Gostrey sus impresiones de los últimos días. Habría sido decirle demasiado de sí mismo: y era, precisamente, de sí mismo de lo que quería escapar.

Este pequeño forcejeo había surgido, en medida no pequeña, de la misma voluntad que le conducía a Notre Dame; la voluntad de dejar que las cosas fueran por sí solas, de darles tiempo para justificarse a sí propias, o, por lo menos, de que sucedieran. Sabía que no tenía más misión en aquel sitio que el deseo de no estar, en aquellos momentos, en otros lugares precisos; una sensación de seguridad, de simplificación, cuya necesidad, cada vez que la sentía, se le antojaba divertido una concesión privada a la cobardía. La gran iglesia carecía de altar donde él pudiera rendir culto, carecía de palabras para su alma; pero resultaba tranquilizadora incluso a la santidad; pues allí podía sentir, cosa que no le ocurría en ninguna otra parte, que era un hombre sencillo y cansado que se tomaba la fiesta que había ganado. Estaba cansado, pero no era un hombre sencillo: esto era lo digno de compasión y lo problemático del asunto; sin embargo, era capaz de dejar sus problemas en la puerta como si se tratase de la moneda que habría arrojado a la caja del mendigo ciego del umbral. Recorría la nave central, larga y sombría, se sentaba en el magnífico coro, se detenía ante las apelotonadas capillas del este y el soberbio monumento le hacía presa de su hechizo. Habría podido ser del mismo modo un estudiante seducido por el encanto de un museo, cosa que era exactamente lo que, en una ciudad extranjera y en el otoño de la vida, le habría gustado ser con entera libertad. Esta forma de sacrificio, de todos modos, servía, para el caso, tan bien como cualquier otra; le hacía comprender con claridad que, dentro del recinto, para un auténtico refugiado, las cosas del mundo podían perder su sentido, Aquí radicaba la cobardía, sin duda: en eludir dichas cosas, en escamotear la cuestión, en no abordarla a la peligrosa luz exterior; pero sus olvidos eran demasiado breves, demasiado vanos para herir a otro que a sí mismo y sentía una vaga y fantasiosa generosidad hacia las personas que veía, con su misterio y su ansiedad, y a quienes, con entretenida observación, calificaba de perseguidos a causa de la justicia. La justicia estaba fuera, en la luz peligrosa, y también la injusticia; pero la una estaba tan ausente como la otra en el ambiente de las largas naves laterales y la riqueza de los altares sin número.

Así las cosas, ocurrió que una mañana, unos doce días después de la cena en el Boulevard Malesherbes en que Mme. de Vionnet había estado presente con su hija, se sintió movido a participar en un encuentro que excitó su imaginación profundamente. Tenía la costumbre, en aquellas contemplaciones, de observar a otros visitantes a respetable distancia y tomar nota circunstancial de las conductas, las penitencias, la postración y el estado de los absueltos y consolados; era ésta la manera en que se abría paso su abstracta ternura, el grado de manifestación a que ésta, naturalmente, se había limitado. A decir verdad, no había sentido tanto su responsabilidad como cuando, en la presente ocasión, hubo de ponerse el hombre a calcular el sugestivo efecto de una dama

cuya absoluta inmovilidad en la oscuridad de una capilla vino a advertir un par de veces mientras seguía y repetía su lento itinerario. No estaba arrodillada, ni siquiera ligeramente inclinada, pero sí extrañamente inmóvil, y su prolongada inmovilidad parecía dar cuenta, cuando el hombre llegó y se detuvo, de la entrega absoluta a la necesidad, fuera cual fuese, que la había llevado allí. Estaba sentada y con la mirada fija en el frente, como él mismo solía hacer; pero se había situado, cosa que él nunca había hecho, directamente ante el altar y se encontraba en un estado de abstracción, según advirtió el hombre sin esfuerzo, que para sí hubiera querido. No era una extranjera de paso, que escondiera más de lo que enseñaba, sino uno de los conocidos, los íntimos, los afortunados, para quienes aquellas transacciones tenían un método y un sentido. Recordaba a nuestro amigo —puesto que era la forma en que el noventa por cien de sus impresiones normales le servía de señuelo de cosas imaginadas— a una elegante, decidida y absorta heroína de una historia antigua, algo de lo que había oído hablar, que había leído, algo que, de haber tenido habilidad para el teatro, habría podido escribir, redoblando su valentía y limpidez, en espléndida meditación recogida. La mujer le daba la espalda, pero la impresión masculina exigía que fuera una mujer joven e interesante y que, además, mantuviera la cabeza, incluso en aquella sagrada penumbra, con identificable fe en sí misma, en un sesgo de convicción suficiente, de seguridad e impunidad. Aunque, ¿a qué había ido allí una mujer como aquella, si no había ido a rezar? La lectura que Strether hacía de los elementos presentes era, admitámoslo, confusa; pero se preguntaba si la actitud femenina sería lógico resultado de la absolución, de la «indulgencia». No sabía muy bien lo que la indulgencia, en un lugar como aquél, podía significar; pero tenía, en virtud de una vaga percepción, cierta idea de lo que podía contribuir al entusiasmo de los ritos prácticos. Mucho era para haberse advertido en una figura imprecisa que no significaba nada para él; pero, último detalle antes de abandonar la iglesia, recibiría la sorpresa de una precipitación más intensa todavía.

Había tomado asiento en mitad de la nave y, otra vez con la sensación de quien visita un museo, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos fijos en las alturas, intentaba reconstruir un pasado, por decirlo en apropiados términos de Victor Hugo, a quien, hacía pocos días, entregando las riendas por una vez a la alegría de la vida, había comprado en setenta volúmenes encuadernados, una auténtica ganga, por el precio, según le había asegurado el librero, de uno solamente. Sin duda parecía, mientras enfocaba con sus eternos quevedos las tinieblas góticas, totalmente anegado en el respeto; pero contra lo que su pensamiento había acabado por chocar era contra la cuestión de dónde, en medio de tanta acumulación, encajaría cuña tan multiforme. ¿Serían los sesenta volúmenes en rojo y oro lo que, a modo de resumen, le quedaría para enseñar en Woollett como resultado de su misión? En esta posibilidad estuvo pensando un minuto, es decir, estuvo pensando en ella hasta que le pareció advertir que alguien, inadvertidamente, se había acercado a él y se había detenido. Se dio la vuelta y vio que a su espalda había una dama que parecía querer saludarle y se puso en pie de un salto cuando se dio cuenta de que se trataba de Mme. de Vionnet, que al parecer le había reconocido al pasar junto a él, camino de la puerta. Comprobó la mujer en el hombre, con rapidez y alegría, cierta confusión, corrió a atajarla y la despejó con gran habilidad; la confusión consistía en que el hombre había descubierto que ella era la dama que había estado observando hacía un rato. Ella era la indefinida figura de la capilla en sombras; había ocupado el tiempo masculino más de lo que suponía la mujer; pero se le ocurrió de pronto, afortunadamente,

que no tenía ninguna necesidad de contárselo y que, a fin de cuentas, no había cometido ninguna falta. A decir verdad, la mujer dio a entender que aquel encuentro era el más feliz de los sucesos que tuvo para él un «¿También usted viene aquí?» que despojó a la sorpresa de toda singularidad.

—Yo lo hago a menudo —dijo ella—; me encanta este lugar; pero por regla general soy implacable con las iglesias. Las ancianas que viven en ellas, me conocen todas; en realidad soy una de esas ancianas. Preveo que terminaré así. —Tras buscar una silla con la mirada, lo que motivó que el hombre le acercase una, la mujer tomó asiento al tiempo que lo hacía el hombre, esta vez alegando—: Oh, me alegra tanto que a usted le guste también...

Confesó el hombre el alcance de su sentimiento, aunque la mujer dejó el tema en cierta vaguedad; le chocó la discreción, el tacto de dicha vaguedad, que no hizo sino corroborarle el instinto por las cosas hermosas. Sabía él cuánto estaba afectada esta sensación por un no sé qué de templado y prudente en la forma en que se había acicalado para su misión particular y su paseo matutino, pues creía el hombre que la mujer había ido a pie; la forma en que se había colocado el velo, ligeramente grueso: apenas un detalle, pero muy significativo; la compuesta severidad del vestido, en que, donde por todas partes el tono burdeos parecía destellar por entre el negro; la encantadora discreción de la cabeza, pequeña y firme; la calma nota, mientras permanecía sentada, de sus manos unidas y calzadas con guantes grises. Era, al sentir de Strether, como si la mujer estuviera en su propia casa, cuyos brillantes honores le estuviera rindiendo ella, ante una puerta abierta, con toda desenvoltura, mientras toda la vastedad y el misterio de la propiedad quedaran detrás. Cuando las personas se sentían tan seguras llegaban a ser extraordinariamente educadas; y nuestro amigo, tuvo, ciertamente, en aquel momento, una especie de revelación del patrimonio femenino. Según el hombre, el romanticismo de la mujer superaba todo cuanto ésta hubiera podido conjeturar y nuevamente encontró un pequeño consuelo en la convicción de que, por sutil que ella fuera, la impresión masculina seguiría siendo un secreto para ella. Lo que, una vez más, le hizo sentirse inquieto respecto de los secretos en general era la particular paciencia que la mujer podía tener con el deseo masculino de color; aunque la intranquilidad no pudo por menos de desaparecer luego en diez minutos totalmente faltos de color y llenos de solicitud.

El momento, por cierto, ya había extraído su tinte más profundo del especial interés que le había provocado la identidad de su compañera con la persona cuya actitud ante el glorioso altar tanto le había impresionado. Dicha actitud casaba admirablemente con la imagen que se había forjado de su relación con Chad la última vez que los viera juntos. Aquélla le ayudó a permanecer en el punto ya alcanzado; era allí, había resuelto, donde permanecería, pero en modo alguno transigiendo con las facilidades. Irrebatiblemente inocente tenía que ser una relación que tan llevadera se volvía para una de las partes afectadas. Si no era inocente, ¿por qué frecuentaba las iglesias? La mujer que él creía comprender nunca habría entrado en ninguna para jactarse de una culpabilidad insolente. Las frecuentaba en busca continua de ayuda, de fortaleza, de paz: sublime apoyo que, tal podía decirse, encontraba todos los días. Hablaron, en tono intrascendente y con prolongadas miradas, del gran monumento, de su historia y su belleza, cosas todas, afirmaba Mme. de Vionnet, en que meditaba mejor desde fuera.

—Cuando salgamos —dijo ella—, podemos ver el exterior, si no tiene usted inconveniente. No tengo prisa y me encantaría verlo otra vez con usted.

El hombre vino a hablarle del gran novelista y de la gran novela, y de lo que, según suponía, habían hecho por el conjunto, mencionándose además la enormidad de su compra, los setenta asombrosos volúmenes totalmente desproporcionados.

—¿Respecto de qué?

—Bueno, respecto de cualquier otra resolución. —No obstante, intuía, mientras hablaba incluso, hasta qué punto estaba, en aquel preciso instante, tomando una resolución. Había puesto orden en su cabeza y estaba impaciente por salir; pues su objeto tenía que hacerse público fuera y tenía miedo de que, en virtud de cualquier retraso, pudiera escapársele. La mujer, sin embargo, se tomaba su tiempo; no tenía prisa por terminar la tranquila charla, como si deseara aprovechar al máximo aquel encuentro, y esto, a decir verdad, confirmaba la versión de sus modales, de su misterio. Cuando abordó, como habría dicho el hombre, la cuestión de Victor Hugo, su voz misma, el ligero y suave temblor de su diferencia hacia la solemnidad que les rodeaba, pareció dotar a sus palabras de un sentido que no estaba manifiesto. Ayuda, fortaleza, paz, apoyo sublime: no había encontrado tantos que la cantidad no fuera sensiblemente mayor en lo tocante a la fe masculina en la mujer que ella pudiera advertir. Muchos detalles juntos tenían su importancia y si él despertaba el interés femenino por casualidad, como si se tratase de un objeto sólido que ella pudiese aferrar, él no se desligaría voluntariamente del asimiento. Cuando se está en dificultades se sujeta uno a lo que tiene más cerca y era posible que, a fin de cuentas, no estuviese él más allá de los medios más abstractos del consuelo. En este sentido había puesto en orden su cabeza; la había puesto en orden, naturalmente, para dar una señal a la mujer. La señal seria—aunque se trataba de un asunto de ella— que él comprendía; la señal sería que —aunque seguía siendo un asunto de ella— tenía entera libertad para proceder al asimiento. Puesto que ella le tomaba por un objeto sólido —por más que a veces creyese ser movedizo—, haría lo posible por serlo.

Conclusión de esto fue que, media hora después, estaban sentados, para tomar una comida temprana, en una maravillosa y deliciosa casa de recreo de la orilla izquierda: un lugar de peregrinaje para el avispado, como bien sabían ambos, para el avispado que acudía, a causa del gran renombre del sitio, homenaje de los días inquietos, de la otra punta de la ciudad. Strether había estado allí otras veces, la primera con la señorita Gostrey, después con Chad y luego otra vez con Chad, Waymarsh y el pequeño Bilham, a todos los cuales había entretenido él con gran sagacidad; el placer que le embargaba en la presente circunstancia era mayor, pues sabía que Mme. de Vionnet aún no había sido iniciada. Cuando le había dicho, mientras rodeaban la iglesia, junto al río, poniendo en práctica la resolución que había tomado dentro, «¿Le importaría, si tiene tiempo, venir a *déjeuner* conmigo a cualquier parte? Por ejemplo, a un sitio que tal vez conozca, está a un paso, al otro lado del río ...» y acto seguido había mencionado el nombre; cuando él hubo hecho esto, la mujer se había detenido en seco, como con repentina necesidad y sin embargo profunda dificultad para responder. La mujer había aceptado la propuesta casi casi como si fuera demasiado encantadora para ser cierta; y es posible que su compañero no hubiera sentido un momento de orgullo tan inesperado —tan extraño y delicado era el casocomo aquel en que se vio capaz de ofrecer a una persona de tan universal predicamento un nuevo y raro solaz. Había oído hablar ella de tan afortunado lugar, pero, en respuesta a una pesquisa ulterior, había preguntado al hombre cómo podía pensar que ella hubiera estado allí. Había supuesto el hombre que había imaginado que Chad la

habría llevado, cosa en cuya cuenta cayó la mujer en seguida, para no pequeño disgusto del hombre.

—Ah, permítame explicarle —dijo ella sonriendo—, que yo no me dejo ver con él en público; no dispongo de tales oportunidades, ni de ninguna otra especie, y es precisamente la clase de cosas que, tranquila criatura que vive en su madriguera, adoro.

Había sido muy amable el hombre al haber pensado en ello, aunque, francamente, si él le hubiera preguntado si ella tenía tiempo, ella le habría dicho que ni un solo minuto. Cosa que, sin embargo, carecía ya de importancia, pues ella iba a dar la espalda a todo. En su casa le esperaba toda clase de deberes: el doméstico, el materno, el social; pero se trataba de un caso de primera necesidad. Sus asuntos se vendrían abajo; pero ¿acaso no se tenía derecho a su pizca de escándalo cuando se estaba dispuesto a pagarlo? Fue sobre esa agradable base de caro desorden, por consiguiente, como acabaron sentados a una pequeña mesa, junto a una ventana que daba al agitado muelle y el resplandeciente Sena, lleno de barcazas; donde, en materia de darse rienda suelta, de sumergirse hasta el fondo, Strether había de sentir que había tocado fondo. Había de experimentar muchas cosas en la presente ocasión, y una de las primeras fue que había corrido mucho desde cierta noche, en Londres, delante del teatro, cuando la cena compartida con María Gostrey, entre las bujías de rosados resplandores, le había parecido necesitada de tantas explicaciones. Las había encontrado, las explicaciones, en aquella ocasión, y las había atesorado; pero en la situación presente era como si las hubiera superado o hubiera quedado por debajo de ellas: no habría sabido decirlo; sin saber por qué, no alcanzaba a pensar en ninguna que no pareciera volverle más halagüeños la inminencia del derrumbe y el cinismo que la lucidez. ¿Cómo podía desear que quedara claro para los demás, para cualquiera, que él, en aquel momento, consideraba motivo suficiente la alegre, limpia y ordenada vida de la orilla que entraba por la ventana abierta o la sencilla forma con que Mme. de Vionnet, del otro lado del mantel impecablemente blanco, de sus sendas *omelettes aux tomates,* la botella de Chablis de color pajizo, le daba las gracias casi por todo con una sonrisa infantil, mientras sus ojos grises se movían al ritmo de sus palabras, se prendaban del cálido aire primaveral, en que ya despuntaba el primer verano, y volvían a continuación a posarse en los ojos masculinos y en sus temas humanos?

Los temas humanos se multiplicaron y ramificaron más de lo que la libérrima fantasía de nuestro amigo hubiera previsto. La sensación que le había dominado antes, la sensación que había tenido con insistencia, la sensación de que la situación le arrastraba no había sido nunca tan intensa; tanto más cuanto que, con conocimiento de causa, podía poner el dedo en la llaga. El accidente no había tenido más remedio que acaecer, la otra noche, tras la cena de Chad; había acaecido, como bien sabía, en el momento de interponerse entre la dama con que estaba y su hija, en el momento en que había accedido de tal modo a discutir con ella un asunto estrechamente relacionado con todos ellos que la sutileza femenina, con su significativo «¡Gracias!» había inclinado la balanza al instante en favor de la mujer. El se había distanciado durante díez días, pero la situación se había desarrollado sola a pesar de ello; ya que el hecho acuciante era precisamente *por qué* se había distanciado. Lo que se le había ocurrido al reconocerla en la nave central de la iglesia era que la distancia no podía por menos de equivaler a una derrota desde el momento en que la mujer no se servía sólo de su sutileza, sino también de la misma mano del destino. Si todos los accidentes habían de ponerse de parte de ella —y amenazaban con seguir haciéndolo con generosidad— la única salida del hombre era rendirse. No otra

cosa había hecho al decidirse a proponerle que comiera con él. ¿Qué había sido el feliz término de su propuesta sino el choque en que suelen dar por lo general las escapadas? El choque había sido el paseo y era la comida, la tortilla, el Chablis, el lugar, el paisaje, la conversación y el placer de la conversación: por no hablar, maravilla de maravillas, de la mujer. En este sentido y en ningún otro, por tanto, fue beneficiosa la rendición. Iluminaba con suficiencia, cuando menos, la insensatez del distanciamiento. Antiguos proverbios se reproducían, si mal no recordaba, en el tono de sus palabras, en el tintineo de los vasos, en el rumor de la ciudad y los chapoteos del río. Saltaba a la vista que era mejor sufrir como oveja que como cordero. Igual se moría por la espada que por hambre.

—¿Sigue fuera María? —fue lo primero que ella le había preguntado; y cuando el hombre hubo reunido la franqueza para ser desenfadado al respecto, a pesar del sentido que él sabía atribuía ella a la ausencia de la señorita Gostrey, la mujer prosiguió con la pregunta de si el hombre no la echaba muchísimo de menos. Había razones para dudarlo, pero él, pese a todo respondió que «muchísimo»; cosa que se tomó ella como si hubiera sido lo que había querido demostrar. Y acto seguido—: Un hombre preocupado lo está siempre, como fuere, a causa de una mujer —dijo—; si ella no aparece por un lado, aparece por el otro.

—¿Por qué dice usted que estoy preocupado?

—Ah, porque es la impresión que me da. —Hablaba ella con tanta dulzura, mientras participaba de la liberalidad masculina, que se habría dicho que temía hacerle daño—. ¿Acaso no está preocupado?

Advirtió él que se ruborizaba ante la pregunta y entonces sintió odio por aquello: sintió odio por pasar por algo tan estúpido como vulnerable. Vulnerable ante la dama de Chad, respecto de la que al principio había sentido tanta indiferencia... ¿había llegado ya a aquel extremo? De manera perversa, mientras tanto, la pausa masculina, empero, dio un extraño aire de verosimilidad a la hipótesis de la mujer; pues ¿cómo se encontraba el hombre, sino desconcertado por haberle causado una impresión que ni remotamente había pensado causar?

—No estoy preocupado todavía —dijo por fin, con una sonrisa—. No estoy preocupado ahora.

—Bueno, yo lo estoy siempre. Pero eso ya lo sabe usted de sobra. —Era una mujer que, entre plato y plato, podía resultar graciosa con los codos en la mesa. Era una postura desconocida para la señora Newsome, pero de lo más llevadero para una *femme du monde*—. Y, sí... yo estoy preocupada «ahora».

—Usted me hizo una pregunta —replicó el hombre— la noche de la cena de Chad. Yo no respondí entonces y ha sido muy delicado de su parte no haber buscado las ocasiones para forzarme al respecto.

La mujer no había perdido el sentido de la perspicacia.

—Sé, desde luego, a qué se refiere. Yo le pregunté qué pretendía al decirme, cuando vino a verme, poco antes de marcharse, que usted me salvaría. Y usted dijo luego, en casa de nuestro amigo, que tendría que esperar para ver por sí mismo lo que pretendía.

—En efecto, yo le pedí tiempo —dijo Strether—. Y, tal como usted lo plantea, parece más bien una ridiculez.

—Oh —murmuró... llena de atenuantes. Entonces se le ocurrió algo más—. Si le parece ridículo, ¿por qué niega usted su preocupación?

—Ah, si la tuviera —replicó el hombre—, el problema no sería el miedo al ridículo.

No lo temo.

—¿Qué teme usted?

—Nada... por ahora. —Y se arrellanó en la silla.

—Me encanta su «por ahora» —dijo ella, riéndose de él.

—Bueno, se me ocurre precisamente en este momento que la he protegido a usted durante bastante tiempo. Sé ya, en cualquier caso, lo que quise decir con mis palabras; y, a decir verdad, lo sabía la noche de la cena de Chad.

—Entonces, ¿por qué no me lo dijo?

—Porque era difícil en aquel momento. Yo ya le había prestado un servicio entonces, en el sentido de lo que le había dicho cuando fui a verla; pero no estaba seguro de la importancia que pudiera tener.

La mujer estaba muy impaciente.

—¿Y ahora sí está seguro?

—Sí; y entiendo que, prácticamente, he hecho por usted, es decir, que había hecho por usted cuando me hizo la pregunta, todo cuanto está en mi mano. Y sé ahora— prosiguióque la cuestión puede ir más allá de lo que pensaba. Lo que hice después de visitarla —explicó— fue escribir en seguida a la señora Newsome acerca de usted; espero que su respuesta me llegue uno de estos días. Es esta respuesta lo que me aclarará, según creo, el sentido de las consecuencias.

Hermoso y paciente fue el interés femenino.

—Entiendo... las consecuencias de haber intercedido por mí. —Y esperó, como si no le estuviera acicateando.

El hombre lo admitió continuando en seguida.

—La cuestión era *cómo* la salvaría yo. Bueno, lo intenté diciéndole a ella que la considero a usted digna de ser salvada.

—Comprendo... comprendo. —Y añadió con ansiedad—: ¿Cómo podría agradecérselo? —Como él no pudo decírselo, la mujer añadió—: ¿De veras piensa usted así?

La única respuesta del hombre fue, al principio, servirle de la bandeja que acababan de poner ante ellos.

—Le he escrito otra carta desde entonces... le despejé todas las dudas respecto de lo que yo pensaba. Se lo conté todo sobre usted.

—Gracias... no era para tanto. «Todo sobre» mí —añadió—, sí.

—Todo lo que a mi parecer —dijo Strether— ha hecho usted por él.

—Ah, pudo usted haber añadido todo lo que hay según *mi* parecer. —La mujer volvió a reír, mientras tomaba el cuchillo y el tenedor, como si le regocijasen aquellas puntualizaciones—. Pero usted no está seguro de cómo se lo tomará.

—No. Y no fingiré que lo estoy.

—*Voilà.* —Y dejó transcurrir unos momentos—. Me gustaría que me hablase de ella.

—Oh —dijo Strether con sonrisa ligeramente tirante—, lo único que necesita saber usted es que es una persona extraordinaria.

Mme. de Vionnet pareció tener algo que objetar.

—¿Es eso todo lo que necesito saber de ella?

Pero Strether hizo caso omiso de la pregunta.

—¿No ha hablado Chad con usted?

—¿De su madre? Sí, mucho... muchísimo. Pero no desde el punto de vista de usted.

—No puede —replicó nuestro amigo— haber dicho nada malo de ella.

—En absoluto. Me ha asegurado, como usted, que es verdaderamente extraordinaria. Pero que sea verdaderamente extraordinaria no parece que sea lo más apropiado para simplificar nuestro caso. Nada más lejos de mí —continuó— que buscar la posibilidad de decir nada contra ella; pero entiendo lo poco que tiene que gustarle que le digan que me debe nada. A ninguna mujer le gusta contraer obligaciones para con otra.

Era aquella una afirmación que Strether no podía contradecir.

—¿De qué otro modo, sin embargo, podía haberle manifestado lo que siento? Es lo primero que había que decir a propósito de usted.

—¿Quiere usted decir que me verá con buenos ojos?

—Es lo que espero para saber. Pero no me cabe la menor duda de que sería así —añadió— si pudiera verla a usted con tranquilidad.

Aquello pareció a la mujer una idea afortunada y fructífera.

—Oh, en tal caso, ¿no podría arreglarse? ¿Vendría ella? ¿Vendría si se lo pidiera usted? ¿Hay alguna posibilidad de que vaya usted? —dijo con ligero estremecimiento.

—Oh, no —respondió el hombre al instante—. Eso no. Sería como justificar su conducta de usted, puesto que es absurdo que sea usted quien haga la visita, que fuera yo primero.

Aquello hizo que la mujer adoptara un aire más preocupado.

—¿Lo cree usted?

—Oh, desde el principio, naturalmente.

—¡Quédese... quédese con nosotros! —exclamó ella entonces—. Es su única forma de estar seguro.

—¿Seguro de qué?

—Bueno, de que él no se desmorone. No vino usted a hacerle eso.

—¿No depende ello —replicó Strether al cabo de unos instantes— de lo que usted entienda por desmoronarse?

El silencio masculino, nuevamente, durante breves instantes, pareció señalar que el hombre comprendía.

—Da usted por supuestas cosas muy notables.

—Sí, las doy... en la medida en que no doy por supuestas las vulgares. Es usted totalmente capaz de comprender que usted no vino a hacer en modo alguno lo que tendría que hacer ahora.

—Ah, es tan sencillo —dijo Strether de buen humor—. Yo no tengo que hacer más que una cosa: plantearle nuestro caso a él. Planteárselo de la única forma en que puede hacerse: aquí, en su propio caldo, convenciéndole. Mi querida señora —prosiguió con claridad—, mi trabajo, como usted puede entender, ya ha terminado y mis razones para quedarme aquí siquiera un día más no son de las mejores. Chad conoce nuestro caso y afirma hacerle plena justicia. Lo que queda es asunto suyo. Yo ya he tenido mi descanso, mi diversión y mi entretenimiento; he pasado, como decimos en Woollett, una temporada encantadora. Y nada me ha parecido más encantador que esta afortunada velada con usted... en esta maravillosa situación que usted ha permitido tan deliciosamente. He saboreado un final feliz. Es lo que quería. Este visto bueno mío es lo que Chad esperaba y presumo que no le afecta en nada que esté dispuesto a irme.

La mujer negó con la cabeza y con delicada y profunda sabiduría.

—Usted no está dispuesto. Si lo está, ¿por qué escribió a la señora Newsome en el

sentido que me ha dicho?

Strether pensó en aquello.

—No me iré sin tener noticias suyas. Le tiene usted demasiado miedo —añadió.

Motivó aquello un prolongado cruce de miradas que no arredró a ninguno de los dos.

—No me parece que hable usted en serio... creo que no tengo motivo alguno para temerla.

—Es una mujer de gran generosidad —afirmó Strether entonces.

—Bueno, en tal caso, deje que confíe un poco en mí. Es lo único que pido. Que se dé cuenta, a pesar de todo, de lo que he hecho.

—Ah, recuerde —replicó nuestro amigo— que no podrá darse cuenta sin haberlo visto. Deje que sea Chad quien vaya y le muestre su obra, y permítale suplicar por dicha obra y, en cierto modo, también por *usted.*

La mujer calculó la profundidad de la sugerencia.

—¿Me da usted su palabra de honor de que cuando lo tenga consigo no procurará casarlo por todos los medios?

Aquella pregunta hizo que su compañero volviese a pasear la mirada por el paisaje durante un rato; tras el cual, dijo sin brusquedad:

—Cuando vea por sí misma cómo es él...

Pero ella vino a interrumpirle.

—¿No querrá casarlo sin dilación en cuanto vea por sí misma cómo es él?

La actitud de Strether, la de manifestar una obligada deferencia por lo que ella decía, le permitió dedicarse unos momentos a la comida.

—Dudo que resulte con bien. No será fácil.

—Será fácil si él se queda aquí... y se quedará por el dinero. El dinero parece ser, a título de probabilidad, nauseabundamente cuantioso.

—Bueno —concluyó Strether entonces—, lo único que *puede* molestar a usted es que él se case.

La mujer lanzó una extraña carcajada cristalina.

—Dejemos a un lado lo que puede molestarle a él.

Pero su amigo la miró como si también hubiera pensado en aquello.

—Naturalmente, surgirá el problema del futuro que usted le ofrece.

La mujer se había echado hacia atrás, pero le miraba fijamente.

—Bueno, ¡pues que surja!

—La cuestión es que a Chad le conviene encarar el asunto. Su hostilidad al matrimonio pondrá de manifiesto el parecer de ella.

—Sí, *si* es hostil —dijo ella, aceptando la suposición—. Pero, por lo que a mí respecta —añadió—, lo interesante es lo que *usted* opina.

—Ah, yo no opino nada. No es asunto mío.

—Le pido mil perdones. Ocurre que, puesto que usted lo ha aceptado y se ha comprometido con él, se vuelve enormemente suyo. Usted no me salva, intuyo, por su interés en mí, sino por su interés en su amigo. Lo uno, que yo sepa, depende totalmente de lo otro. No puede usted no comprenderme —concluyó— porque, francamente, no puede usted dejar de comprenderle a *él.*

Extraña y hermosa era para él la tranquila y suave agudeza de la mujer. Lo que más le conmovía era que, en realidad, ella fuera tan profundamente seria. No tenía ninguna de sus formas portentosas, pero de todos modos el hombre nunca había estado en contacto,

tal le pareció, con un espíritu cuyas más leves palpitaciones fueran tan pletóricas. La señora Newsome, Dios lo sabía, era seria; pero en sentido diferente. Y bien que lo comprendía.

—No —murmuró—, no puedo, honradamente, no comprenderle a él.

El rostro femenino se le antojó dotado de una exquisita luminosidad.

—¿Lo hará entonces?

—Lo haré.

En esto, la mujer echó la silla atrás y se puso en pie.

—¡Gracias! —dijo con la mano extendida hacia el otro lado , de la mesa y con no menos significado en las palabras que en los labios tras la cena de Chad. El alfiler de oro que la mujer había incrustado se hundió otro centímetro laigo. Sin embargo, consideraba el hombre que no había hecho sino lo que se había propuesto en la misma ocasión. Mientras la esencia del asunto entraba en movimiento, él se había limitado a mantenerse firme en el lugar en que estaba.

II

Tres días después recibió un comunicado de los Estados Unidos bajo la forma de una tira de papel azul doblado y pegado, no por mediación de sus banqueros, sino entregado en su hotel por un muchacho de uniforme, que, informado por el conserje, se le acercó mientras paseaba por el discreto jardín. Anochecía, pero aún quedaba un buen rato de luz y París se advertía más sensible que nunca. El aroma de las flores poblaba las calles; el perfume de las violetas le rondaba continuamente la nariz; y se había hecho a sonidos y sugerencias, vibraciones del aire, humanas e intensas, suponía, como si no se dieran en otros lugares, que le asaltaban cada vez más a medida que la dulzura del atardecer se ensombrecía: un rumor lejano, una nota aguda en el cercano asfalto, una voz que llamaba, que se repetía, en alguna parte, y de tono tan consistente como la de un actor en una obra de teatro. Iba a cenar en casa, como de costumbre, con Waymarsh, según habían establecido por mor de economía y sencillez; y estaba matando el tiempo en espera del amigo.

Leyó el telegrama en el jardín, inmóvil durante un buen rato en el lugar en que lo había abierto y concediéndose cinco minutos más para leerlo atentamente otra vez. Por fin, con rápido gesto, lo arrugó como si fuera a tirarlo; a pesar de lo cual, sin embargo, lo conservó: y lo seguía conservando cuando, después de otro paseo, se dejó caer en una silla colocada junto a una mesa pequeña. Allí, con el pedazo de papel arrugado en la mano y oculto además por los brazos prietamente cruzados, meditó durante un rato, con la mirada fija ante sí, tan fija que Waymarsh apareció y se le acercó sin que lo advirtiera. El recién llegado, a decir verdad, impresionado por el aspecto del amigo, le miró con atención durante un breve momento y entonces, como resuelto a seguir su camino en virtud de alguna lucidez latente, volvió al *salon de lecture* sin dirigirle la palabra. El peregrino de Milrose se permitió, empero, observar la escena por el diáfano ventanal de aquel retiro. Strether acabó por echar un nuevo vistazo a la arrugada misiva, que alisó con cuidado mientras la ponía en la mesa. Así permaneció unos minutos hasta que, al alzar la vista, vio que Waymarsh le observaba desde el interior. Fue entonces cuando ambas miradas se cruzaron: se cruzaron durante un momento durante el que ninguno de los dos se movió. Strether se puso en pie entonces, dobló el telegrama con delicadeza y se lo

guardó en el bolsillo del chaleco.

Al cabo de unos minutos los dos amigos estaban sentados para cenar; pero Strether aún no había dicho nada al respecto y acabaron separándose, tras tomar el café en el jardín, sin que ninguno abriera la boca. Nuestro amigo, además, tenía conciencia de que en aquella ocasión habían hablado menos que de costumbre, de modo que había sido como si ambos hubieran estado esperando algo del otro. Waymarsh tenía siempre más o menos el aspecto de sentarse a la puerta de su tienda india y el silencio, tras tantas semanas, había acabado por tener una función en sus encuentros. Este detalle, en el sentir de Strether, había aumentado de intensidad últimamente y fantaseaba aquella noche con que nunca lo habían exasperado tanto. Sucedió, sin embargo, que cerró la puerta a la confidencia cuando su compañero terminó por preguntarle si le ocurría algo en particular.

—Nada —replicó— fuera de lo normal.

Al día siguiente, bien temprano, encontró sin embargo una oportunidad para responder de manera más acorde con los hechos. La situación se había mantenido estanca durante toda la noche anterior, en cuyas primeras horas, después de la cena, ya en su habitación, se había dedicado a escribir una copiosa carta. Se había librado de Waymarsh con esta finalidad, dejándole solo con menos ceremonia que de costumbre, pero al cabo había bajado otra vez con la carta sin terminar y dirigídose a la calle sin preguntar por su camarada. Había dado un largo e inconcreto paseo y la una le había sorprendido antes de volver y dirigirse a su habitación con ayuda de un cabo de vela que se le había dejado en el estante que había ante las dependencias del conserje. Se había apoderado, tras cerrar la puerta, de las cuantiosas cuartillas de su inconclusa epístola y entonces, sin leerlas siquiera, las había roto en pedazos. En consecuencia había dormido —como si se tratara de la bendición por aquel sacrificio— con el sueño de los justos y había prolongado el descanso más allá de lo usual. Ocurrió pues, que, cuando entre las nueve y las diez sonó el golpe de la empuñadura de un bastón contra su puerta, aún no estaba presentable. La brillante y profunda voz de Chad Newsome determinó sin tardanza, empero, la admisión del visitante. El papelito azul de la tarde precedente, objeto tanto más valioso cuanto que había escapado de una destrucción prematura, yacía ahora en el alféizar de la ventana abierta, nuevamente alisado y protegido de las corrientes de aire gracias al excesivo peso del reloj de Strether. Chad, tras mirar a su alrededor con sentido crítico descuidado y competente, como hacía siempre que entraba, lo detectó al instante y se permitió observarlo durante un momento más bien largo. Tras lo cual volvió la mirada a su huésped:

—¿Así que llegó por fin?

Strether se detuvo en seco mientras se ajustaba la corbata.

—¿Lo sabes, entonces...? ¿También tú has recibido uno?

—No, ninguno, y sólo sé lo que veo. Y como lo he visto lo he deducido. Bueno —añadió—, llega tan oportunamente como en el teatro, pues resulta que me he decidido esta misma mañana, aunque habría podido hacerlo ayer, pero me fue imposible; vengo a llevármelo a usted.

—¿A llevarme? —Strether se había vuelto a mirarse en el espejo.

—De vuelta, por fin, como le prometí. Estoy listo: a decir verdad, lo he estado durante todo el mes. Pero me limitaba a esperarle, como era lo correcto. Ya está usted mejor; ahora está a salvo, puedo verlo con claridad; se ha recuperado del todo. Esta mañana rebosa usted salud por los cuatro costados.

Strether, ante el espejo, acabó de vestirse y consultó a aquel testigo añadido a propósito de la última opinión emitida. ¿Parecía sobrenaturalmente sano? Es posible que algo de ello hubiera para el ojo extraordinario de Chad, pero era el caso que, durante horas, él se había sentido más bien destrozado. Un juicio tal, sin embargo, no fue sino un empuje en pro de su resolución; informaba inconscientemente de su prudencia. Al parecer, estaba más firme —puesto que se le advertía como una luz— de lo que se arrogaba. Su firmeza, ciertamente, quedó ligeramente empañada, cuando se volvió para encarar a su amigo, por la forma en que le miraba este mismo personaje, aunque el caso, desde luego, habría sido peor si el secreto de la magnificencia personal no hubiera estado en todo momento en inagotable posesión de Chad. Y allí estaba él, en medio de su agradable lozanía matutina... fuerte, alegre, con buen aspecto, tranquilo, fragante, insondable, con un color sano, un agradable tono argentino en su pelo juvenilmente abundante y una palabra precisa en los labios que el moreno claro del conjunto destacaban en rojo. Personalmente, a Strether no le había dado nunca tal impresión de triunfo; era como si, en el momento, a pesar de su definitiva derrota, hubiera recompuesto sus pedazos con maña. Tal, de manera chocante y más bien extraña, era la forma en que iba a presentarse en Woollett. Nuestro amigo volvió a dirigirle una mirada de apreciación: siempre lo hacía y sin embargo encontraba siempre que había partes de él que aún estaban por conjuntar, de manera que su imagen parecía transparentarse tras el halo de la niebla de otras cosas.

—He recibido un cablegrama —dijo Strether— de tu madre.

—Estupendo, querido. Espero que esté bien.

Strether titubeó.

—No... no está bien, lamento tener que decírtelo.

—Ah —dijo Chad—, sin duda estoy dotado de un instinto especial. Razón de más para emprender el viaje inmediatamente.

Strether había cogido ya el sombrero, los guantes y el bastón, pero Chad había tomado asiento en el sofá como para indicar dónde quería jugar sus cartas. Observó los objetos de su compañero; es posible que calculara cuánto se tardaría en empaquetarlos. Es posible que incluso deseara insinuar que él mismo enviaría a su criado para ayudarle.

—¿Qué entiendes —preguntó Strether— por «inmediatamente»?

—Oh, un vapor de la semana que viene. Van todos tan vacíos en esta época que será fácil encontrar un camarote en cualquiera.

Strether tenía en la mano el telegrama, que había cogido tras prenderse el reloj, y se lo tendió a Chad, que, sin embargo, con un extraño movimiento, declinó tomarlo.

—Gracias, prefiero no leerlo. Su correspondencia con mi madre es asunto suyo. Yo me limito a estar al margen. —Con lo que Strether, mientras cruzaba una mirada con el otro, dobló lentamente el mensaje y se lo guardó en el bolsillo; hecho lo cual, antes de tomar la palabra, fue atajado por las de Chad—. ¿Ha vuelto la señorita Gostrey?

Pero cuando Strether habló, no fue para responder.

—Por lo que sé, no es que tu madre esté materialmente enferma; su salud, en términos generales, parece haber sido esta primavera mejor que lo normal. Pero está preocupada, está ansiosa y parece haber entrado durante estos últimos días en un estado de crisis. Hemos agotado, entre los dos, su paciencia.

—Oh, *usted* no —protestó Chad generosamente.

—Discúlpame... pero yo sí. —Strether había hablado con suavidad y melancolía, pero

también con firmeza. Observó el movimiento capital de su compañero—. Porque se trata particularmente de mí.

—Bueno, mejor me la pone. *Marchons, marchons!* —dijo el joven con alegría. Su anfitrión, sin embargo, no pudo por menos, al oír aquello, de asombrarse sobremanera; un instante después vino a repetir la pregunta formulada poco antes—: ¿Ha vuelto la señorita Gostrey?

—Sí, hace dos días.

—¿La ha visto?

—No... tengo que verla hoy. —Pero Strether no quería entretenerse en aquel momento con la señorita Gostrey—. Tu madre me da un ultimátum. O te llevo conmigo o me voy sin ti; en cualquier caso, he de volver.

—Ah, pero ahora usted me puede llevar consigo —replicó Chad tranquilizadoramente desde el sofá.

Strether titubeó.

—Creo que no te comprendo. ¿Por qué me planteaste con tanta urgencia, hace más de un mes, que Mme. de Vionnet tenía que hablar por ti?

—¿Que «por qué»? —Chad meditó aquello, pero lo tenía en la punta de la lengua—. ¿Por qué, sino porque yo sabía que lo haría muy bien? Fue la mejor manera de que me dejara usted tranquilo y, en este sentido, salió bien. Además —explicó con alegría y tranquilidad—, yo quería que usted la conociera y sacara sus propias conclusiones... no hace falta decirle lo bien que le ha sentado a usted.

—Bueno —dijo Strether—, por la forma en que ella habla por ti, y en la medida en que yo se lo permito, sólo saco la conclusión de que quiere estar contigo. Si esto no te importa nada, entonces no comprendo por qué quisiste que la escuchará.

—Pero, mi querido amigo —exclamó Chad—, ¡me importa muchísimo! ¿Cómo se le ha ocurrido dudar...?

—Dudo solamente porque me vienes esta mañana con tu orden de marcha.

Chad se le quedó mirando y acto seguido lanzó una carcajada.

—¿No es esta orden de marcha lo que usted ha estado esperando?

Strether se debatía; dio una vuelta a la estancia.

—Durante este mes he esperado, creo, más que ninguna otra cosa, el mensaje que acabo de recibir.

—¿Quiere usted decir que se lo ha estado temiendo?

—Bueno, yo resolvía mis asuntos a mi manera. Y me parece que tu pronunciamiento actual —prosiguió Strether— no es el resultado de tu conciencia de lo que yo esperaba. De lo contrario, no me habrías puesto en relación... —Aquí se detuvo e hizo una pausa.

Chad se levantó al oír aquello.

—¡Ah, de modo que el deseo de *ella* de que no me vaya no tiene nada que ver con esto! Sólo que tiene miedo de que, una vez allí, me puedan atrapar. Pero se trata de un temor infundado.

Había vuelto a intercambiar una mirada con la inquisidora de su compañero.

—¿Estás cansado de ella?

Chad le dirigió, a modo de respuesta, y con un movimiento capital, la más extraña sonrisa que había visto dibujada en sus labios.

—Eso nunca.

Palabras que tuvieron, en la imaginación de Strether, un efecto tan profundo y suave

que nuestro amigo, por lo pronto, no pudo por menos de tenerlo y mantenerlo presente.

—¿Nunca?

—Nunca —repitió Chad con educación y serenidad.

Lo que hizo que su compañero diera unos cuantos pasos más.

—Entonces, ¿no tienes miedo?

—¿Miedo de irme?

Strether volvió a detenerse.

—Miedo de quedarte.

El joven le miró con gran sorpresa.

—¿Quiere usted ahora que me quede?

—Si yo no embarco en seguida, los Pocock se pondrán en camino inmediatamente. Por eso te dije —dijo Strether— que tu madre me había dado un ultimátum.

Chad manifestó un interés más vivo, pero no más alarmado.

—¿Ha recurrido a Sarah y a Jim?

Strether participó en la imagen durante unos instantes.

—Oh, puedes estar seguro de que también a Mamie. A *ella* es a quien ha recurrido.

Chad no dejó de comprender... y se echó a reír.

—Mamie... ¿para corromperme?

—Oh —dijo Strether—, es muy encantadora.

—Ya me lo ha dicho usted en más de una ocasión. No miento si le digo que me gustaría verla.

Un no sé qué afortunado y sencillo, por encima de todas las inconsciencias, que se contenía en las palabras del joven, hizo ver a su compañero la comodidad de su actitud y lo envidiable de su situación.

—Haz lo posible por verla. Y considera además —añadió Strether— que le harás un favor si permites que venga a verte. Dale un par de meses de París, que no ha visto, si no me equivoco, desde que se casó, y respecto del que estoy seguro no ansía sino un pretexto para visitar.

Chad escuchaba, pero con su conocimiento del mundo por medio.

—Ya lo ha tenido durante todos estos años... pero nunca lo aprovechó.

—¿Te refieres a *ti?* —preguntó Strether al cabo de un momento.

—Por supuesto: el exiliado solitario. ¿A quién se refiere usted? —dijo Chad.

—Oh, a mí. Yo soy su excusa. Es decir, pues viene a ser lo mismo, la de tu madre.

—Entonces —preguntó Chad—, ¿por qué no viene mi madre en persona?

Su amigo lo miró largamente.

—¿Lo preferirías? —Y acto seguido, como el otro no dijera nada—: Nada te impide enviarle un telegrama.

Chad seguía pensando.

—¿Vendría si lo hiciera?

—Es muy posible. Pero hazlo y ya veremos.

—¿Por qué no lo hace *usted?* —preguntó Chad segundos después.

—Porque no quiero.

Chad titubeó.

—¿No quiere que esté aquí?

Strether enfocó aquella cuestión y su respuesta fue de lo más grandilocuente.

—Mi querido muchacho, no me hagas a mí responsable.

—Bueno... comprendo lo que quiere usted decir. No dudo que usted se ha comportado muy bien, pero el caso es que *no* quiere verla. No le tenderé ninguna trampa en este sentido.

—Ah —exclamó Strether—, yo no la calificaría de trampa. Tienes todo el derecho del mundo y sería totalmente comprensible. —A lo que añadió en tono diferente—: Además, tendrías, en la persona de Mme. de Vionnet, una relación muy interesante de cara a ella.

Los ojos de ambos, ante aquella afirmación, no se apartaron y la mirada de Chad, agradable y osada, no se arredró en ningún momento. Se puso en pie, finalmente, y dijo algo que chocó a Strether.

—No la comprendería, pero no importa. A Mme. de Vionnet le gustaría verla. Le gustaría ser amable con ella. Cree que ella podría arreglarlo.

Strether meditó aquello, afectado como se sentía, pero al cabo lo desechó.

—¡No podría!

—Está usted muy seguro —preguntó Chad.

—Bueno, arriésgate si quieres.

Strether, que había dicho estas palabras con serenidad, había deslizado en ellas una súplica que en aquel momento quedó latente en el aire, pero el joven siguió esperando.

—¿Ha respondido usted ya?

—No, todavía no lo he hecho.

—¿Esperaba usted a verme?

—No.

—¿Esperaba solamente —con lo que Chad le dedicó una sonrisa— a ver a la señorita Gostrey?

—No... ni siquiera a la señorita Gostrey. No esperaba a ver a nadie. He esperado hasta este momento mientras tomaba una decisión... en absoluta soledad; y como, naturalmente, tenía que informarte, estaba a punto de salir para hacerlo. Ten por tanto un poco más de paciencia conmigo. Recuerda —prosiguió Strether— que es eso lo que, al principio, *me* pediste que tuviera. La he tenido y ya ves en qué ha redundado. Quédate conmigo.

Chad pareció adoptar una actitud seria.

—¿Hasta cuándo?

—Bueno, hasta que yo te lo diga. Personalmente, ya sabes, en el mejor de los casos, o en el peor de los mismos, no puedo quedarme para siempre. Deja que vengan los Pocock —repitió.

—¿Porque eso le dará a usted tiempo?

—Sí... me dará tiempo.

Chad, como si aquello le desconcertara todavía, aguardó un minuto.

—¿No quiere usted volver con mi madre? —Aún no. No estoy preparado del todo.

—¿Se siente influido —preguntó Chad en tono muy particular— por el encanto de la vida de aquí?

—Mucho —dijo Strether de plano—. Y tú has contribuido tanto a ello que no creo te sorprenda.

—No, no me sorprende, más aún, me complace. Pero —añadió Chad con avezada perspicacia—, ¿a qué le ha llevado todo esto?

El cambio de posición y de relación, en ambos casos, que dó tan manifiesto en

aquella pregunta que Chad se echó a reír en cuanto la hubo formulado: cosa que despertó también la carcajada de Strether.

—Bueno, a una certidumbre demostrada, a una certidumbre que ha pasado la prueba del fuego. Pero, oh —no pudo por menos de exclamar—, si tras mi primer mes aquí hubieras querido venirte conmigo...

—¿Sí? —dijo Chad mientras el otro se detenía para meditar lo que pensaba.

—Pues bien: que ahora deberíamos estar ya allí.

—Ah, pero entonces no habría gozado usted.

—Habría gozado durante un mes; y, por si quieres saberlo —añadió Strether—, tengo ya suficiente para el resto de mi vida.

Chad parecía divertido e interesado, de manera oscura, sin embargo, todavía; en parte, tal vez, porque la apreciación de Strether respecto del gozo le había exigido desde el principio buenas dosis de interpretación.

—¿Y si yo le dejara...?

—¿Si me dejaras? —Strether no comprendía.

—Sólo durante un par de meses... el tiempo de ir y volver. Mme. de Vionnet —Chad sonrió— cuidaría de usted mientras tanto.

—¿Volver por tu cuenta mientras yo me quedo? —Durante unos instantes, fue la mirada de ambos la que repitió la pregunta; tras de los cuales, Strether dijo—: ¡Grotesco!

—Pero yo quiero ver a mi madre —replicó Chad entonces—. Recuerde que hace mucho que no la veo.

—Mucho, ciertamente; ni más ni menos que por eso estaba yo al principio tan ávido de que te vinieras conmigo. Pero ¿acaso no nos has demostrado con suficiencia lo bien que te las arreglas sin ello?

—Oh, pero —dijo Chad con asombro— ahora estoy mejor. Hubo en aquello un fácil triunfo que provocó una nueva carcajada en su amigo.

—Oh, si estuvieras peor, yo sabría qué hacer contigo. Creo que, en tal caso, te habría atado y amordazado, y llevado al barco entre pataleos. *¿Cuánto* —preguntó Strether— deseas ver a tu madre?

—¿Cuánto? —Chad pareció encontrar aquello, en realidad, difícil de responder.

—Cuánto.

—Bueno, tanto como usted me eche. Lo daría todo por verla. Además —prosiguió Chad—, usted me ha dejado pocas dudas respecto de lo mucho que *ella* quiere.

Strether meditó durante un minuto.

—Bueno, en tal caso, si las cosas están en tal extremo, coge el vapor francés y embarca mañana mismo. Desde luego, si nos ponemos en eso, eres completamente libre de hacer lo que te plazca. Desde el momento en que no puedes sostenerte y yo no puedo por menos de aceptar tu fuga.

—Partiré ahora mismo, entonces —dijo Chad—, si usted se queda.

—Me quedaré hasta el próximo barco... entonces me iré.

—¿Y llama usted a eso —preguntó Chad— aceptar mi fuga?

—Ciertamente... no puedo llamarlo de otra forma. La única forma de hacer que me quede, en consecuencia —explicó Strether— es que te quedes tú también.

Chad pensó aquello.

—Sobre todo ahora que le he vencido, ¿no?

—¿Que me has vencido? —Strether repitió aquello del modo más inexpresivo.

—Bueno, si ella envía a los Pocock es que ya no confía en usted, y si ella ya no confía en usted, esto significa que... bueno, usted bien lo sabe.

Strether consideró al cabo de un momento que sí lo sabía y, en consecuencia, dijo:

—En tal caso, tienes presente, sobre todo, lo que me debes.

—Bueno, de ser así, ¿cómo podría pagarle?

—No desertando. Quedándote conmigo.

—¡Oh, vamos... ! —Pero Chad, mientras bajaban, le puso una mano firme, a modo de garantía, en el hombro. Descendieron juntos muy despacio y, ya en el jardín, reanudaron brevemente la charla, que terminó con su separación. Chad Newsome se fue y Strether, solo, miró a su alrededor, por encima, en busca de Waymarsh. Pero Waymarsh, por lo que parecía, aún no había bajado y nuestro amigo acabó por irse sin haberlo visto.

Libro octavo

I

A las cuatro de aquella misma tarde Strether no había visto aún a su viejo amigo, pero iba, como si se lo hubiera propuesto, a verse hablando de él con la señorita Gostrey. Había estado fuera de casa todo el día, entregado a la ciudad y a sus pensamientos, paseando y meditando, y sentídose al mismo tiempo intranquilo y absorto: todo ello con la actual emoción de un breve y grato recibimiento en el Quartier Marboeuf.

—Waymarsh ha estado, sin yo saberlo, estoy seguro —pues la señorita Gostrey se lo había preguntado— en contacto con Woollett: resultado de lo cual ha sido la imperiosa llamada que recibí anoche.

—¿Recibió usted una carta?

—No, un telegrama que tengo ahora en el bolsillo: un «Vuelva en el primer barco».

La anfitriona de Strether, habría podido deducirse, apenas pudo reprimir un cambio de tinte epitelial. La reflexión llegó oportunamente y estableció una serenidad provisional. Tal vez fue esto lo que la capacitó para decir con notoria doblez:

—¿Y va usted a...?

—Casi se lo merece usted por abandonarme tanto.

La mujer cabeceó como si no valiera la pena hablar de aquello.

—Mi ausencia le ha sido útil, no tengo más que mirarle a usted. Así lo calculé y me siento justificada. No está usted donde estuviera. Y la cuestión —la mujer sonrió— era que yo tampoco estuviera allí. Puede obrar como guste.

—Oh, pero yo creo ahora —afirmó el hombre con toda tranquilidad— que seguiré necesitándola.

La mujer volvió a admitirle.

—Bueno, prometo no dejarle otra vez, pero será sólo para seguirle. Ya ha tenido su momento y ahora puede caminar solo.

El hombre lo aceptó con inteligencia.

—Sí, supongo que puedo caminar solo. Es esto lo que, en realidad, ha turbado a nuestro amigo. Le he dado tal impresión que ya no lo soporta. Esto no es más que la culminación de sus primeras emociones. Quiere que me vaya; y lo más seguro es que

haya escrito a Woollett diciendo que estoy a un paso de la perdición.

—¡Ah, eso está bien! —murmuró ella—. Pero eso no pasa de ser una suposición de su parte.

—He tenido que averiguarlo. Esto lo explica.

—¿Él lo niega... o es que usted no se lo ha preguntado?

—No he tenido tiempo —dijo Strether—. Lo descubrí anoche mismo después de unir los pedazos sueltos y desde entonces no lo he visto.

La mujer recapacitó.

—Pero también está usted disgustado... ¿no confía en usted mismo?

El hombre se ajustó los lentes.

—¿Tengo cara de estar furioso?

—¡Está usted extraordinario!

—No hay motivo —continuó el hombre— para enfadarse. Antes bien, nuestro amigo me ha hecho un favor.

Ella no tardó en averiguarlo.

—¿Por llevar las cosas a un punto decisivo?

—¡Lo ha entendido usted perfectamente! —casi gritó el hombre—. En última instancia, sea como fuere, Waymarsh, cuando tenga unas palabras con él, ni lo negará ni lo atenuará. Se ha comportado según convicciones muy profundas, con la mejor de las intenciones y tras pasar noches en vela. Admitirá que es totalmente responsable y apreciará que le ha salido muy bien; de modo que la discusión que podamos tener no hará sino tender un puente sobre el sombrío abismo que nos ha distanciado. Por fin tendremos, en las consecuencias de su conducta, algo de que hablar con claridad.

La mujer guardó un momento de silencio.

—¡Cuán maravillosamente lo toma usted! Aunque usted siempre es maravilloso.

El hombre hizo una pausa que compaginó con la femenina; hizo entonces, con el humor apropiado, un acto de admisión total.

—Es cierto. Lo soy en extremo en este momento. Quizá debiera decir que soy muy dado a las fantasías y que no me sorprendería estar loco.

—Dígamelo entonces —instó la mujer con interés. Y como él, pese a todo, se mantuviera en silencio, limitándose a devolver la mirada con que ella le observaba, la mujer se preocupó de señalarle el terreno más cómodo—. ¿Qué habrá hecho el señor Waymarsh con exactitud?

—Nada más que escribir una carta. Con una habrá sido suficiente. Les habrá dicho que necesito cuidados.

—¿Y los necesita? —La mujer se moría de interés.

—Muchísimo. Y los tendré.

—¿Dice usted con eso que no va a moverse?

—No voy a moverme.

—¿Lo ha cablegrafiado?

—No. Se lo he encargado a Chad.

—¿Que diga que usted se niega a irse?

—Que *él* se niega. Nos vimos esta mañana y lo convencí. Llegó antes de que yo bajara y me dijo que estaba listo, es decir, listo para partir. Tras diez minutos conmigo, se fue para decir que no se iba.

La señorita Gostrey escuchaba con gran atención.

—¿De modo que usted se lo ha *impedido?*

Strether volvió a arrellanarse en la silla.

—Se lo he impedido. Por el momento —le dijo con mayor viveza— es la postura que mantengo.

—Entiendo, entiendo. Pero ¿cuál es la del señor Newsome? ¿Estaba dispuesto —preguntó— a marcharse?

—Totalmente.

—¿Y creyendo con toda sinceridad que *usted* también lo estaba?

—Supongo que sí; así que se quedó muy sorprendido cuando descubrió que la mano con que le había estado empujando se había convertido de pronto en un mecanismo para inmovilizarle.

Era una forma de ver las cosas que llamó la atención de María Gostrey.

—¿No le pareció una transformación vertiginosa?

—Bueno —dijo Strether—, no estoy muy seguro de lo que piensa. No estoy seguro de nada de cuanto le atañe, salvo que cuanto más lo conozco menos se parece a lo que yo esperaba. Es muy oscuro y por eso he esperado.

La mujer preguntó:

—Pero ¿esperaba algo en particular?

—La respuesta a su telegrama.

—¿Y qué decía su telegrama?

—No lo sé —respondió Strether—; tenía que ser, cuando se despidió, de acuerdo con su propio gusto. Yo me limité a decirle: «Quiero quedarme y la única manera que tengo es que tú también lo hagas». Que quisiera quedarme le impresionó, al parecer, y se condujo en consecuencia.

—¿Luego también quiere quedarse? —preguntó la señorita Gostrey.

—A medias. Es decir, que también quiere irse a medias. La llamada que le hice al principio ha surtido efecto hasta ese punto. Sin embargo —continuó Strether—, no se irá. No, por lo menos, mientras yo esté aquí.

—Pero usted no puede —sugirió su compañera— quedarse siempre aquí. Aunque me gustaría que pudiera.

—Naturalmente. Pero quiero conocerle un poco más. No es en modo alguno el tipo de persona que yo imaginaba; es muy diferente. Y es como tal como me interesa. —Era como si, de manera deliberada y lúcida, expusiera la situación general para su propia inteligencia—. No quiero que renuncie.

La señorita Gostrey sólo quería contribuir a la clarificación masculina. Tenía que ser, sin embargo, delicada y prudente.

—¿Renunciar, dice usted, a su madre?

—Bueno, no pienso en su madre en este momento. Pienso en el plan de que yo he sido portavoz y que, tan pronto nos veamos, le expondré tan persuasivamente como sepa; un plan que se trazó con absoluto desconocimiento de todo lo que, en este último largo período, le ha venido sucediendo. No se tuvo en cuenta ninguna de las impresiones que, aquí, en el lugar mismo de los hechos, comencé a tener inmediatamente al respecto; impresiones que no me cabe duda son todavía incompletas.

La señorita Gostrey le dedicó una sonrisa llena de genial sentido crítico.

—¿De modo que su intención es, más o menos, quedarse por curiosidad?

—Llámelo como le parezca. No me interesan las definiciones...

—¿Mientras está usted aquí? En tal caso, ciertamente que no. Lo considero, de todos modos, una soberbia diversión —afirmó María Gostrey—; y ver cómo termina será una de las mayores emociones de mi vida. ¡Está claro como el agua que l puede caminar por sí solo!

El hombre acogió el tributo sin alharacas.

—No estaré solo cuando lleguen los Pocock.

La mujer arqueó las cejas.

—¿Van a venir los Pocock?

—Es lo que ocurrirá, y ocurrirá en un abrir y cerrar de ojos, en cuanto se reciba el cable de Chad. Se embarcarán y punto. Sarah vendrá para hablar en nombre de su madre... con un resultado bien distinto de *mi* ineficacia.

La señorita Gostrey preguntó con mayor seriedad:

—¿Se lo llevará *ella* entonces?

—Es muy posible... ya veremos. En cualquier caso debe contar con la posibilidad y confiar que hará cuanto esté en su mano.

—¿Y usted *quiere* esa situación?

—Desde luego —dijo Strether—. La quiero. Quiero jugar limpio.

Pero la mujer había perdido el hilo momentáneamente.

—Si el asunto queda en manos de los Pocock, ¿por qué se queda usted?

—Sólo para que se vea que juego limpio... y un poco también, sin duda, para ver que ellos hacen lo propio. —Strether se sentía más lúcido que nunca—. Vine aquí para verme en presencia de hechos nuevos: hechos que se me antojaban cada vez menos conocidos en virtud de nuestros consabidos motivos. La cuestión es bien sencilla. Se necesitaban nuevos motivos, tan nuevos como los hechos mismos; y de esto nuestros amigos de Woollett, de Chad y míos, tuvieron cumplida noticia desde el primer momento. Si son factibles, la señora Pocock hará que se den; hará que se de toda una retahíla. Será —añadió con sonrisa meditabunda— una parte de la «diversión» que usted hablaba.

La mujer se había introducido ya en la corriente discursiva y flotaba al lado del hombre.

—Será Mamie, por lo que sé a través de usted, quien juegue la carta más fuerte. —Y luego, como el contemplativo silencio masculino no significara una negación, añadió—:

Creo que lo siento por Mamie. l

—¡Creo que yo también! —dijo Strether, poniéndose en pie y dando un par de pasos bajo la atenta mirada de la mujer—. Pero es inevitable.

—¿Se refiere a su venida?

El hombre explicó a qué se refería tras un par de vueltas.

—La única solución para que no venga es que vaya yo... como creo que, una vez allí, podría evitar. Pero la dificultad al respecto es que si yo voy...

—Entiendo, entiendo. —Había comprendido con facilidad—. El señor Newsome hará lo mismo y en eso —lanzó una carcajada— no hay ni que pensar.

Strether no había participado de la risa femenina; se limitó a mantener una expresión tranquila y relativamente plácida que habría podido ponerle a prueba contra el ridículo.

—Extraño, ¿no?

En aquel asunto que tanto les interesaba habían llegado tan lejos que, como en la presente ocasión, holgaban los nombres: respecto de los cuales, sin embargo, el silencio en que cayeron estaba lleno de conscientes referencias. La pregunta de Strether decía

mucho de lo que había pesado sobre él en ausencia de su anfitriona; sólo por este motivo un sencillo gesto de la mujer podía interpretarlo el hombre como vívida respuesta. Respuesta que recibió con mayor claridad cuando dijo la mujer poco después:

—¿Presentará el señor Newsome a su hermana...?

—¿A Mme. de Vionnet? —Strether pronunciaba el nombre por fin—. Me llevaré una enorme sorpresa si no lo hace.

La mujer pareció contemplar la posibilidad.

—¿Quiere decir usted que ha pensado en ello y que está preparado?

—He pensado en ello y estoy preparado.

Fue a su visitante a quien ahora dedicó la mujer su consideración.

—*Bon!* ¡Es usted extraordinario!

—Bueno —respondió el hombre tras una pausa y con cierta fatiga, pero todavía en pie ante ella—, eso es precisamente lo que, por una vez en mi vida carente de lustre, creo que me habría gustado ser.

Dos días más tarde se enteró por boca de Chad del envío de un comunicado procedente de Woollett, en respuesta al decisivo telegrama de los dos hombres; comunicado que se había enviado al mismo Chad y que anunciaba la inmediata partida rumbo a Francia de Sarah, Jim y Mamie. Strether, por su lado y mientras tanto, había cablegrafiado también; había retrasado este acto hasta después de su charla con la señorita Gostrey, charla gracias a la que, como tan a menudo en anteriores ocasiones, sintió que su sentido de las cosas se aclaraba y tomaba las debidas proporciones. Su mensaje a la señora Newsome, en respuesta al de la mujer, había constado de las siguientes palabras: «Juzgo conveniente otro mes, pero no desestimo refuerzos». Había añadido que estaba escribiendo, pero, a decir verdad, lo hacía siempre; era una práctica que, con notable extrañeza, le consolaba, le aproximaba más que ninguna otra cosa a la conciencia de estar haciendo algo; de modo que se preguntaba con frecuencia si, bajo el peso de las recientes tensiones, no habría recurrido a un bálsamo estéril, a una de las artes especiosas de lo ficticio. ¿Habrían sido dignas las páginas que con frecuencia mandaba mediante la estafeta norteamericana, dignas de un periodista vivaz, de un maestro de la gran ciencia nueva de moldear el sentido de las palabras? Pues que se había convertido casi en una costumbre no encontrar ningún placer en la propia lectura, ¿no estaría escribiendo contra reloj y sobre todo para poner de manifiesto su buen carácter? En aquellos renglones aún podía ser liberal, y sin embargo era, en el mejor de los casos, una especie de silbo en la oscuridad. Era innegable, además, que la sensación de encontrarse en la oscuridad le sobrecogía de manera insistente en aquel momento, provocando de esta suerte la necesidad de un silbido más vivo y audible. Había silbado largamente y con fuerza después de enviar su mensaje; había silbado una y otra vez para celebrar las noticias de Chad; se había producido una pausa de quince días durante los que dicho ejercicio le había ayudado. No tenía una idea muy clara de lo que, una vez allí, diría Sarah Pocock, aunque sí disponía de confusas premoniciones; pero no debería tener ocasión de decir, ni ella ni nadie, que él había descuidado a la madre. Había podido escribir antes con mayor libertad, pero nunca lo había hecho tan prolijamente; y con toda franqueza buscaba un motivo, en Woollett, por el que deseara llenar el vacío creado por la partida de Sarah.

El fomento de su oscuridad y la aceleración, me atrevería a decir, de su melodía, radicaban en el hecho de que no se enteraba de casi nada. Durante un tiempo se había

dado cuenta de que oía menos que antes, pero que seguía con claridad un curso en virtud del cual lo único que podían hacer las cartas de la señora Newsome era, lógicamente, interrumpirse. No había escrito una sola linea hacía muchos días y no necesitaba ninguna prueba —aunque, con tiempo, recibiría suficientes— de que ella no había tomado papel y pluma tras recibir la insinuación que había provocado el telegrama femenino. La mujer no escribiría hasta que Sarah le hubiera visto e informado sobre él. Era extraño, aunque acaso lo fuera menos que la conducta masculina en el sentir de Woollett. Era significativo, en cualquier caso, y lo que *era* notable era la mayor intensidad, mediante aquella precisa mengua de manifestaciones, con que se percataba de la naturaleza y modales de su amiga. Le pareció que nunca había vivido tanto con ella como durante aquel período de silencio femenino, un silencio que era mutismo sacro, un medio más elegante y diáfano en que manifestarse la idiosincrasia de la mujer. El paseaba con ella, se sentaba con ella, viajaba con ella y cenaba frente por frente con ella: un raro placer «en tu vida», como apenas habría podido por menos de decir; y si bien nunca la había visto tan callada, no es menos cierto que, por otro lado, jamás había intuido de manera tan elevada, de modo casi austero, la personalidad de la mujer: una personalidad pura y que el vulgo habría calificado de «fría», pero profunda, entregada, delicada, sensible, noble. La energía femenina, en este sentido, convertíase para él, en las situaciones especiales, casi en una obsesión; y aunque la obsesión aceleraba sus latidos vitales, aumentando, a decir verdad, la excitación del tiempo, había horas en que, para reducir el esfuerzo, buscase directamente el olvido. Sabía, respecto de la más extraña de las aventuras —una circunstancia tal que sólo podía tener tal función para Lambert Strether—, que en Paris, más que en ningún otro sitio, estimaría aquel fantasma de la dama de Woollett más importuno que ninguna otra presencia.

Cuando volvió a ver a María Gostrey fue en busca de un cambio. Y sin embargo, a fin de cuentas, el cambio apenas si se dio, pues aquellos días le habló de la señora Newsome como no lo había hecho nunca. Hasta el momento había guardado en este particular cierta discreción y orden; consideraciones que en el presente se vinieron abajo como si las relaciones se hubieran alterado. *En realidad* no se habían alterado tanto, vino a decirse, que hubiera de llegarse a tal extremo; pues si lo que había ocurrido era, naturalmente, que la señora Newsome había dejado de confiar en él, nada había, por otro lado, que probara que él no fuera a ganarse otra vez la confianza de la mujer. Su objetivo presente era revolver Roma con Santiago por conseguirlo; y, a decir verdad, si en aquellos días contaba a Marta cosas que no le había dicho antes, era en muy generosa medida porque tenía presente la idea del honor de la estima de tal mujer. Su relación con María, asimismo, cosa extraña, ya no era del todo, la misma; esta verdad —aunque no demasiado desconcertante— había surgido entre ambos al reanudar sus encuentros. Se contenía de manera cabal en lo que entonces ella había dicho al hombre casi inmediatamente; estaba representada por la observación de que ella no habría necesitado sino diez minutos y que él no había estado preparado para contradecir. Podía caminar solo y la diferencia puesta de manifiesto era extraordinaria. El giro dado por la común conversación había confirmado dicha diferencia con prontitud; la inmensa confianza del hombre en la señora Newsome hizo el resto; y pareció que había pasado mucho tiempo desde que el hombre sostuviera su breve y ávida copa bajo el cántaro femenino. El cántaro femenino apenas si se tocaba ya y otras fuentes habían fluido para él; la mujer no funcionaba sino como un afluente del hombre; y había una extraña dulzura —una

suavidad melancólica que afectaba al hombre— en la aceptación femenina del orden alterado.

Se apreciaba en esto, en el sentir del hombre, el correr del tiempo, o, en cualquier caso, lo que le gustaba considerar con simpatía e ironía la celeridad de la experiencia, ya que, como quien dice, había sido el otro día cuando él había estado a los pies de ella, sujeto al vestido femenino y alimentado por la mano de la mujer. Eran las proporciones lo que había cambiado y las proporciones eran siempre, filosofaba nuestro amigo, las condiciones de la percepción, las premisas del pensamiento. Era como si ella, con su pequeño y servicial entresuelo y su vasto conocimiento, sus actividades, sus variedades, sus promiscuidades, sus deberes y dedicaciones que le consumían las nueve décimas partes del tiempo y de las que él acaparaba, cautelosamente, la mejor parte, como si ella, repetimos, se hubiera reducido al papel de elemento secundario y hubiera consentido en la relegación con tacto perfecto. Esta perfección no le había fallado nunca; al principio había sido mayor de lo que él había calculado; le había mantenido al margen, fuera del mercado, como llamaba ella a su gran conocimiento de las cosas, vuelto el común comercio tan sosegado, tan doméstico —cualidad opuesta a la del mercado— que se habría dicho que ella jamás había tenido otro cliente. Había sido maravillosa con él al principio, con el recuerdo del pequeño entresuelo, cuya imagen exploraban los ojos masculinos directamente casi todas las mañanas de entonces; pero ahora ella no era para él sino una parte del abundante conjunto, aunque, desde luego, siempre una persona con la que nunca dejaría de estar en deuda. A decir verdad, nunca le sería dado al hombre inspirar una afición mayor. Ella le había preparado de cara a los demás y en este sentido no veía el hombre que ella pidiera nada a cambio. La mujer se limitaba a meditar, a preguntar, a escuchar y a rendirle el homenaje de una especulación inteligente. Así lo manifestaba ella repetidas veces; él estaba ya muy lejos de ella y ella debía prepararse para perderle. No había sino una pequeñísima oportunidad para ella.

A menudo, como ella le había dicho, el hombre lo afrontaba —detalle que le encantaba— de la misma forma siempre.

—¿Mi posible fracaso?

—Ni más ni menos... es posible que yo pueda repararlo de manera provisional.

—Oh, si se diera un auténtico fracaso no habrá remedio alguno.

—Pero usted no querrá sucumbir.

—No, no sucumbiré: será peor. Me haré viejo.

—¡Ah, eso es imposible! Lo maravilloso y particular de usted es que se mantiene siempre joven. —La mujer añadía siempre entonces una de esas observaciones que había dejado totalmente de adornar con vacilaciones y excusas, y que, del mismo modo, a pesar de la gran sinceridad de ambos, había dejado de provocar en Strether el menor embarazo. La mujer hacía que el hombre las creyera y en consecuencia se volvían tan impersonales como la verdad misma—. Es precisamente su especial atractivo.

La respuesta masculina, además, era siempre la misma.

—Claro que soy joven... gracias a haber venido a Europa. Comencé a ser joven, o por lo menos a gozar de sus privilegios, desde el momento en que la conocí a usted en Chester; desde entonces ha sido algo de vital importancia. No gocé de los mentados privilegios en el momento oportuno, lo que vale tanto como decir que jamás tuve la cosa en cuestión. Pero los gozo ahora; gocé de ellos cuando el otro día dije a Chad: «Espera»; y volveré a gozarlos cuando llegue Sarah Pocock. Es privilegio que sería para mucha

gente un triste espectáculo; y no creo, francamente, que salvo usted y yo supiese nadie lo que siento. No me embriago; no persigo a las mujeres; no derrocho el dinero; ni siquiera escribo sonetos. Pero tengo en la madurez lo que no tuve de joven. Cultivo mi pequeño privilegio a mi propia y pequeña manera. Me divierte más que cuanto me ha sucedido en toda la vida. Pueden decir lo que quieran: es mi rendición, mi tributo, a la juventud. Es algo que se exige cuando se puede: mientras haya vida ya vendrán de donde fuere las condiciones, los sentimientos de los demás. Chad me dio esa sensación, a pesar de su pelo gris, que, en realidad, no hace sino afianzarle, asegurarle y volverle discreto: y con *ella* ocurre lo mismo, a pesar de ser mayor que él, a pesar de su hija casadera, su separación conyugal y su agitada historia. Aunque son bastante jóvenes no quiero decir que estén en la primavera de la vida, ya que esto nada tiene que ver con el asunto. La cuestión es que son míos. Sí, ellos son mi juventud, puesto que, sin saber cómo, en el momento oportuno, no existió nada más. Lo que quiero decir ahora es que todo se irá por la borda, sin cumplir su cometido, si me fallan.

Respecto de lo cual, en aquel preciso instante, preguntó la señorita Gostrey por seguir su costumbre:

—¿A qué llama usted su cometido?

—Bueno, a sacarme del brete mediante esto.

—¿Mediante qué? —A la mujer le encantaba sacárselo todo.

—Pues mediante esta experiencia. —Que era el máximo a donde se llegaba.

Era ella, sin embargo, quien decía la última palabra.

—¿No recuerda que durante los primeros días de nuestra amistad era yo quien tenía que sacarle a usted del brete?

—¿Que si lo recuerdo? Con devoción y ternura. —El hombre siempre lo sacaba a relucir—. Y cumple usted su parte en este momento al permitirme refunfuñar de este modo.

—Ah, no hable como si esa parte fuera pequeña, ya que lo demás le falla...

—¿No lo hará *usted* nunca, nunca... nunca? —Era su forma de sonsacarla—. Oh, le pido perdón. Es necesario, es inevitable que acabe haciéndolo. Su situación, pues a esto me refiero, no me permitirá hacer nada por usted.

—Déjeme sola... comprendo a lo que usted se refiere: que soy aburrida y peligrosamente vieja. Lo soy; pero hay un servicio, que usted puede ofrecer y del que sé que, del mismo modo, se me ocurrirá.

—¿Y cuál será?

Se trataba, en definitiva, de algo que, pese a todo, ella no le diría.

—Sólo lo sabrá si tiene lugar su fracaso. Mientras no venga a cuento, no se lo revelaré —punto en que, por razones propias, dejó el hombre de insistir.

Convino, por lo notorio —era lo más fácil— en que su fracaso no venía a cuento y que esto volvía ociosa la discusión de lo que pudiera seguir. A medida que pasaban los días comenzó a dar una importancia desmedida a la llegada de los Pocock; llegó a tener incluso la vergonzosa sensación de esperarla sin corrección y sinceridad. Se acusaba de creer en provecho propio que la presencia de Sarah, sus impresiones, su juicio se simplificarían y acabarían por armonizar; se acusaba de temer tanto los resultados consecuentes de estos elementos que buscaba refugio, por pura petición de principio, en una furia inútil. De sobra había observado en Norteamérica lo que se solía hacer y en aquel momento carecía del menor apoyo. Su visión más clara se había dado al descubrir

que lo que más deseaba era un informe del estado de ánimo de la señora Newsome más completo e informal que el que esperaba iba a recibir de aquélla. Cálculo que, por lo menos, se daba la mano con el intenso deseo de demostrarse a sí propio que no temía desnudar su conducta. Si había, por lógica inexorable, de pagar por ella, estaba materialmente impaciente por saber el precio; estaba dispuesto a pagar a plazos. El primero sería, justamente, la recepción de Sarah, a consecuencia de la cual, por si fuera poco, conocería él mucho mejor la posición propia.

II

Anduvo más bien solo durante aquellos días, tras haberse simplificado de manera notable sus confusas relaciones con Waymarsh gracias al incidente de la semana anterior. Nada había ocurrido entre ellos en relación con las llamadas de la señora Newsome, salvo que Strether había notificado a su amigo la partida de la embajada actualmente en el mar, dándole así una oportunidad de confesar la oculta intervención que le imputaba. Waymarsh, sin embargo, no confesó nada a la sazón; y aunque esto falsificaba en cierta medida las previsiones de Strether, vio éste en ellas y con desenfado la misma medida de buena conciencia, de la que había surgido al principio la impertinencia del querido amigo. Pero ahora era paciente con el querido amigo y le regocijaba comprobar que, de manera inequívoca, había engordado. Advertía sus propias vacaciones tan dichosamente dilatadas y llenas de libertad que se permitía concesiones y caprichos antes contenidos y encorsetados; su instinto respecto de un espíritu tan reprimido como Waymarsh le llevaba a andar de puntillas por temor de despertarle la noción de una pérdida ya sin remedio. Era todo sumamente divertido, bien lo sabía, y con la única diferencia, como se decía a menudo, de lo que ya sabemos: una emancipación tan, a decir verdad, relativa, que era como el avance que representa el felpudo respecto del limpiabarros. Sin embargo, la presente crisis, por fortuna, se iba a beneficiar del mismo y el peregrino de Milrose se sabría más que nunca en el camino apropiado.

Intuía Strether que cuando supo que los Pocock estaban en camino, el movimiento de simpatía había corrido parejo al de triunfo. Era exactamente por esto por lo que Waymarsh le había mirado con ojos en que el ardor de la justicia aparecía comedido y matizado de sombras. Le había mirado con insistencia, como si estuviera sinceramente triste por el amigo —el amigo de cincuenta y cinco años— cuya frivolidad hubiera de sacarse a relucir de aquella manera; no pronunciando sentencia, sin embargo, sino de manera oscura y dejando que el amigo manifestara la acusación. Era en esta actitud general en que últimamente se había refugiado; al final de la discusión se comportaron con solemnidad y con superficialidad notoria. Strether reconoció en él la agorera meditación a que la señorita Barrace había aludido con tan buen humor como el que señala un rincón del saloncito. Era como si supiera que el paso que había dado se hubiera adivinado de antemano y también como si echara en falta la oportunidad de explicar la pureza de sus motivos. Sería precisamente su pequeña penitencia esta falta de oportunidades; no venía mal a Strether sentirse intranquilo hasta aquel extremo. Si se le hubiera retado o acusado, amonestado por entrometerse o reprendido por lo que fuera, probablemente habría hecho constar, con todo su ser, toda la talla de su consistencia, toda la profundidad de su buena fe. El resentimiento explícito por su conducta le habría hecho salir a la palestra y el golpe de su puño en la mesa le habría consolidado como persona

avisada e incorruptible. ¿No era acaso lo que le había dominado hasta el momento sino el temor a dicho golpe, el temor de retroceder ligeramente dolorido ante lo que envidiosamente pudiera poner de manifiesto? No obstante lo dicho, es posible, en cualquir caso, que uno de los síntomas de la situación fuera un visible compás de espera, de parte de Waymarsh. Como si quisiera congraciarse con su camarada por la jugada mediante la que había obrado con previsión, ignoraba a las claras sus movimientos, se apartaba de la pretensión de compartirlos, predisponía su sensibilidad al descuido y, juntando sus grandes manos vacías y agitando sus pies grandes e inquietos, buscaba entretenimiento en otra parte, de manera manifiesta.

Obró esto en pro de la independencia de Strether y, a decir verdad, en ningún otro momento de su estancia allí se había sentido tan libre de hacer lo que quisiera. El estío temprano acicalaba el paisaje y lo emborronaba todo salvo lo próximo. Se convertía en un vasto medio, cálido, fragante, en que los elementos flotaban juntos en buena armonía, en que las retribuciones eran inmediatas y los cálculos se postponían. Chad estaba fuera de la ciudad otra vez, por primera vez desde que su visitante lo viera; había explicado esta necesidad, sin entrar en detalles, pero sin caer en los titubeos; la vicisitud era una de ésas que, en la vida de un joven, dan cuenta de sus múltiples vínculos. A Strether no le preocupaba el hecho más allá de su mera comprobación: imagen grata y abigarrada en que encontraba solaz. Encontraba solaz, por el mismo mecanismo, en el retroceso del péndulo de Chad del otro extremo de la oscilación, el brusco avance hacia Woollett decretado por voluntad propia. Y se entretenía pensando que si en aquel momento hubiera detenido el reloj, habría dado lugar, instantes después, a un movimiento aún más veloz. El mismo, por su lado, hizo lo que no había hecho nunca; se tomó en un par de ocasiones varios días libres, sin relación ninguna con los pasados con la señorita Gostrey ni los transcurridos en compañía del pequeño Bilham. Fue a Chartres y delante de la fachada de la catedral fomentó una sencilla felicidad general; fue a Fontainebleau y se imaginó camino de Italia; fue a Rouen con una pequeña valija y, en trance de excesos, pasó allí la noche.

Una tarde hizo algo bien diferente; encontrándose en la proximidad de una casa elegante y antigua del otro lado del río, cruzó el gran arco de la entrada y preguntó en la portería por Mme. de Vionnet. Ya había acariciado aquella posibilidad más de una vez, en el curso de fingidos vagabundeos, mientras acechaba cuando mucho al doblar la esquina; sólo que, tras pasar la mañana en Notre Dame, había recuperado perversamente el sentido de su coherencia mientras meditaba y se decidía; por lo que había pensado que el encuentro en cuestión no lo había preparado él y se había afirmado con energía en su postura, consistente ni más ni menos que en alegar que nada tenía que ver con él. Desde el momento en que persiguió con avidez el encanto ligado a su aventura su postura se debilitó, pues entonces actuaba ya de manera interesada. Fue sólo unos cuantos días después cuando se fijó un límite; se prometió a sí mismo que su coherencia terminaría con la llegada de Sarah. Era argumentar correctamente para sentir el derecho a la carta blanca que tal suceso le proporcionaría. Si no le iban a dejar solo, sería un tonto y nada más si se condujese con delicadeza. Si no confiaban en él haría por lo menos lo que más le conviniera. Si iba a estar bajo vigilancia, era libre de probar lo que su postura *pudiera* buenamente depararle. Un rigor ideal quizá postpusiera el pleito hasta que los Pocock hubieran descubierto sus cartas y era a un rigor ideal a lo que había prometido conformarse.

De pronto, sin embargo, aquel día preciso, sintió un miedo especial bajo cuyo peso todo se venía abajo. Supo repentinamente que tenía miedo de sí mismo, aunque no respecto del efecto que sobre su sensibilidad tuviera otra hora con Mme. de Vionnet. Lo que temía era el efecto de una sola hora con Sarah Pocock, que le asaltaba, en las noches agitadas, en medio de pesadillas insomnes. Se le antojaba esta mujer más importante que la vida; aumentaba de volumen a medida que se aproximaba. Le miraba a los ojos e intuía, tras haber hecho lo posible con la imaginación por estar a la altura de las circunstancias, que no podía por menos de sucumbir ante ella; ya ardía, ante el reproche femenino, con el rubor de .la culpa; consentía ya, a modo de penitencia, en el inmediato desahucio de todo. Se imaginaba devuelto a Woollett de la mano de aquella mujer, como los delincuentes juveniles son confiados a los reformatorios. No es, desde luego, que Woollett fuera en realidad un lugar de castigo, pero sabía de antemano que el salón del hotel de Sarah lo sería. Su peligro, en cualquier caso, con tal espíritu de alarma, era una concesión en ese terreno que implicaría una brusca ruptura con el actual; en consecuencia, si esperaba despedirse del mismo acaso perdiera su oportunidad en términos absolutos. Estaba representado con suprema claridad por Mme. de Vionnet y fue ésta, en pocas palabras, la razón por la que no quiso esperar. Había comprendido repentinamente que debía adelantarse a la señora Pocock. En consecuencia, se sintió muy desilusionado al saber por boca de la portera que la dama sobre la que perquiría no estaba en París. Se había ido a pasar unos días en el campo. La circunstancia era de lo más natural y sin embargo produjo en el pobre Strether el derrumbe de toda su confianza. Fue, de pronto, como si nunca hubiera de verla otra vez y como si, además, él se lo hubiera merecido por no haber sido del todo amable con ella.

El feliz resultado de haber dejado en libertad su fantasía en pleno pesimismo fue que las perspectivas, por reacción, comenzaron a despejarse desde el momento en que la embajada de Woollett se apeó en el andén de la estación. Habían llegado directamente de El Havre, tras haber embarcado en Nueva York rumbo a aquel puerto y haber llegado a él, gracias a un viaje afortunado, con una rapidez que dejó a Chad Newsome, que había tenido intención de recibirles en el muelle, rezagado. Había recibido el telegrama, con el aviso de la llegada anticipada, justo en el momento en que iba a tomar el tren para El Havre, de modo que no le quedó otro remedio que esperar en París. Había ido rápidamente en busca de Strether con este objetivo e incluso, con cierto gracejo, había sugerido la presencia de Waymarsh también, de Waymarsh, que, en cuanto tuviera el cabriolé a punto, se encargaría, al mando contemplativo de Strether, de dar un solemne paseo con el tribunal de la familia. Waymarsh había sabido por su compañero, que ya había recibido una nota, entregada a mano, de Chad, que los Pocock estaban al llegar y, de manera ambigua, aunque, como siempre, impresionante, le había mirado con el ceño fruncido, conduciéndose de una menera en que Strether era ya lo bastante experto para advertir su inseguridad, en el lugar apropiado, respecto del mejor tono. El único tono que de veras le gustaba era el tono pletórico, necesariamente difícil a falta de un conocimiento pleno. Los Pocock eran, en cuanto a magnitudes, desmesurados, y en la medida en que era él quien, prácticamente, los había atraído, quedaba por ello mismo al descubierto. Quería pensar con propiedad al respecto, pero sólo alcanzaba, en el mejor de los casos, por el momento, a pensar con vaguedad.

—Bien sabes que recurriré a ti y mucho —había dicho nuestro amigo— para que me ayudes con ellos —y había sido del todo consciente del efecto de esta observación, y de

otras por el estilo, en la sombría sensibilidad de Waymarsh. Había insistido en que le encantaría sobremanera la señora Pocock: no cabía la menor duda; él coincidiría con ella en todo y ella asimismo con *él,* de suerte que la nariz de la señorita Barrace, en pocas palabras, quedaría desplazada.

Strether había tejido esta red de sutilezas mientras esperaban a Chad en el jardín; se había sentado y fumaba un cigarrillo tras otro para calmar los nervios, mientras ante él, enjaulado y leonino, su compañero paseaba y daba vueltas. Chad Newsome había de sorprenderse, sin duda, cuando apareciera, ante el opuesto talante de ambos en aquel momento concreto; recordaría, como parte del mismo, que Waymarsh fue con él y con Strether hasta la calle y que allí se quedaría con una cara entre melancólica y arrepentida. Hablaron de él, los otros dos, mientras se alejaban y Strether puso a Chad en conocimiento de buena cantidad de su grave intuición de las cosas. Días antes le había hecho mención del telegrama que estaba convencido había enviado el amigo común: una confianza que, en el joven, había despertado la curiosidad y la diversión. El resultado del asunto, además, según advirtió Strether, fue conflictivo; esto es, comprendió que Chad juzgaba todo un sistema de influencias en que Waymarsh había tenido un papel determinante: una impresión que había recuperado su urgencia; con el agravante de un hecho tal sobre la concepción que el joven tenía de sus parientes. Mientras comentaban que ahora podían considerar al amigo como un tentáculo de la vigilancia de aquéllos, necesario ya para ejercer ésta desde Woollett, Strether intuyó que media hora más tarde leería en los ojos de Sarah Pocock que él estaba tan «de parte» de Chad como sin duda habría dicho Waymarsh. En aquel momento se desahogaría; no había por qué negarlo; podía ser desesperación, podía ser confianza; se entregaría a los viajeros recién llegados con toda la lucidez que había cultivado.

Repitió a Chad lo que había dicho a Waymarsh en el jardín; que no había duda de que la hermana de aquél encontraría en el último un espíritu afín, que no habría duda de que la alianza, tras un intercambio de pareceres, se consumaría. Serían uña y carne, lo cual, además, no era sino el desarrollo de lo que Strether recordaba haber dicho en una de sus primeras discusiones con su compañero, sorprendido como entonces se había sentido ya a causa de las instancias afines entre este personaje y la señora Newsome.

—Ya le dije, cierto día en que me preguntó acerca de tu madre, que era una mujer que, cuando la conociese, despertaría en él, yo estaba seguro, un particular entusiasmo; lo que casa con la convicción que ahora tenemos: con la certeza de que la señora Pocock se lo llevará consigo en su barco. Pues es el barco de tu madre el que ella maniobra en realidad.

—Ah —exclamó Chad—, mi madre vale cincuenta veces más que Sally.

—Mil veces más; pero, de todos modos, cuando la veas no verás sino a una representación de tu madre: más o menos como yo. Me siento como un embajador cesado —dijo Stretherque va a rendir honores al que viene a sucederle.

Un momento después de hablar como lo había hecho se dio cuenta de que, inadvertidamente, había bajado la categoría de la señora Newsome ante su hijo; una impresión audiblemente reflejada, según pareció a primera vista, en la rápida protesta de Chad. Últimamente había descuidado bastante la apreciación de.la actitud y el carácter del joven, manteniéndose alerta, sobre todo, en la poca preocupación que, en el peor de los casos, manifestaba; y le observaba en aquel momento crítico con remozado interés. Chad había hecho exactamente lo que le había prometido quince días antes: había

aceptado sin más su petición de postponer el viaje. Esperaba con elegancia y generosidad, pero también con talante inescrutable y con un ligero fomento, quizás, de la severidad originalmente contenida en el aprendizaje de su elevada educación. No estaba ni nervioso ni deprimido; conservaba la espontaneidad, la agudeza y la resolución: sin precipitaciones, sin frenesíes, sin preocupaciones, sólo, cuando mucho, un poco menos alegre que de costumbre. A Strether se le antojó más que nunca una justificación del extraordinario proceso del que su propio espíritu absurdo había sido escenario; sabía, mientras el coche en que iban seguía rodando, sabía como no había sospechado siquiera que sólo lo que Chad había hecho y había sido le habría conducido a su presente comportamiento. Aquellas cosas le habían hecho ser lo que era y el negocio no había sido sencillo; había costado tiempo y trabajo y, por encima de todo, había tenido un precio. El resultado, en cualquier caso, iba a ofrecerse a Sally; cosa que Strether, en la medida en que aquello le afectaba, se alegraba de estar allí para presenciar. ¿Comprendería ella el resultado o lo entendería como mínimo, o se haría cargo del mismo en última instancia si lo hacía? Se rascó la barbilla mientras se preguntaba cómo, cuando se le preguntase, y estaba seguro de que sería así, se lo expondría a la mujer. Oh, se trababa de conclusiones a las que ella tenía que llegar por sí sola; puesto que deseaba tanto ver, que viera y aprobara. Había partido orgullosa de su competencia, y sin embargo algo le decía a Strether que prácticamente no entendería nada.

Que esto era, además, lo que Chad sospechaba con gran perspicacia quedó claro gracias a lo que oyó decir entonces.

—Son niños; ¡juegan a vivir! —Una exclamación tan significativa como tranquilizadora. Implicaba que él, ante la sensibilidad de su compañero, no había traicionado a la señora Newsome; y propició que nuestro amigo le preguntase en aquel momento si le parecía bien que la señora Pocock y Mme. de Vionnet se conociesen. Strether se sintió más hondamente impresionado si cabe por la lucidez de Chad—. Bueno, ¿no es a eso a lo que ha venido? ¿A ver de cerca a las compañías con que ando?

—Sí, me temo que sí —respondió Strether de manera espontánea.

La rápida réplica de Chad le hizo comprender su precipitación.

—¿Por qué dice usted que se lo teme?

—Bueno, porque me siento un poco responsable. Es mi testimonio, supongo, el que estará en el fondo de la curiosidad de la señora Pocock. Mis cartas, como desde el principio imaginé que entenderías, han sido sinceras. Y he contado también algunas cosas de Mme. de Vionnet.

Para Chad, todo aquello era extraordinariamente obvio.

—Sí, pero usted sólo puede haber contado cosas maravillosas.

—Como de ninguna otra mujer. Pero es el tono...

—¿El que la ha hecho venir? —dijo Chad—. Es posible, pero no voy a discutir por eso; tampoco lo hará Mme. de Vionnet. ¿No sabe todavía que siente una viva simpatía por usted?

—¡Oh! —exclamó Strether con una punzada de melancolía—. ¡Será por lo que he hecho por ella!

—Ah, ha hecho usted mucho.

La urbanidad le abochornó, impaciente como estaba, en aquel momento, por ver la cara que Sarah Pocock pondría ante una fuerza respecto de la que, a pesar de todas las advertencias del hombre, no llegaría la mujer con ninguna previsión.

—¡Soy yo quien ha hecho *esto!*

—Bueno, la cosa no tiene mayor importancia. A ella le encanta —observó Chad con toda tranquilidad— que simpaticen con ella.

Cosa que permitió reflexionar un instante a su compañero.

—¿Y está segura de que la señora Pocock simpatizará...?

—No, yo me refiero a *usted.* A ella le encanta que usted le guste: a nadie, entiéndame —dijo Chad riendo—, le amarga un dulce. Sin embargo no se desespera por Sarah tampoco y está preparada para lo que sea.

—¿Por el lado del reconocimiento?

—Sí, y de todos los demás. Por el lado de la amabilidad general, la hospitalidad y la buena acogida. Tiene listas las armas —Chad volvió a reír—; está preparada.

Strether comprendió. Entonces, como si en el aire resonase un eco de las palabras de la señorita Barrace—:

—Es maravillosa.

—No se imagina usted hasta qué punto.

Había un fondo en aquello, según creyó oír Strether, de lujo inveterado, casi una suerte de inconsciente descaro propietario; pero el efecto de este vislumbre no iba a precipitar, por el momento, niguna especulación: tan concluyente había sido aquel dejo de tan graciosa y generosa afirmación. Había sido, a decir verdad, una evocación y la evocación vino a provocar, antes de que transcurriera mucho tiempo, otra consecuencia.

—Bueno, ahora la veré más a menudo. La veré tanto cuanto me plazca, con tu permiso, cosa que hasta el presente no he hecho.

—La culpa —dijo Chad, sin el menor reproche— ha sido sólo de usted. Yo hice lo posible por que congenieran *y ella,* mi querido amigo..., jamás la he visto tan encantadora con ningún otro hombre. Pero a usted no le ha faltado inspiración.

—Sí, es cierto —murmuró Strether, mientras pensaba de qué modo le había dominado y hasta qué extremo había perdido en aquel momento su autoridad. No habría sabido seguirle el rastro hasta el final, pero todo se debía a la señora Pocock. Es posible que la señora Pocock estuviera en aquella situación a causa de la señora Newsome, pero estaba aún por demostrar. Lo que le dominaba era la sensación de haber perdido estúpidamente la oportunidad de ganar donde las ganancias habrían sido sustanciosas. Había tenido ocasión de tratarla más a fondo y no hacía otra cosa que desaprovechar los momentos oportunos. Casi de feroz podría calificarse su resolución de no permitir que aquello siguiera sucediendo y reflexionaba fantásticamente, mientras al lado de Chad se aproximaba a su destino, que era Sarah, a fin de cuentas, quien había puesto el dedo en la llaga de sus oportunidades. Lo que su visita de inquisición pudiera bocetar en otro sentido era todavía desconocido; pero no lo era en modo alguno que favorecería en mucho la aproximación de dos personas educadas. No tenía más que escuchar a Chad en aquel momento para advertirlo, pues Chad le estaba remachando que ellos, por supuesto, contaban con él —esto es, el que hablaba y la otra persona educada— en lo tocante a ánimo y apoyo. A Strether le resultaba asombroso oírle hablar como si los límites de la prudencia que ellos habían rebasado fueran a causar no se sabe qué embeleso a los Pocock. No: si Mme. de Vionnet *lo* conseguía —si Mme. de Vionnet embelesaba a los Pocock—, Mme. de Vionnet sería todo un prodigio de mujer. Sería un hermoso plan de dar resultado y todo se centraba en la posible condición sobornable de Sarah. El precedente de su propio caso ayudó no poco a Strether a considerar que la mujer podía

tener aquella salida, ya que estaba claro como el agua que su carácter, más bien, se aseguraría toda posible diferencia. La idea de su propia sobornabilidad le hizo ponerse aparte con el rótulo que indicaba que el suyo era un caso del todo indudable. Siempre le gustaba, respecto de todo lo que afectaba a Lambert Strether, saber lo peor, y lo que ahora sabía al parecer no era sólo que era sobornable, sino que, a decir verdad, había sido efectivamente sobornado. La única dificultad estribaba en que no habría sabido decir a ciencia cierta con qué. Era como si se hubiera vendido, pero sin haber recibido el dinero. Esto era, sin embargo, lo que, de manera característica, *solía* ocurrirle. Era su forma natural de comercio. Mientras pensaba en estas cosas, de todos modos, recordó a Chad la verdad que no debían perder de vista: la verdad, con todos los respetos a la susceptibilidad femenina respecto de sus nuevos intereses, que afirmaba que Sarah tenía que haber partido con un objetivo ambicioso, firme y concreto.

—No ha partido, entiéndeme, para que le tomen el pelo. Es posible que seamos encantadores: quizá no haya nada que nos resulte más fácil; pero no ha venido a que nadie la encante. Ha venido llana y simplemente para llevarte consigo.

—Oh, está bien: me iré con *ella* —dijo Chad de buen humor—. Supongo que usted no tendrá nada que objetar. —Y luego, como, durante un minuto, Strether no dijera nada––: ¿O es que piensa que cuando la haya visto ya no querré irme? —Y como esta pregunta mantuviera a su amigo en silencio, añadió—: Lo que yo pienso es que, en cualquier caso, mientras estén aquí lo pasarán bien.

Fue entonces cuando habló Strether.

—¡Ah, vamos! Me preguntaba si de veras querías irte...

—¿Y bien? —dijo Chad para acabar de enterarse.

—Bueno, que no tienes que preocuparte por lo bien que lo pasemos. No tendría que preocuparte cómo lo vamos a pasar. Chad podía aceptar siempre, de la mejor forma del mundo, una sugerencia ingeniosa.

—Comprendo. Pero ¿qué quiere usted que haga? Soy demasiado simpático.

—¡Sí, demasiado simpático! —Strether suspiró profundamente. Y le pareció que aquello era el absurdo final de su misión.

Vino a contribuir a este efecto eventual el que Chad no diese ninguna respuesta. En cambio, tomó la palabra cuando avistaron la estación.

—¿Tiene intención de presentarle a ella a la señorita Gostrey?

Para aquello Strether tenía pronta respuesta.

—No.

—Pero ¿no me dijo usted que sabían detalles de ella?

—Creo haberte dicho que es tu madre quien los sabe.

—¿Y no habrá puesto en antecedentes a Sally?

—Esa es una de las cosas que quiero comprobar.

—¿Y si averigua usted que sí...?

—¿Quieres decir que entonces haré que se conozcan?

—Exacto —dijo Chad con su grata prontitud—: para demostrarle que no hay nada.

Strether titubeó.

—Me parece que no me preocupa demasiado lo que ella pueda pensar al respecto.

—¿Tampoco si representa lo que piensa mi madre?

—Ah, pero ¿qué es lo que tu madre piensa? —Hubo en esto su pequeño desconcierto.

Pero acababan de llegar y, en cierto modo, el auxilio podía bien, a fin de cuentas, estar a mano.

—¿Acaso no es eso, mi querido amigo, lo que ambos queremos averiguar?

III

Strether salió de la estación, media hora más tarde, en compañía diferente. Chad se había encargado, para dirigirse al hotel, de Sarah, Mamie, la doncella y el equipaje, todo ello cómodamente instalado; sólo después de que los cuatro se hubieran alejado subió su compañero a un coche de alquiler junto con Jim. Un nuevo y extraño sentimiento dominaba a Strether, a consecuencia del cual se había fortalecido su ánimo; era como si lo que había ocurrido al apearse los viajeros hubiera sido algo distinto de cuanto temiera, aunque no había temido precisamente ninguna escena inmediata de violencia. Su impresión no había ido más allá de lo inevitable, se dijo; sin embargo, la seguridad y el sosiego le embargaban con dulzura. Nada tan extraño como estar en deuda por tales cosas con expresiones de rostros y el sonido de voces que le habían acompañado hasta la saciedad, durante años, que habría podido decir; pero ahora sabía, del mismo modo, lo intranquilo que había estado; lo sabía a carta cabal gracias a la presente sensación de prórroga. Lo había captado, además, de un solo vistazo; lo había entrevisto en la sonrisa con que Sarah, a quien, en la ventanilla del compartimento habían saludado ellos con efusión desde el andén, hubo de esbozarles momentos después, bella y lozana en su plácida incursión estival por el país de las maravillas. No fue sino un indicio, pero fue suficiente; iba a ser cordial y discreta, iba a jugar una partida muy larga: como fue más que evidente, cuando, deshaciendo el abrazo de Chad, saludó directamente al valioso amigo de la familia.

Strether era entonces, y más que nunca, el valioso amigo de la familia; pasara lo que pasase, era algo que podía seguir siendo; y su forma de responder expresó, incluso para sí mismo, lo poco que le había gustado la perspectiva de dejar de interpretar dicho papel. Para él Sarah siempre había sido cordial: de hecho, raras veces la había visto tímida o seca; su bien dibujada sonrisa, de labios delgados, intensa sin deslumbrar y tan espontánea como el chispazo de un fósforo en el papel de lija; la protuberancia de su más bien larga barbilla, que en su caso representaba invitación y urbanidad, y no, como en muchos otros, atrevimiento y desafio; el claro alcance de su voz; la decisión e impecabilidad generales de sus maneras; eran, en conjunto, elementos que el trato le había vuelto familiares, pero que en la circunstancia presente le daban la sensación de que acababa de conocerla. Aquel primer vislumbre de la mujer le había proporcionado una breve pero clara revelación de su semejanza con su madre; habría podido tomarla por la señora Newsome cuando sus miradas se cruzaron mientras el tren entraba en la estación. Fue una sensación que desapareció al instante; la señora Newsome era mucho más hermosa y mientras que Sarah tendía a la voluminosidad, su madre tenía, a pesar de su edad, todavía el talle de una niña; la barbilla de ésta, por otro lado, era más corta y su sonrisa, por fortuna, mucho más —oh, mucho, muchísimo más— sosegadamente breve. Strether había visto reservada a la señora Newsome; había oído, materialmente, su silencio; pero jamás la había conocido en son desagradable. Y si bien a la señora Pocock sí la había conocido en son desagradable, no podía decirse que la hubiera visto falta de

afabilidad. Poseía formas de afabilidad que eran en grado sumo afirmativas; nada, por ejemplo, había sido más chocante que el hecho de que fuera afable con Jim.

Lo que, en cualquier caso, había distinguido en la ventanilla del tren era la frente alta y despejada de la mujer: aquella frente en que sus amigos, por alguna razón, siempre pensaban como en un «ceño»; el prolongado rabillo de los ojos, que hubo de chocarle tanto en aquella coyuntura que le hizo pensar extrañamente en los ojos de Waymarsh: y el brillo insólito de su pelo oscuro, acicalado y tocado con sombrero, según el refinado ejemplo de su madre, con tal recato respecto a los extremos que en Woollett siempre se referían a ello como a «propio de ellas». Aunque estas asociaciones desaparecieron en cuanto In mujer estuvo en el andén, habían durado lo suficiente para hacerle sentir todos los ingredientes de su alivio. La mujer que se había quedado, la mujer a la que estaba unido, había estado ante él el tiempo suficiente para señalarle otra vez la medida de la infamia, de la vergüenza, a decir verdad, de verse obligados a reconocer la formación de una «grieta» entre ambos. El hombre había enfocado esta medida con concentración y soledad; pero la catástrofe, mientras Sarah se empeñaba, buscaba sus escasos segundos tan insólitos como temibles, o demostraba ser, más exactamente, del todo inimaginable; de modo que su hallazgo de algo familiar e intrascendente con que responder trajo consigo una momentánea resurrección de la fidelidad masculina. De pronto había tocado fondo y se había quedado boquiabierto ante la idea de lo que tal vez había perdido.

Bueno, en aquel momento, durante el cuarto de hora de entretenimiento general, pudo mariposear alrededor de los viajeros con tanta inocencia como si el mensaje que habían de darle fuera que no había perdido nada. No haría que Sarah escribiera a su madre aquella misma noche para decirle que estaba alterado o se comportaba de manera extraña. En el curso de un mes había habido muchas ocasiones en que se había notado extraño y alterado de muchas formas, pero éste era asunto suyo. Sabía por lo menos cuál no lo era, y no era, en cualquier caso, una circunstancia en que Sarah pudiese recibir ayuda de sus solas y propias luces. Y aunque dichas luces brillaran más de lo que parecía, no avanzaría mucho la mujer contra la corriente de la mera simpatía. Confiaba el hombre en ser simplemente agradable hasta el final y aunque sólo fuera, por otro lado, por la incapacidad de manifestar nada distinto. Ni siquiera podía manifestarse a sí mismo su transformación y extrañeza. Había tenido lugar —el proceso— en algún sitio muy profundo. María Gostrey había captado retazos del mismo. Pero ¿cómo iba a sacarlo, aunque se lo propusiera, para la señora Pocock? Este era el espíritu, pues, en que se agitaba y con la más predispuesta palpitación debida en gran parte, además, a la impresión, inmediatamente percibida, de que Mamie era una guapa chica a la que no podía ponerse el menor reparo. Se había preguntado vagamente, al rozar multitud de cosas en el temblor de sus pensamientos, si Mamie sería tan guapa como Woollett pregonaba; a propósito de lo cual, el efecto de verla otra vez iba a quedar aplastado por la opinión de Woollett hasta tal extremo que el resultado, en realidad, liberó en la imaginación un alud de otros semejantes. Hubo de hecho cinco minutos en que fue de necesidad una última palabra para encajar con un Woollett representado por una Mamie. Este era el tipo de verdad que el lugar vivía sin duda; se la estimularía con toda confianza; se la señalaría con espíritu triunfal; se aferrarían a ella con tenacidad; no habría la menor duda de que no habría necesidad que ella no satisfaciera, ni pregunta que no respondiese.

Bueno, Strether se deslizó dulcemente en la delicadeza de convenir en que aquello era

cierto. Habida cuenta de que una comunidad podía ser representada del mejor modo posible por una damisela de veintidós años, Mamie interpretaba su papel a la perfección, lo interpretaba como si estuviera acostumbrada a ello y miraba, hablaba y vestía a tono con lo requerido. Strether se preguntó si la muchacha, a la reveladora luz de París —un frío, anegado taller de luz, favorecedor y sin embargo traicionero—, no se mostraría asimismo consciente de estos temas; pero momentos después se sintió satisfecho de que la conciencia femenina estuviera vacía, a fin de cuentas, a pesar de su envergadura, más sencilla que compleja, y de que lo que mejor podía hacerse con ella no era extraer mucho, sino introducir al máximo. Andaba derecha y su estatura era la justa, tal vez un poco pálida quizá, pero con el agradable, manifiesto, conocido lustre qué afirmaba su vitalidad. Podría «recibir» en representación de Woollett dondequiera que se encontrase y había algo en sus modales, su tono, sus movimientos, sus bonitos ojos azules, su hermosa dentadura perfecta y su muy pequeña —demasiado pequeña— nariz que inmediatamente la situaba, en la imaginación, en el centro de una sala cálida y bien iluminada en que se hablaba en voz alta: hasta ese extremo al que se llega en espera de ser «presentado». Todas ellas, las imágenes, estaban allí para felicitarla y la remozada visión de Strether completó la idea en esta clave. Mamie tenía el aspecto de una novia feliz: de la novia cuando sale de la iglesia y un momento antes de marcharse. No era una simple virgen; y sin embargo, por otro lado, no estaba casada ni un ápice más allá. Estaba en la etapa del esplendor, del triunfo, de la fiesta. Muy bien, ¡que durase muchos años!

Strether se alegraba de tales cosas por Chad, que se deshacía en atenciones ante las necesidades de sus amigos, al margen de que hubiera dispuesto que su criado le ayudase. Las señoras, sin lugar a dudas, eran gratas de ver y Mamie sería, en cualquier momento y en cualquier lugar, muy grata de exhibir. Pasaría extraordinariamente por su joven esposa —en luna de miel— si él saliera con ella. Pero esto era asunto de él, o quizá de ella; era algo, en cualquier caso, que ella no podía remediar. Strether recordó cómo le había visto llegar con Jeanne de Vionnet en el jardín de Gloriani y la fantasía que había tenido al respecto —fantasía anieblada en aquel momento, intensamente atribulada por otras— fue, durante aquellos minutos, lo único digno de nota. A menudo, a pesar de sí mismo, se había preguntado si Chad no sería, respecto de Jeanne, objeto de un fuego fijo y enmascarado. Era muy posible que la criatura estuviera trémulamente enamorada y esta convicción no retrocedió ni un paso a pesar de que le disgustaba pensar en ello, a pesar de ser, en una situación complicada, la más complicada de todas, y a pesar de un no sé qué indescriptible de Mamie, un no sé qué, en cualquier caso, que su intelecto le atribuía sin pestañear, un no sé qué que daba valor a la mujer, le daba intensidad e intenciones como el símbolo de una disconformidad. A decir verdad, la pequeña Jeanne no estaba en modo alguno en cuestión —¿cómo iba a estarlo?—, y sin embargo, desde el momento en que la señorita Pocock se había sacudido la falda en el andén, arreglado los grandes lazos del sombrero instalado propiamente en el hombro la correa del bolso de viaje de tafilete y adornos dorados, desde aquel preciso momento Jeanne fue combatida.

Fue en el coche, con Jim, donde las impresiones se le apelotonaron, causándole la más extraña sensación de ausencia prolongada de las personas entre las que había vivido durante años. Habiendo venido hasta él era como si él hubiera vuelto para encontrarlas y la rara rapidez de la reacción mental de Jim devolvió su propia iniciación al pasado. Se podría o no estar a tono con lo que se diera entre ellos, pero de Jim se habría dicho ciertamente que sí; su percepción inmediata —franca y divertida— de lo que el asunto

era para *él* causó gran placer a Strether.

—Mira, es por mi aspecto y si no hubiera sido por ti... —y se interrumpió mientras las hermosas calles corrían al encuentro de su saludable apetito; reanudaría lo comenzado tras un codazo expresivo, con una palmada en la rodilla del compañero y con—: ¡Oh, tú... tú lo has conseguido! —que se sobrecargó de profundo significado.

Strether advirtió en aquello la intención del homenaje, pero, con una curiosidad por lo demás ocupada, pospuso aceptarlo. Lo que se preguntaba en aquel momento era cómo habría juzgado Sarah Pocock, en la oportunidad que ya había tenido, a su hermano, del que él, cuando, por último, en la estación, hubieron de separarse a causa del distinto medio de transporte, había recibido una mirada en la que había leído más de un mensaje. Aunque Sarah estuviese juzgando a su hermano, la conclusión de Chad respecto de su hermana, y :j acerca del marido de ésta y acerca de la hermana del marido de ésta, llevaba, cuando menos, camino de ser severa. Strether intuía la severidad y que, como la mirada antedicha había sido un intercambio, la que él había devuelto había sido relativamente vaga. Cualquier comparación de detalles, sin embargo, podía esperar; todo se le antojaba dependiente del efecto producido por Chad. Ni Sarah ni Mamie habían dicho, de ninguna de las maneras, en la estación —donde habían estado, después de todo, un buen rato— ni una palabra al respecto; cosa que, para terminar, era lo que nuestro amigo había esperado de Jim en cuanto estuvieron todos juntos. Le parecía curioso que hubiera tenido aquel inofensivo tropiezo con Chad; una irónica inteligencia con el joven a propósito de sus parientes, una inteligencia acontecida ante sus mismísimas narices y, como habría podido decirse a expensas de aquéllos, un asunto de tal jaez volvía a indicarle el número de etapas que había de atravesar; aunque si el número de etapas parecía elevado, el tiempo que exigía la última no pasaba del empleado en un simple gesto. Antes de esto había tenido ocasión de preguntarse si no habría cambiado él del mismo modo que Chad. Claro que en Chad era evidente la mejora... bueno, no tenía ningún nombre a punto para calificar el efecto, en su propio organismo, de su más tímida dosis. Primero había de ver dicho efecto. Y en cuanto a su privado trámite con el joven, a fin de cuentas, la dirección del mismo no poseía mayor extrañeza que el hecho de que la conducta de aquél con los tres viajeros hubiera sido una manifestación tan feliz. Strether le apreciaba por ello sin ser correspondido todavía; esto le afectaba, mientras tanto, como habría podido afectarle una pequeña, agradable y perfecta obra de arte; hasta el punto de preguntarse si ellos valían realmente la pena, lo comprendían y le rendían justicia; hasta el extremo de que casi habría sido un milagro si, allá en consigna, mientras esperaban sus bultos, Sarah le hubiese tirado de la manga y conducido aparte. «Tiene usted razón; ni mi madre ni yo comprendimos muy bien lo que usted quería decirnos, pero ahora lo entendemos. Chad es extraordinario; ¿qué más se puede querer? ¡Si las cosas son *así*... !» Con lo que habrían podido darse un abrazo, pongamos por caso, y puéstose a trabajar juntos.

¡Ah, cuánto, á pesar de toda la continente perspicacia femenina —somera y apenas divertida— habrían trabajado juntos! Strether sabía que se comportaba de manera ilógica; lo achacaba a su nerviosismo; las personas no podían advertirlo todo y hablar de todo en un cuarto de hora. Posiblemente, sin duda, por otro lado, consideraba en demasía la ostentación de Chad. Sin embargo, pese a todo, cuando, al cabo de cinco minutos, en el coche, Jim Pocock tampoco dijo nada —esto es, no dijo lo que Strether quería, aunque hubo de hablar por los codos—, todo quedó, de rebote, repentinamente, en que eran o idiotas o testarudos. Lo más probable, en términos generales, era lo primero, de modo que

sería el reverso de la continente perspicacia. Sí, echarían el freno y serían perspicaces; se interesarían al máximo por cuanto tuvieran delante, pero sus observaciones, sin embargo, serían falsas; todo estaría fuera de su alcance; sencillamente, no comprenderían. ¿De qué servía entonces que hubieran venido —si no iban a ser inteligentes hasta *ese* punto—, a menos, claro está, que él estuviera totalmente equivocado y fuera de órbita? ¿Se había dejado seducir, en lo relativo a la mejora de Chad, por la fantasía y estaba lejos de la verdad? ¿Vivía en un mundo falso, un mundo absurdo que se había forjado simplemente para su exclusiva tranquilidad y era su presente irritación —ante, en aquel momento, el silencio de Jim en particular— otra cosa que la alarma de la nulidad amenazada por el contacto de lo real? ¿Era esta contribución de lo real, tal vez,. la misión de los Pocock? ¿Habían acudido para cumplir con el deber de observar, que él había resquebrajado y pulverizado, y para reducir a Chad a los llanos términos en que las almas honradas podían tratar con él? ¿Habían acudido, en pocas palabras, para ser cuerdos donde Strether estaba destinado a creer que sólo había sido insensato?

Contempló tal contingencia, pero no tardó en desvanecerse en cuanto hubo considerado que, en tal caso, habría sido un insensato con María Gostrey y el pequeño Bilham, con Mme. de Vionnet y la pequeña Jeanne, con Lambert Strether, en definitiva y, por encima de todo, con el mismo Chad Newsome. ¿No redundaba más en beneficio de la realidad ser insensato con estas personas que cuerdo con Sarah y Jim? Jim, a decir verdad, estimó en aquel momento, estaba lejos de todo aquello personalmente; a Jim no le importaba; Jim no había venido ni a causa de Chad ni a causa de él; Jim, en pocas palabras, dejaba la parte moral a Sally y se limitaba, la verdad sea dicha, a aprovecharse, con miras al placer, de que casi todo se lo dejaba a Sally. No era nada en comparación con Sally y no tanto en virtud del carácter y la voluntad de Sally como en razón de que la mujer era un tipo más desarrollado y poseía mayor conocimiento del mundo. Prácticamente confesó, con franqueza y serenidad, que le daba la sensación de que su factura andaba muchos kilómetros a la zaga de la de su mujer y muchos más, si cabía, de la de su hermana. Tal naturaleza, bien lo sabía él, se apreciaba y aclamaba, dado que a lo más que podía aspirar socialmente y, para el caso, industrialmente, un importante hombre de negocios de Woollett era una precisa libertad que conjugar con este encanto general.

La impresión que causó aquel hombre en nuestro amigo fue otra de las cosas que señalaron su itinerario. Era una impresión extraña, sobre todo por la rapidez con que se dio; Strether la había recibido y juzgado como mucho en veinte minutos; le pareció, aunque en menor cuantía, fruto de los largos años de Woollett. Pocock, lógica y consentidamente, aunque no del todo a sabiendas, estaba fuera del asunto. A pesar de su normalidad; a pesar de su delicadeza; a pesar de ser un importante hombre de negocios de Woollett; la determinación de su sino le permitía su normalidad, mientras que todo lo demás se encontraba en la misma situación, en su sentir, con mayor o menor lucidez. Parecía decir que había todo un aspecto de la vida en que lo absolutamente normal era, para los importantes hombres de negocios de Woollett, estar fuera del asunto. Su interés no rebasaba este punto y Strether, por lo que a Jim afectaba, no quería que lo rebasase. Sólo que la imaginación de Strether, como siempre, estaba en marcha y se preguntaba si aquel aspecto de la vida no estaría de algún modo relacionado, a pesar de cuantos figuraban en él, con el hecho del matrimonio. ¿Habría sido su conducta como la de Pocock, de haberse casado diez años atrás? ¿Sería la misma si hubiera de casarse pocos meses después? ¿Se sentiría alguna vez tan desplazado por la señora Newsome como Jim

se sentía —de manera relativa— respecto de su mujer?

Dirigir la mirada en aquella dirección vino a darle seguridad; él era distinto de Pocock; se había afirmado de otro modo; se le tenía, a fin de cuentas, mayor estima. Lo que sin embargo se le ocurrió, en aquel momento, fue que la sociedad, la de allá, de que Sarah y Mamie —y, de manera más descollante, la misma señora Newsome— eran especímenes, era esencialmente una sociedad de mujeres y que el pobre Jim no figuraba en ella. El, Lambert Strether, sí figuraba, pese a todo, en cierta medida... lo que era extraña situación para un hombre; pero siguió considerando que, tal vez, si se hubiera casado habría tenido que sacrificar su puesto. La ocasión, a decir verdad, la que la fantasía representase, no fue un momento de sensible exclusión para Jim, que se encontraba en un estado de predisposición manifiesta al encanto de su aventura. Bajito, gordo y chistoso inveterado, de color amarillento y desprovisto de rasgos notables, prácticamente habría pasado inadvertido de no ser por su afición a los trajes gris perla, los sombreros blancos, los cigarros de buen tamaño y casi ninguna mentira, que contribuían a establecer su identidad. Había huellas en él, aunque ninguna dolorosa, de pagar siempre por los demás; y el principal era precisamente aquella frustración tipológica. Con esto era con lo que pagaba, antes que con fatigas y esfuerzos inútiles; y también, sin duda, un poco, con el esfuerzo del humor, nunca irrelevante para las situaciones, para las relaciones, de que estaba rodeado.

No cabía en sí de alegría mientras recorrían las dichosas calles; afirmó que el viaje era un auténtica aventura llovida del cielo y que él no estaba allí —estaba ávido por hacerlo constar— en pos de nada; no sabía muy bien a qué había ido Sally, pero *él* había ido a pasarlo bien. Strether se lo concedió, mientras se preguntaba si Sally querría que su hermano volviese para que fuese igual que su marido. Confiaba en que «pasarlo bien» fuera, de manera absoluta, el programa de todos ellos; y asintió con liberalidad a la propuesta de Jim de que, libres de responsabilidades —los bultos iban en el coche con los demás—, debían dar una vuelta antes de dirigirse al hotel. No era asunto suyo vérselas con Chad, sino de Sally; y como era propio de ella, tal le parecía, abrir fuego en seguida, no estaría mal que se mantuviesen al margen y diesen tiempo a la mujer. Strether, por su lado, sólo pedía que se diese tiempo a la mujer; así que anduvo sin prisas, con su compañero, por paseos y avenidas, haciendo lo posible por extraer del escaso material alguna previsión de su catástrofe. No tardó en advertir que Jim Pocock declinaba hacer juicios, que había soslayado las fronteras de la discusión y la ansiedad, para dejar todos los análisis del asunto en las manos exclusivas de las damas, y no encaminando su actual perspectiva sino hacia un leve y divertido cinismo. Salió a relucir, el cinismo —ya había manifestado algún retazo—, en un apenas diferido:

—Diablo, no me gustaría estar en su pellejo!

—¿Te refieres a que no estarías en el lugar de Chad...?

—Renunciar a esto para volver y dirigir la propaganda.

—El pobre Jim, con los brazos cruzados y sus cortas piernas estiradas en el coche abierto, se sumergía en el resplandeciente mediodía parisino, volviendo los ojos de un lado a otro del paisaje—. Diantre, quiero salir por ahí y vivir. Y quiero vivir mientras esté aquí. Estoy de acuerdo contigo, ¡ah, viejo, qué grande eres y cómo me doy cuenta!, en que no es justo molestar a Chad. *Yo* no quiero juzgarle; honradamente, no podría. En cualquier caso, estoy aquí gracias a ti; te estoy muy agradecido. Sois un par estupendo.

Hubo detalles en estas palabras que Strether, por el momento, dejó pasar.

—¿No te parece importante, entonces, que habría que tomarse en serio la publicidad? Chad *sería,* por lo que toca a capacidad—dijo—, el hombre apropiado.

—¿De dónde ha sacado esa capacidad? —preguntó Jim—. ¿De aquí?

—No la ha sacado de aquí, no, y lo extraordinario es que aquí no la ha perdido, necesariamente. Tiene un instinto natural para los negocios, un cerebro privilegiado. Honradamente hablando —explicó Strether— encaja como anillo al dedo. En este sentido es hijo de su padre y no lo es menos, pues también ella es maravillosa, a su manera, de su madre. El tiene otros gustos y otras inclinaciones, pero la señora Newsome y tu mujer tienen razón cuando exigen lo que exigen. Es un joven notable.

—¡Bueno, ya lo imagino! —dijo Jim Pocock, suspirando con satisfacción—. Pero si tanto crees en su derecho a movilizarnos de esta manera, ¿por qué has prolongado la situación hasta este extremo? ¿No sabes que hemos estado muy preocupados por ti?

Las preguntas no se habían formulado con formalidad, pero Strether comprendió, sin embargo, que debía elegir y tomó una resolución.

—Entiéndeme, porque me gusta mucho. Me gusta mi París. Quizá demasiado.

—¡Ah, viejo pícaro! —exclamó Jim con alegría.

—Pero las cosas no han terminado —prosiguió Strether—. El caso es más complejo de lo que puede parecer en Woollett.

—¡Oh, pues en Woollett parece un desastre! —manifestó Jim.

—¿Incluso después de haber escrito yo?

Jim se acordaba.

—¿No ha sido tu carta lo que ha hecho que la señora Newsome nos pusiera en el barco? Y por si esto fuera poco, Chad sigue resistiéndose.

Strether reflexionó.

—Comprendo. Que ella hiciera algo era, sin duda, inevitable, y tu mujer, en consecuencia, naturalmente, ha venido a actuar.

—Oh, sí —convino Jim—, a actuar. Pero Sally actúa, ya sabes —añadió con lucidez––, siempre que sale de casa. Nunca sale si no es para actuar. Ahora actúa en nombre de su madre y eso equilibra la balanza. —A lo que añadió, poniendo en ello los cinco sentidos, con una remozada acogida del bello París—: De todos modos, en Woollett no nos había pasado nunca nada igual.

Strether seguía pensando.

—He de decir que me sorprende que hayáis venido con un talante tan lógico y moderado. No sacáis las uñas. Por lo menos no veo en la señora Pocock ningún síntoma. No es tan terrible —añadió—. Soy tan tonto y estoy tan nervioso que me pareció que tenía que serlo.

—Oh, ¿acaso no la conoces lo suficiente —preguntó Pocock— para saber que nunca pisa en falso, lo mismo que su madre? No son mujeres terribles, ninguna de las dos: dejan que uno se confíe. Enseñan la piel de cordero, pero por debajo está la de lobo. ¿Acaso no las conoces? —Jim seguía hablando mientras miraba a su alrededor, quitando al tema, según comprendió Strether, toda su importancia—. ¿No las conoces acaso? Son exageradas como nadie.

—Sí —y en la afirmación de Strether hubo una evidente precipitación—, son exageradas como nadie.

—No se rasgan las vestiduras ni sacuden la jaula —dijo Jim, al parecer complacido con la analogía—; y es a la hora de comer cuando parecen más mansas. Pero siempre

acaban en lo mismo.

—Es cierto... ¡siempre acaban en lo mismo! —replicó Strether con una carcajada que justificaba su confesión de nerviosismo. Le disgustaba hablar sinceramente de la señora Newsome con Pocock; no le habría importado gran cosa mentir. Pero había algo que quería saber, una necesidad creada por la reciente pausa de la mujer, por haber dado tanto él desde el principio, como ahora más que nunca se le figuraba, y haber recibido tan poco. Era como si se le hubiera encasquillado la notoria verdad de la metáfora del compañero. Ella había sido de lo más mansa a la hora de la comida; se había alimentado, y Sarah con ella, de la gran escudilla de toda su reciente y libre necesidad de comunicación, su alegría y su gozo, su ingenuidad y hasta su locuacidad, mientras que el flujo de la respuesta femenina había sido siempre magro. Jim, mientras tanto, sin embargo, cayó, a decir verdad, en la superficialidad, de manera característica, desde el momento en que dejó hablar desde su experiencia conyugal.

—Desde luego, Chad tiene ahora la ventaja de estar allí con ella. Si no aprovecha la circunstancia al máximo... —Suspiró con piedad contingente ante la posible escasez de recursos de su cuñado—. Contigo sí que la ha aprovechado, ¿eh? —y preguntó momentos después si había algo nuevo en las revistas de variedades, expresión que pronunciaba a la manera norteamericana[*]. Hablaron de las revistas de variedades, manifestando Strether un conocimiento que provocó otra vez en Pocock un juego de insinuaciones tan vago como una canción de cuna, pero tan incisivo como un codazo en el costado; y terminaron el paseo bajo la égida de temas circunstanciales. Strether esperó hasta el final, pero en vano, alguna muestra de que Jim hubiera visto cambiado a Chad; apenas habría sabido explicar la desazón que le produjo la ausencia de este testimonio. Su actitud había partido de aquí, en la medida en que había actitud alguna; y si ahora resultaba que nadie veía nada, había perdido el tiempo. Concedió a su amigo hasta el último momento, hasta que tuvieron el hotel a la vista; pero como el pobre Pocock siguiera entre aplausos, envidias y guasas, comenzó a sentirse a disgusto con él, a considerarlo extravagantemente vulgar. ¡Si al final nadie se daría cuenta!

Strether, mientras pensaba en aquello, sabía que además iba a dejar que Pocock representara para él lo que la señora Newsome no comprendería. No disminuyó el disgusto, en vista de la vulgaridad de Jim, al hablar con él de la dama mencionada; sin embargo, segundos antes de que el coche se detuviera, supo el alcance de su deseo, del verdadero mensaje de Woollett.

—¿Se ha derrumbado, en algún sentido, la señora Newsome?

—¿«Derrumbado»? —repitió Jim, riéndose prácticamente de su sentido del pasado.

—Bajo la tensión de las esperanzas postpuestas, los desengaños repetidos y por tanto acumulados.

—Ah, ¿que si está abatida, dices? —tenía sus propias categorías en la mano—. Bueno, sí, está abatida... como Sally. Pero nunca son tan enérgicas como cuando están abatidas. Ya lo sabes.

—Ah, ¿Sarah está abatida?—murmuró Strethervagamente.

—Cuanto más abatidas, más despiertas.

—¿Y está muy despierta la señora Newsome?

—Toda la noche, querido... por *ti*. —Y Jim, con una risotada un tanto vulgar, le dio un empujón que quitó tensión a la escena. Pero ya tenía lo que quería. Comprendió en el

[*] Varieties en el original. (N. del T.)

acto que aquel era el verdadero mensaje de Woollett—. ¡De modo que no vuelvas a casa! —añadió Jim mientras bajaba y mientras su amigo, tras dejarle pagar generosamente al cochero, caía en una meditación momentánea. Strether se preguntaba si aquel sería también el verdadero mensaje.

IV

Cuando la puerta del salón de la señora Pocock le permitió pasar al día siguiente, antes del mediodía, oyó una voz encantadora que casi le hizo vacilar antes de cruzar el umbral. Mme. de Vionnet estaba ya en el campo de batalla y este hecho daba al drama un ritmo más rápido del que —aunque su emoción había aumentado— él creía todavía en poder de cualquier acto suyo. Había pasado la noche anterior con todos sus antiguos amigos; sin embargo, aún se habría descrito como totalmente en tinieblas respecto de cualquier previsión de la común influencia en su situación. Era extraño, sin embargo, que, ante el hecho inesperado de la presencia femenina, juzgase a Mme. de Vionnet parte de la situación en mayor medida que la esperada. Estaba sola, dedujo, con Sarah, y en esto había algo que —más allá del poder del hombre— se relacionaba con el destino personal de éste. Sin embargo, la mujer no decía sino algo totalmente independiente y encantador: lo que había ido, como buena amiga de Chad, con intención de decir.

—¿No hay nada entonces? Me alegraría tanto.

Saltaba a la vista, cuando estuvo ante las dos mujeres, que , la habían aceptado. Lo comprendió, mientras Sarah se levantaba para saludarle, gracias a cierta clara agitación en la cara de Sarah. Vio, además, que no estaban, como al principio había creído, las dos mujeres solas; no se sorprendió en cuanto a la identidad de las anchas y elevadas espaldas que se le daban desde el marco de la ventana más alejada de la puerta. Waymarsh, a quien no había visto aún durante aquel día, de quien sólo sabía que había salido del hotel antes que él y que había asistido, la noche anterior, por amable invitación de la señora Pocock transmitida por Chad, a la fiesta, informal aunque cordial, rápidamente organizada por la dama aludida, Waymarsh se le había anticipado al igual que Mme. de Vionnet y, con las manos en los bolsillos y la actitud indiferente ante la entrada de Strether, miraba al exterior, con notable desapego, a la Rue de Rivoli. Notó el último en el ambiente —era tremendo cómo marcaba Waymarsh las cosas— que se había mantenido totalmente al margen de la ya consignada pregunta de Mme. de Vionnet a la anfitriona común. Estaba claro que tenía tacto además de una inflexible concepción general de todo; por este motivo había dejado que la señora Pocock prosiguiera la liza[*]. Se iba a quedar más tiempo que la visitante; sin lugar a dudas, esperaba; ¿a qué había estado condenado durante meses en el pasado, sino a esperar? Por lo tanto, ella tenía que advertir que la otra mujer lo tenía allí a modo de reserva. Qué apoyo fuera a encontrar en esto estaba aún por verse, pues, aunque Sarah era inteligente a rabiar, había renunciado, por el momento, al ambiguo formalismo pacato. La mujer había tenido que hacer cuentas más rápidamente de lo que esperaba; pero más que nada le interesaba dar a entender que no la iban a coger desprevenida. Strether llegaba, precisamente, en el momento en que iba a ponerlo de manifiesto.

—Oh, es usted demasiado amable; pero no creo que me falte ayuda. Tengo a mi

[*] *To struggle along* en la ed. que seguimos; en la ed. Penguin, sin embargo, *to struggle alone,* esto es, a nuestros efectos, «que... peleara sola». *(N. del T.)*

hermano... y a los amigos norteamericanos. Además, ya sabe usted que he estado antes en París. *Conozco* París —dijo Sally Pocock en un tono que encogió un tanto el corazón de Strether.

—Ah, pero una mujer, en este lugar tan fastidioso, donde todo cambia a cada momento, una mujer de buena voluntad —dijo Mme. de Vionnet— siempre puede ayudar a otra. Estoy segura de que usted lo «conoce», pero nosotras conocemos tal vez otras cosas. —También ella, a las claras, deseaba que no hubiera la menor confusión; pero el miedo era de distinto orden y la mujer lo mantenía más encubierto. Sonrió a Strether a modo de saludo; saludó al hombre con mayor familiaridad que la señora Pocock; le tendió la mano sin moverse de su sitio; y se le ocurrió a Strether, en el tracto de un minuto, y de la forma más curiosa, que (sí, sin duda) aquella mujer le iba a llevar a la ruina. Era toda amabilidad y gracia, pero no podía evitarlo; era exquisita y sólo con ser como era introducía, para Sarah, una repentina cuña intencional en las equivocidades masculinas. ¿Cómo podía saber ella el daño que le estaba haciendo? Ella quería ser sencilla y humilde: en una medida compatible con el encanto efectivo; pero era esto ni más ni menos lo que parecía poner al hombre de su parte. Le parecía vestida, acicalada y preparada, hasta el infinito, para la conciliación; con la misma poesía de buen gusto en su concepción de las condiciones de su apelación primera. Estaba lista para dar consejos acerca de sastres y tiendas; se ponía por entero a disposición de la familia de Chad. Strether advirtió la tarjeta de la mujer en la mesa (su corona y su «comtesse») y no le dio tregua su imaginación respecto de ciertos ajustes privados en la cabeza de Sarah. Ésta, estaba seguro, jamás había estado antes con una «comtesse» y tal era la carta que el hombre había guardado para ella. La mujer había cruzado el océano muy especialmente para echarle a ella un buen vistazo; pero el hombre leía en los ojos de Mme. de Vionnet que esta curiosidad no había tenido tan buenos resultados que la mujer no hubiese de necesitar más que nunca al hombre. Tenía un aspecto muy parecido al que tuviera aquella mañana en Notre Dame; el hombre, a decir verdad, advirtió la sugestiva semejanza de su discreto y delicado vestido. Parecía hablar, el vestido —quizá con demasiada precipitación o con elegancia excesiva—, del sentido en que su propietaria podía ayudar a la señora Pocock en el capítulo de las tiendas. La manera en que la dama la enfocaba, además, añadía profundidad a la impresión masculina de lo que se había librado la señorita Gostrey gracias a la prudencia de ambos. Se estremecía viéndose a sí mismo, de no ser por aquella oportuna prevención, presentando a la señorita Gostrey en calidad de guía y ejemplo. Hubo, sin embargo, un breve consuelo para él en su vislumbre, mientras éste duró, de la táctica de Sarah. Ella «conocía París». Mme. de Vionnet, para el caso, había salido al paso de aquello con rapidez—. Ah, entonces tiene usted predisposición, una suerte de afinidad propia de su familia. Su hermano de usted, aunque hay que tener en cuenta su larga experiencia, lo admito, se ha convertido en uno de nosotros de forma maravillosa. —Y apeló a Strether a la manera de una mujer que fácilmente podría cambiar de tema. ¿No estaba *él* sorprendido por la forma en que el señor Newsome se había apropiado del lugar y no estaba él en situación de beneficiarse de la asombrosa pericia de su amigo?

Strether admitió, por lo menos, la valentía de la mujer por haberse presentado sin dilación para pulsar aquella nota, y no obstante se preguntaba qué otra nota, a fin de cuentas, habría, podido dar desde el momento en que había hecho acto de presencia sin más. No podía enfrentarse a la señora Pocock sino en el terreno de lo evidente, ¿y qué

rasgo de la situación de Chad era más obvio que el hecho de haberse creado el joven una nueva red de circunstancias? A menos que ella se situase al margen no podía por menos de mostrarse como una de ellas, una ilustración de la situación masculina, no sólo domiciliada, sino también, la verdad sea dicha, arraigada. Y la conciencia de todo ello, en los ojos encantadores de la mujer, era tan diáfana y elegante que, mientras embarcaba al hombre en su navío de manera tan manifiesta, provocaba en éste una callada agitación que no habría de vacilar en denunciar más tarde como pusilánime.

—Ah, no sea tan maravillosa conmigo... Pues ello nos vuelve íntimos y, a fin de cuentas, *¿qué* hay entre nosotros, cuando he estado tan prevenido y no la he visto a usted más que media docena de veces? —El hombre se dio cuenta una vez más de la perversa ley que gobernaba tan implacablemente sus tristes vicisitudes privadas; sería precisamente aquella manera de salirle siempre las cosas la que haría creer a la señora Pocock y a Waymarsh que estaba embarcado en una relación en que, en realidad, no había dado ningún paso. En aquel momento todos —y no podía ser menos— le achacaban plena licencia al respecto y todo por el efecto del tono femenino empleado con él; mientras que, a decir verdad, su única licencia había sido aferrarse a la orilla con gran energía, sin haber introducido en el agua ni siquiera el dedo gordo del pie. Pero los síntomas del miedo no iban, como habría podido ocurrir, a repetirse en aquella ocasión; aparecieron en el instante concreto, pero sólo para quedar amortiguados y desaparecer para siempre. Admitir la apelación de su compañera de visita y, con los brillantes ojos de Sarah clavados en él, dar una respuesta era paso más que suficiente en dirección al navío femenino. Mientras duró la visita de la mujer se vio a sí mismo poniendo en práctica todos los menesteres necesarios, uno tras otro, para mantener a flote el aventurero esquife. Se balanceaba bajo sus pies, pero el hombre se acomodaba en su puesto. Cogía un remo y, puesto que se daba por sentado que remaba, se ponía a remar.

—Tanto más agradable, en tal caso, si nos frecuentamos —había observado Mme. de Vionnet en relación con la alusión de la señora Pocock a la experiencia de la otra mujer; a lo que inmediatamente había añadido que, a fin de cuentas, su anfitriona no pasaría apuros, con la ayuda y tranquilidad del señor Strether tan a mano—. Es él, presumo, quien ha aprendido a conocer París y a amarlo mejor que nadie en tan poco tiempo; de modo que, contando con él y su hermano, si bien se mira, ¿qué mejor guía podría usted desear? Lo extraordinario, el señor Strether se lo enseñará —dijo sonriendo—, es precisamente dejarse llevar.

—Oh, yo no me he dejado llevar muy lejos —respondió Strether, que tenía la imperiosa sensación de haber sido llamado para insinuar a la señora Pocock cómo podían hablar los parisienses—. Y temo que sólo podré enseñar que no me he dejado llevar suficientemente lejos. He tenido mucho tiempo, pero sin duda daré la sensación de no haberme movido de un solo sitio. —Strether miraba a Sarah de un modo que creía el hombre podía tomar ella por simpático e hizo, bajo la protección de Mme. de Vionnet, para el caso, su primera observación personal—. Lo que de veras ha sucedido es que en todo momento he hecho ni más ni menos que lo que pretendía.

Cosa que, sin embargo, dio inmediata oportunidad a Mme. de Vionnet de ganar la baza del hombre.

—Ha reanudado usted la relación con su amigo; ha aprendido a conocerle otra vez. —La mujer hablaba con solicitud tan plausible que habría podido convocárseles a una causa común para prometerse ayuda mutua.

Ante lo que W aymarsh, como si se le hubiera puesto en duda, se apartó de la ventana.

—Oh, sí, condesa, ha reanudado su relación *conmigo y* supongo que ha aprendido algo de mí, aunque ignoro hasta qué punto le ha gustado. Es el propio Strether quien ha de decir si la circunstancia ha valido la pena.

—Oh, pero no era *usted* —dijo la condesa con alegría— en última instancia el objetivo, ¿verdad, Strether?, y no era en usted en quien yo pensaba. Pensaba en el señor Newsome, en quien pensamos mucho y con quien precisamente la señora Pocock ha tenido la oportunidad de reanudar el trato directo. ¡Qué placer para los dos! —añadió Mme. de Vionnet con valentía, con la mirada puesta en Sarah.

La señora Pocock la escuchaba con atención, pero Strether no tardó en comprender que la mujer no tenía ninguna intención de aceptar versión alguna de sus movimientos o sus planes que brotara de otros labios. No necesitaba mecenazgo ni ayuda, lo que no eran sino nombres diferentes para una situación equivocada. Enseñaría a su modo lo que prefería enseñar y esto lo expresaba la mujer con un árido rutilar que recordaba al hombre una hermosa mañana de invierno en Woollett.

—Nunca he buscado ninguna oportunidad para ver a mi hermano. Tenemos allá muchas cosas en que pensar, y muchas responsabilidades y afanes, y nuestra casa no es precisamente un lugar insufrible. Tenemos motivos de sobra —continuó Sarah con voz ligeramente aguda— para todo lo que hacemos —y, en pocas palabras, no estaba dispuesta a regalar ni las migas. Pero añadió como quien está acostumbrado a la amabilidad y puede permitirse las concesiones—: He venido porque... bueno, porque todos vinimos.

—¡Ah, afortunadamente! —exclamó Mme. de Vionnet. Cinco minutos después se habían puesto en pie para despedirla, con una afabilidad que había sobrevivido a un ulterior intercambio de observaciones; sólo con la más bien exagerada aparición, de parte de Waymarsh, de una tendencia a volver, de manera meditabunda, y como con una instintiva o cauta ligereza en el paso, a la ventana abierta y privilegiada atalaya. La brillante y decorada sala —llena de damasco encarnado, bronce dorado, espejos, relojes– – estaba orientada al sur y las persianas estaban echadas para proteger de la mañana estival; pero los jardines de las Tullerías y lo que había detrás, a que daba todo el lugar, eran visibles entre los huecos; de modo que la dilatada presencia de París entraba con la frescura, con la escasa luz, con un sentido de invitación, se advertía en el parpadeo dorado de la parte superior de las vallas, en el crujido de la grava, el golpeteo de los cascos y el restallar de látigos que sugerían un desfile circense.

—No me parece imposible —dijo la señora Pocock— que yo haya de tener la oportunidad de ir donde está mi hermano. —Hablaba para Strether, pero el rostro lo tenía vuelto, con acentuada perspicacia, a Mme. de Vionnet, y hubo un momento en que, mientras le daba la cara, nuestro amigo esperó oírle añadir: «Muchas gracias por invitarme». Durante cinco segundos le pareció que estas palabras estaban a punto de brotar; las oyó con la misma claridad que si se hubiesen dicho; pero entonces se dio cuenta de que no había sido así: se dio cuenta gracias a la deliciosa y rápida mirada de Mme. de Vionnet, que le informó que también ella las había sentido en el aire, pero que la observación, por fortuna, no se había hecho de ninguna manera reconocible. Lo que dejó a la mujer en libertad de responder sólo a lo que se había dicho.

—Que el Boulevard Malesherbes pueda convertirse en nuestro campo de operaciones

me concede las mejores perspectivas que concibo para tener el placer de volver a verla.

—Oh, volveremos a vernos, ya que ha sido usted tan amable —y la señora Pocock miró a su interlocutora a los ojos. El rubor de las mejillas de Sarah se había reducido ya a una breve pinta carmesí que no carecía de arrojo. Mantuvo la cabeza levantada durante un buen rato y se le ocurrió a Strether que, de las dos, en aquel momento, era ella la que mejor encajaba en la idea de condesa. Comprendió claramente, sin embargo, que devolvería la cortesía a su visitante; no volvería a informar a Woollett sin la historia en ciernes que tenía al alcance de la mano.

—Me sentiría muy honrada si me concediera usted la oportunidad de presentarle a mi hija —añadió Mme. de Vionnet—; y la habría traído conmigo de no haber querido primero pedirle permiso. Tenía la esperanza de ver a la señorita Pocock, cuya estancia aquí conozco por el señor Newsome, y a quien me gustaría mucho conociera mi hija. Si tengo el placer de verla y usted lo permite, me atrevería a pedirle que fuera amable con Jeanne. El señor Strether puede decirle —añadió con graciosa desenvoltura— que mi pobre niña es buena, discreta y más bien persona solitaria. Los dos se han hecho amigos, él y ella, para alegría de todos y creo que él no piensa demasiado mal de ella. Por lo que a Jeanne respecta, él ha tenido tan buen éxito con ella como el que sé ha tenido aquí, doquiera que se haya dirigido. —Parecía pedir permiso al hombre para decir aquellas cosas, o, más bien, parecía darlo, con dulzura y gran alegría, con la desenvoltura de la intimidad, por supuesto; y él sabía de manera cabal que responderle a medias solamente valdría tanto como abandonarla. Sí, él estaba *con* ella y, enfrentado incluso en aquel secreto, de aquella manera a medias segura, con quienes no compartían su solidaridad, intuía, de forma extraña y confusa, aunque con inspirada excitación, en qué medida y hasta qué punto. Era como si hubiera estado en suspenso en espera de que ella hiciera algo que le permitiera profundizar en la situación, de modo que pudiera demostrarle el hombre cómo la enfocaría. Y lo que, en efecto, se dio mientras la mujer prolongaba un tanto su despedida sirvió con suficiencia a este fin—. Como su buen éxito es algo que él no sacaría nunca a relucir por sí solo, yo opto por ser, compréndame, menos escrupulosa; lo que, por cierto, me parece conveniente decir —añadió, dirigiéndose ahora a él—, si tenemos en cuenta los escasos beneficios directos que ha obtenido de sus triunfos *conmigo.* ¿Cuándo se le puede ver a usted? Me quedo esperando en casa y languidezco. Me habrá devuelto usted el servicio, señora Pocock —concluyó—, si me facilitara otra de mis rarísimas ocasiones de ver a este caballero.

—Lamentaría mucho privar a usted de algo que al parecer, por lo que usted dice, se merece de modo natural. El señor Strether y yo somos muy viejos amigos —concedió Sarah—, pero el privilegio de gozar de su compañía es algo que no disputo a nadie.

—Y sin embargo, querida Sarah —terció el hombre con total libertad—, me parece, cuando te oigo decir esas cosas, que no rindes justicia a la importante verdad de lo mucho que, como tú a mí, te merezco yo de modo natural. Preferiría verte —dijo riendo— pelear por mí.

Ella, la señora Pocock, respondió al hombre suspendiendo el habla, en cierto modo jadeando, según fantaseó él inmediatamente, a la vista de una libertad para la que la mujer no estaba preparada del todo. Había estallado aquello —a pesar de todo el daño que él atribuía al hecho— porque, confusamente, el hombre ya no quería tener más miedo de ella que el que quería sentir respecto de Mme. de Vionnet. Nunca, naturalmente, la había llamado de otra forma que Sarah y aunque quizá nunca se había referido a ella de

manera tan notable con aquel «querida», esto era, en parte, porque hasta el momento ninguna ocasión había tendido trampa tan oportuna. Pero algo le advertía que era ya demasiado tarde, a no ser, naturalmente, que fuera demasiado pronto, y que él, en cualquier caso, no habría complacido más a la señora Pocock por ello.

—Bueno, señor Strether... —murmuró ella con vaguedad, y sin embargo con crispación, mientras las pintas carmesíes se encendían un poco más y el hombre se daba cuenta de que, por el momento, aquel iba a ser el tope de la respuesta femenina. Mme. de Vionnet, sin embargo, había corrido ya en su ayuda, y Waymarsh, como si quisiera reanudar su intervención, volvió a unirse a ellos. Cierto que la ayuda prestada por Mme. de Vionnet era cuestionable; era un síntoma de que, a pesar de todo lo que uno pudiera confesarse con ella, a pesar de lo que ella pudiera quejarse de no gozar, todavía podía la mujer, de manera insidiosa, poner de manifiesto cuánto material de conversación se había acumulado entre ellos.

—La verdad, bien lo sabe usted, es que usted sacrifica a una sin compasión a la querida María. No la deja ella sitio alguno para los demás. ¿Conoce usted —preguntó a la señora Pocock— a nuestra querida María? Lo peor que tiene María Gostrey es que es una mujer maravillosa.

—Oh, sí —respondió Strether por ella—, la señora Pocock conoce de oídas a la señorita Gostrey. Tu madre, Sarah, ha tenido que hablarte de ella; tu madre lo sabe todo –
–prosiguió con energía—. Y admito de buena gana —añadió con alegre conciencia de su valor— que es tan maravillosa como gustes.

—¡Ah, no soy yo quien «gusta», querido señor Strether, de nada relacionado con el asunto! —protestó en el acto Sarah Pocock—; y no estoy muy segura de saber, ni por mi madre ni por nadie, de quién estás hablando.

—Bueno, pues no la dejará a usted verla —intervino Mme. de Vionnet compasivamente—. A mí no me lo permite nunca, y eso que tenemos una amistad que viene de antiguo; me refiero a María y a mí. Este hombre se la reserva para sus mejores momentos; se la guarda toda entera para él solo; y sólo deja a los demás las migajas del banquete.

—Bueno, condesa, yo he recogido unas cuantas migajas —observó intencionadamente Waymarsh y la abarcó con una prolongada mirada que la llevó a intervenir antes de que el hombre prosiguiera.

—*Comment donc?* ¿La comparte con *usted?* —exclamó ella con divertido asombro—. Tenga cuidado, no vaya a encontrarse, antes de avanzar mucho, con más cosas de *ces dames* de las que puede usted administrar.

Pero el hombre se limitó a proseguir con sus impresionantes modales.

—Señora Pocock, yo puedo decirle de la dama en cuestión cuanto usted estime oportuno saber. La he visto en bastantes ocasiones y prácticamente estaba yo delante cuando fueron presentados. La he seguido viendo desde entonces, pero no sé que haya verdadero peligro en ella.

—¿«Peligro»? —repitió Mme. de Vionnet con celeridadCaramba, si es la más entrañable e inteligente de las criaturas.

—Bueno, usted está casi a su altura, condesa —replicó Waymarsh con humor—; aunque no hay duda de que se le ha dado alcance en ciertas cosas. Tiene bastante experiencia europea. Y, por encima de todo, no hay duda de que ama a Strether.

—Ah, pero eso nos pasa a todos... todos amamos a Strether; ¡eso no es ningún mérito!

—exclamó riendo la compañera de visita, imponiendo su idea con una feliz oportunidad ante la que nuestro amigo no pudo por menos de saberse sorprendido, aunque confiaba también, mientras cruzaba la mirada con la exquisitamente expresiva de la mujer, en una iluminación ulterior. El principal efecto del tono femenino, sin embargo —y fue ésta una verdad que los ojos del hombre devolvieron a la mujer con melancólico juego de ironías––, no pudo por menos de hacerle comprender que, para decir aquellas cosas a un hombre en público, una mujer tenía que pensar en él, prácticamente, como si tuviese noventa años. Se había puesto incómoda y consecuentemente colorado, bien lo sabía, ante la mención de María Gostrey; la presencia de Sarah Pocock —la particular cualidad de la misma— lo había hecho inevitable; y entonces se había puesto aún más colorado a medida que detestaba haberse puesto de una forma especial. Notaba, la verdad sea dicha, que se estaba poniendo en evidencia y, de manera incómoda y casi con dolor, volvió su rubor a Waymarsh, que, extrañamente, parecía mirarle en aquel momento con cierto anhelo explicativo. Algo muy profundo —algo basado en su muy vieja amistad— ocurría, con toda complejidad, entre ellos; y vino a captar la indirecta de una lealtad que se alzaba por encima de todas las extrañas vicisitudes del momento. El humor llano y desnudo de Waymarsh —como pedía ser tomado— se oscureció para justificarse a sí mismo. «Bueno, si habláis de la señorita Barrace, también yo he tenido *mi* oportunidad», parecía afirmar tercamente; y admitía que iba a descubrir al amigo, pero se esforzaba por decir que lo haría sólo para salvarle. El sombrío resplandor le estuvo mirando hasta que terminó lo comenzado: «para salvarte, mi pobre amigo, para salvarte; para salvarte a pesar de ti mismo». Sin embargo fue precisamente este mensaje quien vino a revelarle que estaba más perdido que nunca. Otra consecuencia de lo anterior, todavía, fue ponérsele de manifiesto que entre su camarada y el interés representado por Sarah había ya un acuerdo. Estaba ya fuera de toda duda, sí: Waymarsh había estado en secreto contacto con la señora Newsome. Todo, todo se transparentó en el preciso esfuerzo facial. Como si hubiera dicho: «Sí, te resientes de mi actividad; pero sólo porque de tu Viejo Mundo habré conseguido esto: recoger los pedazos en que te habrás descompuesto». Era, en pocas palabras, como si, al cabo de un instante, Strether no sólo hubiera recibido aquellos mensajes de él, sino que además se hubiera dado cuenta de que, mientras aquello había durado, se había despejado el ambiente. Nuestro amigo lo comprendió y lo aceptó; tenía la sensación de que no hablarían de ello de otro modo. Aquello sería todo e imprimiría en él una especie de generosidad inteligente. Era con la inexorable Sarah, pues —lo inexorable de Sarah, a pesar de todas sus gracias—, con quien Waymarsh había empezado a salvarle a las diez en punto de la mañana. Bueno... ¡si *pudiera,* pobrecillo, con su inmensa e intransigente amabilidad! Resultado de cuya abigarrada apercepción fue que Strether, por su parte, seguía manifestando no más de lo que, en puridad, tenía que manifestar. Puso de manifiesto el mínimo posible cuando dijo a la señora Pocock tras una pausa mucho más breve que nuestra mirada a la imagen en él reflejada:

—Oh, es todo lo cierto que ellos quieran. No existe la señorita Gostrey sino para mí... ni el menor asomo de columbramiento. Me la guardo para mí solo.

—Haces bien en avisarme —replicó Sarah sin mirarle, renunciando durante un momento y en virtud de aquella observación, como la dirección de su mirada reveló, a un contacto breve, apenas urgente, con Mme. de Vionnet—. Espero no echarla demasiado de menos.

Mme. de Vionnet se reanimó al instante.

—Y no se trata, aunque pudiera pensarse lo contrario, en modo alguno que esté avergonzado de ella. En realidad ella es, en cierto modo, bella con avaricia.

—¡Ah, sólo con avaricia! —dijo Strether riendo mientras se extrañaba del curioso papel que le habían adjudicado.

Seguiría siendo de aquel modo gracias a los continuos detalles de Mme. de Vionnet.

—Bueno, yo casi casi me atrevería a desear que me tuviera usted un poco más en cuenta. ¿No podríamos acordar una cita cualquier día, a cualquier hora... y mejor pronto que tarde? Estaré en casa siempre que a usted le venga bien. En mi casa... no puedo prometerle más.

Strether quedó pensativo mientras Waymarsh y la señora Pocock le acosaban con su atención.

—Fui a verla hace poco. La semana pasada, mientras Chad estaba fuera.

—Sí... y yo también estaba fuera por casualidad. Elige usted muy bien las ocasiones. Pero no espere a mi próxima ausencia, pues no habrá ninguna otra —afirmó Mme. de Vionnet— mientras esté aquí la señora Pocock.

—Ese voto no la retendrá mucho, afortunadamente —observó Sarah con reiterada suavidad—. Por lo pronto no pienso quedarme mucho tiempo en París. Tengo planes respecto de otros países. Tengo amigos tan encantadores... —y su voz pareció acariciar aquella descripción de los aludidos.

—¡Ah, en tal caso—replicó la visitante en son de triunfo—, razón de más! ¿Mañana, por ejemplo, o pasado? —continuó, ahora para Strether—. El martes me iría de perlas.

—El martes, pues, con muchísimo gusto.

—¿Y a las cinco y media... o a las seis?

Era ridículo, pero le pareció que la señora Pocock y Waymarsh estaban ansiosos por oír su respuesta. Era, a decir verdad, como si hubieran preparado, como si se hubieran reunido para proceder a una interpretación, la interpretación de «Europa», a cargo de su cómplice y él mismo. Bueno, la interpretación no podía sino proseguir.

—Mejor a las seis menos cuarto.

—Las seis menos cuarto... está bien. —Por lo menos, Mme. de Vionnet tendría que irse en aquel momento, aunque, por lo que a ella respectaba, la situación condujese la ejecución antedicha un poco más allá—. Tenía tantos deseos de ver también a la señorita Pocock. ¿No podría ser?

Sarah vaciló, pero se levantó de todos modos.

—Le devolverá conmigo la visita que usted nos ha hecho. En este momento está fuera, con mi marido y mi hermano.

—Comprendo... desde luego, el señor Newsome tiene de todo para enseñarles. Me ha hablado tanto de ella. Mi mayor deseo es dar a mi hija la oportunidad de presentársela. Siempre tengo el ojo puesto en tales ocasiones. Si no la he traído hoy a sido porque he querido asegurarme primero de que usted iba a permitírmelo. —Tras lo que la encantadora dama dio un paso más en el terreno de las peticiones—. ¿Le molestaría que fijásemos una fecha próxima, para estar seguras de que no vamos a perderla? —Strether, por su lado, esperaba, pues Sarah tenía asimismo, después de todo, que interpretar: de aquel modo hubo de recordar que ella había estado en casa —durante su primera mañana en París— mientras Chad hacía de guía con el resto. Oh, aquella mujer estaba a la altura de ella sola; si se había quedado en casa lo había hecho, en virtud de un acuerdo establecido la noche anterior, para que Waymarsh fuera y la encontrara sola. La cosa

comenzaba bien para ser el primer día en París; incluso podía ser divertida. Pero la formalidad de Mme. de Vionnet era encantadora.

—Pensará usted que soy indiscreta, pero deseaba tanto que mi Jeanne conociera a una chica norteamericana de auténtica clase. Ya ve usted que estoy en sus manos.

La modalidad de sus palabras indujeron a Strether a intuir profundidades subterráneas con una fuerza desconocida hasta entonces, unas honduras administradas de una forma que casi le asustaba, con su escasa capacidad para adivinar motivos; pero como Sarah, a pesar de todo, seguía vacilando, el hombre tuvo ocasión de dar una muestra de simpatía por la suplicante.

—Permítame decir, mi querida señora, para respaldar su petición, que la señorita Mamie es de la clase más auténtica que existe: es encantadora entre las encantadoras.

Incluso Waymarsh, aunque más para incidir en el tema, creyó conveniente intervenir.

—Sí, condesa, la muchacha norteamericana es algo respecto de lo que su país debe permitirnos el privilegio de decir que podemos enseñar a ustedes. Pero su extraordinaria belleza sólo existe para los que saben hacer buen uso de la misma.

—Ah —dijo sonriendo Mme. de Vionnet—, pues es precisamente lo que quiero hacer. Estoy segura de que tiene mucho que enseñarnos.

Era asombroso, pero no menos lo fue que Strether se sorprendiese, en virtud de un reflejo inconcebible, en medio de otra réplica.

—Oh, es posible. Pero no hablemos de su exquisita hija, compréndame, como si no fuera la perfección absoluta. Mlle. de Vionnet —explicó ampulosamente a la señora Pocock— es la perfección absoluta. Mlle. de Vionnet es exquisita.

Había sido tal vez un tanto exageradillo, pero Sarah se limitó a dejar entrever un «¿Eh?»

El mismo Waymarsh, para el caso, reconoció al parecer, respecto de los hechos consumados, la necesidad de rendir mayor justicia y manifestó con ello cierta inclinación a su aliado.

—La señorita Jeanne es asombrosamente guapa... al normal estilo francés.

Aquello hizo que tanto Strether como Mme. de Vionnet rompieran a reír, aunque en el instante mismo sorprendió en la mirada de Sarah, que se había posado en el que acababa de hablar, un vago pero inconfundible «¿También tú?» Lo que provocó que Waymarsh desviase la mirada a propósito y la fijase más allá de la mujer. Mme. de Vionnet, mientras tanto, proseguía lo comenzado.

—Yo bien quisiera presentarle a mi hija como una estimulante atracción; ¡sería entonces todo tan sencillo! Es buena hasta lo insospechado, pero, claro, es diferente, y la cuestión radica ahora, en vista de cómo parecen marchar los acontecimientos, en si no será, al fin y al cabo, *demasiado* diferente; quiero decir demasiado diferente del espléndido tipo que todo el mundo asegura produce su maravilloso país. Por otro lado, naturalmente, el señor Newsome, que lo conoce muy bien, ha hecho, como buen amigo y hombre bondadoso que es, todo lo que ha podido, para apartarnos de la fatal ignorancia, por mi pequeña y tímida criatura. Bueno —concluyó luego que la señora Pocock hubo dado a entender, con un murmullo todavía un poco inflexible, que hablaría con su joven responsabilidad al respecto—, bueno, pues nos sentaremos las dos y nos pondremos a esperarlas. —Pero su delicado ajuste postrero fue para Strether—: ¡Siga hablando de nosotras de tal manera... !

—¿Que no haya sino que esperar algo? ¡Oh, sin duda habrá algo! Tengo un gran

interés —afirmaría Strether a continuación; y, a modo de prueba, un momento más tarde se había ido con ella, para acompañarla hasta su coche.

Libro noveno

I

—El problema es —dijo Strether a Mme. de Vionnet un par de días más tarde— que no puedo sorprenderles ni el menor detalle de que hayan advertido que no es el mismo Chad al que durante los tres últimos años han mirado cejijuntos desde el otro lado del océano. No manifiestan ninguno, sencillamente, y en tanto que política, es decir, lo que usted llamaría un *parti gris,* un juego astuto, es de lo más notable.

No era menos notable que nuestro amigo se hubiera presentado ante su anfitriona con aquel tema; se había levantado de la silla al cabo de diez minutos y se había puesto, a modo de remedio contra las preocupaciones, a pasear delante de la mujer como lo hiciera delante de María. Había acudido a la cita con puntualidad y había estado muy impaciente, aunque dividido, a decir verdad, entre la sensación de tener infinidad de cosas que contarle y la sensación de no tener nada. El breve intervalo había, de cara a la trama común, multiplicado sus impresiones: siendo, mientras tanto, digno de nota, además, que, francamente, de la forma más manifiesta ya, considerase la trama común a ellos. Si Mme. de Vionnet, en las narices de Sarah, había embarcado al hombre consigo, no cabía ya la menor duda, cualquiera que fuese lo que había quedado a bordo, que lo que más había advertido durante las horas de mutua compañía era el movimiento de la embarcación. Estaban juntos en ésta en aquellos momentos como no lo habían estado nunca y ya no pronunciaba él ni la menor de las palabras de alarma o de protesta que se habían marchitado en sus labios en el hotel. Tenía que decir a la mujer cosas distintas a que ella le había puesto en una situación difícil; tan rápidamente había comenzado a parecerle su situación totalmente, con emoción y riqueza de matices, inevitable. Que la perspectiva —dado el punto de vista— no se hubiera aclarado ni la mitad de lo que había calculado, fue la primera advertencia que ella hubo de recibir de él nada más llegar. Ella había replicado con condescendencia que él tenía demasiada prisa y había observado con dulzura que si ella sabía la manera de ser paciente, él, sin duda, también la sabría. Sentía el hombre la presencia de la mujer, sentía su tono y todo lo que la rodeaba como una contribución a aquel esfuerzo; y fue quizás una de las pruebas de los buenos resultados de la mujer que el hombre pareciera tranquilizarse mientras charlaban. Cuando el hombre hubo explicado por qué sus impresiones, aunque múltiples, seguían confundiéndole, fue como si hubiera estado hablando familiarmente durante horas. Le desconcertaban porque Sarah... bueno, Sarah era astuta; más astuta de lo que había tenido ocasión de demostrarse a sí misma. No decía que esto fuera en parte el efecto de la veloz brecha femenina en el seno de la madre, para que, dada la profundidad de la señora Newsome, la flecha alcanzara la diana con facilidad; sino que no podía evitar la resignada sensación de que, en tan vertiginosas confianzas, no tardaría mucho, probablemente, en sentirse movido a revelar que, por momentos, se le había antojado que trataba directamente con la señora Newsome. Sarah, sin duda, había comenzado a notarlo en el hombre, y esto, naturalmente, ponía a la mujer

en trance de atormentar al hombre al máximo. ¡Desde el momento en que ella sabía que él *podía* sufrir tormento... !

—Pero ¿por qué? —su compañera estaba sorprendida por el empleo de aquella palabra.

—Porque he sido tan... Pienso en todo.

—Ah, nunca hay que hacerlo —dijo ella sonriendo—. Hay que pensar siempre lo menos que se pueda.

—Entonces —respondió él— se debe elegir sin dilación. Pero lo único que quiero decir, pues me expreso con violencia, es que ella está en situación de vigilarme. Hay algo que me tiene en vilo y ella puede ver mi agitación. Pero no es mi agitación lo que importa —añadió—. Puedo soportarla. Además, acabaré venciéndola.

La imagen, en cualquier caso, fomentó en la mujer un sentido de la apreciación que el hombre estimó sincero.

—No veo que un hombre pueda ser con una mujer más amable de lo que usted es conmigo.

Bueno, amable era lo que él quería ser; sin embargo, incluso mientras los encantadores ojos femeninos se mantenían fijos en él con aquella verdad por delante, el hombre tuvo su rasgo de honradez.

—Cuando digo que estoy en vilo —dijo riendo—, me refiero también a mi propia situación.

—Oh, claro... a su propia situación también. —Esto amortiguó la magnanimidad masculina, aunque la mujer se limitaba a mirarle con la mayor condescendencia.

—No es que —prosiguió el hombre— yo quiera hablarle de esto. Es mi pequeño problema y lo he sacado a relucir únicamente como parte de las ventajas de la señora Pocock. —No, no; aunque había una extraña tentación en aquello y su emoción era tan auténtica que echarse a temblar era un alivio, no le hablaría de la señora Newsome, no descargaría sobre ella la ansiedad que producía al hombre las calculadas omisiones referenciales de Sarah. El efecto provocado por el hecho de representar ella a su madre se había provocado, y esto era lo tremendo, la faceta siniestra del asunto, sin que hubiera mencionado para nada a la dama en cuestión. No había sacado a relucir ningún mensaje, no había aludido a problema alguno, se había limitado a responder a las preguntas masculinas con propiedad tan desesperante como circunspecta. Había inventado una forma de encarar los sondeos, como si ella hubiera sido una pariente lejana, educada, superficial, insignificante, que casi los volvía ridículos. No podía él, además, por su parte, sin que pareciera poner de relieve que últimamente había carecido de las directas e íntimas noticias a que habría tenido claro derecho; circunstancia respecto de la que la profunda política de Sarah consistía en no revelar el menor indicio. Estas cosas, de todos modos, no iba a confiárselas a Mme. de Vionnet... por más que le hicieran pasear sin descanso. Y lo que se callaba, así como lo que se callaba *ella,* pues también ella tenía su pudor, no disminuía el efecto de que estuviera allí con la mujer al cabo de diez minutos con mayor intimidad en el proyecto de la salvación femenina de lo que había tenido ocasión de estar. Acabó por ser incalculable la cantidad de las cosas que tenían clara conciencia de no decir. Al hombre le habría gustado conducirla, críticamente, al tema de la señora Pocock, pero se aferraba tanto a los elementos que consideraba propios del honor y la delicadeza que apenas se atrevía a preguntarle por sus impresiones personales. Las conocía, si bien se mira, sin necesidad de poner a la mujer en el brete: que ella se

estuviese preguntando cómo, con tales cualidades, podía carecer Sarah de atractivos era uno de los comentarios principales que la mujer tenía en la punta de la lengua. Strether se habría sentido interesado en el balance femenino de las cualidades, pues indudable era que existían y que había que apreciar, algunas, según el gusto... pero él se negaba incluso el lujo de esta diversión. Mme. de Vionnet se le antojaba aquel día de una manera que era en sí misma una demostración del feliz empleo de las dotes personales. ¿Cómo podía pensar que Sarah tenía encanto una mujer que parecía haber llegado a esta conclusión por tan diferentes conductos? Por otro lado, claro está, Sarah no estaba obligada a tenerlo. Le parecía que, de algún modo, Mme. de Vionnet sí lo estaba. El gran problema, mientras tanto, era lo que Chad pensase de su hermana, cosa que, naturalmente, iría de la mano con la impresión que Chad había producido en Sarah. De esto sí podían hablar y con una libertad comprada con la discreción manifestada en otros sentidos. La dificultad, empero, estribaba en que tenían que ceñirse a las conjeturas. En los últimos días él se les había escabullido tanto como Sarah y Mme. de Vionnet observó que a él no lo había visto desde que llegara su hermana.

—¿Tanto se le antoja?

La mujer respondió con candor.

—Oh, no voy a fingir que no lo echo de menos. A veces lo veo todos los días. Tal es nuestra amistad. ¡Piense lo que quiera! —dijo sonriendo caprichosamente; un parco detalle, poco frecuente en ella, que más de una vez había movido al hombre a preguntarse qué era lo mejor que podía pensar de *ella*—. Pero está en su derecho —se apresuró a añadir— y por nada en el mundo querría decepcionarle ahora. Estaría tres meses sin verle, por lo menos. Le pedí que fuera agradable con ellos y se ha entregado a ello.

Strether se estremeció bajo el peso de su intuición; la mujer era una extraña mezcla de lucidez y misterio. Unas veces encajaba en la teoría que sobre ella más tentaba el hombre y otras parecía hacerla saltar en pedazos. En un momento hablaba como si su arte fuera la inocencia absoluta y al siguiente como si su inocencia fuera la más absoluta de las artes.

—Oh, se está entregando y seguirá haciéndolo hasta *el* final. ¿Cómo puede querer otra cosa, ahora que la tiene al alcance de la mano, que una impresión total, mucho más importante, recuérdelo, que la de usted o la mía? Pero se está empapando —dijo Strether sin dejar de pasear—; va camino, conscientemente, de la saturación. Me siento obligado a decir que es muy bondadoso.

—Ah —exclamó la mujer con serenidad—, a quién se lo dice usted. —Y en seguida, con mayor calma aún—: Es capaz de todo.

Strether hizo más que asegurarlo.

—Oh, es excelente. Cada vez —insistió— me gusta más verle con ellos —aunque la extrañeza del tono cruzado fue haciéndosele más chocante a medida que hablaban. Presentaba hasta tal punto al joven como resultado del interés femenino y producto del genio de la mujer, evidenciaba hasta tal punto la participación femenina en tan raro fenómeno que, más que nunca, podía sentirse impelido el hombre a pedirle un informe más detallado de todo aquel negocio que el que ya había recibido de ella. La ocasión le obligaba casi a hacer cualquier pesquisa respecto de cómo se las había ingeniado ella y tocante al aspecto que tales milagros ofrecían desde el punto de vista de la mujer, singularmente centrado. El momento, sin embargo, pasó, dando vía libre a más temas de historia reciente y el hombre se limitó a proseguir haciendo constar su apreciación de la feliz verdad—. Es un tremendo consuelo saber que se puede confiar en él. —Y luego,

como, durante unos momentos, ella no dijera nada: como si, a fin de cuentas, pudiera haber un límite para la confianza de ella—: Me refiero a la buena acogida que les ha dispensado.

—Sí —replicó la mujer pensativamente—, ¡pero ellos no tienen ojos para darse cuenta!

Strether tenía su propio concepto.

—Bueno, tal vez no importe eso.

—¿Dice usted porque él, hagan lo que hagan, no simpatizará con ellos?

—Oh, «hagan lo que hagan». No harán mucho, sobre todo si Sarah no tiene más que ofrecer... bueno, más de lo que uno ha descubierto.

Mme. de Vionnet sopesó aquello.

—Ah, la buena mujer tiene toda la venia de ella. —Fue una afirmación a cuyo propósito, durante un momento, pudieron mirarse fijamente con suficiencia y aunque no provocó la menor protesta de Strether, el efecto fue, en cierto modo, como si él se la hubiera tomado a broma—. Puede ser persuasiva y zalamera con él; puede ser más elocuente que las palabras. Puede hacerse con él —concluyó la mujer— como ni usted ni yo podríamos.

—Sí, *puede* —dijo Strether con una sonrisa—. Pero en todo este tiempo ha estado continuamente con Jim. No hace más que pasear a Jim.

La mujer se sorprendió de manera visible.

—¿Y qué le ocurre a Jim?

—¿No se lo ha presentado? Quiero decir si no le ha hablado de él antes de esto. —Strether estaba un tanto perplejo—. ¿No le ha contado nada?

La mujer titubeó.

—No —con lo que las miradas volvieron a cruzarse—, no como lo hace usted. Usted, en cierto modo, me hace ver las cosas... o, por lo menos, sentirlas. Y yo nunca he preguntado demasiado —añadió la mujer—. Lo único que he querido últimamente es no molestarle.

—Ah, en cuanto a eso, yo también —dijo el hombre con resolución; de modo que, como si la respuesta femenina hubiera sido exhaustiva, fueron cordiales, durante unos minutos, al respecto. Aquello le hizo pensar en lo otro, con lo que dio otra vuelta, se detuvo de nuevo, esta vez, sin embargo, con cierta satisfacción—. Usted sabe que Jim es tremendo. Creo que será Jim quien lo hará.

—¿Apoderarse de él? —preguntó ella.

—No; precisamente lo contrario. Neutralizar el influjo de Sarah. —Y entonces reveló, nuestro amigo, hasta dónde había llegado—. Jim es cínico por arrobas.

—¡Oh, el pobre Jim! —dijo Mme. de Vionnet sonriendo vagamente.

—Sí, literalmente, pobre Jim. Es asombroso este hombre.

Lo que quiere, Dios le perdone, es ayudarnos.

—¿Quiere usted decir —la mujer estaba ansiosa— ayudarme?

—Bueno, a Chad y a mí en primer lugar. Pero también la introduce a usted, aunque sin comprender mucho por el momento. Sólo que, en la medida en que entiende su posición de usted, con todos los respetos, la considera muy avanzada.

—¿«Avanzada»? —quiso saber ella.

—Normalmente mala, aunque, desde luego, de una clase muy superior. Temible, deliciosa, irresistible.

—¡Ah, mi querido Jim! Me gustaría conocerle. *Debo* conocerle.

—Sí, claro. Pero ¿convendría? Usted puede, entiéndame —sugirió Strether— desilusionarle.

La mujer se lo tomó con humor y humildad.

—Lo menos que puedo hacer es intentarlo. Pero en tal caso —añadió—,¿no es mi maldad mi recomendación?

—Su maldad y los encantos con que, dada su categoría, él asocia aquella. Se da cuenta de que Chad y yo, por encima de todo, hemos querido pasarlo bien y su punto de vista es tan sencillo como tajante. Nada le convencerá, a la luz, naturalmente, de mi conducta, de que yo, más o menos como Chad, vine en busca de experiencia antes de que fuera demasiado tarde. No lo habría esperado de mí; pero los hombres de mi edad, en Woollett, y especialmente los menos sospechosos, han dado pruebas de ser susceptibles de arranques extraños, de siniestros y tardíos apegos a lo insólito, lo ideal. Es un efecto cuya presencia delata sobradamente toda una vida en Woollett. Puedo garantizarle lo que vale desde la perspectiva de Jim. Ahora bien: su mujer y su suegra —siguió explicando Strether— no tienen la menor paciencia, como si se tratase de una cuestión de honor, con tales espectáculos, ni tardíos ni prematuros; lo que sitúa a Jim, como contra sus parientes, en la otra orilla. Además —añadió—, no creo que quiera de veras el regreso de Chad. Si Chad no vuelve...

—¿Tendrá él—Mme. de Vionnet lo comprendía todo— la mano más libre?

—Bueno, Chad es el importante.

—¿Entonces haré, *en dessous,* por que se quede donde está?

—No, ni hará por nada ni hará nada *en dessous.* Es muy honrado y no sería un traidor en el campo de batalla. Pero se divertirá con su pequeño vislumbre de nuestra doblez; olisqueará lo que supone extasiado que es París durante las veinticuatro horas del día y será, en cuanto a lo demás, para Chad... bueno, pues lo que es.

La mujer meditó un momento.

—¿Una advertencia solemne?

El hombre recibió aquello casi con júbilo.

=¡Es usted tan maravillosa como todos dicen! —Y pasó a explicar lo que quería decir—: Lo llevé a pasear durante su primera hora aquí y... ¿sabe lo que, con hermosa inocencia, puso más de relieve? Bueno, pues que algo *así,* en el fondo, como una mejora de su estado actual, como, de hecho, la auténtica redención del mismo, era lo que no creían fuera demasiado tarde para hacer con nuestro amigo. —Con lo que, como pareciera ella, mientras asimilaba aquello, en su incesante alarma, contemplar la posibilidad con valentía, el hombre terminó lo comenzado—. Pero es demasiado tarde. ¡Gracias a usted!

Lo que provocó en la mujer otra de sus indefinidas reflexiones.

—Oh, a *mí*... a fin de cuentas.

Se había detenido ante ella tan emocionado por su aportación que se habría puesto a bromear.

—Todo es relativo. Usted es mucho mejor.

—Y usted —no pudo por menos de responderle ella— es mejor que nadie. —Pero entonces se le ocurrió otra cosa—. ¿Vendrá a verme la señora Pocock?

—Oh, sí, sí lo hará. Es decir, en cuanto mi amigo Waymarsh, ahora *su* amigo, le deje un momento libre. La mujer se interesó.

—,Tan amigo suyo es?

—Diantre, ¿no lo vio usted todo en el hotel?

—Oh —la mujer se sentía divertida—, «todo» es decir mucho. No sé. Lo he olvidado. *Ella* me absorbía por entero.

—Es usted magnífica —replicó Strether—; pero «todo» no es decir mucho; no es más que un poco. Pero encantador en la medida en que existe. Ella quiere tener un hombre.

—¿Acaso no le tiene a *usted?*

—¿Le parece que me mira a mí, incluso a usted, con tales intenciones? —Strether desechó la broma—. Sin duda tiene que parecerle que todos tienen a alguien. Usted tiene a Chad... y Chad la tiene a usted.

—Comprendo —dijo la mujer, a tono con sus posibilidades—. Y usted tiene a María.

Bueno, aquello lo aceptaba.

—Sí, tengo a María. Y María me tiene a mí. Así están las cosas.

—Pero el señor Jim... ¿a quién tiene él?

—Oh, él tiene, o, como si lo tuviera, un lugar entero.

—Pero para el señor Waymarsh —recordó ella—, ¿no es la señorita Barrace antes que nadie?

El hombre negó con la cabeza.

—La señorita Barrace es una *raffinée* y no será la señora Pocock quien haga desaparecer su diversión. Aumentará, más bien, sobre todo si Sarah triunfa y accede a tenerla en cuenta.

—¡Qué bien nos conoce usted! —exclamó Mme. de Vionnet al oír aquello, con un profundo suspiro.

—No... me parece que es *a nosotros* a quienes conozco. Conozco a Sarah: quizá el único terreno donde piso en firme. Waymarsh se ocupará de *ella* mientras Chad está con Jim... y yo me sentiré, se lo aseguro, muy contento por los dos. Sarah tendrá lo que quería: pagará su tributo al ideal; y él habrá hecho más o menos lo mismo. En París es algo que se respira, ¿qué otra cosa puede hacerse? Si hay algo que, respecto de Sarah, conviene poner en claro es que no ha venido para ser mezquina. Eso, por lo menos, lo notaremos.

—Oh —se quejó la mujer—, la cantidad probablemente la «notaremos». Pero ¿qué será, en tales circunstancias, de la muchacha?

—¿De Mamie... si todos estamos surtidos? Ah, en ese punto —dijo Strether— puede usted confiar en Chad.

—¿Quiere decir para que ella reciba un trato correcto?

—Para prestarle todas las atenciones del mundo en cuanto haya despachado a Jim. Él busca lo que Jim pueda proporcionarle, y también lo que de veras no pueda, aunque ya lo ha tenido todo, y algo más, gracias a mí. Quiere, en pocas palabras, formarse su propia opinión, y la tendrá: y férrea. Pero tan pronto como la tenga Mamie dejará de sufrir.

—¡Oh, Mamie no debe *sufrir!* —exageró con ternura Mme. de Vionnet.

Pero Strether pudo tranquilizarla.

—No tema. En cuanto haya terminado con Jim, Jim me caerá encima. Y entonces comprenderá usted.

Era como si, en un momento, la mujer comprendiera ya; sin embargo, seguía esperando.

—¿De veras es tan encantadora? —preguntó entonces.

El hombre se había levantado al pronunciar las últimas palabras y había cogido el sombrero y los guantes.

—No lo sé; estoy observando. Estudio el caso mientras tanto y tal vez sea capaz de decírselo.

—¿Se trata de un caso? —preguntó ella.

—Sí, me parece que sí. De todos modos, lo sabré.

—Pero ¿no la conocía usted ya?

—Sí —dijo él sonriendo—, pero, en cierto modo, no era un caso allá en Norteamérica. Se ha convertido en uno desde entonces. —Era como si él lo hubiera descubierto por sí mismo—. Se ha convertido en un caso aquí.

—¿Tan pronto?

El hombre vaciló y se echó a reír.

—No tanto como yo.

—¿Fue usted uno?

—Y muy pronto. El mismo día que llegué.

Los inteligentes ojos de la mujer pusieron de manifiesto lo que pensaba.

—Ah, pero usted conoció a María el mismo día de su llegada. ¿A quién ha conocido la señorita Pocock?

El hombre hizo una pausa, pero continuó.

—¿No ha conocido a Chad?

—Cierto... pero no es la primera vez que lo ve. Es un viejo amigo. —Ante lo que Strether dio una lenta, graciosa y significativa cabezada, que obligó a la mujer a continuar—: ¿Quiere decir usted que por lo menos para *ella* él es otra persona... que lo ve cambiado?

—Lo ve cambiado.

—¿De qué forma lo ve?

Strether atajó aquello.

—¿Quién podría decir cómo ve una jovencita inteligente a un joven inteligente?

—¿Tan inteligentes son? ¿Ella también?

—Eso me parece... más inteligentes de lo que yo creía. Pero espere un poco y, entre los dos, lo averiguaremos. Juzgará usted, en este asunto, por sí misma.

Mme. de Vionnet pareció acariciar la posibilidad durante un instante.

—¿Vendrá con ella entonces? ¿Mamie, quiero decir, con la señora Pocock?

—Naturalmente. Su curiosidad, si no otra cosa, será la causa. Pero déjelo todo en manos de Chad.

El tono de esto último le hizo mirar a la mujer con una amabilidad que ponía de manifiesto su percepción del interés femenino. Pero recurrió a su sentido de la confianza.

—Bueno, confíe en él en todo momento. —A decir verdad, no había hablado así antes de que el extraño desplazamiento de su punto de vista pareciera devolverle la nota precisa, que le hizo romper en una breve carcajada, inmediatamente reprimida. Reincidió en su asesoría—: Cuando vengan, no esconda a la señorita Jeanne. Que Mamie la vea bien.

La mujer pareció, por un momento, como si las tuviera delante.

—¿Para que Mamie la aborrezca?

El hombre volvió a cabecear con ánimo corrector.

—Mamie no haría nada por el estilo. Confíe en *ellas.*

La mujer le miró con severidad y, acto seguido, como si fuera aquello a lo que

siempre debía volver:

—Es en *usted* en quien confío. Pero fui sincera —dijo— en el hotel. Quería, quiero que mi hija...

—¿Sí? —Strether esperó con deferencia mientras la mujer parecía vacilar respecto de la forma de plantearlo.

—Bueno, que haga lo que pueda por mí.

La mirada de Strether se cruzó con la de ella y así la mantuvieron durante unos momentos; pasados los cuales, dijo algo que tal vez no hubiera esperado la mujer.

—¡Pobre criatura!

No menos inesperada para él fue acaso la repetición femenina:

—¡Pobre criatura! Pero quiere con delirio —dijo— ver a la prima de nuestro amigo.

—¿Es así como piensa en ella?

—Es como llamamos a la joven.

El hombre volvió a quedar meditabundo; entonces, con una carcajada:

—Bueno, su hija nos ayudará.

Fue entonces cuando se despidió de ella, tras haber tenido intención de hacerlo durante cinco minutos. Pero ella le acompañó un buen trecho, hasta la sala contigua y también hasta la siguiente y la de más allá. El noble y antiguo piso de la mujer contaba con tres seguidas, las dos primeras, junto a la entrada, más pequeñas que la última, pero ambas con su aire formal y descolorido, prolongaban las funciones del recibidor y enriquecían la sensación de la cercanía. A Strether le entusiasmaban, le encantaban y, al cruzarlas en aquel momento con ella, más despacio, percibió un brusco rejuvenecimiento de su primera impresión. Se detuvo y miró hacia atrás; el conjunto componía todo un paisaje, que él estimaba soberbio, melancólico y adorable, pletórico, una vez más, de pequeños retazos históricos, del apagado y lejano tronar de los cañones del gran imperio. Era, sin duda, medio proyección de su intelecto, pero éste era algo con que necesitaba contar en medio de aquel viejo suelo encerado, los pálidos tonos de rosa y verde y los candelabros pseudoclásicos. Eran detalles que podían volverle irrelevante con facilidad. La extrañeza, la originalidad, la poesía —no sabía cómo llamarlode la relación con Chad le convencieron de su faceta romántica.

—Tienen que ver esto. *Deben* verlo.

—¿Los Pocock? —La mujer miró a su alrededor con desaprobación; parecía ver defectos para él inexistentes.

—Mamie y Sarah: Mamie sobre todo.

—¿Mi triste domicilio? Pero *sus* trastos...

—¡Oh, sus trastos! Habla usted de lo que contribuirá a ayudarla...

—¿Le parece a usted entonces —interrumpió ella— que mi pobre casa podría? Oh —murmuró con remordimiento—, eso sería un acto desesperado.

—¿Sabe usted lo que me gustaría? —dijo él—. Me gustaría que la señora Newsome en persona pudiese echarle un vistazo.

La mujer se le quedó mirando, sin captar del todo la lógica del hombre.

—¿Seria eso distinto?

La voz femenina era tan seria que el hombre, mientras seguía mirando a su alrededor, se echó a reír.

—¡Tal vez!

—Pero usted le ha contado, según me dijo...

—¿Todo acerca de usted? Sí, una historia maravillosa. Pero queda todo lo indescriptible... lo que sólo se capta en el lugar de los hechos.

—¡Gracias! —dijo la mujer, sonriendo encantadora y tristemente.

—Es todo lo que me rodea en este momento —prosiguió él con toda tranquilidad—. La señora Newsome siente las cosas.

Pero la mujer parecía condenada siempre a caer en la duda.

—Nadie siente como *usted.* No... nadie.

—Tanto peor para todos, pues. Es muy fácil.

Estaban ya en el recibidor, vacío sin embargo, ya que la mujer no había llamado a nadie del servicio. Era una estancia alta y cuadrada, severa y sugestiva además, un tanto fría y resbaladiza incluso en verano, y con unos cuantos grabados antiguos, preciosos, adivinaba Strether, en las paredes. El hombre estaba en el centro, demorándose un poco, enfocando los lentes aquí y allá, mientras, reclinada en la jamba de la puerta, la mujer apoyaba la mejilla, suavemente, en la parte del hueco.

—*Usted* habría sido un buen amigo.

—¿Yo? —Aquello le sobresaltó un poco.

—Por el motivo que usted mismo ha dicho. No es usted tonto, como casi todos. —Y entonces, con brusquedad, como si su observación en cierto modo se hubiera basado en este hecho—. Vamos a casar a Jeanne.

Aquello le afectó inmediatamente como un movimiento imprevisto en una partida, pero no sin pensar, incluso entonces, que aquella no era la forma en que Jeanne debería casarse. No tardó en manifestar su interés, aunque, como en seguida advertiría, con una absurda confusión de pensamiento.

—¿Usted? ¿Usted y... Chad no? —Por supuesto, era el padre de la joven el que completaba el «nosotros» implícito; pero aludir al padre de la joven le habría costado un gran esfuerzo. Sin embargo, un minuto después pareció que Mme. de Vionnet no estaba, a fin de cuentas, en juego, puesto que la mujer había proseguido diciendo que era ciertamente a Chad a quien se refería, y que éste había sido, en la situación citada, la bondad misma.

—Si he de contarle toda la verdad, ha sido él quien nos ha hecho tomar la decisión. Quiero decir una decisión respecto de una oportunidad que, hasta donde se me alcanza, es de lo más satisfactoria. ¡A pesar de todas las molestias que M. de Vionnet se tomará... ! ––Era la primera vez que ella le hablaba de su marido y no habría sabido decir cuánto aumentaba su intimidad con ella de repente. No era mucho, la verdad sea dicha: otras cosas había, en lo que decía ella, que iban más allá; pero era como si, mientras compartían juntos con tanta desenvoltura aquellas frías habitaciones del pasado, el solo detalle hubiera puesto de manifiesto la magnitud de la confianza femenina—. Pero —preguntó—, ¿no se lo ha dicho entonces nuestro amigo?

—No me ha dicho nada.

—Bueno, todo ha sido muy rápido: prácticamente ha sucedido en pocos días; y, además, no se ha perfilado todavía hasta un punto que permita anunciarlo formalmente. Sólo a usted, a usted nada más se lo he dicho; tenía muchas ganas de que lo supiera. —La sensación que tan a menudo había tenido, desde el primer momento de su desembarco, de encontrarse cada vez más «dentro», le prodigó, en aquel instante, otra punzada; pero aquella maravillosa manera de adentrarle ella seguía siendo algo exquisitamente carente de remordimientos—. M. de Vionnet aceptará lo que *debe* aceptar. Ha hecho ya media

docena de propuestas, a cual más absurda; y no habría dado con ésta aunque hubiese vivido cien años. Chad la encontró —prosiguió con su cara de hacer confidencias, ligeramente, apenas sofocada— de la forma más desembarazada del mundo. O más bien fue la oportunidad quien lo encontró a él, ya que todo le sale al paso; quiero decir sin problemas. Pensará usted que hacemos las cosas de forma muy extraña, pero a mi edad –sonrió— hay que aceptar la propia situación. La familia de nuestro joven la ha visto; una de sus hermanas, una mujer encantadora (lo sabemos todo de ellos), la había visto no sé dónde conmigo. Había hablado con el hermano e hizo que se fijara; y fuimos observadas otra vez, la pobre Jeanne y yo, sin que nos diésemos cuenta. Fue a comienzos del invierno; quedó en esto durante un tiempo; sobrevivió a nuestra ausencia; se reanudó a nuestra vuelta; y afortunadamente parece que todo marcha bien. El joven quiso conocer a Chad e hizo que mediase un amigo: todo ello con un honrado interés en nosotras. El señor Newsome se aseguró bien antes de soltar prenda; se mantuvo maravillosamente sereno y se sintió muy satisfecho; sólo entonces habló. Es lo que nos ha tenido ocupados esta última temporada. Parece que es lo mejor; de veras, muy de veras, lo mejor que se podría desear. No queda más que un par de detalles que arreglar y que dependen del padre de mi hija. Pero esta vez pienso que estamos seguras.

Strether, percatado de su ligero jadeo, había estado pendiente de los labios de la mujer.

—Lo deseo de todo corazón. —Entonces se permitió decir—: ¿No hay nada que dependa de *ella?*

—Ah, naturalmente; todo depende de ella. Pero ella está más contenta que unas pascuas. Ha sido totalmente libre; y él, nuestro joven amigo, es un buen partido. Lo adoro.

Strether quiso asegurarse.

—¿Se refiere usted a su futuro yerno?

—Futuro si lo conseguimos.

—Estupendo —dijo Strether con corrección—. Se lo deseo a usted sinceramente. —No parecía que tuviera mucho más que decir, aunque el mensaje femenino le produjo el efecto más extraño. Con vaguedad y confusión, estaba preocupado por aquello; le daba la sensación de que se le había implicado en algo secreto y oscuro. Había tenido en cuenta los secretos, pero aquéllos eran mayores; y era como si, de manera opresiva —absurda a decir verdad—, él fuera responsable de lo que ellos sacaban ahora a la superficie. Era —aunque con algo de distancia y antigüedad— lo que él habría llamado el verdadero meollo. En pocas palabras, la noticia de su anfitriona, aunque no habría sabido decir por qué, le suponía una sensible conmoción y su opresión un peso del que debía, inmediatamente y como fuera, desembarazarse. Había demasiados cabos sueltos para obrar de otra suerte. Estaba preparado para sufrir —ante su propio tribunal interno— a causa de Chad; estaba preparado para sufrir incluso por Mme. de Vionnet. Pero no estaba preparado para sufrir por la joven. De modo que, habiendo dicho lo que convenía, quiso marcharse. La mujer le retuvo un instante, sin embargo, con otra pregunta.

—¿Le parezco espantosa?

—¿Espantosa? ¿Por qué? —Pero calificó aquello para su sayo, incluso mientras lo decía, de la mayor de las insinceridades.

—Nuestras negociaciones son distintas de las suyas.

—¿De las mías? —Oh, también aquello podía desecharlo—. Yo no he hecho ninguna

negociación.

—En tal caso debe aceptar usted la mía; tanto más cuanto que es excelente. Se basa en una *vieille sagesse.* Si todo marcha bien, habrá más cosas que usted oirá y sabrá y todas ellas, créame, serán a su gusto. No tema; quedará usted satisfecho. —De modo que ella podía hablarle de lo que, de su vida íntima, pues era esto lo que se discutía, él debía «aceptar»; de modo que ella podía hablar bonitamente como si, en un asunto de aquel calibre, la satisfacción del hombre tuviera importancia. Era francamente asombroso y dilataba todo el caso. En el hotel, ante Sarah y Waymarsh, le había parecido estar en el mismo barco que ella; pero ¿dónde diablos estaba en aquel momento? Esta pregunta estuvo flotando en el aire hasta que la mujer vino a ocultarla con otras—. ¿Supone usted que *él,* que la ama tanto, haría nada perverso o cruel?

El hombre se preguntó cuáles eran sus suposiciones.

—¿Se refiere usted a su joven...?

—Me refiero al suyo. Me refiero al señor Newsome. —Un segundo después se encendía para Strether una luz lejana, que fue aumentando de brillo mientras la mujer proseguía—. Gracias a Dios, tiene el más sincero y tierno interés por ella.

El brillo seguía aumentando.

—¡Oh, no me cabe la menor duda!

—Hablaba usted —dijo ella— de confiar en él. Ya ve que lo hago.

El hombre no quena sino disponer de un momento... y lo obtuvo.

—Entiendo... entiendo. —Y de veras creía comprender.

—Él no le haría daño por nada en el mundo, ni, en el caso de que ella se case, se atrevería a nada que fuera contra la felicidad de la muchacha. Y, a propósito, por lo menos, jamás me haría daño *a mí.*

El rostro femenino, más lo que el hombre había deducido ya, le informaron más que sus palabras; si se había aposentado algo en él o si era simplemente que él leía con mayor claridad, el caso era que toda la historia de la mujer —lo que, por lo menos, tomaba él por tal— estaba allí ante sí. Con la iniciativa que ahora atribuía ella a Chad, todo adquiría un sentido y este sentido, una luz, una pista, era lo que bruscamente había surgido ante él. Quiso, una vez más, acabar con aquellas cosas; cosa que se le puso en bandeja, pues un criado, al oír voces en el recibidor, había salido para atender al hombre. Todo lo que Strether había descubierto quedó, mientras el otro le abría la puerta y esperaba con talante impersonal, resumido en sus últimas palabras.

—No creo, entiéndame, que Chad me diga nada.

—No... quizá no todavía.

—Y yo, por lo pronto, no hablaré con él.

—Ah, eso según le parezca a usted. Usted debe decidir. La mujer había acabado por tenderle la mano, que el hombre sostuvo un momento.

—¡Cuánto tengo que decidir!

—Todo —dijo Mme. de Vionnet: observación que fue, a decir verdad, más la refinada, simulada y contenida pasión del rostro femenino, lo máximo que pudo llevarse el hombre.

II

Por lo que tocaba al trato directo, Sarah le había dado de lado, durante la semana que

estaba a punto de terminar, con la educada contundencia de un repulgo que, al tiempo que le permitía hacerse una idea mejor de los recursos sociales de la mujer, le devolvía a la consideración general de que una mujer siempre puede ser sorprendente. A decir verdad, le ayudaba un tanto a consolarle la seguridad de que, durante el mismo período, también había dejado en suspenso la curiosidad de Chad; aunque, por otro lado, para su, tranquilidad personal, Chad podía, por lo menos, salvar los movimientos necesarios —y los suponía numerosos— para saber que ella lo estaba pasando bien. No había un solo movimiento en que, delante de ella, pudiera el pobre Strether aventurarse tanto y lo único que podía hacer mientras se encontraba al margen era dar un paseo para ir a hablar con María. Daba paseos, desde luego, mucho menos de lo normal, pero encontraba una compensación especial en determinada media hora, durante la que, al final de una jornada farragosa, vacía y costosa, sus compañeros le veían tan dispuesto que concedían una tregua a sus modales. Había estado con ellos por la mañana y había vuelto a visitar a los Pocock por la tarde; pero el grupo, descubrió entonces, se había dispersado dé una manera que a la señorita Gostrey le habría divertido saber. Lamentaba otra vez, lamentaba con complacencia que ella estuviese tan al margen: ella, precisamente, que le había abocado a aquello; pero, por fortuna, la mujer siempre estaba ávida de noticias. La llama pura del desinterés ardía allí, en su cueva del tesoro, como una lámpara en una bóveda bizantina. Era por entonces, como ocurrió, cuando, para un instinto tan delicado como el suyo, una perspectiva menos distante habría comenzado a rendir frutos. Al cabo de tres días, precisamente, la situación sobre la que él iba a informar vino a manifestar síntomas de equilibrio; su observación en el hotel confirmaba su juicio a propósito de las apariencias. ¡Si el equilibrio pudiera mantenerse! Sarah estaba fuera con Waymarsh, Mamie estaba fuera con Chad y Jim estaba fuera solo. Más tarde se citó con Jim; iba a llevarlo aquella noche a las revistas de variedades, cuyo término preciso se cuidó Strether de pronunciar a la manera de Jim.

La señorita Gostrey asintió.

—¿Qué hacen entonces los demás esta noche?

—Bueno, ya está arreglado. Waymarsh irá con Sarah a cenar en Bignon's.

—¿Y que harán después? —preguntó ella—. No pueden volver directamente a casa.

—No, no pueden volver directamente a casa; Sarah, por lo menos, no puede. Es su secreto, pero creo que lo he descubierto. —Y luego, como ella esperase—: El circo.

Aquello prolongó la mirada femenina, pero no tardó la mujer en romper a reír casi hasta la exageración.

—¡No hay otro igual!

—¿Igual que yo? —el hombre sólo quería comprender.

—Igual que su grupo, el de todos ustedes juntos: Woollett, Milrose y sus productos. Nosotros somos un desastre... ¡pero sabemos interpretar nuestro papel! El señor Newsome —prosiguió—, mientras, ¿lleva a la señorita Pocock a...?

—Exactamente: al Français, para ver el lugar donde usted nos llevó a Waymarsh y a mí; una obligación familiar.

—Ah, entonces el señor Chad le gustará tanto como a mí. —Pero la mujer comprendía más cosas—. ¿Pasan las noches, sus jóvenes, así, solos?

—Bueno... son jóvenes, pero son viejos amigos. —Entiendo, entiendo. ¿Y cenan, por casualidad, en Brebant's?

—Oh, el lugar donde cenan es también su secreto. Pero me da en la nariz que será,

con mucha tranquilidad, en casa de Chad.

—¿Ella irá allí sola?

Se miraron durante un momento.

—La conoce desde que era una niña. Además —dijo Strether, con gran hincapié—, Mamie es muy notable. Es espléndida.

La mujer vaciló.

—¿Quiere decir que ella espera salirse con la suya?

—¿Conquistarle y atraparle? No, creo que no.

—¿No quiere al joven lo bastante? ¿O es que ella no cree en su poder? —Tras lo que, como él no dijera nada, prosiguió—: ¿Sabe ella que él no le interesa?

—No, me parece que ella cree que sí. A eso me refería al elogiarla. Es espléndida sólo si se interesa por él. Pero ya veremos —concluyó el hombre— por dónde sale.

—Ya me da a entender usted de sobra —dijo María Gostrey riendo— por dónde entra. Pero ¿se atreve su amigo de la infancia —preguntó— a coquetear con ella de manera imprudente?

—No, eso no. Chad también es espléndido. ¡Los dos lo son! —afirmó con extraña entonación repentina, entre melancólica y envidiosa—. Por lo menos son felices.

—¿Felices? —cosa que pareció, con todo lo que entrañaba, sorprender a la mujer.

—Bueno... con ellos parece que soy el único que no lo es.

—¿Con su constante tributo al ideal? —objetó ella.

El hombre se rió de aquel tributo al ideal, pero explicó, al cabo de un momento, su impresión.

—Quiero decir que viven. Que corren y se precipitan. Yo ya tuve mi precipitación. Ahora espero.

—Pero, ¿no espera usted —preguntó ella, a modo de homenaje— conmigo?

La miró lleno de bondad.

—Sí... ¡sino fuera por eso!

—Y usted me ayuda a esperar —dijo ella—. Sin embargo —añadió—, tengo algo que le ayudará a esperar y que tendrá usted en seguida. Sólo que hay otra cosa que quiero me dé usted primero. Me gusta Sarah.

—A mí también. ¡Si no fuera —repitió, suspirando con diversión— por *eso... !*

—Bueno, debe usted a las mujeres más que ningún otro hombre. Parece que le estimulamos. Pero Sarah, tal como yo la veo, tiene que ser extraordinaria.

—*Es* —afirmó Strether con energía— extraordinaria. Ocurra lo que ocurriere, con todos estos días inolvidables, ella no habrá vivido en vano.

La señorita Gostrey hizo una pausa.

—¿Quiere decir que se ha enamorado?

—Quiero decir que se pregunta si lo está: pero esto basta para sus fines.

—La verdad, ha bastado —dijo riendo María— para los fines de las mujeres otras veces.

—Sí... para ceder. Pero dudo que la idea, en tanto que idea, haya servido hasta ahora también para ofrecerse. Ese es su tributo al ideal: cada cual tiene su manera. Es su romance, y, en conjunto, me parece mejor que el mío. Tenerlo en París, además —se explicó—, en este paisaje clásico, en esta atmósfera cargada y contagiosa, con una efusión tan repentina: bueno, es más de lo que esperaba. En resumen, ha tenido que admitir la ruptura de una auténtica afinidad... y con todo para intensificar el drama.

La señorita Gostrey comprendió.

—¿Jim, por ejemplo?

—Jim. Jim lo intensifica sobremanera. Jim fue hecho para intensificar. Y también la señora Waymarsh. Es el retoque final, le da el color. Él está realmente separado.

—Y ella, por desgracia, no lo está: lo que también aporta color. —La señorita Gostrey estaba en su mejor momento. Pero, en cierto modo...—¿Está *él* enamorado?

Strether la miró con detenimiento; luego paseó la mirada por la habitación; hasta que la depositó más cerca.

—¿Promete no decirlo nunca a nadie en la vida?

—Lo prometo. —Era encantador.

—Él cree que Sarah sí lo está. Pero no tiene miedo —se apresuró a añadir Strether.

—¿De que ella se desanime por ello?

—De desanimarse *él.* A él le gusta así, pero sabe que ella puede entregarse. La ayuda, la hace flotar, por amabilidad.

María consideró aquello bajo el prisma de la comedia.

—¿La hace flotar en champán? ¿Y la amabilidad de llevarla a cenar, a solas, a una hora en que París hierve de emociones profanas, en el... bueno, en el gran templo, según se dice, del placer?

—Para ellos, es sólo *eso* —insistió Strether— y todo con absoluta inocencia. El enclave parisiense, la hora febril, el poner ante ella comida y licores de cien francos, que apenas si tocarán... todo esto es precisamente el romance del querido amigo; el estilo caro, caro en francos y céntimos, en que él abunda. Y después el circo, que es más barato, pero respecto del que encontrará los medios de hacer sumamente agradable. Este es también *su* tributo al ideal. Él lo sabe. Y la ayudará a ella en este trance. No pronunciarán palabras peores que usted y yo.

—Bueno, nosotros somos suficientemente malos, acaso, gracias a Dios —dijo ella riendo— para sorprenderles. El señor Waymarsh, en cualquier caso, es un coqueto que da pavor. —Un segundo después se olvidaba de todo aquello para abordar otro tema—. Lo que usted no sabe, al parecer, es que Jeanne de Vionnet se ha prometido. Va a casarse, ya está todo arreglado, con el joven M. de Montbron.

El hombre se ruborizó sin tapujos.

—¿Entonces... puesto que usted lo sabe... ya es público?

—¿Acaso no suelo saber cosas que *no* son públicas? Sin embargo —dijo—, se dará a conocer mañana. Pero ya veo que he confiado demasiado en su posible ignorancia. Está usted delante de mí y no le he hecho dar un salto, como esperaba.

El hombre tragó saliva ante aquella observación.

—¡Usted nunca falla! Tuve ya mi ocasión de dar un brinco. Lo di cuando oí la noticia por vez primera.

—Si lo sabía, ¿por qué no me lo dijo nada más entrar por esa puerta?

—Porque ella me lo contó como cosa que no debía revelarse.

—¿Mme. de Vionnet? —preguntó la señorita Gostrey.

—Como hecho probable, no con certeza absoluta: una buena causa en que Chad ha colaborado. Por eso estaba a la espera.

—Pues ya no necesita esperar más —replicó ella—. Me en teré ayer mismo: de manera indirecta y circunstancial, pero por una persona que lo ha sabido de la propia familia del joven; y es cosa decidida. Lo reservaba para usted.

—¿Pensaba usted que Chad no me lo habría contado?

La mujer vaciló.

—Bueno, si él no...

—No lo ha hecho, en efecto. Y sin embargo, parece haber sido prácticamente obra suya. Así están las cosas.

—¡Así están las cosas! —repitió María con candidez.

—Por eso me sobresalté. Me sobresalté —siguió explicando el hombre— porque significa, esta disposición de la hija, que ahora no hay nada más: nada más que él y la madre.

—Sin embargo... eso lo simplifica.

—Lo simplifica —convino él totalmente—. Pero así es precisamente como, según dice usted, están las cosas. Marca una etapa en la relación de él. La clave es su respuesta a la manifestación de la señora Newsome.

—¿Revela —preguntó María— lo peor?

—Lo peor.

—¿Pero no es lo peor lo que él quiere que Sarah sepa?

—A él no le importa Sarah.

Ante aquello se arquearon las cejas de la señorita Gostrey.

—¿Quiere usted decir que la han burlado ya?

Strether paseó la mirada por la estancia; había pensado en aquello repetidas veces, hasta lo incalculable; pero el panorama parecía dilatarse cada vez más.

—El quiere que su buena amiga sepa lo mejor. Quiero decir la magnitud de su vínculo. Ella le pidió una señal y él pensó en ello. Esto es todo.

—¿Una concesión a los celos femeninos? Strether se quedó parado.

—Sí... llamémoslo así. Veámoslo con su aire de misterio, pues eso enriquecería mi problema.

—Sí, hagámoslo misterioso... ya que convengo con usted en que no queremos empobrecer ninguno de nuestros problemas. Pero procuremos también aclararlo. ¿Puede en serio, por medio de tales preocupaciones, o inmediatamente detrás, haberse interesado él por Jeanne? ¿Interesado, quiero decir, como un joven sin compromiso se habría interesado?

Bueno, Strether se había sobrepuesto.

—Creo que es posible que haya pensado que habría sido encantador si hubiera *podido* interesarse. Sería más halagüeño.

—¿Más halagüeño que estar atado a Marie?

—Sí: más que las molestias resultantes de vincularse con una persona con la que no espera, a menos que haya una catástrofe, casarse. Y tendría todo el derecho —dijo Strether—. Sin duda ninguna habría sido más halagüeño. Incluso cuando algo es ya halagüeño de por sí, siempre hay otras cosas que habrían sido más halagüeñas: o respecto de las que nos preguntamos si no lo serían. Pero la cuestión era ilusoria de todos modos. Él no *podría* interesarse de esa manera. Está atado a Marie. La relación es demasiado especial y ha ido demasiado lejos. Está en la base misma y esta reciente contribución al establecimiento doméstico de Jeanne ha sido su última y definitiva prueba ante Mme. de Vionnet de que ha dejado de dar largas al asunto. Dudo que, por otro lado —prosiguió—, Sarah le haya acometido en modo alguno.

Su compañera meditaba.

—Pero ¿no quería él, para su propia satisfacción, prepararle el terreno a ella?

—No: eso me lo dejará a mí, todo me lo dejará a mí. «En cierto modo» creo —se las arregló para decir— que todo el negocio entero recaerá sobre mí. Sí, tendré que aguantar cada milímetro y cada grano del asunto. ¡Ya me acostumbraré! —Y Strether se enfrascó en la perspectiva. Luego, fantásticamente, dio a conocer el resultado—: Hasta la última gota de sangre.

María, sin embargo, protestó de firme.

—Ah, pero usted me hará el favor de reservar alguna gota para *mí.* ¡Yo sabré cómo aprovecharla! —con lo que, sin embargo, no continuó. Había vuelto, un segundo después, a otro tema—. La señora Pocock, respecto de su hermana, ¿confía sólo en su encanto global?

—Así parece.

—¿Y no resulta dicho encanto?

Bueno, Strether podía plantearlo de otro modo.

—Pulsa la tecla doméstica, que es lo mejor que puede hacer.

—¿Lo mejor para Mme. de Vionnet?

—Lo mejor para la familia. Lo natural. Lo justo.

—¿Justo —preguntó María— cuando fracasa?

Strether hizo una pausa.

—El problema es Jim. Jim es la tecla doméstica.

Ella protestó.

—Ah, pero no, sin duda, la tecla de la señora Newsome.

El hombre había pensado en aquello.

—La tecla de la domesticidad para la que la señora Newsome lo quiere: la domesticidad de los negocios. Jim está, con las pernezuelas abiertas, en la puerta de *esa* tienda india; y Jim *es,* con sinceridad, enormemente espantoso.

María le dedicó una mirada.

—¿Y usted entra en escena, pobrecillo, para equipararse con él?

—¡Oh, a mí no me parece mala persona! —dijo Strether riendo—. Todo el mundo es lo bastante bueno para *mí.* Pero Sarah, de todos modos, no debiera habérselo traído. No sabe valorarlo.

Su amiga se divirtió con aquel enfoque.

—¿Quiere decir que no sabe lo malo que es?

Strether negó enérgicamente con la cabeza.

—Ni por asomo.

La mujer vaciló.

—¿Tampoco entonces la señora Newsome?

Aquello le hizo repetir con sinceridad lo anterior.

—Bueno, ya que me lo pregunta... no.

María insistió.

—¿Ni por asomo tampoco?

—En modo alguno. Ella le tiene más bien en alta estima.

—Con lo que, la verdad sea dicha, tomó partido en el acto—. Claro que también es buena persona, a su manera. Depende de lo que se quiera de él.

La señorita Gostrey, sin embargo, no estaba dispuesta a que aquello dependiera de nada: ni lo permitiría ni quería nada de aquel hombre.

—Se me hace —dijo— que es un hombre insoportable; y se me hace más aún —añadió con mayores dosis de imaginación— que la señora Newsome no lo sabe.

Strether, en consecuencia, tuvo que claudicar, pero incidió en otro detalle.

—Le diré quién lo sabe bien.

—¿El señor Waymarsh? ¡Ni hablar!

—Ni hablar, cierto. No *siempre* pienso en el señor Waymarsh; a decir verdad, se me ocurre que no pienso nunca. —Entonces mencionó a la persona en cuestión, como si la cosa tuviera mucha miga—. Mamie.

—¿Su propia hermana? —Fue chocante, pero la mujer no insistió en el tema—. ¿Y en qué redundará eso?

—No lo sé. Pero, como de costumbre... ¡así están las cosas!

III

Y así siguieron, por tanto, durante dos días más; cuando Strether, en el hotel de la señora Pocock, fue conducido al salón de la dama, supuso al principio que se había cometido un error de parte del criado que le había introducido para alejarse a continuación. Los inquilinos no estaban allí, ya que la estancia parecía vacía como sólo una estancia parisina podía estarlo, en una tarde hermosa, cuando el lejano murmullo de la agitada vida colectiva se filtraba por las puertas y erraba entre los dispersos objetos como un aire estival vagabundea en un jardín solitario. Nuestro amigo miró a su alrededor y vaciló; observó, ante la prueba de una mesa llena de compras y otros enseres, que Sarah se había dejado vencer —sin soplo alguno de *él*— por el último número de la *Revue* de color salmón; advirtió además que Mamie había recibido, al parecer, de Chad, que había escrito el nombre de ella en la portada, el regalo de uno de los *Maîtres d'Autrefois* de Fromentin; y se quedó parado al ver una abultada carta con la dirección escrita por una mano que no desconocía. La carta, enviada por mediación de un banquero y entregada en ausencia de la señora Pocock, se había colocado en lugar prominente y del hecho de permanecer cerrada se desprendía una repentina y extraña fuerza que intensificaba el alcance del remitente. Pensó en la generosidad con que la señora Newsome —pues, ciertamente, había sido prolija en aquella ocasión— escribía a su hija mientras que a *él* lo tenía a pan y agua; y tuvo esto al mismo tiempo tal efecto sobre él que durante unos minutos se quedó inmóvil y con la respiración entrecortada. En su habitación, en su propio hotel, había docenas de bien clasificados sobres escritos con aquellos caracteres; y había algo en la presente continuación de su interrumpida visión de tales caracteres que realzaba la frecuente pregunta de si no se le habría dejado ya al margen, de manera definitiva e inapelable. Se trataba de una certeza que los bruscos trazos de la pluma femenina no habían tenido ocasión de confirmar todavía; pero, en el presente trance, sin saber por qué, le insinuaban una probable resolución contenida en algún dictamen de la remitente. Miraba el nombre de Sarah y la dirección, en suma, como si estuviese mirando intensamente el rostro de la madre, hasta que apartó la mirada como si el rostro se hubiera negado a descongestionarse. Pero era también, en cierto modo, como si la señora Newsome estuviera, tanto más por lo mismo, en vez de tanto menos, en aquella sala, y fuera consciente, crítica y exclusivamente consciente, de la presencia del hombre, tanto que se sentía prisionero y silenciado, constreñido a quedarse cuando menos y a recibir su castigo. Al quedarse, en consecuencia, lo recibió: y al pasear con escrúpulo

y sin objeto, en espera de que Sarah llegase. Esta llegaría si él se quedaba lo suficiente y en aquel momento tenía, con mayor intensidad que nunca, la sensación de haber caído en la desasosegadora trampa de la mujer. No podía negarse que poseía ella un feliz instinto, desde el punto de vista de Woollett, al colocarle de aquel modo a merced de la iniciativa femenina. Era muy lógico que él se esforzase por decir que no le importaba, que ella podía deshacerlo todo cuando quisiese, que podía no deshacerlo nunca si no le apetecía, y que, se esperara lo que se esperase, él no tenía ninguna confesión que hacerle: día tras día respiraba un aire que pedía a gritos purificarse y había momentos en que deseaba dolorosamente precipitar el desenlace. No le cabía la menor duda de que, con sólo que le forzara sorprendiéndole tal y como estaba en aquel momento, del encuentro surgiría algún tipo de escena aclaradora.

Siguió paseando con aire cansino, en tal estado de ánimo, hasta que se detuvo de pronto. Las dos ventanas de la sala estaban abiertas al balcón, pero fue sólo en aquel instante preciso cuando, en el cristal de uno de los paneles, que estaba plegado, captó un reflejo que identificó inmediatamente con el color del vestido de una señora. Alguien, pues, había estado durante todo aquel tiempo en el balcón, y la persona en cuestión, quienquiera que fuese, estaba situada, entre ambas ventanas, de manera que podía no haber visto al hombre: mientras que, por otro lado, los ruidos de la calle habían podido neutralizar los ecos de la entrada y ulteriores movimientos masculinos. Si se trataba de Sarah, podía, allí mismo, por consiguiente, despacharse a gusto. Podía conducirla, mediante un par de movimientos, a la solución de su tensión inútil: respecto de lo que, aunque nada sacara de ello, tendría por lo menos el consuelo de haber puesto las cartas boca arriba. Por fortuna no había nadie allí para advertir —respecto de la valentía del hombre— que, incluso ante aquel razonamiento cabal, nuestro amigo seguía estando sobre ascuas. Había esperado a la señora Pocock y la voz del oráculo; pero hubo de contenerse otra vez —cosa que hizo en el alféizar de la ventana, ni adelantándose ni retrocediendo— antes de dar pie a la revelación. Estaba en manos de Sarah, al parecer, aumentar el espectro de lo visible; él estaba a su disposición cuando la sensibilidad general decidiera ponerla en movimiento. La mujer, en efecto, como acabó por ocurrir, se puso más a la vista: sólo que no lo hizo, por fortuna, en el último segundo, bajo la forma que el hombre había supuesto. La ocupante del balcón era una persona totalmente distinta, una persona representada, tras una mirada más detenida, por una espalda encantadora y una postura un tanto arqueada, ni más ni menos que la hermosa, inteligente e inocente Mamie, Mamie sola en casa, Mamie que se distraía a su ingenua manera, Mamie, en suma, más bien desperdiciada, pero Mamie absorta, interesada e interesante. Con los brazos en la balaustrada, permitía que Strether la contemplase, considerase algunas cosas, sin volverse.

Pero lo extraño fue que cuando hubo contemplado y considerado *esto,* se limitó a retroceder hacia la sala sin sacar partido a su puesto privilegiado. Se puso a pasear otra vez, durante unos minutos, como si tuviera otras cosas en que pensar y como si los efectos de la posibilidad de Sarah se hubieran visto reemplazados. Pues, la verdad sea dicha, el hecho de encontrar a la muchacha allí sola era ya un efecto. Había algo en la situación que le afectaba hasta un extremo que no había previsto, algo que, con suavidad, pero con notable insistencia, le hablaba y que le hablaba al máximo cada vez que se detenía al filo del balcón y la veía—allí, aún ignorante de su presencia. Sus compañeros, sencillamente, se habían dispersado; Sarah estaría en cualquier parte con Waymarsh y

Chad, también en cualquier parte, con Jim. Strether no acusaba en modo alguno, mentalmente, a Chad por estar él con su «buena amiga»; le concedía la prerrogativa de suponerle implicado en apariencias que, de tener que describirlas —por ejemplo, a María—, habría calificado con mayor conveniencia de más sutiles. Se le ocurrió acto seguido, en efecto, que era acaso un exceso de refinamiento el haber dejado a Mamie, con aquel tiempo, allí sola, aunque ella pudiera haber improvisado, de hecho, bajo el influjo de la Rue de Rivoli, un pequeño París provisional de encanto y fantasía. Nuestro amigo, en cualquier caso, se daba cuenta ahora —y fue como si, ante la apercepción, el inmóvil agobio de la señora Newsome se hubiera vuelto, de repente, con profundo y audible jadeo, vago y ligero— de que, día tras día, había advertido, respecto de su damisela, algo extraño y ambiguo, pero en que podía, por lo menos, encontrar un significado. Había sido, en sus momentos más intensos, dicho misterio, una obsesión; y, oh, una obsesión muy grata; y había encajado en su lugar precisamente en aquel instante, como ante la pulsión de un resorte. Había representado la posibilidad, entre ambos, de una comunicación estorbada por la casualidad y la demora: la posibilidad incluso de una relación aún por descifrar.

Estaba, por supuesto, la consabida relación, fruto de los años de Woollett; pero esto ––y he aquí lo más extraño— nada tenía en común con lo que palpitaba en el aire. De niña, cuando era un «capullo», y más tarde, ya flor en auge, Mamie había desperezado sus pétalos para él, con entera libertad, en las puertas de la casa, casi siempre abiertas; lugar donde la recordaba, primero muy precoz, luego muy atrasada —pues en aquella época había dado él, en el saloncito de la señora Newsome (¡oh, las fases de la señora Newsome! ¡y las suyas!), un curso de literatura inglesa apuntalado por exámenes y tésy, por último, con grandes adelantos. Pero no le había dado la sensación de tener muchos puntos de contacto; pues no estaba en la naturaleza de las cosas de Woollett que la más fresca de las frutas se encontrase en el mismo cesto que la más seca de las manzanas. La muchacha había dado contundencia, por encima de todo, a su sensación del paso del tiempo; se habría dicho que era ayer mismo cuando había tropezado con el aro infantil, y sin embargo, su experiencia con mujeres notables —destinadas, al parecer, a madurar con no menos notabilidad— se sentía dispuesta, la presente tarde, a incluir a la muchacha. Tenía ésta, en definitiva, más cosas que decirle que las que él hubiera imaginado podría tener la chiquilla de antaño; y la prueba de la vicisitud radicaba en que, a las claras, de manera inconfundible, la joven no había sido capaz de decirlas a nadie más. Era algo que ella no podía mencionar tampoco ni a su hermano, ni a su cuñada ni a Chad; aunque imaginaba el hombre que, de estar ella todavía en casa, tal vez la habría sacado a colación, como supremo tributo a la edad, la autoridad y la conveniencia, ante la señora Newsome. Era algo, además, en que todos ellos tenían interés; la magnitud de este interés colectivo era, a decir verdad, el motivo de la prudencia juvenil. Todo esto estuvo muy claro para Strether, en el curso de cinco minutos, y no arrojó otra conclusión que la pobre criatura no tenía ahora más que su prudencia para consolarse. Lo que, para una chica guapa que estaba en París, se le antojó inmediatamente una situación bien triste; de modo que, con esta impresión, se dirigió a ella con un paso tan hipócritamente alerta, bien lo sabía él, como si acabara de entrar en la estancia. La muchacha se volvió, con un sobresalto, al oír la voz masculina; por preocupada por él que pudiera estar, se le notaba un tanto desilusionada.

—Oh, creí que era el señor Bilham.

La observación había sido sorprendente al principio y el pensamiento íntimo de nuestro amigo, bajo su influjo, se derrumbó durante unos momentos; podemos añadir, sin embargo, que recuperó en seguida el tono interior y que muchos olorosos botones de fantasía iban a florecer en la misma situación. El pequeño Bilham —puesto que se esperaba, de manera más bien incongruente, al pequeño Bilham— parecía haberse retrasado; circunstancia de la que Strether iba a aprovecharse. Volvieron a la sala, al cabo de un momento, la pareja del balcón, y rodeado de aquella elegancia dorada y carmesí, los demás ausentes todavía, Strether pasó cuarenta minutos que consideró muy lejos, en el conjunto de la situación, de lo fútil. En efecto, puesto que el día anterior había estado de acuerdo con María a propósito de la inspiración de lo misterioso, había allí algo tocante a su tema que sin duda no lo menguaba y que se cernía sobre él como parte de un flujo repentino. No comprendería sino después, al meditar sobre ello, de cuántos elementos estaba compuesta su impresión; pero sentía, de todos modos, mientras permanecía con la encantadora joven, el insigne fomento de la confianza. Pues ella era encantadora, cuando todo se hubo dicho, y sin embargo también en cuanto al hábito y la práctica visibles de la libertad y la facundia. Era encantadora, bien lo sabía, a pesar de que si él no la hubiera encontrado así le habría encontrado algo que habría estado en peligro de describir como «divertido». Sí, era divertida, la maravillosa Mamie, y sin sospecharlo; era dulce, con un aire nupcial sin, que él supiese, un novio que lo justificase; era hermosa, elegante, desenvuelta y locuaz, agradable, afectuosa y casi desconcertantemente segura. Vestía, si se nos permite llegar a tal extremo, menos como una damisela que como una señora mayor, si es que una señora mayor podía ser vanidosa para Strether; la complejidad de su cabello echaba en falta, además, la ligereza de la juventud; y había madurez en su forma de inclinarse un tanto, como para estimular y gratificar, mientras juntaba limpiamente ante sí un par de manos sorprendentemente puras; la combinación de todo lo cual consolidaba el encanto de su «recepción», volvía a situarla, a perpetuidad, entre las ventanas y rodeada del ruido de las bandejas con helado, sugería la relación de todos los nombres, de todos los señor Cox y señor Coles, gregarios especímenes de un único tipo, que ella se alegraba de «conocer».

Pero si todo esto estaba donde ella era divertido, y si lo más divertido de todo era el contraste entre su hermoso y amable mecenazgo —un polisílabo que permitía intuir su aburrimiento en la madurez— y su más bien aflautada vocecita, vocecita, naturalmente, sin afectación todavía, de una muchacha de quince años; de modo que Strether, pese a todo, al cabo de diez minutos, intuyó en ella una tranquila dignidad que reunía los fragmentos con valor. Si tranquila dignidad, casi más que matronal, con hinchados, muy hinchados vestidos, era el efecto que ella parecía producir, se trataba de un ideal que se podía apreciar en la joven cuando se había tomado contacto con ella. Lo importante en aquel momento, para el visitante, era que aquello era precisamente lo que él había hecho; lo que volvió tan extraordinaria aquella hora breve, pero intensa. Indicio de una relación era que hubiera creído tan rápidamente que ella estaba, entre todos los demás, por así decir, de lado y de parte del primer embajador de la señora Newsome. Ella hacía por los intereses de *él,* no por los de Sarah; e indicio de esto era precisamente lo que había intuido en ella, aquellos últimos días, con la cualidad de lo inminente. Situada por fin en París, inmediatamente en presencia de la situación y del héroe de la misma —calificativo por el que Strether no podía referirse sino a Chad—, la joven había llevado a cabo, y de una manera del todo inesperada para ella misma, un cambio de base; acontecimientos

hondos y silenciosos habían ocurrido en su interior y en el momento en que ella se había asegurado de aquéllos, Strether se había percatado del pequeño drama. Cuando ella supo cuál era su papel, en definitiva, Strether vino a averiguarlo; mejor aún lo había averiguado en aquel momento, aunque sin que entre ellos mediara una sola palabra tocante al asunto de su interés. Había habido al principio, mientras permanecían allí los dos juntos, un momento en que él se había preguntado si ella querría hacer algo en relación con la principal empresa masculina. Esta puerta estaba tan extrañamente entornada que él estaba medio preparado para advertir, en cualquier coyuntura, que ella, que alguien, entraría por ella alegremente. Pero, con sentido de la amistad y de lo familiar, de tacto frágil y con tacto afortunado, permanecía fuera de manera exquisita; de modo que era, para todo el mundo, como si quisiera demostrar que podía tratar con él sin quedar reducida a... bueno, a cualquier cosa, apenas.

Se le ocurrió entonces, de manera contundente, gracias a una charla que lo tocaba todo *menos* a Chad, que Mamie, a diferencia de Sarah, a diferencia de Jim, conocía a la perfección su cambio. Se le ocurrió que se había percatado hasta el último milímetro de la transformación masculina y que quería que Strether supiese qué secreto se proponía hacer de la misma. Hablaban de la manera más normal —como si aún no hubieran tenido ocasión— de Woollett y esto tuvo prácticamente el efecto de mantener el secreto en mayor intimidad. La hora comenzó a tener para Strether, poco a poco, un sabor extraño, melancólicamente dulzón; experimentaba tal reacción favorable a Mamie y su valor social que habría podido deberse al remordimiento de cualquier antigua injusticia. Ella le ponía, como al soplo de una brisa occidental, nostálgico y nuevamente inquieto; a decir verdad, podía, habida cuenta del momento, haber fantaseado con que estaba varado con ella en una playa lejana durante una calma llena de presagios, en una pintoresca comunidad de náufragos. Especialmente insistente era, mientras tanto, la convicción de que su compañero sabía de veras, como ya hemos apuntado, adónde había llegado. Ni más ni menos que un sitio muy particular, sólo que ella jamás se lo diría; sería esto, por encima de todo, lo que tendría él que plantearse. No esperaba otra cosa, porque su interés en ella no estaría completo sin este dato. No más lo estaría la apreciación a que la joven tenía derecho: tan seguro estaba nuestro amigo que cuanto más sabía de su trayectoria más debía saber de su orgullo. Ella, por su lado, lo sabía todo; pero estaba al tanto de lo que no quería y era esto lo que le había ayudado. ¿Qué era lo que no quería? Su maduro amigo se había perdido un placer por ignorarlo todavía, del mismo modo que, sin duda, habría sentido una gran emoción con obtener apenas un vislumbre. Con amabilidad y educación mantenía al hombre en tales tinieblas y era como si lo tranquilizara y le tentase con otros medios para compensarle. Le daba cuenta la muchacha de sus impresiones sobre Mme. de Vionnet, de quien ella había «oído hablar tanto»; manifestaba sus impresiones sobre Jeanne, a quien había tenido «unas ganas locas de conocer»; y comentó, con una dulzura por la que su oyente quedó conmovido, que había estado con Sarah a primera hora de la tarde —y tras terribles retrasos causados por todo lo imaginable, sobre todo, las eternas compras de ropa, ropa que por desgracia no sería eterna— de visita en la Rue de Bellechasse.

Al sonido de estos nombres Strether casi se ruborizó al comprobar que él no habría podido pronunciarlos primero: y sin embargo tampoco habría justificado sus escrúpulos. Mamie los pronunciaba con una facilidad que a él ni le habría pasado por las mientes y sin embargo sólo podía haberle costado más de lo que él tendría siempre para gastar. Era

en calidad de amigas de Chad —amigas especiales, distinguidas, deseables, envidiables– – como la joven hablaba de ellas y dio a entender que, aunque había oído hablar mucho de las dos, no obstante no saber cómo ni dónde, detalle muy propio de ella, habían superado ambas todas las previsiones. Se deshacía en elogios de las dos mujeres y según era costumbre en Woollett, lo que hizo que dicha costumbre de Woollett volviera a ser adorable para Strether. Nunca había calado tanto en la verdadera entraña como cuando la floreciente compañera vino a decir que la mayor de las damas de la Rue de Bellechasse era demasiado fascinadora para expresarlo con palabras, y afirmó de la joven que era ideal y de manera absoluta: un verdadero prodigio de encanto.

—Nada —dijo de Jeanne— debería ocurrirle nunca: tan perfecta es tal como está. Un retoque más y acabaría estropeándose: por lo tanto no debe ser retocada.

—Ah, pero aquí, en París —observó Strether— a las niñas les ocurren muchas cosas. —Y a continuación, por mor de la broma y la oportunidad—: ¿Nunca te ha pasado a ti nada?

—¿Las cosas que ocurren...? Oh, pero yo no soy una niña. Soy una chica grande, apaleada y con experiencia. No me preocupa —dijo Mamie riendo— lo que ocurra.

Strether hizo una pausa mientras se preguntaba si no debería proporcionarle el placer de oírle decir que la encontraba más simpática de lo que había pensado: pausa que terminó en cuanto se dijo que lo que aquello le importase, sin duda, lo habría descubierto ya ella. En consecuencia, se arriesgó a plantear otro tema, aunque consciente, en cuanto hubo hablado, de que parecía situarla en relación con lo último que ella había dicho.

—Supongo que habrás oído que Mlle. de Vionnet va a casarse.

¡De todo, descubrió entonces, necesitaba temer!

—Sí, querido; el caballero estaba allí precisamente. M. de Montbron, a quien Mme. de Vionnet nos presentó.

—¿Y es simpático?

Mamie se infló y alzó la cabeza con orgullo.

—Todos los hombres son simpáticos cuando están enamorados.

Strether rompió a reír.

—Pero ¿M. de Montbron está enamorado, ya, de *ti?*

—Oh, eso no hace falta... es mucho mejor que lo esté de *ella;* lo cual, gracias a Dios, no perdí el tiempo descubriendo. Está totalmente chiflado y no lo habría soportado si no lo estuviera. Ella está también muy acaramelada.

Strether vaciló.

—¿Y también está enamorada?

A lo que, con una sonrisa que al hombre se le antojó maravillosa, Mamie dio una maravillosa respuesta:

—No lo sabe.

Aquello le hizo reír otra vez.

—Oh, ¿y tú sí?

La joven deseaba enfocarlo de aquella manera.

—Oh, sí, yo lo sé todo. —Y mientras se frotaba las hermosas manos y se las componía de la mejor de las maneras (tal vez alzando los codos demasiado), el efecto momentáneo que aquello causó en Strether fue que todos los demás, en todo aquel asunto, parecían idiotas.

—¿Sabes que la pobre Jeanne no sabe lo que le ocurre?

Estaban muy cerca de afirmar que la joven estaba probablemente enamorada de Chad; pero la cercanía bastaba para lo que quería Strether, que no era sino que la ratificación de la sospecha de que, enamorada o no, la otra joven apelaba a lo que de inmenso y sincero había en la muchacha que teníá él delante. Mamie se pondría gorda, muy gorda, a los treinta; pero sería siempre la persona que, en la actual hora crítica, había sido desinteresadamente tierna.

—Si la trato un poco más, y espero que sí, sabré si le gusto lo bastante (pues hoy parece que sí) para querer que se lo diga.

—¿Y se lo dirás?

—Claro. Le diré que lo único que le ocurre es que desea con exceso portarse bien. Portarse bien, para ella, naturalmente —dijo Mamie—, es complacer.

—¿A su madre, dices?

—A su madre ante todo.

Strether esperaba.

—¿Y después?

—Bueno, «después»... al señor Newsome.

Hubo algo que le pareció realmente grandioso en la serenidad de aquella alusión.

—¿Y sólo en último lugar a M. de Montbron?

—Sólo en último lugar—aseguró la joven de buen humor.

Strether recapacitó.

—¿Todos, pues, quedarán complacidos?

La joven sufrió una de sus escasas vacilaciones, pero fue sólo cuestión de un instante; y fue lo más que se acercó a ser explícita con él respecto de lo que había entre ellos.

—Creo que puedo hablar por mí misma. Yo sí quedaré complacida.

Significó tanto aquello, a decir verdad, ponía tan de manifiesto que estaba dispuesta a ayudarle, tan comprometida con él en aquella verdad, en suma, a pesar del uso que el hombre podía hacer de ella en beneficio de objetivos propios con que, paciente y confiadamente, ella nada tenía que ver... tan cabalmente daba a entender todo esto que él pareció acogerlo según su propio tenor, con la más sincera de las admiraciones. Admiración que era, por sí misma, casi acusatoria, pero que no menos serviría para demostrarle hasta qué punto comprendía él. Así que agitó la mano en señal de despedida, con un «¡Estupendo, estupendo, estupendo!» y se fue, dejándola con todo su esplendor, esperando todavía al pequeño Bilham.

Libro décimo

I

Ocupó junto a este apreciado joven, tres jornadas después de su charla con Mamie Pocock, el mismo diván hondo de que habían disfrutado la primera vez que nuestro amigo viera a Mme. de Vionnet y su hija en el piso del Boulevard Malesherbes, donde su postura se manifestó tendente otra vez al liberal intercambio de impresiones. La presente velada tenía un sello diferente; como la compañía era mucho más abundante, así, de manera inevitable, eran los temas puestos en movimiento. Era por otro lado muy digno de

nota que los conversadores formaban, respecto de tales temas, un círculo interno y protector. Sabían ellos, en cualquier caso, lo que aquella noche les interesaba y Strether había empezado por mantener cerca a su compañero. Sólo unos cuantos invitados de Chad habían cenado, es decir, unos quince o veinte, muy pocos en comparación con la nutrida concurrencia que se divisaba a las once en punto; pero el número y el conjunto, la cantidad y la cualidad, la luz, la fragancia, el sonido, el flujo de hospitalidad que acogía la marea de las réplicas, habían, desde el principio, pesado sobre la conciencia de Strether y se sabía en cierto modo parte importante de la escena más festiva, si tal podía decirse, en que se había visto metido en toda su vida. Es posible que, los Cuatro de Julio y las queridas y locales Licenciaturas, hubieran visto más gente reunida, pero jamás había visto tanta en relación con el espacio disponible o, en todo caso, jamás había visto tanto revoltillo heterogéneo. Cuantiosa como era la compañía, se había invitado sin embargo mediante selección y lo que más raro parecía a Strether era que, sin proponérselo, estaba en el secreto del principio rector. No había preguntado, había apartado la cabeza, pero Chad le había hecho un par de preguntas que por sí solas allanaban el terreno. No había respondido, había replicado que afectaban a asuntos personales del joven y entonces había comprendido que la decisión de éste ya estaba tomada.

Chad había buscado consejo sólo para dar a entender que sabía lo que le convenía; y, a decir verdad, nunca lo había sabido mejor que al presentarle en aquel momento a su hermana todo el círculo de sus amistades. Todo ello se contenía en la sensibilidad y el espíritu de la nota que le afectó en el momento de llegar la dama aludida; había tomado en la misma estación una línea de conducta que le condujera sin interrupciones y que le permitiera conducir a los Pocock —aunque un tanto desconcertados, sin duda, desalentados, sin duda, y fatigados— al mismísimo final del paseo por ellos aceptado forzosamente por su condición placentera. Lo había vuelto para ellos violentamente grato y despiadadamente intenso; resultado de lo cual era, según la visión de Strether, que habían estado todo el trayecto sin caer en la cuenta de que no había paseo alguno. Más bien se trataba de un callejón sin salida, por donde era imposible pasar y en que, a menos que lo advirtieran a tiempo, se verían obligados —lo que siempre era muy molesto— a retroceder. Aquella noche, sin duda, se acercaban al final; la escena entera representaba el muro de fondo del *cul—de—sac.* Tal podía suceder cuando había una mano que los mantenía en la armonía requerida, una mano que tiraba del alambre con una habilidad ante la que el mayor de los hombres no hacía sino maravillarse. El mayor de los hombres se sentía responsable, pero también triunfante, pues lo que había ocurrido no era sino el producto de su propio argumento, seis semanas antes, relativo a que todos ellos deberían esperar a ver, honradamente, lo que sus hermanos tuvieran realmente que decir. Había convencido a Chad de que esperase, lo había convencido de que comprendiese; por consiguiente, no tenía nada que objetar por el tiempo sacrificado al negocio. Más que nunca, por tanto, ahora que había transcurrido una quincena, la situación creada para Sarah y contra la que ella no había levantado ninguna protesta era la de su adaptación a la aventura como a una fiesta de placer caracterizada quizá incluso, en cierto modo, en exceso, por el bullicio y por el «ritmo». Si su hermano hubiera estado, en algún punto, por lo menos mínimamente abierto a la crítica, habría sido sobre la base de su exagerada condimentación de las dosis y su tendencia a saturar la copa. Al enfocar la presencia de sus parientes como una ocasión para los placeres, no dejaba sino escaso margen a lo restante. Sugería, inventaba, ardía, y sin embargo, siempre con el freno suelto y lejos de

la mano. Strether, en el curso de sus propias semanas, había llegado a tener la sensación de conocer París; pero lo veía remozado, con una emoción nueva, bajo la forma del conocimiento, nuevamente el *panem et circenses,* ofrecido a su compañera de misión.

Mil pensamientos mudos le susurraban en el aire de estas observaciones: no era el menos frecuente que Sarah podía muy bien no haberse dado cuenta cabal de que iba a la deriva. No estaba en situación de no esperar que Chad la tratase con amabilidad; sin embargo a nuestro amigo le daba la sensación de que la mujer se endurecía en privado un poco cada vez que perdía la ocasión de dar la *nuance* importante. La *nuance* importante era, en resumen, que, desde luego, su hermano debía tratarla con amabilidad: como si fuera a gustarle lo contrario; pero este tratarla con amabilidad no lo era todo, sin embargo: tratarla con amabilidad no implicaba darle coba; y que, en definitiva, había momentos en que sentía los ojos de su admirable y ausente madre clavados en su espalda. Strether, al observar, según su costumbre, y calificar con el pensamiento, tenía francos momentos en que se sentía apenado por ella: ocasiones en que la mujer se le antojaba una persona sentada en un vehículo sin frenos y desbocado, y que daba' de lado la cuestión de un posible salto. ¿Saltaría la mujer? ¿Podría hacerlo? ¿Sería *aquel* un lugar seguro? Estas preguntas, en aquellos momentos, le recordaron las caídas femeninas en la palidez, la tirantez de sus labios, la perspicacia de sus ojos. Lo que llevaba a lo más importante del tema: ¿acabaría ella, a fin de cuentas, por conformarse? Strether creía que, en términos generales, la mujer saltaría; no obstante, sus variaciones sobre aquel tema eran el alimento de su inquietud. Una cosa tenía bien clara —una seguridad que, en efecto, iba a ganar fuerza de las impresiones de aquella noche—: si la mujer se recogía la falda, cerraba los ojos y saltaba del vehículo todavía en movimiento, él se enteraría en seguida. Se apearía de su precipitada carrera para caer más o menos directamente sobre él; a él le caería en suerte, de manera incuestionable, recibir todo su peso. Señales y portentos de la experiencia así reservada para él se habían multiplicado incluso en los resplandores de la fiesta de Chad. Era en parte con la nerviosa conciencia de tal perspectiva con lo que, abandonando a casi todos en las otras dos salas, abandonando a los invitados que ya conocía, así como a un tropel de brillantes extraños de ambos sexos y de notable variedad de idiomas, había deseado cinco tranquilos minutos con el pequeño Bilham, al que siempre encontraba bondadoso e incluso, un poco, inspirado, y al que tenía, además, algo concreto e importante que decir.

Hacía mucho que se había sentido —pues parecía haber pasado mucho tiempo— más bien humillado al saber que podía aprender, charlando con un personaje a quien tantos años llevaba, la lección de cierta comodidad moral; pero ya se había acostumbrado a esto, lo hubiera hecho diferente o no la mezcla del hecho con otras humillaciones, directa o indirectamente del ejemplo del pequeño Bilham, el ejemplo de contentarse con ser el oscuro y agudo pequeño Bilham que era. Le daba resultado, según entendía Strether; y nuestro amigo, en los momentos de retiro, esbozaba una triste sonrisa ante el hecho de que él, después de muchos años más, estuviera buscando todavía algo que diera resultado. Sin embargo, como hemos dicho, les sirvió en aquel brete a ambos por igual para encontrar un rincón un tanto apartado. Lo que particularmente lo volvía apartado era la circunstancia de que la música del salón era admirable, y contaba con dos o tres virtuosos del canto que era un gozo oír en privado. Su presencia daba distinción a la fiesta de Chad y el interés de calcular su efecto en Sarah era en realidad tan peliagudo que podía resultar doloroso. Indudablemente, con su sola persona, la mujer, motivo de la reunión, vestida de

fulgores bermejos que a Strether se le antojaron los resplandores del rayo, estaría en aquel momento en la vanguardia del círculo auditor y con la mirada absorta. Una mirada que no se había cruzado con la suya durante la maravillosa cena; pues había convenido directamente con Chad —quizá con cierta pusilanimidad— que se sentaría en el mismo lado de la mesa. Pero no tenía sentido, habiendo llegado ya con el pequeño Bilham a un punto insospechado de intimidad, a menos que pudiera coger la sartén por el mango.

—Usted que estaba donde podía verla, ¿qué piensa ella de todo esto? Es decir, ¿en qué sentido se lo toma?

—Oh, se lo toma, me parece a mí, como una prueba de que la petición de su familia está más justificada que nunca.

—¿No está pues complacida con lo que él le enseña?

—Al contrario; está complacida con ello y con su capacidad para hacer este tipo de cosas: más de lo que se haya sentido complacida en mucho tiempo. Pero ella quiere que él se lo enseñe *allí.* Él no tiene derecho a desperdiciarlo con gentes como nosotros.

—¿Quiere que lo traslade todo? —preguntó Strether.

Todo... con una excepción importante. Todo lo que ha «adquirido»... y ya sabrá él cómo. Para ello no hay ningún problema en esto. Ella dirigiría la empresa y hará la graciosa concesión de que Woollett sería, en términos generales y en ciertos aspectos, lo mejor para ella. No es que no haya de ser, además, en ciertos aspectos, lo mejor para Woollett. La gente de allí es igual de válida.

—¿Tan válida como usted y los demás? Ah, es posible. Pero en una ocasión como ésta —dijo Strether—, tanto en un caso como en otro, lo que cuenta no es las personas. Sino lo que ha posibilitado a éstas.

—Bueno —replicó su amigo—, ésa es su opinión. Yo le dije ya lo que pensaba respecto de lo que vale la pena. La señora Pocock ha *comprendido;* y esta noche está bajo el influjo de su entendimiento. Si pudiera echarle un vistazo a su cara entendería usted lo que digo. Ha puesto en orden sus ideas... a instancias de la música cara.

Strether lo tomó por el lado moderado.

—Ah, en tal caso pronto tendré noticias suyas.

—Yo no quiero asustarle, pero supongo que es probable. Sin embargo —prosiguió el pequeño Bilham—, si puedo serle mínimamente de algún estímulo...

—¡En modo alguno mínimamente! —y Strether le tendió una mano de simpatía al decir esto—. Nadie lo es mínimamente. —Con lo que, para demostrar con cuánto desenfado podía tomar aquello, dio unos golpecitos en la rodilla del compañero—. Debo afrontar solo mi destino y lo haré... ¡oh, ya lo verá! No obstante —añadió un momento después— usted *puede* ayudarme. Una vez me dijo —continuó— que Chad debía casarse. No entendí entonces como entiendo ahora que se refería usted a que debía casarse con la señorita Pocock. ¿Sigue pensando igual? Porque si es así... —concluyó—, quiero que cambie de idea inmediatamente. Puede usted ayudarme de esta forma.

—¿Puedo ayudarle con pensar que no debería casarse?

—Que no debería casarse, bajo ningún concepto, con Mamie.

—¿Con quién, entonces?

—Ah —replicó Strether—, eso no estoy obligado a decírselo. Pero con Mme. de Vionnet en cuanto pueda. Es una sugerencia.

—¡Oh!—exclamó el pequeño Bilham concierta brusquedad.

—¡Oh, precisamente! Pero él no tiene ninguna necesidad de casarse... En cualquier

caso, no estoy yo obligado a mirar por ello. Mientras que en el caso de usted, me parece que sí.

El pequeño Bilham se sentía divertido.

—¿Se siente obligado a mirar por mi matrimonio?

—Sí... después de todo lo que he hecho por usted.

El joven sopesó aquello.

—¿Y ha llegado al extremo de hacer eso?

—Bueno —dijo Strether, ante aquel planteamiento—, desde luego, debo recordar lo que usted ha hecho, a su vez, por *mí.* Tal vez tengamos que hablar de empate. Pero, de todos modos —prosiguió—, desearía que usted se casara con Mamie Pocock.

El pequeño Bilham rompió a reír.

—Bueno, pero si usted mismo, la otra noche, en este mismo lugar, me proponía un enlace totalmente distinto.

—¿Con Mlle. de Vionnet? —Bien, Strether no tenía reparo en admitirlo—. Eso, lo reconozco, fue una vana ilusión. Lo de ahora es política práctica. Quiero hacer algo de provecho por usted y por ella... y quisiera que usted hiciera lo mismo por nosotros. No le será difícil comprender que me ahorraría muchas molestias despachándole a usted en el acto. Usted le gusta. Usted la consuela. Y ella es espléndida.

El pequeño Bilham parecía mirar con delicado apetito una fuente repleta de manjares.

—¿De qué la consuelo?

Aquello hizo que su amigo se mostrara impaciente.

—Oh, vamos, ¡lo sabe usted muy bien!

—¿Y qué pruebas tiene usted de que le gusto?

—Bueno, el hecho de encontrarla, hace tres días, sola en su casa, con una tarde magnífica, esperándole a usted, y pendiente desde el balcón de que usted llegara. No sé qué más quiere.

El pequeño Bilham, al cabo de un instante, dio con ello.

—Saber solamente qué pruebas tiene usted de que *ella* me gusta a mí.

—Oh, si lo que le he contado no es suficiente, es que es usted un desalmado inconmovible. Además —Strether acicateó el vuelo de su fantasía—, dejó entrever usted su inclinación por el hecho de hacerla esperar adrede para ver si se preocupaba lo suficiente por usted.

Su compañero recompensó su habilidad con la deferencia de una pausa.

—No la hice esperar. Llegué a la hora convenida. No la habría hecho esperar por nada en el mundo —afirmó con honradez el joven.

—Mejor me lo pone... ¡es su oportunidad! —Strether, embriagado, procuraba convencerle—. Aun cuando usted no la tratase con justicia, por otro lado —continuó—, yo insistiría en que no se andase usted con rodeos. Ardo en deseos de que esto termine. Quiero —y nuestro amigo hablaba ahora con una solicitud que era en realidad avidez— haber hecho *esto* por lo menos.

—¿Que yo me case... sin un céntimo?

—Bueno, yo no voy a vivir eternamente; y le doy mi palabra de que le dejaré a usted hasta el último céntimo de que dispongo. No tengo mucho dinero, por desgracia, pero lo tendrá usted todo. La señorita Pocock, me parece, dispone de algo. Quiero —continuó Strether— ser, por lo menos hasta ese punto, constructivo... incluso expiatorio. Me he sacrificado tanto a los dioses ajenos que me parece que quiero dar constancia, como sea,

de mi lealtad, en el fondo siempre la misma, a los nuestros. Me siento como si tuviera las manos manchadas con la sangre de monstruosos altares extranjeros, de una fe distinta. Esta es la cuestión... y está decidido. —A lo que añadió a modo de explicación—: Es algo que se me ocurrió porque la idea de apartarla de Chad me ayuda a aclarar mi propia situación.

El joven, al oír aquello, se volvió con rapidez, de modo que quedaron frente por frente con hilaridad manifiesta.

—¿Quiere usted que yo me case porque conviene a Chad?

—No —rebatió Strether—; a *él* no le importa que usted se case o no. Es, sencillamente, porque conviene al plan que yo he tramado *para* él.

—¡Sencillamente! —y la coincidencia del pequeño Bilham fue en sí misma un significativo comentario—. Gracias. Pero yo pensaba —prosiguió— que usted no tenía ningún plan «para» él.

—Bueno, en tal caso digamos que es un plan para mí mismo, lo que puede traducirse, como dice usted, por no tener ninguno. La situación de nuestro joven se reduce a los hechos escuetos que hay que identificar. Mamie no le quiere y él no quiere a Mamie: esto, por lo menos, han puesto de manifiesto los últimos días. Es un hilo que puede conducirnos al ovillo.

Pero el pequeño Bilham siguió preguntando.

—Podrá uste_ d... ya que parece desearlo tanto. Pero ¿y yo?

El bueno de Strether meditó aquello con detenimiento, pero se vio obligado, desde luego, a admitir que sus esfuerzos, al parecer, habían caído en saco roto.

—Hablando con propiedad, no hay ningún motivo. Es cosa mía y he de afrontarla solo. Es sólo mi fantástica necesidad de no transigir con la dulzura de mis dosis.

—¿Qué son sus dosis? —preguntó el pequeño Bilham.

—Bueno, lo que tengo que tragar. No quiero endulzar mi situación.

Había hablado en el tono habitual de las conversaciones, pues en una estaba, pero con una oscura verdad acechando en los recodos de lo accesorio; circunstancia que, en aquel momento, no dejó de producir su efecto en su joven amigo. Los ojos del pequeño Bilham se posaron en él con cierta intensidad; luego, de pronto, como si todo se hubiera aclarado, lanzó una alegre carcajada. Parecía dar a entender que si fingiendo, o incluso intentando, y hasta esperando tener la posibilidad de ocuparse de Mamie iba a ser útil, entonces estaba totalmente a su disposición.

—¡Haría cualquier cosa por usted!

—Bueno —dijo Strether sonriendo—, cualquier cosa es lo que me hace falta. Creo que lo que más me gustó de ella —prosiguió— fue la forma en que, tras verla allí sola, cogiéndola desprevenida y alegrándome por saberla tan al margen de todo, vino a derribar mi castillo de naipes con su espontánea y complacida alusión al joven que estaba al llegar. Fue en cierto modo el detalle que yo necesitaba: ella en casa, esperando recibirle.

—Fue Chad, desde luego —dijo el pequeño Bilham— quien pidió al joven que estaba al llegar, !me gusta el nombre que me ha puesto!, que acudiera.

—Bueno, supongo que tiene que ser así, y gracias sean dadas a Dios por todo ello, en nuestras inocentes y naturales costumbres. Pero ¿sabe usted —preguntó Strether— si Chad está al tanto...? —Y entonces, como su interlocutor pareciera no comprender—. Bueno, si sabe qué piensa ella.

El pequeño Bilham, al oír aquello, adoptó una expresión de inteligencia; era como si la alusión le hubiera calado hondo, más que ninguna otra cosa hasta el momento.

—¿Lo sabe usted?

Strether negó con la cabeza ligeramente.

—Ahí no llego. Oh, por extraño que le parezca, hay cosas que no sé. Sólo alcanzaba a intuir que había en ella algo muy intenso, muy profundo también, que se guardaba para sí. Creía que se lo guardaba para sí y partía de este supuesto; pero al estar cara a cara con ella no tardé en descubrir que existía una persona con quien ella querría compartir el secreto. Yo había pensado que tal vez se trataba de mí... pero comprendí en seguida que su confianza conmigo era sólo a medias. Ella estaba en el balcón y yo había entrado sin que ella lo advirtiera; cuando se volvió para saludarme, manifestó a las claras que le esperaba a *usted* y en consecuencia dio muestras de desilusión; fue entonces cuando pesqué el primer cabo de la verdad. Media hora más tarde estaba en posesión de lo restante. Ya sabe lo ocurrido. —Miró a su joven amigo con fijeza... y entonces se sintió seguro—. A pesar de lo que diga usted, ella está por sus huesos. De modo que la tiene usted al alcance de la mano.

El pequeño Bilham, transcurridos unos instantes, se repuso a medias.

—Le aseguro a usted que ella no me ha dicho nada.

—Naturalmente que no. ¿Acaso le estoy sugiriendo que se va a arrojar en sus brazos sin más? Pero usted ha estado con ella todos los días, la ha visto a sus anchas, le ha gustado a usted mucho, y en eso me baso: y nada ha sido en vano. Usted sabe lo que ella piensa como sabe que ha cenado aquí esta noche: cosa que, por cierto, la habrá puesto mucho más a tono.

El joven soportó la descarga; tras lo cual procuró reponerse en lo que le faltaba.

—Yo no he dicho en ningún momento que no me sea simpática. Pero es altiva.

—Y con mucha elegancia. Pero no en exceso.

—Y es su altivez la que conduce sus actos. Chad —prosiguió con lealtad el pequeño Bilham— ha sido con ella de lo más amable. Y es terrible para un hombre cuando una chica está enamorada de él.

—Ah, pero ya no lo está.

El pequeño Bilham se le quedó mirando; entonces se puso en pie, como si la observación de su amigo, reiterativa e insistente, le hubiera puesto, en definitiva, muy nervioso.

—No, no lo está ya. Pero no ha sido —continuó— por culpa de Chad. El es intachable. Quiero decir que es posible que lo deseara. Pero ella salió con sus ocurrencias. Las había concebido ya en casa. Habían sido su motivo y su sostén al unirse a su hermano y su cuñada. Quería *salvar a* nuestro amigo.

—Ah, ¿como yo, desdichado de mí? —Strether se puso en pie asimismo.

—Ni más ni menos: tuvo un mal momento. No tardó en comprender, para su tranquilidad y sosiego, que, ay, que él estaba, que él está *ya* salvado. De modo que ya no tiene nada que hacer.

—¿Ni siquiera amarle?

—Le habría amado mejor si hubiera creído en él al principio.

Strether meditaba.

—Por supuesto, uno se pregunta qué idea se forjará una jovencita, respecto de un joven, de una historia y una situación así.

—Bueno, nuestra jovencita las consideraba, sin duda, oscuras, pero también, prácticamente, falsas. Lo falso, para ella, era lo oscuro. Chad resulta al cabo que es honrado, bueno y desconcertante, mientras que ella únicamente estaba preparada, y resuelta y decidida, para tratar con un hombre a quien creía todo lo contrario.

—No obstante, ¿no era su objetivo final —tanteó Strether— que el joven tenía que ser, *podía* ser, mejorado y redimido?

El pequeño Bilham caviló un momento, y entonces, con un leve cabeceo que prodigaba cierta ternura:

—Ha llegado demasiado tarde. Demasiado tarde para el milagro.

—Sí —su compañero lo comprendía bien—. Pero ¿y si el peor defecto de la situación de nuestro joven es que puede dar lugar a que ella se aproveche de la misma?

—Oh, ella no quiere «aprovecharse» de esa forma tan grosera. Ella no quiere aprovecharse de la obra de otra mujer: ella quiere el milagro que tendría que haber sido suyo. Para eso es para lo que ha llegado demasiado tarde.

—Strether advirtió plenamente que todo encajaba; sin embargo, parecía haber una pieza suelta.

—He de decir, compréndame, que la muchacha da la sensación, en este sentido, de ser fastidiosa: lo que aquí llamarían *difficile.*

El pequeño Bilham alzó bruscamente el mentón.

—¡Claro que es *difficile...* en cualquier sentido! ¿Qué otra cosa son nuestras Mamies, las mejores, las verdaderas, las auténticas?

—Entiendo, entiendo —repitió nuestro amigo, encantado con la solícita sabiduría que había terminado por provocar—. Mamie es una de las mejores, las verdaderas y las auténticas.

—Ni más ni menos.

—De lo que se deduce, en tal caso —prosiguió Stretheres que el pobrecito de Chad es, sencillamente, demasiado bueno para ella.

—Ah, demasiado bueno era lo que, a fin de cuentas, tenía què ser; pero era ella, ella y nadie más, quien tenía que haberle hecho así.

Todo encajaba de maravilla, salvo un último cabo suelto.

—¿Y, por ella, en el caso de que pudiera, no rompería él...?

—¿Con lo que ahora le domina? —Oh, el pequeño Bilham tenía para aquella pregunta el más incisivo de sus regímenes—. ¿Cómo va a romper, fueran cuales fuesen los términos, si está escandalosamente destrozado?

Strether sólo pudo afrontar la última pregunta con su atenta y pasiva complacencia.

—Bueno, gracias a Dios, no lo está *usted.* Usted está a salvo para ella, y con esto vuelvo, con tan hermosa y amplia manifestación, a mi argumento de hace un segundo: usted da claras muestras de que ella ha comenzado ya.

Lo más que podía decirse a sí propio, a modo de complemento —mientras su joven amigo se alejaba— era que la acusación no había tropezado por el momento con ninguna reiterada negativa. El pequeño Bilham, mientras se encaminaba donde la música, se limitó a girar las agradables orejas un instante, a la manera de un terrier al que echan agua; mientras Strether reincidía en la sensación —que le proporcionaba en aquellos días el máximo consuelo— de que era libre de creer en cualquier cosa que, a lo largo de los mojones de las horas, le mantuviera en movimiento. Había, sin duda, deslices y conmociones de este jaez horario, ocasionales concesiones a la ironía y a la fantasía,

frecuentes arrebatos instintivos de observación acumulativa, cada vez más violentos en cuanto a olores y colores y en que podía hundir la nariz hasta lo caprichoso. Este último recurso se le presentó, si a ello vamos, bajo la forma misma de su siguiente percepción, nada oscura: la imagen de un rápido y breve encuentro, en la entrada de la sala, entre el pequeño Bilham y la perspicaz señorita Barrace, que entraba mientras Bilham se alejaba. Al parecer le había hecho ella una pregunta, a la que él había replicado con un giro que vino a señalar a su reciente interlocutor; hacia el cual, tras un interrogante añadido por un recurso al aparejo óptico que parecía, como los demás ornatos femeninos, curioso y arcaico, aquella dama genial, sugiriendo más que nunca a los ojos del hombre los antiguos grabados franceses, los retratos históricos, se dirigió con una intención que Strether adivinó. Sabía él ya cuál sería la primera tecla que la dama pulsaría y comprendió, mientras ella se acercaba, toda la necesidad femenina de pulsarla. Nada, empero, había sido tan «maravilloso» entre ellos como la ocasión presente; y era la especial intuición femenina de dicha cualidad respecto de las ocasiones que ella estaba allí, como en casi todas partes, para proveer. La intuición estaba tan bien provista por la situación tocante a ellos que había dejado la otra sala, olvidado la música, rechazado la pieza, abandonado, en una palabra, el escenario mismo, que podía estar un minuto entre bastidores con Strether y así aparecer acaso como uno de los célebres augures, respondiendo, tras el oráculo, al guiño del otro. Sentada en aquel momento a su lado, donde el pequeño Bilham había estado, respondía ella, a decir verdad, a muchas cosas; comenzando en cuanto el hombre le hubo dicho —lo que esperaba le saliera sin fatuidad––:

—Las damas son extraordinariamente amables conmigo.

La mujer movió el largo mango, que desvió su objetivo visual; comprendió la mujer en el acto todas las ausencias, todas las atenciones desviadas, que les permitían la presente libertad.

—¿Qué remedio nos queda? Aunque, ¿no es eso precisamente lo que le inquieta? «Las damas»... oh, somos encantadoras y usted tiene que tener muchas a su disposición. Entiéndame, como tal, no creo estar chiflada por nosotras. Pero la señorita Gostrey, por lo menos esta noche, le ha dejado solo, ¿no? —con lo que volvió a mirar a su alrededor como si María pudiera andar al acecho.

—Oh, sí —dijo Strether—, me espera en casa. —Y como esto despertara en su compañera su alegre «¡Oh, oh, oh!», explicó que la espera afectaba a la incertidumbre y las súplicas—. Pensamos que lo mejor era que no viniese; de una forma o de otra, desde luego, le causa una gran preocupación. —Insistió el hombre en el sentido de su apelación a las mujeres y en que éstas podían afrontar la actitud masculina con humildad o con soberbia—. Sin embargo, ella se inclina a creer que yo lo contaré todo.

—Oh, yo también me inclino a creerlo —la señorita Barrace, con su risa, no iba a ser menos—. Sólo que la cuestión es *dónde,* ¿verdad? Sin embargo —prosiguió con entusiasmo—, si es en alguna parte, tiene que ser muy lejos, ¿no cree? Para hacemos justicia, me parece, entiéndame —dijo riendo—, todas queremos que llegue usted muy lejos. Sí, sí —repitió con su rápida y graciosa manera—; quremos que llegue usted muy, *muy* lejos. —Tras lo que quiso saber por qué había creído conveniente que María no acudiera.

—Oh —replicó él—, en realidad fue idea suya. A mí me habría gustado. Pero teme las responsabilidades.

—¿Y no es eso una novedad?

—¿El temor? Sin duda... sin duda. Pero los nervios la tienen destrozada.

La señorita Barrace observó al hombre durante unos momentos.

—Tiene mucho en juego. —A continuación, con menor seriedad—: El mío, por fortuna, no es tan decisivo.

—Por fortuna también para mí —replicó Strether—. El mío no es tan seguro, mi deseo de responsabilidades no es tan acuciante que no sepa que la consigna de esta ocasión es estar «más que contento». Si estamos tan contentos es porque Chad ha comprendido.

—Ha comprendido de manera asombrosa —dijo la señorita Barrace.

—¡Es maravilloso! —se le anticipó Strether.

—¡Es maravilloso! —exageró ella, para responderle; de modo que, frente por frente ante aquello, se limitaron a reír sin consideración alguna. Pero entonces añadió la mujer––: Oh, entiendo la consigna. Si uno no la tuviera se sentiría perdido. Pero una vez que se asimila...

—Es tan sencillo como sumar dos y dos. Desde el momento en que él tenía que hacer algo...

—¿Y este gentío —le atajó ella— es lo único que se le ocurrió? Mejor todavía, un auténtico jaleo —dijo riendo— o nada. La señora Pocock está empotrada, o enganchada, como quiera llamarlo; está tan maniatada que no puede ni moverse. Se encuentra en un maravilloso aislamiento —añadió de su cosecha la señorita Barrace.

Strether comprendió, sólo escrupuloso de la justicia.

—Sin embargo, le han presentado a todos los que están aquí.

—Es asombroso, pero es precisamente eso lo que la ata. Está emparedada, enterrada en vida.

—Strether pareció pensar en ello durante un momento; pero acabó por provocarle un suspiro.

—Oh, pero no está muerta. Necesita mucho más para morirse.

Su compañera hizo una pausa, que podía deberse a la compasión.

—No, yo no digo que esté acabada... o que haya de continuar así después de esta noche. —Seguía pensativa, como con remordimientos—. Simplemente, anda de capa caída. —Entonces, para enfocar el lado gracioso—: Aún respira.

—¡Aún respira! —repitió el hombre con el mismo humor—. ¿Y sabe usted —añadió–– lo que de veras me ocurre a mí esta noche... gracias a la belleza de la música, la alegría de las voces, el alboroto, en suma, de nuestra diversión y la oportunidad de su ingenio de usted? Que el ruido que la señora Pocock produce al respirar me impide, se lo aseguro a usted, oír nada más. Es, materialmente, lo único que oigo.

La mujer le miró fijamente con tintinear de cadenitas.

—Bueno... —exclamó con su eterna amabilidad.

—Bueno, ¿qué?

—Que la capa caída no le cubre la nariz —dijo bromeando la mujer—; y que eso le basta.

—¡Y a mí también! —exclamó Strether riendo—. ¿En serio la ha traído Waymarsh ––preguntó entonces— para que la vea a usted?

—Sí... pero ésa es la peor parte. No pude ayudarle a usted en nada. Y eso que lo he intentado.

—¿Y cómo lo intentó? —preguntó Strether.

—Bueno, pues no hablando de usted.

—Entiendo. Eso estuvo mejor.

—¿Qué habría sido peor entonces? Tanto hablando como guardando silencio —se quejó la mujer—;'de algún modo me «comprometo». Y nunca ha habido nadie salvo usted.

—Lo que demuestra —el hombre se mostraba magnánimo— que se trata de algo que no está en usted, sino en mí. La culpa es *mía.*

La mujer guardó silencio durante un momento.

—No, es del señor Waymarsh. Culpa de haberla traído. —Ah, entonces —dijo Strether de buen humor—, ¿por qué la ha traído?

—No podía evitarlo.

—Oh, ¿que usted fuera un trofeo... uno de los despojos de la conquista? Pero, bueno, en tal caso, puesto que usted se «compromete»...,

—¿No lo comprometo a *él* también? Sí, a él también lo comprometo. —La señorita Barrace sonrió—. Lo comprometo tanto como puedo. Pero para el señor Waymarsh no es mortal. Es, por lo que afecta a su maravillosa relación con la señora Pocock, favorable. ––Entonces, como el hombre pareciera estar todavía un poco en Babia—: El hombre que me conquistó, ¿no comprende? Para ella, obtenerlo de mí no fue sino un incentivo adicional.

Strether comprendía, pero como si su andadura estuviese preñada de sorpresas.

—¿Es «de» usted, entonces, de donde lo ha conseguido ella?

La mujer se divirtió con la momentánea confusión del hombre.

—¡Imagínese mi lucha! Ella cree en su triunfo. Creo que ha sido parte de su alegría.

—¡Oh, su alegría! —murmuró Strether con escepticismo.

—Bueno, ella piensa que ha tenido su oportunidad. ¿Y qué es esta noche para ella sino una especie de apoteosis? Su vestido está muy bien.

—¿Lo bastante bien para entrar en el cielo? Porque después de una auténtica apoteosis —prosiguió Strether—, no queda *sino* el cielo. Para Sarah no existe sino el mañana.

—¿Y quiere decir usted que no encontrará el mañana celestial?

—Bueno, quiero decir que esta noche me parece, respecto de ella, demasiado buena para ser cierta. Ya ha tenido su ración; es decir, tiene en este momento y está a punto de comerse la ración mayor y más sabrosa. Y no habrá ninguna otra. Ciertamente, yo no tengo ninguna. Como mucho, no puede ser sino Chad. —Strether siguió descifrando la situación como si se diera para común regalo—. El puede tener una y tan grande que podría ahogarle; sin embargo, se me ocurre que si la tuviera...

—¿No debería —comprendió la mujer— haber traído todo este embrollo? Es posible que no y, si se me permite ser franca, deseo ardientemente que no tenga ninguna. Desde luego, no haré ahora —añadió— como que no sé de qué se trata.

—Oh, me parece que ya lo sabe todo el mundo —admitió el bueno de Strether pensativamente— y sería extraño y divertido creer a todos los presentes sabiendo, observando y esperando.

—Sí... ¿verdad que sería divertido? —dijo la señorita Barrace—. Así *somos* en París. —A la mujer le complacía siempre añadir algo más a aquella rareza—. ¡Es maravilloso! Pero, entiéndame —afirmó—, todo depende de usted. No quiero ensañarme con usted,

pero eso es prácticamente lo que ha dado a entender al alegar que estábamos encima de usted. Sabemos que es usted el protagonista del drama y nos hemos reunido para ver qué hará.

Strether la observó un momento con un entendimiento quizá un tanto anublado.

—Creo que por eso se ha refugiado el protagonista en este rincón. El héroe se asusta de su heroísmo... no está a la altura de su papel.

—Ah, pero todos creemos que seguirá interpretando. Por eso —prosiguió la señorita Barrace con amabilidad— nos tomamos tanto interés en usted. Sabemos que estará usted a la altura de las circunstancias. —Y entonces, como pareciera que el hombre no acababa de entusiasmarse del todo—: No lo consienta.

—¿Que Chad se vaya?

—Exacto: reténgalo. Con todo esto —y señaló al multitudinario tributo— ya ha hecho suficiente. Le queremos: es encantador.

—Es muy hermosa —dijo Strether— la forma que tienen ustedes de simplificar las cosas cuando quieren.

Pero ella sabía cómo replicarle.

—No es nada en comparación con la forma en que usted convence cuando debe hacerlo.

El hombre parpadeó ante aquello como ante la misma voz de una profecía y quedó un momento callado. Retuvo a la mujer, sin embargo, cuando pareció ir a dejarle solo en la pausa más bien fría que se había hecho en la conversación.

—Francamente, esta noche no hay ni rastro de ningún héroe; el héroe escurre el bulto, falta a su deber, el héroe está avergonzado. En consecuencia, me parece, de quien deben ocuparse todos ustedes es de la heroína.

La señorita Barrace tardó un minuto en contestar.

—¿La heroína?

—La heroína. A quien —dijo Strether— nunca he tratado como a tal. Oh—dijo suspirando—, ¡qué mal lo hago!

Ella quiso tranquilizarle.

—Lo hace lo mejor que puede. —Y luego, tras otra vacilación—: Creo que está satisfecha.

Pero el hombre seguía compungido.

—Ni siquiera me he acercado a ella. Ni siquiera la he mirado.

—Ah, entonces no sabe usted lo que se ha perdido.

El hombre dio a entender que no lo ignoraba.

—¿Está más maravillosa que nunca?

—Más que nunca. Con el señor Pocock.

—Mme. de Vionnet... ¿con Jim? —preguntó Strether, sorprendido.

—Mme. de Vionnet... con «Jim». —La señorita Barrace era realista.

—¿Y qué hace con él?

—Ah, es a *él* a quien debe usted preguntar.

La cara de Strether se iluminó otra vez ante aquella idea.

—Será divertido. —Sin embargo seguía asombrado—. Pero ella tiene que saber algo.

—Desde luego: sabe un sinfín de cosas. La primera —dijo la señorita Barrace, balanceando los impertinentes— que interpreta un papel. Y su papel consiste en ayudarle *a usted.*

Parecía que nada hubiera ocurrido; los eslabones se soltaban, las conexiones se eludían, pero era como si, de repente, estuvieran tocando el meollo mismo del asunto.

—Sí; muchísimo más —reflexionó Strether con gravedad— que yo *a ella.* —Todo se le vino encima como con la inminente presencia de la belleza, la gracia, el intenso, simulado estado de ánimo con que él había sido, según él mismo decía, puesto fuera de contacto—. *Ella* es valiente.

—¡Ah, ella es valiente! —la señorita Barrace estaba muy de acuerdo; y fue como si, durante un momento, vislumbraran la magnitud en el rostro del otro.

Pero, a decir verdad, lo importante estaba presente.

—¡Cuánto más debe ella preocuparse!

—¡Ah, helo ahí. Ella se preocupa. Pero ¿no es como si —añadió la señorita Barrace con consideración— usted hubiera tenido sus dudas al respecto?

Strether, de súbito, quiso creer que realmente no las había tenido nunca.

—Bueno, por supuesto es la clave del asunto.

—*Voilà!*—exclamó la señorita Barrace sonriendo.

—Es la razón por la que uno se confiesa —prosiguió Strether—. Y es el motivo por el que uno se ha quedado tanto tiempo. Y es también —insistió— la razón de que uno se vaya a casa. Es la razón... la razón...

—¡Es la razón de todo! —convino ella—. Es la razón por la que ella puede tener esta noche, a pesar de lo que parezca y haga, y a pesar de cuanto haga su amigo «Jim», unos veinte años. Es otra de las cosas que sabe; quiere ser, para él, y quiere ser tan desenvuelta y encantadora como le sea posible, tan joven como una muchacha.

Strether contribuía a distancia.

—¿Para «él»? ¿Para Chad...?

—Para Chad, en cierto modo, siempre, claro. Pero en particular, esta noche, para el señor Pocock. —Y entonces, como su amigo siguiera absorto—: Sí, ¡es muy valiente! Pero tiene también otra cosa: un elevado sentido del deber. —La cosa estaba más que suficientemente ante ellos—. Cuando el señor Newsome tiene las manos tan ocupadas con su hermana...

—Lo mínimo que puede hacerse —continuó Stretheres... ¿que ella se ocupe del marido de la hermana? Sí, es lo mínimo. Así que se ha ocupado de él.

—Se ha ocupado de él. —Era todo lo que la señorita Barrace había querido decir.

Sin embargo, fue suficiente.

—Tiene que ser divertido.

—Oh. Es divertido. —Esto, naturalmente, encajaba en esencia.

Pero les hizo retroceder.

—¡Cuánto, en efecto, se preocupa! —En respuesta a lo cual, la interlocutora de Strether dejó caer iln comprensivo «¡Ah!», que acaso manifestara cierta impaciencia ante el tiempo que se tomaba el hombre para hacerse con ello. La mujer se había acostumbrado hacía un buen rato.

II

Cuando, una mañana, en la misma semana, se dio cuenta de que todo iba a caerle encima por fin, la inmediata sensación de Strether fue de alivio absoluto. Se había dado cuenta, aquella misma mañana, que algo iba a ocurrir: lo había sabido, en un momento,

por el comportamiento de Waymarsh cuando éste se presentó ante él mientras desayunaba un café y un suizo en la pequeña y resbaladiza *salle à manger,* tan asociada ahora a las enjundiosas meditaciones. Strether había tomado allí últimamente algunas solitarias y abstraídas comidas; allí comulgaba, incluso a fines de junio, con un sospechoso escalofrío, el aire de viejos estremecimientos mezclado con viejos sabores, el aire en que tantas impresiones habían madurado con perversidad; el lugar, mientras tanto, le enviaba continuamente sus mensajes por la precisa circunstancia de que estaba solo. Allí pasaba la mayor parte del tiempo, suspirando suavemente, mientras inclinaba un tanto la *carafe,* a propósito de lo mucho mejor ocupado que estaba Waymarsh. Aquel era realmente su triunfo, según el patrón común: haber sabido guiar en todo momento a su compañero. recordaba que, al principio, apenas había habido un sitio polémico por donde le hubiera inducido a pasar; el último pronóstico anunciaba que, por lo menos, apenas había uno ante el que pudiera contener su precipitación. Su precipitación —como Strether se la representaba gráfica y humorísticamente— había desembocado en Sarah y contenía acaso, además, la clave de todo el enigma, estimulaba, con su delicada y sabrosa espuma, el principio fundamental, para bien o para mal, de su propia perspectiva, la perspectiva de Strether. Podía, al final, resultar sólo que se habían unido para salvarle y, ciertamente, por lo que a Waymarsh respectaba, esto *tenía* que ser el motor de la acción. Strether se alegraba, de todos modos, en relación con el caso, de que la salvación que él necesitaba no fuera más breve; lujo tan cabal no hacía, bajo determinadas luces, sino perfilarse a la plena luz. Había momentos en que se preguntaba muy seriamente si Waymarsh, gracias a una antigua amistad y una condescendencia lógica, haría tan buenas amistades en su nombre como las hacía para sí propio. No serían las mismas relaciones, por supuesto; pero podían tener la ventaja de que él, probablemente, no sería capaz de hacer ninguna en absoluto.

Nunca se quedaba, por la mañana, mucho rato, pero Waymarsh ya había bajado y, tras echar un vistazo al mal iluminado comedor, se le acercó con menos cordialidad que de costumbre. Se había asegurado, por la superficie de cristal que daba al jardín, de que estarían solos; de hecho, había algo en él que sabía medir el espacio. Vestía prendas de verano; y, salvo que su blanco chaleco quedaba chillón y excesivo, tales adminículos le favorecían, realzaban su expresión. Llevaba un sombrero de paja que su amigo aún no había visto en París y lucía una estupenda rosa en un ojal. Strether supo, en el acto, lo que le ocurría: que, en pie desde hacía una hora, la húmeda juventud del día, tan agradable, en aquella temporada, vibraba con la emoción de la aventura y había ido con la señora Pocock, indudablemente, al Marché aux Fleurs. Strether tenía plena conciencia, en la imagen que protagonizaba el amigo, de una alegría que tenía cierto parentesco con la envidia; tan inversas, mientras permanecía allí, parecían sus antiguas posiciones; tan relativamente triste se presentaba, por un rápido giro de la rueda de la fortuna, la situación del peregrino de Woollett. Se preguntaba, dicho peregrino, si él al principio habría dado a Waymarsh la impresión de audacia y de, bueno, de estar tan lanzado, como el segundo parecía tener el privilegio de dar en aquel momento. Recordaba que su amigo le había observado ya en Chester que su aspecto desmentía su alegato de abatimiento; pero en aquella situación habría sido difícil encontrar un aspecto menos vinculado con la inminencia del desastre que el de Waymarsh. Strether, en cualquier caso, nunca había tenido el aspecto de un colono sureño de los días gloriosos: pues tal era la imagen pintorescamente sugerida por la afortunada combinación de la cara negruzca y el ancho

panamá de su visitante. Este tipo, le gustaba considerar además, había sido, en relación con Waymarsh, el objeto de las atenciones de Sarah; estaba convencido de que el gusto femenino no había sido extraño a la ocurrencia y compra del sombrero, no más que culpables los delicados dedos de la mujer en la colocación de la rosa. Le vino a la cabeza, en medio de aquel flujo de pensamientos, pues cosas tan extrañas se le ocurrían, que *él* nunca se había levantado con las gallinas para acompañar a una mujer brillante al Marché aux Fleurs; esto no podía achacársele ni en relación con la señorita Gostrey ni con Mme. de Vionnet; la práctica de levantarse temprano para ir en busca de aventuras no podía, en modo alguno, imputársele. Se le ocurrió entonces que precisamente en esto radicaba su caso: siempre se le escapaban las cosas, gracias a su especial habilidad para no hacerse con ellas, mientras que los demás las atrapaban siempre gracias a un gesto distinto. Y eran los demás quienes parecían recatados y él el que daba la sensación de concupiscencia; era él, sin saber cómo, quien pagaba al final y los demás quienes se llevaban la mejor parte. Sí, acabarían conduciéndole al patíbulo y aún no sabría del todo para qué. En este sentido, casi se sentía ya en el patíbulo y, a decir verdad, se sentía más bien contento. Se le antojaba que *como* estaba ansioso... por este solo motivo Waymarsh estaba tan radiante. Era *su* excursión terapéutica, en cambio, lo que probaba el triunfo: que era, precisamente, lo que Strether, haciendo planes y esforzándose al máximo, había querido que fuera. Esta verdad brotaba ya de los labios del compañero; una amabilidad exhalada por ellos como con el calor del ejercicio y también, un poco, como con la animación de la prisa.

—La señora Pocock, que he dejado hace un cuarto de hora en el hotel, me ha pedido que te diga que le gustaría encontrarte aquí en casa dentro de una. hora aproximadamente. Quiere verte; tiene algo que decirte, o cree, me parece, que tú puedes tenerlo: de modo que le pregunté que por qué no venía directamente. No ha estado aquí todavía, a conocer nuestra morada; y me encargué de decirle que sin duda te encantaría recibirla. La cuestión, por tanto, ya lo ves, es quedarse aquí hasta que venga.

El aviso se había hecho con gentileza, aunque, según la costumbre de Waymarsh, con cierta solemnidad; pero Strether advirtió en él rápidamente otras cosas que los ligeros adornos. Era la primera muestra de que había una intención; lo que le aceleró el pulso; lo que no hacía sino poner de manifiesto, por fin, que habría tenido que agradecerlo de no haber sabido cuál era su posición. Había terminado el desayuno; lo apartó con la mano y se puso en pie. Había muchos elementos sorprendentes, pero sólo uno dudoso:

—¿La cuestión es que tú también esperes? —Waymarsh había sido un tanto ambiguo.

No fue ambiguo, sin embargo, después de esta pregunta; y la inteligencia de Strether no había abierto, sin duda, una boca tan ancha y efectiva como la que había de abrir durante los cinco minutos siguientes. No entraba en los deseos del amigo, al parecer, contribuir a la recepción de la señora Pocock; entendía a la perfección el ánimo con que iba a presentarse esta mujer, pero su relación con la visita se limitaba a su —bueno, por así decir— participación en la tarea de promoverla un poco. Había pensado, y hecho saber a ella, que Strether pensaría sin duda que ella ya había estado antes allí. En cualquier caso, según resultó, había deseado, desde hacía bastante, visitar el lugar.

—Le dije —dijo Waymarsh— que habría sido una brillante idea haberlo hecho antes.

Strether habló con tanta claridad que casi desconcertaba.

—Pero ¿por qué no lo ha hecho antes? Me ve todos los días: no tenía más que concertar una cita. No he hecho más que esperar.

—Bueno, le dije algo así. Y ella dijo que también ha estado esperando. —Se trataba, de la forma más rara del mundo, por lo que manifestaba aquel tono, de un Waymarsh nuevo, vivaz, acuciante, zalamero; un Waymarsh consciente con una conciencia distinta de la que ya había revelado y puesta en evidencia en aquel momento casi entre insinuaciones. No le faltaba más que tiempo para la persuasión absoluta y Waymarsh iba a comprender en un instante por qué. Mientras tanto, sin embargo, percibió nuestro amigo, anunciaba un paso de cierta magnanimidad de parte de la señora Pocock, de manera que podía desautorizar una pregunta brusca. De hecho, era su elevada intención suavizar al máximo las preguntas bruscas. Miraba a su camarada fijamente a los ojos y jamás había apreciado en ellos por tan silenciosos procedimientos tanta confianza y tan buen consejo. Todo lo que había entre ellos lo tenía otra vez ante sí, pero madurado, archivado y por último puesto a punto—. El caso es —añadió— que va a venir.

Considerando cuántas piezas tenían que encajar, todas entraron en el cerebro de Strether, en rápido y perfecto orden. Comprendió en el acto lo que había ocurrido y lo que probablemente ocurriría; y era más que gracioso. Fue, quizás, esta libertad apreciativa, precisamente, lo que culminó con un relampagueo de su buen ánimo.

—¿Para qué va a venir? ¿Para matarme?

—Viene para. ser muy, *muy* amable contigo y permíteme decir que tú no debes serlo menos con ella.

Esto lo había dicho Waymarsh con la seriedad de una advertencia y mientras permanecía inmóvil supo Strether que no necesitaba sino un movimiento para adoptar la actitud de un hombre que recibe graciosamente un regalo. El regalo era el de la oportunidad que el viejo y querido Waymarsh se arrogaba de haber adivinado en él el leve dolor de no haber gozado todavía plenamente; así se lo había ofrecido, como en una pequeña bandeja de plata, con familiaridad, aunque también con delicadeza: sin ceremonias engorrosas; y había que inclinarse, sonreír y estar reconocido, había que aceptarlo, utilizarlo y dar las gracias. No había que pedir a uno —aquí radicaba su belleza— que se apartara demasiado de su propia dignidad. Ni extrañarse de que el viejo amigo floreciese en aquel aire suave de su propia hechura. A Strether le pareció por un momento que Sarah estaba, de hecho, paseándose fuera. ¿No rondaba acaso la *porte—cochère* mientras su amigo le preparaba la entrada? Strether no la recibiría sino para aceptarlo todo y todo discurriría del mejor modo en el mejor de los mundos posibles. Jamás había estado tan al tanto de las intenciones de una persona como, a la luz de aquella manifestación, lo estaba él de las de la señora Newsome. Habían pasado a Waymarsh por mediación de Sarah, pero habían pasado a Sarah por mano de su propia madre, de modo que no había ruptura en la cadena por la que pasaban *a él.*

—¿Ha ocurrido algo en particular —preguntó al cabo de un minuto— para esta decisión tan repentina? ¿Ha sabido ella algo inesperado de casa?

Waymarsh, al oír aquello, le pareció a él, se le quedó mirando con mayor fijeza que nunca.

—¿Inesperado? —Sufrió una breve vacilación; acto seguido, empero, habló con firmeza—. Nos vamos de París.

—¿Os vais? Eso sí es repentino.

Waymarsh manifestó una opinión distinta.

—Menos de lo que parece. El objeto de la visita de la señora Pocock es explicarte que no lo es.

Strether no sabía en absoluto si tenía de veras alguna ventaja, cualquiera con que pudiese contar como tal; pero disfrutaba por el momento —como si fuera la primera vez en su vida— de la sensación de haberla sacado. Se preguntó —lo que no era poco divertido— si se sentiría como se sienten los atrevidos.

—Aceptaré gustoso, de verdad, cualquier explicación. Recibiré a Sarah con sumo placer.

El destello sombrío apenas despuntó en los ojos de su camarada; pero le asombró su manera de desvanecerse. Estaba demasiado mezclado con otras impresiones, demasiado perfumado, por así decir, por el aroma de las flores. Y a decir verdad lo lamentó en el momento preciso: ¡querido destello sombrío! Algo sencillo y directo, algo pesado y hueco había desaparecido con él; algo por lo que había conocido mejor a su amigo. Waymarsh no sería su amigo, en cierto modo, sin el ocasional ornato de la ira de los justos, y el derecho a la ira de los justos —inestimablemente precioso para la simpatía de Strether— también parecía, sin saber cómo, del brazo de la señora Pocock, haberlo perdido. Strether recordaba la ocasión, a principios de su estancia, en que, en aquel mismo lugar, se había manifestado con un ávido y ominoso «¡Abandono!»: y, mientras lo recordaba, intuyó que le faltaba muy poco para decir él lo mismo. Waymarsh lo estaba pasando bien: ésta era la certeza que le atribulaba, y ello ocurría allí, ocurría en Europa y al amparo de circunstancias que en última instancia no aprobaba; todo lo cual le colocaba en una situación falsa, sin resultado posible: no, por lo menos, al gran estilo. Prácticamente al estilo de quien —casi al estilo del buen Strether— en vez de responsabilizarse de las cosas concentra sus esfuerzos en las justificaciones.

—No voy directamente a los Estados Unidos. El señor y la señora Pocock y la señorita Mamie, piensan hacer un breve viaje antes de volver y hemos hablado estos últimos días de unir nuestros contingentes. Nos hemos puesto de acuerdo y tomaremos el barco todos juntos a fines del mes que viene. Pero mañana mismo nos vamos a Suiza. La señora Pocock tiene necesidad de ver paisajes. No ha tenido ocasión de ver muchos.

También era valiente el estilo del amigo, que no ocultaba nada, confesaba todo lo que había y sólo dejaba a Strether la opción de determinadas conexiones.

—¿Es que la señora Newsome ha telegrafiado a su hija la orden de «abandonar»?

El gran estilo, ciertamente, ante aquello, asomó un tanto las orejas.

—Nada sé de los telegramas de la señora Newsome.

La mirada de ambos se cruzó entonces con cierta intensidad: durante cuyos escasos segundos ocurrió algo que no guardaba proporción con el tiempo empleado. Ocurrió que Strether, mientras observaba a su amigo, no estimó cierta la respuesta de éste: a consecuencia de lo cual ocurrieron otras cosas. Sí: Waymarsh *sabía* de los telegramas de la señora Newsome: ¿con qué otro objeto habían cenado juntos en Bignon's? Pareció a Strether por un momento que había sido a la misma señora Newsome a quien habían obsequiado con aquella cena; y, para el caso, que ella tenía que haberlo sabido y, por así decir, bendecido y consagrado. Sufrió la rápida y confusa imagen de telegramas diarios, preguntas, respuestas, consignas; más que clara fue la visión de los gastos en que exaltada, se disponía a incurrir la dama de Norteamérica. No menos vívido fue el recuerdo de lo que, en el curso de las prolongadas observaciones a que él le había sometido, habían costado a la mujer sus exaltaciones. Estaba claro que la mujer sufría ahora una de sus exaltaciones y Waymarsh, que se imaginaba pisando terreno firme, no estaba sino suspendido en el aire de la factura femenina. Todas las referencias del

informe masculino le indicaban que la mujer había condescendido ya con un trato cordial con el individuo, aunque nada la había despojado tanto de una especial aureola de consideración.

—¿No sabes —preguntó— si Sarah ha recibido instrucciones tendentes a que yo vaya también a Suiza?

—No sé nada —dijo Waymarsh con la mayor gallardía que pudo— de los asuntos privados de esta mujer, aunque la creo actuando en conformidad con hechos que me merecen el mayor de los respetos. —Máxima gallardía hubo, pero siempre con el mismo estilo: como tenía que ser la comunicación de tan triste informe. Él lo sabía todo, intuía Strether cada vez con mayor intensidad, todo lo que de aquella forma negaba, y su pequeño castigo era ni más ni menos que estar condenado a una segunda mentira. ¿Qué posición más falsa, teniendo en cuenta al individuo, podía pedir el más vengativo? Terminó por forcejear en un brete que, tres meses atrás, sin duda habría salvado fácilmente—. La señora Pocock estará probablemente preparada para dar satisfacción a cualquier pregunta que le hagas. Pero —continuó—, *¡pero. ..!—Y* aquí se quedó trabado.

—¿Pero qué? ¿Que no le haga demasiadas?

Waymarsh parecía generoso, pero el daño ya estaba hecho; no pudo, pareciera lo que pareciese, por menos de sonrojarse.

—No hagas ninguna que puedas lamentar.

Era una atenuación, supuso Strether, de otra cosa que había tenido en la punta de la lengua; era una brusca caída en el terreno del lenguaje directo y por tanto tenía la voz de la sinceridad. Había caído en el tono suplicante y esto, inmediatamente, para nuestro amigo, había mutado el juicio y rehabilitado al amigo. Estaban en el mismo nivel de comunicación en que habían estado, aquella primera mañana, en el salón de Sarah y en presencia de ésta y de Mme. de Vionnet; y el aprecio de una buena voluntad inmensa era otra vez, a fin de cuentas, posible. Sólo que la cantidad de información que Waymarsh había dado entonces por supuesta se había duplicado y decuplicado ya. Lo que quedó patente cuando dijo:

—Desde luego, no hace falta decir que espero que vengas con nosotros. —Fue entonces cuando las implicaciones y expectativas encerradas en el amigo parecieron a Strether casi sentimentalmente grandiosas.

El segundo le dio unas palmaditas en el hombro mientras le daba las gracias y declinaba la cuestión de unirse a los Pocock; manifestó la alegría que sentía al verle otra vez tan arrojado y desenvuelto, y, de hecho, casi se despidió allí mismo.

—Por supuesto, volveremos a vernos antes de que te vayas; pero antes quisiera agradecerte lo mucho que has hecho al disponer de manera tan apropiada lo que me has dicho. Voy a dar un paseo por el jardín, por ese pequeño y querido jardín que tanto hemos frecuentado durante estos dos últimos meses, para solaz de nuestros arrebatos y desánimos, de nuestras dudas y resoluciones; en él estaré, lleno de impaciencia y nerviosismo, házselo saber a Sarah, por favor, hasta que ella tenga la bondad de venir. Déjame a solas con ella sin temor —y lanzó una carcajada—; te juro que no le haré ningún daño. No creo tampoco que ella me haga ningún daño a mí; estoy en una situación en que el dolor, desde hace algún tiempo, ya no tiene importancia. Además, no es *eso lo* que te preocupa... ¡no, no digas nada! Todos estamos perfectamente, lo que no era sino la cantidad de buen término que pedíamos para nuestra aventura. Al parecer no estábamos muy bien antes; pero nos hemos recuperado, teniendo en cuenta todo lo sucedido, en

seguida. Deseo que lo pases muy bien en los Alpes.

Waymarsh alzó los ojos para mirarle, como si estuviera a sus pies.

—Creo que no *debo* ir.

Era la conciencia de Milrose con la misma voz de Milrose, pero ¡oh!, tan débil e indecisa. Strether se sintió avergonzado de pronto por él y procuró alentarle.

—No: debes ir, debes ir... en cualquier dirección que te sea grata. Vivimos horas preciosas, que no pueden repetirse a nuestra edad. Que no tengas que decirte en Milrose, el próximo invierno, que no tuviste valor para afrontarlas. —Y entonces, como su compañero le mirase con extrañeza—: Dedícate a la señora Pocock

—¿Que me dedique a ella?

—Le eres de una gran ayuda.

Waymarsh contempló aquello como si se tratase de algo desagradable, aunque indudablemente cierto, y que, sin embargo, resultaba irónico decir.

—Es más de lo que tú tienes, entonces.

—Esa es precisamente tu oportunidad y tu ventaja. Además —dijo Strether—, yo también contribuyo a mi manera. Sé lo que quiero.

Waymarsh no se había quitado el enorme panamá y, encontrándose ya junto a la puerta, su última mirada, sombreada por aquél, había regresado a la oscuridad y la alarma.

—¡Yo también! Escucha, Strether...

—Sé lo que vas a decir. ¡Abandónalo todo!

—¡Lo abandono todo! —Pero la frase careció de la antigua intensidad; nada de ésta quedaba ya; y desapareció de la estancia con el hombre.

III

Casi lo primero, sobradamente extraño, que, aproximadamente una hora más tarde, se sorprendió haciendo Strether en presencia de Sarah fue hacer una clara observación a propósito del fracaso, en el amigo común, de lo que había sido al parecer su gran distinción. Era como si —cosa a la que aludió, naturalmente, al gran estilo— el querido compañero la hubiera sacrificado en busca de algún otro beneficio; que sólo él, por supuesto, tendría que calcular. Es posible que físicamente estuviera mucho más sano que cuando su primera salida. Era todo tan prosaico, tan relativamente triunfalista y vulgar. Pero, por fortuna, si se reparaba en ello, la mejoría era tan grande que carecía de importancia el precio que hubiera pagado.

—Tú sola, querida Sarah —se decidió Strether a decir— le has hecho, me parece, en estas tres semanas, mucho más bien que el resto de su tiempo junto.

Era una decisión porque, en cierto modo, el orden referencial era, dadas las circunstancias, divertido, y más divertido aún por la actitud de Sarah, por la transformación que los acontecimientos habían producido en el aspecto de la mujer. Este aspecto era, a decir verdad, lo más gracioso de todo: el ánimo que le adivinó por estar allí en cuanto estuvo allí, el esbozo de oscuridad que se aclaró para el hombre en cuanto estuvo sentado con ella en el pequeño *salon de lecture* que había, casi siempre, durante todas aquellas semanas, presenciado el desvanecimiento del entusiasmo de sus primeras conversaciones con Waymarsh. Era inmenso, del todo tremendo que la mujer hubiera acudido: esta verdad se abrió paso en el hombre a pesar de haber alcanzado ya, por sí

solo, una diáfana imagen al respecto. El hombre había hecho exactamente lo que había prometido a Waymarsh: había paseado por el jardín mientras esperaba la llegada de la mujer; e intensificado, con aquel ejercicio, unas luces que se le antojaban ya inundando la escena. La mujer se había decidido a dar aquel paso para dar al hombre la oportunidad de dudar, a fin de estar en situación de decir a su madre que había, incluso hasta la bajeza, allanado el camino del hombre. La duda consistía en si el hombre comprendería o no dicho allanamiento: y la advertencia había venido probablemente del más despegado espíritu de Waymarsh. Waymarsh, en cualquier caso, sin que cupiera ninguna duda, había hecho sentir su peso en la balanza: y había señalado la importancia de ahorrar al amigo todo perjuicio. La mujer había sido equitativa con el ruego y no lo iba a ser menos con un elevado ideal que se había acomodado en su situación contemporánea. El cálculo femenino se reflejaba con notoriedad en la inmovilidad en que mantenía su larga sombrilla, recta y derecha, y en la extensión del brazo, que daba la sensación de que había elegido aquel lugar para plantar su bandera; en las diversas precauciones que tomaba para no mostrarse nerviosa; en la agitada calma con que se limitaba a esperarle. Las dudas abandonaron el terreno de la posibilidad desde el momento en que el hombre comprendió que la mujer no había ido a verle con ninguna propuesta; que su interés consistía únicamente en poner de manifiesto lo que había ido a recibir. Había ido a recibir su sumisión y Waymarsh tenía que haberle aclarado que la mujer no esperaría ni una molécula menos. El anfitrión de la dama comprendía infinidad de materias en aquel escenario apropiado; pero una de las que comprendía con mayor claridad era que el nervioso amigo no le había tendido la mano solicitada. Waymarsh le había deslizado por el contrario la petición de que la mujer tuviera oportunidad de encontrar al hombre apacible y mientras paseaba por el jardín, antes de la aparición femenina, Strether había calculado con celo las diversas posibilidades de tal estado. La dificultad estribaba en que si él se mostraba apacible no estaría a la altura de las intenciones femeninas. Si ella le quería lúcido y consciente —como toda ella parecía pedir a gritos—, ella no debía, por consiguiente, escatimar nada para que fuera así. Consciente estaba, la verdad sea dicha, sólo que de demasiadas cosas. De modo que la mujer debía elegir la que quería.

Sin embargo, prácticamente se puso de manifiesto ella sola al final y cuando esto hubo ocurrido ambos se encontraban de lleno en el núcleo mismo de la vicisitud. A decir verdad, cualquier cosa habría servido; cuando Strether había sacado a relucir la partida de Waymarsh, que necesariamente había hecho referencia a la idéntica intención de la señora Pocock, quedó a un paso de la lucidez suprema. Después de esto hubo, ciertamente, una luz tan intensa que Strether, sin duda, no habría sino descubierto a medias, ante el prodigioso resplandor, por cuál de las dos se había visto precipitado en realidad el asunto. Era, en el reducido espacio que ocupaban, como si entre los dos hubiera caído algo estrepitosamente al suelo. La sumisión masculina era un convenio que había que aceptar en el plazo de veinticuatro horas.

—Se irá en seguida si usted habla con él: me ha jurado por su honor que lo hará así. ––Esto sucedió, atendiendo al orden y a propósito de Chad, después del derrumbe. Y ocurrió repetidas veces durante el tiempo que se tomó Strether para saber que su rigor era más inamovible de lo que había supuesto: tiempo que no dilató ni un segundo diciendo a la mujer que tal forma de plantear las cosas, de parte de su hermano, le sorprendía bastante. La mujer no era ya graciosa al final: era elegante y el hombre adivinó con facilidad en qué punto era fuerte, fuerte para sí propia. Aún no se le había ocurrido pensar

que la mujer era oficiosa en nobleza y cortesía. Actuaba en nombre de un interés mayor y más diáfano que el de su pobre y humilde persona, pobre y humilde equilibrio parisiense, y toda la lucidez del hombre tocante al apremio moral de la madre de la mujer se veía beneficiada por aquella prueba de sus fuerzas de sostén. La mujer se sostendría; se fortalecería; no hacía falta que el hombre se intranquilizara por ella. Lo que habría sido una vez más claro y distinto para él, de haberlo procurado, era que, como todo el apremio moral se reducía esencialmente a la señora Newsome, la presencia de este elemento era casi idéntica a la presencia material de la mujer. No es que él sintiera que estaba tratando directamente con ella, pero sí, sin duda, como si ella estuviera tratando directamente con *él.* Ella le alcanzaba, de algún modo, mediante la prolongación del brazo intencional y en este sentido el hombre tenía que tenerla en cuenta. Pero él, a cambio, no la alcanzaba a ella y ella, en consecuencia, no le tenía en cuenta a él; no alcanzaba sino a Sarah, que parecía tenerle en cuenta muy poco.

—Está claro que algo ha ocurrido entre tú y Chad —dijo él entonces—, tanto que me parece que tengo que saber un poco más al respecto. ¿Lo dejó todo —añadió sonriendo— en mis manos?

—¿No viniste a París —preguntó ella— para ponerlo todo en las *suyas?*

Pero él no replicó a esto más que, al cabo de un instante, diciendo:

—Oh, está bien. Quiero decir que Chad ha hecho bien en decirte... bueno, lo que te haya dicho. Aceptaré... lo que él me confíe. Pero antes de decirte nada tengo que hablar con él.

La mujer vaciló, pero dijo en seguida:

—¿Es totalmente necesario que volvamos a vernos?

—Sí, si quiero decirte definitivamente lo que pienso al respecto.

—¿Pretendes pues —replicó ella— que siga tratándote sólo para exponerme a una nueva humillación?

El hombre observó a la mujer durante un buen rato.

—¿Tienes instrucciones de la señora Newsome de romper conmigo, incluso en el peor de los casos, de manera definitiva e irreversible?

—Las instrucciones que he recibido de la señora Newsome son, con tu permiso, asunto mío. Sabes muy bien cuáles fueron las que tú recibiste y puedes juzgar por ti mismo las consecuencias de haberlas seguido como lo has hecho. Comprenderás, en cualquier caso, que si no quiero arriesgarme yo, menos voy a arriesgarla a *ella.* —Había dicho más de lo que ella misma había esperado; pero, aunque ya se había recuperado, el color de su tez manifestaba al hombre que, de un momento a otro, se enteraría de lo que faltaba. A decir verdad, consideraba de capital importancia enterarse de una vez—. ¿De qué otra forma puede calificarse tu conducta—estalló la mujer, a modo de explicación—, de qué otra forma sino de ultraje a mujeres como *nosotras?* Me refiero a tu forma de comportarte, como si cupiera alguna duda, entre nosotras y la otra, de cuál es su deber.

El hombre meditó un momento. Era demasiado para enfocarlo de una sola vez; no sólo lo dicho, sino el peligroso abismo que revelaba.

—Naturalmente, son dos tipos distintos de deber.

—¿Y pretendes decirme que tiene alguno... para con la otra?

—¿Te refieres a Mme. de Vionnet? —Pronunció el nombre, no para enfrentarse a ella, sino para ganar tiempo otra vez: tiempo que necesitaba para comprender algo bien distinto y mayor que la petición de un momento antes. No pudo entender en seguida todo

lo que había en la actitud de la mujer; pero cuando lo hizo se descubrió probando un sonido, bajo y vago, un sonido que era tal vez lo más cercano a un gruñido que sus cuerdas vocales conocían. Todos los fracasados esfuerzos para dar un indicio a la señora Pocock de que se había operado un cambio en Chad, todo lo que había contribuido a este fracaso se le antojaba un fardo grande y mal atado que le habían arrojado, con las palabras de la mujer, a la cara. El proyectil le había cortado el aliento; situación de la que, sin embargo, se recuperaba ya—. Bueno, cuando una mujer es al mismo tiempo tan encantadora y tan caritativa...

—¿Puedes sacrificar a ella a madres y hermanas sin ruborizarte, y hacerles cruzar el océano con las mejores intenciones para arrancarte la verdad? *¿Cómo* te atreves?

Sí, se había hecho cargo de la situación de aquella forma tan rápida y tajante; pero no quería debatirse en su acoso.

—Me parece que nada de cuanto he hecho tiene nada que ver con lo que has descrito de forma tan minuciosa. Todo ha sucedido sin que pudiera diferenciarse del resto de los acontecimientos. Tu venida está íntimamente vinculada con mi venida anterior y que yo viniese se debió a nuestro estado de ánimo general. Nuestro estado de ánimo general había surgido, a su vez, de nuestra divertida ignorancia, de nuestros divertidos prejuicios y confusiones: de los que, desde entonces, un inexorable río de luz parece habernos hecho flotar en nuestro quizá más gracioso conocimiento de las cosas. ¿No te gusta tu hermano tal como es —prosiguió— y no has informado cumplidamente a tu madre de todo lo que ha sucedido?

También aquello, el tono masculino, supuso para la mujer, sin duda, demasiadas cosas; este habría sido el caso por lo menos de no haber encontrado apoyo la mujer en la pregunta final. Todo, en la etapa en que se encontraban, venía en socorro directo de la mujer porque todo revelaba en el hombre tal presupuesto intencional. Comprendió éste ––¡y cuántas rarezas ocurrían!— que se le habría tenido por menos monstruoso de haber sido un poco menos civilizado. Lo que lo dejaba al desnudo era precisamente la triste triquiñuela de su tranquilidad interior, lo que lo dejaba al desnudo era que *pensaba* en tal ofensa. No tenía, sin embargo, el deseo de ofender que Sarah le imputaba, y no podía por el momento sino contemporizar, con la indignante descripción femenina. La mujer estaba más irritada de lo que él había esperado y probablemente entendería mejor la situación cuando supiera lo que había ocurrido entre ella y Chad. Mientras tanto, la concepción femenina de las particulares tinieblas del hombre, la manifiesta sorpresa femenina ante la negativa del hombre a coger el cable que se le echaba tenían que pasar por extravagancia.

—Felicítate tú solo —replicó ella— de que esode que hablas sea obra tuya. ¡Que algo así haya de decirse con tan bonitas palabras... ! —Pero se contuvo y su comentario hubo de sonar con claridad absoluta—. ¿Crees que ella es una excusa para una mujer decente?

¡Ah, por fin salía! Había puesto el dedo en la llaga de una manera más violenta que, en sus confusas intenciones, lo hubiera hecho el hombre; pero, en esencia, allí estaba por fin. Era tanto, tanto...; y ella lo estimaba, pobre mujer, en tan poco. Se percató el hombre, pues estaba ya preparado para ello, de la presencia de una extraña sonrisa y acto seguido se sorprendió hablando como la señorita Barrace.

—Desde el principio me pareció maravillosa. He pensado además, que, al fin y al cabo, probablemente representaría para vosotros algo más bien nuevo y beneficioso.

Con lo que no vino a dar a la señora Pocock sino su mejor — oportunidad para la mofa.

—¿Más bien nuevo? ¡Lo deseo de todo corazón!

—Quiero decir —explicó él— que habría podido encantaros con su exquisita amabilidad... una auténtica revelación, según me pareció a mí; su elevada singularidad, su distinción en todos los sentidos.

El hombre había sido, con tales palabras, y a sabiendas, un tanto «precioso»; pero había tenido que serlo: no podía decir a la mujer la verdad del caso sin ellas; y sede antojaba, además, que no importaba ya. En última instancia no había servido a su causa, pues la mujer saltó ante lo manifestado.

—¿Una «revelación» para *mí?* ¿He de considerar a ésa una revelación? ¿Y hablas de «distinción», precisamente *tú,* que has gozado de ciertos derechos... cuando la mujer más distinguida que hayamos visto nunca recibe esta mjuria, en su soledad, gracias a tu increíble comparación?

Strether procuraba, con un esfuerzo, no extraviarse; y miraba continuamente a su alrededor.

—¿Ha dicho tu madre que se siente injuriada?

La respuesta de Sarah fue tan directa, tan «oportuna», que habría podido decirse, que el hombre comprendió su origen al instante.

—Mi madre ha confiado a mi criterio y mi ternura la manifestación de su parecer y el cuidado de su dignidad personal.

Eran ni más ni menos que palabras de la dama de Woollett: las habría reconocido entre mil; aquel compartir la responsabilidad con la hija. La señora Pocock, en consecuencia, hablaba en este sentido de memoria y el hecho conmovió desmedidamente al hombre.

—Si piensas como das a entender, es, desde luego, francamente terrible. Cualquiera podría asegurar que he dado pruebas de sobra —añadió— de mi profunda admiración por la señora Newsome.

—¿Y podrías decirme qué prueba consideraría cualquiera suficiente? ¿Acaso la de suponer que esta persona de aquí es muy superior a ella?

El hombre volvió a sorprenderse; y esperó.

—Ah, querida Sarah, a esta persona debes *dejármela* a mí.

Deseoso de evitar las observaciones vulgares, para mostrar que, incluso perversamente, seguía siendo fiel a sus pautas racionales, había estado a punto de convertir la petición en lamento. Sabía sin embargo que era quizá la afirmación más tajante que había hecho en su vida y el enfoque que le dispensó la visita le otorgó prácticamente esta importancia.

—Eso es precisamente lo que voy a hacer con mucho gusto. ¡Dios sabe que no la queremos! Y guárdate de discutir —observó con tesitura más elevada todavía— lo que pienso de la vida de ellos. Si estimas que es algo de lo que se puede *hablar,* te felicito por tu tacto.

La vida a que había aludido era, por supuesto, la de Chad y la de Mme. de Vionnet, que conjuntó de una manera que hizo parpadear al hombre un poco, no dejándole otra cosa que la conjetura de las intenciones femeninas. Fue sin embargo ilación propia que mientras que había disfrutado durante semanas de la presencia de los actos escuetos de tan brillante mujer, tuviera que sufrir ahora de otros labios una caracterización de aquéllos.

—Opino lo mejor de esta mujer y me da la sensación al mismo tiempo de que su

«vida» es algo que, a decir verdad, no me incumbe. Es decir, me incumbe sólo en la medida en que la vida de Chad se ve afectada por ella; y lo que ha ocurrido, ¿no lo comprendes?, es que Chad se ha visto afectado de la manera más hermosa del mundo. Y la mejor prueba de una confitura es comérsela —procuró, sin grandes resultados, ayudarse con este detalle doméstico, mientras la mujer le dejaba hablar como si cada vez estuviera más hundido. Continuó, sin embargo, con largueza, con tanta como supo sin un nuevo consejo; a decir verdad, no se decidiría del todo mientras no restableciese el contacto con Chad. No obstante, siempre podía hablar en nombre de la mujer a quien con tanta firmeza había prometido «salvar». No tenía aquello, para ella, el aire de una salvación; pero como el escalofrío suscitado calaba cada vez más hondo, ¿en qué podía convertirse sino en un momento de que uno podía, en el peor de los casos, perecer *con* ella? Y era bastante sencillo: era rudimentario; no, no la traicionaría.

—Veo en ella más méritos de los que sin duda tendrías paciencia para oír. ¿Y sabes el efecto que me produce —preguntó— que hables de ella en tales términos? Es como si tuvieras alguna razón para no admitir todo lo que ella ha hecho por tu hermano y cerrases los ojos a ambas caras de la moneda con el fin de, salga la que saliere, soslayar la otra. No entiendo, permíteme que te lo diga, cómo puedes, con el pretexto del recato, soslayar la que te afecta tanto.

—¿Afectarme... *eso? —y* alzó la cabeza de tal modo que bien habría podido parar en seco cualquier aproximación.

Por lo menos mantuvo al compañero a distancia, que respetó durante unos instantes la pausa. Luego, con un último esfuerzo por convencerla, la salvó.

—¿Acaso no te das cuenta, por tu vida, de la afortunada evolución de Chad?

—¿Afortunada? —repitió la mujer—. Y, a decir verdad, estaba ya preparada—. Para mí es repugnante.

Durante unos minutos la partida de la mujer había parecido inminente y de hecho se encontraba ya en la puerta que daba al patio, desde cuyo umbral había emitido aquel juicio. Sonó tan alto que pareció acallar todo lo demás durante unos momentos. El mismo Strether, a consecuencia de lo mismo, se había desanimado un poco; se daba cuenta y era más que suficiente.

—Oh, si es *así* como piensas...

—¿Hemos terminado entonces? Mucho mejor. Sí, así es como pienso. —Cruzó la puerta mientras hablaba y recorrió en línea recta el jardín, más allá del cual, separado de ellos por el amplio arco de la *porte-cochère,* el pequeño victoria que la había conducido al hotel permanecía estacionado. Se dirigía la mujer a él con decisión, y la forma de su partida, el agudo dardo de su réplica tuvieron una intensidad que habían parado en seco al hombre al principio. Se había despachado a gusto con él después de tenerlo en la cuerda floja y le costó un rato recuperarse de la sensación de derrota absoluta. No se trataba de la sorpresa; era, en mayor medida, la certeza; ya que, en definitiva, se había enfocado su situación como sólo él la había enfocado hasta el momento. En cualquier caso, la mujer se alejaba ya; se había distanciado de él, más bien de un gran salto, consecuencia de la soberbia y la tranquilidad, al fin y al cabo; había subido al carruaje sin que él pudiera detenerla y el vehículo estaba ya en movimiento. Se detuvo en seco; se encontraba en el jardín, limitándose a verla partir y sabiendo que no volvería a verla. La forma en que se había conducido él había tendido a que *pudiera* ponerse punto final a aquello. Cada uno de los movimientos de la mujer, en aquella decidida ruptura, confirmaban, reforzaban

dicha idea. Sarah desapareció en la soleada calle, mientras, detenido en el centro de su confinamiento relativamente en sombras, el hombre se limitaba a observar el paisaje que tenía ante sí. Probablemente había terminado todo.

IV

Se dirigió bien entrada la noche al Boulevard Malesherbes, contando ya con la impresión de que habría sido inútil ir temprano y, además, repetidas veces en el curso del día, con algunas consultas en la portería. Chad no había vuelto y no había dejado ninguna indicación; al parecer tenía cosas que hacer en aquella coyuntura —como supuso Strether que también él podía tener— que le obligaban a ausentarse tanto de su casa. Nuestro amigo había preguntado ya en el hotel de la Rue de Rivoli, pero la única satisfacción que se le dio fue que todos se habían marchado. Con la idea de que el joven volvería a casa a dormir, Strether subió a sus habitaciones, de las cuales, sin embargo, seguía ausente, por más que, un momento después, a través del balcón, oyera el visitante las campanadas de las once. El criado de Chad le había dado cuenta ya de su reaparición; el joven, supo el visitante, había llegado a todo correr para cambiarse para la cena y se había ido en seguida. Strether estuvo esperándola una hora: una hora llena de extrañas sugerencias, convicciones y momentos reflexivos; una de las que recordaría, al final de su aventura, como el particular manojo que más había contado. La más agradable de las lámparas y el más cómodo de los sillones habían sido puestos a su disposición por Baptiste: el más sutil de los criados; la novela medio intensa, la novela de color limón, sensible, con el cuchillo de marfil cruzado como una daga en el cabello de una campesina, habían quedado dentro del cálido círculo, un círculo que, por alguna razón, afectó a Strether con una calidez aún mayor después de que el mismo Baptiste hubiera observado que, si Monsieur no necesitaba nada más, se retiraría a su cuarto. La noche era calurosa y agobiante y aquella lámpara bastaba; el gran resplandor de la ciudad iluminada, que se elevaba a las alturas, amortiguándose a lo lejos, brotaba con fuerza del Bonlevard y, a través del difuso paisaje de los sucesivos lugares, permitía la contemplación de los objetos y hablaba de la dignidad de éstos. Strether se sintió poseído como nunca; había estado allí solo otras veces, había observado libros y grabados, había invocado, en ausencia de Chad, el espíritu del lugar, pero nunca a la hora de la magia ni con aquella sensación de dolor íntimo.

Pasó un buen rato en el balcón; se acomodó como había visto hacer al pequeño Bilham el primer día que llegara a aquella casa y como había visto hacer a Mamie el día en que el pequeño Bilham acaso la hubiera visto desde la calle; entró en las habitaciones, en las tres que daban a la fachada y que se comunicaban entre sí por anchas puertas; y, mientras paseaba y descansaba, procuraba resucitar la impresión que le habían producido tres meses atrás, aprehender de nuevo la voz con que parecían haberle hablado. Dicha voz, vino a advertir, apenas si alcanzaba a oírse; lo que tomaba como prueba de todo lo que él había cambiado. Había oído, otrora, sólo lo que había podido oír; lo único que podía hacer en aquel momento era pensar en tres meses atrás como en un mojón del lejano pretérito. Las voces se habían hecho más consistentes y más significativas; le salían al paso y le rodeaban a medida que se desplazaba: era su forma de hablar de consuno lo que le impedía estar inmóvil. Se sentía, extrañamente, tan triste como si hubiera ido allí para cometer alguna infamia y sin embargo tan emocionado como si

hubiera ido en busca de un poco de libertad. Pero la libertad era lo que más abundaba en el lugar y en la hora; era la libertad lo que más le había hecho recuperar la juventud tanto tiempo añorada. No habría sabido explicar a aquellas alturas por qué la había echado en falta o por qué, al cabo de tantos años, se preocupaba por ello; la principal verdad de aquella invocación a todo era, sin embargo, que todo representaba la esencia de su pérdida, la ponía al alcance de la mano, bajo su tacto, la hacía, hasta un punto insospechado, objeto de sus sentidos. Esto era lo que se había convertido para él, en aquel singular momento, la juventud tanto tiempo añorada: una presencia extraña y concreta, llena de misterio y sin embargo llena de realidad, que podía tocar, gustar, oler y cuyo poderoso aliento alcanzaba a oír. Estaba en el exterior lo mismo que en el interior; estaba en la larga observación desde el balcón, en la noche estival de la dilatada vida nocherniega de París, en el incesante rumor, suave y cé*lere,* de los iluminados coches que, con su velocidad, le sugerían siempre a los jugadores que había visto hacía tiempo en Montecarlo abriéndose paso hasta las mesas. Tenía aquella imagen ante sí cuando por fin se percató de que a Chad lo tenía detrás.

—Me ha dicho ella que lo has puesto todo en mis manos... —no había tardado en llegar a esta información que, sin embargo, enfocaba la situación más o menos como el joven pareció querer dejarla por el momento. Teniendo en cuenta que prácticamente tenían toda la noche por delante, se abordaron otros temas que tuvieron, asimismo, el raro efecto de hacer de la ocasión, en vez de precipitada y febril, uno de los más tranquilos, liberales y cómodos momentos que toda la aventura de Strether había de compartir con él. Había buscado a Chad desde hacía horas y no lo había encontrado más que en aquel instante; pero en aquel instante la demora quedaba compensada por el hecho de estar juntos en situación tan excepcional. Se habían visto, desde luego, en multitud de ocasiones; desde la primera noche en el teatro no habían hecho más que encarar el problema común; pero nunca habían estado solos como en aquel momento estaban y sus palabras nunca se habían centrado en ellos dos solos de manera tan intensa. Y si muchas cosas se dieron, además, mientras hablaban, ninguna se dio de forma tan clara para Strether como la chocante verdad a propósito de Chad, de la que tan a menudo se había sentido movido a tomar nota: la verdad de que todo volvía a él felizmente para aprender a vivir. Había estado en su agradable sonrisa, agradable exactamente en la medida justa, cuando el visitante se dio la vuelta, en el balcón, para saludar al recién llegado; el visitante, en efecto, advirtió allí mismo que de nada serviría tanto aquel encuentro como para dar testimonio de aquel expediente. Se rindió, en consecuencia, ante virtud tan reconocida; pues ¿cuál era el sentido de dicho expediente sino que los demás tenían que entregarse? No quería, por fortuna, impedir a Chad que viviera; pero sabía muy bien que si lo hiciera se rompería en pedazos. Y si quería que su vida personal tuviera una función auxiliadora ante el joven era totalmente necesario mantenerse de una pieza. Y lo importante, por encima de todo, el síntoma que señalaba la medida absoluta en que Chad poseía el conocimiento en cuestión era que, en tal situación, convertíase uno, no sólo con justa alegría, sino también con sincero impulso espontáneo, en el proveedor de su discurso. La conversación, por consiguiente, no había durado tres minutos sin que Strether advirtiera la ratificación de la excitación en que había discurrido su espera. La impresión se hizo más intensa, más insistente, a medida que se percataba de la pequeñez de lo que pudiera corresponderle en el caso de su amigo. Que era exactamente la felicidad del caso del amigo; éste «ponía a secar» su excitación, o la emoción que el asunto le

suscitara, como tendía la ropa recién lavada; nada podía ser mejor para el orden doméstico. Bastaba a Strether, en suma, intuir un analogía personal con la lavandera que llevaba a casa los triunfos del rodillo.

Cuando le hubo informado de la visita de Sarah, lo que hizo extensamente, Chad respondió a su pregunta con total inocencia.

—La remití a usted directamente, le dije que era imprescindible que le hablara. Esto fue anoche y todo ocurrió en diez minutos. Fue nuestra primera conversación sincera, a decir verdad la primera vez que me abordaba de plano. Sabía ella que yo no ignoraba cuál había sido su conducta con usted; sabía, además, lo poco que había hecho usted para dificultarle el camino. De modo que le hablé en nombre de usted con franqueza: le aseguré que usted estaba totalmente a su disposición. Y le dije que yo también —prosiguió el joven—; y le indiqué que en cualquier momento podía disponer de mí. Su impedimento ha sido no dar con la ocasión con que había soñado.

—Su impedimento —replicó Strether— no ha sido ni más ni menos que saber que te tiene miedo. Sarah no me teme *a mí,* ni por asomo; y cuando se percató de que yo me echaba a temblar sólo de pensar en ello, se dio cuenta de que ésa era su mejor oportunidad para intranquilizarme al máximo. Creo que en el fondo está tan complacida por haberte confiado a mí como tú, sin duda.

—Pero, hombre de Dios, ¿qué he hecho yo —preguntó Chad para protestar contra la lucidez del amigo— para que Sally me tenga miedo?

—Haber sido «maravilloso, maravilloso», como solemos decir los pobres diablos que vemos los toros desde la barrera; esto es lo que, de manera admirable, la ha puesto así. Y la ha puesto así con tanta más efectividad cuanto que veía que tú no lo hacías a propósito. Quiero decir la provocación de su miedo.

Chad echó una complicada mirada retrospectiva sobre sus posibilidades motivadoras.

—Yo sólo quería ser amable y cordial, honrado y atento... y es lo único que quiero ser todavía.

Strether sonrió ante aquella tranquilizadora lucidez.

—Bueno, parece que no hay mejor forma de conseguirlo que aceptando yo la responsabilidad. Reduce al máximo tus fricciones personales y tu propia incomodidad.

¡Ah, pero Chad, con su más generosa concepción de lo cordial, no iba a tener bastante con esto! Habían permanecido en el balcón, donde, tras aquella jornada de intenso y prematuro calor, el aire de medianoche era delicioso; y se apoyaban, de espaldas, en la balaustrada, en total armonía con las sillas y las macetas, los cigarrillos y la luz de las estrellas.

—La responsabilidad no es de *usted...* después de haber acordado esperar y juzgar juntos. Esto fue lo único que dije a Sally —prosiguió Chad—, que hemos estado, que estamos juzgando juntos.

—No me asusta la carga —explicó Strether—. Y no he venido en modo alguno para que me liberes de ella. Más bien he venido, me parece, a doblar mis patas delanteras, a la manera del camello cuando se arrodilla para acomodar el peso del lomo. Pero he supuesto que durante todo este tiempo habrás estado juzgando sobre temas especiales y privados, a propósito de los cuales no te he importunado; únicamente he querido saber primero a qué conclusión has llegado. No te pido más que esto; estoy dispuesto a aceptarla, sea cual fuere.

Chad alzó la cara al cielo con una lenta bocanada de humo.

—Ya me he dado cuenta.

Strether esperó unos momentos.

—Te he dejado totalmente solo; no creo que, desde el primer par de horas, desde que te pedí simplemente paciencia, te haya agobiado mucho.

—Oh, ha sido usted muy bondadoso.

—Los dos lo hemos sido, entonces: hemos jugado limpio. Les hemos puesto en condiciones irreprochables.

—Ah —exclamó Chad—, ¡en condiciones magníficas! Lo tenían al alcance de la mano, al alcance de la mano... —parecía conjeturar el joven, mientras seguía fumando, con los ojos fijos en las estrellas. Podría, por calmo deporte, haber leído su horóscopo en ellas. Strether se preguntaba mientras tanto qué habían tenido al alcance de la mano hasta que, por último, lo supo—. Les habría sido muy fácil dejarme solo; haber llegado a la conclusión, al verme en carne y hueso y con sus propios ojos, de que yo podía seguir tan bien como hasta ahora.

Strether asentía ante aquella afirmación con plena lucidez, sin que el plural de su compañero, relativo a la señora Newsome y su hija, tuviera ninguna ambigüedad para él. Al parecer no había nada que reprochar a Mamie y Jim; lo que vino a corroborar la sensación de nuestro amigo de que Chad sabía lo que pensaba.

—Pero han llegado a la conclusión contraria: que *no puedes* seguir como hasta ahora.

—No —continuó Chad del mismo modo—; no se saldrán con la suya en absoluto.

Strether fumaba pensativamente a su lado. Era como si el elevado lugar en que se encontraban representase una especie de atalaya moral desde la que pudiesen contemplar su reciente pasado.

—Bien sabes que nunca hubo la menor posibilidad de que se salieran con la suya.

—Desde luego que no... ninguna oportunidad real. ¡Pero si necesitaban creer que la había... !

—No necesitaban nada —había deducido ya Strether—. No vinieron por ti, sino por mí. No vinieron a ver con sus propios ojos lo que tú hacías, sino lo que hacía yo. El primer brote de curiosidad estaba destinado inevitablemente, por mi culpable retraso, a dar libre paso al segundo; y fue de este segundo arrebato, si me permites la envidiosa alusión, del que han estado exclusivamente pendientes. En otras palabras, cuando Sarah se puso en camino fue para venir por mí.

Chad se tomó aquello con lucidez y condescendencia al mismo tiempo.

—¡En bonito lío le he metido a usted, en tal caso!

Strether volvió a hacer una pequeña pausa; que terminó con una respuesta que pareció concluir de una vez por todas con este elemento de tortura. Chad lo enfocaría, en cualquier caso, cuando volvieran a verse, de esta forma.

—Ya estaba metido cuando me encontraste.

—Ah, fue usted —dijo riendo el joven— quien me encontró.

—Yo me limité a seguirte la pista. Pero tú me descubriste. En cualquier caso, era inevitable que viniesen. Y se han alegrado mucho —dijo Strether.

—Bueno, yo he contribuido un poco en ese sentido —dijo Chad.

Su compañero también fue equitativo consigo mismo.

—Yo también. Lo he intentado incluso esta misma mañana, cuando estaba con la señora Pocock. A ella le divierte, por ejemplo, casi como ninguna otra cosa, como te he dicho, no tenerme miedo; y creo que la ayudé un rato.

Chad tenía más interés en aquello.

—¿Estuvo muy grosera?

Strether se debatía.

—Bueno, ella era la persona importante... fue... clara. Fue, más aún, cristalina. Y yo no sentía ningún remordimiento. Comprendía que *tenían* que venir.

—Oh, yo quería verles; aunque sólo fuera por *eso* —el remordimiento de Chad era mínimo.

Aquello pareció ser lo único que Strether quería.

—¿No es acaso el que les hayas visto *lo* más importante, por encima de cualquier otra cosa, que ha producido su visita?

Chad parecía pensar que era muy amable que su viejo amigo lo planteara de aquella manera.

—¿No le parece a usted un poco como si le hubieran tomado el pelo? ¿Se han burlado realmente de usted, mi querido amigo?

Parecía que le estuviera preguntando si se había resfriado o torcido un pie y Strether, durante un minuto, no hizo otra cosa que seguir fumando.

—Quiero verla otra vez. Debo verla.

—Claro que debe. —Chad vaciló entonces—. ¿Se refiere usted... a mi madre?

—Oh, tu madre... eso depende.

Fue como si la señora Newsome, por la fuerza de las palabras, se hubiera perdido en la lejanía. Chad, sin embargo, a pesar de ello, se esforzó por localizar su paradero.

—¿De qué depende?

Strether, por toda respuesta, le dirigió una mirada más bien larga.

—Hablo de Sarah. Debo verla otra vez, aunque prácticamente me despidió con cajas destempladas. Pero no puedo despedirme de ella en estas circunstancias.

—¿Estuvo entonces horriblemente desagradable?

Strether exhaló una nueva bocanada de humo.

—Estuvo como tenía que estar. Lo que quiero decir es que desde el momento en que no están satisfechos sólo pueden comportarse... bueno, como admito que se comportó. Les dimos —prosiguió— su ocasión de estar satisfechos, se acercaron a ella, la miraron por todas partes y no la aprovecharon.

—¡No hay que echar margaritas a los cerdos! —sugirió Chad.

—Precisamente. Y la forma en que, esta mañana, Sarah dio a entender que no estaba satisfecha, la forma en que, por utilizar tu ejemplo, olisqueó las margaritas, no nos deja ninguna esperanza en ese sentido.

Chad hizo una pausa y entonces, como con ánimo consolador:

—Por supuesto, lo último que podía esperarse es que quedaran «satisfechos».

—Bueno, a fin de cuentas, yo no sabría decirlo —murmuró Strether—. He tenido que llegar a ese extremo. No obstante —dijo, rechazando la idea— es, sin duda, mi actuación lo que resulta absurdo.

—A decir verdad, hubo momentos —dijo Chad— en que usted me pareció generoso hasta lo increíble. Sin embargo, *si* es usted creíble —añadió—, no necesito preocuparme de más.

—Soy creíble, pero inverosímil. Soy fantástico y ridículo... Ni yo mismo me lo explico. ¿Cómo van entonces —preguntó Strether— a entenderme *ellos?* De modo que yo no discuto.

—Comprendo. Ellos —dijo Chad con notable tranquilidad— son los que discuten con *nosotros*. —Strether advirtió una vez más la tranquilidad aludida, pero su joven amigo proseguía ya—. De todos modos, tendría que sentirme muy avergonzado si no le dijera otra vez que debe usted pensarlo muy bien. Quiero decir antes de renunciar de manera irreversible... —Con lo que su insistencia, como frenada por cierta delicadeza, se extinguió.

Ah, pero Strether sí la quería.

—Dilo todo, dilo todo.

—Bueno, a su edad y con lo que, cuando todo esté dicho y hecho, mi madre puede hacer por usted y ser para usted...

Chad lo había dicho todo, movido por natural escrúpulo, pero sólo hasta aquel punto; de modo que Strether, al cabo de un momento, echó una mano.

—No tener un futuro asegurado. Lo poco que, según parece, sabré cuidar de mí mismo. La forma, la forma maravillosa en que ella cuidaría sin duda de mí. Su fortuna, su bondad y el continuo milagro de que haya estado dispuesta a ir incluso tan lejos. Desde luego, desde luego —concluyó—. Estos son los factores más destacados.

Chad, mientras tanto, había pensado en otro.

—¿No se trata, pues, de que ella le guste...?

Su amigo se volvió a él con lentitud.

—¿Te irás?

—Me iré si usted me dice ahora qué cree que debo hacerlo. Ya sabe —añadió— que estoy dispuesto desde hace seis semanas.

—¡Ah—exclamó Strether—, entonces tú no sabías que yo no lo estaba! Y estás dispuesto en este momento porque ahora lo sabes.

—Es posible —replicó Chad—; pero, de todos modos, le hablo con sinceridad. Usted habla de caigar todo sobre sus hombros, pero ¿cómo se le ocurre pensar que voy a permitirlo? —Strether le palmeó el brazo, mientras permanecían apoyados en la baranda, tranquilizadoramente: como si quisiera asegurarle que disponía de los medios necesarios; pero era este sentido de la responsabilidad y el sacrificio lo que seguía pesando sobre el joven—. Lo que literalmente significa que usted, y le pido perdón por plantearlo de esta manera, renuncia al dinero. Posiblemente a mucho dinero.

—Oh —Strether rompió a reír—, si fuera una cantidad suficiente estarías justificado por plantearlo de esta manera. Pero tengo que recordarte, a mi vez, que *tú* también renuncias al dinero; y a mucho más «posiblemente», estoy seguro de ello, del que me has augurado.

—Cierto; pero yo he obtenido cierta cantidad —replicó Chad al cabo de un momento—, mientras que usted, querido amigo, usted...

—De mí no puede decirse —continuó Strether por él— que tenga ninguna «cantidad», ni cierta ni incierta. También es cierto. Sin embargo, no me moriré de hambre.

—Oh, usted no debe morirse de hambre —exageró Chad con ánimo apacible; y así, en tan agradable situación, siguieron hablando; hubo, sin embargo, para el caso, una pausa en que él se habría dicho que el más joven meditaba la delicadeza de haber prometido al mayor alguna que otra provisión contra la posibilidad recién mencionada. Esto, sin embargo, pensó presumiblemente que era mejor no hacerlo, pues al cabo de otro instante se movían en otro sentido. Strether lo había posibilitado al volver sobre el

encuentro de Chad y Sarah y al preguntar si habían llegado, en aquel acontecimiento, a algo cuya naturaleza se pareciese a una «escena». A lo que Chad replicó que, por el contrario, habían sido enormemente educados; y añadió, además, que Sally no era, en definitiva, la mujer que habría cometido el error de no serlo—. Tiene las manos muy atadas, ¿sabe usted? Desde el comienzo mismo —observó con sagacidad— le tomé la delantera.

—¿Quieres decir que te debe mucho?

—Bueno, honradamente, yo no podía, desde luego, darle menos; sólo que ella no había esperado, me parece, que yo fuera a darle tanto. Y comenzó a tomarlo antes de que se diera cuenta.

—¡Y comenzó a gustarle —dijo Strether— en cuanto comenzó a tomarlo!

—Sí, le gusta... también más de lo que ella misma creía. —Tras lo que Chad observó––: Pero yo no le gusto. En realidad me odia.

El interés de Strether aumentó.

—Entonces, ¿por qué quiere que vuelvas?

—Porque cuando se odia, se quiere triunfar; y si ella pudiera encajonarme allí, triunfaría.

Strether volvió a comprender.

—Sí... en cierto modo. Pero sería un triunfo sin valor apenas si, una vez puestos a ello, conociendo su disgusto y tal vez consciente a tiempo de cierta dosis del tuyo, te comportaras, en el propio terreno, de manera desagradable con ella.

—Ah —dijo Chad—, puede soportarme, podría soportarme, por lo menos, en casa. Es que yo vaya allí lo que constituiría su triunfo. Me odia aquí en París.

—En otras palabras, odia...

—¡Sí, *eso!* —Chad había comprendido inmediatamente la alusión; que constituía, por parte de ambos, la mayor aproximación que habían hecho a la mención de Mme. de Vionnet. Las limitaciones del común tacto, sin embargo, no evitó que quedara en el aire que era a esta dama a quien odiaba la señora Pocock. Añadía además un nuevo detalle a su admitida asunción de la rara intimidad de la relación de Chad con ella. Nunca había corrido hasta tal punto el último velo de este fenómeno como al manifestarse confundido y subsumido por la opinión que había despertado esta mujer en Woollett—. Y le diré quién me odia también —añadió inmediatamente.

Strether supo con la misma inmediatez a quién se refería; pero con una rápida protesta.

—¡Ah, no! Mamie no..., bueno —se contuvo a tiempono odia a nadie. Mamie es encantadora.

Chad negó con la cabeza.

—Por eso mismo me preocupa. No me tiene la menor simpatía.

—¿Cuánto te preocupa? ¿Qué harías por ella?

—Bueno, simpatizaría con ella si ella simpatizara conmigo. De veras —afirmó Chad.

Esto permitió a su compañero una pausa momentánea.

—Me preguntabas hace un momento si no me «gustaba» cierta persona. Me pones en situación, por tanto, de devolverte la pregunta. ¿Te «gusta» esta determinada persona?

Chad le miró con fijeza a la luz que entraba por la ventana.

—La cuestión es que no quiero.

—¿«No quieres»? —preguntó Strether.

—No lo intento... es decir, ya lo he intentado. He hecho todo lo que he podido. No puede sorprenderle a usted—prosiguió el joven con ligereza— cuando usted mismo me puso en ello. Yo, es verdad —añadió—, me esforcé un poco; pero usted insistía. Hace seis semanas pensaba que estaba decidido.

Strether comprendió.

—Pero no lo estás.

—No lo sé... es lo que *quiero* saber —dijo Chad—. Y si hubiera deseado lo bastante, por mí mismo, volver, creo que habría sabido hacerlo.

—Es posible —juzgó Strether—. Pero lo más a que llegaste fue a desear el deseo. Y aun entonces —añadió— sólo hasta que nuestros amigos llegaran. ¿Todavía sigues queriendo desear? —Con un sonido entre doloroso y desenfadado, pero totalmente vago y equívoco, Chad ocultó la cara entre las manos durante unos instantes y se la frotó de un modo caprichoso que remitía a un evasión. Strether insistió con mayor energía—: ¿Sigues todavía?

Chad mantuvo su actitud durante un rato; pero al cabo alzó el rostro y entonces, dijo abruptamente:

—¡Jim es un cretino!

—Oh, yo no te pido que insultes, describas o te pronuncies en modo alguno acerca de tus parientes; simplemente te pregunto una vez más si estás dispuesto *ahora.* Dices que has «comprendido». ¿Has comprendido tal vez que no puedes resistirte?

Chad esbozó una extraña sonrisa: lo más aproximada a la conflictiva que había mostrado hasta el presente.

—¿No podría usted *obligarme* a no resistirme?

—De donde se desprende —prosiguió Strether con gran seriedad ahora, y como si no hubiera oído las palabras del otro—, de donde se desprende que se ha hecho más por ti, me parece, acaso como mero intento, pero efectivamente llevado a cabo, de lo que jamás he visto que un ser humano hiciera por otro.

—Oh, mucho, ciertamente —dijo Chad, rindiendo justicia a la vicisitud—. Más de lo que usted aporta.

Su amigo continuó sin prestar tampoco oídos a aquello.

—Y nuestros amigos de allá no se saldrán con la suya.

—No, sencillamente no se saldrán con la suya.

—Ellos te imponen la condición, como si dijéramos, del repudio y la ingratitud; hecho que me afecta —continuó Strether— porque me he negado a influirte en el caso del repudio.

Chad consideró aquello.

—Si usted se ha negado, tanto más me he negado yo. Y éste es el problema. —Tras lo cual procedió a formular, con cierta brusquedad, una incisiva pregunta—. ¿Diría usted *ahora* que ella no me odia?

Strether titubeó.

—¿«Ella»?

—Sí, mi madre. Solemos achacárselo a Sarah, pero viene a ser lo mismo.

—Ah —objetó Strether—, no viene a ser lo mismo en cuanto al hecho de odiarte.

A lo que, aunque como si, durante un instante, hubiese estado en ascuas, Chad replicó:

—Bueno, si odian a mi buena amiga, viene a ser lo mismo. —Había en esto una nota

auténtica que hizo que Strether la considerase suficiente, intuyendo que no necesitaba nada más. El joven había dicho, solamente con aquello, en favor de su «buena amiga» mucho más de lo que había dicho nunca de manera manifiesta; había admitido la existencia de un lazo tan estrecho entre ellos que le permitía jugar con la idea de romperlo, pero que, en determinado momento, aún podía arrastrarle como un remolino. Había proseguido mientras tanto—. Y a usted también le odian, lo que ya me parece excesivo.

—Ah —dijo Strether—, tu madre no me odia.

Chad, sin embargo, siguió aferrado a aquella idea con lealtad: con lealtad, vale decir, a Strether.

—Lo hará si no tiene usted cuidado.

—Bueno, ya tengo cuidado. A decir verdad, me ando con pies de plomo. Por eso —explicó nuestro amigo— quiero verla otra vez.

Lo que arrancó a Chad la misma pregunta.

—¿A mi madre?

—Quiero ver, por ahora, a Sarah.

—¡Ah, vamos! Sin embargo, lo que no alcanzo a comprender —añadió Chad con resignada perplejidad— es lo que va a *ganar* usted con ello.

Oh, nuestro amigo habría necesitado mucho tiempo para explicarlo.

—Eso es porque no tienes, y lo creo sinceramente, la menor imaginación. Tienes otras cualidades. Pero no ninguna imaginación, ¿no te das cuenta?, en absoluto.

—Es posible. Creo que lo comprendo. —Era una idea en que Chad tenía interés—. Pero ¿no tiene usted acaso demasiada?

—¡Oh, *acaso!* —Con lo que, al cabo de un instante, bajo la influencia de aquel reproche y como si fuera en definitiva un gesto para huir de ella, Strether se dispuso a marcharse.

Libro onceno

I

Uno de los acontecimientos de la inquieta tarde que sufrió tras el ataque de la señora Pocock fue una hora dedicada, poco antes de cenar, a María Gostrey, a la que, últimamente, a pesar de la atención que tenía que prestar a otros negocios, no había olvidado en absoluto. Y que seguía sin olvidarla se reflejaría en el hecho de que volvería a estar con ella, a la misma hora, al día siguiente: con no menos apercepción, además, de saberse escuchado con interés. Había ocurrido con bastante frecuencia, para el caso, que siempre que él daba uno de sus prolongados paseos acababa por desembocar donde ella le esperaba con tanta fidelidad. Ninguna de estas excursiones había sido, en términos generales, tan significativa como el par de incidentes —fruto del corto intervalo abierto desde la anterior visita masculina— que en aquel momento se disponían a contarle. Había visto a Chad Newsome bien entrada la noche precedente y había tenido aquella misma señora, a modo de secuela de esta conversación, una segunda entrevista con Sarah.

—Pero se van —dijo el hombre—. Por fin.

Lo que desconcertó un momento a la mujer.

—¿Todos? ¿El señor Newsome también?

—¡Ah, todavía no! Sarah, Jim y Mamie. Y Waymarsh detrás... a causa de Sarah. Es todo tan hermoso —continuó Strether—; no sabría decirlo con palabras... es siempre una alegría tras otra. Y no lo es menos —añadió— que, bueno... ¿qué cree usted? El pequeño Bilham se va también. Pero éste, por supuesto, a causa de Mamie.

La señorita Gostrey quedó sorprendida.

—¿«A causa» de ella? ¿Quiere usted decir que ya están comprometidos?

—Bueno —dijo Strether—, digamos entonces que por causa mía. Él lo hará todo por mí; igual que yo, para el caso, todo lo que pueda, por él. Y por Mamie también. Mamie haría cualquier cosa por mí.

La señorita Gostrey lanzó un sustancioso suspiro.

—¡Cómo somete usted a las personas!

—A decir verdad, por un lado, es maravilloso. Pero el hecho queda neutralizado, por el otro, cuando no las someto. Con Sarah es un fracaso desde ayer; aunque pude verla otra vez, como en seguida le contaré. Con los demás, sin embargo, todo marcha bien. Mamie, por esa bendita ley nuestra, debe tener un joven absolutamente.

—Pero ¿qué debe tener el bueno del señor Bilham? ¿Pretende usted que se casen por usted?

—Pretendo que, por la misma ley dichosa, no importe una higa que no lo hagan: al final no tendré que preocuparme.

La mujer comprendió, como de costumbre, lo que el hombre quería decir.

—¿Y el señor Jim? ¿Quién le corresponde a él?

—Oh —tuvo que admitir Strether—, eso no pude arreglarlo. Está entusiasmado con el mundo, como siempre; ese mundo que, a fin de cuentas, según dice, ya que ha tenido aventuras extraordinarias, le parece tan bueno. Por fortuna, y «más aquí», como él dice, encuentra el mundo en todas partes; y la más extraordinaria de sus aventuras —prosiguió— ha sido, desde luego, la de estos días.

La señorita Gostrey, que ya recelaba, hizo al instante la conexión precisa.

—¿Ha visto otra vez a Marie?

—Fue a tomar el té con ella, al día siguiente de la fiesta de Chad... ¿no se lo he contado ya? Por invitación expresa de la mujer: los dos solos.

—¡Igualito que *usted!* —dijo María sonriendo.

—Oh, pero él está más tranquilo con ella que yo. —Y como su amiga diese a entender que le creía, completando la información, adjuntándola a viejos recuerdos de la maravillosa dama, añadió—: Lo que me habría gustado arreglar es la marcha de Mme. de Vionnet.

—¿A Suiza, con el grupo?

—Por Jim... y por simetría. Si hubiera sido factible, además, durante una quincena, la mujer se nos habría ido. Está dispuesta —añadió para terminar la remozada imagen de la mujer— a todo.

La señorita Gostrey se hizo eco de la imagen durante un instante:

—¡Es demasiado perfecta!

—Irá, me parece —continuó el hombre—, a la estación esta noche.

—¿Para despedirle?

—Con Chad, maravillosamente, como un capítulo más de sus recíprocas atenciones generales. Y con una gracia —la tenía ante sí—, una levísima gracia, un donaire y una alegría que bien pueden confundir al señor Pocock.

Estaba tan absorto ante la imagen que su compañera deslizó, al cabo de un momento, un cordial comentario.

—Como, en suma, le confundió a *usted.* ¿Está usted realmente enamorado de ella? —lanzó María.

—Lo sepa o no, tiene poca importancia —replicó el hombre—; importa tan poco... prácticamente no tiene nada que ver con ninguno de nosotros.

—De cualquier modo —continuó María con una sonrisa—, ellos, los cinco, si no le he entendido mal, se marchan mientras que usted y Mme. de Vionnet se quedan.

—Oh, y Chad. —A lo que añadió Strether—: Y usted.

—¡Ah, «yo»! —con lo que emitió una leve queja de impaciencia, en que pareció irrumpir de repente un algo de insatisfacción—. No me quedo, me parece a mí, porque ello me beneficie mucho. En presencia de todos ustedes se me ocurre pensar que me privo de algo.

Strether vaciló.

—Pero esa privación, esa marginación suya de todo, ha sido, ¿no?, una elección voluntaria.

—Oh, sí; ha sido necesario... es decir, ha sido mejor para usted. Lo que quiero decir es que parece que he dejado de serle útil a usted.

—¿Cómo puede decir eso? —preguntó el hombre—. No sabe usted hasta qué punto me ayuda. Cuando deje de...

—¿Sí? —dijo ella cuando él se interrumpió.

—Bueno, se lo haré saber. Esté tranquila mientras tanto.

La mujer meditó un momento.

—¿Entonces quiere usted, decididamente, que me quede?

—¿No me comporto con usted como si fuera así?

—Es usted muy amable conmigo. Pero no soy libre —dijo María—. El tiempo no se detiene y París se vuelve más bien caluroso y polvoriento. Los amigos se dispersan y algunos, en otros lugares, me necesitan. ¡Pero si usted quiere que me quede... !

Había hablado como si dependiera de la decisión masculina, pero el hombre había sentido repentinamente la necesidad de no perderla con una intensidad que no había sospechado.

—Quiero que se quede.

La mujer tomó la petición como si las palabras del hombre fueran lo único que deseaba; como si le aportaran, le dieran algo que fuera la compensación de su circunstancia.

—Gracias —se limitó a responder. Y luego, como él la mirase con cierta fijeza—. Muchas gracias —repitió.

Vino a ser aquello como una breve parada en el itinerario de la conversación y el hombre no pudo por menos de prolongarla.

—¿Por qué se marchó usted tan de repente hace dos meses o cuando fuera? El motivo que usted me dio por aquella ausencia de tres semanas no fue, en su momento, el verdadero.

La mujer recordó.

—Jamás supuse que se lo creyera. Sin embargo —continuó—, si no lo adivinó entonces, de algo le sirvió.

El hombre desvió la mirada al oír aquello; y se sumió, dentro de lo que cabe, en una

de sus flemáticas abstracciones.

—He pensado a menudo en ello, pero nunca se me ocurrió que pudiera adivinarlo. Y ya ve usted la consideración con que la he tratado no preguntándoselo hasta ahora.

—¿Y por qué lo pregunta ahora?

—Para darle a entender cuánto la hecho de menos cuando no está aquí y lo que para mí significa.

—¡No parece haber significado —dijo ella riendo— todo lo que pudo significar! Sin embargo —añadió—, si de veras no adivinó la verdad, entonces se la diré.

—De veras no la adiviné —confesó Strether.

—¿Nunca?

—Nunca.

—Bueno, en tal caso... me fui para no sufrir la turbación de estar presente si Marie de Vionnet le decía a usted algo en perjuicio mío.

El hombre pareció, sin embargo, como si dudase todavía.

—Pero habría tenido que afrontarlo de todos modos cuando volvió.

—Oh, si hubiera tenido algún indicio de que se había dicho algo inconveniente, me habría despedido de usted para siempre.

—¿Luego —continuó el hombre— se aventuró usted a volver basándose solamente en la suposición de que ella había sido clemente?

María resumió lo que pensaba.

—Le estoy muy agradecida. Fuera cual fuese su incentivo, no nos separó. Este es uno de los motivos —prosiguió— por los que la admiro tanto.

—Digamos que es también —dijo Strether— uno de los míos. Pero ¿cuál habría sido su incentivo?

—¿Cuál es siempre el incentivo de las mujeres?

El hombre meditó... aunque no mucho, naturalmente.

—¿Los hombres?

—Lo habría tenido a usted, con aquello, más a su disposición. Pero comprendió que no le hacía falta.

—¡Oh, «tenerme a su disposición»! —exclamó Strether con un suspiro ligeramente ambiguo—. *Usted* me habría tenido a su disposición, en cualquier caso, *a pesar de aquello.*

—¡Oh, «tenerle a mi disposición»! —remedó ella—. Le tendré, sin embargo —dijo con menos ironía— en cuanto exprese usted un deseo.

El hombre se detuvo ante ella, totalmente predispuesto.

—Expresaré cincuenta.

Lo que, a decir verdad, provocó en la mujer, con cierta inconsecuencia, el regreso de la leve queja.

—¡Ah, cómo es usted!

Del mismo modo seguiría siendo el hombre durante el resto del tiempo y como si quisiera darle a entender que ella aún podía ayudarle, al volver al tema de la partida de los Pocock, le dio una imagen vívida y con mil detalles más de los que se podrían reproducir aquí de lo que le había acontecido aquella mañana. Había estado diez minutos con Sarah en el hotel de ésta, diez minutos rescatados, por causas de fuerza mayor, al tiempo, sobre el que ya había dicho a la señorita Gostrey que había pasado, al final de la entrevista aludida y en la morada del hombre, la gran esponja del futuro. Se había

presentado en el domicilio femenino sin anunciarse y la había encontrado en la sala de estar con una costurera y una *lingère,* cuyas facturas parecía ya haber liquidado con mayor o menor ingenio, y que no tardaron en retirarse. Le había explicado entonces el hombre que había cumplido, bien entrada la noche pasada, su promesa de ver a Chad.

—Y le dije que me responsabilizaría de todo.

—¿Que usted se «responsabilizaría» de todo?

—Bueno, si no se va. María esperó.

—¿Y quién se responsabiliza si se va? —preguntó la mujer con alegría un tanto ensombrecida.

—Bueno —dijo Strether—, sea como fuere, pienso responsabilizarme de todo.

—Por lo que intuyo se refiere usted —dijo su compañera al cabo de un momento— a que ha terminado por comprender que lo pierde todo.

El hombre volvió a detenerse ante ella.

—Viene a ser lo mismo. Pero el caso es que Chad, ahora que ha entendido, no quiere.

La mujer podía creerlo, pero pidió, como siempre, mayor claridad.

—Pero ¿qué ha entendido, en definitiva?

—Lo que ellos quieren de él. Y eso basta.

—¿Contrasta tan desfavorablemente con lo que quiere Mme. de Vionnet?

—Contrasta... a secas. Total y absolutamente.

—¿Por tanto, quizá, más que nada con lo que *usted* quiere?

—Oh, —dijo Strether—, lo que yo quiero es algo que he dejado de calibrar y hasta comprender.

Pero su amiga no iba a detenerse.

—¿Quiere a la señora Newsome... después de la forma en que le ha tratado?

Era una forma muy directa de tratar de esta dama que los dos —tal era su elevada posición— se permitían; pero no se correspondió del todo con esto que el hombre se retrasase un poco.

—Es posible que, a fin de cuentas, haya sido la única forma que se le ha ocurrido.

—¿Y eso estimula su deseo?

—La he desilusionado hasta lo indecible —pensó Strether que valía la pena decir.

—Y tanto que sí. Eso salta a la vista; hace tiempo que lo tenemos claro. Pero ¿no está casi tan claro —prosiguió María— que todavía tiene usted la auténtica solución a mano? Lléveselo a rastras de una vez, como creo que puede usted aún, y dejará de preocuparse por su desilusión.

—Ah, en tal caso —dijo el hombre riendo—, tendría que preocuparme por la de usted.

Aquello sorprendió a la mujer.

—Pero ¿por qué esa preocupación? Que yo sepa, no ha tomado usted una decisión para complacerme a mí.

—Oh —insistió el hombre—, también eso ha tenido su influencia. No puedo separar los factores: sólo existen en conjunto; y eso es, quizá, me atrevería a decir, lo que no me explico. —Pero el hombre estaba dispuesto a afirmar otra vez que esto no importaba en absoluto; tanto más cuanto que, como él decía, aún *no* se había «pronunciado»—. Ella me concede, a fin de cuentas, hablando en plata, un último gesto de piedad, otra oportunidad. No embarcarán hasta que pasen cinco o seis semanas y no esperaban, ella lo admite, que Chad tomara parte en su excursión. Todavía puede reunirse con ellos, en última instancia,

en Liverpool.

La señorita Gostrey meditó.

—¿Cómo va a «poder» si no lo empuja usted? ¿Cómo va Chad a reunirse con ellos en Liverpool si no hace más que afianzar su situación aquí?

—Ha dado a su hermana, según le dije que me había comunicado ella ayer, su palabra de honor de que haría lo que yo dijese.

Maria se quedó de una pieza.

—¡Pero si usted no dice nada!

Bueno, el hombre, al oír aquello, se puso a pasear.

—Dije algo esta mañana. Respondí a Sarah: le di la respuesta que le había prometido después de saber de Chad lo que estaba dispuesto a prometer. Lo que ella me pidió ayer, usted lo recordará, sin duda, fue el compromiso de que obligaría a Chad a cumplir su promesa.

—Bueno, entonces —preguntó la señorita Gostrey—, ¿el objeto de la visita a Sarah fue la negativa?

—No; fue pedirle, por extraño que le parezca, otra prórroga.

—Ah, eso es debilidad.

—¡Exactamente! —La mujer había hablado con impaciencia, pero cuando menos sabía el hombre cuál era su posición—. Si soy débil, quiero averiguarlo. Si no lo averiguo, tendré el consuelo, la pequeña gloria, de creerme fuerte.

—¡Tendrá usted, me parece a mí —replicó la mujer—, todo el consuelo del mundo!

—En cualquier caso —dijo el hombre—, llevará otro mes. Paris puede volverse, de un día para otro, más caluroso y polvoriento, como usted dice; pero hay otras cosas más candentes y polvorientas. No me asusta quedarme; el verano tiene que ser divertido aquí, a su salvaje o civilizada manera; el paisaje no puede ser más pintoresco. Creo que me gustará. Y además —dijo dedicando a la mujer una benévola sonrisaademás, estará usted.

—Oh —protestó ella—, no será para formar parte de lo pintoresco por lo que me quedaré, pues seré con usted la más normal de las mujeres. No puede usted, y lo sabe, en cualquier caso —prosiguió—, recurrir a ninguna otra. Es posible que Mme. de Vionnet tenga pensado irse, ¿no?, y también el señor Newsome, por lo mismo; a menos que se asegure usted de lo contrario. De modo que si piensa usted quedarse con ellos —era su deber sugerirlo— puede salirle el tiro por la culata. Naturalmente, si se quedan —admitió—, formarán parte de lo pintoresco. Además, usted podría reunirse con ellos en alguna parte.

Strether pareció encarar aquello como si se tratase de una ocurrencia afortunada; pero un instante después hablaba con mayor sentido crítico.

—¿Dice usted que probablemente se irán juntos?

La mujer no lo pensó mucho.

—Creo que sería tratarle a usted sin demasiada ceremonia si lo hicieran. Aunque, al fin y al cabo —añadió—, sería difícil precisar en este momento cuánta ceremonia precisa su caso de usted.

—Desde luego —concedió Strether—, mi disposición hacia ellos es extraordinaria.

—Precisamente; tanto que es difícil ver qué tono de conducta, de su parte, se le puede equiparar. Una disposición que no palidezca ante la suya es lo que tienen que tener. Lo realmente hermoso quizá —dijo entonces— sería que se retirasen a posiciones más discretas y al mismo tiempo le ofrecieran a usted compartirlas con ellos. —El hombre la

miró, en esto, como si hubiera intuido ella alguna nueva generosa irritación en el hombre; y lo que dijo a continuación lo explicaba a medias—: No tema decirme si lo que le retiene ahora es la agradable perspectiva de la ciudad vacía, con sus bancos a la sombra, sus refrescos, los museos abandonados, los paseos nocturnos hasta el Bois y nuestra maravillosa mujer para usted solo. —Y aún dijo más—: Lo mejor, si bien se mira, sería, tal vez, que el señor Chad se fuera solo durante un tiempo. Es una lástima, desde este punto de vista —concluyó—, que no haga una visita a su madre. Por lo menos llenaría el intervalo de usted. —Un pensamiento que la entretuvo un instante—. *¿Por qué* no visita a su madre? Con una semana, en momento tan oportuno, bastaría.

—Mi querida señora —replicó Strether, y hasta él mismo se sorprendió de estar tan preparado—, mi querida señora, su madre *ya* le ha visitado a él. La señora Newsome ha estado con él, durante este mes, con una asiduidad que estoy seguro no ha podido él por menos de sentir; la ha tratado profusamente y ha condescendido en darle las gracias. ¿Sugiere usted que vaya en busca de más agradecimiento?

Bueno, la mujer tuvo que rechazar la idea al cabo de un momento.

—Comprendo. Es lo que usted no sugeriría... lo que no ha sugerido. Y no se le escapa.

—Usted tampoco, estimada amiga —dijo el hombre con amabilidad—, si la hubiera visto.

—¿A la señora Newsome?

—A Sarah... lo cual, tanto a Chad como a mí, nos ha sido muy útil.

—Y útil de un modo —murmuró la mujer a modo de respuesta— francamente extraordinario.

—Bueno —explicó el hombre parcialmente—, lo que ocurre es que es una mujer muy calculadora; de modo que Sarah nos lo ha servido en bandeja sin desperdiciar una gota. Gracias a ella hemos sabido lo que la señora Newsome piensa de nosotros.

María había seguido el hilo, pero tenía una observación que hacer.

—Lo que no he podido averiguar hasta ahora, permítamelo, es lo que piensa usted, quiero decir personalmente, de *ella.* ¿No está un poco, por decirlo todo, preocupado?

—Eso —respondió el hombre sin tardanza— es lo que el propio Chad me preguntó anoche. Me preguntó si no me importaba la pérdida... bueno, la pérdida de un opulento futuro. Cosa que, por otro lado —se apresuró a añadir—, era una pregunta del todo natural.

—Quisiera hacerle ver, de todos modos —dijo la señorita Gostrey—, que no es eso lo que yo le pregunto. Lo que me atrevo a preguntarle es si es la pérdida de la señora Newsome lo que le resulta indiferente.

—No creo haberme mostrado indiferente —dijo él con gran seguridad—. Todo lo contrario. Desde el primer momento me ha preocupado la impresión que todo podía causarle, que no se sintiera oprimida, acosada, atormentada. No me interesaba más que pudiera comprender —lo que yo comprendía. Y me he sentido tan desconcertado, tan descorazonado y tan desilusionado por su negativa a comprender como parece que se ha sentido ella por lo que ha considerado la perversidad de mi insistencia.

—¿Quiere usted decir que ella le ha turbado tanto como usted a ella?

Strether vaciló.

—Yo, sin duda, no soy tan sensible. Pero, por otro lado, he hecho mucho por ajustarme a ella. Ella, en cambio, no ha cedido ni un ápice.

—¿De modo que está usted al fin —insinuó María la moraleja— en la triste etapa de los reproches?

—No, lo que le cuento no lo sabe nadie más. He sido como un cordero para Sarah. Me he limitado a retroceder. Y cuando uno ha sido empujado de manera tan indignante acaba temiéndolo.

La mujer le observó durante un momento.

—¿La ruptura?

—Bueno, tengo la sensación de haber caído tan bruscamente no sé dónde, que pienso que han tenido que despedirme.

La mujer retrocedió a un detalle anterior, aunque esperando más aclarar que concordar.

—El caso es que yo creo que usted se decepcionó...

—¿Desde que llegué? Es posible. Admito que me quedé muy sorprendido.

—Ah, entonces —prosiguió María—, yo tuve que ver mucho con ello.

—¿Con mi situación de sorpresa?

—Por ejemplo —dijo ella riendo—, ya que es demasiado delicado para llamarle *mi* situación. Por supuesto —añadió—, usted vino más o menos en busca de sorpresas.

—¡Por supuesto! —justipreció el hombre.

—Pero todas han sido para usted —continuó ella analizando— y ninguna para *ella.*

Una vez más se detuvo ante la mujer como si ésta hubiera puesto el dedo en la llaga.

—Ese es su punto difícil: que ella no admite las sorpresas. Es un rasgo, me parece, que la describe y da cuenta de ella; y casa con lo que ya le he dicho: que es una mujer muy calculadora. Lo había maquinado todo por anticipado y tenía que dar conmigo los mismos resultados que con ella. Siempre que planea algo no deja lugar para otra cosa; como si dijéramos, ningún margen de error. Lo calcula todo con tanta minuciosidad, lo cocina con tal precisión que si uno quiere añadir o quitar algún condimento...

—¿Se ve obligado a enfrentarse abiertamente con ella?

—Lo que pasa —dijo Strether— es que uno se ve obligado, moral e intelectualmente, a desembarazarse de ella. —Lo que parece —replicó María— que prácticamente ha hecho usted.

Su amigo echó la cabeza hacia atrás.

—No la he conmovido. Nadie podría conmoverla. Lo comprendo ahora con mayor claridad que nunca; y ella se mantiene con tal perfección propia —prosiguió— que cualquier cambio en su composición parecería un error. En cualquier caso, fue a la misma mujer, el macizo conjunto moral e intelectual, lo que Sarah me planteó que tomara o dejara.

Lo que despertó en María Gostrey un pensamiento más profundo.

—Pues hace falta imaginación para afrontar a un macizo conjunto moral e intelectual.

—Era eso, ni más ni menos—dijo Strether—, lo que había hecho en casa. Pero, sin saber por qué, allí no me daba cuenta cabal.

—Supongo que es difícil —convino la señorita Gostreycalcular por anticipado, en un caso así, el tamaño, como usted dice, del macizo conjunto. Va despuntando poco a poco. Y ha ido surgiendo ante usted hasta que al final ha terminado por verlo en su totalidad.

—Lo veo totalmente —repitió el hombre abstraído, mientras que sus ojos habrían podido estar clavados en un iceberg más bien grande en un mar septentrional, frío y azul––. ¡Es magnífico! —exclamó entonces con cierta rareza.

Pero su amiga, que estaba acostumbrada a este tipo de inconsecuencias, no perdió prenda.

—No perdió nada tan magnífico, a pesar de lo que le hagan creer los demás, que no pueda imaginarse. Aquello le hizo volver en sí.

—¡Ah, ya salió usted! Es lo que le dije a Chad anoche mismo. Es decir, que él no tenía imaginación.

—Se dijera—sugirió María— que por lo menos tiene algo en común con su madre.

—Tiene en común que permite que uno se intuya a sí mismo. Sin embargo —añadió, como si el tema fuera de interés—, se intuye también a los demás, aunque tengan mucha.

María Gostrey continuaba con sus sugerencias.

—¿Mme. de Vionnet?

—Sí, tiene mucha.

—Cierto... antaño tenía en abundancia. Pero hay otras formas de conocerse.

—Sí, parece que sí. ¡Usted, por ejemplo... !

El hombre iba a continuar con benevolencia, pero ella no iba a permitírselo.

—Oh, yo no me conozco en ese sentido; mi imaginación es tan pequeña que no vale la pena reparar en ella. La de usted —continuó—, ésa sí que es monstruosa. Tiene usted más que nadie.

Aquello le chocó un poco.

—Es lo que Chad dice también.

—Ahora es la suya... aunque él no tiene por qué quejarse.

—Oh, pero si él no se queja —dijo Strether.

—¡Es lo que faltaba! Pero ¿respecto de qué —prosiguió María— surgió el tema?

—Bueno, él me preguntó qué ganaba yo. La mujer hizo una pausa.

—Como yo se lo he preguntado también, eso resuelve *mi* caso. ¡Oh, tiene usted— repitió—auténticas montañas!

Pero el hombre había pensado durante un segundo en otra cosa y planteó otra cuestión.

—Sin embargo, la señora Newsome, merece recordarse, ha imaginado, esto es, imaginaba, y al parecer lo sigue haciendo, barbaridades a propósito de lo que yo habría encontrado. Constaba ya, en su perspectiva, impresionante, a pesar de todo, que yo las encontrase; y eso que yo no encajaba, que no podía encajar, que no acabaría encajando, como al final advirtió ella, en sus presupuestos. Era más de lo que podía soportar. De ahí su decepción.

—¿Quiere decir que usted tenía que encontrar a Chad insufrible?

—Yo tenía que encontrar a la mujer.

—¿Insufrible?

—Tenía que encontrarla como ella la imaginaba. —Con lo que Strether hizo una pausa, como si no pudiera añadir ningún retoque a la imagen.

Su compañera había reflexionado mientras tanto.

—Pues imaginaba como una estúpida, de modo que estamos en las mismas.

—¿Como una estúpida? ¡Oh! —exclamó Strether. Pero la mujer insistió.

—Pensaba con bajeza.

El hombre, sin embargo, tenía un término más preciso.

—Ante todo con ignorancia.

—Bueno, exageración más ignorancia: ¿puede haber algo peor?

La pregunta podía haber hecho recapacitar el hombre, pero la dejó pasar.

—Sarah no vive en la ignorancia... ahora; pero mantiene la teoría de lo insufrible.

—Ah, pero es exagerada, y esto, a veces, tiene sus ventajas. Si no sirve, en el presente caso, para negar que Marie es encantadora, sirve por lo menos para negar que es buena.

—Lo que yo afirmo es que es buena para Chad.

—Usted *no* afirma —pareció poner en claro la mujer— el que sea buena para *usted.*

Pero el hombre continuó sin hacerle caso:

—Esa es la conclusión a la que quería que llegaran: que vieran con sus propios ojos si ella no le conviene.

—Y ahora que lo han hecho, ¿no admitirán que es buena para lo que sea?

—Piensan —admitió Strether entonces— que es, en términos generales, aproximadamente tan mala para mí. Pero son lógicos, desde luego, en la medida en que tienen claro lo que nos conviene.

—A usted, para empezar —dijo María, toda solicitud, confinada al tema por el momento—, borrar de su existencia, y de ser posible incluso de su memoria, el espantoso parásito que yo debo de simbolizar para ellos, más si cabe que borrar el mal manifiesto, y por tanto un poco menos agorero, de la persona de quien usted ha dado en ser cómplice. Sin embargo, esto es relativamente sencillo. Puede usted, en el peor de los casos, en última instancia, renunciar a la criatura que soy.

—Puedo, en el peor de los casos, en última instancia, renunciar a la criatura que es usted. —La ironía era tan obvia que no hacía falta preocuparse—. Puedo, en el peor de los casos, en última instancia, incluso olvidar a la criatura.

—Digamos que es práctico. Pero el señor Newsome tiene mucho más que olvidar. ¿Cómo puede hacerlo *él?*

—¡Ah, ahora somos los dos! Es precisamente lo que yo tenía que haberle obligado a hacer; mi labor era ayudarle y colaborar con él.

La mujer meditó en silencio y sin ambages, como si estuviera, quizá, muy familiarizada con los hechos; y la meditación llevó a cabo un entronque que no reveló los engarces.

—¿Recuerda usted que solíamos hablar en Chester y en Londres de mi ayuda a usted? —Hablaba como de cosas lejanas y como si hubieran pasado semanas en los lugares mencionados.

—Precisamente es lo que está haciendo.

—Ah, pero lo peor, puesto que ha dejado usted tal margen, puede acontecer todavía. Usted puede fracasar aún.

—Sí, todavía puedo fracasar. Pero ¿me aceptaría usted...?

El hombre había titubeado y ella esperaba.

—¿Aceptarle?

—Hasta que pueda soportarlo.

La mujer también se debatía.

—El señor Newsome y Mme. de Vionnet, al fin y al cabo, pueden, como decimos, salir de la ciudad. ¿Cuánto cree usted que lo soportaría sin ellos?

La respuesta de Strether fue a primera vista otra pregunta.

—¿Salir de la ciudad, dice usted, para alejarse de mí?

La réplica femenina no careció de brusquedad.

—Disculpe mi rudeza, pero he de decirle que tiendo a pensar que querrían hacerlo.

El hombre la miró con fijeza otra vez, dando la sensación por un instante de una concentración mental a cuya instancia se mudó el color de aquél. Pero sonrió.

—¿Quiere usted decir después de lo que me han hecho?

—Después de lo que le ha hecho Marie.

Ante aquello, sin embargo, con una carcajada, el hombre se recuperó.

—Ah, pero no lo ha hecho todavía.

II

Había tomado el tren, días después, en una estación —rumbo también *a* una estación– – elegida casi al azar; los días, a despecho de lo que ocurriera, eran incontables y se había dejado llevar del impulso —instintivo, sin duda— de dedicar uno entero a aquel ruralismo francés, con su fresco verdor particular, que sólo había contemplado hasta el momento por la pequeña y oblonga ventana del marco pictórico. No había sido, sin embargo, en su mayor parte, sino una tierra de fantasía para él: el telón de fondo de la ficción, el pretexto del arte, el plantel de las letras; prácticamente tan lejana como Grecia, pero prácticamente también, tan consagrada. Un relato maravilloso, en él sentir de Strether, se fraguaba en aquellos apacibles elementos; e incluso después de haberse, pues así se sentía, «empapado», llegaba a sentirse intrigado un poco ante la posibilidad de ver algo en alguna parte que le recordase cierto pequeño Lambinet que le había encantado, años atrás, en el establecimiento de un anticuario de Boston y que, de manera más bien absurda, nunca había olvidado. Se le había ofrecido, recordaba, a un precio que se le había dicho era el más bajo que se había pedido por un Lambinet, un precio que nunca le había hecho sentirse tan pobre por tener que admitir, al mismo tiempo, que estaba más allá de cualquier posibilidad imaginada. Las había imaginado: había dado vueltas y más vueltas a las posibilidades durante una hora: había sido la única aventura de su vida en relación con la compra de una obra de arte. La aventura, se observará, era modesta; pero el recuerdo, por encima de toda razón y en virtud de una asociación de ideas accidental, era dulce. El pequeño Lambinet había de seguirle como la adquisición material con que, en toda su vida, había fracasado de la manera más estrepitosa: la producción particular que le había hecho por entonces sobrepasar la modestia de la naturaleza. Sabía muy bien que si lo veía de nuevo acaso sufriera un desvanecimiento o una conmoción y jamás se había encontrado en la circunstancia de desear que la rueda del tiempo volviese a presentárselo, tal y como lo había visto en el santuario interino, de colores pardos e iluminado desde el techo, de Tremont Street. Bien diferente sería, sin embargo, ver la recordada mezcolanza disuelta en sus elementos, presenciar la restauración de la naturaleza de todo el lejano momento: el día polvoriento de Boston, el telón de fondo del Fitchburg Depôt, del sagrario de color pardo, la imagen de un verde especial, el precio ridículo, los chopos, los sauces, el viento, el río, el cielo plateado e inundado de sol, el horizonte ensombrecido por los bosques.

No prestaba más atención al tren que la circunstancia de que se detendría unas cuantas veces antes de salir de la *banlieu;* confiaba en que la bonanza general del día le indicaría donde apearse. Su teoría de la presente excursión era que se bajaría en cualquier parte —aunque a más de una hora de Paris— en que captase un indicio de la nota particular que necesitaba. Despuntó, el indicio —el clima, el aire, la luz, el color y su humor, pues todo contribuía— al cabo de una hora y veinte minutos; el tren se detuvo en

el lugar preciso y se descubrió descendiendo con tanta seguridad como quien acude a una cita. Será sensato pensar que podía entretenerse, a su edad, con minucias si recuerda que su cita era sólo con un marchito entusiasmo bostoniano. No se había alejado sin la instantánea confianza de que la cita se daría con rigor suficiente. El marco oblongo y dorado exhibía sus rayas envolventes; los chopos y los sauces, los juncos y el río —un río del que no sabía, ni quería saber, el nombre— armonizaban felizmente con ellas; el cielo era de plata, de turquesa, de esmalte; la aldea de la izquierda era blanca y la iglesia de la derecha era gris; allí estaba todo, en suma, todo lo que quería: era Tremont Street, era Francia, era Lambinet. Además, paseaba con libertad absoluta. Hizo esto último, durante una hora, para regocijo de su corazón, buscando el horizonte sombreado de bosques y engolfándose de tal modo en sus impresiones y su ocio que las habría traspasado para tocar la pared de color pardo. Era asombroso, sin duda, que el sabor del ocio no necesitase más tiempo para endulzarse; pero había contado con unos cuantos días por delante; se había endulzado, a decir verdad, desde la partida de los Pocock. Paseaba y paseaba como para decirse que tenía muy poco que hacer; no tenía otra cosa que hacer que dirigirse a la falda de un cerro cualquiera donde echarse en el suelo y oír el rumor de los chopos, con lo que —en el curso de una tarde empleada de aquel modo, una tarde ricamente provista además con la sensación del libro en el bolsillo— habría ordenado suficientemente la escena para merecer la pequeña posada rústica en que haría una tentativa tocante a la cena. Había un tren de vuelta a las 9,20 y se vio a sí mismo comiendo, al filo del día, con los complementos de un basto mantel blanco y un suelo de tierra, algo frito y ciertamente sabroso, regado con un buen vino; tras lo que podía, si gustaba, volver paseando a la estación u optar por la *carriole* local y charlar con el conductor, un conductor a quien, naturalmente, no faltarían un blusón limpio y almidonado, un gorro de punto e ingenio en las respuestas: que, en definitiva, se sentaría en la vara, le contaría lo que pensaban los franceses y le recordaría, como, a decir verdad, todo el episodio, a Maupassant. Strether oía sus labios, por vez primera con acento francés, mientras la fantasía adquiría consistencia, emitir sonidos de intención manifiesta sin ningún temor de la compañía. Él había tenido miedo de Chad, de María y de Mme. de Vionnet; había tenido más miedo que a nadie a Waymarsh, en cuya presencia, mientras se mezclaban con la luz de la ciudad, nunca había lucido, sin pagar algún precio por ello, su vocabulario o su acento. Por lo general, el precio que pagaba era, inmediatamente después, un cruce de miradas con el amigo.

Tales fueron las libertades con que jugó su fantasía una vez que se hubo dirigido a la falda del cerro que, indiscutiblemente, así como de la forma más cariñosa, le esperaba a la sombra de los chopos, la falda que le hizo sentir, durante un murmurante par de horas, lo feliz de su idea. Le dominaba la sensación del triunfo, de una armonía más sutil en las cosas; nada distinto de lo que había esperado. Se le ocurrió pensar entonces con gran intensidad, mientras permanecía echado de espaldas en la hierba, que Sarah se había ido, que su tensión había terminado; la paz que entrañaban estas ideas podía ser ilusoria, pero le acunaba, en cualquier caso, por el momento. Le adormeció durante media hora satisfactoriamente; se puso el sombrero de paja sobre los ojos —lo había comprado la víspera como un recuerdo del de Waymarsh— y volvió a sumirse en Lambinet. Era como si hubiera descubierto que estaba cansado: no cansado del paseo, sino de aquel ejercicio interior que había conocido, en conjunto, durante tres meses, tan pocas interrupciones. De esto se trataba: una vez que hubieron partido había creído derrumbarse; allí, además, era

adonde había ido a caer y en aquel momento tocaba fondo. Estaba golosamente tranquilo, sosegado y alegre gracias a lo que había encontrado al final de su descenso. Era en gran medida aquello por lo que había dicho a María Gostrey que le gustaría quedarse, el diseminado París estival, a la vez oscuro y enceguecedor, con la masa de sus columnas y comisas alzada para él, con la sombra y el aire en el revoloteo de los toldos anchos como avenidas. Recordaba sin paliativos que, al buscar, un día después de hacer la observación, alguna prueba de su libertad, había ido aquella misma tarde a ver a Mme. de Vionnet. Había vuelto dos días después y el efecto de las dos visitas, el dejo de las dos horas pasadas con ella, era casi el de la plenitud y la repetición. La valiente intención de la frecuencia, más loable desde el momento en que tan injustamente se sospechaba de él en Woollett, había quedado más bien en el plano teórico y una de las cosas que podía meditar bajo los chopos era el origen de la timidez particular que todavía acicateaba su prudencia. Se había desembarazado ya de ella, sin duda, de esta timidez particular; ¿qué le había ocurrido, antes de concluir la semana, sino que había desaparecido a fuerza de insistencia?

Sabía con toda claridad que había sido cauto por un motivo. Había temido, a decir verdad, en su conducta, un bache en su buena fe; si había un peligro en apreciar en demasía a una mujer de tal enjundia, la mayor seguridad propia consistía en esperar al menos a tener el derecho a tal aprecio. A la luz de los últimos días, el peligro era ciertamente intenso; tanto que era relativamente aforunado que el derecho aludido se hubiera otorgado. Parecía a nuestro amigo que en ambas ocasiones se había beneficiado al máximo de éste; ¿de qué mejor modo habría podido hacerlo, se preguntaba en última instancia, que haciéndole saber a ella inmediatamente que, si no le molestaba, él prefería no hablar de nada molesto? Jamás había visto una brazada de elevados intereses tan sacrificada como en esta observación; jamás había preparado tanto el camino de la frivolidad relativa como al dirigirla a la inteligencia de Mme. de Vionnet. No había comprendido sino pasado un tiempo que al conjurarlo todo salvo lo placentero había conjurado casi todo lo que hasta el momento había hablado al respecto; y no sería sino después cuando recordaría que, con aquel tono remozado, ni siquiera habían mencionado el nombre de Chad. Una de las cosas que más retenía en aquella falda montañesa era la deliciosa placidez con que había alcanzado el nuevo tono con aquella mujer. Pensaba, echado de espaldas, en todos los tonos que la mujer habría posibilitado de tener que probarla y, en cualquier caso, en la probabilidad de que se pudiera confiar en ella la adaptación de los mismos a las circunstancias. Había deseado que comprendiera ella la necesidad de que, pues él era ya hombre desinteresado, ella lo fuera también; la mujer había dado a entender que lo comprendía y él, asimismo, que le estaba agradecido, y había sido, de manera extraordinaria, como si él la visitara por vez primera. Habían tenido otros encuentros, aunque irrelevantes; era casi como si, de haber conocido antes los dos cuánto tenían *realmente* en común, hubiera unos cuantos asuntos relativamente insignificantes que habrían podido soslayar. Bueno, pues ya los soslayaban, incluso con graciosa gratitud, incluso con magníficos «¡No me diga!», y era sorprendente lo que aún podía surgir con remitirse a lo que no había dejado de darse entre ellos. Acaso no había sido, en última instancia, mas que[*] cuestiones tales como la diferencia entre Victor Hugo y los poetas ingleses; Victor Hugo, para quien no podía tenerse a mano sino compa-

[*] En la ed. Penguin, el pasaje encerrado entre los dos asteriscos aparece sustituido por la frase: *«Shakespeare and the musical glasses; but». (N. del T.)*

raciones múltiples, y los poetas ingleses, a los que el amigo de la dama, de manera bastante sorprendente, con pintoresco arcaísmo conocía. Sin embargo**, había contribuido igualmente al objeto de su aparición que le hubiera dicho:

—No lo acepto, si es que esto sirve de algo, porque yo haya «hecho», como ellos dicen, por usted, no sé qué evidente torpeza; lo acepto... bueno, lo acepto, diantre, por cualquier otra cosa que usted prefiera. De modo que, por la misma conveniencia, no sea conmigo simplemente la persona que he llegado a conocer en virtud de mi incómoda vinculación con Chad... pues ¿hubo algo alguna vez, por cierto, *más* incómodo? Sea para mí, por favor, con todo su admirable tacto y su no menos admirable confianza, de tal modo que yo pueda demostrarle que es un placer pensar en usted.

Había sido una indicación demasiado prolija para ser correspondida; pero si ella no la había correspondido, ¿qué había hecho entonces, y cómo había podido discurrir el tiempo compartido con tanta dulzura, con tranquilidad pero sin lentitud, derritiéndose, deshaciéndose en la feliz ilusión masculina de ocio? No podía sino reconocer, por otro lado, que no había carecido de razones, en su anterior situación reprimida, para vigilar la posibilidad de los baches en la buena fe.

Siguió fomentando la imagen —que representaba según él su situación— durante el resto de aquel día andariego; tanto que su influjo seguía aún, más que nunca si cabe, dominándole, cuando, a eso de las seis, se sorprendió charlando amistosamente con una mujer recia, de voz profunda y con un gorro blanco, en la puerta del *auberge* del más grande de los pueblos, un pueblo que se le antojaba una combinación de lo blanco, lo azul, lo tortuoso y el verdor manchado, y cuyo río corría por delante o por detrás: no habría sabido decirlo; al fondo, en cualquier caso, del huerto de la posada. Había tenido otras aventuras antes de la presente; había seguido subiendo después de despejarse la modorra; había admirado, codiciado casi, otra pequeña iglesia antigua, de empinada techumbre de pizarra, totalmente enjalbegada y con flores de papel en el interior; se había perdido y había acabado por orientarse; había charlado con campesinos que le habían parecido quizá un poco más hombres de mundo de lo que había esperado; había adquirido de pronto una desenvuelta facilidad para el francés; había tomado, al caer la noche, un *bock* flojo, rubio, parisiense, en el café del pueblo de más allá, que no era el más grande; y en ningún momento había salido del marco dorado y oblongo. El marco se había dilatado para él hasta lo insospechado; pero en aquello consistía su fortuna. Había vuelto a bajar finalmente al valle, para no alejarse demasiado de las estaciones y los trenes, en dirección al apeadero del que había partido; fue así como vino a parar ante la mesonera del «Cheval Blanc», que le atendió, con una burda solicitud semejante al golpetear de los zuecos en los adoquines, en el común trámite de una *côtelette de veau à l'oseille* y el consiguiente estímulo. Había andado muchos kilómetros y no sentía cansancio alguno; sólo sabía que estaba contentó y que, aunque hubiera estado solo todo el día, nunca se había imaginado tan en contacto con los otros, tan en medio de la corriente de su drama. Podía haberse dado por terminado, el drama en cuestión, sin haber llegado al desenlace; había comprendido, sin embargo, con claridad meridiana que le estaba poniendo dicho desenlace en bandeja. Pero no podía sino advertir que proseguía.

Pues en esto había consistido durante todo el día, en el fondo, el influjo del cuadro: sustancialmente, antes que nada, una escena y un escenario, así como podía decirse que la atmósfera de la obra estaba en el rumor de los cipreses y las tonalidades del cielo. La obra y los personajes, sin que lo hubiera advertido hasta entonces, habían llenado su espacio

en su sentir y parecía no poco afortunado que aparecieran, en circunstancias tan favorables, con una especie de inevitabilidad. Era como si las circunstancias no sólo los hicieran inevitables, sino tanto más próximos a la naturalidad y la justicia cuanto que por fin eran más agradables y liberales de lo que podía soportarse. En ninguna parte habían hecho valer tanto las circunstancias su diferencia respecto de las de Woollett como en el pequeño patio del «Cheval Blanc», mientras preparaba con la mesonera un ambiente cómodo. Eran escasas y sencillas, menudas y humildes, pero constituían el *meollo,* que habría podido decir, incluso en mayor medida que el alto y antiguo salón de Mme. de Vionnet, donde campaba el fantasma del imperio. «El» meollo era el núcleo que implicaba el mayor número de elementos que había tenido que afrontar; y era curioso, desde luego, pero no era para menos: la implicación aquí era completa. Ni una sola de sus observaciones podía por menos de encontrar un sitio; ni una ráfaga del fresco anochecer podía por menos de corresponder a una sílaba del texto. El texto decía simplemente, cuando se resumía, que en *tales* sitios había tales cosas, y que si a uno le tocaba desplazarse por ellos tenía que confiar en lo que alcanzara a entender. Mientras tanto, en cualquier caso, bastaba con que a uno se le antojasen —en la medida en que afectaban al aspecto del pueblo— una combinación de lo blanco, lo azul, lo tortuoso y el verdor manchado: pues, para el caso, allí estaba el muro exterior del «Caballo Blanco», pintado de la manera más inverosímil. Esto era parte del entretenimiento: como para dar a entender que éste era inofensivo; del mismo modo que bastaba, además, que cuadro y obra parecieran fundirse al máximo en el generoso bosquejo de la buena mujer tocante a lo que podía hacer para saciar el apetito del forastero. En suma, tenía confianza, ésta era global y era lo único que quería tener. No le impresionó que dijera la mujer que, a decir verdad, acababa de poner la mesa para dos personas que, a diferencia de Monsieur, habían llegado por el río: en barca propia; que le habían pedido media hora antes que proveyera por ellos y que se habían alejado a hacer no sé qué un poco más arriba: paseo del que no tardarían en volver. Monsieur podía, mientras tanto, si gustaba, pasar al jardín, donde ella le serviría, si nada objetaba él —pues había fuera mesas y bancos en abundancia— una «cervecita» antes de la comida. También le informaría la mujer de la posibilidad de llevarle a la estación y, en cualquier caso, gozaría del *agrément* del río.

Podría añadirse que Monsieur gozó del *agrément* de todo y, en particular en el curso de los veinte minutos que siguieron, de un pequeño y vetusto cenador que, al extremo del jardín, casi pendía sobre el agua, dando fe, con su estado más bien ruinoso, de su nutrida frecuentación. Consistía en poco más que una plataforma, ligeramente elevada, con un par de bancos y una mesa, una barandilla protectora y un techo en punta; pero daba al pletórico torrente, entre grisáceo y azulenco, que, formando una curva un poco más allá, desaparecía para volver a aparecer mucho más arriba; y a las claras se advertía que se le requería con estima para los domingos y otras festividades. Strether permaneció allí y, aunque con hambre, se sentía en paz; la confianza que había reunido se intensificaba con el chapoteo del agua, la ondulación de la superficie, el murmullo de los juncos de la otra orilla, la perceptible frescura dominante y el ligero balanceo de un par de botes, encallados en un tosco varadero. El valle que se abría enfrente era una mancha de verde sucio frenada por la transparencia del cielo perlado, un cielo sustentado por cortinas de árboles bien ordenados, de poca altura, semejantes a espalderas; y aunque el pueblo se desplegaba a corta distancia, el paisaje daba una sensación de vacío y soledad que volvía sugerentes los botes. Un río de tal condición lo ponía a uno a flote antes siquiera de

empuñar los remos, cuyo tranquilo ejercicio bien podía ser, además, el colofón de la imagen conjunta. La impresión se intensificó hasta el punto de que Strether acabó poniéndose en pie; pero este movimiento, a su vez, le hizo sentir otra vez que estaba cansado y mientras se apoyaba en un poste y seguía mirando vio algo que le hizo dar un levísimo respingo.

III

Lo que vio no fue ni más ni menos que lo que tenía que ver: una barca que rodeaba el meandro, con un hombre que empuñaba los zaguales y una dama, a popa, con una sombrilla de color de rosa. Fue como si, repentinamente, aquellas figuras, o algo semejante a ellas, se hubieran precisado en la imagen, se hubieran precisado, más o menos, durante todo el día, y se hubieran dejado ver a la sazón, merced al lento curso del río, con el fin de colmar la medida. Avanzaban muy despacio, evidentemente en busca del varadero próximo al espectador y suponiéndoles con no menor claridad las dos personas para las que la mesonera había preparado la comida. En el acto les tomó por dos personas muy felices: un joven en mangas de camisa, una mujer también joven, elegante y hermosa, que llegaban desenvueltamente de cualquier parte y que, encantados con la zona, se habían percatado de lo que aquel particular retiro podía prodigarles. El aire condensaba otras intimaciones a medida que se acercaban; la intimación de que tenían experiencia, conocimiento y soltura: que aquella no era, en modo alguno, la primera vez. Sabían cómo desenvolverse, intuía vagamente, y esto no hacía sino darles un talante más idílico; aunque en aquel preciso momento la embarcación parecía estar a merced de la corriente, el remero no parecía preocupado. Por entonces, sin embargo, se encontraban ya mucho más cerca: lo bastante cerca para que Strether imaginara que la dama de popa, por la razón que fuere, se había dado cuenta de que él les estaba observando. Había hecho ella la indicación oportuna, pero su compañero no se había vuelto; era, a decir verdad, casi como si nuestro amigo hubiera oído a la mujer recomendar al compañero que no se girase. Había comprendido la mujer alguna cosa a cuyo imperio se había amortiguado la marcha y siguió amortiguándose mientras los ocupantes permanecían inmóviles. Fue un hecho repentino y veloz, tan veloz que la apercepción de Strether no se dio, sino con un segundo de diferencia, al mismo tiempo que su sobresalto. Antes de que finalizara aquel intenso minuto había comprendido también algo: él conocía a la dama cuya sombrilla, inclinada como con ánimo de ocultar el rostro, ponía su detalle rosa en el hermoso escenario. Era demasiado extraordinario, una posibilidad entre un millón; pero, puesto que conocía a la dama, el caballero, que todavía le daba la espalda, el caballero, galán sin chaqueta del idilio, que había respondido a la prevención femenina, no era, en correspondencia con la asombrosa coincidencia, otro que Chad.

Chad y Mme. de Vionnet, al igual que él, habían ido a pasar el día en el campo, aunque era tan extraño como la ficción, como la farsa, que su campo tuviera que ser precisamente aquél; y ella había sido la primera en reconocer, la primera en sentir, desde el río, lo chocante —pues no menos había sido— de la extraordinaria casualidad. Strether se dio cuenta entonces de lo que sucedía: que la apercepción femenina había sido incluso más extraña para la pareja de la barca, que el inmediato impulso de la mujer había sido dominarla y que discutía con Chad, con celeridad y vehemencia, los riesgos de la identificación. Se dio cuenta el hombre de que la pareja no se traicionaría si se aseguraba

de que él no la había descubierto; de modo que tuvo que debatirse durante unos segundos con su propia vacilación. Era una situación crítica, desasosegadora, fantástica, que había desembocado en una suerte de sueño y que en los últimos segundos de su brevedad vino a considerar el hombre *totalmente horrible.* Los otros, por su lado, seguían consultándose, y por el motivo que fuere aquello rompió la inmovilidad como un detalle tan espontáneo como desapacible. Le pareció, al limite ya, que no podía sino hacer una cosa: acoger la presencia de la pareja con alguna muestra de sorpresa y alegría. Dio por tanto rienda suelta a estas manifestaciones, agitando el sombrero y el bastón, y dando grandes voces: alharacas que le devolvieron la tranquilidad en cuanto se vio correspondido. La barca, en medio de la corriente, seguía zozobrando .un tanto: cosa bastante natural, empero, pues Chad se había vuelto medio impulsado por un muelle; mientras su buena amiga, repuesta de la perplejidad y el asombro, se ponía a agitar la sombrilla. Chad empuñó con resolución los zaguales y la embarcación dio la vuelta, llenando la atmósfera de sorpresa y alegría, y también de un alivio, mientras Strether seguía haciendo cábalas, que vino a sustituir a la desnuda violencia. Nuestro amigo bajó al río dominado por esta extraña sensación de violencia latente: la violencia de que hubieran fingido no conocerle, allí, en plena naturaleza, con la suposición de que no se daría cuenta. Les esperó con una cara de la que sabía no había podido borrar la impresión de que habrían continuado río abajo, sin mirarle, sin reconocerle, descuidando la cena y burlando a la mesonera, de haber hecho él lo mismo. Esto, cuando menos, era lo que oscurecía su perspectiva por el momento. Luego, cuando hubieron encallado en el varadero y les hubo ayudado a salir de la embarcación, todo desapareció a instancias del milagro del encuentro.

Pudieron así, por fin, cada cual por su lado, enfocarlo como si hubiera sido una especulación insensata y ninguna otra cosa, que la situación había de volver elástica en virtud de las explicaciones pertinentes. Por qué —extrañeza aparte— la situación había sido realmente tensa era un tema muy poco práctico en aquel momento y, a decir verdad, un tema que, sólo sería abordado, más tarde y en privado, por Strether. Reflexionaría más tarde y en privado que había sido él quien más explicaciones había dado y que, además, había tenido, relativamente, muy pocas dificultades en hacerlo. Hubo de soportar, en cualquier caso, mientras tanto, la molesta idea de que ellos tal vez alimentasen la sospecha de que la coincidencia había sido obra suya, tras esforzarse al máximo porque tuviera el aspecto de una casualidad. Esta posibilidad —la de la acusación— no resistía, naturalmente, el menor análisis; sin embargo, el incidente todo era tan manifiestamente extraño, según deducirían ellos por su cuenta, que apenas si pudo hacer otra cosa que justificar su presencia en aquel lugar. Las negativas intencionales habrían sido tan carentes de tacto como prácticamente inoportuna su presencia; y la mezquina escapatoria que cualquiera de ellas representaba era haber evitado, por fortuna, tal patinazo. Nada se ponía siquiera en duda, por lo menos en lo que tocaba a la superficie y las palabras; la superficie y las palabras justificaban su ridícula buena suerte, la total *invraisemblance* de la ocasión, que por una feliz coincidencia hubieran, los otros, encargado la cena, que por una feliz coincidencia él no hubiera comido, que por una feliz coincidencia sus pequeños planes, su horario, su tren, en suma, de *là—bas* se hubieran confabulado para regresar juntos a París. La coincidencia más feliz de todas, la coincidencia que arrancó a Mme. de Vionnetsu más diáfano y alegre *«Comme cela se trouve»!* fue el aviso que se dio a Strether, una vez que estuvieron sentados todos juntos, las palabras que le dirigió la mesonera respecto del vehículo que le llevaría a la estación, con que ya podía contar. El

tema afectó también a sus amigos; el medio de transporte —¡qué buena suerte!— lo utilizarían ellos asimismo; y nada fue más delicioso que estar nuestro amigo en situación de ser igual, de categórico con el tren. Es posible que hubiera sido, por lo que a ellos respectaba —por oír a Mme. de Vionnet—, casi anormalmente vago, un detalle en el aire, aunque Strether recordaría después que Chad se había apresurado a prevenir esta apariencia, riéndose de la frivolidad de su compañera y señalando que él, a fin de cuentas, a pesar de lo maravilloso de la jornada pasada fuera con ella, sabía lo que iba a hacer.

Strether, además, recordaría después que aquélla se le había antojado en resumen casi la única intervención de Chad; y recordaría también, en meditación subsiguiente, muchas cosas que encajaban entre sí. Una de ellas, por ejemplo, era que la sobreabundante sorpresa y alegría de la mujer se habían dado en francés, un francés que le había parecido dotado de un insólito dominio de los giros y locuciones, pero con el que ella, por así decir, se apartaba de él, afrontándolo todo con pequeños saltos verbales que él no habría podido igualar sino cojeando. El francés del hombre no había sido nunca tema de realce para ellos; era algo que ella no se habría permitido: pertenecía, para una persona que había renunciado a tanto, al simple aburrimiento; pero el efecto de la presente circunstancia era bien singular, ocultaba a las claras su identidad, la relegaba a la raza o clase voluble con cuya notoria sonoridad había tenido ya el hombre sus intercambios. Cuando hablaba ella en el inglés encantador y un tanto extraño que le conocía, se le antojaba una criatura que destacaba entre millones con un idioma propio, verdadero monopolio de una inflexión especial, endiabladamente fácil para ella y sin embargo de una musicalidad y una cadencia que eran tan inimitables como cuestión de azar. Recuperó tales atributos cuando entraron en el comedor de la posada y supo lo que iba a ocurrirles; era inevitable que la primera exclamación a propósito del prodigio del encuentro acabara por desvanecerse. Fue entonces cuando su impresión adquirió plena forma: la impresión, destinada únicamente a consolidarse, a completarse, de que tenían algo que encarar, que llevar a cabo y que resolver, y de que era ella quien, de manera admirable en términos generales, iba a hacerlo. No le cogía de nuevas, naturalmente, que tuvieran algo que encarar; su amistad, su relación precisaban ciertas explicaciones: no le habría cogido de nuevas merced a los veinte minutos pasados con la señora Pocock si no hubiera estado alerta antes. Sólo que su teoría, como sabemos, había sido que, con notoria generosidad, los hechos presentes, en términos concretos, no eran asunto suyo y que había que adoptar al respecto, en todos los sentidos, una actitud imparcial; es posible que esto le hubiese preparado para cualquier cosa, al tiempo que le prevenía contra la confusión. Cuando llegó a casa aquella noche, sin embargo, supo que en el fondo no había elaborado ninguna prevención; y puesto que hemos hablado de lo que había de recordar e interpretar luego de su regreso, podemos añadir inmediatamente que la experiencia de las horas anteriores puso en escena, en aquella representación diferida —pues no tuvo deseos de acostarse hasta la madrugada— el aspecto que nos interesa.

Supo entonces lo afectado que se había sentido, pues no lo había sabido más que a medias hasta el momento. Y había venido a afectarle después, como se ha dicho, de tomar asiento juntos; en su conciencia, no obstante amortiguada, los más peliagudos momentos de aquel episodio tenían un marcado resabio de la bohemia cordial e inocente. Habían apoyado los codos en la mesa y deplorado el precoz término de los dos o tres platos consumidos; que habían querido prolongar con otra botella mientras Chad gastaba bromas un tanto histriónicas, y quizá un tanto irrelevantes, a la mesonera. Lo que ocurría

era que la ficción y el fingimiento pesaban, inevitablemente en la atmósfera y no a modo de símil, sino como consecuencia de las cosas que se habían dicho; aparte de que lo soslayaban, de manera absoluta, y de que no tenían ninguna necesidad, no tanta por lo menos, de soslayarlo: aunque, francamente, si no la tenían Strether no comprendía muy bien qué otra cosa habrían podido hacer. Strether no comprendía muy bien *aquello* ni siquiera a la una o las dos de la madrugada, ni siquiera cuando, en su hotel, durante un buen rato, a oscuras y vestido, hubo de sentarse en el sofá del dormitorio y quedarse allí pensativo. Estaba, en tal punto estratégico, en plena posesión de sus facultades y dispuesto a llegar adonde supiese. Seguía pensando que se había dado una *mentira* en aquel hermoso asunto: una mentira que en aquel momento, con la necesaria distancia y reflexión, se podía señalar. Habían comido, bebido, hablado y reído con aquel embuste, con él habían esperado la *carriole* más bien impacientemente y con él habían subido al vehículo y, discretamente acomodados, recorrido los seis o siete kilómetros en la noche estival, cada vez más oscura. La comida y la bebida, que habían sido un recurso, habían tenido por resultado la forja de una función; la charla y las risas habían hecho otro tanto; y había sido durante el en cierto modo tedioso viaje a la estación, durante la ulterior espera y las subsiguientes demoras, el abandono al cansancio, el silencio reinante en el compartimento mal iluminado de aquel tren que gustaba de las paradas, cuando se había preparado para las reflexiones que seguirían. Había sido una interpretación, el comportamiento de Mme. de Vionnet, y aunque en este sentido había carecido de culminación, como si hubiera dejado de creer en ella, como si se hubiera preguntado, o Chad hubiera encontrado un momento para preguntarle subrepticiamente, qué sentido tenía una interpretación que sin embargo se había desarrollado con bastante dignidad, con el resultado final de que era, en conjunto, más fácil de mantener que de abandonar.

Desde el punto de vista de la presencia de ánimo había sido extraordinario, extraordinario por la preparación, por la hermosa seguridad, por la forma en que la mujer tomó la decisión allí mismo, sin tiempo de parlamentar con Chad, sin tiempo para nada. Su único parlamento había sido tal vez el breve tracto pasado en el bote antes de admitir que reconocían al espectador de la orilla: tanto más cuanto que no habían estado solos ni un momento desde entonces y tenían que habérselo comunicado todo en silencio. Parte de la profunda impresión de Strether, y no la de menor profundidad, era que *podían* haberse comunicado así: que Chad había podido hacerle saber que lo dejaba en sus manos. Era hombre que habitualmente confiaba las cosas a—los demás, como bien sabía Strether, y a decir verdad se le ocurrió a nuestro amigo en el curso de tales meditaciones que no se había dado ningún ejemplo serio de su famoso conocimiento de la vida. Era como si hubiera complacido a la mujer hasta el extremo de dejarla mentir sin medida, un poco como si, en realidad, hubiera de presentarse a la mañana siguiente para poner las cosas en su justo lugar, como asunto particular entre Strether y él. Por supuesto, no lo haría en absoluto; se trataba de un caso en que un hombre estaba obligado a aceptar la versión de la mujer, por fantástica que fuese. Si bien la mujer, con más nerviosismo del que había cuidado de manifestar, había preferido, pues tal podía decirse, aparentar que habían salido de París aquella misma mañana y sin el menor proyecto de volver el mismo día: si bien no había calculado al milímetro, según expresión de Woollett, la común necesidad, conocía al dedillo su propia medida. Había cosas, de todos modos, que era imposible soslayar y que convertían la medida en bien extraña: el hecho demasiado evidente, por ejemplo, de que no se había vestido y calzado, y hasta si a ello vamos, provisto de la

sombrilla rosada para pasar fuera solamente un día. ¿De dónde había venido el tambaleo de su seguridad a medida que aumentaba la tensión, de dónde había partido aquella ingenuidad apenas velada sino de su conciencia de no ofrecer, en pleno anochecer, sin un chal siquiera que ponerse, un aspecto que concordase con su versión de los hechos? Había admitido que tenía frío, pero sólo para maldecir inmediatamente su imprudencia, que Chad hubo de sufrirle y justificar diciendo que era posible. El chal y el sobretodo de

Chad, así como las demás prendas femeninas, y las del hombre también, las que habían vestido el día anterior, estaban en el lugar, que ellos conocerían muy bien —un retiro bastante tranquilo, sin duda— en que habían pasado las veinticuatro horas, al que habían querido volver aquella misma noche, del que habían partido por vía fluvial hasta topar con Strether, y el tácito repudio del cual había sido, por consiguiente, la esencia de la comedia femenina. Strether había visto que la mujer se había dado cuenta al instante de que no podían ni pensar en volver en las propias barbas del amigo; aunque, honradamente, mientras profundizaba con mayor ahínco en el tema, estaba en cierto modo sorprendido, como Chad lo había estado quizá, de la aparición de aquel escrúpulo. Le parecía adivinar que la mujer lo había alimentado más por Chad que por ella y que, como el joven había carecido de ocasión para respaldarla, la mujer había tenido que proseguir mientras su compañero malinterpretaba sus motivos.

Estaba contento, sin embargo, por no haberse separado en el «Cheval Blanc», por no haberse visto obligado a darles su bendición en nombre de un idílico refugio río abajo. Se había visto obligado en aquel caso a fingir más de lo que le habría parecido tolerable, pero le pareció que era una nadería en comparación con lo que lo otro habría exigido. ¿Habría podido, literalmente, soportar lo otro? ¿Habría sido capaz de salir con bien ante ellos en tal brete? Era esto lo que intentaba hacer en aquel momento; pero con la ventaja de poder dedicarle más tiempo, contrarrestado en buena medida por su apercepción de lo que, con todo y con eso, tendría que tragar. Implicaba la magnitud del fingimiento y con tanta viveza ejemplificado que su estómago del espíritu se resentía al máximo. Pasó, sin embargo, de la consideración de dicha magnitud —por no hablar de la conciencia del órgano mencionado— al otro adorno del espectáculo, la verdad, la profunda verdad de la intimidad revelada. En esto era en lo que, en su ésteril vigilia, había insistido con más frecuencia: ¿era la intimidad, en tal punto, efectivamente individual? ¿Y qué otra cosa habría querido uno que fuese? Encontraba cierto placer en lamentar que no fuera a quedar sino en agua de borrajas; casi se ruborizó, en la oscuridad, de haber adornado la posibilidad en abstracto, como una niña balbuciente podía haber acicalado su muñeca. El les había obligado —y sin que ellos tuvieran la culpa— a sacar momentáneamente la posibilidad de la abstracción para su propio provecho; ¿no debía por tanto tomarlo él como ellos, con los atenuantes que se quieran, se habían visto forzados a ofrecérselo? Esta sola pregunta, habría que añadir, le hizo sentirse solo y con frío. El elemento de lo desagradable pesaba en todas partes, pero Chad y Mme. de Vionnet tenían el consuelo de poder hablar de ello. ¿Con quién podía hablar él de tales cosas, sino, como siempre, casi en cada etapa, con María? Preveía el interrogatorio de la señorita Gostrey al día siguiente; y no sería justo negar que tenía ya su poco de miedo ante su: «Pero hombre de Dios, ¿qué otra cosa se había figurado usted?» Reconoció al final que, en todo aquel tiempo, había hecho lo posible por no figurarse nada. A decir verdad, su esfuerzo había sido inútil. Pues se lo había figurado todo.

Libro duodécimo

I

Indudablemente no habría podido decir que lo hubiese esperado durante las horas anteriores; sin embargo cuando, más tarde, por la mañana —aunque no después de la diez—, vio que el conserje sacaba, al acercarse a él, un *petit bleu* entregado después de haber subido su correspondencia, estimó la aparición como el primer síntoma de una serie. Advirtió entonces que había estado pensando que lo más probable sería que Chad se manifestase primero de alguna forma; y que aquella sería su primera señal. Lo daba tan por sentado que abrió el *petit bleu* en el mismo lugar en que se había detenido, en la fresca brisa de la *porte-cochère,* curioso por ver por dónde respiraría el joven en tal coyuntura. Su curiosidad, sin embargo, quedó más que satisfecha; el pequeño mensaje, cuyo borde engomado había despegado sin prestar atención al remitente, no era en modo alguno del joven, sino de la persona a quien el caso volvía, según él, más importante si cabe. Más importante o no, el caso es que se dirigió a la oficina de telégrafos más cercana, la mayor del Boulevard, con una decisión que casi confesaba temer el peligro de la demora. Es posible que pensara que si no iba antes acabara por pensar que quizá no fuera de ninguna de las maneras. En cualquier caso mantenía, en un bolsillo inferior externo de la chaqueta, una muy decidida mano en derredor del mensaje azul, que apretaba más con ternura que con rudeza. Escribió la respuesta en el Boulevard, también con la forma de *petit bleu,* que concluyó en seguida, a instancias del lugar, tanto más cuanto que, al igual que el comunicado de Mme. de Vionnet, contenía el mínimo de palabras. Le había pedido ella si el hombre le haría el inmenso favor de ir a verla aquella noche, a las nueve y media, y él respondía, como si se tratase de lo más normal del mundo, que allí estaría a la hora mencionada. Había añadido la mujer una línea, a modo de postdata, notificando que, si él así lo prefería, sería ella la que fuese à verle y a la hora que él indicase; pero el hombre no hizo caso de esto, sabiendo que si la veía, la mitad del valor de la experiencia radicaría en verla donde él la había visto en sus mejores momentos. No podía verla de ninguna de las maneras; esta fue una de las reflexiones que se hizo tras escribir y antes de echar la tarjeta en el buzón; nunca más podría ver a nadie; podía poner punto final en aquel momento lo mismo que en cualquier otro, dejar las cosas como estaban, puesto que él, sin duda, no iba a mejorarlas, y volver a casa mientras le quedase una casa .donde volver. Durante unos momentos esta alternativa fue tan acuciante que si al final echó la misiva fue quizás porque el lugar hacía sentir su influencia.

No había, sin embargo, más que la influencia normal y corriente, conocida de nuestro amigo, de la rúbrica de Postes et Télégraphes; lo que flotaba en el ambiente de tales establecimientos; la palpitación de la vasta y extraña vida de la ciudad; el influjo de los tipos, las ejecutantes, que maduraban sus mensajes; las pequeñas y veloces parisienses que ordenaban, pretextanto Dios sabe qué, las espantosas plumas de uso público clavándolas en las espantosas mesas de uso público y sucias de arena; elementos que simbolizaban para la inocencia demasiado interpretadora de Strether algo más peligroso en la conducta, más siniestro en la ética, más desenfrenado en la vida nacional. Él mantenía una correspondencia, en la gran ciudad, totalmente a tono con las Postes et Télégraphes en sentido global; y era como si la asunción de este hecho hubiera surgido de una faceta de su situación que casase con el menester de sus conciudadanos. Estaba

totalmente sumido en la típica historia de París y lo mismo le ocurría a los demás, pobres criaturas: ¿cómo podía ser de otro modo? No eran peores que él, en suma, y él no era peor que ellos, aunque, cosa extraña, tampoco mejor: en cualquier caso, había puesto cada cosa en su sitio y se dispuso a comenzar, desde aquel mismo momento, su jornada de espera. La genial ordenación apuntada tendía a que su corresponsal se encontrase en condiciones óptimas. Es*to* era parte de la historia típica, la parte más significativa respecto de sí mismo. Le gustaba el lugar en que vivía la mujer, la imagen que, cada vez, se acomodaba, con su altura, su longitud y su claridad, en torno a ella: cada ocasión de verlo era un placer con nuevos matices. Sin embargo, ¿de qué le servían ya los matices del placer y por qué, con toda lógica y propiedad, no la había instado a que aceptase las trabas e inconvenientes que la situación exigiese? Podía haber sugerido, como en el caso de Sarah Pocock, la fila hospitalidad de su propio *salon de lecture,* en que el hielo de la visita de Sarah parecía vibrar todavía y donde los matices del placer eran mínimos; podía haberle sugerido un banco de piedra de las polvorientas Tullerías o una silla de a real al final de los Campos Elíseos. Tales detalles habrían sido un poco austeros y la austeridad sola en aquel momento no sería siniestra. Cierto instinto le inclinaba por cualquier forma de disciplina en el encuentro: alguna incomodidad que tuvieran que soportar, algún peligro o, cuando menos, alguna seria inconveniencia en que incurrir. Esto aportaría la sensación —que el espíritu exigía, más bien dolorido y nostálgico en su ausencia— de que alguien estaba purgando algo en alguna parte y de alguna manera, de que por lo menos no se mantenían a flote en el riachuelo argentino de la impunidad. Sin embargo, ir a verla a última hora de la tarde, como si, a pesar de todo... bueno, como si él estuviese en la misma corriente en el mismo sentido que los otros, tenía muy poco que ver con el rigor disciplinario.

Aun cuando se dio cuenta de que la objeción perdía su razón de ser, la diferencia práctica fue mínima; el largo trecho de su intervalo adoptaría el tenor que fuese y si soportaba la continua presencia de lo siniestro resultaría entonces algo más llevadero de lo previsto. Evocó su antigua tradición, aquella con la que se había educado y que, a pesar de los años, había sufrido una erosión inapreciable; la idea de que la situación del pecador, o por lo menos la felicidad de éste, sufría serias dificultades. Lo que le chocaba era el desahogo de la misma, pues, a decir verdad, nada parecía más desahogado. Fue un desahogo que probó durante el resto del día; abandonándose por entero; sin llegar al extremo de revestir ningún detalle de conflictividad; sin ir, en definitiva, a ver a María, cosa que habría sido, en cierto modo, resultado de dicho revestimiento: sino gozando del ocio, paseando, fumando, sentándose en la sombra, tomando limonada y consumiendo helados. El día se había vuelto muy caluroso, al final hubo tormenta y de vez en cuando volvía a su hotel para enterarse de que Chad no había estado allí. No se había tenido, desde que salió de Woollett, por un holgazán, pero veces había habido en que había estado muy cerca de creerlo. El fondo de la cuestión tenía sus simas, pero ninguna previsión de lo que sacaría a la luz. Casi se preguntaba si tendría un *aspecto* desanimado y vergonzoso; se imaginaba, mientras permanecía sentado y fumando, que por justificada casualidad los Pocock se veían obligados a volver y que al pasar por el Boulevard le descubrían. A juzgar sólo por su aspecto, habrían tenido claramente un buen motivo de escándalo. Pero el destino no le concedió ni siquiera este castigo; los Pocock no pasaban y Chad no daba señales de vida. Strether, mientras tanto, seguía alejándose de la señorita Gostrey, postponiéndola hasta el día siguiente; de modo que al caer la noche, su

irresponsabilidad, su inquietud y su ocio se habían hecho —no había otro término— enormes.

Entre las nueve y las diez, en aquel cuadro alto y despejado —aquellos días parecía ir, como si estuviera en una galería, de un lienzo hábil a otro inteligente—, tomó una gran bocanada de aire; tan claro tenía desde el principio que el hechizo de su ocio no se rompería. Es decir, no tendría que sentirse responsable, cosa que, de manera admirable, estaba en el aire: ella le había llamado, precisamente, para hacérselo sentir, de modo que él pudiera proseguir con tranquilidad —una tranquilidad ya predispuesta, ¿no?— de considerar su ordalia, la ordalia de las semanas de estancia de Sarah y su crisis, totalmente satisfecha y dejada atrás. ¿Acaso no quería confirmar al hombre que *ella* se hacía cargo de todo? Que él no hubiera de preocuparse nunca más, ¿significaba sólo que hubiera de dormirse en los laureles y seguir ayudando generosamente a la mujer? La luz de la hermosa sala era tenue, aunque bastaría, como siempre bastaba todo; el calor de la noche había mantenido las luces apagadas, pero había un par de candelabros que resplandecía en la cornisa de la chimenea como los grandes cirios de un altar. Las ventanas estaban totalmente abiertas, los superfluos visillos se agitaban un tanto y alcanzaba a oír una vez más el leve gorgoteo de la fuente del jardín vacío. Procedente del otro lado, y como si estuviera a gran distancia —más allá del jardín, más allá del *corps de logis* de la fachada— se oía, como excitada y excitante, la confusa voz de París. Strether había sufrido ininterrumpidamente repentinos arrebatos de la fantasía en relación con elementos como aquellos: extraños sobresaltos de intuición histórica, suposiciones y adivinanzas sin más justificación que la intensidad de las mismas. Así, en la víspera de las grandes fechas registradas, los días y las noches de revolución, habían llegado los ecos, las profecías, y estallado el comienzo. Eran el olor de la revolución, el olor de la actitud del pueblo... o, tal vez, simplemente el olor de la sangre.

Era extraño, hasta lo indecible, «sutil», habría dicho él, que tales sugestiones palpitaran en la escena; pero sin duda era el efecto del aparato eléctrico que había amenazado durante todo el día. Su anfitriona estaba vestida con atuendo propio de día de lluvia y se le ocurrió, con la clase de imaginación que le hemos atribuido, que la mujer estaría vestida de blanco, con la blancura más sencilla y despejada, con un aire tan anticuado, si no se equivocaba, que Madame Roland, en el patíbulo, tendría que haber llevado algo parecido. Este efecto estaba realzado por una pañoleta negra, o un pañuelo, de gasa o de crespón, colocado singularmente alrededor del pecho y poniendo punto final, como por un retoque místico, la noble y sentimental analogía. El bueno de Strether apenas sabía qué analogía podía establecerse cuando la encantadora mujer, al recibirle y hacerle pasar, pues podía permitirse tales cosas, a la vez con seriedad y familiaridad, entraba en la gran sala, casi reproduciendo su figura en el brillante suelo, que había quedado totalmente despejado a causa del verano. Las evocaciones del lugar no permanecían ociosas; el resplandor ocasional, bajo la luz amortiguada, de los espejos, los destellos dorados y el parquet, fueron detalles al principio tan intangibles como si hubieran estado dotados de alguna cualidad espectral, y al hombre no le cupo la menor duda de que, encontrara lo que encontrase, no habría ido a buscar una impresión que le hubiera pasado anteriormente desapercibida. Esta convicción se le ocurrió al principio y, pareciendo que se simplificaba notablemente, no hizo sino garantizarle que los objetos le socorrerían, que socorrerían a ambos en realidad. No, no podía volver a verlos: aquella era probablemente la última vez; y a decir verdad no vería nada que se les pareciese ni

remotamente. Pronto estaría donde tales cosas no existían y sería un bonito gesto de compasión para el recuerdo, para la fantasía, tener, en tal ansiedad, un sucedáneo a punto. Sabía de antemano que evocaría la impresión que le dominaba en aquel momento y que lo haría como si se tratase de lo más antiguo que le había afectado personalmente; y también sabía, mientras juzgaba a su compañera el detalle primordial, que el recuerdo y la fantasía no podrían por menos de estar a disposición de la mujer. Ella entendería lo que quisiese, pero aquello estaba más allá de cuanto alcanzara a comprender, junto a elementos de muy atrás —caprichos de la historia, características tipológicas, valores, como decían los pintores, expresivos— que actuaban en favor de ella y le daban la suprema oportunidad, la oportunidad de las extraordinarias minorías afortunadas, la oportunidad, en una ocasión única, de ser natural y sencilla. Nunca lo había sido tanto con él; y si era aquello la perfección del arte, jamás —lo que venía a ser lo mismo— se probaría contra ella.

Lo realmente maravilloso era la forma en que la mujer discrepaba, de tarde en tarde, sin perjuicio de su sencillez. Las discrepancias, pensaría ella, sin duda, en el sentir del hombre, eran más importantes que cualquier otra mala costumbre y este criterio era en sí mismo más útil a la seguridad de las relaciones de cuanto había tenido en cuenta en las pasadas relaciones del hombre. Si la actitud femenina era por tanto muy distinta de la que había adoptado ante él la noche anterior, el cambio no entrañaría violencia, antes bien sería totalmente armónico y lógico. Esto le daba por resultado una persona dulce y profunda, mientras que, en la ocasión a que su entrevista era referencia directa, había tenido una persona abocada al movimiento y la superficie, y la reincidencia en ambos; pero en nada era más experta, fuera cual fuese su caracterización, que en salvar las pausas, cosa que casaba con lo que él comprendía iba a confiarle. La cosa era que si él iba a confiárselo *todo* ¿por qué le había llamado ella? El hombre había concebido de antemano una explicación, la probabilidad de que ella deseaba reparar alguna cosa, arreglar de alguna manera el fraude cometido últimamente con la presunta credulidad masculina. ¿Se arriesgaría a llevarlo hasta sus últimas consecuencias o acabaría liquidándolo? ¿Lo pintaría con colores más o menos alegres o no haría nada al respecto? Pronto advirtió que, por muy sensata que pudiera ser, la mujer no sufría una turbación vulgar, lo que le llevaba a creer que la palpable «mentira», la de Chad y ella, era, a fin de cuentas, un homenaje tan inevitable al buen gusto que Strether no les habría perdonado su omisión. Apartado de ellos, durante su vigilia, había considerado seriamente, al parecer, lo que el asunto tenía de comedia; mientras que en su presente actitud no podía por menos de preguntarse cuánto le alegraría que la mujer hiciese algún intento de representarla otra vez. No se alegraría en absoluto, pero podría confiar en ella otra vez. Es decir, podría confiarle la reparación del engaño. Mientras ella manejase los hechos, la fealdad —Dios sabía por qué— desaparecería de ellos; sin embargo de que además podría manejarlos, con su habilidad característica, sin tocarlos siquiera. En cualquier caso, ella dejaría el caso donde estaba: donde las anteriores veinticuatro horas lo habían puesto; al parecer, solamente para dar vueltas a su alrededor, con respeto, con ternura, casi con piedad, mientras la mujer se planteaba otras cosas.

Sabía ésta que no había engañado al hombre; esto, la noche anterior, antes de que se separasen, había quedado bastante claro; y así como le había llamado para saber hasta qué punto afectaba al hombre, así supo él al cabo de cinco minutos que se le había probado y tanteado. Había acordado con Chad, una vez que él se hubo despedido, que

ella, para satisfacción propia, se aseguraría de dicha afección y Chad, como de costumbre, había dejado el caso en sus manos. Chad había confiado siempre en los demás cuando intuía que esto le beneficiaría de algún modo; y de algún modo, le beneficiaba siempre. Strether se sentía, cosa singular, ante tales hechos, nueva y generosamente pasivo; se había insistido tanto en que la pareja que tanto llamaba su atención tenía relaciones íntimas que su intervención había consolidado dicha intimidad y, en definitiva, tenía que aceptar las consecuencias. Con sus intuiciones y sus errores, con sus concesiones y sus reservas, la ridícula mezcla, como sin duda parecía a los demás, de su valentía y sus temores, en espectáculo general, en suma, de su habilidad y su inocencia, se había convertido, en términos absolutos, casi en un eslabón de refuerzo y, de hecho, en un inapreciable territorio propicio que ellos habían aprovechado. Fue como si estuviera oyendo el tono preciso de aquellos dos cuando la mujer sacó a relucir una alusión que era relativamente directa.

—Los dos últimas veces que estuvo usted aquí no se lo pedí —dijo ella con brusca transición, pues habían fingido, antes de esto, que no hablaban sino del encanto del día anterior y del interés que el campo había despertado en ellos. El esfuerzo fue manifiestamente inútil; pues ella no le había llamado para hablar de aquello; y el puntal nemotécnico de la mujer había sido que ellos habían hecho al respecto todo lo necesario cuando él había ido a verla tras la partida de Sarah. Lo que la mujer no le había pedido era que el hombre le dijese sin ambages hasta qué punto y en qué sentido podía contar con su apoyo; la mujer se había basado en la notificación que Chad le había hecho respecto de la velada intempestiva que habían pasado en el Boulevard Malesherbes. Lo que en consecuencia quería ella había llegado de la mano de las últimas ocasiones en que, de manera simpatizante y desinteresada, ella le había ahorrado toda inquietud. La presente noche, la verdad sea dicha, la mujer le inquietaría y en esto consistía su petición de que le permitiese afrontar el peligro. Al hombre no le importaría que ella le sondease un poco: se había comportado, a fin de cuentas, ¿no es cierto?, de manera tan maravillosa.

XXXIII

—Oh, tiene usted razón, tiene usted razón —afirmó el hombre casi con impaciencia; aunque su impaciencia, por otro lado, no se debía a la cuña femenina, sino a los escrúpulos de la mujer. El hombre iba entendiendo paulatinamente el diapasón a que sin duda había ajustado con Chad aquel asunto; y cada vez veía más claro que la mujer había estado intranquila respecto de la naturaleza del «apoyo» masculino. Sí, se había discutido si él «apoyaba» el parecer que le había merecido la escena del río y, aunque el joven, sin duda, había votado en favor de la recuperación de Strether; la conclusión de la mujer había sido que no descansaría hasta comprobar por sí misma el estado de cosas. De aquello se trataba, sin lugar a dudas; la mujer lo *comprobaba* por sí misma; lo que podía apoyar o no, en aquellos momentos, lo tenía aún que resolver Strether, que estimaba, mientras se percataba de todo, que debía volver por sus fueros. Quería hacer ver que apoyaba todo lo que fuera humanamente posible; y advertía cierto imperio de la situación en aquel deseo de no parecer demasiado confuso. La mujer estaba dispuesta a todo, pero asimismo, con la misma suficiencia, estaba él; es decir, el hombre era en cierto sentido el

más preparado de los dos, tanto más cuanto que, a pesar de toda la astucia femenina, no podía dar cuenta, detalle no poco chocante, del motivo de su conducta. El tenía la ventaja de que haber dicho que ella tenía razón le permitía ir más allá—. He tenido mucho gusto en venir, pero ¿deseaba usted decirme algo en particular? —Hablaba como si la mujer pudiera comprender que el hombre estaba esperando aquello: no, en realidad, de manera incómoda, pero sí con el natural interés. Entonces percibió que la mujer se echaba levemente hacia atrás, que estaba incluso sorprendida del detalle que se le había escapado: el único, la verdad sea dicha; pues había supuesto en cierto modo que el hombre sabría, advertiría, permitiría que ciertas cosas no se dijeran. Le miró la mujer, sin embargo, durante un momento, como si quisiera comunicar que si el hombre que las quería saber *todas*...

—Egoísta y vulgar, eso es lo que sin duda le parezco. Usted lo ha hecho todo por mí y aquí me tiene como si fuera a pedirle más. Pero no es —admitió la mujer— porque tenga miedo... aunque *tengo* miedo, desde luego, como cualquier mujer en mi situación. Quiero decir que no es porque una viva aterrada por lo que es egoísta, pues estoy dispuesta a darle mi palabra ahora mismo de que no me preocupa; no me preocupa lo que pueda ocurrir ni lo que yo pueda perder. No le pido que vuelva a prestarme su ayuda ni desearía tampoco tocar lo que hemos discutido en otras ocasiones, ni mi peligro ni mi seguridad, ni su madre ni su hermana, ni la muchacha con que él tal vez se case, ni la fortuna que puede ganar o perder, ni lo justo o injusto que él pueda hacer. Si después de los servicios que una ha recibido de usted no conoce una la discreción o simplemente no contiene la lengua, entonces tiene que abandonar toda pretensión de ser objeto de interés. Y si he querido retenerle ha sido en nombre de lo que *de veras* me preocupa. ¿Cómo voy a ser indiferente —preguntó— ante lo que usted pueda pensar de mí? —Y como él no supiese inmediatamente qué decir—: ¿Por qué, si usted se marcha, *necesitarle,* a fin de cuentas? ¿Le es imposible seguir como hasta ahora... de modo que no tenga una que perderle?

—¿Imposible que viva aquí cop ustedes en vez de irme?

—No «con» nosotros, si usted se opone a ello, pero cerca de nosotros, en alguna parte donde le podamos ver... bueno, hay que obeceder siempre los dictados del corazón. ¿Cómo no vamos a lamentarlo más de una vez? A menudo, cuando no tenía oportunidad, en el curso de estas últimas semanas —prosiguió la mujer—, he tenido deseos de verle a usted. ¿Cómo no voy a echarle de menos, sabiendo que se ha ido usted para siempre? —Entonces, como si la franqueza de esta solicitud, habiéndole cogido desprevenido, le hubiera dejado en visible perplejidad—: ¿Dónde está su «casa» en este momento, además...? ¿Qué ha sido de ella? I4e hecho que su vida cambiase, me doy cuenta; además he trastornado todo lo que usted pensaba; todas... ¿cómo le diría?, todas las convenciones y posibilidades. ¡Hace que aborrezca...! —Y en esto se detuvo.

Oh, pero él quería saberlo.

—¿Aborrecer qué?

—Todo... la vida.

—Ah, eso es demasiado —dijo él riendo— o demasiado poco.

—Demasiado poco, precisamente —la mujer estaba ávida—. En realidad me detesto a mí misma cuando pienso que para ser feliz he tenido que tomar tanto de la vida de los demás y que a pesar de todo no he conseguido esa felicidad. No lo hace una para engatusar la propia interioridad y acallar las propias quejas: no basta eso, en el mejor de los casos, sino transitoriamente. Esa desdichada interioridad está siempre ahí,

provocándonos siempre una nueva insatisfacción. Lo que ocurre es que no existe nunca una felicidad, cualquiera que sea, que *tomar.* Dar es lo único seguro. Es lo que hace que sea uno menos falso. —Interesante, conmovedora, chocantemente sincera mientras manifestaba aquellas cosas, no cesaba de desconcertar y turbar al hombre: tan delicado era el trémolo de su serenidad. Intuía lo que había intuido siempre en ella, que siempre había más detrás de lo que manifestaba y, a su vez, mucho más detrás de aquello—. Usted sabe por lo menos —añadió— cuál es su postura, en tal caso.

—Entonces debe *usted* conocerla, sin duda; pues ¿no es precisamente lo que usted ha estado entregando lo que nos ha hecho coincidir en esta experiencia? Usted ha hecho, y se lo digo como lo siento —dijo Strether—, el más hermoso presente que yo haya visto en mi vida y si no encuentra usted satisfacción en este hecho, entonces está usted, sin duda, condenada a seguir torturándose. Pero —concluyó— no debe preocuparse.

—Y no molestarle más, sin duda... no imponerle el asombro y la belleza de lo que yo haya hecho; tan sólo dejar que usted considere nuestro negocio concluido, cerrado y archivado, y dejarle marchar en una paz que comparto. Sin duda, sin duda, sin duda —repitió con nerviosismo la mujer—, sobre todo porque no pretendo creer que usted no podía, por su parte, *no* hacer lo que ha hecho. No pretendo que usted se crea una víctima, pues así es, evidentemente, como usted se siente, y que esto sea lo que estimamos mejor. Sí, tiene usted razón —prosiguió al cabo de un momento—, debo tranquilizarme y confiar en mi obra. Bueno, ya lo hago. Estoy tranquila. Llévese por lo menos esta última impresión. ¿Cuándo dice que se va? —preguntó con rápido cambio de tono.

Le costó un poco replicar al hombre, pues su última impresión se volvía cada vez más confusa. Producía en él una vaga decepción, un desmoronamiento más profundo que el derrumbe de su entusiasmo durante la noche anterior. El bien que hubiera hecho, si había hecho tanto, no estaba allí para animarle lo que habría hecho falta para un *finale* grandioso y alegre. Las mujeres eran infinitamente absorbentes y tratar con ellas equivalía a caminar sobre el agua. Lo que en el fondo importaba a la mujer, por más que lo negase y adornase la susodicha, era simplemente Chad. Era de Chad de quien, en resumidas cuentas, tenía miedo; la extraña fuerza de su pasión no era ni más ni menos que la fuerza del miedo; se aferraba a *él,* Lambert Strether, como a un manantial de seguridad que ella había probado y, por graciosa, generosa y sincera que quisiese mostrarse, a pesar de su exquisitez, temía que su manipulación conociese el punto final. Sabedor de estas cosas, sin embargo, era como un escalofrío que le traspasase, era casi espantoso que una criatura tan delicada fuera, en virtud de fuerzas misteriosas, una criatura tan exhausta. Pues, en última instancia, eran fuerzas misteriosas; ella había convertido a Chad en lo que era: así pues, ¿cómo se le podía ocurrir que lo había vuelto infinito? Lo había mejorado, lo había mejorado al máximo, lo había hecho como ningún otro; pero pensaba nuestro amigo con profunda extrañeza que, a pesar de todo, no era más que Chad. Strether tenía la impresión de que *él,* un poco, también había contribuido a transformarle; la elevada calificación de Strether había rubricado la obra de la mujer. La obra, no obstante admirable, era sin embargo de orden estrictamente humano y, en suma, era maravilloso que el compañero de alegrías simplemente mundanas, de libertades, de aberraciones —cualquiera que fuese su jerarquía— dentro de la normal experiencia, fuera apreciado de manera tan trascendental. Aquello podía haber puesto a Strether nervioso o retraído, como los secretos ajenos, cuando salen a la luz, suelen ponernos; pero lo que le sostenía era tan resistente que era prácticamente inflexible. No era ya el desconcierto de la noche

anterior; que había pasado del todo, pues tales desconciertos no pasaban de meros detalles; la verdadera coacción era ver un hombre adorado hasta lo indecible. Nuevamente la presencia de las mujeres; si tratar con ellas era caminar sobre las aguas, ¿a quién extrañaba que el agua se sublevase? Y nunca, sin duda, se había sublevado tanto como alrededor de aquella mujer. Descubrió que la mujer le miraba fijamente y acto seguido supo el hombre que había dicho todo lo que pensaba.

—Tiene usted un miedo atroz.

Aquello interrumpió la prolongada observación y el hombre pronto supo por qué. El rostro femenino sufrió una contracción, las lágrimas que no había podido contener fluyeron al principio en silencio y a continuación, como la queja que emite de pronto el niño, entre espasmos y sollozos. Se cubrió la cara con las manos, dando de lado todo afán de comedimiento.

—Así es como me ve, así es como me ve —tragó aire al decir esto—, así es como me encuentro, así es como debo considerarme y, por supuesto, tiene poca importancia. —La tribulación femenina fue al principio tan incoherente que lo único que podía hacer él era permanecer allí, confundido y con la sensación de haberla molestado, aunque sabiendo que lo había hecho en nombre de la verdad. Tuvo que escucharla en un silencio que no pudo atenuar, sabiéndola doblemente desconsolada en medio de su menguada y desvanecida elegancia; aceptándolo como había aceptado lo demás e incluso advirtiendo una ligera ironía ante aquella elegancia cascada de bienaventuranzas. El no podía decir que tuviera poca importancia; pues supo en aquel momento que la estaba ayudando hasta el final: como si lo que él pensase de ella nada tuviese que ver. Era en realidad, por otro lado, como si no pensase de ella absolutamente nada, como si no pudiera pensar en otra cosa que la pasión, abismal, madura, misericordiosa, que ella representaba, y en las posibilidades que revelaba. La veía más vieja aquella noche, menos inmune, a las claras, al paso del tiempo; pero era, lo mismo que siempre, la criatura más elegante y delicada, la aparición más maravillosa que se le había permitido conocer en toda su vida; y sin embargo la veía allí, dolorida hasta la vulgaridad, como una criada que llora por su apuesto mozo. Sólo que ella se juzgaba a sí misma como la criada no haría; la debilidad de cuya sabiduría, además, la deshonra de cuyo juicio no parecía sino que la hundieran cada vez más. La crisis, sin embargo, fue breve y en cierto modo se había recuperado ya antes de que el hombre interviniera.

—Por supuesto que tengo mucho miedo. Pero no importa. No tiene la menor importancia.

El hombre siguió guardando silencio, como si pensara en lo que podía importar.

—Se me ocurre que todavía puedo hacer algo.

Pero la mujer rechazó al final, con brusca y triste cabezada, mientras se secaba los ojos, lo que el hombre podía hacer todavía.

—No me preocupa. Naturalmente, como le he dicho, se representa usted a sí mismo, con su maravilloso estilo; y lo que haga usted por su lado es tan de mi incumbencia, aunque puedo alargar estas manos impías torpemente para tocarlo, como si fuera algo ocurrido en Tombuctú. Es sólo que usted no me rechaza, como ha podido hacer cientos de veces... y su extraordinaria paciencia hace olvidar los propios modales. A pesar de su paciencia, de todos modos —prosiguió—, usted haría más que quedarse aquí con nosotros, aun si ello fuera posible. Usted lo haría todo por nosotros, salvo mezclarse con nosotros: una afirmación a la que podría usted responder fácilmente, confiando en sus

buenos modales. Puede usted decir: «¿De qué sirve hablar de lo que es imposible?» En efecto: ¿de qué sirve? No es más que una pequeña locura mía. Usted hablaría si estuviera atormentado. Y no digo ahora a propósito de *él.* ¡Oh, para él... ! —Con energía, con extrañeza, con amargura, pareció a Strether, la mujer lo dejó a «él» a un lado, por el momento—. A usted no le preocupa lo que yo piense de usted; pero ocurre que a mí sí me importa lo que usted piense de mí. Y lo que usted *pueda* pensar —añadió—. Lo que quizá haya hecho.

El hombre ganó tiempo.

—¿Lo que yo haya hecho?

—Lo que pensó antes. Antes de esto. ¿Acaso no pensó usted...?

Pero él ya la había atajado.

—Yo no pensaba nada. Nunca pienso ni un milímetro más de lo que debo.

—Eso es del todo falso, me temo —replicó ella—, sólo que usted, sin duda, puede detenerse cuando las cosas se ponen *demasiado* feas; y hasta, me atrevería a decir, para ahorrarle las protestas, demasiado hermosas. En cualquier caso, hasta donde es cierto, le hemos impuesto apariencias que usted ha tenido que ver y que por tanto han tenido que apelar a su sentido del deber. Feas o hermosas, no importa cómo las consideremos, usted se las apañaba bien sin ellas y en ese punto es donde somos detestables. Le aburrimos: aquí le digo lo mismo. Y bien que podemos... a pesar de lo que le hemos costado a usted. Lo único que puede hacer usted *ahora* es no pensar en absoluto. Y a mí que me habría gustado parecerme a usted... ¡magnífico, sublime!

Lo único que pudo hacer el hombre, al cabo de un momento, fue repetir las palabras de la señorita Barrace.

—Es usted maravillosa.

—Soy vieja, abyecta y repugnante —continuó la mujer sin prestar atención al hombre—. Sobre todo abyecta. O vieja sobre todo. Cuando una es vieja es peor. No me importa cómo termine esto... que sea lo que tenga que ser. Sé que es una maldición; usted no puede apreciarlo tanto como yo. Las cosas serán como tienen que ser. —Con lo que volvió a lo que había interrumpido—. Naturalmente, usted no estaría, aunque fuera posible y sin que influya lo que pueda sucederle, cerca de nosotros. ¡Pero piense en mí, piense en mí ...! —exclamó.

El hombre se refugió en la repetición de algo que ya había dicho y que ella no había tomado en consideración.

—Creo que todavía puedo hacer algo. —Y alargó la mano para despedirse.

La mujer volvió a desoír aquellas palabras; seguía insistiendo.

—No le servirá de nada. No hay nada que pueda servirle.

—Bueno, tal vez le sirva a *usted* —dijo él.

La mujer negó con la cabeza.

—No hay ni un ápice de seguridad en mi futuro; pues lo único seguro es que al final saldré perdiendo.

La mujer no le había dado la mano, pero le acompañó hasta la puerta.

—¡Muy alentador —dijo él riendo— para su benefactor!

—Lo alentador para mí —replicó ella— es que usted y yo pudimos ser amigos. Esto sí lo es. Ya ve usted, como lo he dicho, que lo quiero todo. A usted también le he querido.

—Ah, pero usted me ha *tenido* —afirmó el hombre, ya en la puerta, con una vehemencia que puso fin a la conversación.

II

Su intención había sido ver a Chad al día siguiente y había imaginado que sería posible con una visita temprana; pues, por regla general, nunca había guardado excesiva ceremonia respecto de las visitas al Boulevard Malesherbes. Había sido costumbre más lógica que fuera él allí que Chad acudiera al hotel, cuyos atractivos eran escasos; sin embargo, en aquel momento, las once aproximadamente, Strether consideró que debía empezar por dar una oportunidad al joven. Se le antojaba que, en aquel flujo inevitable, Chad estaría «al caer», como Waymarsh soda decir: Waymarsh que ya parecía, en cierto modo, tan lejano. No había ido a verlo la víspera porque había acordado con Mme. de Vionnet que ella lo vería primero; pero ahora que el trance ya había tenido lugar haría acto de presencia y el amigo no tendría que esperar mucho. Strether suponía, basándose en este razonamiento, que las partes interesadas en el acuerdo se habrían encontrado con tiempo y que la más interesada de las dos —que era ella, a fin de cuentashabría comunicado a la otra el resultado de su apelación. Chad sabría sin dilación que el mensajero de su madre había estado con ella y, aunque quizá no fuera fácil intuir cómo calificaría ella lo ocurrido, quedaría por lo menos suficientemente avisado para saber que podía continuar. El día, sin embargo, no alumbró, ni pronto ni tarde, la menor noticia del aludido y Strether supuso que, resultado de la situación, se había decidido un cambio a raíz del encuentro. Tal vez era un juicio prematuro; o quizá sólo significaba, ¿cómo decirlo?, que la maravillosa pareja que protegía había emprendido otra vez la excursión que él había interrumpido por casualidad. Podían haber vuelto al campo y vuelto de un tirón; esto, a decir verdad, caracterizaría mejor el conocimiento que Chad habría tenido de que no había sido la violencia lo que había acogido la súplica de Mme. de Vionnet. Al cabo de veinticuatro horas, al cabo de cuarenta y ocho seguía sin haber el menor rastro; de modo que Strether mató el tiempo, como tan a menudo lo había matado antes, yendo a ver a la señorita Gostrey.

Le propuso un poco de expansión; se consideraba ya experto en la propuesta de expansiones; vivió así, durante unos días, la rara experiencia de llevarla por todo París, de pasearla por el Bois, de enseñarle las pequeñas embarcaciones a vapor —desde las que se gozaba mejor la brisa del Sena— que podía haberse dado en el tío amable que enseña lo mejorcito de la capital a la sobrina inteligente que ha llegado del campo. Se las arregló incluso para llevarla a tiendas que la mujer no conocía o que, por lo menos, hacía como que ignoraba; mientras que ella, por su lado, como la doncella campestre, era toda modestia, pasividad y agradecimiento: llegando hasta el extremo de remedar la rusticidad con ocasionales fatigas y aturdimientos. Strether calificaba aquellos ejercicios, para sí e incluso para ella, como un feliz interludio; síntoma de lo cual fue que los dos amigos no dijeron ni una sola palabra, mientras duró aquello, a propósito del tema de que habían hablado hasta la saciedad. El hombre declaró el estado de saciedad al comienzo y la mujer captó en el acto la indirecta, tan dócil en esto y en todo como la sobrina obediente y perspicaz. No le dijo él nada, sin embargo, de su última aventura, pues aventura se le figuraba; puso a un lado temporalmente todo el asunto y centró su interés en el hermoso consentimiento femenino. Y la mujer no preguntaba: ella, que durante tanto tiempo había parecido la encarnación de la pregunta; se confiaba a él con una inteligencia de la que la callada y simple galanura habría sido expresión suficiente. Sabía ella que la circunstancia

del hombre había dado otro paso al frente: del que él no era ignorante; pero se decía que, fuera lo que fuese lo que le había ocurrido, quedaba a la sombra de lo que le ocurría a ella. Esto —aunque a un alma liberal no habría parecido mucho— constituía el principal interés y ella lo acogió como una nueva muestra de su franqueza, midiéndolo en todo momento con la medida de su serio silencio de aceptación. Afectado tan a menudo por ella en otras ocasiones, el hombre se sentía, por su lado también, afectado nuevamente; tanto más cuanto que, no obstante sabedor de la raíz sustentadora de su humor, no podía serlo por igual de la raíz del de ella. Es decir, sabía, en cierto modo —sabía con superficialidad y resignación—, lo que él mismo maquinaba; mientras que se sentía desorientado ante lo que llamaba para sí cálculos de María. Lo único que precisaba era que ella lo considerase apto para lo que estaban haciendo y aún harían mucho.más si la calificación de la aptitud daba para tanto; la frescura fundamental de una relación tan sencilla era una ducha fría para las heridas producidas por las otras. Estas otras se le figuraban en aquel momento terriblemente compleas; estaban erizadas de espinas, espinas sin cuento y de antemano, espinas que se hundían y causaban sangre; hecho que proporcionó a una hora pasada con su actual amiga en un *bateau-mouche o* a la sombra vespertina de los Campos Elíseos algo del inocente placer de tocar el marfil tallado. Su relación personal con Chad —desde el momento en que comprendiera su punto de vista– – había sido de las más sencillas; sin embargo también ésta le pareció erizada de espinas cuando hubieron transcurrido un tercero y cuarto días en blanco. Al final, sin embargo, fue como si su interés por tales apreciaciones hubiera decaído; pues transcurrió un quinto día en blanco y dejó de preguntar y de preocuparse.

Adoptaban en su imaginación, la señorita Gostrey y él, la imagen de los niños perdidos en el bosque; podían confiar en que los misericordiosos elementos les dejarían seguir en paz. El había sido muy pródigo, bien lo sabía, en punto a aplazamientos; pero sólo tenía que introducirse en el propio pulso para advertir su delicada atracción. Le gustaba repetirse que podía haber estado a punto de morirse: de morirse con resignación; la escena se cargaba entonces de un profundo silencio de velatorio y un encanto melancólico. Esto significaba el aplazamiento de todo lo demás... lo que contribuía al sereno intervalo de vida; y especialmente los aplazamientos del conocimiento futuro... a no ser, claro está, que el conocimiento futuro fuera a ser ni más ni menos que la extinción. Le observaba, el conocimiento, a lomos de mucha experiencia circunstancial, a través de las cuevas de Kubla Khan. Estaba en realidad al final de todo; no se había mezclado con lo que él había hecho; su apreciación final de lo que él había hecho —apreciación en el lugar mismo— vendría con la mayor virulencia. El lugar, así tomado, era naturalmente Woollett y él iba a ver, en el mejor de los casos, lo que Woollett sería después de haberse transformado todo para él. ¿No daría cuenta *aquella* revelación del final de su trabajo? Bien, el final del verano lo diría; su incertidumbre tenía, mientras tanto, exactamente la dulzura de la demora inútil; y él contaba al respecto, conviene decirlo, con otros pasatiempos distintos de la compañía de María... muchos entretenimientos dispersos en que su ocio se venía abajo salvo en un detalle. Se arrimaba a buen puerto, con el mar a sus espaldas, y era sólo cuestión de ganar la playa; tenía un problema pendiente, sin embargo, mientras se apoyaba en el casco de su embarcación, y era liberarse un poco de la obsesión de que estaba prolongando el tiempo que pasaba con la señorita Gostrey. Era un problema propio, pero sólo podía resolverlo viendo otra vez a Chad; era, a decir verdad, su principal razón para querer ver a Chad. Después de esto ya

no tendría importancia: sería un fantasma que ciertas palabras devolverían fácilmente al descanso. Sólo que el joven tenía que estar allí para oír las palabras. Una vez que se hubieran escuchado yà no tendría nada pendiente; esto es, nada en relación con este negocio particular. No importaría entonces, ni siquiera ante sí mismo, que pudiera haber sido culpable de hablar a *causa* de lo que había perdido. Tal era el refinamiento de su supremo escrúpulo: no quería tomar en consideración lo que había perdido. No quería hacer nada porque hubiera perdido algo más, porque estuviera dolido o contristado o en la miseria, porque hubiera sido maltratado o estuviera desesperado; quería hacerlo todo porque se sentía lúcido y sereno y en la misma medida respecto de todos los puntos esenciales que siempre. Fue así como, mientras prácticamente esperaba a Chad, siguió expresándolo en silencio. «Te han despedido, compañero; pero ¿qué tiene que ver eso?» La idea de la venganza le resultaba intolerable.

Estas sombras no eran, sin duda, sino la iridiscencia de su ocio y en aquel momento se habían dispersado ante la nueva luz de María. Tenía algo nuevo que decirle antes de que terminase la semana en curso y prácticamente se lo dijo en cuanto apareció el hombre por la noche. No había visto a la mujer en todo el día, pero había planeado presentarse en el momento oportuno para pedirle que cenase con él fuera. Pero entonces se había puesto a llover, de modo que, desconcertado, cambió de idea; cenó solo en casa, con su poco de desgana y su poco de estupidez, y luego fue a buscarla para compensar su derrota. No tardó ni un minuto en percatarse de que había ocurrido algo; estaba de tal modo en la atmósfera de la preciosa salita que no tenía sino que hacer una alusión. Suavemente iluminada, todo el color del lugar, con sus vagos matices, estaba en fría fusión: efecto que hizo que el visitante quedase un tanto sorprendido. Fue como si al hacerlo hubiera advertido una reciente presencia: apercepción que la anfitriona adivinó a su vez. Ni siquiera fue necesario que dijera:

—Sí, ha estado aquí ella y esta vez la he recibido. —Un minuto más tarde añadía—: Pues no había, si mal no le entendí, ningún motivo...

—¿Para no admitirla?

—No... si ha hecho usted lo que tenía que hacer.

—Lo he hecho hasta tal extremo —dijo Strether— que no necesita usted temer que el efecto, o su apariencia, pese sobre nosotros. Entre nosotros no hay nada más que lo que usted y yo hemos comentado, y ni un centímetro de espacio para nada más. Por lo tanto se ha limitado usted a ser maravillosa con nosotros, como siempre, aunque ahora, sin duda, si ha hablado con usted, más con nostros que antes. Por supuesto que si vino —añadió— fue para hablar con usted.

—Fue para hablar conmigo —replicó María; con lo que el hombre estuvo seguro de que la mujer sabía prácticamente lo que él no le había contado todavía. Estaba seguro incluso de que estaba en posesión de cosas que él no habría podido contar; pues la conciencia de las mismas brillaba en la cara femenina junto con un dejo de tristeza que evidenciaba el despeje de todas las incertidumbres. Se le ocurrió con mayor convicción que desde el principio había estado ella en posesión de un conocimiento que no creía hubiera de tener el hombre, un conocimiento cuya rápida adquisición podía afectarle. No era inconcebible que dicha afección se tradujera en la pérdida de la independencia masculina y en un cambio de actitud: en otras palabras, una reacción en favor de los principios de Woollett. Había prefigurado ella la posibilidad de una conmoción que enviara al hombre de rebote con la señora Newsome. El hombre, cierto, no había

manifestado, tras todas aquellas semanas, ningún síntoma de haberla sufrido, pero la posibilidad había estado más o menos en el aire. Lo que María, en consecuencia, había tenido que comprender era que la conmoción había mejorado y que él, en cualquier caso, no había sido víctima de rebote alguno. Había resuelto, sin más, una cuestión largo tiempo pendiente con la señora Newsome, pero a consecuencia de la misma no se había dado ninguna reaproximación a la mujer. Mme. de Vionnet, con su visita, había acercado la antorcha a tales verdades y lo que en aquel momento permanecía en el rostro de la pobre María era la, en cierto modo, luz humeante de la escena habida entre ambas mujeres. Si la luz, sin embargo, no era, como hemos apuntado, el resplandor de la alegría, los motivos quizá los distinguiera Strether incluso a través del desdibujado contorno que en ellos producía su natural modestia. La mujer se había contenido durante meses; no se había entrometido en ninguna circunstancia (éstas habían abundado) que pudiera redundar en beneficio propio. Había vuelto la espalda a la fantasiosa especulación de que la ruptura con la señora Newsome, las pérdidas del amigo común (el compromiso, el trato mismo, roto y sin posibilidad de reparación) podían revertir en su provecho, y, para evitar el fomento de tales casos, se entregaba, en privado, a apasionados momentos, notables por su honradez. No podía, por tanto, sino advertir que, aunque, al final de todo, los hechos en cuestión habían acabado por confirmarse, su base para lo que podría llamarse interesada exultación seguía estando sin definir del todo. Strether podía haber adivinado con facilidad que la mujer se había preguntado, en las horas en que no había hecho sino esperar, si seguiría habiendo o no para ella un retazo de incertidumbre. Apresurémonos a añadir, sin embargo, que lo que él dedujo al principio en aquella ocasión se lo guardó al principio también para sí. Sólo se preguntaba a qué habría ido en particular Mme. de Vionnet; y en cuanto a esto, su compañera estaba preparada.

—Quería tener noticias del señor Newsome, a quien al parecer no ha visto desde hace días.

—¿Luego no ha vuelto a marcharse con él?

—Al parecer —respondió María—, ella pensaba que se había ido con *usted.*

—¿Y no le dijo que yo no sé nada de él?

La mujer negó con la cabeza con condescendencia.

—Yo no sabía nada de lo que usted sabía. Sólo pude decirle que se lo preguntaría.

—Le diré en tal caso que no le he visto desde hace una semana... Y por supuesto me ha sorprendido. —Su sorpresa parecía confirmada ya, pero añadió—: Sin embargo, tal vez pueda averiguar su paradero. ¿No advirtió —preguntó— si nuestra amiga estaba nerviosa?

—Siempre está nerviosa.

—¿Después de todo lo que he hecho por ella? —Y sufrió uno de sus últimos brotes de su leve risa ocasional—. ¡Pensar que era esto lo que yo quena evitar!

La mujer comprendió, pero para replicar en el acto.

—¿No considera usted entonces que está seguro?

—Iba a preguntarle a usted qué opinión le merece, en este sentido, Mme. de Vionnet.

La mujer le dirigió una breve mirada.

—¿Qué mujer está segura? Ella me contó —añadió, y acaso a instancias de aquel nexo— el extraordinario encuentro en el campo. Después de eso, *à quoi se fier?*

—Fue, en tanto que accidente, en el capítulo de lo probable y lo improbable —admitió Strether—, monstruosamente asombroso. Sin embargo, sin embargo...

—¿Sin embargo a ella no le importa?

—A ella no le importa nada.

—Bueno, en tal caso, como a usted tampoco, olvidémonos de lo demás.

El hombre pareció estar de acuerdo con ella, pero tenía sus reservas.

—Lo que me preocupa es la desaparición de Chad.

—Oh, ya le hará usted volver. Pero ahora ya sabe —dijo ella— por qué fui a Mentone. —El hombre le había dado tiempo suficiente para que comprendiera que había hecho las debidas conexiones, pero estaba en la naturaleza de la mujer el deseo de una mayor claridad—. No quiero que me lo pregunte.

—¿Que le pregunte...?

—Lo que usted, hace una semana, iba por fin a comprender por sí mismo. No quiero mentir por ella. Creo que sería excesivo para mí. Por supuesto, siempre se espera que lo haga un hombre... es decir, que un hombre lo haga por una mujer; pero no que una mujer lo haga por otra; a menos, claro está, que se base en el principio del donde las dan las toman y sea una manera indirecta de protegerse a sí misma. Yo no necesito protección, por eso me tomé la libertad de «acobardarle» a usted: sencillamente para eludir su tanteo. La responsabilidad me parecía excesiva. Gané tiempo y cuando estuve de vuelta la necesidad del tanteo había desaparecido.

Strether recomponía los hechos con serenidad.

—Sí; cuando volvió usted, el pequeño Bilham me había enseñado lo que se espera de un caballero. El pequeño Bilham había mentido como uno de ellos.

—¿Y como qué me creyó usted?

—Bueno —dijo Strether—, fue una mentira técnica... él calificó el vínculo de virtuoso. Era un punto de vista del que se habría podido decir mucho... y la virtud se me antojó una enormidad. Había, desde luego, cantidades inmensas. Recibí una buena andanada y aún no la he despachado del todo.

—Lo que yo creo —replicó María— es que usted disfraza hasta la virtud. Fue usted maravilloso y extraordinario, como he tenido el honor de decirle en otra ocasión; pero, si de veras quiere saberlo —confesó la mujer con tristeza—, nunca supe qué terreno pisaba usted. Hubo momentos —explicó— en que usted me pareció un cínico redomado; y otros aún en que se me antojó usted lo más ambiguo del mundo.

Su amigo meditaba.

—Tuve fases. Sufría ventoleras.

—Sí, pero las cosas necesitan tener una base.

—Una base precisamente me pareció que aportaba la belleza de nuestra amiga.

—¿Su belleza humana?

—Bueno, su belleza en todos los sentidos. La impresión que ella produce. Posee tanta variedad y sin embargo tanta armonía.

La mujer juzgó al hombre con una de sus profundas recaídas en la condescendencia: recaídas que no guardaban la menor proporción con la irritación que arrastraban.

—Es usted muy generoso.

—Y a usted le choca todo demasiado —dijo él de buen humor—; pero éste es el terreno que yo pisaba.

—Si se refiere usted —prosiguió ella— que ella le pareció, desde el principio, la mujer más encantadora del mundo, la cosa es bien sencilla. Sólo que fue una base extraña.

—¿Para lo que construí encima?

—¡Para lo que no construyó!

—Bueno, no se trató de una magnitud concreta. Para mí tenía, y tiene aún, ciertos elementos que no pueden por menos de extrañar. Que sea mayor que él, su diferencia en cuanto a mundo, tradiciones, relaciones; sus oportunidades, cualidades y modelos de conducta distintos.

La amiga escuchaba con respeto la enumeración de las diferencias; pero dio cuenta de todas al instante.

—Esas cosas no significan nada cuando una mujer sufre un flechazo. Y ella sufrió un flechazo.

Strether, por su lado, hizo justicia a la observación.

—Oh, desde luego que había sufrido un flechazo. Este flechazo era nuestra gran preocupación; era el punto central de nuestra historia. Pero de algún modo no podía imaginármela herida en el polvo. ¡Y menos a causa de nuestro pobre Chad!

—Pero ¿no era su pobre Chad precisamente su milagro de usted?

Strether lo admitió.

—Por supuesto, yo me movía entre milagros. Todo era fantasmagórico. Pero el caso es que en un buen porcentaje no era asunto mío... tal como yo veía mis asuntos. Ni siquiera lo es ahora.

Su compañera se alejó ante aquello y acaso porque se temía que la filosofía masculina no pudiera atraerla mucho personalmente.

—Me gustaría que *ella* le oyera.

—¿La señora Newsome?

—No, la señora Newsome no; puesto que me pareció oírle decir que ya no tenía importancia lo que la señora Newsome pudiera saber. ¿No lo ha oído todo?

—Prácticamente sí. —Meditó un momento, pero continuó—. ¿Le gustaría que Mme. de Vionnet me oyera?

—Mme. de Vionnet. —La mujer estaba otra vez a su altura—. Ella opina lo contrario de lo que usted dice. Que ahora la considera usted de modo diferente.

El hombre no hizo sino ver la escena que las dos mujeres, puestas la una al lado de la otra, parecían ofrecerle.

—Ella podía haber sabido...

—¿Podía haber sabido que no? —preguntó la señorita Gostrey, cuando el hombre quedó en suspenso—. Ella estaba segura de que usted había emitido su juicio al principio —continuó como el hombre no dijera nada—; lo dio por sentado, cuando menos, como cualquier otra mujer en su situación habría hecho. ¿Qué otra cosa quería usted que pensara? Pero después cambió de idea; estaba segura de que usted creía...

—¿Sí? —preguntó el hombre con curiosidad.

—Bueno, en sus sublimes cualidades. Y ha seguido creyéndoselo, según he averiguado, hasta que el accidente del otro día le abrió a usted los ojos. Pues que se abrieron...

—¿No le ha pasado desapercibido? —prosiguió el hombre en su lugar—. No —susurró—. Entiendo que tiene que haberle gustado más lo otro.

—Luego pensaba usted lo otro. ¡Ah, vamos! Sin embargo, si usted la sigue considerando la mujer más encantadora del mundo, estamos en las mismas. Y si usted quiere que yo le diga a ella que aún la considera así... —La señorita Gostrey, en pocas

palabras, ofrecía sus servicios hasta el final.

Era una oferta que el hombre podía calibrar; pero ya estaba decidido.

—Ella sabe muy bien cómo la considero

—No con el favor suficiente, según dijo ella, para querer verla otra vez. Me dijo que usted se había despedido de ella definitivamente. Que usted ha roto con ella toda relación.
—En efecto.

María hizo una pausa; luego habló como si se dirigiera a la conciencia.

—Ella no habría roto con usted. Sabe que le ha perdido... a pesar de que habría podido tratarle mejor.

—¡Oh, ha sido muy buena conmigo! —dijo Strether riendo.

—Ella opina que usted y ella, en cualquier caso, habrían podido ser amigos.

—Pudimos serlo, cierto. Por eso precisamente —continuó sin dejar de reír— tengo que irme.

Fue como si María hubiera llegado ya a la convicción, al oír aquello, de que había hecho lo que había podido por cada cual. Pero se le había ocurrido algo.

—¿He de contarle esto a ella?

—No. No le cuente nada.

—Muy bien. —A lo que añadió, un segundo después—: ¡Pobre criatura!

Su amigo se extrañó; entonces, con las cejas enarcadas:

—¿Yo?

—Oh, no. Marie.

El hombre admitió la rectificación, pero seguía haciéndose preguntas.

—¿Tan preocupada está por ella?

Aquello hizo pensar un momento a la mujer: le hizo incluso hablar con una sonrisa. Pero no se echó atrás.

—¡Estoy preocupada por todos nosotros!

III

No iba a retardar más el restablecimiento de la comunicación con Chad y había hablado con la señorita Gostrey de esta intención al enterarse por ella de la ausencia del joven. No fue, por otro lado, la seguridad recibida lo que le espoleaba con exclusividad; era también la necesidad de que su conducta casara con otra afirmación hecha: el motivo que había dicho a la mujer era el que más le impelía a marcharse. Si iba a marcharse a causa de las relaciones que implicaría la estancia, una actitud fría al respecto podía parecer amanerada a la luz de la demora. Tenía que hacer ambas cosas; tenía que ver a Chad, pero debía marcharse. Cuanto más pensaba en el primero de estos deberes, más advertía la insistencia del segundo. Sentía ambas instancias con igual intensidad mientras permanecía sentado ante un café en que se había detenido al salir del entresuelo de María. La lluvia que le había echado a perder la velada nocturna con ella había cesado; pues seguía pensando que se le había echado a perder la noche: aunque no podía haber sido totalmente a causa de la lluvia. Era ya tarde cuando abandonó el café, aunque no demasiado tarde; no podía, en cualquier caso, irse directamente a la cama, de modo que pasearía, más bien dando un rodeo, por el Boulevard Malesherbes, camino de su casa. Siempre se acordaba de la pequeña circunstancia que le había espoleado al principio: la casualidad de la aparición del pequeño Bilham en el balcón del místico troisième cuando

iba a hacer su primera visita y el efecto que tuvo en su curiosidad. Recordaba su observación, su espera y la apercepción, de parte del joven desconocido, que había palpitado con tanta franqueza en la atmósfera y que le había hecho subir... cosas que habían favorecido sus primeros pasos. Había tenido ocasión, unas cuantas veces, de pasar ante la casa sin entrar; pero nunca había pasado por allí sin experimentar lo que el lugar y la circunstancia le habían hecho sentir. Se detuvo brevemente aquella noche, cuando tuvo la casa a la vista; y fue como si aquel último día fuera extraña reproducción del primero. Las ventanas del piso de Chad estaban abiertas al balcón: y de ellas, dos estaban iluminadas, y una persona había hecho aparición y adoptado la actitud del pequeño Bilham, una persona cuyo cigarrillo encendido alcanzaba a ver, inclinada sobre la barandilla y mirándole a él. Aquello no significó, sin embargo, ninguna reaparición del joven amigo; quedó claro en seguida, en medio de la relativa oscuridad, que la persona en cuestión tenía la complexión más sólida de Chad; así que fue la atención de Chad lo que, tras adelantarse hasta la calzada y hacer una seña, atrajo fácilmente: y fue la voz de Chad la que, con prontitud y al parecer con alegría, le dijo que subiese.

Que el joven estuviera en lugar tan visible y en aquella actitud, le confirmaba en cierto modo que, como María Gostrey había informado, había estado ausente y en silencio; y nuestro amigo tragaba el aire a bocanadas en cada descansillo —el ascensor, a aquellas horas, ya no funcionaba— ante las implicaciones del hecho. Había estado, durante una semana, totalmente alejado, alejado en el espacio y de toda compañía; pero estaba más de vuelta que nunca y la actitud en que Strether le había sorprendido era algo más que un regreso: era, de manera manifiesta, una rendición consciente. Había vuelto hacía sólo una hora, de Londres, de Lucerna, de Hamburgo, no importaba de dónde, aunque a la cábala del visitante, mientras seguía subiendo éste las escaleras, le habría gustado saberlo; tras un baño, unas palabras con Baptiste y una cena de sustanciosos fiambres franceses, que aún podían verse en el cerco luminoso de la lámpara, bonita y ultraparisiense, había salido a tomar el fresco y a fumar un cigarrillo, y estaba ocupado, en el momento de aparecer Strether, en lo que podía llamarse reanudación de su vida. ¡Su vida, su vida! Strether hizo una nueva pausa, ya en el último descansillo, ante aquella impresión final y más bien desalentada de lo que la vida de Chad le estaba causando. Le arrastraba, a horas extrañas, por las escaleras de personajes acomodados; le sacaba de la cama después de jornadas calurosas y llenas de fatigas; le transformaba hasta lo irreconocible las cualidades de sencillez, comodidad y uniformidad que de muy antiguo había considerado propias de su vida. ¿Por qué tenía que preocuparle que Chad se fortificase en la agradable práctica de fumar en los balcones, cenara a base de fiambres, considerase reafirmada su particular situación y encontrase las confirmaciones en las comparaciones y los contrastes? No había para esta pregunta otra respuesta que la seguridad de que el joven seguía prácticamente comprometido: una seguridad que tal vez fuera mayor que nunca. Aquello le hizo sentirse viejo y devolvería el billete de tren —sintiéndose, sin duda, más viejo— al día siguiente; pero mientras tanto había subido cuatro pisos, entresuelo incluido, a medianoche, sin ascensor, y a causa de aquella vida que Chad llevaba. El joven, que le había oído llegar, como había enviado a la cama a Baptiste, estaba ya en la puerta; de modo que Strether tuvo ante sí, con visibilidad remozada, la causa por la que peleaba e incluso, tras haber alcanzado por fin el troisième, jadeaba un poco.

Chad le dispensó, como siempre, una recepción en que lo cordial y lo formal —hasta

donde lo formal era lo respetuososse combinaron de maravilla; y una vez que hubo expresado la esperanza de que Strether le permitiría alojarle aquella noche, el segundo estuvo en posesión de la clave, como habría podido decirse, de lo que había ocurrido en aquellos últimos días. Si se había considerado viejo, Chad, al verle, le consideró más viejo sin duda; quería alojarle aquella noche sólo porque era un anciano y estaba cansado. Nunca se diría que el inquilino de aquellas dependencias no había sido agradable con él; un inquilino que, si en aquel momento podía cuidarle, probablemente estaba dispuesto para no cejar en el empeño. Nuestro amigo tenía de hecho la impresión de que, sin que hiciera falta mucho valor, Chad le propondría cuidarle indefinidamente; una impresión a cuyo amor vivía una de sus propias posibilidades. Mme. de Vionnet quería que se quedase: ¿por qué no aceptarlo cordialmente? Podía instalarse durante lo que le quedaba de vida en la habitación de los huéspedes del joven y vivir dicho período a costa de su joven amigo; no se encontraría expresión más lógica del paso por el que habría optado. A decir verdad hubo un instante —y bien extraño— durante el que se le ocurrió pensar que la forma en que se comportaba, la única forma en que podía comportarse, era del todo incoherente. La señal de que la inspiración que había obedecido era realmente consistente sería que —a falta, siempre, de otras alternativas— fomentaría la buena causa montando la guardia ante ella. Tales cosas, en el curso de los primeros minutos, vinieron a ocurrírsele; pero se desembarazó de ellas prácticamente en cuanto hubo sacado a relucir lo que le había llevado allí. Había ido a despedirse, aunque esto era sólo una parte; de modo que desde el momento en que Chad aceptó la despedida el tema de una afirmación más ideal dio paso a otras cosas. No se callaría sus restantes preocupaciones.

—Serías un animal, serías culpable de la peor infamia si la abandonaras alguna vez.

Esto, dicho en hora tan solemne, dicho en un lugar pletórico de la influencia femenina, era el resumen de sus restantes preocupaciones; y cuando se oyó decirlo a sí mismo supo que en ninguna ocasión anterior a la presente había entregado en realidad su mensaje. Lo que situó la presente visita inmediatamente en un terreno sólido y el efecto de esto le permitió jugar con lo que hemos llamado la clave. Chad no mostraba la menor señal de turbación, pero se sentía afectado después del encuentro en el campo; tenía temores y dudas en lo tocante a su tranquilidad. Estaba preocupado, para el caso, únicamente *por* él y sin duda se había alejado unos días para serenarse. Al verle ahora cansado, no había tenido reparo, con la buena disposición que le caracterizaba, en recibirle, y lo que Strether dedujo en consecuencia fue que no dejaría de proporcionarle, hasta el fin, todo tipo de seguridades. No se daría entre ambos otra cosa mientras el visitante se quedase; así que, lejos de tener que volver a los viejos temas, descubría que su anfitrión estaba bastante dispuesto a admitirlo todo. Y nunca diría con suficiente energía que sería un animal.

—Es cierto. Espero que me crea si le digo que opino lo mismo.

—Quiero —dijo Strether— que lo consideres mi última palabra al respecto. No puedo decir más, ya lo sabes; y no comprendo qué más puedo hacer en este sentido.

Chad tomó aquello, sin mucha perspicacia, por una alusión directa.

—¿La ha visto?

—Oh, sí: para decirle adiós. Y si había dudado de la verdad de lo que te digo...

—¿Ella le ha aclarado las dudas? —Chad comprendió... ¡naturalmente que comprendió! Incluso guardó unos minutos de silencio. Pero prosiguió—. Debe de haber estado maravillosa.

—Lo estuvo —admitió Strether con candidez: todo lo cual prácticamente era una referencia a la situación creada por el accidente de la semana anterior.

Parecieron recordarlo durante unos instantes y esto vino a reflejarse más si cabe en lo que el joven dijo a continuación.

—En realidad no sé lo que ha pensado usted todo este tiempo; jamás lo he sabido, pues todo, respecto de usted, parecía imposible. Pero, naturalmente, naturalmente... —Sin confusiones, sin otra cosa que complacencia, pareció derrumbarse y recuperarse acto seguido—. A fin de cuentas, compréndalo, yo hablé con usted, al principio, sólo como tenía que hablar. No hay más que una forma, ¿no cree?, en este tipo de asuntos. Sin embargo —sonrió con postrera filosofía—, comprendo que es justo.

Strether le miró a los ojos mientras sus pensamientos se ramificaban. ¿Qué le hacía en aquel momento, a las tantas de la noche y después del viaje, tan remozada y sustancialmente joven? Strether lo comprendió al instante: era más joven, otra vez, que Mme. de Vionnet. No dijo ninguna de las cosas que pensaba; dijo, por el contrario, algo bien distinto:

—¿De veras te has ido muy lejos?

—He estado en Inglaterra. —Chad hablaba con calor y rapidez, pero no fue más allá salvo para decir—: A veces hay que desaparecer.

Strether no quería más hechos: sólo quería justificar si era posible, su pregunta.

—Eras muy libre de hacerlo, claro está. No obstante, espero que esta vez no te hayas ido por *mí*.

—¿Por la vergüenza de molestarle demasiado? Querido amigo —dijo Chad riendo—, ¿qué no haría yo por usted?

La desenvuelta respuesta de Strether puso de relieve que se trataba de una circunstancia de la que había ido precisamente a beneficiarse.

—Aun a riesgo de hacer lo que tú, te he estado esperando, bien lo sabes, por un motivo concreto.

Chad lo entendió.

—Oh, sí: para tener de nosotros, de ser posible, una mejor impresión. —Y se quedó aspirando con alegría su absoluta apercepción—. Me satisface saber que no ha sido para menos.

Había una grata ironía en aquellas palabras, que su amigo, preocupado y centrado en lo que le interesaba, no tomó en cuenta.

—Mientras estuvieron aquí me daba la sensación de que me faltaba algo —explicó Strether—, pero ahora sé qué quería.

Se comportaba con la seriedad y distinción de un profesor ante una pizarra y Chad seguía mirándole como un alumno inteligente.

—A usted le habría gustado resolverlo todo.

Strether, durante un momento, no dijo nada; apartó la mirada y ésta fue a perderse, más allá de la ventana, en la oscuridad exterior.

—Sabré por el banco dónde reciben la correspondencia y mi decisión, que pondré por escrito por la mañana y que ellos esperan como mi ultimátum, les llegará en seguida. —La luz del plural del pronombre quedó bien reflejada en la cara del compañero, mientras él seguía con sus explicaciones pedagógicas. Continuó como si hablase para sí mismo—. Por supuesto, antes he de justificar lo que voy a hacer.

—¡Pues lo justifica usted divinamente! —afirmó Chad.

—No se trata de aconsejarte que no te vayas —dijo Strether—, sino de impedirte por completo que llegues siquiera a pensarlo. Permíteme que te lo pida por lo que tengas por más sagrado.

Chad manifestó sorpresa.

—¿Qué le hace pensar que soy capaz...?

—No sólo serías, como te he dicho, un animal: serías —prosiguió su amigo en el mismo tono— un criminal de la peor ralea.

El rostro de Chad adoptó una expresión más circunspecta, como si hubiera concebido una sospecha.

—No sé qué puede haberle hecho pensar que estoy cansa¡do de ella.

Strether no lo sabía tampoco y tales impresiones, para un espíritu sensible, eran siempre demasiado delicadas, demasiado sutiles, para producir allí mismo su propia justificación. Hubo en su sentir, sin embargo, en la misma forma que su anfitrión había aludido a la saciedad como posible motivo, un leve presagio.

—Sé lo mucho que aún puede hacer ella por ti. Aún no lo ha hecho todo. Quédate con ella por lo menos hasta que lo haya hecho.

—¿Y dejarla *entonces?*

Chad seguía sonriendo, pero el efecto de esta sonrisa en Strether fue más bien de aridez.

—No la dejes *antes.* Cuándo obtendrás cuanto puede obtenerse... es algo que no sé —añadió con cierta severidad—. Supongo que ocurrirá cuando tenga que ocurrir. Pero como una mujer así es siempre inagotable, mi único consejo es que no cometas un error con ella. —Chad le dejaba continuar, manifestando la mayor de las deferencias, manifestando quizá también una curiosidad un tanto ingenua, ante aquella perceptible solemnidad—. Me acuerdo de cómo eras antes.

—Un tonto de remate, ¿no?

La respuesta fue tan inmediata como si hubiera pisado un muelle; poseía una generosa predisposición que incluso le hizo parpadear; de modo que se tomó unos momentos para apreciarla.

—En realidad, no habrías justificado el negocio en que me has metido. Tu valor se ha quintuplicado.

—Bueno, en tal caso, ¿no sería suficiente?

Chad se había atrevido a gastar una broma, pero Strether seguía impasible.

—¿Suficiente?

—Para vivir con lo que ya ha atesorado uno. —Tras lo cual, sin embargo, como su amigo no pareciese estimar la broma, el joven cambió de actitud—. Desde luego, no he olvidado en ningún momento, ni de día ni de noche, todo lo que debo a esta mujer. Se lo debo todo. Doy a usted mi palabra de honor —dijo con espontaneidad— que no estoy cansado de ella en modo alguno. —Strether, al oír aquello, se limitó a mirarle: la forma en que el joven se expresaba no dejaba nunca de asombrarle. No quería ofender, aunque podía, a fin de cuentas, causar grandes perjuicios; sin embargo, se refería a estar «cansado» de ella casi como habría dicho que estaba cansado de cenar cordero asado—. Nunca me ha provocado ni un segundo de aburrimiento: nunca ha carecido, como a veces ocurre a las mujeres más inteligentes, de tacto. Nunca ha hecho la menor alusión a su tacto, como suelen hacer muchas; pero siempre lo ha tenido —con lo que ponía el dedo en la llaga— como en estos últimos días. —Y prosiguió escrupulosamente—: Nunca ha

significado nada que yo pueda considerar una carga.

Strether guardó silencio durante unos instantes; luego habló con seriedad, con una vuelta a la aridez.

—Oh, si no le hicieras justicia...

—Sería un animal, ¿no?

Strether no dedicó más tiempo a decir lo que sería; aquello, estaba claro, podía llevarles muy lejos. Aunque si no había otra cosa que la repetición, la repetición, por lo menos, no causaba ningún daño.

—Se lo debes todo: mucho más de lo que ella puede deberte nunca a ti. En otras palabras, tienes para con ella un deber que no puedes descuidar; y no veo que haya ningún otro que tenga que anteponerse a este.

Chad le observó con una sonrisa.

—Y usted sabe algo de ese otro deber, ¿no?, pues es usted quien lo ha sacado a colación.

—Sé bastante, hasta donde alcanza mi capacidad. Pero no lo sé todo... no todo desde el momento en que tu hermana ocupó mi puesto.

—Ella no hizo tal —replicó Chad—; Sally ocupó un puesto, cierto, pero jamás, lo comprendí desde el primer momento, el de usted. Nadie, en lo que afecta a nosotros, podría ocupar el suyo. Sería imposible.

—Ah, claro —dijo Strether suspirando—, ya comprendo. Creo que tienes razón. Nadie, supongo, ha sido jamás tan solemne. Es mi sino —añadió con otro suspiro, como si a veces se sintiera hastiado de esta verdad—. Soy así.

Chad pareció considerar brevemente cómo era su amigo; en este sentido habría podido medirle de arriba abajo. Su conclusión vino a favorecer el hecho. La intención benévola, en cualquier caso, no estaba en ninguna otra parte; Chad no dejó de darla a entender, a modo de protesta y promesa, y cogiendo un sombrero del vestíbulo, salió con él, bajaron las escaleras, dándole el brazo para ayudarle y conducirle, tratándole como a un anciano inseguro, hasta que llegaron a la calle, donde lo acompañó, en un corto paseo, hasta la esquina más cercana y luego hasta la siguiente.

—¡No hace falta que me lo diga, no hace falta que me lo diga!

Tal deseaba que comprendiera, mientras echaban a andar. Lo que no hacía falta le dijera Strether no era nada que, al cabo, en aquella separación tan entusiasta, le interesase saber. Pues lo sabía hasta el delirio: de esto no había la menor duda; y comprendía, sabía, prometía; y siguieron demorándose como lo habían hecho durante el paseo hasta el hotel de Strether en la noche de su primer encuentro. Éste, a aquellas alturas, tomaba todo lo que podía; había dado todo lo que podía dar; estaba tan vacío como si hubiera gastado su último céntimo. No hubo sino una cosa respecto de la que, antes de que se separasen, Chad pareció dispuesto a negociar. Strether no tenía que decírselo, como él mismo afirmaba, pero él podía decirse a sí mismo que había recibido noticias del arte de la publicidad. Salió repentinamente con estas palabras mientras Strether se preguntaba si su remozado interés era el que le había llevado, con extraña inconsecuencia, a Londres. Parecía, en cualquier caso, haber meditado bien el asunto y había descubierto una revelación. La publicidad, enfocada científicamente, representaba en sí misma un gran poder.

—Lo hace todo en realidad.

Estaban frente por frente, bajo el farol callejero, como habían estado la primera

noche, y Strether, sin duda, parecía perplejo.

—¿Quieres decir que influye en la venta de los objetos anunciados?

—Sí, influye de manera extraordinaria; a decir verdad, hasta límites insospechados. Quiero decir que es lo lógico cuando uno se para a pensar todo lo que puede hacerse en esta época trepidante. He hecho mis pequeñas averiguaciones. Es un arte como cualquier otro, e infinito como los demás. —Prosiguió como si en ello se contuviera una buena broma... casi como si la cara del compañero le hiciese gracia—. En manos, naturalmente, de un maestro. Ha de estar al cuidado del hombre ideal. Con un individuo así, *c'est un monde!*

Strether le había mirado como si, allí mismo, en la acera, sin el menor aviso, se hubiera puesto a bailar.

—¿Piensas tal vez que, en el caso de que te lo propusieras, serías el hombre ideal?

Chad se había echado hacia atrás la chaqueta e introdujo ambos pulgares en sendos ojales del chaleco; posición en la que el resto de los dedos se movían con ligereza.

—¿No quería usted convertirme en uno cuando llegó aquí?

Strether sufrió un ligero vahído, pero se esforzó por escuchar.

—Oh, sí, y no cabe la menor duda de que, con tus dotes naturales, tendrías mucho en común con él. La publicidad es, por supuesto, en estos días, el secreto de los negocios. Y es posible que, si te pusieras en ello con lo más profundo que hay en ti, consiguieras grandes cosas. La voz de tu madre es lo más profundo que hay en ti y ello dice de su fortaleza.

Los dedos de Chad seguían bailoteando, pero sufrieron una ligera parálisis.

—Ah, ya hemos resuelto el caso de mi madre.

—Eso creía yo. ¿Por qué, entonces, hablas de ello?

—Sólo porque era parte de nuestra antigua conversación. Para volver al comienzo. Mi interés es exclusivamente platónico. En cualquier caso, el hecho está ahí: el hecho de la posibilidad. Me refiero al dinero que hay implicado.

—¡Oh, que el diablo se lleve al dinero! —dijo Strether. Y luego, como la continua sonrisa del joven pareciera adoptar un rictus extraño—. ¿Renunciarías a ella por el dinero que hay en juego?

Chad mantuvo su gesto elegante, así como el resto de su actitud.

—No es usted muy amable. ¿Qué he hecho yo, qué hago sino estar con ella? Lo que ocurre —explicó con buen humores que me gusta «calcular», siempre es agradable para los propios sentimientos, el soborno al que doy el puntapié.

—Si no quiere más que superficie para golpear, entonces el soborno es inmenso.

—Estupendo. ¡Al diablo con él! —Dio su puntapié con fuerza imaginaria y lanzó por el aire el objeto no menos imaginario. Fue por tanto como si hubieran zanjado otra vez la cuestión y volvieran a lo que realmente les interesaba—. Nos veremos mañana, por supuesto.

Pero Strether apenas había pensado en esto; estaba todavía bajo la impresión de haber asistido, no a un puntapié simulado, sino a una irrelevante tarantela o a una jiga.

—Estás inquieto.

—Ah —replicó Chad al separarse—, usted es emocionante.

IV

Tenía, sin embargo, al cabo de dos días, otro informe que hacer. Había enviado a la señorita Gostrey un mensaje temprano para preguntarle si podía verla para desayunar; en consecuencia, al mediodía, ya le esperaba ella a la fresca sombra de su pequeño comedor de aire holandés. Este aposento estaba al fondo de la casa y gozaba de un paisaje que no era sino la parte del antiguo jardín que se había salvado de la destrucción moderna; y aunque había colocado las piernas en más de una ocasión bajo la hospitalaria mesa, pequeña y notablemente brillante, el lugar nunca le había parecido tan consagrado a la charla amena, al encanto íntimo, al orden antiguo, a una pulcritud que casi era augusta. Sentarse allí era, como le había dicho él en otra ocasión, ver la vida reflejada por el tiempo en el peltre idealmente conservado; que en cierto modo revivía, mejoraba la existencia, de tal manera que la mirada quedaba prendada y sosegada. La de Strether sufría este efecto, en cualquier caso, en aquel momento —y más que la última vez—, con el encanto consiguiente, gracias al tablero desprovisto de mantel y orgulloso de su perfecta superficie, gracias a la pequeña y antigua vajilla y cubertería de plata, que conjugaba con las más sustanciales piezas felizmente repartidas por la habitación. Los utensilios de vívida porcelana de Delft, en particular, poseían la dignidad de los retratos de familia; y fue en medio de ellos donde nuestro amigo dijo lo que pensaba con resignación. Habló incluso con cierto humor filosófico.

—Ya no hay nada que esperar; tengo la sensación de haber trabajado sin descanso. He visto a Chad, que ha estado en Londres y ha vuelto. Dice que soy «emocionante» y a mí, la verdad, me parece que he trastornado a todo el mundo. En cualquier caso a él le puse nervioso: Salta a la vista que está inquieto.

—A mí también me pone usted nerviosa —dijo la señorita Gostrey sonriendo—. Salta a la vista que estoy inquieta.

—Oh, eso fue cuando la conocí. Pero me parece que he podido quitárselo. ¿Qué es esto —preguntó lanzando una mirada a su alrededor—, sino la paz perfecta?

—Desearía de todo corazón —replicó la mujer— hacer lo posible porque sea así. —Y se quedaron mirando, uno a cada lado de la mesa, como si vibraran en el aire cosas que no se dijeran.

Strether, cuando tomó la palabra otra vez, pareció captar algunas.

—No me produciría, éste sería el problema, lo que sin duda produce a usted. No estoy —explicó, echándose atrás en la silla, pero con los ojos puestos en un melón redondo y maduro— en total armonía con lo que me rodea. Usted sí. Para mí es demasiado violento. Para usted no. Me hace sentirme, pues de esto se trata en definitiva, en ridículo. —Luego, saliéndose por la tangente—: ¿Qué ha hecho él en Londres? —preguntó.

—Ah, cualquiera puede ir a Londres —dijo María riendo—. Ya sabe usted que yo lo hice.

Sí... lo recordaba.

—Y me trajo consigo. —El hombre seguía meditando, pero sin pesimismos—. ¿A quién ha traído Chad? Está lleno de ideas. Lo primero que hice esta mañana —añadió— fue escribir a Sarah. Ya estoy en paz. Estoy preparado para lo que quieran.

La mujer daba de lado algunos fragmentos de la conversación en beneficio de otros.

—Cierta persona me dijo el otro día que tiene lo que hace falta para ser un gran hombre de negocios. —Es lógico. De tal palo, tal astilla.

—¡Pero *vaya* palo!

—Desde ese punto de vista, el más apropiado. Pero lo que me preocupa de él —

añadió Strether— no es su padre.

—¿Qué es entonces? —El hombre volvió a su desayuno; probó el suculento melón, que la mujer le había partido generosamente; sólo tras haber hecho esto consideró la pregunta femenina. No fue, además, sino para realzar que respondería en seguida. La mujer esperaba, le miraba, le servía y despertaba su buen humor y fue quizás a rastras de esta última idea como recordaría al hombre que nunca le había dicho lo que se producía en Woollett . ¿Recuerda que hablamos de ello en Londres... aquella noche en el teatro? ––Antes de que él pudiera decir que sí, sin embargo, ya había cambiado ella de tema. ¿Recordaba tal cosa y cual otra de aquellos primeros días? El se acordaba de todo, comentando con humor incluso cosas que ella afirmaba no recordar, cosas que ella negaba con vehemencia; y centrándose sobre todo en el gran interés de aquella primera época en que ambos sentían la misma curiosidad por la resolución del hombre. Habían supuesto que sería una resolución terrible y maravillosa: pues hay que decir que habían pensado continuamente en ello. Bueno, era indudable que no había sido de otra forma, puesto que le había conducido a la situación presente. Se había decidido, a decir verdad, hasta donde le había sido posible, y ahora tenía que pensar en cómo dar marcha atrás. Descubrió entonces la imagen de su historia reciente; él era como una de las figuras del viejo reloj de Berna. Salían por un lado a la hora que les tocaba, bailaban mientras seguían su curso a los ojos del público, y entraban por el otro lado. También él había bailado durante su. breve trayecto y también a él le aguardaba un modesto habitáculo. Se ofreció entonces, si ella quería saberlo, a decir cuál era el gran producto de Woollett. Constituiría un grandioso comentario a todo. Pero entonces la mujer le detuvo; ella no sólo no tenía el menor deseo de saberlo, sino que no lo sabría de ninguna de las maneras. Había renunciado a los productos de Woollett... a pesar de todo el bien que había obtenido de ellos. No deseaba saber más de ellos y dijo que Mme. de Vionnet, por lo que ella sabía, había vivido sin la información que él quería suministrarle. Ella nunca había consentido en recibirla, aunque la hubiera aceptado, bajo la tensión, de labios de la señora Pocock. Pero era un asunto del que la señora Pocock no había parecido muy dispuesta a hablar y en aquel momento carecía de importancia. A decir verdad no había nada que tuviese importancia para María Gostrey en aquel momento... salvo un punto delicado que sacó a relucir en su momento—. No sé si considera usted una posibilidad que el señor Chad, a fin de cuentas, pueda volver. A mí me parece que para usted existe, más o menos, a juzgar por lo que acaba de decir de él.

Su invitado la había mirado, con amabilidad pero con atención, como si previera lo que iba a seguir a aquello.

—No creo que fuera por el dinero. —Y como ella no pareciera entender—: Quiero decir que romperá con ella..

—¿Romperá con ella?

Strether esperó un momento, con mayor lentitud y deliberación en aquella circunstancia, procurando perfilar aquella última y dulce etapa, rogando a la mujer con sugestivos medios innecesitados de palabras, que tuviera paciencia y comprensión.

—¿Qué iba a preguntarme?

—¿Puede contribuir él a que usted haga las paces?

—¿Con la señora Newsome?

El asentimiento, como si la mujer sintiera algún escrúpulo ante aquel nombre, se reflejó únicamente en su expresión; aunque añadió en seguida:

—¿O es en ella en quien puede influir?

—¿Para que haga las paces conmigo? —La respuesta del hombre llegó al final con un concluyente cabeceo—. Nadie puede hacer nada. Es asunto terminado. Para los dos.

—¿Está usted seguro por lo que a ella respecta? —preguntó María, que dudaba al parecer.

—Oh, sí: ahora sí. Ha ocurrido demasiado. He cambiado para ella.

La mujer comprendió, tomando una profunda bocanada de aire.

—Entiendo. Al igual que ella ha cambiado para usted...

—Bueno —interrumpió el hombre—, ella no. —Y como la señorita Gostrey pareciera otra vez sorprendida—: Es la misma. Es la misma más que nunca. Pero me sucede ahora lo que no me sucedía antes: la *comprendo.*

El hombre hablaba con seriedad, como si tuviera que responder por ello; puesto que tenía que pronunciarse. El efecto de ello fue un tanto solemne, de modo que la mujer se limitó a lanzar un «¡Oh!» Satisfecha y complacida, sin embargo, dio a entender con las siguientes palabras que creía la afirmación del hombre.

—¿Por qué se va entonces?

El hombre apartó su plato, preocupado por otro aspecto de la cuestión; refugiándose, en realidad, en este otro aspecto y sintiéndose tan conmovido que no tardó en ponerse en pie. Pensaba anticipadamente en lo que suponía iba a escuchar de los labios de ella y le habría gustado impedirlo y enfocarlo con toda ternura; sin embargo, ante ello, deseaba más aún ser, aunque con la mayor dulzura, disuasivo y concluyente. Soslayó por el momento la pregunta femenina; le habló un poco más de Chad.

—Me habría sido imposible ser más insistente que él anoche en lo tocante a la infamia que representaría no seguir con ella.

Bueno, también en esto podía estar de acuerdo con María.

—¿Es la palabra que usted utilizó? ¿«Infamia»?

—¡Oh, sí! Le describí con detalle lo vil que sería y él estuvo de acuerdo conmigo.

—¿No es entonces como si usted lo hubiera puesto entre la espada y la pared?

—Más o menos... Le dije que le maldeciría.

—Oh —exclamó sonriendo—, ha hecho usted eso. —Y tras haber pensado un momento—: Después de eso no puede usted declararse... —Sin embargo, observó atentamente la cara del hombre.

—¿Declararme otra vez a la señora Newsome?

La mujer volvió a titubear, pero se repuso.

—Nunca he creído que usted se declarase. Siempre supuse que fue ella y, en este sentido, lo entiendo. Lo que quiero decir —explicó— es que con un espíritu así, ¡el espíritu de las maldiciones!, su infracción está más que reparada. Ella sólo tiene que saber lo que usted ha hecho para que no le deje mover ni un dedo nunca más.

—He hecho —dijo Strether— lo que he podido: no se puede hacer más. El jura su devoción y su horror. Pero no estoy seguro de haberle salvado. Él jura demasiado. Me preguntó que cómo se podía pensar siquiera que él estuviera cansado. Pero tiene toda una vida por delante.

María comprendió lo que el hombre quería decir.

—Está hecho para agradar.

—Y es nuestra amiga quien lo ha hecho así. —Strether se percató de la extraña ironía.

—¡Entonces casi no es culpa suya!

—En cualquier caso es su peligro. Quiero decir —dijo Strether— el de ella. Pero ella lo sabe.

—Sí, lo sabe. ¿Y no pensaba usted —preguntó María Gostrey— — que había otra mujer en Londres?

—Sí. No. Es decir, yo no pienso nada. Me da miedo pensar. He terminado con todo. ––Y le tendió la mano—. Adiós.

Lo que hizo que la mujer volviese a una pregunta no contestada.

—¿Por qué se va?

—No lo sé. Siempre saldrá alguna cosa.

—Será muy distinto —dijo la mujer, mientras le estrechaba la mano.

—Muy distinto, sin duda. Pero ya veré qué puedo hacer.

—¿Hará quizá algo tan extraordinario...?—como si recordase lo que la señora Newsome había hecho, fue lo único que pudo decir la mujer.

Pero él había comprendido.

—¿Tan extraordinario como este lugar en este momento? ¿Tan extraordinario como todo lo que usted sabe hacer? —El hombre había tardado un poco en responder, pues, a decir verdad, lo que veía en la oferta femenina, oferta de exquisitos servicios, de agradables cuidados, durante el resto de sus días, bien podía haberle tentado. Se sintió rodeado por ello, cobijado cálidamente por ello, y allí quedó, con toda su entereza, con su variado sentido de la selección. Y lo que regía la selección era la belleza y el conocimiento. Era inquietante, casi estúpido, no saber apreciar, al parecer, tales cosas; sin embargo, aunque constituían la oportunidad del hombre, la constituyeron sólo durante un momento. Ella, además, lo comprendería: ella siempre lo comprendía.

Es posible que fuera así, pero, mientras tanto, ella iba a continuar.

—Ya sabe usted que no hay nada que yo no hiciera por usted.

—Sí... lo sé.

—Nada —repitió ella— en el mundo.

—Lo sé. Lo sé. Pero debo irme de todos modos. —Se había decidido al final—. Para ser justo.

—¿Para ser justo?

La mujer lo había repetido con vaga desaprobación, pero él se dio cuenta de que la mujer comprendía ya.

—Se trata de mi propia lógica. No haber conseguido absolutamente nada de todo este asunto.

La mujer meditaba.

—Pero, con su maravillosa experiencia, podrá conseguir mucho.

—Mucho —convino él—. Pero nada como *usted.* Es usted quien me hace sentirme equivocado.

Honradamente, la mujer no podía fingir que no se daba cuenta. Sin embargo, fingió un poco.

—Pero ¿por qué tiene que ser usted tan espantosamente justo?

El hombre meditó y lo manifestó llanamente.

—Si debo irme, así es como usted tendría que ser la primera en querer que yo fuera. Y no puedo hacer otra cosa.

Así, pues, es como tenía que aceptarlo, aunque todavía con una débil protesta.

—No es tanto que usted sea «justo» como su terrible perspicacia para lo que le hace

ser así.

—Oh, pero usted no carece de picardía. Y usted no puede resistírseme cuando se lo saco a relucir.

La mujer suspiró por fin con aire tragicómico.

—Es cierto: no puedo resistirme a usted.

—¡Pues así es todo! —dijo Strether.